Google

This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/

Jas. B. Wemyss
of Unthank.

Vet. Span. II C. 4

DEDICATORIA

Al Conde de Lemos.

EMbiando á Vueſtra Excelencia los dias paſados mis Comedias, antes impreſas que repreſentadas, ſi bien me acuerdo, dixe, que Don Quixote quedava calzadas las eſpuelas para ir á beſar las manos á Vueſtra Excelencia, y aora digo, que ſe las ha calzado, y ſe ha pueſto en camino, y ſi él allá llega, me parece que avré hecho algun ſervicio á Vueſtra Excelencia porque es mucha la prieſa que de infinitas partes me dan á que le embie, para quitar el hamago, y la nauſea que ha cauſado otro Don Quixote, *que con nombre* de ſegunda parte, ſe ha disfrazado y corrido por el orbe; y él que mas ha moſtrado deſearle, ha ſido el grande Emperador de la China, pues en lengua Chineſca avrá un mes que me eſcrivió una carta con un propio, pidiendome, ó por mejor decir, ſuplicandome, ſe le embiaſe, porque queria fundar un Colegio, donde ſe leyeſe la lengua Caſtellana, y queria, que el libro que ſe leyeſe fueſe el de la Hiſtoria de Don Quixote, juntamente con eſto me decia, que fueſe yo á ſer el Rector del tal Colegio. Preguntéle al portador, ſi ſu Mageſtad le avia dado para mí alguna ayuda de coſta. Reſpondióme, que ni por

penſa-

penſamiento. Pues, hermano, le reſpondí yo, vos os podeis bolver á vueſtra China á las diez, ó á las veinte, ó á las que venis deſpachado, porque yo no eſtoy con ſalud para ponerme en tan largo viage, ademas que ſobre eſtar enfermo, eſtoy muy ſin dineros, y Emperador por Emperador, y Monarca por Monarca, en Napoles tengo al grande Conde de Lemos, que ſin tantos titulillos de Colegios, ni Rectorias me ſuſtenta, me ampara, y hace mas merced, que la que yo acierto á deſear. Con eſto le deſpedí, y con eſto me deſpido, ofreciendo á Vueſtra Excelencia los trabajos de Perſiles, y Sigiſmunda, libro, á quien daré fin dentro de quatro meſes, Deo volente, el qual ha de ſer, ó el mas malo, ó el mejor que en nueſtra lengua ſe haya compueſto, quiero decir de los de entretenimiento: y digo, que me arrepiento de aver dicho el mas malo, porque ſegun la opinion de mis amigos ha de llegar al eſtremo de bondad poſible, venga Vueſtra Excelencia con la ſalud, que es deſeado, que ya eſtará Perſiles para beſarle las manos, y yo los pies, como criado que ſoy de Vueſtra Excelencia. De Madrid ultimo de Otubre, de mil ſeiſcientos y quince.

Criado de Vueſtra Excelencia

Miguel De Cervantes Saavedra.

PROLOGO AL LECTOR.

VAlame Dios, y con quanta gana deves de eſtar eſperando aora, Lector illuſtre (ó quier plebeyo) eſte prologo, creyendo hallar en el venganzas, riñas, y vituperios del autor del ſegundo Don Quixote, digo de aquel que dicen, que ſe engendró en Tordeſillas, y nació en Tarragona: pues en verdad que no te he de dar eſte contento, que pueſto que los agravios deſpiertan la colera en los mas humildes pechos, en el mio ha de padecer excepcion eſta regla: quiſieras tú que lo diera del aſno, del mentecato, y del atrevido: pero no me paſa por el penſamiento, caſtiguele ſu pecado, con ſu pan ſe lo coma, y allá ſe lo aya; lo que no he podido dexar de ſentir, es, que me note de viejo, y de manco, como ſi huviera ſido en mi mano aver detenido el tiempo, que no paſaſe por mí, ó ſi mi manquedad huviera nacido en alguna taberna, ſino en la mas *alta ocaſion* que vieron los ſiglos paſados, los preſentes, ni eſperan ver los venideros: ſi mis heridas no reſplandecen en los ojos de quien las mira, ſon eſtimadas alomenos en la eſtimacion de los que ſaben donde ſe cobraron, que el ſoldado mas bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga, y es eſto en mí de manera, que ſi aora me propuſieran, y facilitaran un impoſible, quiſiera antes averme hallado en aquella faccion prodigioſa, que ſano aora de mis heridas, ſin averme hallado en ella: las que el ſoldado mueſtra en el roſtro, y en los pechos, eſtrellas ſon que guian á los demas al cielo de la honra, y al de deſear la juſta alabanza, y haſe de advertir, que no ſe eſcrive con las canas, ſino con el entendimiento, el qual ſuele mejorarſe con los años. He ſentido tambien, que me llame invidioſo, y que como á ignorante me deſcriva, que

coſa ſea la invidia, que en realidad de verdad, de dos que ay, yo no conozco ſino á la ſanta, á la noble, y bien intencionada; y ſiendo eſto así, como lo es, no tengo yo de perſeguir á ningun Sacerdote, y mas ſi tiene por añadidura ſer familiar del Santo Oficio, y ſi él lo dixo, por quien parece que lo dixo, engañoſe de todo en todo, que del tal adoro el ingenio, admiro las obras, y la ocupacion continua, y virtuoſa: pero en efecto le agradezco á eſte ſeñor autor el decir, que mis Novelas ſon mas ſatiricas que Exemplares, pero que ſon buenas, y no lo pudieran ſer, ſino tuvieran de todo. Pareceme, que me dices, que ando muy limitado, y que me contengo mucho en los terminos de mimo deſtia, ſabiendo, que no ſe ha de añadir aflicion al afligido, y que la que deve de tener eſte ſeñor, ſin duda es grande, pues no oſa parecer á campo abierto, y al cielo claro encubriendo ſu nombre, fingiendo ſu patria, como ſi huviera hecho alguna traicion de leſa Mageſtad: ſi por ventura llegares á conocerle, dile de mi parte, que no me tengo por agraviado, que bien ſé lo que ſon tentaciones del demonio, y que una de las mayores es, ponerle á un hombre en el entendimiento, que puede componer, y imprimir un libro, con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros quanta fama, y para confirmacion deſto, quiero que en tu buen donaire, y gracia le cuentes eſte cuento.

Avia en Sevilla un loco que dió en el mas gracioſo diſparate, y tema que dió loco en el mundo. Y fue, que hizo un cañuto de caña puntiagudo en el fin, y en cogiendo algun perro en la calle, ó en qualquiera otra parte, con el un pie le cogia el ſuyo, y el otro le alzava con la mano, y como mejor podía le acomodava el cañuto en la parte que ſoplandole, le ponía redondo como una pelota, y en teniendolo deſta ſuerte, le dava dos palmaditas en la barriga, y le ſoltava, diciendo á los ircunſtantes (que ſiempre eran muchos:)

muchos:) Penſarán vueſtras mercedes aora, que es poco trabajo hinhar un perro: penſará vueſa merced aora, que es poco trabajo hacer un libro, y ſi eſte cuento no le quadrare, diras le (Lector amigo) eſte, que tambien es de loco, y de perro.

Avia en Cordova otro loco, que tenía por coſtumbre de traer encima de la cabeza un pedazo de loſa de marmol, ó un canto no muy liviano, y en topando algun perro deſcuidado ſe le ponía junto, y á plomo dexava caer ſobre él el peſo, amohinavaſe el perro, y dando ladridos, y aullidos, no parava en tres calles. Sucedió pues, que entre los perros que deſcargó la carga, fue uno un perro de un bonetero, á quien queria mucho ſu dueño, baxó el canto, dióle en la cabeza, alzó el grito el molido perro, viólo, y ſintiólo ſu amo, aſió de una vara de medir, y ſalió al loco, y no le dexó hueſo ſano, y cada palo que le dava, decia, perro, ladron, á mi podenco, no viſte cruel, que era podenco mi perro? y repitiendole el nombre de podenco muchas veces, embió al loco hechó una alheña: eſcarmentó el loco, y retiróſe, y en mas de un mes no ſalió á la plaza, *al cabo del* qual tiempo bolvió con ſu invencion, y con mas carga. Llegavaſe donde eſtava el perro, y mirandole muy bien de hito en hito, y ſin querer, ni atreverſe á deſcargar la piedra, decia: eſte es podenco, guarda. En efeto todos quantos perros topava, aunque fueſen alanos, ó gozques, decia, que eran podencos, y así, no ſoltó mas el canto: quiza de eſta ſuerte le podrá acontecer á eſte hiſtoriador, que no ſe atreverá á ſoltar mas la preſa de ſu ingenio en libros, que en ſiendo malos, ſon mas duros que las peñas. Dile tambien que de la amenaza que me hace, que me ha de quitar la ganancia con ſu libro, no ſe me da un ardite, que acomodandome al Entremes famoſo de la Perendenga, le reſpondo, que me viva el Veinteyquatro mi Señor, y Chriſto con todos: viva el gran Conde de Lemos (cuya Chriſtiandad, y liberalidad bien conocida,

contra

contra todos los golpes de mi corta fortuna, me tiene en pie) y vivame la ſuma caridad del Illuſtriſimo de Toledo Don Bernardo de Sandoval y Rojas, y ſi quiera no aya emprentas en el mundo, y ſi quiera ſe impriman contra mí mas libros que tienen letras las coplas de Mingo Rebulgo: eſtos dos Principes ſin que los ſolicite adulacion mia, ni otro genero de aplauſo, por ſola ſu bondad, han tomado á ſu cargo el hacerme merced, y favorecerme: en lo que me tengo por mas dichoſo, y mas rico, que ſi la fortuna por camino ordinario me huviera pueſto en ſu cumbre: la honra puede la tener el pobre, pero no el vicioſo: la pobreza puede anublar á la nobleza, pero no eſcurecerla del todo: pero como la virtud dé alguna luz de sí, aunque ſea por los inconvenientes, y reſquicios de la eſtrecheza, viene á ſer eſtimada de los altos y nobles eſpiritus, y por el conſiguiente favorecida, y no le digas mas, ni yo quiero decirte mas á tí, ſino advertirte, que conſideres, que eſta Segunda Parte de Don Quixote, que te ofrezco, es cortada del miſmo artifice, y del miſmo paño que la primera, y que en ella te doy á Don Quixote dilatado, y finalmente muerto, y ſepultado, porque ninguno ſe atreva á levantarle nuevos teſtimonios, pues baſtan los paſados, y baſta tambien que un hombre honrado aya dado noticia deſtas diſcretas locuras, ſin querer de nuevo entrarſe en ellas, que la abundancia de las coſas, aunque ſean buenas, hace, que no ſe eſtimen, y la careſtia (aun de las malas) ſe eſtima en algo. Olvidaſeme de decirte, que eſperes el Perſiles, que ya eſtoy acabando, y la ſegunda parte de Galatea.

SEGUNDA

SEGUNDA PARTE

Del Ingenioſo Cavallero

DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

Capitulo primero. De lo que el Cura, y el Barbero paſaron con Don Quixote cerca de ſu enfermedad.

CUENTA Cide Hamete Benengeli en la ſegunda parte deſta Hiſtoria, y tercera ſalida de Don Quixote, que el Cura, y el Barbero ſe eſtuvieron caſi un mes ſin verle, por no renovarle, y traerle á la memoria las coſas paſadas. Pero no por eſto dexaron de viſitar á ſu Sobrina y á ſu Ama, encargandolas, tuvieſen cuenta con regalarle, dandole á comer coſas confortativas, y apropiadas para el corazon, y el celebro, de donde procedia (ſegun buen diſcurſo) toda ſu mala ventura. Las quales dixeron, que así lo hacían, y lo harían con la voluntad, y cuidado poſible: porque echavan de ver, que ſu Señor, por momentos iva dando mueſtras de eſtar en ſu entero juicio; de lo qual recibieron los dos gran contento, por parecerles, que avian acertado en averle traido

encantado en el carro de los buyes (como ſe contó en la primera parte deſta tan grande, como puntual hiſtoria, en ſu ultimo capitulo) y así determinaron de viſitarle, y hacer experiencia de ſu mejoria, aunque tenían caſi por impoſible, que la tuvieſe; y acordaron de no tocarle en ningun punto de la andante cavalleria, por no ponerſe á peligro de deſcoſer los de la herida que tan tiernos eſtavan. Viſitaronle en fin, y hallaronle ſentado en la cama, veſtida una almilla de vayeta verde, con un bonete colorado Toledano, y eſtava tan ſeco, y amoxamado, que no parecia ſino hecho de carne momia. Fueron dél muy bien recebidos, preguntaronle por ſu ſalud, y él dio cuenta de sí, y de ella con mucho juicio, y con muy elegantes palabras. Y en el diſcurſo de ſu platica vinieron á tratar en eſto, que llaman razon de Eſtado, y modos de govierno, enmendando eſte abuſo, y condenando aquel; reformando una coſtumbre, y deſterrando otra, haciendoſe cada uno de los tres un nuevo legiſlador, un Licurgo moderno, ó un Solon flamante; y de tal manera renovaron la Republica, que no pareció, ſino que la avian pueſto en una fragua, y ſacado otra de la que puſieron; y habló Don Quixote con tanta diſcrecion en todas las materias, que ſe tocaron, que los dos examinadores creyeron indubitadamente, que eſtava del todo bueno, y en ſu entero juicio. Hallaronſe preſentes á la platica la Sobrina, y Ama; y no ſe hartavan de dar gracias á Dios de ver á ſu Señor con tan buen entendimiento: pero el Cura mudando el propoſito primero, que era de no tocarle en coſa de cavallerias, quiſo hacer de todo en todo experiencia, ſi la ſanidad de Don Quixote era falſa, ó verdadera; y así de lance en lance vinó á contar algunas nuevas que avian venido de la Corte, y entre otras, dixo, que ſe tenía por cierto, que el Turco baxava con una poderoſa armada, y que no ſe ſabia ſu deſignio, ni adonde avia de deſcargar tan gran nublado,

blado, y con eſte temor con que caſi cada año nós toca arma, eſtava pueſta en ella toda la Chriſtiandad: y ſu Mageſtad avia hecho proveer las coſtas de Napoles, y Sicilia, y la Iſla de Malta. A eſto reſpondió Don Quixote: Su Mageſtad ha hecho como prudentiſimo guerrero en proveer ſus Éſtados con tiempo, porque no le halle deſapercebido el enemigo, pero ſi ſe tomara mi conſejo, aconſejarale yo, que uſara de una prevencion, de la qual ſu Mageſtad la hora de agora deve eſtar muy ageno de penſar en ella. A penas oyó eſto el Cura, quando dixo entre sí: Dios te tenga de ſu mano, pobre Don Quixote, que me parece, que te deſpeñas de la alta cumbre de tu locura haſta el profundo abiſmo de tu ſimplicidad. Mas el Barbero (que ya avia dado en el meſmo penſamiento que el Cura) preguntó á Don Quixote, qual era la advertencia de la prevencion, que decia, era bien ſe hicieſe, quiſa podria ſer tal, que ſe puſieſe en la liſta de los muchos advertimientos impertinentes que ſe ſuelen dar á los Principes? El mio, ſeñor rapador, dixo Don Quixote no ſerá impertinente, ſino perteneciente. No lo digo por tanto, replicó el Barbero, ſino porque tiene moſtrado la experiencia, que todos, ó los mas arbitrios que ſe dan á ſu mageſtad, ó ſon impoſibles, ó diſparatados, ó en daño del Rey, ó del Reino. Pues el mio, reſpondió Don Quixote ni es impoſible, ni diſparatado, ſino el mas facil, el mas juſto, y el mas mañero, y breve que puede caber en penſamiento de arbitrante alguno. Ya tarda en decirle vueſtra merced, Señor Don Quixote, dixo el Cura. No querria, dixo Don Quixote, que le dixeſe yo aquí agora, y amaneciese mañana en los oidos de los ſeñores Conſejeros, y ſe llevaſe otro las gracias, y el premio de mi trabajo. Por mí, dixo el Barbero, doy la palabra, para aquí, y para delante de Dios, de no decir lo que vueſtra merced dixere á Rey, ni á Roque, ni á hombre terrenal; juramento que aprendí del romance del Cura,

que en el Prefacio aviſó al Rey del ladron que le avia tobado las cien doblas, y la ſu mula la andariega. No ſé Hiſtorias, dixo Don Quixote: pero ſé, que es bueno eſe juramento, en ſee de que ſé, que es hombre de bien el ſeñor Barbero. Quando no lo fuera, dixo el Cura, yo le abono, y ſálgo por él, que en eſte caſo no hablará mas que un mudo, ſo pena de pagar lo juzgado, y ſentenciado. Y á vueſtra merced quien le fia, ſeñor Cura? dixo Don Quixote. Mi profeſion, reſpondió el Cura, que es de guardar ſecreto. Cuerpo de tal, dixo á eſta ſazon Don Quixote, ay mas, ſino mandar ſu Mageſtad, por publico pregon, que ſe junten en la Corte, para un dia ſeñalado, todos los Cavalleros andantes, que vagan por Eſpaña, que aunque no vinieſen ſino media docena, tal podria venir entre ellos, que ſolo baſtaſe á deſtruir toda la poteſtad del Turco. Eſtenme vueſtras mercedes atentos, y vayan conmigo: Por ventura, es coſa nueva deſhacer un ſolo Cavallero andante un exercito de docientos mil hombres, como ſi todos juntos tuvieran una ſola garganta, ó fueran hechos de alfenique? Sino, diganme, quantas Hiſtorias eſtan llenas deſtas maravillas? Avia, en hora mala para mí, que no quiero decir para otro, de vivir oy el famoſo Don Belianis: ó alguno de los del innumerable linage de Amadis de Gaula, que ſi alguno deſtos oy viviera, y con el Turco ſe afrontara, á fee, que no le arrendara la ganancia: pero Dios mirará por ſu pueblo, y deparará alguno, que ſino tan bravo, como los paſados andantes Cavalleros, alomenos no les ſerá inferior en el animo; y Dios me entiende, y no digo mas. Haí, dixo á eſte punto la Sobrina, que me maten ſino quiere mi Señor bolver á ſer Cavallero Andante: á lo que dixo Don Quixote: Cavallero Andante he de morir, y baxe, ó ſuba el Turco quando él quiſiere, y quan poderoſamente pudiere, que otra vez digo, que Dios me entiende. A eſta ſazon dixo el Barbero:

Barbero: Suplico á vueſtras mercedes que ſe me dé licencia, para contar un cuento breve, que ſucedió en Sevilla, que por venir aquí como de molde, me da gana de contarle; dió la licencia Don Quixote, y el Cura, y los demas le preſtaron atencion, y él comenzó deſta manera.

En la caſa de los locos de Sevilla, eſtava un hombre á quien ſus parientes avian pueſto alli por falto de juicio, era graduado en Canones por Oſuna: pero aunque lo fuera por Salamanca (ſegun opinion de muchos) no dexara de ſer loco: eſte tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento, ſe dió á entender que eſtava cuerdo, y en ſu entero juicio, y con eſta imaginacion eſcrivió al Arzobiſpo, ſuplicandole encarecidamente, y con muy concertadas razones, le mandaſe ſacar de aquella miſeria en que vivia, pues por la miſericordia de Dios avia ya cobrado el juicio perdido: pero que ſus parientes, por gozar de la parte de ſu hacienda, le tenían alli, y á peſar de la verdad querian, que fueſe loco haſta la muerte. El Arzobiſpo, perſuadido de muchos billetes concertados, y diſcretos, mandó á un Capellan ſuyo ſe informaſe del Rector de la caſa, ſi era verdad lo que aquel Licenciado le eſcrivia, y qne así meſmo hablaſe con el loco, y que ſi le pareciefe que tenía juicio le ſacaſe, y puſieſe en libertad. Hizolo así el Capellan y el Rector le dixo, que aquel hombre aun ſe eſtava loco, que pueſto que hablava muchas veces como perſona de grande entendimiento, al cabo diſparava con tantas necedades, que en muchas, y en grandes, igualavan á ſus primeras diſcreciones; como ſe podia hacer la experiencia hablandole: quiſo hacerla el Capellan, y poniendole con el loco habló con él una hora, y mas, y en todo aquel tiempo jamas el loco dixo razon torcida, ni diſparatada, antes habló tan atentadamente, que el Capellan fue forzado á creer, que el loco eſtava cuerdo, y entre otras coſas que el loco le dixo, fue, que el Rector

le

le tenía ojeriza, por no perder los regalos que ſus parientes le hacían, por que dixeſe, que aun eſtava loco, y con lucidos intervalos, y que el mayor contrario que en ſu deſgracia tenía era ſu mucha hacienda, pues por gozar della ſus enemigos, ponian dolo, y dudavan de la merced que nueſtro Señor le avia hecho, en bolverle de beſtia en hombre: finalmente, él habló de manera, que hizo ſoſpechoſo al Rector; codicioſos, y deſalmados á ſus parientes, y á él tan diſcreto, que el Capellan ſe determinó á llevarſele conſigo, á que el Arzobiſpo le vieſe, y tocaſe con la mano la verdad de aquel negocio. Con eſta buena fe, el buen Capellan pidió al Rector mandaſe dar los veſtidos con que alli avia entrado el Licenciado: bolvió á decir el Rector, que miraſe lo que hacía, porque ſin duda alguna el Licenciado aun ſe eſtava loco: no ſirvieron de nada para con el Capellan las prevenciones, y advertimientos del Rector, para que dexaſe de llevarle; obedeció el Rector, viendo, ſer orden del Arzobiſpo: puſieron al Licenciadó ſus veſtidos, que eran nuevos, y decentes; y como él ſe vió veſtido de cuerdo, y deſnudo de loco, ſuplicó al Capellan, que por caridad le dieſe licencia para ir á deſpedirſe de ſus compañeros los locos: el Capellan dixo, que él le queria acompañar, y ver los locos que en la caſa avia: ſubieron en efeto, y con ellos algunos que ſe hallaron preſentes, y llegado el Licenciado á una jaula adonde eſtava un loco furioſo, aunque entonces ſoſegado, y quieto, le dixo: Hermano mio, mire, ſi me manda algo, que me voy a mi caſa, que ya Dios ha ſido ſervido, por ſu infinita bondad, y miſericordia, ſin yo merecerlo, de bolverme mi juicio, ya eſtoy ſano, y cuerdo, que acerca del poder de Dios ninguna coſa es impoſible: tenga grande eſperanza, y confianza en él, que pues á mí me ha buelto á mi primero eſtado, tambien le bolvera á él, ſi en él confia: yo tendre

dré cuidado de embiarle algunos regalos que coma, y comalos en todo caſo, que le hago ſaber, que imagino, como quien ha paſado por ello, que todas nueſtras locuras proceden de tener los eſtomagos vacios, y los celebros llenos de aire: esfuerceſe, esfuerceſe, que el deſcaecimiento en los infortunios apoca la ſalud, y acarrea la muerte. Todas eſtas razones del Licenciado eſcuchó otro loco, que eſtava en otra javla frontero de la del furioſo; y levantandoſe de una eſtera vieja, donde eſtava echado, y deſnudo en cueros, preguntó á grandes voces, quien era él que ſe iva ſano, y cuerdo: el Licenciado reſpondió: Yo ſoy, hermano, él que me voy, que ya no tengo neceſidad de eſtar mas aquí, por lo que doy infinitas gracias á los cielos que tan grande merced me han hecho. Mirad lo que decis, Licenciado, no os engañe el diablo, replicó el loco, ſoſegad el pie, y eſtaos quedito en vueſtra caſa, y ahorrareis la buelta. Yo ſé que eſtoy bueno, replicó el Licenciado, y no avra para que tornar á andar eſtaciones. Vos bueno, dixo el loco: agora bien, ello dira, andad con Dios: pero yo os voto á Jupiter, cuya Mageſtad *yo repreſento* en la tierra, que por ſolo eſte pecado, que oy cemete Sevilla, en ſacaros deſta caſa, y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal caſtigo en ella, que quede memoria del por todos los ſiglos de los ſiglos, Amen. No ſabes tu, Licenciadillo menguado, que lo podre hacer, pues como digo, ſoy Jupiter tonante, que tengo en mis manos los rayos abraſadores con que puedo, y ſuelo amenazar, y deſtruir el mundo? Pero con ſola una coſa quiero caſtigar á eſte ignorante pueblo, y es, con no llover en el, ni en todo ſu diſtrito, y contorno por tres enteros años, que ſe han de contar deſde el dia, y punto, en que ha ſido hecha eſta amenaza en adelante. Tu libre, tu ſano, tu cuerdo? y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? así pienſo llover, como penſar ahorcarme. A las voces, y á las razones del loco eſtuvieron los circunſtantes

cunſtantes atentos: pero nueſtro Licenciado, bolviendoſe á nueſtro Capellan, y aſiendole de las manos le dixo: No tenga vueſtra merced pena, ſeñor mio, ni haga caſo de lo que eſte loco ha dicho, que ſi él es Jupiter, y no quiſiere llover, yo que ſoy Neptuno, el padre, y el Dios de las aguas, lloveré todas las veces que ſe me antojare, y fuere meneſter. A lo que reſpondió el Capellan: Con todo eſo, Señor Neptuno, no ſerá bien enojar al Señor Jupiter; vueſtra merced ſe quede en ſu caſa, que otro dia, quando aya mas comodidad, y mas eſpacio, bolveremos por vueſtra merced. Rióſe el Rector, y los preſentes, por cuya riſa ſe medio corrió el Capellan: deſnudaron al Licenciado, quedóſe en caſa, y acabóſe el cuento.

Pues eſte es el cuento, ſeñor Barbero, dixo Don Quixote, que por venir aquí como de molde, no podia dexar de contarle? A ſeñor Rapiſta! Señor Rapiſta! y quan ciego es aquel que no vee por tela de cedazo? y es poſible, que vueſtra merced no ſabe, que las comparaciones que ſe hacen de ingenio á ingenio, de valor á valor, de hermoſura á hermoſura, y de linage á linage, ſon ſiempre odioſas, y mal recebidas? Yo, ſeñor Barbero, no ſoy Neptuno el Dios de las aguas; ni procuro, que nadie me tenga por diſcreto, no lo ſiendo; ſolo me fatigo, por dar á entender al mundo en el error en que eſtá, en no renovar en sí el feliciſimo tiempo, donde campeava la orden de la andante Cavalleria: pero no es merecedora la depravada edad nueſtra de gozar tanto bien, como el que gozaron las edades, donde los andantes Cavalleros tomaron á ſu cargo, y echaron ſobre ſus eſpaldas la defenſa de los Reinos, el amparo de las donzellas, el ſocorro de los huerfanos, y pupilos, el caſtigo de los ſobervios, y el premio de los humildes. Los mas de los Cavalleros que agora ſe uſan, antes les cruxen los damaſcos, los brocados, y otras ricas telas de que ſe viſten, que la malla con que ſe arman: ya no ay ¡Cavallero que duerma en los campos,

ſugeto

ſujeto al rigor del cielo, armado de todas armas deſde los pies á la cabeza: y ya no ay quien ſin ſacar los pies de los eſtrivos, arrimado á ſu lanza, ſolo procure deſcabezar (como dicen) el ſueño, como lo hacían los Cavalleros andantes. Ya no ay ninguno, que ſaliendo deſte boſque, entre en aquella montaña, y de alli piſe una eſteril, y deſierta playa del mar, las mas veces proceloſo, y alterado; y hallando en ella, y en ſu orilla un pequeño batel, ſin remos, vela, maſtil, ni jarcia alguna con intrepido corazon ſe arroje en el, entregandoſe á las implacables olas del mar profundo, que ya le ſuben al cielo, y ya le baxan al abiſmo, y él, pueſto el pecho á la incontraſtable borraſca, quando menos ſe cata, ſe halla tres mil, y mas leguas diſtante del lugar donde ſe embarcó: y ſaltando en tierra remota, y no conocida le ſuceden coſas, dignas de eſtar eſcritas, no en pergaminos, ſino en bronces. Mas agora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ocioſidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentia, y la teorica de la practica de las armas, que ſolo vivieron, y reſplandecieron en las edades *del oro, y en los* andantes Cavalleros. Sino diganme, quien mas honeſto, y mas valiente, que el famoſo Amadis de Gaula? Quien mas diſcreto que Palmerin de Inglaterra? quien mas acomodado, y manual que Tirante el Blanco? Quien mas galan que Liſuarte de Grecia? Quien mas acuchillado, ni acuchillador que Don Belianis? Quien mas intrepido que Perion de Gaula? O quien mas acometedor de peligros que Felix Marte de Hircania? O quien mas ſincero que Eſplandian? Quien mas arrojado que Don Cirongilio de Tracia? Quien mas bravo que Rodamonte? Quien mas prudente que el Rey Sobrino? Quien mas atrevido que Reynaldos? Quien mas invencible que Roldan? Y quien mas gallardo, y mas cortés que Rugero? De quien decienden oy los Duques de Ferrara (ſegun Turpin en ſu Coſmografia.) Todos eſtos

Cavalleros, y otros muchos que pudiera decir, Señor Cura, fueron Cavalleros andantes, luz, y gloria de la Cavalleria. Deſtos, ó tales como eſtos quiſiera yo que fueran los de mi arbitrio, que á ſerlo, ſu Mageſtad ſe hallara bien ſervido, y ahorrara de mucho gaſto, y el Turco ſe quedara pelando las barbas: y con eſto no quiero quedar en mi caſa, pues no me ſaca el Capellan della, y ſi Jupiter (como ha dicho el Barbero) no lloviere, aquí eſtoy yo que llovere, quando ſe me antojare: digo eſto, porque ſepa el ſeñor Bacia, que le entiendo. En verdad, Señor Don Quixote, dixo el Barbero que no lo dixe por tanto; y así me ayude Dios, como fue buena mi intencion, y que no deve vueſtra merced ſentirſe. Si puedo ſentirme, ó no, reſpondió Don Quixote yo me lo ſé. A eſto, dixo el Cura: Aun bien, que yo caſi no he hablado palabra haſta aora, y no quiſiera quedar con un eſcrupulo, que me roe, y eſcarva la conciencia, nacido de lo que aquí el Señor Don Quixote ha dicho. Para otras coſas mas, reſpondió Don Quixote, tiene licencia el Señor Cura, y así puede decir ſu eſcrupulo: porque no es de guſto andar con la conciencia eſcrupuloſa. Pues con eſe beneplacito, reſpondió el Cura, digo, que mi eſcrupulo es, que no me puedo perſuadir en ninguna manera, á que toda la caterva de Cavalleros andantes que vueſtra merced Señor Don Quixote ha referido, ayan ſido real, y verdaderamente perſonas de carne, y hueſo en el mundo; antes imagino, que todó es ficcion, fabula y mentira, y ſueños contados por hombres deſpiertos, ó por mejor decir, medio dormidos. Eſe es otro error, reſpondió Don Quixote, en que han caido muchos, que no creen que aya avido tales Cavalleros en el mundo, y yo muchas veces con diverſas gentes, y ocaſiones he procurado ſacar á la luz de la verdad eſte caſi comun engaño: pero algunas veces no he ſalido con mi intencion, y otras sí, ſuſtentandola ſobre los ombros he la verdad,

dad, la qual verdad es tan cierta, que estoy por decir, que con mis propios ojos vi á Amadis de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda, y riguroſa, corto de razones, tardo en airarſe, y preſto en deponer la ira; y del modo que he delineado á Amadis, pudiera, á mi parecer, pintar, y deſcubrir todos quantos Cavalleros andantes andan en las Hiſtorias en el Orbe, que por la aprehenſion que tengo, de que fueron como ſus Hiſtorias cuentan, y por las hazañas que hicieron, y condiciones que tuvieron, ſe pueden ſacar por buena Filoſofia ſus faciones, ſus colores, y eſtaturas. Que tan grande le parece á vueſtra merced, mi Señor Don Quixote, preguntó el Barbero, devia de ſer el Gigante Morgante? En eſto de Gigantes, reſpondió Don Quixote, ay diferentes opiniones, ſi los ha avido, ó no en el mundo: pero la Santa Eſcritura, que no puede faltar un atomo en la verdad, nos mueſtra, que los huvo, contandonos la Hiſtoria de aquel Filiſteazo de Golias, que tenía ſiete codos y medio de altura, que es una deſmeſurada grandeza. Tambien en la Iſla de Sicilia ſe han hallado canillas, y eſpaldas tan grandes, que ſu grandeza manifieſta, que fueron Gigantes ſus dueños, y tan grandes, como grandes torros, que la Geometria ſaca eſta verdad de duda. Pero con todo eſto no ſabre decir con certidumbre, que tamaño tuvieſe Morgante, aunque imagino, que no devió de ſer muy alto, y mueveme á ſer deſte parecer, hallar en la Hiſtoria donde ſe hace mencion particular de ſus hazañas, que muchas veces dormia debaxo de techado, y pues hallava caſa donde cupieſe, claro eſtá, que no era deſmeſurada ſu grandeza. Así es, dixo el Cura, el qual, guſtando de oirle decir tan grandes diſparates, le preguntó, que que ſentia, á cerca de los roſtros de Reynaldos de Montalvan, y de Don Roldan, y de los demas doce Pares de Francia, pues todos avian ſido Cavalleros andantes. De Reynaldos, reſ-

pondió Don Quixote, me atrevo á decir, que era ancho de roſtro, de color bermejo, los ojos bailadores, y algo ſaltados, puntoſo, y colerico en demaſia, amigo de ladrones, y de gente perdida: de Roldan, ó Rotolando, ó Orlando, que con todos eſtos nombres le nombran las Hiſtorias, ſoy de parecer, y me afirmo, que fue de mediana eſtatura, ancho de eſpaldas, algo eſtevado, moreno de roſtro, y barbitaheño, velloſo en el cuerpo, y de viſta amenazadora, corto de razones, pero muy comedido, y bien criado. Sino fue Roldan mas gentil hombre que vueſtra merced ha dicho, replicó el Cura, no fue maravilla, que la Señora Angelica la bella le deſdeñaſe, y dexaſe por la gala, brio, y donaire que devia de tener el Morillo barbiponiente, á quien ella ſe entregó, y anduvo diſcreta de adamar antes la blandura de Medoro, que la aſpereza de Roldan. Eſa Angelica, reſpondió Don Quixote, ſeñor Cura, fue una donzella diſtraida, andariega, y algo antojadiza, y tan lleno dexó el mundo de ſus impertinencias, como de la fama de ſu hermoſura: deſpreció mil ſeñores, mil valientes, y mil diſcretos, y contentóſe con un pagecillo barbilucio, ſin otra hacienda, ni nombre, que el que le pudo dar de agradecido la amiſtad que guardó á ſu amigo, el gran cantor de ſu belleza, el famoſo Arioſto, por no atreverſe, ó por no querer cantar lo que á eſta ſeñora le ſucedió deſpues de ſu ruin entrego, que no devieron ſer coſas demaſiadamente honeſtas, la dexó, donde dixo:

Y como del Catay recibió el cetro,
Quiza otro cantará con mejor plectro.

Y ſin duda, que eſto fue como Profecia, que los Poetas tambien ſe llaman Vates, que quiere decir Adivinos; veeſe eſta verdad clara: porque deſpues acá un famoſo Poeta Andaluz lloró, y cantó ſus lagrimas: y otro famoſo, y unico Poeta Caſtellano cantó ſu hermoſura.

Digame

Digame, Señor Don Quixote, dixo á eſta ſazon el Barbero, no ha avido algun Poeta, que aya hecho alguna Satirá eſa Señora Angelica entre tantos como la han alabado? Bien creo yo, reſpondió Don Quixote, que ſi Sacripante, ó Roldan fueran Poetas, que ya me huvieran jabonado á la donzella: porque es propio, y natural de los Poetas deſdeñados, y no admitidos de ſus damas fingidas, ó fingidas en efeto de aquellos á quien ellos eſcogieron por ſeñoras de ſus penſamientos, vengarſe con Satiras, y libelos; venganza por cierto indigna de pechos generoſos: pero haſta agora no ha llegado á mi noticia ningun verſo infamatorio contra la ſeñora Angelica, que truxo rebuelto el mundo. Milagro, dixo el Cura: y en eſto oyeron, que la Ama, y la Sobrina, que ya avian dexado la converſacion, davan grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido.

Cap. II. Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la Sobrina, y Ama de Don Quixote, con otros ſujetos gracioſos.

CUENTA la Hiſtoria, que las voces que oyeron Don Quixote, el Cura, y el Barbero, eran de la Sobrina, y Ama, que las davan, diciendo a Sancho Panza, que pugnava por entrar á ver á Don Quixote, y ellas le defendian la puerta: Que quiere eſte moſtrenco en eſta caſa, idos á la vueſtra, hermano, que vos ſoys, y no otro él que díſtrae, y ſonſaca á mi ſeñor, y le lleva por eſos andurriales: A lo que Sancho reſpondió: Ama de Satanas, el ſonſacado, y el diſtraido, y el llevado por eſos andurriales ſoy yo, que no tu Amo: él me llevo por eſos mundos, y voſotras os engañays en la mitad del juſto precio: él me ſacó de mi caſa con engañifas, pro-

prometiendome una inſula, que haſta agora la eſpero. Malas inſulas te ahoguen, reſpondió la Sobrina, Sancho maldito, y que ſon inſulas, es alguna coſa de comer, goloſazo, comilon, que tu eres? No es de comer, replicó Sancho, ſino de governar, y regir mejor que quatro ciudades, y que quatro Alcaldes de Corte. Con todo eſto, dixo el Ama, no entrareis acá, ſaco de maldades, y coſtal de malicias, id á governar vueſtra caſa, y á labrar vueſtros pegujares, y dexaos de pretender inſulas, ni inſulos. Grande guſto recebían el Cura, y el Barbero de oir el coloquio de los tres: pero Don Quixote, temeroſo que Sancho ſe deſcoſieſe, y deſbuchaſe algun monton de malicioſas necedades, y tocaſe en puntos, que no le eſtarian bien á ſu credito, le llamó, y hizo á las dos que callaſen, y le dexaſen entrar; entró Sancho; y el Cura, y el Barbero ſe deſpidieron de Don Quixote, de cuya ſalud deſeſperaron, viendo, quan pueſto eſtava en ſus deſvariados penſamientos, y quan embebido en la ſimplicidad de ſus mal andantes cavallerias: y así dixo el Cura al Barbero: Vos vereis compadre, como quando menos lo penſemos, nueſtro Hidalgo ſale otra vez á bolar la ribera. No pongo yo duda en eſo, reſpondió el Barbero: pero no me maravillo tanto de la locura del Cavallero, como de la ſimplicidad del Eſcudero, que tan creido tiene aquello de la inſula, que creo, que no ſe lo ſacaran del caſco quantos deſengaños pueden imaginarſe. Dios los remedie, dixo el Cura, y eſtemos á la mira, veremos en lo que para eſta maquina de diſparates de tal Cavallero, y de tal Eſcudero, que parece que los forjaron á los dos en una meſma turqueſa, y que las locuras del ſeñor ſin las necedades del criado no valian un ardite. Así es, dixo el Barbero, y holgara mucho ſaber, que tratarán aora los dos. Yo ſeguro, reſpondió el Cura, que la Sobrina, ó el Ama nos lo cuenta deſpues, que no ſon de condicion que dexarán de eſcucharlo. En tanto, Don

Quixote

Quixote ſe encerró con Sancho en ſu apoſento, y eſtando ſolos le dixo: Mucho me peſa, Sancho, que ayas dicho, y digas, que yo ſuy él que te ſaqué de tus caſillas, ſabiendo, que yo no me quedé en mis caſas: juntos ſalimos, juntos fuimos, y juntos peregrinamos: una miſma fortuna, y una miſma ſuerte ha corrido por los dos: ſi á tí te mantearon una vez, á mí me han molido ciento, y eſto es lo que te llevo de ventaja. Eſo eſtava pueſto en razon, reſpondió Sancho: porque (ſegun vueſtra merced dice) mas anexas ſon á los Cavalleros andantes las deſgracias, que á ſus Eſcuderos. Engañaſte Sancho, dixo Don Quixote, ſegun aquello, quando caput dolet, &c. No entiendo otra lengua que la mia, reſpondió Sancho: quiero decir, dixo Don Quixote, que quando la cabeza duele, todos los miembros duelen, y así, ſiendo yo tu Amo, y Señor, ſoy tu cabeza, y tu mi parte, pues eres mi criado, y por eſta razon, el mal que á mí me toca, ó tocare, á ti te ha de doler, y á mí el tuyo. Así avia de ſer, dixo Sancho: pero quando á mí me manteavan, como á miembro, ſe eſtava mi cabeza detras de *las bardas*, mirandome bolar por los aires, ſin ſentir dolor alguno, y pues los miembros eſtan obligados á dolerſe del mal de la cabeza, avia de eſtar obligada ella á dolerſe dellos. Querras tu decir agora Sancho, reſpondió Don Quixote, que no me dolia yo quando á tí te manteavan? Y ſi lo dices, no lo digas, ni lo pienſes, pues mas dolor ſentia yo entonces en mi eſpiritu, que tu en tu cuerpo: pero dexemos eſto á parte por agora, que tiempo avra donde lo ponderemos, y pongamos en ſu punto; y dime, Sancho amigo, que es lo que dicen de mí por eſe lugar, en que opinion me tiene el vulgo, en que los Hidalgos, y en que los Cavalleros? Que dicen de mi valentia? Que de mis hazañas: y que de mi corteſia? Que ſe platica del aſumpto que he tomado de reſucitar, y bolver al mundo la ya olvidada Orden Cavallereſca? Finalmente quiero, Sancho, me

digas

digas lo que acerca deſto ha llegado á tus oidos: y eſto me has de decir, ſin añadir al bien, ni quitar al mal coſa alguna, que de los vaſallos leales es decir la verdad á ſus ſeñores en ſu ſer, y figura propia, ſin que la adulacion la acreciente, ó otro vano reſpeto la diſminuya; y quiero que ſepas, Sancho, que ſi á los oidos de los Principes llegaſe la verdad deſnuda, ſin los veſtidos de liſonja, otros ſiglos correrían, otras edades ſerían tenidas por mas de hierro que la nueſtra, que entiendo, que de las que aora ſe uſan, es la dorada: ſirvate eſte advertimiento, Sancho, para que diſcreta, y bien intencionadamente pongas en mis oidos la verdad de las coſas que ſupieres de lo que te he preguntado. Eſo haré yo de muy buena gana, Señor mio, reſpondió Sancho, con condicion, que vueſtra merced no ſe ha de enojar de lo que dixere, pues quiere que lo diga en cueros ſin veſtirlo de otras ropas de aquellas con que llegaron á mi noticia. En ninguna manera me enojaré, reſpondió Don Quixote, bien puedes, Sancho, hablar libremente, y ſin rodeo alguno. Pues lo primero que digo (dixo) es que el vulgo tiene á vueſtra merced por grandiſimo loco, y á mi por no menos mentecato. Los Hidalgos dicen, que no conteniendoſe vueſtra merced en los limites de la Hidalguia, ſe ha pueſto Don, y ſe ha arremetido á Cavallero con quatro cepas, y dos yugadas de tierra, y con un trapo atras, y otro adelante. Dicen los Cavalleros, que no quierran, que los Hidalgos ſe opuſieſen á ellos, eſpecialmente aquellos Hidalgos Eſcuderiles, que dan humo á los zapatos, y toman los puntos de las medias negras con ſeda verde. Eſo, dixo Don Quxote, no tiene que ver conmigo, pues ando ſiempre bien veſtido, y jamas remendado: roto bien podria ſer, y el roto mas de las armas, que del tiempo. En lo que toca, proſiguió Sancho, á la valentia, corteſia, hazañas y aſumpto de vueſtra merced ay diferentes opiniones: unos dicen, loco, pero gracioſo: otros, valiente,

valiente, pero desgraciado: otros, cortés, pero impertinente: y por aquí van discurriendo en tantas cosas, que ni á vuestra merced ni á mí nos dexan hueso sano. Mira Sancho, dixo Don Quixote, donde quiera que está la virtud en eminente grado, es perseguida. Pocos, ó ninguno de los famosos varones que pasaron, dexó de ser calumniado de la malicia. Julio Cesar, animosisimo, prudentisimo, y valentisimo Capitan, fue notado de ambicioso, y algun tanto no limpio, ni en sus vestidos, ni en sus costumbres. Alexandro, á quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno, dicen dél, que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hercules, el de los muchos trabajos se cuenta, que fue lascivo, y muelle. De Don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, se murmura, que fue mas que demasiadamente rixoso; y de su hermano, que fue lloron. Así que, ó Sancho, entre las tantas calumnias de buenos, bien pueden pasar las mias, como no sean mas de las que has dicho. Ay está el toque, cuerpo de mi padre, replicó Sancho. Pues ay mas, preguntó Don Quixote? Aun la cola falta por desollar, dixo Sancho: lo de hasta aquí son tortas, y pan pintado: mas si vuestra merced quiere saber todo lo que ay acerca de las caloñas que le ponen, yo le traere aquí luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte una meaja, que á noche llegó el hijo de Bartolome Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca hecho Bachiller, y yendole yo á dar la bien venida, me dixo, que andava ya en libros la Historia de vuestra merced con nombre del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha; y dice, que me mientan á mí en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza, y á la Señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros á solas, que me hice cruces de espantado, como las pudó saber el Historiador que las escrivió. Yo te aseguro, Sancho, dixo Don Quixote, que deve de ser algun sabio encantador el autor de nu-

eſtra Hiſtoria, que á los tales no ſe les encubre nada de lo que quieren eſcrivir. Y como, dixo Sancho, ſi era ſabio, y encantador, pues (ſegun dice el Bachiller Sanſon Carraſco, que así ſe llama él que dicho tengo) que el autor de la Hiſtoria ſe llama Cide Hamete Beregena. Eſe nombre es de Moro, reſpondió Don Quixote. Así ſerá, reſpondió Sancho: porque por la mayor parte he oido decir, que los Moros ſon amigos de berengenas. Tu deves, Sancho, dixo Don Quixote, errarte en el ſobrenombre de eſe Cide, que en Arabigo quiere decir Señor. Bien podria ſer, replicó Sancho, mas ſi vueſtra merced guſta, que yo le haga venir aquí, ire por él en bolandas. Haraſme mucho placer, amigo, dixo Don Quixote, que me tiene ſuſpenſo lo que me has dicho, y no comere bocado, que bien me ſepa, haſta ſer informado de todo. Pues yo voy por él, reſpondió Sancho, y dexando á ſu Señor, ſe fue á buſcar al Bachiller, con el qual bolvió de alli á poco eſpacio, y entre los tres paſaron un graciofiſimo coloquio.

Cap. III. Del ridiculo razonamiento que pasó entre Don Quixote, Sancho Panza, y el Bachiller Sanſon Carraſco.

PEnſativo ademas quedó Don Quixote, eſperando al Bachiller Carraſco, de quien eſperava oír las nuevas de sí miſmo, pueſtas en libro, como avia dicho Sancho, y no ſe podia perſuadir, á que tal hiſtoria huvieſe, pues aun no eſtava enxuta en la cuchilla de ſu eſpada la ſangre de los enemigos que avia muerto, y ya querian, que anduvieſen en eſtampa ſus altas cavallerias: con todo eſo imaginó, que algun ſabio, ó ya amigo, ó enemigo por arte de encantamento las avra dado á la eſtampa: ſi amigo para engrandecerlas,

decerlas, y levantarlas ſobre las mas ſeñaladas de Cavallero Andante: ſi enemigo, para aniquilarlas, y ponerlas debaxo de las mas viles, que de algun vil eſcudero ſe huvieſen eſcrito, pueſto (decia entre sí) que nunca hazañas de eſcuderos ſe eſcrivieron: y quando fueſe verdad, que la tal hiſtoria huvieſe, ſiendo de Cavallero Andante, por fuerza avia de ſer grandiloqua, alta, inſigne, magnifica, y verdadera. Con eſto ſe conſoló algun tanto, pero deſconſolóle, penſar, que ſu autor era Moro, ſegun aquel nombre de Cide, y de los Moros no ſe podia eſperar verdad alguna; porque todos ſon embelecadores, falſarios, y quimeriſtas. Temiaſe, no huvieſe tratado ſus amores con alguna indecencia, que redundaſe en menoſcabo, y perjuicio de la honeſtidad de ſu Señora Dulcinea del Toboſo; deſeava, que huvieſe declarado ſu fidelidad, y el decoro, que ſiempre la avia guardado, menoſpreciando Reinas, Emperatrices, y donzellas de todas calidades, teniendo á raya los impetus de los naturales movimientos: y así embuelto, y rebuelto en eſtas, y otras muchas imaginaciones le hallaron Sancho, y Carraſco, á quien Don Quixote recibió con mucha corteſia. Era el Bachiller, aunque ſe llamava Sanſon, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran ſocarron, de color macilenta, pero de muy buen entendimiento: tendría haſta veinte y quatro años, cariredondo, de nariz chata, y de boca grande, ſeñales todas de ſer de condicion malicioſa, y amigo de donaires, y de burlas, como lo moſtró en viendo á Don Quixote, poniendoſe delante dél de rodillas, diciendole: Déme vueſtra Grandeza las manos, Señor Don Quixote de la Mancha, que por el habito de ſan Pedro que viſto, aunque no tengo otras Ordenes que las quatro primeras, que es vueſtra merced uno de los mas famoſos Cavalleros Andantes, que ha avido, ni aun avra en toda la redondez de la tierra. Bien aya Cide Hamete Benengeli, que la Hiſtoria de vueſtras grandezas dexó eſcritas,

critas, y rebien aya el curioſo, que tuvo cuidado de hacerlas traducir de Arabigo en nueſtro vulgar Caſtellano para univerſal entretenimiento de las gentes. Hizole levantar Don Quixote, y dixo: Deſa manera verdad es, que ay hiſtoria mia, y que fue Moro, y Sabió él que la compuſo. Es tan verdad, ſeñor, dixo Sanſon, que tengo para mí, que el dia de oy eſtan impreſos mas de doce mil libros de la tal hiſtoria, ſino digalo Portugal, Barcelona, y Valencia, donde ſe han impreſo, y aun ay fama, que ſe eſtá imprimiendo en Amberes, y á mí ſe me traſluce, que no ha de aver nacion, ni lengua, donde no ſe traduzga. Una de las coſas, dixo á eſta ſazon Don Quixote, que mas deve de dar contento á un hombre virtuoſo, y eminente, es verſe viviendo andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreſo, y en eſtampa, dixé con buen nombre: porque ſiendo al contrario ninguna muerte ſe le igualará. Si por buena fama, y ſi por buen nombre va, dixo el Bachiller, ſolo vueſtra merced lleva la palma á todos los Cavalleros Andantes: porque el Moro en ſu lengua, y el Chriſtiano en la ſuya tuvieron cuidado, de pintarnos muy al vivo la gallardia de vueſtra merced, el animo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adverſidades, y el ſufrimiento, así en las deſgracias, como en las heridas, la honeſtidad y continencia en los amores tan Platonicos de vueſtra merced, y de mi Señora Doña Dulcinea dél Toboſo. Nunca, dixo á eſte punto Sancho Panza, he oído llamar con Don á mi Señora Dulcinea, ſino ſolamente la Señora Dulcinea del Toboſo, y ya en eſto anda errada la hiſtoria. No es objecion de importancia eſa, reſpondió Carraſco: No por cierto, reſpondió Don Quixote, pero digame vueſtra merced, ſeñor Bachiller, que hazañas mias ſon las que mas ſe ponderan en eſa hiſtoria? En eſo, reſpondió el Bachiller, ay diferentes opiniones (como ay diferentes guſtos) unos ſe atienen á la aventura de los

molinos

molinos de viento, que á vueſtra merced le parecieron Briareos, y Gigantes: otros á la de los Batanes: eſte á la deſcripcion de los dos exercitos, que deſpues parecieron ſer dos manadas de carneros: aquel encarece la del muerto, que llevavan á enterrar á Segovia: uno dice, que á todas ſe aventaja la de la libertad de los Galeotes: otro, que ninguna iguala á la de los dos gigantes Benitos, con la pendencia del valeroſo Vizcayno. Digame, ſeñor Bachiller, dixo á eſta ſazon Sancho, entra ay la aventura de los Yangueſes, quando á nueſtro buen Rozinante ſe le antojó, ¿pedir cotufas en el golfo? No ſe le quedó nada, reſpondió Sanſon, al ſabio en el tintero, todo lo dice, y todo lo apunta, haſta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta. En la manta no hice yo cabriolas, reſpondió Sancho, en el aire sí, y aun mas de las que yo quiſiera. A lo que yo imagino, dixo Don Quixote, no ay hiſtoria humana en el mundo, que no tenga ſus altibaxos, eſpecialmente las que tratan de Cavallerias, las quales nunca pueden eſtar llenas de proſperos ſuceſos: Con todo eſo, reſpondió el Bachiller, dicen algunos, que *han leido la hiſtoria*, que ſe holgáran, ſe les huviera olvidado á los autores della algunos de los infinitos palos, que en diferentes encuentros dieron al Señor Don Quixote. Ay entra la verdad de la hiſtoria, dixo Sancho. Tambien pudieran callarlos por equidad, dixo Don Quixote, pues las acciones que ni mudan, ni alteran la verdad de la hiſtoria, no ay para que eſcrivirlas, ſi han de redundar en menoſprecio del ſeñor de la hiſtoria. A fee que no fue tan piadoſo Eneas, como Virgilio le pinta, ni tan prudente Uliſes, como le deſcrive Homero. Así es, replicó Sanſon, pero uno es eſcrivir como Poeta, y otro como hiſtoriador, el Poeta puede contar, ó cantar las coſas, no como fueron, ſino como devian ſer: y el hiſtoriador las ha de eſcrivir, no como devian ſer, ſino como fueron, ſin añadir, ni quitar á la verdad coſa alguna: Pues ſi es, que ſe

anda

anda á decir verdades eſe ſeñor Moro, dixo Sancho, á buen ſeguro que entre los palos de mi Señor ſe hallen los mios; porque nunca á ſu merced le tomaron la medida de las eſpaldas, que no me la tomaſen á mí de todo el cuerpo: pero no ay de que maravillarme, pues como dice el miſmo Señor mio, del dolor de la cabeza han de participar los miembros. Socarron ſoys, Sancho, reſpondió Don Quixote, á fee que no os falta memoria, quando vos quereis tenerla. Quando yo quiſieſe olvidarme de los garrotazos que me han dado, dixo Sancho, no lo conſentirán los cardenales, que aun ſe eſtan freſcos en las coſtillas. Callad Sancho, dixo Don Quixote, y no interrumpais al ſeñor Bachiller, á quien ſuplico, paſe adelante, en decirme, lo que ſe dice de mí en la referida hiſtoria. Y de mí, dixo Sancho, que tambien dicen, que ſoy yo uno de los principales preſonages della. Perſonages, que no preſonages, Sancho amigo, dixo Sanſon. Otro reprochador de voquibles tenemos, dixo Sancho, pues andenſe á eſo, y no acabaremos en toda la vida. Mala me la dé Dios, Sancho, reſpondió el Bachiller, ſino ſoys vos la ſegunda perſona de la hiſtoria, y que ay tal, que precia mas oiros hablar á vos, que al mas pintado de toda ella: pueſto que tambien ay quien diga, que anduviſtes demaſiadamente de credulo, en creer, que podia ſer verdad el govierno de aquella inſula, ofrecida por el Señor Don Quixote, que eſtá preſente. Aun ay ſol en las bardas, dixo Don Quixote, y mientras mas fuere entrando en edad Sancho, con la eſperiencia que dan los años, eſtará mas idoneo, y mas habil, para ſer Governador, que no eſtá agora. Por Dios, ſeñor, dixo Sancho, la iſla que yo no governaſe con los años que tengo, no la governaré con los años de Matuſalen; el daño eſtá, en que la dicha inſula ſe entretiene, no ſé donde, y no en faltarme á mí el caletre para governarla. Encomendadlo á Dios, Sancho, dixo Don Quixote, que todo

todo ſe hará bien, y quiza mejor de lo que vos penſais, que no ſe mueve la hoja en el arbol ſin la voluntad de Dios. Así es verdad, dixo Sanſon, que ſi Dios quiere, no le faltarán á Sancho mil iſlas que governar, quanto mas una. Governadores he viſto por ay, dixo Sancho, que á mi parecer no llegan á la ſuela de mi zapato, y con todo eſo los llaman ſeñoria, y ſe ſirven con plata. Eſos no ſon Governadores de inſulas, replicó Sanſon, ſino de otros govierños mas manuales, que los que goviernan inſulas, por lo menos han de ſaber gramatica. Con la grama bien me avendria yo, dixo Sancho, pero con la tica, ni me tiro, ni me pago, porque no la entiendo: pero dexando eſto del govierno en las manos de Dios, que me eche á las partes, donde mas de mí ſe ſirva, digo, ſeñor Bachiller Sanſon Carraſco, que infinitamente me ha dado guſto, que el autor de la hiſtoria aya hablado de mí, de manera que no enfadan las coſas, que de mí ſe cuentan, que á fé de buen eſcudero, que ſi huviera dicho de mí coſas que no fueran, muy de Chriſtiano viejo como ſoy, que nos avian de oir los ſordos. Eſo fuera hacer milagros, reſpondió Sanſon. Milagros, ó no milagros, dixo Sancho, cada uno mire, como habla, ó como eſcrive de las preſonas, y no ponga á troche moche lo primero, que le viene al magin. Una de las tachas que ponen á la tal hiſtoria, dixo el Bachiller, es, que ſu autor puſo en ella una novela intitulada, El Curioſo Impertinente, no por mala, ni por mal razonada, ſino por no ſer de aquel lugar, ni tiene que ver con la hiſtoria de ſu merced del Señor Don Quixote. Yo apoſtaré, replicó Sancho, que ha mezclado el hideperro berzas con capachos. Aora digo, dixo Don Quixote, que no ha ſido ſabio el Autor de mi Hiſtoria, ſino algun ignorante hablador que á tiento, y ſin algun diſcurſo ſe puſo á eſcrivirla: ſalga lo que ſaliere, como hacía Orbaneja el Pintor de Ubeda, al qual preguntandole, que pintava, reſpondió lo que ſaliere; tal vez pintava,

un

un gallo de tal ſuerte, y tan mal parecido, que era meneſter, que con letras Goticas eſcrivieſe junto á él, eſte es gallo: y así deve de ſer de mi hiſtoria, que tendra neceſidad de comento para entenderla. Eſo no, reſpondió Sanſon, porque es tan clara, que no ay coſa, que dificultar en ella, los niños la manoſean, los mozos la leen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran, y finalmente es tan trillada, y tan ſabida de todo genero de gentes, que á penas han viſto algun rozin flaco, quando dicen, alli va Rozinante: y los que mas ſe han dado á ſu letura, ſon los pages. No ay antecamara de ſeñor, donde no ſe halle un Don Quixote, unos le toman, ſi otros le dexan; eſtos le enviſten, y aquellos le piden, finalmente la tal hiſtoria es del mas guſtoſo, y menos perjudicial entretenimiento, que haſta agora ſe aya viſto; porque en toda ella no ſe deſcubre ni por ſemejas una palabra deſhoneſta, ni un penſamiento menos que Catolico. A eſcrivir de otra ſuerte, dixo Don Quixote, no fuera eſcrivir verdades, ſino mentiras, y los hiſtoriadores, que de mentiras ſe valen, avian de ſer quemados, como los que hacen moneda falſa, y no ſé yo, que le movió al autor, á valerſe de novelas, y cuentos agenos, aviendo tanto que eſcrivir en los mios, ſin duda ſe devió de atener al refran de paja, y de heno, &c. Pues en verdad que en ſolo manifeſtar mis peuſamientos, mis ſuſpiros, mis lagrimas, mis buenos deſeos, y mis acometimientos pudiera hacer un volumen mayor, ó tan grande, que el que pueden hacer todas las obras del Toſtado. En efeto lo que yo alcanzo, ſeñor Bachiller, es, que para componer hiſtorias, y libros de qualquier ſuerte que ſean, es meneſter un gran juicio, y un maduro entendimiento: decir gracias, y eſcrivir donaires es de grandes ingenios: la mas diſcreta figura de la comedia es la del bobo; porque no lo ha de ſer él que quiere dar á entender, que es ſimple:

la

la hiſtoria es como coſa ſagrada: porque ha de ſer verdadera, y donde eſtá la verdad, eſtá Dios en quanto á verdad, pero no obſtante eſto ay algunos, que así componen, y arrojan libros de sí, como ſi fueſen buñuelos. No ay libro tan malo, dixo el Bachiller, que no tenga algo bueno. No ay duda en eſo, replicó Don Quixote; pero muchas veces acontece, que los que tenían meritamente grangeada, y alcanzada gran fama por ſus eſcritos, en dandolos á la eſtampa, la perdieron del todo, ó la menoſcabaron en algo. La cauſa deſo es, dixo Sanſon, que como las obras impreſas ſe miran deſpacio, facilmente ſe veen ſus faltas, y tanto mas ſe eſcudriñan, quanto es mayor la fama dél que las compuſo. Los hombres famoſos por ſus ingenios, los grandes Poetas, los iluſtres hiſtoriadores ſiempre, ó las mas veces ſon embidiados de aquellos que tienen por guſto, y por particular entretenimiento, juzgar los eſcritos agenos, ſin aver dado algunos propios á la luz del mundo. Eſo no es de maravillar, dixo Don Quixote, porque muchos Teologos ay, que no ſon buenos para el pulpito, y ſon boniſimos para conocer las faltas, ó ſobras de los que predican. Todo eſo es así, Señor Don Quixote, dixo Carraſco, pero quiſiera yo, que los tales cenſuradores fueran mas miſericordioſos, y menos eſcrupuloſos, ſin atenerſe á los atomos del ſol clariſimo de la obra de que murmuran, que ſi aliquando bonus dormitat Homerus, conſideren lo mucho, que eſtuvo deſpierto, por dar la luz de ſu obra con la menos ſombra que pudieſe: y quiza podria ſer, que lo que á ellos les parece mal, fueſen lunares, que á las veces acrecientan la hermoſura del roſtro que los tiene, y así digo, que es grandiſimo el rieſgo, á que ſe pone él que imprime un libro, ſiendo de toda impoſibilidad impoſible componerle tal, que ſatisfaga, y contente á todos los que le leyeren. El que de mí trata, dixo Don Quixote, á pocos avra contentado. Antes es el reves, que como de ſtultorum infi-

nitus eſt numerus, infinitos ſon los que han guſtado de la tal hiſtoria, y algunos han pueſto falta, y dolo en la memoria del autor, pues ſe le olvida de contar, quien fue el ladron, que hurtó el Rucio á Sancho, que alli no ſe declara, y ſolo ſe infiere de lo eſcrito, que ſe le hurtaron, y de alli á poco le vemos á cavallo ſobre el miſmo jumento, ſin aver parecido; tambien dicen, que ſe le olvidó poner, lo que Sancho hizo de aquellos cien eſcudos, que halló en la maleta en Sierra Morena, que nunca mas los nombra, y ay muchos que deſean ſaber, que hizo dellos, ó en que los gaſtó, que es uno de los puntos ſuſtanciales, que faltan en la obra. Sancho reſpondió, yo, ſeñor Sanſon, no eſtoy aora para ponerme en cuentas, ni cuentos que me ha tomado un deſmayo de eſtomago, que ſino le reparo con dos tragos de lo anejo, me pondra en la eſpina deSantaLucia; en caſa lo tengo, mi oiſlo me aguarda, en acabando de comer dare la buelta, y ſatisfare á vueſtra merced y á todo el mundo de lo que preguntar quiſieren, así de la perdida del jumento, como del gaſto de los cien eſcudos, y ſin eſperar reſpueſta ni decir otra palabra, ſe fue á ſu caſa. Don Quixote pidió, y rogó al Bachiller, ſe quedaſe, á hacer penitencia con el: Tuvo el Bachiller el embite, quedóſe, añadióſe al ordinario un par de pichones, tratóſe en la meſa de cavallerias, figuióle el humor Carraſco, acabóſe el banquete, durmieron la ſieſta, bolvió Sancho, y renovóſe la platica paſada.

Cap.

Cap. IV. Donde Sancho Panza ſatisface al Bachiller Sanſon Carraſco de ſus dudas, y preguntas, con otros ſuceſos dignos de ſaberſe, y de contarſe.

BOlvió Sancho á caſa de Don Quixote, y bolviendo al paſado razonamiento, dixo á lo que el ſeñor Sanſon dixo, que ſe deſeava ſaber, quien, ó como, ó quando ſe me hurtó el jumento, reſpondiendo, digo que la noche miſma que huyendo de la Santa Hermandad nos entramos en Sierra Morena, deſpues de la aventura ſin ventura de los Galeotes, y de la del Difunto, que llevavan á Segovia, mi Señor, y yo nos metimos entre una eſpeſura, adonde mi Señor arrimado á ſu lanza, y yo ſobre mi Rucio, molidos y canſados de las paſadas refriegas, nos puſimos á dormir, como ſi fuera ſobre quatro colchones de pluma; eſpecialmente yo dormí con tan peſado ſueño, que quien quiera que fue; tuvo lugar de llegar, y ſuſpenderme ſobre quatro eſtacas, que puſo á los quatro lados de la albarda, de manera que me dexó á cavallo ſobre ella, y me ſacó debaxo de mí al Rucio, ſin que yo lo ſintieſe. Eſo es coſa facil, y no acontecimiento nuevo, dixo Don Quixote que lo meſmo le ſucedió á Sacripante, quando eſtando en el cerco de Albraca, con eſa miſma invencion le ſacó el cavallo de entre las piernas aquel famoſo ladron llamado Brunelo. Amaneció, proſiguió Sancho, y á penas me huve eſtremecido, quando faltando las eſtacas, dí conmigo en el ſuelo una gran caida, miré por el jumento, y no le vi, acudieronme lagrimas á los ojos, y hice una lamentacion, que ſi no la puſo el autor de nueſtra hiſtoria, puede hacer cuenta, que no puſo coſa buena. Al cabo de no ſé quantos dias viniendo con la Señora Princeſa Micomicona, conocí mi Aſno, y que venia ſobre el en

habito de Gitano aquel Gines de Paſſamonte aquel embuſtero, y grandiſimo maleador, que quitamos mi ſeñor, y yo de la cadena. No eſtá en eſo el yerro, replicó Sanſon, ſino en que antes de aver parecido el jumento, dice el autor, que iva á cavallo Sancho en el meſmo Rucio. A eſo, dixo Sancho, no ſé que reſponder, ſino que el hiſtoriador ſe engañó, ó ya ſeria deſcuido del Impreſor. Así es ſin duda, dixo Sanſon: Pero que ſe hicieron de los cien eſcudos? deſhicieronſe? Reſpondió Sancho, yo los gaſté en pro de mi perſona, y de la mi muger, y de mis hijos, y ellos han ſido cauſa de que mi muger lleve en paciencia los caminos, y carreras, que he andado ſirviendo á mi Señor Don Quixote, que ſi al cabo de tanto tiempo bolviera ſin blanca, y ſin el jumento á mi caſa, negra ventura me eſperava, y ſi ay mas que ſaber de mí, aquí eſtoy que reſpondere al meſmo Rey en preſona, y nadie tiene para que meterſe en ſi truxe, ó no truxe, ſi gaſté, ó no gaſté, que ſi los palos que me dieron en eſtos viages ſe huvieran de pagar á dinero, aunque no ſe taſaran ſino á quatro maravedís cada uno, en otros cien eſcudos no avia para pagarme la mitad, y cada uno meta la mano en ſu pecho, y no ſe ponga á juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco, que cada uno es, como Dios le hizo, y aun peor muchas veces. Yo tendre cuidado, dixo Carraſco, de acuſar al autor de la hiſtoria, que ſi otra vez la imprimiere, no ſe le olvide eſto, que el buen Sancho ha dicho, que ſera realzarla un buen coto mas de lo que ella ſe eſtá. Ay otra coſa que enmendar en eſa leyenda, ſeñor Bachiller? preguntó Don Quixote: Si deve de aver, reſpondió él, pero ninguna deve de ſer de la importancia de las ya referidas. Y por ventura dixo Don Quixote, promete el autor ſegunda parte? Sí promete, reſpondió Sanſon, pero dice, no ha hallado, ni ſabe quien la tiene, y así eſtamos en duda, ſi ſaldra, ó no: y así por eſto, como porque algunos dicen, nunca ſegundas partes fueron buenas,

buenas, y otros, de las coſas de Don Quixote baſtan las eſcritas; ſe duda, que no ha de aver ſegunda parte, aunque algunos que ſon mas Joviales, que Saturninos dicen: vengan mas Quixotadas en viſta Don Quixote, y hable Sancho Panza, y ſea lo que fuere, que con eſo nos contentamos. Y á que ſe, atiene el autor? dixo Sancho. A que, reſpondió Sanſon, en hallando que halle la hiſtoria, que él va buſcando con extraordinarias diligencias, la dara luego á la eſtampa, llevado mas del interes que de darla ſe le ſigue, que de otra alabanza alguna. A lo que dixo Sancho, al dinero, y al interes mira el autor? maravilla ſera, que acierte, porque no hara ſino harbar, harbar, como ſaſtre en viſperas de paſquas, y las obras que ſe hacen á prieſa, nunca ſe acaban con la perfecion, que requieren: atienda eſe ſeñor Moro, á lo que es á mirar lo que hace, que yo, y mi Señor le daremos tanto ripio á la mano en materia de aventuras, y de ſuceſos diferentes, que pueda componer no ſolo ſegunda parte, ſino ciento: deve de penſar el buen hombre ſin duda, que nos dormimos aquí en las pajas, pues tenganos el pie al herrar, y verá del que coſqueamos, lo que yo ſé decir, es, que ſi mi Señor tomaſe mi conſejo, ya aviamos de eſtar en eſas campañas deſhaciendo agravios, y enderezando tuertos, como es uſo y coſtumbre de los buenos Andantes Cavalleros. No avia bien acabado de decir eſtas razones Sancho, quando llegaron á ſus oidos relinchos de Rozinante, los quales relinchos tomó Don Quixote por feliciſimo aguero, y determinó de hacer de alli á tres ó quatro dias otra ſalida, y declarando ſu intento al Bachiller, le pidió conſejo, por que parte comenzaría ſu jornada: el qual le reſpondió, que era ſu parecer, que fueſe al Reino de Aragon, y á la Ciudad de Zaragoza, adonde de alli á pocos dias ſe avian de hacer unas ſoleniſimas juſtas por la fieſta de San Jorge, en las quales podria ganar fama ſobre todos los Cavalleros Aragoneſes, que ſería ganarla ſobre todos los

del

del mundo. Alabóle ſer honradiſima y valentiſima ſu determinacion, y advirtióle, que anduvieſe mas atentado en acometer los peligros, á cauſa que ſu vida no era ſuya, ſino de todos aquellos, que le avian meneſter para que los amparaſe, y ſocorrieſe en ſus deſventuras. Deſo es lo que yo reniego, ſeñor Sanſon, dixo á eſte punto Sancho, que así acomete mi ſeñor á cien hombres armados, como un muchacho goloſo á media docena de badeas; cuerpo del mundo, ſeñor Bachiller, sí que tiempos ay de acometer, y tiempos de retirar, sí no ha de ſer todo Santiago, y cierra Eſpaña, y mas que yo he oido decir, y creo, que á mi Señor miſmo, ſi mal no me acuerdo, que en los eſtremos de cobarde, y de temerario eſtá el medio de la valentia, y ſi eſto es así, no quiero, que huya, ſin tener para que, ni que acometa, quando la demaſia pide otra coſa: pero ſobre todo aviſo á mi ſeñor, que ſi me ha de llevar conſigo, ha de ſer con condicion, que él ſe lo ha de batallar todo, y que yo no he de eſtar obligado á otra coſa, que á mirar por ſu perſona en lo que tocáre á ſu limpieza, y á ſu regalo, que en eſto yo le bailare el agua delante; pero penſar, que tengo de poner mano á la eſpada, aunque ſea contra villanos malandrines de acha, y capellina, es penſar en lo eſcuſado. Yo, ſeñor Sanſon, no pienſo grangear fama de valiente, ſino del mejor, y mas leal eſcudero, que jamas ſirvió á Cavallero Andante: y ſi mi Señor Don Quixote obligado de mis muchos y buenos ſervicios quiſiere darme alguna inſula de las muchas que ſu merced dice, que ſe ha de topar por ay: recibire mucha merced en ello, y quando no me la diere, nacido ſoy, y no ha de vivir el hombre en oto de otro, ſino de Dios, y mas que tan bien, y aun quiza mejor me ſabra el pan deſgovernado, que ſiendo Governador; y ſé yo por ventura, ſi en eſos goviernos me tiene aparejada el diablo alguna zancadilla, donde tropiece,

tropiece, y caiga, y me haga las muelas? Sancho nací, y Sancho pienſo morir: pero ſi con todo eſto de buenas á buenas ſin mucha ſolicitud, y ſin mucho rieſgo me deparaſe el cielo alguna inſula, ó otra coſa ſemejante, no ſoy tan necio, que la deſechaſe, que tambien ſe dice, quando te dieren la baquilla, corre con la ſoguilla, y quando viene el bien, metelo en tu caſa: Vos, hermano Sancho, dixo Carraſco, aveis hablado como un Cathedratico: pero con todo eſo confiad en Dios, y en el Señor Don Quixote, que os ha de dar un Reino, no que una inſula: Tanto es lo de mas como lo de menos, reſpondió Sancho, aunque ſé decir al ſeñor Carraſco, que no echára mi ſeñor el Reino, que me diera in ſaco roto, que yo he tomado el pulſo á mí miſmo, y me hallo con ſalud para regir Reinos, y governar inſulas, y eſto ya otras veces lo he dicho á mi ſeñor. Mirad Sancho, dixo Sanſon, que los oficios mudan las coſtumbres, y podria ſer, que viendoos Governador, no conocieſedes á la madre, que os parió: Eſo allá ſe ha de entender, reſpondió Sancho, con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen ſobre el alma quatro dedos de enjundia de Chriſtianos viejos, como yo los tengo: no, ſino llegaos á mi condicion, que ſabra uſar de deſagradecimiento con alguno. Dios lo haga, dixo Don Quixote, y ello dira, quando el govierno venga, que ya me parece, que le trayo entre los ojos: dicho eſto, rogó al Bachiller, que ſi era Poeta, le hicieſe merced, de componerle unos verſos, que trataſen de la deſpedida, que penſava hacer de ſu Señora Dulcinea del Toboſo, y que advirtieſe, que en el principio de cada verſo, avia de poner una letra de ſu nombre, de manera que al fin de los verſos juntando las primeras letras ſe leyeſe Dulcinea del Toboſo. El Bachiller reſpondió, que pueſto que él no era de los famoſos Poetas que avia en Eſpaña, que decian, que no eran ſino tres y medio, que no dexaría de componer los tales metros, aunque

que hallava una dificultad grande en ſu compoſicion, á cauſa que las letras que contenian el nombre, eran diez y ſiete, y que ſi hacía quatro Caſtellanas de á quatro verſos, ſobrára una letra, y ſi de á cinco, á quien llaman Decimas, ó Redondillas, faltavan tres letras; pero con todo eſo procuraría embever una letra, lo mejor que pudieſe, de manera que en las quatro Caſtellanas ſe incluyeſe el nombre de Dulcinea del Toboſo. Ha de ſer así en todo caſo, dixo Don Quixote, que ſi alli no va el nombre patente y de manifieſto, no ay muger, que crea, que para ella ſe hicieron los metros. Quedaron en eſto, y en que la partida ſería de alli á ocho dias: encargó Don Quixote al Bachiller, la tuvieſe ſecreta, eſpecialmente al Cura, y á maeſe Nicolas, y á ſu Sobrina,, y al Ama: porque no eſtorvaſen ſu honrada, y valeroſa determinacion: todo lo prometió Carraſco; con eſto ſe deſpidió, encargando á Don Quixote, que de todos ſus buenos ó malos ſuceſos le aviſaſe; aviendo comodidad, y así ſe deſpidieron, y Sancho fue á poner en orden lo neceſario para ſu jornada.

Cap. V. De la diſcreta y gracioſa platica que paſó entre Sancho Panza, y ſu muger Tereſa Panza, y otros ſuceſos dignos de felice recordacion.

LLegando á eſcrivir el traductor deſta hiſtoria eſte quinto capitulo, dice, que le tiene por apocrifo, porque en el habla Sancho Panza con otro eſtilo, del que ſe podia prometer de ſu corto ingenio, y dice coſas tan ſutiles, que no tiene por poſible, que él las ſupieſe, pero que no quiſo dexar de traducirlo, por cumplir con lo que á ſu oficio devia, y así proſiguio, diciendo.

Llegó

Llegó Sancho á ſu caſa tan regozijado y alegre, que ſu muger conoció ſu alegria á tiro de balleſta, tanto que la obligó á preguntarle: que traes, Sancho amigo, que tan alegre venis? á lo que él reſpondió: Muger mia, ſi Dios quiſiera, bien me holgára yo de no eſtar tan contento, como mueſtro: No os entiendo, marido, replicó ella, y no ſé, que quereis decir in eſo, de que os holgaredes, ſi Dios quiſiera, de no eſtar contento, que maguer tonta, no ſé yo, quien recibe guſto, de no tenerle: Mirad Tereſa, reſpondió Sancho, yo eſtoy alegre, porque tengo determinado de bolver á ſervir á mi Amo Don Quixote, el qual quiere la vez tercera á ſalir, á buſcar las aventuras, y yo buelvo á ſalir con él, porque lo quiere así mi neceſidad junto con la eſperanza que me alegra de penſar, ſi podré hallar otros cien eſcudos, como los ya gaſtados, pueſto que me entriſtece el averme de apartar de tí y de mis hijos; y ſi Dios quiſiera darme de comer á pie enjuto, y en mi caſa ſin traerme por vericuetos y encrucijadas, pues lo podia hacer á poca coſta, y no mas de quererlo, claro eſtá, que mi alegria fuera mas firme y valedera, *pues* que la que tengo va mezclada con la triſteza del dexarte, así que dixe bien, que holgára, si Dios quiſiera, de no eſtar contento. Mirad Sancho, replicó Tereſa, deſpues que os hiciſtes miembro de Cavallero Andante, hablais de tan rodeada manera, que no ay quien os entienda: Baſta que me entienda Dios, muger, reſpondió Sancho, que él es el entendedor de todas las coſas, y quedeſe eſto aquí, y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta eſtos tres dias con el Rucio, de manera que eſté para armas tomar, dobladle los pienſos, requerid la albarda, y las demas jarcias, porque no vamos á bodas, ſino á rodear el mundo, y á tener dares, y tomares con Gigantes, con Endriagos, y con Veſtiglos, y á oir ſilvos, rugidos, bramidos, y baladros, y aun todo eſto fuera flores de cantueſo, ſino tuvieramos que entender con Yangueſes, y

con Moros encantados. Bien creo yo, marido, replicó Tereſa, que los eſcuderos andantes no comen el pan de valde, y así quedaré rogando á nueſtro Señor, os ſaque preſto de tanta mala ventura. Yo os digo, muger, reſpondió Sancho, que ſino penſaſe antes de mucho tiempo verme Governador de una inſula, aquí me caería muerto. Eſo no, marido mio, dixo Tereſa: viva la gallina aunque ſea con ſu pepita, vivid vos, y lleveſe el diablo quantos goviernos ay en el mundo; ſin govierno ſaliſtes del vientre de vueſtra madre, ſin govierno aveis vivido haſta aora, y ſin govierno os ireis, ó os llevarán á la ſepultura, quando Dios fuere ſervido. Como eſos ay en el mundo que viven ſin govierno, y no por eſo dexan de vivir, y de ſer contados en el numero de las gentes. La mejor ſalſa del mundo es la hambre, y como eſta no falta á los pobres, ſiempre comen con guſto. Pero mirad Sancho, si por ventura os vieredes con algun govierno, no os olvideys de mí y de vueſtros hijos. Advertid, que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razon que vaya á la eſcuela, si es que ſu tio el Abad le ha de dexar hecho de la Igleſia. Mirad tambien, que Mari Sancha vueſtra hija no ſe morira, si la caſamos, que me va dando barruntos, que deſea tanto tener marido, como vos deſeays veros con govierno, y en fin en fin, mejor parece la hija mal caſada, que bien abarraganada. A buena fé, reſpondió Sancho, que si Dios me llega á tener algo que dé govierno, que tengo de caſar, muger mia, á Mari Sancha tan altamente, que no la alcancen ſino con llamarla Señora. Eſo no, Sancho, reſpondió Tereſa, caſadla con ſu igual, que es lo mas acertado, que si de los zuecos la ſacays á chapines, y dé ſaya parda de catorzeno á verdugado, y ſaboyanas de ſeda; y de una Marica, y un tú á una doña tal, y ſeñoria, no ſe ha de hallar la mochacha, y á cada paſo ha de caer en mil faltas, deſcubriendo la hilaza de ſu tela baſta y groſera. Calla boba, dixo Sancho, que

todo

todo ſera uſarlo dos, ó tres años, que deſpues le vendra el ſeñorio, y la gravedad como de molde; y quando no, que importa? ſea ſe ella ſeñoria, y venga lo que viniere. Medios, Sancho, con vueſtro eſtado, reſpondió Tereſa, no os querays alzar á mayores, y advertid al refran, que dice, al hijo de tu vecino limpiale las narices, y metele en tu caſa. Por cierto que ſería gentil coſa caſar á nueſtra Maria con un Condazo, ó con Cavallerote, que quando ſe le antojaſe, la puſieſe como nueva, llamandola de villana, hija del *deſtripa* terrones, y de la pela ruecas; no en mis dias, marido, para eſo por cierto he criado yo á mi hija: traed vos dineros, Sancho, y el caſarla, dexadlo á mi cargo, que ay eſtá Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y ſano, y que le conocemos, y ſé que no mira de mal ojo á la mochacha, y con eſte que es nueſtro igual eſtará bien caſada, y le tendremos ſiempre á nueſtros ojos, y ſeremos todos unos padres y hijos, nietos, y yernos, y andara la paz y la bendicion de Dios entre todos noſotros: y no caſarme la vos aora en eſas Cortes, y en eſos palacios grandes, adonde ni á ella la *entiendan*, ni ella ſe entienda. Ven acá, beſtia, y muger de Barrabas, replicó Sancho, porque quieres tu aora ſin que, ni para que eſtorvarme que no caſe á mi hija con quien me dé nietos que ſe llamen ſeñoria? Mira, Tereſa, ſiempre he oido decir á mis mayores, que él que no ſabe gozar de la ventura quando le viene, que no ſe deve quexar, si ſe le paſa. Y no ſería bien, que aora que eſta llamando á nueſtra puerta, ſe la cerremos; dexemonos llevar deſte viento favorable, que nos ſopla. (Por eſte modo de hablar, y por lo que mas abaxo dice Sancho, dixo el traductor deſta Hiſtoria que tenía por apocrifo eſte capitulo) No te parece, animalia, proſiguió Sancho, que ſera bien dar con mi cuerpo en algun govierno provechoſo, que nos ſaque el pié del lodo: y caſaſe á Mari Sancha con quien yo quiſiere, y veras como te llaman á tí Doña Tereſa

Panza, y te ſientas en la Igleſia ſobre alcatifa, almohadas, y arambeles á peſar y deſpecho de las Hidalgas del pueblo. No ſino eſtaos ſiempre en un ſer, ſin crecer ni menguar, como figura de paramento, y en eſto no hablemos mas, que Sanchica ha de ſer Condeſa, aunque tu mas me digas. Veis quanto decis, marido, reſpondió Tereſa: pues con todo eſo temo, que eſte Condado de mi hija ha de ſer ſu perdicion, vos haced lo que quiſieredes, ora la hagays Duqueſa ó Princeſa: pero ſé os decir, que no ſera ello con voluntad, ni conſentimiento mio. Siempre, hermano, fuy amiga de la igualdad, y no puedo ver entonos ſin fundamentos; Tereſa me puſieron en el bautiſmo, nombre mondo, y eſcueto, ſin añadiduras, ni cortapiſas, ni arrequives de dones, ni donas, Caſcajo ſe llamó mi padre, y á mí por ſer vueſtra müger me llaman Tereſa Panza, que á buena razon me avian de llamar Tereſa Caſcajo. Pero allá van Reyes, do quieren leyes, y con eſte nombre me contento, ſin que me le pongan un Don encima que peſe tanto, que no le pueda llevar, y no quiero dar que decir á los que me vieren andar veſtida á lo Condeſil, ó á lo de Governadora, que luego dirán, mirad que entonada va la pazpuerca, ayer no ſe hartava de eſtirar de un copo de eſtopa, y iva á Miſa cubierta la cabeza con la falda de la ſaya en lugar de manto, y ya oy va con verdugado, con broches y con entono, como ſino la conocieſemos. Si Dios me guarda mis ſiete, ó mis cinco ſentidos, ó los que tengo, no pienſo dar ocaſion de verme en tal aprieto, vos hermano idos á ſer govierno, ó inſulo, y entonaos á vueſtro guſto, que mi hija ni yo por el ſiglo de mi madre que no nos hemos de mudar un paſo de nueſtra aldea; la muger honrada la pierna quebrada, y en caſa, y la donzella honeſta el hacer algo es ſu fieſta, idos con vueſtro Don Quixote á vueſtras aventuras, y dexadnos á noſotras con nueſtras malas venturas, que Dios nos las mejorará, como ſeamos buenas, y yo no ſé por cierto, quien

le

le puſo á él Don, que no tuvieron ſus padres ni ſus aguelos. Aora. digo, replicó Sancho, que tienes algun familiar en eſe cuerpo: Valate Dios la muger, y que de coſas has enſartado unas en otras, ſin tener pies ni cabeza. Que tiene que ver el caſcajo, los broches, los refranes, y el entono con lo que yo digo. Ven acá, mentecata, é ignorante (que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones, y vas huyendo de la dicha.) Si yo diciera, que mi hija ſe arrojara de una torre abaxo, ó que ſe fuera por eſos mundos, como ſe quiſo ir la Infanta Doña Urraca, tenías razon de no venir con mi guſto: pero ſi en dos paletas, y en menos de un abrir y cerrar de ojos te la chanto un Don, y una Señoría acueſtas, y te la ſaco de los raſtrojos, y te la pongo en toldo y en peana, y en un eſtrado de mas almohadas de velludo, que tuvieron Moros en ſu linage los Almohadas de Marruecos, porque no has de conſentir, y querer lo que yo quiero? Sabeys porque, marido, reſpondió Tereſa, por el refran, que dice: Quien te cubre te deſcubre. Por el pobre todos paſan los ojos, como de corrida, y en el rico los detienen, y ſi el tal rico fue un tiempo pobre, alli es el murmurar, y el maldecir, y el peor perſeverar de los maldicientes, que los ay por eſas calles á montones, como enxambres de abejas. Mira Tereſa, reſpondió Sancho, y eſcucha, lo que agora quiero decirte, quiza no lo avras oido en todos los dias de tu vida, y yo agora no hablo de mio, que todo lo que pienſo decir ſon ſentencias del padre predicador, que la Quareſma paſada predicó en eſte pueblo, el qual, ſi mal no me acuerdo, dixo, que todas las coſas preſentes que los ojos eſtan mirando, ſe preſentan, eſtan, y aſiſten en nueſtra memoria mucho mejor, y con mas vehemencia que las coſas paſadas. (Todas eſtas razones, que aquí va diciendo Sancho, ſon las ſegundas, por quien dice el traductor que tiene por apocrifo eſte capitulo, que exceden á la capacidad de Sancho, el qual proſiguió, diciendo.) De donde

nace

nace, que quando vemos alguna perſona bien aderezada, y con ricos veſtidos compueſta, y con pompa de criados, parece, que por fuerza nos mueve y combida á que la tengamos reſpeto, pueſto que la memoria en aquel inſtante nos repreſente alguna baxeza en que vimos á la tal perſona, la qual ignominia aora ſea de pobreza, ó de linage, como ya paſó, no es, y ſolo es lo que vemos preſente. Y ſi eſte á quien la fortuna ſacó del borrador de ſu baxeza, que por eſtas meſmas razones lo dexo el padre á la alteza de ſu proſperidad, fuera bien criado, liberal y cortés con todos, y no ſe pueſiere en cuentos con aquellos, que por antiguedad ſon nobles, ten por cierto, Tereſa, que no avra, quien ſe acuerde de lo que fue, ſino que reverencien lo que es, ſino fueren los invidioſos, de quien ninguna proſpera fortuna eſtá ſegura. Yo no os entiendo, marido, replicó Tereſa, haced lo que quiſieredes, y no me quebreys mas la cabeza con vueſtras arengas y retoricas. Y ſi eſtays rebuelto en hacer lo que decis: Reſuelto has de decir muger, dixo Sancho, y no rebuelto. No os pongays á diſputar, marido, conmigo, reſpondió Tereſa, yo hablo como Dios es ſervido, y no me meto en mas dibuxos: y digo, que ſi eſtays porfiando en tener govierno, que lleveys con vos á vueſtro hijo Sancho, para que deſde agora le enſeñeys á tener govierno, que bien es que los hijos hereden, y aprendan los oficios de ſus padres. En teniendo govierno, dixo Sancho, embiare por él por la poſta, y te embiare dineros, que no me faltarán, pues nunca falta quien ſe los preſte á los Governadores, quando no los tienen, y viſte le de modo que diſimule lo que es, y parezca lo que ha de ſer. Embiad vos dinero, dixo Tereſa, que yo os lo viſtire como un palmito. En efecto quedamos de acuerdo, dixo Sancho, de que ha de ſer Condeſa nueſtra hija. El dia que yo la viere Condeſa, reſpondió Tereſa, eſe haré cuenta que la entierro: pero otra vez os digo, que hagays lo que os diere guſto, que con

eſta

eſta carga nacemos las mugeres, de eſtar obedientes á ſus maridos, aunque ſean unos porros; y en eſto comenzó á llorar tan de veras, como ſi ya viera muerta, y enterrada á Sanchica. Sancho la conſoló, diciendole, que ya que la huvieſe de hacer Condeſa, la haría todo lo mas tarde que ſer pudieſe. Con eſto ſe acabó ſu platica, y Sancho bolvió á ver á Don Quixote, para dar orden en ſu partida.

Cap. VI. De lo que le paſó á Don Quixote con ſu Sobrina, y con ſu Ama, y es uno de los importantes capitulos de toda la Hiſtoria.

EN tanto que Sancho Panza, y ſu muger Tereſa Caſcajo paſaron la impertinente referida platica, no eſtavan ocioſas la Sobrina, y el Ama de Don Quixote, que por mil ſeñales ivan coligiendo, que ſu Tio y Señor queria deſgarrarſe la vez tercera, y bolver al exercicio de ſu, para ellas, mal Andante Cavalleria, procuravan por todas las vias poſibles apartarle de tan mal penſamiento: pero todo era predicar en deſierto, y majar en hierro frio. Con todo eſto entre otras muchas razones que con él paſaron, le dixo el Ama, en verdad, Señor mio, que ſi vueſa merced no afirma el pie llano, y ſe eſtá quedo en ſu caſa, y ſe dexa de andar por los montes, y por los valles, como anima en pena, buſcando eſas, que dicen que ſe llaman Aventuras, á quien yo llamo deſdichas, que me tengo de quexar en voz, y en grita á Dios, y al Rey, que pongan remedio en ello. A lo que reſpondió Don Quixote: Ama, lo que Dios reſponderá á tus quexas, yo no lo ſé, ni lo que ha de reſponder ſu Mageſtad tan poco, y ſolo ſé, que ſi yo fuera Rey me eſcuſara de reſponder á tanta infinidad de memoriales impertinentes, como cada dia le dan, que uno de los mayores trabajos que los Reyes tienen entre

otros

otros muchos, es el eſtar obligados á eſcuchar á todos, y á reſponder á todos, y aſi no querria yo que coſas mias le dieſen peſadumbre. A lo que dixo el Ama, diganos, Señor, en la Corte de ſu Mageſtad no ay Cavalleros? Sí reſpondió Don Quixote, y muchos, y es razon que los aya para adorno de la grandeza de los Principes, y para oſtentacion de la Mageſtad Real. Pues no ſería vueſa merced, replicó ella, uno de los que á pie quedo ſirvieſen á ſu Rey, y Señor, eſtandoſe en la Corte. Mira amiga, reſpondió Don Quixote: no todos los Cavalleros pueden ſer corteſanos, ni todos los corteſanos pueden, ni deven ſer Cavalleros Andantes, de todos ha de aver en el mundo, y aunque todos ſeamos Cavalleros, va mucha diferencia de los unos á los otros: porque los corteſanos ſin ſalir de ſus apoſentos, ni de los umbrales de la Corte ſe paſean por todo el mundo, mirando un Mapa ſin coſtarles blanca, ni padecer calor, ni frio, hambre, ni ſed. Pero noſotros los Cavalleros Andantes verdaderos, al Sol, al frio, al aire, á las inclemencias del cielo, de noche, y de dia, á pie y á cavallo, medimos toda la tierra con nueſtros miſmos pies. Y no ſolamente conocemos los enemigos pintados, ſino en ſu miſmo ſer, y en todo trance, y en toda ocaſion los acometemos, ſin mirar en niñerias, ni en las leyes de los deſafios, ſi lleva, ó no lleva mas corta la lanza, ó la eſpada, ſi trae ſobre sí reliquias, ó algun engaño encubierto, ſi ſe ha de partir y hacer tajadas el Sol, ó no, con otras ceremonias deſte jaez que ſe uſan en los deſafios particulares de perſona á perſona, que tu no ſabes, y yo sí. Y has de ſaber mas, que el buen Cavallero Andante, aunque vea diez Gigantes, que con las cabezas, no ſolo tocan, ſino paſan las nubes, y que á cada uno le ſirven de piernas dos grandiſimas torres, y que los brazos ſemejan arboles de grueſos y poderoſos navios, y cada ojo como una gran rueda de molino, y mas ardiendo que un horno de vidrio, no le han de eſpantar en manera alguna, antes

tes con gentil continente, y con intrepido corazon los ha de acometer, y enveſtir, y ſi fuere poſible vencerlos, y deſbaratarlos en un pequeño inſtante, aunque vinieſen armados de unas conchas de un cierto peſcado, que dicen que ſon mas duras, que ſi fueſen de diamantes, y en lugar de eſpadas truxeſen cuchillos tajantes de Damaſquino acero, ó porras ferradas con puntas así miſmo de acero, como yo las he viſto mas de dos veces. Todo eſto he dicho, Ama mia, porque veas la diferencia que ay de unos Cavalleros á otros, y ſería razon que no huvieſe Principe que no eſtimaſe en mas eſta ſegunda, ó por mejor decir, primera eſpeçie de Cavalleros Andantes, que ſegun leemos en ſus hiſtorias, tal ha avido entre ellos, que ha ſido la ſalud no ſolo de un Reino ſino de muchos. A Señor mio, dixo á eſta ſazon la Sobrina, advierta vueſtra merced, que todo eſo que dice de los Cavalleros Andantes es fabula y mentira, y ſus hiſtorias, ya que no las quemaſen, merecían, que á cada una ſe le echaſe un Sambenito, ó alguna ſeñal, en que fueſe conocida por infame, y por gaſtadora de las buenas coſtumbres. Por el Dios que me ſuſtenta, dixo Don Quixote, que ſino fueras mi ſobrina derechamente, como hija de mi miſma hermana, que avia de hacer un tal caſtigo en tí por la blasfemia que has dicho, que ſonara por todo el mundo. Como, que es poſible que una rapaza, que á penas ſabe menear doce palillos de randas, ſe atreva á poner lengua, y a cenſurar las hiſtorias de los Cavalleros Andantes? Que dixera el Señor Amadis, ſi lo tal oyera? Pero á buen ſeguro que él te perdonara, porque fue el mas humilde y cortés Cavallero de ſu tiempo, y demas grande amparador de las doncellas; mas tal te pudiera aver oido que no te fuera bien dello, que no todos ſon corteſes ni bien mirados, algunos ay follones y deſcomedidos. Ni todos los que ſe llaman Cavalleros lo ſon de todo en todo, que unos ſon de oro, otros de alquimia, y todos parecen

Cavalleros : pero no todos pueden eſtar al toque de la piedra de la verdad. Hombres baxos ay, que rebientan por parecer Cavalleros, y Cavalleros altos ay, que parece, que á poſta mueren por parecer hombres baxos : aquellos ſe levantan ó con la ambicion, ó con la virtud, eſtos ſe abaxan ó con la floxedad, ó con el vicio, y es meneſter aprovecharnos del conocimiento diſcreto para diſtinguir eſtas dos maneras de Cavalleros tan parecidos en los nombres, y tan diſtantes en las acciones : Valame Dios, dixo la Sobrina, que ſepa vueſtra merced tanto, Señor Tio, que ſi fueſe meneſter en una neceſidad podría ſubir en un pulpito, é irſe á predicar por eſas calles, y que con todo eſto dé en una ceguera tan grande, y en una ſandez tan conocida que ſe dé á entender que es valiente, ſiendo viejo; que tiene fuerzas, eſtando enfermo; y que endereza tuertos, eſtando por la edad agobiado; y ſobre todo que es Cavallero, no lo ſiendo, porque aunque lo puedan ſer los hidalgos, no lo ſon los pobres. Tienes mucha razon, Sobrina, en lo que dices, reſpondió Don Quixote, y coſas te pudiera yo decir cerca de los linages que te admiraran, pero por no mezclar lo divino con lo humano no las digo. Mirad, amigas, á quatro ſuertes de linages (y eſtadme atentas) ſe pueden reducir todos los que ay en el mundo, que ſon eſtas. Unos que tuvieron principios humildes, y ſe fueron eſtendiendo, y dilatando haſta llegar á una ſuma grandeza. Otros que tuvieron principios grandes, y los fueron conſervando, y los conſervan, y mantienen en el ſer que comenzaron. Otros que aunque tuvieron principios grandes acabaron en punta como piramide, aviendo diminuido, y aniquilado ſu principio haſta pararen nonada, como lo es la punta de la piramide, que reſpeto de ſu baſa ó aſiento no es nada. Otros ay (y eſtos ſon los mas) que ni tuvieron principio bueno, ni razonable medio, y así tendran el fin ſin nombre, como el linage de la gente plebeya, y ordinaria.

dinaria. De los primeros que tuvieron principio humilde, y ſubieron á la grandeza que agora conſervan, te ſirva de exemplo la caſa Otomana, que de un humilde y baxo paſtor que le dio principio, eſtá en la cumbre que le vemos. Del ſegundo linage que tuvo principio en grandeza, y la conſerva ſin aumentarla, ſeran exemplo muchos Principes, que por herencia lo ſon, y ſe conſervan en ella ſin aumentarla, ni diminuirla, conteniendoſe en los limites de ſus Eſtados pacificamente. De los que comenzaron grandes y acabaron en punta, ay millares de exemplos. Porque todos los Faraones, y Tolomeos de Egypto, los Ceſares de Roma, con toda la caterva (ſi es que ſe le puede dar eſte nombre) de infinitos Principes, Monarcas, Señores, Medos, Aſirios, Perſas, Griegos, y Barbaros, todos eſtos linages y ſeñorios han acabado en punta, y en nonada, así ellos como los que les dieron principio, pues no ſerá poſible hallar agora ninguno de ſus decendientes, y ſi le hallaſemos ſeria en baxo y humilde eſtado. Del linage plebeyo no tengo que decir, ſino que ſirve ſolo de acrecentar el numero de los que viven, ſin que merezcan otra fama, ni otro elogio ſus grandezas. De todo lo dicho quiero que infiraís, bobas mias, que es grande la confuſion que ay entre los linages, y que ſolos aquellos parecen grandes y iluſtres, que lo mueſtran en la virtud, y en la riqueza y liberalidad de ſus dueños. Dixe virtudes, riquezas y liberalidades, porque el grande que fuere vicioſo, ſera vicioſo grande, y el rico no liberal ſera un avaro mendigo, que al poſeedor de las riquezas no le hace dichoſo el tenerlas, ſino el gaſtarlas, y no el gaſtarlas como quiera, ſino el ſaberlas bien gaſtar. Al Cavallero pobre no le queda otro camino para moſtrar que es Cavallero, ſino el de la virtud, ſiendo afable, bien criado, cortés, y comedido, y oficioſo: no ſobervio, no arrogante, no murmurador, y ſobre todo caritativo, que con dos maravedís, que con animo alegre dé al pobre,

bre, ſe moſtrará tan liberal como él que á campana herida da limoſna, y no avra quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca, dexe de juzgarle, y tenerle por de buena caſta, y el no ſerlo, ſería milagro, y ſiempre la alabanza fue premio de la virtud, y los virtuoſos no pueden dexar de ſer alabados. Dos caminos ay, hijas, por donde pueden ir los hombres á llegar á ſer ricos, y honrados, el uno es el de las letras, otro el de las armas. Yo tengo mas armas que letras, y nací, ſegun me inclino á las armas, debaxo de la influencia del Planeta Marte, así que casi me es forzoſo ſeguir por ſu camino, y por el tengo de ir á peſar de todo el mundo, y ſera en valde canſaros en perſuadirme, á que no quiera yo lo que los cielos quieren, la fortuna ordena, y la razon pide, y ſobre todo mi voluntad deſea. Pues con ſaber, como ſé, los innumerables trabajos que ſon anexos al Andante Cavalleria, ſé tambien los infinitos bienes que ſe alcanzan con ella. Y ſé, que la ſenda de la virtud es muy eſtrecha, y el camino del vicio ancho y eſpacioſo. Y ſé que ſus fines y paraderos ſon diferentes, porque el del vicio dilatado y eſpacioſo acaba en muerte, y el de la virtud angoſto y trabajoſo acaba en vida, y no en vida que ſe acaba, ſino en la que no tendra fin. Y ſé, como dice el gran Poeta Caſtellano nueſtro, que

Por eſtas aſperezas ſe camina
De la inmortalidad al alto aſiento,
Do nunca arriba, quien de alli declina.

Ay deſdichada de mí, dixo la Sobrina, que tambien mi Señor es poeta, todo lo ſabe, todo lo alcanza, yo apoſtaré, que si quiſiera ſer albañil, que ſupiera fabricar una caſa como una jaula. Yo te prometo, Sobrina, reſpondió Don Quixote, que si eſtos penſamientos cavallereſcos no me llevaſen tras sí todos los ſentidos, que no

avria

tvria coſa que yo no hicieſe, ni curioſidad que no ſalieſe de mis manos, eſpecialmente jaulas, y palillos de dientes. A eſte tiempo llamaron á la puerta, y preguntando, quien llamava, reſpondió Sancho Panza, que él era, y á penas le huvo conocido el Ama, quando corrió á eſconderſe, por no verle, tanto le aborrecia. Abrióle la Sobrina, ſalió á recebirle con los brazos abiertos ſu Señor Don Quixote, y encerraronſe los dos en ſu apoſento, donde tuvieron otro coloquio, que no le hace ventaja el paſado.

Cap. VII. De lo que paſó Don Quixote con ſu Eſcudero, con otros ſuceſos famoſisimos.

APenas vió el Ama que Sancho Panza ſe encerrava con ſu Señor, quando dió en la cuenta de ſus tratos, y imaginando, que de aquella conſulta avia de ſalir la reſolucion de ſu tercera ſalida, y tomando ſu manto toda llena de congoxa y peſadumbre ſe fue á buſcar al Bachiller Sanſon Carraſco, pareciendole, que por ſer bien hablado, y amigo freſco de ſu Señor, le podria perſuadir, á que dexaſe tan deſvariado propoſito. Hallóle paſeandoſe por el patio de ſu caſa, y viendole ſe dexó caer ante ſus pies traſudando, y congoxoſa. Quando la vió Carraſco con mueſtras tan doloridas, y ſobreſaltadas, le dixo: Que es eſto, ſeñora Ama? Que le ha acontecido, que parece, que ſe le quiere arrancar el alma? no es nada, ſeñor Sanſon mio, ſino que mi Amo ſe ſale, ſaleſe ſin duda. Y por donde ſe ſale, ſeñora, preguntó Sanſon? Haſele roto alguna parte de ſu cuerpo? No ſe ſale, reſpondió ella, ſino por la puerta de ſu locura. Quiero decir, Señor Bachller de mi anima, que quiere ſalir otra vez, que con eſta ſerá la tercera, á buſcar por eſe mundo

mundo lo que él llama venturas, que yo no puedo entender como les da eſte nombre. La vez primera nos le bolvieron atraveſado ſobre un jumento, molido á palos. La ſegunda vinó en un carro de bueyes metido, y encerrado en una jaula, adonde él ſe dava á entender que eſtava encantado, y venia tal el triſte, que no le conociera la madre que le parió, flaco, amarillo, los ojos hundidos en los ultimos camaranchones del celebro, que para averle de bolver algun tanto en sí, gaſte mas de ſeiscientos huevos, como lo ſabe Dios, y todo el mundo, y mis gallinas que no me dexaran mentir. Eſo creo yo muy bien, reſpondió el Bachiller, que ellas ſon tan buenas, tan gordas, y tan bien criadas, que no diran una coſa por otra, si rebentaſen. En efecto, ſeñora Ama, no ay otra coſa, ni ha ſucedido otro deſman alguno, ſino el que ſe teme, que quiere hacer el Señor Don Quixote? No ſeñor, reſpondió ella: Pues no tenga pena, reſpondió el Bachiller, ſino vayaſe en hora buena á ſu caſa, y tengame aderezado de almorzar alguna coſa caliente; y de camino vaya rezando la oracion de Santa Apolonia, si es que la ſabe, que yo ire luego allá, y verá maravillas. Cuitada de mí, replicó el Ama, la oracion de ſanta Apolonia dice vueſtra merced que reze, eſo fuera si mi Amo lo huviera de las muelas: pero no lo ha ſino de los caſcos. Yo ſé lo que digo, ſeñora Ama, vayaſe, y no ſe ponga á diſputar conmigo, pues ſabe que ſoy Bachiller por Salamanca, que no ay mas que bachillear, reſpondió Carraſco; y con eſto ſe fue el Ama, y el Bachiller fue luego á buſcar al Cura, á communicar con él, lo que ſe dira á ſu tiempo.

En el que eſtuvieron encerrados Don Quixote y Sancho paſaron las razones que con mucha puntualidad y verdadera relacion cuenta la hiſtoria. Dixo Sancho a ſu Amo, Señor, ya yo tengo reluzida á mi muger á que me dexe ir con vueſtra merced adonde quiſiere llevarme. Reducida has de decir Sancho, dixo Don Quixote,

Quixote, que no reluzida. Una ó dos veces, reſpondió Sancho, ſi mal no me acuerdo, he ſuplicado á vueſtra merced que no me emiende los vocablos: si es que entiende lo que quiero decir en ellos, y que quando no los entienda, diga, Sancho, ó diablo, no te entiendo, y si yo no me declarare, entonces podra emendarme, que yo ſoy tan ſocil. No te entiendo Sancho, dixo luego Don Quixote, pues no ſé que quiere decir, ſoy tan socil. Tan socil quiere decir, reſpondió Sancho, ſoy tan así. Menos te entiendo agora, replicó Don Quixote. Pues ſino me puede entender, reſpondió Sancho, no ſé como lo diga, no ſé mas, y Dios ſea conmigo. Ya, ya caigo, reſpondió Don Quixote, en ello. Tu quieres decir que eres tan docil, blando, y mañero, que tomarás lo que yo te dixere, y paſarás por lo que te enſeñare. Apoſtaré yo, dixo Sancho, que deſde el emprincipio me caló y me entendió, ſino que quiſo turbarme por oirme decir otras docientas patochadas. Podra ſer, replicó Don Quixote, y en efecto que dice Tereſa? Tereſa dice, dixo Sancho, que ate bien mi dedo con vueſtra merced, y que hablen cartas, y callen barbas, porque quien deſtaja no baraja, pues mas vale un toma que dos te daré. Y yo digo que el conſejo de la muger es poco, y él que no le toma es loco. Y yo lo digo tambien, reſpondió Don Quixote: Decid, Sancho amigo, paſa adelante, que hablays oy de perlas. Es el caſo, replicó Sancho, que como vueſtra merced mejor ſabe, todos eſtamos ſujetos á la muerte, y que oy ſomos, y mañana no, y que tan preſto ſe va el cordero como el carnero, y que nadie puede prometerſe en eſte mundo mas horas de vida de las que Dios quiſiere darle, porque la muerte es ſorda, y quando llega á llamar á las puertas de nueſtra vida, ſiempre va de prieſa, y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni ceptros, ni mitras, ſegun es publica voz, y fama, y ſegun nos lo dicen por eſos pulpitos. Todo

eſo

eſo es verdad, dixo Don Quixote. Pero no ſé donde vas á parar. Voy á parar, dixo Sancho, en que vueſa merced me ſeñale ſalario conocido de lo que mí ha de dar cada mes el tiempo que le ſirviere, y que el tal ſalario ſe me pague de ſu hacienda, que no quiero eſtar á mercedes que llegan tarde, ó mal, ó nunca, con lo mio me ayude Dios. En fin yo quiero ſaber lo que gano, poco, ó mucho que ſea, que ſobre un huevo pone la gallina, y muchos pocos hacen un mucho, y mientras ſe gana algo, no ſe pierde nada. Verdad ſea, que ſi ſucedieſe (lo qual ni lo creo, ni lo eſpero) que vueſa merced me dieſe la Inſula que me tiene prometida, no ſoy tan ingrato, ni llevo las coſas tan por los cabos, que no querre, que ſe aprecie lo que montare la renta de la tal inſula, y ſe deſcuente de mi ſalario gata por cantidad. Sancho amigo, reſpondió Don Quixote: A las veces tan buena ſuele ſer una gata como una rata. Ya entiendo, dixo Sancho: Yo apoſtaré que avia de decir rata y no gata: pero no importa nada, pues vueſa merced me ha entendido: Y tan entendido, reſpondió Don Quixote, que he penetrado lo ultimo de tus penſamientos, y ſé, al blanco que tiras con las innumerables ſaetas de tus refranes. Mira Sancho, yo bien te ſeñalaría ſalario, ſi huviera hallado en alguna de las hiſtorias de los Cavalleros Andantes exemplo que me deſcubrieſe y moſtraſe por algun pequeño reſquicio, que es lo que ſolian ganar cada mes, ó cada año: pero yo he leido todas, ó las mas de ſus hiſtorias, y no me acuerdo aver leido, que ningun Cavallero Andante aya ſeñalado conocido ſalario á ſu eſcudero. Solo ſé, que todos ſervian á merced, y que quando menos ſe lo penſavan, ſi á ſus ſeñores les avia corrido bien la ſuerte, ſe hallavan premiados con una inſula, ó con otra coſa equivalente, y por lo menos quedavan con titulo y ſeñoria. Si con eſtas eſperanzas, y aditamentos vos, Sancho, guſtais de bolver á ſervirme, ſea en buena hora, que

penſar

penſar que yo he de ſacar de ſus terminos, y quicios la antigua uſanza de la Cavalleria Andante, es penſar en lo eſcuſado. Así que, Sancho mio, bolveos á vueſtra caſa, y declarad á vueſtra Tereſa mi intencion, y ſi ella guſtare, y vos guſtaredes de eſtar á merced conmigo, bené quidem, y ſino tan amigos como de antes, que ſi al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas. Y advertid, hijo, que vale mas buena eſperanza que ruin poſeſion, y buena quexa que mala paga. Hablo de eſta manera, Sancho, por daros á entender, que tambien como vos, ſé yo arrojar refranes como llovidos. Y finalmente quiero decir, y os digo, que ſino quereys venir á merced conmigo, y correr la ſuerte que yo corriere, que Dios quede con vos, y os haga un Santo, que á mí no me faltarán eſcuderos mas obedientes, mas ſolicitos, y no tan empachados, ni tan habladores como vos. Quando Sancho oyó la firme reſolucion de ſu Amo, ſe le anubló el cielo, y ſe le cayeron las alas del corazon, porque tenía creido, que ſu Señor no ſe iría ſin él por todos los averes del mundo; y así eſtando ſuſpenſo y penſativo entró Sanſon Carraſco, y la Sobrina, y el Ama deſeoſas de oir con que razones perſuadía á ſu Señor, que no tornaſe á buſcar las aventuras. Llegó Sanſon ſocarron famoſo, y abrazandole como la vez primera, y con voz levantada le dixo: O flor de la Andante Cavalleria, O luz reſplandeciente de las armas, O honor y eſpejo de la nacion Eſpañola! plega á Dios todo poderoſo donde mas largamente ſe contiene, que la perſona, ó perſonas que puſieren impedimento, y eſtorvaren tu tercera ſalida, que no la hallen en el laberinto de ſus deſeos, ni jamas ſe les cumpla lo que mal deſearen. Y bolviendoſe al Ama le dixo: Bien puede la ſeñora Ama no rezar mas la oracion de Santa Apolonia, que yo ſé que es determinacion preciſa de las eſferas, que el Señor Don Quixote buelva á executar ſus altos y nuevos penſamientos, y yo encargaría mucho mi conciencia, ſino intimaſe

maſe y perſuadieſe á eſte Cavallero, que no tenga mas tiempo encogida, y detenida la fuerza de ſu valeroſo brazo, y la bondad de ſu animo valentiſimo, porque defrauda con ſu tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huerfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas, y el arrimo de las caſadas, y otras coſas deſte jaez, que tocan, atañen, dependen, y ſon anexas á la orden de la Cavalleria Andante. Ea, Señor Don Quixote mio, hermoſo, y bravo, antes oy que mañana, ſe ponga vueſtra merced y ſu grandeza en camino, y ſi alguna coſa faltáre para ponerle en execucion, aquí eſtoy yo, para ſuplirla con mi perſona, y hacienda; y ſi fuere neceſidad ſervir á tu magnificencia de eſcudero, lo tendré á feliciſima ventura. A eſta ſazon, dixo Don Quixote, bolviendoſe á Sancho, no te dixé yo, Sancho, que me avian de ſobrar eſcuderos? mira, quien ſe ofrece á ſerlo, ſino el inaudito Bachiller Sanſon Carraſco, perpetuo Traſtulo, y regozijador de los patios de las eſcuelas Salmanticenſes, ſano de ſu perſona, agil de ſus miembros, callado, ſufridor así del calor, como del frio, así de la hambre, como de la ſed, con todas aquellas partes que ſe requieren para ſer eſcudero de un Cavallero Andante: pero no permita el cielo, que por ſeguir mi guſto, desjarrete, y quiebre la coluna de las letras, y el vaſo de las ciencias, y tronque la palma eminente de las buenas y liberales artes. Quedeſe el nuevo Sanſon en ſu patria, y honrandola, honre juntamente las canas de ſus ancianos padres, que yo con qualquier eſcudero eſtaré contento, ya que Sancho no ſe digna de venir conmigo. Si digno, reſpondió Sancho, enternecido y llenos de lagrimas los ojos, y proſiguió. No ſe dira por mí, Señor mio, el pan comido, y la compañia deſhecha, ſi que no vengo yo de alguna alcurnia deſagradecida, que ya ſabe todo el mundo, y eſpecialmente mi pueblo, quien fueron los Panzas, de quien yo deciendo, y mas que tengo conocido, y calado

por

por muchas buenas obras, y por mas buenas palabras el deſeo que vueſtra merced tiene de hacerme merced, y ſi me he pueſto en cuentas de tanto mas quanto acerca de mi ſalario, ha ſido por complacer á mi muger, la qual quando toma la mano á perſuadir una coſa, no ay mazo, que tanto apriete los aros de una cuba, como ella aprieta, á que ſe haga lo que quiere, pero en eſceto el hombre ha de ſer hombre, y la muger muger; y pues yo ſoy hombre donde quiera, que no lo puedo negar, tambien lo quiero ſer en mi caſa, peſe, á quien peſáre, y aſí no ay mas que hacer, ſino que vueſtra merced ordene ſu teſtamento con ſu codicilo, en modo que no ſe pueda rebolcar, y pongamonos luego en camino, porque no padezca el alma del ſeñor Sanſon, que dice, que ſu conciencia le lita, que perſuada á vueſtra merced á ſalir vez tercera por eſe mundo, y yo de nuevo me ofrezco á ſervir á vueſtra merced fiel y legalmente, tan bien y mejor que quantos eſcuderos han ſervido á Cavalleros Andantes en los paſados, y preſentes tiempos. Admirado quedó el Bachiller, de oír el termino, y modo de hablar de Sancho Panza, que pueſto que avia leido la primera Hiſtoria de ſu Señor, nunca creyó, que era tan gracioſo, como alli le pintan, pero oyendole decir aora teſtamento y codicilo, que no ſe pueda rebolcar, en lugar de teſtamento y codicilo que no ſe pueda revocar, creyo todo lo que dél avia leido, y confirmólo por uno de los mas ſolenes mentecatos de nueſtros ſiglos, y dixo entre sí, que tales dos locos, como Amo, y mozo no ſe avrían viſto en el mundo: finalmente Don Quixote, y Sancho ſe abrazaron, y quedaron amigos, y con parecer y beneplacito del gran Carraſco (que por entonces era ſu oraculo) ſe ordenó, que de alli á tres dias fueſe ſu partida, en los quales avría lugar de aderezar lo neceſario para el viage, y de buſcar una celada de encaxe, que en todas maneras, dixo Don Quixote, que la avia de llevar. Ofreciólelo Sanſon, porque ſabia, no

ſe la negaría un amigo ſuyo, que la tenía, pueſto que eſtava mas eſcura por el orin, y el moho, que clara y limpia por el terſo acero. Las maldiciones, que las dos, Ama, y Sobrina echaron al Bachiller, no tuvieron cuento: meſaron ſus cabellos, arañaron ſus roſtros, y al modo de las endechaderas, que ſe uſavan, lamentavan la partida, como si fuera la muerte de ſu Señor. El deſigno que tuvo Sanſon, para perſuadirle, á que otra vez ſalieſe, fue hacer lo que adelante cuenta la Hiſtoria, todo por conſejo del Cura, y del Barbero, con quien él antes lo avia comunicado. En reſolucion en aquellos tres dias Don Quixote, y Sancho ſe acomodaron de lo que les pareció convenirles; y aviendo aplacado Sancho á ſu Muger, y Don Quixote á ſu Sobrina, y á ſu Ama, al anochecer, ſin que nadie lo vieſe, ſino el Bachiller, que quiſo acompañarles media legua del lugar, ſe puſieron en camino del Toboſo. Don Quixote ſobre ſu buen Rozinante, y Sancho ſobre ſu antiguo Rucio, proveidas las alforjas de coſas tocantes á la bucolica, y la bolſa de dineros, que le dió Don Quixote, para lo que ſe ofrecieſe. Abrazóle Sanſon, y ſupliróle, le aviſaſe de ſu buena, ó mala ſuerte, para alegrarſe con eſta, ó entriſtecerſe con aquella, como las leyes de ſu amiſtad pedian; prometióſelo Don Quixote: dió Sanſon la buelta á ſu lugar, y los dos tomaron la de la gran Ciudad del Toboſo.

Cap. VIII. Donde ſe cuenta lo que le ſucedió á Don Quixote yendo á verá ſu Señora Dulcinea del Toboſo.

BEndito ſea Ala, Bendito ſea el poderoſo Ala, dice Hamete Benengeli al comienzo deſte octavo capitulo, Bendito ſea Ala, repite tres veces, y dice que da eſtas bendiciones, por ver que tiene ya en campaña á Don Quixote, y á Sancho, y que los lectores de ſu agradable Hiſtoria pueden hacer cuenta, que deſde eſte punto comienzan las hazañas, y donaires de Don Quixote, y de ſu Eſcudero: perſuadeles, que ſe les olviden las paſadas Cavallerias del Ingenioſo Hidalgo, y pongan los ojos en las que eſtan por venir, que deſde agora en el camino del Toboſo comienzan, como las otras comenzaron en los campos de Montiel, y no es mucho lo que pide, para tanto como él promete, y aſi profigue, diciendo.

Solos quedaron Don Quixote, y Sancho, y á penas ſe huvo apartado Sanſon, quando comenzó á relinchar Rozinante, y a ſuſpirar el Rucio, que de entrambos Cavallero, y eſcudero fue tenido á buena ſeñal, y por felicifimo aguero; aunque ſi ſe ha de contar la verdad, mas fueron los ſuſpiros, y rebuznos del Rucio, que los relinchos del rozin; de donde coligió Sancho, que ſu ventura avia de ſobrepujar, y ponerſe encima de la de ſu Señor, fundandoſe, no ſé ſi en Aſtrologia judiciaria, que el ſe ſabia, pueſto que la Hiſtoria no lo declara, ſolo le oyeron decir, que quando tropezava, ó caya, ſe holgára no aver ſalido de caſa, porque del tropezar, ó caer, no ſe ſacava otra coſa, ſino el zapato roto, ó las coſtillas quebradas, y aunque tonto no andava en eſto muy fuera de camino. Dixole Don Quixote; Sancho amigo, la noche ſe nos va entrando á mas

andar,

andar, y con mas eſcuridad, de la que aviamos meneſter, para alcanzar á ver con el dia al Toboſo, adonde tengo determinado de ir, antes que en otra aventura me ponga, y alli tomaré la bendicion, y buena licencia de la ſin par Dulcinea, con la qual licencia pienſo, y tengo por cierto, de acabar, y dar felice cima á toda peligroſa aventura; porque ninguna coſa deſta vida hace mas valientes á los Cavalleros Andantes, que verſe favorecidos de ſus damas. Yo así lo creo, reſpondió Sancho, pero tengo por dificultoſo, que vueſtra merced pueda hablarla, ni verſe con ella en parte alomenos, que pueda recebir ſu bendicion, ſi ya no ſe la echa deſde las bardas del corral, por donde yo la vi la vez primera, quando le lleve la carta, donde ivan las nuevas de las ſandeces, y locuras, que vueſtra merced quedava haciendo en el corazon de Sierra Morena. Bardas de corral ſe te antojaron aquellas, Sancho, dixo Don Quixote, adonde ó por donde viſte aquella jamas baſtantemente alabada gentileza y hermoſura? No devian de ſer ſino galerias, ó corredores, ó lonjas, ó como las llaman de ricos y Reales palacios. Todo pudo ſer, reſpondió Sancho, pero á mí bardas me parecieron, ſino es, que ſoy falto de memoria. Con todo eſo vamos allá Sancho, replicó Don Quixote, que como yo la vea, eſo ſe me da, que ſea por bardas, que por ventanas, ó por reſquicios, ó verjas de jardines, que qualquier rayo que del ſol de ſu belleza llegue á mis ojos alumbrara mi entendimiento, y fortalecerá mi corazon, de modo que quede unico y ſin igual en la diſcrecion y en la valentia. Pues en verdad, Señor, reſpondió Sancho, que quando yo vi eſe ſol de la Señora Dulcinea del Toboſo, que no eſtava tan claro, que pudieſe echar de sí rayos algunos, y devió de ſer, que como ſu merced eſtava ahechando aquel trigo, que dixe, el mucho polvo que ſacava, ſe le puſo como nube ante el roſtro, y ſe le eſcureció. Que toda via das Sancho, dixo Don Quixote, en decir,

decir, en penſar, en creer, y en porfiar, que mi Señora Dulcinea ahechava trigo, ſiendo eſo un meneſter, y exercicio que va deſviado de todo lo que hacen, y deven hacer las perſonas principales, que eſtan conſtituidas, y guardadas para otros exercicios y entretenimientos, que mueſtran á tiro de balleſta ſu principalidad? Mal ſe te acuerdan á tí, ó Sancho, aquellos verſos de nueſtro Poeta, donde nos pinta las labores, que hacían allá en ſus moradas de criſtal aquellas quatro Ninfas, que del Tajo amado ſacaron las cabezas, y ſe ſentaron á labrar en el prado verde aquellas ricas telas, que allí el ingenioſo Poeta nos deſcrive, que todas eran de oro, firgo, y perlas conteſtas, y texidas. Y deſta manera devia de ſer el de mi Señora, quando tu la viſte, ſino que la envidia, que algun mal encantador deve de tener á mis coſas, todas las que me han de dar guſto, trueca, y buelve en diferentes figuras, que ellas tienen, y así temo, que en aquella Hiſtoria, que dicen que anda impreſa, de mis hazañas, ſi por ventura ha ſido ſu autor algun Sabio mi enemigo, avra pueſto unas coſas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, divertiendoſe á contar otras acciones, fuera de lo que requiere la continuacion de una verdadera hiſtoria. O envidia raiz de infinitos males, y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no ſé que de deleite configo: pero el de la envidia no trae ſino diſguſtos, rancores, y rabias. Eſo es lo que yo digo tambien, reſpondió Sancho, y pienſo, que en eſa leyenda, ó hiſtoria, que nos dixo el Bachiller Carraſco que de noſotros avia viſto, deve de andar mi honra á coche acá cinchado, y como dicen, al eſtricote aquí y alli, barriendo las calles. Pues á fé de bueno, que no he dicho yo mal de ningun encantador, ni tengo tantas bienes, que pueda ſer envidiado. bien es verdad, que ſoy algo malicioſo, y que tengo mis ciertos aſomos de vellaco: pero todo lo cubre, y tapa la gran capa de la ſimpleza mia ſiempre natural, y

nunca.

nunca artificiosa: y quando otra cosa no tuviese fino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios, y en todo aquello que tiene, y cree la santa Iglesia Catolica Romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los Judios, devian los historiadores tener misericordia de mí, y tratarme bien en sus escritos: pero digan, lo que quisieren, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano: aunque por verme puesto en libros, y andar por ese mundo de mano en mano, no se me da un higo, que digan de mí, todo lo que quisieren. Eso me parece, Sancho, dixo Don Quixote, á lo que sucedió á un famoso Poeta destos tiempos, el qual aviendo hecho una maliciosa satira contra todas las damas cortesanas, no puso, ni nombró en ella á una dama, que se podia dudar, si lo era, ó no, la qual viendo, que no estava en la lista de las demas, se quexó al Poeta, diciendole, que que avia visto en ella, para no ponerla en el numero de las otras, y que alargase la satira, y la pusiese en el ensanche, sino que mirase, para lo que avia nacido: hizolo así el Poeta, y pusola, qual no digan dueñas, y ella quedó satisfecha, por verse con fama, aunque infame: tambien viene con esto lo que cuentan de aquel pastor, que puso fuego, y abrasó el templo famoso de Diana, contado por una de las siete maravillas del mundo, sólo porque quedase vivo su nombre en los siglos venideros; y aunque se mandó, que nadie le nombrase, ni hiciese por palabra, ó por escrito mencion de su nombre, porque no consiguiese el fin de su deseo, todavia se supo, que se llamava Erostrato. Tambien alude á esto, lo que sucedió al grande Emperador Carlos Quinto con un Cavallero en Roma: Quiso ver el Emperador aquel famoso templo de la Rotunda, que en la antiguedad se llamó el templo de todos los Dioses, y aora con mejor vocacion se llama de todos los Santos, y es el edificio, que mas entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma, y es el que mas

conserva

conſerva la fama de la grandioſidad y magnificencia de ſus fundadores, el es de hechura de una media naranja, grandiſimo en eſtremo, y eſtá muy claro, ſin entrarle otra luz, que la que le concede una ventana, ó por mejor decir, claraboya redonda, que eſtá en ſu cima, deſde la qual mirando el Emperador el edificio, eſtava con él, y á ſu lado, un Cavallero Romano, declarandole los primores, y futilezas de aquella gran maquina, y memorable arquitetura, y aviendoſe quitado de la claraboya, dixo al Emperador: Mil veces, ſacra Mageſtad, me vinó deſeo de abrazarme con vueſtra Mageſtad, y arrojarme de aquella claraboya abaxo por dexar de mí fama eterna en el mundo. Yo os agradezco, reſpondió el Emperador, el no aver pueſto tan mal penſamiento en efecto, y de aquí adelante no os pondre yo en ocaſion, que bolvais á hacer prueva de vueſtra lealtad, y aſí os mando, que jamas me hableis, ni eſteis, donde yo eſtuviere, y tras eſtas palabras le hizo una gran merced. Quiero decir, Sancho, que el deſeo de alcanzar fama es activo en gran manera: quien pienſas tú, que arrojó á Horacio del puente abaxo, armado de todas armas en la profundidad del Tibre? quien abraſó el brazo, y la mano á Mucio? quien impelió á Curcio, á lanzarſe en la profunda ſima ardiente, que apareció en la mitad de Roma? Quien contra todos los agueros que encontra ſe le avian moſtrado, hizo paſar el Rubicon á Ceſar? y con exemplos mas modernos, quien barrenó los navios, y dexó en ſeco, y aiſlados los valeroſos Eſpañoles, guiados por el corteſiſimo Cortés en el nueve mundo? Todas eſtas, y otras grandes y diferentes hazañas ſon, fueron, y ſerán obras de la fama, que los mortales deſean como premios, y parte de la inmortalidad que ſus famoſos hechos merecen: pueſto que los Chriſtianos, Catolicos, y Andantes Cavalleros mas avemos de atender á la gloria delos ſiglos venideros, que es eterna en las regiones etereas y celeſtes, que á la vanidad de la fama que en

eſte preſente y acabable ſiglo ſe alcanza, la qual fama por mucho que dure, en fin ſe ha de acabar con el miſmo mundo, que tiene ſu fin ſeñalado: así, ó Sancho, que nueſtras obras no han de ſalir del limite, que nos tiene puſto la Religion Chriſtiana, que profeſamos. Hemos de matar en los gigantes á la ſobervia: á la envidia en la generoſidad, y buen pecho: á la ira en el repoſado continente, y quietud del animo: á la gula, y al ſueño en el poco comer que comemos, y en el mucho velar que velamos: á la injuria, y laſcivia en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho ſeñoras de nueſtros penſamientos: á la pereza con andar por todas las partes del mundo, buſcando las ocaſiones, que nos puedan hacer, y hagan ſobre Chriſtianos famoſos Cavalleros. Ves aquí, Sancho, los medios, por donde ſe alcanzan los eſtremos de alabanzas, que conſigo trae la buena fama. Todo lo que vueſtra merced haſta aquí me ha dicho, dixo Sancho, lo he entendido muy bien, pero con todo eſo querria que vueſtra merced me ſorbieſe una duda, que agora en eſte punto me ha venido á la memoria. Aſolvieſe, quieres decir, Sancho, dixo Don Quixote, dí en buenora, que yo reſponderé lo que ſupiere. Digame, Señor, proſiguió Sancho, eſos Julios, ó Agoſtos, y todes eſos Cavalleros hazañoſos, que ha dicho, que ya ſon muertos, donde eſtan agora? Los Gentiles, reſpondió Don Quixote, ſin duda eſtan en el infierno, los Chriſtianos, ſi fueron buenos Chriſtianos, ó eſtan en el Purgatorio, ó en el cielo. Eſtá bien, dixo Sancho, pero ſepamos aora, eſas ſepulturas, donde eſtan los cuerpos deſos ſeñorazos, tienen delante de sí lamparas de plata, ó eſtan adornadas las paredes de ſus capillas de muletas, de mortajas, de cabelleras, de piernas, y de ojos de cera, y si deſto no, de que eſtan adornadas? A lo que reſpondió Don Quixote, los ſepulcros de los Gentiles fueron por la mayor parte ſuntuoſos templos, las cenizas del cuerpo

de

de Julio Ceſar ſe puſieron ſobre una piramide de piedra de deſmeſurada grandeza, á quien oy llaman en Roma la Aguja de ſan Pedro. Al Emperador Adriano le ſirvió de ſepultura un caſtillo tan grande como una buena aldea, á quien llamaron Moles Adriani, que agora es el caſtillo de Santangel en Roma: la Reyna Artemiſa ſepultó á ſu marido Mauſoleo en un ſepulcro, que ſe tuvo por una de las ſiete maravillas del mundo; pero ninguna deſtas ſepulturas, ni otras muchas que tuvieron los Gentiles, ſe adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas, y ſeñales que moſtraſen ſer ſantos los que en ellas eſtavan ſepultados. A eſo voy, replicó Sancho, y digame agora, qual es mas, reſucitar á un muerto, ó matar á un gigante. La reſpueſta eſtá en la mano, reſpondió Don Quixote, mas es reſucitar á un muerto. Cogido le tengo, dixo Sancho, luego la fama dél que reſucita muertos, da viſta á los ciegos, endereza los coxos. y da ſalud á los enfermos, y delante de ſus ſepulturas arden lamparas, y eſtan llenas ſus capillas de gentes devotas, que de rodillas adoran ſus reliquias, mejor fama ſera para eſte, y para el otro ſiglo, que la que dexaron, y dexaren quantos Emperadores Gentiles, y Cavalleros Andantes ha avido en el mundo. Tambien confieſo eſa verdad, reſpondió Don Quixote, pues eſta fama, eſtas gracias, eſtas prerogativas, como llaman á eſto, reſpondió Sancho, tienen los cuerpos, y las reliquias de los Santos, que con aprobacion, y licencia de nueſtra ſanta madre Igleſia tienen lamparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, piernas, con que aumentan la devocion, y engrandecen ſu Chriſtiana fama. Los cuerpos de los Santos, ó ſus reliquias, llevan los Reyes ſobre ſus ombros, beſan los pedazos de ſus hueſos, adornan, y enriquecen con ellos ſus oratorios, y ſus mas preciados altares. Que quieres, que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? dixo Don Quixote. Quiero decir, dixo Sancho, que nos demos á ſer

ſantos, y alcanzaremos mas brevemente la buena fama, que pretendemos: y advierta, Señor, que ayer, ó antes de ayer, que ſegun ha poco ſe puede decir deſta manera, canonizaron, ó beatificaron dos frailecitos Deſcalzos, cuyas cadenas de hierro con que ceñian, y atormentavan ſus cuerpos, ſe tiene aora á gran ventura el beſarlas, y tocarlas, y eſtan en mas veneracion, que eſtá, ſegun dixe, la eſpada de Roldan en la armería del Rey nueſtro Señor, que Dios guarde: así que, Señor mio, mas vale ſer humilde frailecito de qualquier Orden que ſea, que valiente, y Andante Cavallero: mas alcanzan con Dios dos docenas de diciplinas, que dos mil lanzadas, ora las den á Gigantes, ora á Veſtiglos, ó á Endriagos. Todo eſo es así, reſpondió Don Quixote, pero no todos podemos ſer frailes, y muchos ſon los caminos por donde lleva Dios á los ſuyos al cielo; Religion es la cavalleria, Cavalleros ſantos ay en la gloria. Si, reſpondió Sancho, pero yo he oido decir, que ay mas frailes en el cielo, que Cavalleros Andantes. Eſo es, reſpondió Don Quixote, porque es mayor el numero de los Religioſos, que el de los Cavalleros. Muchos ſon los Andantes, dixo Sancho. Muchos, reſpondió Don Quixote, pero pocos los que merecen nombre de Cavalleros. En eſtas, y otras ſemejantes platicas ſe les paſó aquella noche, y el dia ſiguiente, ſin acontecerles coſa, que de contar fueſe, de que no poco le peſó á Don Quixote: en fin otro dia al anochecer deſcubrieron la gran Ciudad del Toboſo, con cuya viſta ſe le alegraron los eſpiritus á Don Quixote, y ſe le entriſtecieron á Sancho, porque no ſabia la caſa de Dulcinea, ni en ſu vida la avia viſto, como no la avia viſto ſu Señor, de modo que el uno por verla, y el otro por no averla viſto, eſtavan alborotados, y no imaginava Sancho, que avia de hacer, quando ſu dueño le embiaſe al Toboſo: finalmente ordenó Don Quixote, entrar en la ciudad entrada la noche, y en tanto que la hora ſe llegava, ſe quedaron

entre

entre unas encinas, que cerca del Toboſo eſtavan; y llegado el determinado punto, entraron en la ciudad, donde les ſucedió coſas que á coſas llegan.

Cap. IX. Donde ſe cuenta lo que en el ſe verá.

MEdia noche era por filo poco mas á menos, quando Don Quixote, y Sancho dexaron el monte, y entraron en el Toboſo: eſtava el pueblo en un ſoſegado ſilencio, porque todos ſus vecinos dormían, y repoſavan á pierna tendida, como ſuele decirſe: era la noche entreclara, pueſto que quiſiera Sancho, que fuera del todo eſcura, por hallar en ſu eſcuridad diſculpa de ſu ſandez: no ſe oya en todo el lugar, ſino ladridos de perros, que atronavan los oidos de Don Quixote, y turbavan el corazon de Sancho; de quando en quando rebuznava un jumento, gruñian puercos, mayavan gatos, cuyas voces de diferentes ſonidos ſe aumentavan con el ſilencio de la noche, todo lo qual tuvo el enamorado Cavallero á mal aguero, pero con todo eſto dixo á Sancho: Sancho hijo, guia al palacio de Dulcinea, quiza podra ſer, que la hallemos deſpierta. A que palacio tengo de guiar, cuerpo del ſol, reſpondió Sancho, que en el que yo ví á ſu grandeza, no era ſino caſa muy pequeña? Devia de eſtar retirada entonces, reſpondió Don Quixote, en algun pequeño apartamiento de ſu Alcazar, ſolazandoſe á ſolas con ſus doncellas, como es uſo y coſtumbre delas altas Señoras y Princeſas. Señor, dixo Sancho, ya que vueſtra merced quiere á peſar mio que ſea Alcazar la caſa de mi ſeñora Dulcinea, es hora eſta por ventura de hallar la puerta abierta? y ſerá bien que demos aldavazos, para que nos oyan, y nos abran, metiendo en alboroto, y rumor toda

la

la gente? vamos por dicha á llamar á la casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que llegan, y llaman, y entran á qualquier hora, por tarde que sea? Hallemos primero una por una el Alcazar, replicó Don Quixote, que entonces yo te diré, Sancho, lo que sera bien que hagamos; y advierte, Sancho, que yo veo poco que aquel bulto grande y sombra, que desde aquí se descubre, la deve de hacer el palacio de Dulcinea. Pues guie vuestra merced, respondió Sancho, quiza sera así, aunque yo lo vere con los ojos, y lo tocaré con las manos, y así lo creere yo, como creer que es agora de dia. Guió Don Quixote, y aviendo andado como docientos pasos, dió con el bulto que hacía la sombra, y vió una gran torre, y luego conoció, que el tal edificio no era Alcazar, sino la Iglesia principal del pueblo: y dixo, con la Iglesia hemos dado, Sancho. Ya lo veo, respondió Sancho, y plega á Dios, que no demos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los cimenterios á tales horas, y mas aviendo yo dicho á vuestra merced, si mal no me acuerdo, que la casa desta señora ha de estar en una callejuela sin salida. Maldito seas de Dios, mentecato, dixo Don Quixote, adonde has tu hallado, que los Alcazares, y Palacios Reales esten edificados en callejuelas sin salida? Señor, respondió Sancho, en cada tierra su uso; quiza se usa aquí en el Toboso, edificar en callejuelas los Palacios, y edificios grandes, y así suplico á vuestra merced me dexe buscar por estas calles, ó callejuelas que se me ofrecen, podria ser, que en algun rincon topase con ese Alcazar, que le vea yo comido de perros, que así nos trae corridos y asendereados. Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi Señora, dixo Don Quixote, y tengamos la fiesta en paz, y no arrojemos la soga tras el caldero. Yo me reportaré, respondió Sancho; pero con que paciencia podre llevar, que quiera vuestra merced que de sola una vez que ví la casa de nuestra Ama, la aya de saber siempre,

pre, y hallarla á media noche, no hallandola vueſtra merced, que la deve de aver viſto millares de veces? Tu me harás deſeſperar, Sancho, dixo Don Quixote; ven aca herege, no te he dicho mil veces, qne en todos los dias de mi vida no he viſto á la ſin par Dulcinea, ni jamas atraveſe los umbrales de ſu palacio, y que ſolo eſtoy enamorado de oidas, y de la gran fama, que tiene de hermoſa y diſcreta? Aora lo oigo, reſpondió Sancho, y digo, que pues vueſtra merced no la ha viſto, ni yo tampoco. Eſo no puede ſer, replicó Don Quixote, que por lo menos ya me has dicho tú, que la viſte ahechando trigo, quando me truxiſte la reſpueſta de la carta, que le embie contigo. No ſe atenga á eſo, Señor, reſpondió Sancho, porque le hago ſaber, que tambien fue de oidas la viſta, y la reſpueſta que le truxe: porque aſi ſé yo quien es la Señora Dulcinea, como dar un puño en el cielo. Sancho, Sancho, reſpoñdió Don Quixote, tiempos ay de burlar, y tiempos donde caen, y parecen mal las burlas. No porque yo diga, que ni he viſto, ni hablado á la ſeñora de mi alma, has tu de decir tambien, que ni la has hablado, ni viſto, ſiendo tan al reves, como ſabes. Eſtando los dos en eſtas platicas, vieron, que venia á paſar por donde eſtavan, uno con dos mulas, que por el ruido que hacía el arado, que arraſtrava por el ſuelo, juzgaron, que devia de ſer labrador, que avría madrugado antes del dia, á ir a ſu labranza, y aſí fue la verdad: venía el labrador cantando aquel Romance, que dice, Mala la huviſtes Franceſes en eſa de Ronceſvalles. Que me maten, Sancho, dixo en oyendole Don Quixote, ſi nos ha de ſuceder coſa buena eſta noche. No oyes lo que viene cantando eſe villano? Si oigo, reſpondió Sancho, pero que hace á nueſtro propoſito la caza de Ronceſvalles? aſi pudiera cantar el Romance de Calainos, que todo fuera uno, para ſucedernos bien ó mal en nueſtro negocio. Llegó en eſto el labrador, á quien Don Quixote preguntó: ſabreiſme

decir

decir, buen amigo, que buena ventura os dé Dios, donde ſon por aquí los Palacios de la ſin par Princeſa Doña Dulcinea del Toboſo? Señor, reſpondió el mozo, yo ſoy foraſtero, y ha pocos dias, que eſtoy en eſte pueblo, ſirviendo á un labrador rico en la labranza del campo: en eſa coſa frontera viven el Cura, y el Sacriſtan del lugar, entrambos, ó qualquier dellos ſabrá dar á vueſtra merced razon deſa Señora Princeſa, porque tienen la liſta de todos los vecinos del Toboſo; aunque para mí tengo, que en todo el no vive Princeſa alguna, muchas Señoras ſi principales, qne cada una en ſu caſa puede ſer Princeſa. Pues entre eſas, dixo Don Quixote, deve de eſtar, amigo, eſta por quien te pregunto. Podría ſer, reſpondió el mozo, y á Dios, que ya viene el alva, y dando á ſus mulas, no atendió á mas preguntas. Sancho que vió ſuſpenſo a ſu Señor, y aſaz mal contento, le dixo: Señor, ya ſe viene á mas andar el dia, y no ſera acertado dexar, que nos halle el ſol en la calle, mejor ſerá, que nos ſalgamos fuera de la ciudad, y que vueſtra merced ſe emboſque en alguna floreſta aquí cercana, y yo bolvere de dia, y no dexaré oſtugo en todo eſte lugar, donde no buſque la caſa, Alcazar, ó Palacio de mi Señora, y aſáz ſería de deſdichado, ſino le hallaſe, y hallandole, hablaré con ſu merced y le dire donde, y como queda vueſtra merced eſperando, que le dé orden, y traza, para verla ſin menoſcabo de ſu honra y fama. Has dicho, Sancho, dixo Don Quixote, mil ſentencias encerradas en el circulo de breves palabras: el conſejo, que aora me has dado, le apetezco, y recibo de boniſima gana: ven hijo, y vamos á buſcar donde me emboſque, que tu bolveras, como dices, á buſcar á ver, y hablar á mi Señora, de cuya diſcrecion, y corteſia eſpero mas que milagroſos favores. Rabiava Sancho, por ſacar á ſu Amo del pueblo, porque no averiguaſe la mentira de la reſpueſta, que de parte de Dulcinea le avia llevado á Sierra Morena, y así dió prieſa á la ſalida,

que

que fue luego, y a dos millas de lugar, hallaron una floreſta, ó boſque, donde Don Quixote ſe emboſcó, en tanto que Sancho bolvia á la Ciudad á hablar á Dulcinea, en cuya embaxada le ſucedieron coſas, que piden nueva atencion, y nuevo credito.

Cap. X. Donde ſe cuenta la induſtria, que Sancho tuvo para encantar á la Señora Dulcinea, y de otros ſuceſos tan ridiculos, como verdaderos.

LLegando el autor deſta grande Hiſtoria á contar lo que en eſte capitulo cuenta, dice, que quiſiera paſarle en ſilencio, temeroſo de que no avia de ſer creido: porque las locuras de Don Quixote llegaron aquí al termino, y raya de las mayores, que pueden imaginarſe, y aun paſaron dos tiros de balleſta mas allá de las mayores. Finalmente aunque con eſte miedo y recelo las eſcrivió de la miſma manera, que él las hizo, ſin añadir, ni quitar á la hiſtoria un atomo de la verdad, ſin darſele nada por las objecciones, que podian ponerle de mentiroſo, (y tuvo razon, porque la verdad adelgaza, y no quiebra, y ſiempre anda ſobre la mentira, como el azeite ſobre elagua,) y así proſiguiendo ſu Hiſtoria, dice que así como Don Quixote ſe emboſcó en la floreſta, encinar, ó ſelva junto al gran Toboſo, mandó a Sancho bolver á la Ciudad, y que no bolvieſe á ſu preſencia, ſin aver primero hablado de ſu parte á ſu Señora, pidiendola, fueſe ſervida de dexarſe ver de ſu cautivo Cavallero, y ſe dignaſe de echarle ſu bendicion, para que pudieſe eſperar por ella feliciſimos ſuceſos de todos ſus acometimientos, y diſicultoſas empreſas. Encargóſe Sancho de hacerlo, así como ſe le mandava, y de traerla tan buena reſpueſta, como le truxo la vez primera. Anda hijo, replicó

plicó Don Quixote, y no te turbes, quando te vieres ante la luz del ſol de hermoſura, que vas a buſcar. Dichoſo tú ſobre todos los eſcuderos del mundo, ten memoria, y no ſe te paſe della, como te recibe, ſi muda las colores el tiempo, que la eſtuvieres dando mi embaxada, ſi ſe deſaſoſiega, y turba, oyendo mi nombre, ſino cabe en la almohada, ſi á caſo la hallas ſentada en el eſtrado rico de ſu autoridad; y ſi eſtá en pie, mirala, ſi ſe pone aora ſobre el uno, aora ſobre el otro pie, si te repite la reſpueſta, que te diere, dos ó tres veces: ſi la muda de blanda en aſpera: de azeda en amoroſa: ſi levanta la mano al cabello, para componerle, aunque no eſté deſordenado: finalmente, hijo, mira todas ſus acciones, y movimientos: porque ſi tú me los relatares, como ellos fueron, facare yo lo que ella tiene eſcondido en lo ſecreto de ſu corazon acerca de lo que al fecho de mis amores toca: que has de ſaber, Sancho, ſi no lo ſabes, que entre los amantes las acciones, y movimientos exteriores que mueſtran, quando de ſus amores ſe trata, ſon certiſimos correos, que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma paſa. Ve, amigo, y guiete otra mejor ventura que la mia, y buelvate otro mejor ſuceſo del que yo quedo temiendo, y eſperando en eſta amarga ſoledad, en que me dexas. Yo ire, y bolvere preſto, dixo Sancho, y enſanche vueſtra merced, Señor mio, eſe corazoncillo, que le deve de tener agora no mayor que una avellana, y conſidere, que ſe ſuele decir, que buen corazon quebranta mala ventura, y que donde no ay tocinos, no ay eſtacas: y tambien ſe dice, donde no pienſa, ſalta la liebre: digolo, porque ſi eſta noche no hallamos los palacios, ó alcazares de mi Señora, agora que es de dia, los pienſo hallar, quando menos lo pienſe, y hallados dexenme á mí con ella. Por cierto, Sancho, dixo Don Quixote, que ſiempre traes tus refranes tan á pelo de lo que tratamos, quanto me dé Dios mejor ventura en lo que deſeo.

Eſto

Esto dicho bolvió Sancho las espaldas y vareó su Rucio, y Don Quixote se quedo á cavallo descansando sobre los estrivos, y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones, donde le dexaremos, yendonos con Sancho Panza, que no menos confuso y pensativo se apartó de su Señor, que él quedava, y tanto que á penas huvo salido del bosque, quando bolviendo la cabeza, y viendo que Don Quixote no parecia, se apeó del jumento, y sentandose al pie de un arbol comenzó á hablar consigo mismo, y á decirse: Sepamos agora, Sancho hermano, adondo va vuesa merced? Va á buscar algun jumento que se le aya perdido? no por cierto. Pues que va á buscar? Voy á buscar, como quien no dice nada, á una Princesa, y en ella al sol de la hermosura, y á todo el cielo junto. Y adonde pensays hallar eso que decis, Sancho? A donde? en la gran Ciudad del Toboso. Y bien, y de parte de quien la vays á buscar? De parte del famoso Cavallero Don Quixote de la Mancha, que deface los tuertos, y da de comer al que ha sed, y de bever al que ha hambre. Todo eso está muy bien, y sabeys su casa, Sancho? *Mi Amo dice* que han de ser unos Reales Palacios, ó unos sobervios Alcazares. Yaveisla visto algun dia por ventura? Ni yo, ni mi Amo la avemos visto jamas. Y pareceos, que fuera acertado y bien hecho, que si los del Toboso supiesen que estays vos aquí, con intencion de ir á sonsacarles sus Princesas, y á desasosegarles sus damas, viniesen y os molieses las costillas á puros palos, y no os dexasen hueso sano? En verdad que tendrían mucha razon, quando no considerasen que soy mandado, y que mensagero soys amigo, no mereceys culpa non. No os fieis en eso, Sancho, porque la gente Manchega es tan colerica como honrada, y no consiente cosquillas de nadie. Vive Dios, que si os huele, que os mando mala ventura: Oxte puto, allá daras rayo, no sino ande me yo buscando tres pies al gato por el gusto ageno, y mas que así será

buſcar á Dulcinea por el Toboſo, como á Marica por Rabena, ó al Bachiller en Salamanca: el diablo, el diablo me ha metido á mí en eſto, que otro no. Eſte ſoliloquio paſó conſigo Sancho, y lo que ſacó del tue, que bolvió á decirſe: aora bien, todas las coſas tienen remedio, ſino es la muerte, debaxo de cuyo yugo hemos de paſar todos, mal que nos peſe al acabar de la vida. Eſte mi Amo por mil ſeñales he viſto que es un loco de atar, y aun tambien yo no le quedo enzaga, pues ſoy mas mentecato que él, pues le ſigo, y le ſirvo, ſi es verdadero el refran que dice, dime con quien andas, decirte he quien eres, y el otro, de no con quien naces, ſino con quien paces. Siendo pues loco como lo es, y de locura que las mas veces toma unas coſas por otras, y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como ſe pareció, quando dixo, que los Molinos de viento eran Gigantes, y las mulas de los Religioſos dromedarios, y las manadas de carneros exercitos de enemigos, y otras muchas coſas á eſte tono, no ſera muy dificil hacerle creer, que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la Señora Dulcinea, y quando él no lo crea, juraré yo, y ſi él jurare, tornaré yo á jurar, y ſi porfiare, porfiaré yo mas, y de manera, que tengo de tener la mia ſiempre ſobre el hito, venga lo que viniere, quiza con eſta porfia acabaré con él, que no me embie otra vez á ſemejantes menſagerias, viendo, quan mal recado le traigo dellas, ó quiza penſara, como yo imagino, que algun mal encantador, de eſtos que él dice, que le quieren mal, la avra mudado la figura, por hacerle mal y daño. Con eſto que penſó Sancho Panza quedó ſoſegado ſu eſpiritu, y tuvo por bien acabado ſu negocio; y deteniendoſe alli haſta la tarde por dar lugar, á que Don Quixote penſaſe, que le avia tenido para ir y bolver del Toboſo; y ſucedióle todo tan bien, que quando ſe levantó para ſubir en el Rucio, vió que del Toboſo hácia donde él eſtava, venian tres labradoras ſobre tres pollinos, ó polli-

pollinas, que el autor no lo declara, aunque mas ſe puede creer que eran borricas, por ſer ordinaria cavalleria de las aldeanas: pero como no va mucho en eſto, no ay para que deteneros en averiguarlo.

En reſolucion así como Sancho vió á las labradoras, á paſo tirado bolvió á buſcar á ſu Señor Don Quixote, y hallole ſuſpirando, y diciendo mil amoroſas lamentaciones. Como Don Quixote le vió, le dixo, que ay Sancho amigo? Podre ſeñalar eſte dia con piedra blanca, ó con negra? Mejor ſerá, reſpondió Sancho, que vueſa merced la ſeñale con almagre, como retulos de Catedras, porque le echen bien de ver los que le vieren. De eſe modo replicó Don Quixote: Buenas nuevas traes. Tan buenas, reſpondió Sancho, que no tiene mas que hacer vueſa merced, ſino picar á Rozinante, y ſalir á lo raſo á ver á la Señora Dulcinea del Toboſo, que con otras dos doncellas ſuyas viene á ver á vueſa merced. Santo Dios! que es lo que dices, Sancho amigo? dixo Don Quixote: Mira no me engañes, ni quieras con falſas alegrias alegrar mis verdaderas triſtezas. Que ſacariá yo de engañar á vueſa merced, reſpondió Sancho, y mas eſtando tan cerca de deſcubrir mi verdad? Pique, Señor, y venga, y verá venir á la Princeſa nueſtra Ama, veſtida y adornada, en fin como quien ella es. Sus doncellas, y ella todas ſon una aſcua de oro. Todas mayorcas de perlas, todas ſon diamantes, todas rubies, todas telas de brocado de mas de diez altos. Los cabellos ſueltos por las eſpaldas, que ſon otros tantos rayos del Sol, que andan jugando con el viento, y ſobre todo vienen á cavallo ſobre tres cananeas remendadas, que no ay mas que ver. Hacaneas querras decir, Sancho. Poca diferencia ay, reſpondió Sancho, de cananeas á hacaneas: pero vengan ſobre lo que vinieren, ellas vienen las mas galanas Señoras que ſe puedan deſear, eſpecialmente

mente la Princeſa Dulcinea mi Señora, que paſma los ſentidos. Vamos, Sancho hijo, reſpondió Don Quixote, y en albricias deſtas no eſperadas como buenas nuevas, te mando el mejor deſpojo que ganare en la primera aventura que tuviere; y ſi eſto no te contenta, te mando las crias que eſte año me dieren las tres yeguas mias que tu ſabes, que quedan para parir en el prado concegil de nueſtro pueblo. A las crias me atengo, reſpondió Sancho, porque de ſer buenos los deſpojos de la primera aventura no eſtá muy cierto.

Ya en eſto ſalieron de la ſelva, y deſcubrieron cerca á las tres aldeanas. Tendió Don Quixote los ojos por todo el camino del Toboſo, y, como no vió ſino á las tres labradoras, turbóſe todo, y preguntó á Sancho, ſi las avia dexado fuera de la ciudad. Como fuera de la ciudad? reſpondió, por ventura tiene vueſa merced los ojos en el colodrillo que no vee, que ſon eſtas las que aquí vienen, reſplandecientes como el miſmo Sol á medio dia? Yo no veo, Sancho, dixo Don Quixote, ſino á tres labradoras ſobre tres borricos. Agora me libre Dios del diablo, reſpondió Sancho, y es poſible, que tres hacaneas, ó como ſe llaman, blancas como el hampo de la nieve, le parezcan á vueſa merced borricos? Vive el Señor, que me pele eſtas barbas, ſi tal fueſe verdad. Pues yo te digo, Sancho amigo, dixo Don Quixote, que es tan verdad que ſon borricos, ó borricas, como yo ſoy Don Quixote, y tu Sancho Panza, alomenos á mí tales me parecen. Calle Señor, dixo Sancho, no diga la tal palabra ſino deſpavile eſos ojos, y venga á hacer reverencia á la Señora de ſus penſamientos, que ya llega cerca, y diciendo eſto ſe adelantó á recebir á las tres aldeanas, y apeandoſe del Rucio tuvo del cabeſtro al jumento de una de las tres labradoras, y hincando ambas rodillas en el ſuelo dixo: Reina, y Princeſa, y Duqueſa de la hermoſura, vueſtra altivez y grandeza ſea

ſervida

ſervida de recebir en ſu gracia y buen talante al cautivo Cavallero vueſtro que alli eſtá hecho piedra marmol, todo turbado y ſin pulſos de verſe ante vueſtra magnifica preſencia. Yo ſoy Sancho Panza ſu eſcudero, y él es el aſendereado Cavallero Don Quixote de la Mancha, llamado por otro nombre el Cavallero de la triſte figura. A eſta ſazon ya ſe avia pueſto Don Quixote de hinojos junto á Sancho, y mirava con ojos deſencajados, y viſta turbada á la que Sancho llamava Reina, y Señora, y como no deſcubria en ella ſino una moza aldeana, y no de muy buen roſtro, porque era cariredonda, y chata, eſtava ſuſpenſo y admirado ſin oſar deplegar los labios. Las labradoras eſtavan aſi miſmo atonitas, viendo aquellos dos hombres tan diferentes hincados de rodillas, que no dexavan paſar adelante á ſu compañera. Pero rompiendo el ſilencio la detenida, toda deſgraciada y mohina, dixo: Apartenſe nora en tal del camino, y dexenmos paſar, que vamos de prieſa. A lo que reſpondió Sancho: O Princeſa, y Señora univerſal del Toboſo, como vueſtro magnanimo corazon no ſe eternece, viendo arrodillado ante vueſtra ſublimada preſencia á la coluna y ſuſtento de la Andante Cavalleria. Oyendo lo qual otra de las dos dixo: Mas jo que te eſtrego burra de mi ſuegro, mirad con que ſe vienen los ſeñoritos aora á hacer burla de las aldeanas, como ſi aquí no ſupieſemos echar pullas como ellos, vayan ſu camino, é dexenmos hacer el nueſo, y ſerles ha ſano. Levantate Sancho, dixo á eſte punto Don Quixote, que ya veó, que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algun contento á eſta anima mezquina, que tengo en las carnes, y tú, ó eſtremo del valor, que puede deſearſe, termino de la humana gentileza, unico remedio deſte afligido corazon que te adora, ya que el maligno encantador me perſigue, y ha pueſto nubes y cataratas en mis ojos, y para ſolo ellos, y no para otros ha mudado y transformado tu ſin

igual

igual hermoſura, y roſtro en el de una labradora pobre, ſi ya tambien el mio no le ha cambiado en el de algun veſtiglo, para hacerle aborrecible á tus ojos, no dexes de mirarme blanda y amoroſamente, echando de ver en eſta ſumiſion, y arrodillamiento, que á tu contrahecha hermoſura hago, la humildad con que mi alma te adora. Tomá que mi aguelo, reſpondió la aldeana: Amiguita ſoy yo de oir reſquebrajos: Apartenſe, y dexenmos ir, y agradecerſelohemos: apartóſe Sancho, y dexola ir, contentiſimo de aver ſalido bien de ſu enredo. Apenas ſe vió libre la aldeana, que avia hecho la figura de Dulcinea, quando picando á ſu cananea con un aguijon que en un palo traya, dió á correr por el prado adelante. Y como la borrica ſentia la punta del aguijon que le fatigava mas de lo ordinario, comenzó á dar corcobos, de manera que dió con la Señora Dulcinea en tierra, lo qual viſto por Don Quixote, acudió á levantarla, y Sancho á componer y cinchar el albarda, que tambien vino á la barriga de la pollina Acomodada pues la albarda, y queriendo Don Quixote levantar á ſu encantada ſeñora en los brazos ſobre la jumenta, la ſeñora levantandoſe del ſuelo le quitó de aquel trabajo, porque haciendoſe algun tanto atras, tomó una corrridica, y pueſtas ambas manos ſobre las ancas de la pollina, dió con ſu cuerpo mas ligero que un halcon ſobre la albarda, y quedó ahorcajadas como ſi fuera hombre: y entonces dixo Sancho: Vive Roque, que es la Señora nueſtra Ama mas ligera que un acotan, y que puede enſeñar á ſubir á la gineta al mas dieſtro Cordoves, ó Mexicano. El arzon traſero de la ſilla paſó de un ſalto, y ſin eſpuelas hace correr la hacanea como una cebra, y no le van en zaga ſus doncellas, que todas corren como el viento, y así era la verdad, porque en viendoſe á cavallo Dulcinea, todas picaran tras ella, y diſpararon á correr ſin bolver la cabeza átras por eſpacio de mas de media legua. Siguiólas Don Quixote con la viſta, y quando

vió,

vió, que no parecian, bolviendoſe á Sancho le dixo: Sancho que te parece, quan mal quiſto ſoy de encantadores, y mira haſta donde ſe eſtiende ſu malicia, y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento, que pudiera darme ver en ſu ſer á mi Señora. En efecto yo nací para exemplo de deſdichados, y para ſer blanco y terrero donde tomen la mira, y aſieſten las flechas de la mala fortuna. Y has tambien de advertir, Sancho, que no ſe contentaron eſtos traidores de aver buelto y transformado á mi Dulcinea, ſino que la transformaron, y bolvieron en una figura, tan baxa y tan fea como la de aquella aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan ſuyo de las principales ſeñoras, que es el buen olor, por andar ſiempre entre ambares, y entre flores, porque te hago ſaber, Sancho, que quando llegue á ſubir á Dulcinea ſobre ſu hacanea (ſegun tu dices, que á mí me pareció borrica) me dió un olor de ajos crudos que me encalabrinó, y atoſigó el alma. O cavalla, gritó á eſta ſazon Sancho. O encantadores aciagos, y mal intencionados! y quien os viera á todos enſartados por las agallas como ſardinas en lercha. Mucho ſabeis, mucho podeis, y mucho mas haceis, baſtaros deviera, vellacos, aver mudado las perlas de los ojos de mi ſeñora en agallas alcornoqueñas, y ſus cabellos de oro puriſimo en cerdas de cola de buey bermejo; y finalmente todas ſus faciones de buenas en malas, ſin que le tocarades en el olor, que por el ſi quiera ſacaramos lo que eſtava encubierto debaxo de aquella fea corteza, aunque para decir verdad, nunca yo vi fu fealdad, ſino ſu hermoſura, á la qual ſubia de punto y quilates un lunar, que tenía ſobre el labio derecho á manera de vigote, con ſiete ó ocho cabellos rubios como hebras de oro, y largos de mas de un palmo. A eſe lunar, dixo Don Quixote, ſegun la correſpondencia que tienen entre sí los del roſtro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muſlo, que correſponde al lado donde tiene el

del roſtro: pero muy luengos para lunares ſon pelos de la grandeza que has ſignificado. Pues yo ſe decir á vueſtra merced, reſpondió Sancho, que le parecian alli como nacidos. Yo lo creo amigo, replicó Don Quixote, porque ninguna coſa puſo la naturaleza en Dulcinea que no fueſe perfecta, y bien acabada, y así ſi tuviera cien lunares, como el que dices en ella, no fueran lunares, ſino lunas y eſtrellas reſplandecientes. Pero Dime, Sancho, aquella que á mí me pareció albarda que tu aderezaſte, era ſilla raſa, ó ſillon? No era, reſpondió Sancho, ſino ſilla á la gineta, con una cubierta de campo, que vale la mitad de un Reino, ſegun es de rica. Y que no vieſe yo todo eſo Sancho, dixo Don Quixote! aora torno á decir, y diré mil veces, que ſoy el mas deſdichado de los hombres. Harto tenía que hacer el ſocarron de Sancho en diſimular la riſa, oyendo las ſandeces de ſu Amo tan delicadamente engañado. Finalmente deſpues de otras muchas razones que entre los dos paſaron, bolvieron á ſubir en ſus beſtias, y ſiguieron el camino de Zaragoza, adonde penſavan llegar á tiempo, que pudieſen hallarſe en unas ſolenes fieſtas, que en aquella inſigne Ciudad cada año ſuelen hacerſe. Pero antes que allá llegaſen, les ſucedieron coſas, que por muchas, grandes, y nuevas merecen ſer eſcritas, y leidas, como ſe verá adelante.

Cap. XI. De la eſtraña Aventura que le ſucedió al valeroſo Don Quixote con el Carro, ó Carreta de las Cortes de la Muerte.

PEnſativo ademas iva Don Quixote por ſu camino adelante, conſiderando la mala burla que le avian hecho los encantadores, bolviendo á ſu Señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana, y no imaginava, que remedio tendría para bolverla á ſu ſer primero, y eſtos penſamientos le llevavan tan fuera de sí, que ſin ſentirlo, ſoltó las riendas á Rozinante, el qual ſintiendo la libertad que ſe le dava, á cada paſo ſe detenia á pacer la verde yerva, de que aquellos campos abundavan; de ſu embeleſamiento le bolvió Sancho Panza, diciendole: Señor, las triſtezas no ſe hicieron para las beſtias, ſino para los hombres: pero ſi los hombres las ſienten demaſiado ſe buelven beſtias, vueſtra merced ſe reporte y buelva en sí, y coja las riendas á Rozinante, y avive y deſpierte, y mueſtre aquella gallardia que conviene que tengan los Cavalleros Andantes. Que diablos es eſto? Que deſcaecimiento es eſte? Eſtamos aquí, ó en Francia? Mas que ſe lleve Satanas á quantas Dulcineas ay en el mundo, pues vale mas la ſalud de un ſolo Cavallero Andante, que todos los encantos y transformaciones de la tierra. Calla Sancho, reſpondió Don Quixote, con voz no muy deſmayada, calla digo, y no digas blasfemias contra aquella encantada Señora, que de ſu deſgracia y deſventura yo ſolo tengo la culpa: de la invidia que me tienen los malos ha nacido ſu mala andanza. Así lo digo yo, reſpondió Sancho, quien la vido, y la vee aora, qual es el corazon que no llora? Eſo puedes tu decir bien, Sancho, replicó Don Quixote, pues la viſte en la entereza cabal de ſu hermoſura,

que el encanto no ſe eſtendió á turbarte la viſta, ni á encubrirte ſu belleza, contra mí ſolo, y contra mis ojos ſe endereza la fuerza de ſu veneno. Mas con todo eſto he caido, Sancho, en una coſa, y es, que me pintaſte mal ſu hermoſura, porque, ſi mal no me acuerdo, dixiſte que tenía los ojos de perlas, y los ojos que parecen de perlas, antes ſon de beſugo que de dama, y á lo que yo creo, los de Dulcinea deven ſer de verdes Eſmeraldas, raſgados con dos celeſtiales arcos que les ſirven de cejas. Y eſas perlas quitales de los ojos, y paſalas á los dientes, que ſin duda te trocaſte, Sancho, tomando los ojos por los dientes. Todo puede ſer, reſpondió Sancho, porque tambien me turbó á mí ſu hermoſura como á vueſa merced ſu fealdad: pero encomendemos lo todo á Dios, que él es el ſabidor de las coſas que han de ſuceder en eſte valle de lagrimas, en eſte mal mundo que tenemos, donde á penas ſe halla coſa que eſté ſin mezcla de maldad, embuſte, y vellaqueria. De una coſa me peſa, Señor mio, mas que de otras, que es penſar, que medio ſe ha de tener, quando vueſa merced venza á algun Gigante, ó otro Cavallero, y le mande, que ſe vaya á preſentar ante la hermoſura de la Señora Dulcinea, adonde la ha de hallar eſte pobre Gigante, ó eſte pobre y miſero Cavallero vencido. Pareceme que los veo andar por el Toboſo hechos unos bauſanes, buſcando á mi Señora Dulcinea, y aunque la encuentren en mitad de la calle no la conocerán mas que á mi padre. Quiza, Sancho, reſpondió Don Quixote, no ſe eſtenderá el encantamento á quitar el conocimiento de Dulcinea á los vencidos y preſentados Gigantes y Cavalleros, y en uno, ó dos de los primeros que yo venza, y le embie, haremos la experencia, ſi la ven, ó no, mandandoles que buelvan á darme relacion de lo que acerca deſto les huviere ſucedido. Digo Señor, replico Sancho, que me ha parecido bien lo que vueſa merced ha dicho, y que con eſe artificio vendremos en conocimiento de

lo

lo que deſeamos, y ſi es que ella á ſolo vueſa merced ſe encubre, la deſgracia mas ſerá de vueſa merced que ſuya: pero como la Señora Dulcinea tenga ſalud y contento, noſotros por acá nos avendremos, y lo paſaremos lo mejor que pudieremos, buſcando nueſtras aventuras, y dexando al tiempo que haga de las ſuyas, que el es el mejor medico deſtas, y de otras mayores enfermedades.

Reſponder queria Don Quixote á Sancho Panza: pero eſtorvóſelo una carreta que ſalió al traves del camino cargada de los mas diverſos y eſtraños perſonages y figuras, que pudieron imaginarſe. El que guiava las mulas y ſervia de carretero era un feo Demonio. Venia la carreta deſcubierta al cielo abierto, ſin toldo ni zarzo. La primera figura que ſe ofreció á los ojos de Don Quixote, fue la de la miſma Muerte con roſtro humano; junto á ella venia un Angel con unas grandes y pintadas alas. Al un lado eſtava un Emperador con una corona, al parecer, de oro en la cabeza. A los pies de la Muerte eſtava el dios que llaman Cupido, ſin venda en los ojos: pero con ſu arco, carcax y ſaetas. Venia tambien un Cavallero armado de punta en blanco, excepto que no traya morrion, ni celada, ſino un ſombrero lleno de plumas de diverſas colores, con eſtas venian otras perſonas de diferentes trages y roſtros. Todo lo qual viſto de improviſo en alguna manera alborotó á Don Quixote, y puſo miedo en el corazon de Sancho: mas luego ſe alegró Don Quixote, creyendo, que ſe le ofrecia alguna nueva y peligroſa aventura, y con eſte penſamiento y con animo diſpueſto de acometer qualquier peligro, ſe puſo delante de la carreta, y con voz alta y amenazadora, dixo: Carretero, cochero, ó diablo, ó lo que eres, no tardes en decirme quien eres, á do vas, y quien es la gente que llevas en tu carricoche, que mas parece la barca de Caron, que carreta de las que ſe uſan. A lo qual manſamente deteniendo el diablo la carreta, reſpondió: Señor, noſotros ſomos reci-

recitantes de la compañia de Angulo el malo; Hemos hecho en un lugar que eſtá detras de aquella loma eſta mañana, que es la Octava del Corpus, el auto de las Cortes de la Muerte, y hemoſſe de hacer eſta tarde en aquel lugar que deſde aquí ſe parece, y por eſtar tan cerca, y eſcuſar el trabajo de deſnudarnos, y bolvernos á veſtir, nos vamos veſtidos con los miſmos veſtidos que repreſentamos. Aquel mancebo va de Muerte, el otro de Angel. Aquella muger que es la del autor va de Reina, el otro de Soldado, aquel de Emperador, y yo de Demonio, y ſoy una de las principales figuras del autor, porque haga en eſta compañia los primeros papeles. Si otra coſa vueſtra merced deſea ſaber de noſotros, preguntemelo, que yo le ſabre reſponder con toda puntualidad que como ſoy Demonio, todo ſe me alcanza. Por la fé de Cavallero Andante, reſpondió Don Quixote, que así como vi eſte carro imaginé que alguna grande aventura ſe me ofrecia, y aora digo que es meneſter tocar las apariencias con la mano para dar lugar al deſengaño. Andad con Dios, buena gente, y haced vueſtra fieſta, y mirad, ſi mandais algo en que pueda ſeros de provecho, que lo haré con buen animo, y buen talante, porque deſde mochacho fuy aficionado á la caratula, y en mi mocedad ſe me ivan los ojos tras la farandula. Eſtando en eſtas platicas quiſo la ſuerte que llegaſe uno de la compañia, que venia veſtido de bogiganga, con muchos caſcabeles, y en la punta de un palo traya tres bexigas de vaca hinchadas, el qual moarracho llegandoſe á Don Quixote comenzó a eſgrimir el palo, y á ſacudir el ſuelo con las bexigas, y á dar grandes ſaltos ſonando los caſcabeles, cuya mala viſion así alborotó á Rozinante, que ſin ſer poderoſo á detenerle Don Quixote, tomando el freno entre los dientes dió á correr por el campo con mas ligereza, que jamas prometieron los hueſos de ſu notomia. Sancho, que conſideró el peligro en que iva ſu Amo de ſer derribado, ſaltó del Rucio, y á toda

prieſa

prieſa fue á valerle: pero quando á él llegó, ya eſtava en tierra, y junto á él Rozinante, que con ſu Amo vinó al ſuelo: ordinario fin y paradero de las lozanias de Rozinante y de ſus atrevimientos. Mas á penas huvo dexado ſu cavalleria Sancho por acudir á Don Quixote, quando el demonio baylador de las bexigas ſaltó ſobre el Rucio; y ſacudiendole con ellas, el miedo, y ruido, mas que él dolor de los golpes le hizo volar por la campaña, hácia el lugar donde ivan á hacer la fieſta. Mirava Sancho la carrera de ſu Rucio, y la caida de ſu Amo, y no ſabia á qual de las dos neceſidades acudiría primero. Pero en efecto como buen eſcudero, y como buen criado, pudo mas con él el amor de ſu Señor, que el cariño de ſu jumento. Pueſto que cada vez que veya levantar las bexigas en el aire, y caer ſobre las ancas de ſu Rucio, eran para él tartagos y ſuſtos de muerte, y antes quiſiera que aquellos golpes ſe los dieran á él en las niñas de los ojos, que en el mas minimo pelo de la cola de ſu Aſno. Con eſta perplexa tribulacion llegó donde eſtava Don Quixote, harto mas mal trecho de lo que él quiſiera, y ayudandole a ſubir ſobre Rozinante, le dixo: Señor, el diablo ſe ha llevado al Rucio. Que diablo, preguntó Don Quixote? El de las bexigas, reſpondió Sancho: Pues yo le cobraré, replicó Don Quixote, si bien ſe encerraſe con él en los mas hondos y eſcuros calabozos del infierno. Sigueme Sancho, que la carreta va deſpacio, y con las mulas della ſatisfare la perdida del Rucio. No ay para que hacer eſa diligencia, Señor, reſpondió Sancho, vueſtra merced temple ſu colera, que ſegun me parece, ya el diablo ha dexado el Rucio, y buelve á la querencia, y así era la verdad, porque aviendo caido el diablo con el Rucio, por imitar á Don Quixote, y á Rozinante, el diablo ſe fue á pie al pueblo, y el jumento ſe bolvió á ſu amo. Con todo eſo, dixo Don Quixote, ſerá bien caſtigar el deſcomedimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque ſea el miſ-

mo

mo Emperador. Quiteſele á vueſtra merced eſo de la imaginacion, replicó Sancho, y tome mi conſejo, que es, que nunca ſe tome con farſantes, que es gente favorecida. Recitante he viſto yo eſtar preſo por dos muertes, y ſalir libre, y ſin coſtas. Sepa vueſa merced, que como ſon gentes alegres y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan, y eſtiman, y mas ſiendo de aquellos de las compañias Reales, y de titulo, que todos, ó los mas en ſus trages y compoſtura parecen unos Principes. Pues con todo, reſpondió Don Quixote, no ſe me ha de ir el demonio farſante alabando, aunque le favorezca todo el genero humano, y diciendo eſto bolvió á la carreta, que ya eſtava bien cerca del pueblo; iva dando voces, diciendo: Deteneos, eſperad, turba alegre y regozijada, que os quiero dar á entender como ſe han de tratar los jumentos, y alimañas, que ſirven de cavalleria á los eſcuderos de los Cavalleros Andantes. Tan altos eran los gritos de Don Quixote, que los oyeron, y entendieron los de la carreta, y juzgando por las palabras la intencion dél que las decia, en un inſtante ſaltó la Muerte de la carreta, y tras ella el Emperador, el Diablo carretero, y el Angel, ſin quedarſe la Reina, ni el dios Cupido, y todos ſe cargaron de piedras, y ſe puſieron en ala, eſperando recebir á Don Quixote en las puntas de ſus guijarros. Don Quixote que los vió pueſtos en tan gallardo eſquadron, los brazos levantados con ademan de deſpedir poderoſamente las piedras, detuvo las riendas á Rozinante, y puſoſe á penſar de que modo los acometería con menos peligro de ſu perſona. En eſto que ſe detuvo llegó Sancho, y viendole en talle de acometer al bien formado eſquadron, le dixo: Aſaz de locura ſería intentar tal empreſa, conſidere vueſa merced, Señor mio, que para ſopa de arroyo, y tente bonete no ay arma defenſiva en el mundo, ſino es embutirſe y encerrarſe en una campana de bronce, y tambien ſe ha de conſiderar,

ſiderar, que es mas temeridad que valentia, acometer un hombre ſolo á un exercito donde eſtá la Muerte, y pelean en perſona Emperadores, y á quien ayudan los buenos y los malos Angeles, y ſi eſta conſideracion no le mueve á eſtarſe quedo, muevale ſaber de cierto, que entre todos los que alli eſtan, aunque parecen Reyes, Principes, y Emperadores, no ay ningun Cavallero Andante. Aora ſi, dixo Don Quixote, has dado Sancho en el punto que puede, y deve mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo, ni devo ſacar la eſpada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado Cavallero. A tí, Sancho, toca, ſi quieres tomar la venganza del agravio que á tu Rucio ſe le ha hecho, que yo deſde aquí te ayudaré con voces, y advertimientos ſaludables. No ay para que, Señor, reſpondió Sancho, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos Chriſtianos tomarla de los agravios, quanto mas que yo acabaré con mi Aſno, que ponga ſu ofenſa en las manos de mi voluntad, la qual es de vivir pacificamente los dias que los cielos me dieren de vida. Pues eſa es tu determinacion, replicó Don Quixote, Sancho bueno, Sancho diſcreto, Sancho Chriſtiano, y Sancho ſincero, dexemos eſtas fantaſmas, y bolvamos á buſcar mejores, y mas calificadas aventuras, que yo veo eſta tierra de talle que no han de faltar en ella muchas y muy milagroſas. Bolvió las riendas luego, Sancho fue á tomar ſu Rucio, la Muerte con todo ſu eſquadron volante bolvieron á ſu carreta, y proſiguieron ſu viage, y eſte felice fin tuvo la temeroſa aventura de la Carreta de la Muerte, gracias ſean dadas al ſaludable conſejo que Sancho Panza dió á ſu Amo, al qual el dia ſiguiente le ſucedió otra con un enamorado, y Andante Cavallero, de no menos ſupenſion que la paſada.

Cap. XII. De la eſtraña aventura que le ſucedió al valeroſo Don Quixote con el bravo Cavallero de los Eſpejos.

LA noche que ſiguió al dia del rencuentro de la Muerte la paſaron Don Quixote, y ſu eſcudero debaxo de unos altos y ſombroſos arboles, aviendo, á perſuaſion de Sancho, comido Don Quixote de lo que venia en el repueſto del Rucio, y entre la cena dixo Sancho á ſu ſeñor: Señor, que tonto huviera andado yo, ſi huviera eſcogido en albricias los deſpojos de la primera aventura que vueſtra merced acabara antes que las crias de las tres yeguas. En efecto, en efecto mas vale paxaro en mano que buytre volando. Toda via, reſpondió Don Quixote, ſi tú Sancho me dexaras acometer, como yo queria, te huvieran cabido en deſpojos, por lo menos la corona de oro de la Emperatriz, y las pintadas alas de Cupido, que yo ſe las quitara al redropelo, y te las puſiera en las manos. Nunca los cetros y coronas de los Emperadores farſantes, reſpondió Sancho Panza, fueron de oro puro, fino de oropel, ó hoja de lata. Así es verdad, replicó Don Quixote, porque no fuera acertado que los atavios de la comedia fueran finos, fino fingidos, y aparentes como lo es la meſma comedia, con la qual quiero, Sancho, que eſtés bien, teniendola en tu gracia, y por el miſmo conſiguiente á los que las repreſentan, y á los que las componen, porque todos ſon inſtrumentos de hacer un gran bien á la Republica, poniendonos un eſpejo á cada paſo delante, donde ſe veen al vivo las acciones de la vida humana, y ninguna comparacion ay, que mas al vivo nos repreſente lo que ſomos, y lo que avemos de ſer como la comedia, y los comediantes: ſino dime, no has viſto

tú

tú representar alguna comedia, adonde se introducen Reyes, Emperadores, y Pontifices, Cavalleros, Damas, y otros diversos personages? Uno hace el rufian, otro el embustero, este el mercader, aquel el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple. Y acabada la comedia, y desnudandose de los vestidos della, quedan todos los recitantes iguales. Si he visto, respondió Sancho. Pues lo mismo, dixo Don Quixote, acontece en la comedia y trato deste mundo, donde unos hacen los Emperadores, otros los Pontifices, y finalmente todas quantas figuras se pueden introducir en una comedia: pero en llegando al fin, que es quando se acaba la vida, á todos les quita la muerte las ropas que los diferenciavan, y quedan iguales en la sepultura. Brava comparacion, dixo Sancho, aunque no tan nueva, que yo no la aya oido muchas y diversas veces, como aquella del juego del axedrez, que mientras dura el juego, cada pieza tiene su particular oficio, y en acabandose el juego, todas se mezclan, juntan, y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura. Cada dia, Sancho, dixo Don Quixote, te vas haciendo menos simplé, y mas discretó. Sí, que algo se me ha de pegar de la discrecion de vuestra merced, respondió Sancho, que las tierras que de suyo son esteriles y secas, estercolandolas, y cultivandolas vienen á dar buenos frutos: quiero decir, que la conversacion de vuestra merced ha sido el estiercol que sobre la esteril tierra de mi seco ingenio ha caido; la cultivacion, el tiempo que ha que le sirvo y comunico, y con esto espero de dar frutos de mí que sean de bendicion, tales que no desdigan, ni deslicen de los senderos de la buena crianza que vuesa merced ha hecho en el agostado entendimiento mio. Rióse Don Quixote de las afectadas razones de Sancho, y parecióle ser verdad lo que decia de su emienda, porque de quando en quando hablava, de manera que le admirava, puesto que todas, ó las mas veces que Sancho queria

hablar de opoſicion, y á lo corteſano acabava ſu razon, con deſpeñarſe del monte de ſu ſimplicidad al profundo de ſu ignorancia, y en lo que él ſe moſtrava mas elegante y memorioſo, era en traer refranes, vinieſen, ó no vinieſen á pelo de lo que tratava, como ſe avra viſto, y ſe avra notado en el diſcurſo deſta Hiſtoria. En eſtas y en otras platicas le les paſó gran parte de la noche, y á Sancho le vinó en voluntad de dexar caer las compuertas de los ojos, como él decia, quando queria dormir, y deſaliñando a Rucio, le dió paſto abundoſo, y libre. No quitó la ſilla á Rozinante, por ſer expreſo mandamiento de ſu Señor, que en el tiempo que anduvieſen en campaña, ó no durmieſen debaxo de techado no deſaliñaſe á Rozinante, antigua uſanza eſtablecida y guardada de los Andantes Cavalleros quitar el freno y colgarle del arzon de la ſilla: pero quitar la ſilla al cavallo, guarda; y así lo hizo Sancho, y le dió la miſma libertad que al Rucio, cuya amiſtad del, y de Rozinante fue tan unica, y tan travada, que ay fama por tradicion de padres á hijos, que el autor deſta verdadera Hiſtoria hizo particulares capitulos della, mas que por guardar la decencia y decoro que á tan heroica Hiſtoria ſe deve, no los puſo en ella, pueſto que algunas veces ſe deſcuida deſte ſu proſupueſto, y eſcrive, que así como las dos beſtias ſe juntavan acudían á raſcarſe el uno al otro, y que deſpues de canſados y ſatisfechos cruzava Rozinante el peſcuezo ſobre el cuello del Rucio (que le ſobrava de la otra parte mas de media vara) y mirando los dos atentamente al ſuelo, ſe ſolian eſtar de aquella manera tres dias, alomenos todo el tiempo que les dexavan, ó no les compelia la hambre á buſcar ſuſtento. Digo, que dicen, que dexó el autor eſcrito, que los avia comparado en la amiſtad, á la que tuvieron Niſo, y Eurialo, y Pilades, y Oreſtes, y ſi eſto es así, ſe podia echar de ver (para univerſal admiracion) quan firme devió ſer la amiſtad deſtos dos pacificos animales, y para confuſion de los hombres

bres que tan mal ſaben guardarſe amiſtad los unos á los otros. Por eſto ſe dixo, no ay amigo para amigo, las cañas ſe buelven lanzas, y el otro que cantó, de amigo á amigo la chinche, &c. Y no le parezca á alguno que anduvo el autor algo fuera de camino en aver comparado la amiſtad deſtos animales á la de los hombres, que de las beſtias han recebido muchos advertimientos los hombres, y aprendido muchas coſas de importancia, como ſon de las cigueñas el criſtel, de los perros el vomito, y el agradecimiento, de las grullas la vigilancia, de las hormigas la providencia, de los elefantes la honeſtidad, y la lealtad del cavallo. Finalmente Sancho ſe quedó dormido al pie de un alcornoque, y Don Quixote dormitando al de una robuſta encina. Pero poco eſpacio de tiempo avia paſado, quando le deſpertó un ruido que ſintió á ſus eſpaldas, y levantandoſe con ſobreſalto, ſe puſo á mirar, y á eſcuchar de donde el ruido procedia, y vió que eran dos hombres á cavallo, y que el uno dexandoſe derribar de la ſilla, dixo al otro, apeate, amigo, y quita los frenos á los cavallos, que á mi parecer eſte ſitio abunda de yerva para ellos, y del ſilencio y ſoledad que han meneſter mis amoroſos penſamientos: el decir eſto, y el tenderſe en el ſuelo, todo fue á un miſmo tiempo, y al arrojarſe hicieron ruido las armas de que venia armado, manifieſta ſeñal, por donde conoció Don Quixote, que devia de ſer Cavallero Andante; y llegandoſe á Sancho que dormía, le travó del brazo, y con no pequeño trabajo le bolvió en ſu acuerdo, y con voz baxa le dixo: Hermano Sancho, aventura tenemos: Dios nos la dé buena, reſpondió Sancho, y adonde eſtá, Señor mio, ſu merced de eſa ſeñora aventura? Adondé Sancho? replicó Don Quixote; buelve los ojos, y mira, y verás alli tendido un Andante Cavallero, que á lo que á mí ſe me traſluce, no deve de eſtar demaſiadamente alegre, porque le vi arrojar del cavallo, y tenderſe en el ſuelo con algunas mueſtras de deſpecho, y al caer

le cruxieron las armas. Pues en que halla vueſa merced, dixo Sancho, que eſta ſea aventura? No quiero yo decir, reſpondió Don Quixote, que eſta ſea aventura del todo, ſino principio della, que por aquí ſe comienzan las aventuras. Pero eſcucha, que á lo que parece, templando eſtá un laud, ó viguela, y ſegun eſcupe, y ſe deſembaraza el pecho, deve de prepararſe para cantar algo. A buena fé que es aſí, reſpondió Sancho, y que deve de ſer Cavallero enamorado. No ay ninguno de los Andantes que no lo ſea, dixo Don Quixote, y eſcuchemoſle, que por el hilo ſacaremos el ovillo de ſus penſamientos, ſi es que canta, que de la abundancia del corazon habla la lengua. Replicar queria Sancho á ſu Amo: pero la voz del Cavallero del boſque, que no era muy mala, ñi muy buena, lo eſtorvó, y eſtando los dos atonitos, oyeron que lo que cantó fue eſte.

SONETO.

Dadme, Señora, un termino que ſiga
Conforme á vueſtra voluntad cortado,
Que ſerá de la mia aſí eſtimado,
Que por jamas un punto del deſdiga.
Si guſtais, que callando mi fatiga
Muera, contadme ya por acabado,
Si quereys que os la cuente en deſuſado
Modo, haré, que el meſmo amor la diga.
A prueva de contrarios eſtoy hecho,
De blanda cera, y de diamante duro,
Y á las leyes de amor el alma ajuſto.
Blando qual es, ó fuerte, ofrezco el pecho
Entallado, imprimid lo que os dé guſto,
Que de guardarlo eternamente juro.

Con

Con un ay arrancado, al parecer, de lo intimo de ſu corazon, dió fin á ſu canto el Cavallero del boſque, y de alli á un poco con voz doliente y laſtimada dixo: O la mas hermoſa, y la mas ingrata muger del orbe, como que ſera poſible, Sereniſima Caſildea de Vandalia, que has de conſentir, que ſe conſuma, y acabe en continuas peregrinaciones, y en aſperos y duros trabajos eſte tu cautivo Cavallero? No baſta ya que he hecho, que te confieſen por la mas hermoſa del mundo todos los Cavalleros de Navarra, todos los Leoneſes, todos los Tarteſios, todos los Caſtellanos, y finalmente todos los Cavalleros de la Mancha? Eſo no, dixo á eſta ſazon Don Quixote, que yo ſoy de la Mancha, y nunca tal he confeſado, ni podia ni devia confeſar una coſa tan prejudicial á la belleza de mi Señora, y eſte tal Cavallero ya vees tú, Sancho, que deſvaria: pero eſcuchemos, quiza ſe declarará mas. Si hará, replicó Sancho, que termino lleva de quexarſe un mes á reo. Pero no fue aſí, porque aviendo entreoido el Cavallero del boſque que hablavan cerca dél, ſin paſar adelante en ſu lamentacion, ſe puſo en pie, y dixo con voz ſonora y comedida: Quien va allá? que gente? es por ventura de la del numero de los contentos, ó la del de los afligidos? De los afligidos, reſpondió Don Quixote. Pues llegueſe á mí, reſpondió él del boſque, y hará cuenta, que ſe llega á la miſma trifteza, y á la aflicion miſma. Don Quixote que ſe vió reſponder tan tierna y comedidamente, ſe llegó á él, y Sancho ni mas ni menos. El Cavallero lamentador aſió á Don Quixote del brazo, diciendo: Sentaos aquí, Señor Cavallero, que para entender que lo ſoys, y de los que profeſan la Andante Cavalleria, baſtame el averos hallado en eſte lugar, donde la ſoledad y el ſereno os hacen compañia, naturales lechos, y propias eſtancias de los Cavalleros Andantes. A lo que reſpondió Don Quixote, Cavallero ſoy, y de la profeſion que decis, y aunque en mi alma tienen ſu propio aſiento

ento las triſtezas, las deſgracias, y las deſventuras, no por eſo ſe ha ahuyentado della la compaſion que tengo de las agenas deſdichas: de lo que contaſte poco ha, colegí, que las vueſtras ſon enamoradas, quiero decir del amor que teneis á aquella hermoſa ingrata que en vueſtras lamentaciones nombraſtes. Ya quando eſto paſavan, eſtavan ſentados juntos ſobre la dura tierra en buena paz y compañia, como ſi al romper del dia no ſe huvieran de romper las cabezas. Por ventura, ſeñor Cavallero, preguntó él del boſque á Don Quixote: Soys enamorado? Por deſventura lo ſoy, reſpondió Don Quixote, aunque los daños que nacen de los bien colocados penſamientos, antes ſe deven tener por gracias, que por deſdichas. Así es la verdad, replicó él del boſque, ſino nos turbaſen la razon, y el entendimiento los deſdenes, que ſiendo muchos, parecen venganzas. Nunca fuy deſdeñado de mi Señora, réſpondió Don Quixote. No por cierto, dixo Sancho (que alli junto eſtava) porque es mi ſeñora como una borrega manſa, es mas blanda que una manteca. Es vueſtro eſcudero eſte, preguntó el del boſque? Si es, reſpondió Don Quixote. Nunca he viſto yo eſcudero, replicó él del boſque, que ſe atreva á hablar donde habla ſu ſeñor, alomenos ay eſtá eſe mio, que es tan grande como ſu padre, y no ſe provará que aya deſplegado el labio donde yo hablo. Pues á fe, dixo Sancho, que he hablado yo, y puedo hablar delante de otro tan, y aun, quedeſe aquí que es peor meneallo. El eſcudero del boſque aſió por el brazo á Sancho, diciendole: Vamonos los dos donde podamos hablár eſcuderilmente todo quanto quiſieremos, y dexemos á eſtos ſeñores amos nueſtros, que ſe den de las haſtas, contandoſe las hiſtorias de ſus amores, que á buen ſeguro que les ha de coger el dia en ellas, y no las han de aver acabado. Sea en buena hora, dixo Sancho, y yo le dire á vueſtra merced quien ſoy, para que vea, ſi puedo entrar en docena con los mas hablantes eſcuderos.

cuderos. Con eſto ſe apartaron los dos eſcuderos, entre los quales paſó un tan gracioſo coloquio, como fue grave el que paſó entre ſus ſeñores.

Cap. XIII. Donde ſe proſigue la aventura del Cavallero del boſque con el diſcreto, nuevo, y ſuave coloquio que paſó entre los dos Eſcuderos.

DIvididos eſtavan Cavalleros y eſcuderos, eſtos contandoſe ſus vidas, y aquellos ſus amores: pero la Hiſtoria cuenta primero el razonamiento de los mozos, y luego proſigue el de los amos, y así dice, que apartandoſe un poco dellos él del boſque dixo á Sancho: Trabajoſa vida es la que paſamos y vivimos, ſeñor mio, eſtos que ſomos eſcuderos de Cavalleros Andantes, en verdad que comemos el pan en el ſudor de nueſtos roſtros, que es una de las maldiciones que echó Dios á nueſtros primeros padres. Tambien ſe puede decir, añadió Sancho, que le comemos en el yelo de nueſtros cuerpos, porque quien mas calor, y mas frio que los miſerables eſcuderos de la Andante Cavalleria, y aun menos mal ſi comieramos, pues los duelos con pan ſon menos: pero tal vez ay, que ſe nos paſa un dia, y dos, ſin deſayunarnos, ſino es del viento que ſopla. Todo eſo ſe puede llevar, y conllevar, dixo él del boſque, con la eſperanza que tenemos del prémio, porque ſi demaſiadamente no es deſgraciado el Cavallero Andante, á quien un eſcudero ſirve, por lo menos á pocos lances ſe verá premiado con un hermoſo govierno de qual que inſula, ó con un Condado de buen parecer. Yo, replicó Sancho, ya he dicho á mi Amo, que me contento con el govierno de alguna inſula, y él es tan noble, y tan

liberal, que me le ha prometido muchas, y diverſas veces. Yo, dixo él del boſque, con un Canonicato quedaré ſatisfecho de mis ſervicios, y ya me le tiene mandado mi amo. Y que tal deve de ſer, dixo Sancho, ſu amo de vueſa merced Cavallero á lo Eccleſiaſtico, y podra hacer eſas mercedes á ſus buenos eſcuderos: pero el mio es meramente lego, aunque yo me acuerdo quando le querían aconſejar perſonas diſcretas, aunque á mi parecer mal intencionadas, que procuraſe ſer Arzobiſpo: pero él no quiſo ſino ſer Emperador, y yo eſtava entonces temblando, ſi le venia en voluntad de ſer de la Igleſia, por no hallarme ſuficiente de tener beneficios por ella, porque le hago ſaber á vueſa merced, que aunque parezco hombre, ſoy una beſtia para ſer de la Igleſia. Pues en verdad que lo yerra vueſa merced, dixo él del boſque, á cauſa que los goviernos inſulanos no ſon todos de buena data, algunos ay torcidos, algunos pobres, algunos melancolicos, y finalmente el mas erguido y bien diſpueſto trae conſigo una peſada carga de penſamientos y de incomodidades, que pone ſobre ſus ombros el deſdichado que le cupo en ſuerte. Harto mejor ſería, que los que profeſamos eſta maldita ſervidumbre, nos retiraſemos á nueſtras caſas, y alli nos entretuvieſemos en exercicios mas ſuaves, como ſi dixeſemos, cazando, ó peſcando, que que eſcudero ay tan pobre en el mundo, á quien le falte un rozin, y un par de galgos, y una caña de peſcar, con que entretenerſe en ſu aldea? A mi no me falta nada deſo, reſpondió Sancho, verdad es que no tengo rozin: pero tengo un aſno, que vale dos veces mas que el cavallo de mi Amo. Mala Paſcua me dé Dios, y ſea la primera que viniere, ſi le trocara por él, aunque me dieſen quatro fanegas de cebada encima: á burla tendra vueſa merced el valor de mi Rucio, que rucio es el color de mi jumento. Pues galgos no me avian de faltar, aviendolos ſobrados en mi pueblo, y mas que entonces es la caza mas guſtoſa,

quando

quando ſe hace á coſta agena. Real y verdaderamente, reſpondió él del boſque, ſeñor eſcudero, que tengo propueſto y determinado de dexar eſtas borracherias deſtos Cavalleros, y retirarme á mi aldea, y criar mis hijitos, que tengo tres, como tres Orientales perlas. Dos tengo yo, dixo Sancho, que ſe pueden preſentar al Papa en perſona, eſpecialmente una muchacha, á quien crio para Condeſa, ſi Dios fuere ſervido, aunque á peſar de ſu madre. Y que edad tiene eſa ſeñora, que ſe cria para Condeſa? preguntó él del boſque. Quince años dos mas á menos, reſpondió Sancho: pero es tan grande como una lanza, y tan freſca como una mañana de Abril, y tiene una fuerza de un ganapan. Partes ſon eſas reſpondió él del boſque, no ſolo para ſer Condeſa, ſino para ſer ninfa del verde boſque. O hideputa puta, y que rejo deve de tener la vellaca! A lo que reſpondió Sancho (algo mohino) ni ella es puta, ni lo fue ſu madre, ni lo ſera ninguna de las dos, Dios queriendo, mientras yo viviere. Y hableſe mas comedidamente, que para averſe criado vueſa merced entre Cavalleros Andantes, que ſon la miſma corteſia, no me parecen muy concertadas eſas palabras. O que mal ſe le entiende á vueſa merced, replicó él del boſque, de achaque de alabanzas, ſeñor eſcudero! Como, y no ſabe que quando algun Cavallero da una buena lanzada al toro en la plaza, ó quando alguna perſona hace alguna coſa bien hecha, ſuele decir el vulgo, ó hideputa puto, y que bien que lo ha hecho? y aquello que parece vituperio en aquel termino, es alabanza notable, y renegad vos, ſeñor, de los hijos, ó hijas, que no hacen obras, que merezcan ſe les den á ſus padres loores ſemejantes. Si reniego, reſpondió Sancho, y deſe modo, y por eſa miſma razon podia echar vueſtra merced á mí, y á mis hijos, y á mi muger toda una puteria encima, porque todo quanto hacen y dicen ſon eſtremos dignos de ſemejantes alabanzas, y para bolverlos á ver, ruego yo á Dios me ſaque de pecado mortal,

que lo meſmo ſera, ſi me ſaca deſte peligroſo oficio de eſcudero, en el qual he incurrido ſegunda vez, cebado y engañado de una bolſa con cien ducados, que me hallé un dia en el corazon de Sierra Morena, y el diablo me pone ante los ojos, aquí, allí, acá no, ſino acullá, un talego lleno de doblones, que me parece, que á cada paſo le toco con la mano, y me abrazo con el, y lo llevo á mi caſa, y echo cenſos, y fundo rentas, y vivo como un Principe, y el rato que en eſto pienſo ſe me hacen faciles, y llevaderos quantos trabajos padezco con eſte mentecato de mi Amo, de quien ſé, que tiene mas de loco qne de Cavallero. Por eſo, reſpondió él del boſque, dicen, que la codicia rompe el ſaco, y ſi va á tratar dellos, no ay otro mayor en el mundo que mi amo, porque es de aquellos que dicen, cuidados agenos matan al aſno, pues porque cobre otro Cavallero el juicio, que ha perdido, ſe hace el loco, y anda buſcando lo que no ſé ſi deſpues de hallado le ha de ſalir á los hozicos. Y es enamorado por dicha? Si, dixo él del boſque, de una tal Caſildea de Vandalia, la mas cruda, y la mas aſada ſeñora que en todo el orbe puede hallarſe: pero no coxea del pie de la crudeza, que otros mayores embuſtes le gruñen en las entrañas, y él lo dira antes de muchas horas. No ay camino tan llano, replicó Sancho, que no tenga algun tropezon, ó barranco, en otras caſas cuecen habas, y en la mia á calderadas; mas acompañados, y paniaguados deve de tener la locura que la diſcrecion. Mas ſi es verdad lo que comunmente ſe dice, que el tener compañeros en los trabajos, ſuele ſirvir de alivio en ellos, con vueſtra merced podre conſolarme, pues ſirve á otro amo tan tonto como el mio. Tonto, pero valiente, reſpondió él del boſque, y mas vellaco que tonto, y que valiente. Eſo no es el mio, reſpondió Sancho, digo que no tiene nada de vellaco, antes tiene una alma como un cantaro, no ſabe hacer mal á nadie, ſino bien á todos, ni tiene malicia alguna, un

niño

miño le hará entender, que es de noche en la mitad del dia, y por esta sencillez le quiero como á las telas de mi corazon, y no me amaño á dexarle por mas disparates que haga. Con todo eso, hermano y señor, dixo él del bosque, si el ciego guia al ciego, ambos van á peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos con buen compas de pies, y bolvernos á nuestras querencias, que los que buscan aventuras, no siempre las hallan buenas.

Escupia Sancho á menudo, al parecer, un cierto genero de saliva pegajosa, y algo seca, lo qual visto, y notado por el caritativo bosqueril escudero, dixo: Pareceme, que de lo que hemos hablado se nos pegan al paladár las lenguas: pero yo traigo un despegador pendiente del arzon de mi cavallo, que es tal como bueno, y levantandose, bolvió desde alli á un poco con una gran bota de vino, y una empanada de media vara, y no es encarecimiento, porque era de un conejo albar tan grande, que Sancho al tocarla entendió ser de algun cabron, no que de cabrito, lo qual visto por Sancho, dixo. Y esto trae vuestra merced consigo, señor? Pues que se pensava? respondió el otro: soy yo por ventura algun escudero de agua y lana? Mejor repuesto traigo yo en las ancas de mi cavallo que lleva consigo quando va de camino un General. Comió Sancho, sin hacerse de rogar, y tragava á escuras bocados de nudos de suelta, y dixo: Vuestra merced si que es escudero fiel, y legal, moliente, y corriente, magnifico, y grande, como lo muestra este banquete, que sino ha venido aquí por arte de encantamento, parecelo alomenos, y no como yo mezquino, y malaventurado, que solo traigo en mis alforjas un poco de queso, tan duro, que pueden descalabrar con ello á un gigante, á quien hacen compañia quatro docenas de algarrobas, y otras tantas de avellanas, y nueces, mercedes á la estrecheza de mi dueño, y á la opinion que tiene, y orden que guarda, de que los Cavalleros Andantes no se han de mantener, y sustentar

ſuſtentar ſino con frutas ſecas, y con las yervas del campo. Por mi ſe, hermano, replicó él del boſque, que yo no tengo hecho el eſtomago á tagarninas, ni á piruetanos, ni á raices de los montes, allá ſe lo ayan con ſus opiniones y leyes cavallereſcas nueſtros amos, y coman lo que ellos mandaren, fiambreras traigo, y eſta bota colgando del arzon de la ſilla, por ſi, ó por no, y es tan devota mia, y quiero la tanto, que pocos ratos ſe paſan, ſin que la dé mil beſos, y mil abrazos, y diciendo eſto ſe la puſo en las manos á Sancho, el qual empinandola pueſta á la boca, eſtuvo mirando las eſtrellas un quarto de hora, y en acabando de bever dexó caer la cabeza á un lado, y dando un gran ſuſpiro, dixo: O hideputa, vellaco, y como es Catolico! Veis ay, dixo él del boſque, en oyendo el hideputa de Sancho, como aveis alabado eſte vino, llamandole hideputa? Digo, reſpondió Sancho, que confieſo, que conozco que no es deſhonra llamar hijo de puta á nadie, quando cae debaxo del entendimiento de alabarle. Pero digame, ſeñor, por el ſiglo de lo que mas quiere, eſte vino es de Ciudad Real. Bravo moxon, reſpondió él del boſque, en verdad que no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad. A mí con eſo, dixo Sancho, no tomeis menos, ſino que ſe me fuera á mí por alto dar alcance á ſu conocimiento. No ſerá bueno, ſeñor eſcudero, que tenga yo un inſtinto tan grande, y tan natural en eſto de conocer vinos, que en dandome á oler qualquiera, acierto la patria, el linage, el ſabor, y la dura, y las bueltas que ha de dar, con todas las circunſtancias al vino atañederas. Pero no ay de que maravillarſe, ſi tuve en mi linage por parte de mi padre los dos mas excelentes moxones que en luengos años conoció la Mancha, para prueva de lo qual les ſucedió, lo que aora dire. Dieronles á los dos á provar del vino de una cuba, pidiendoles ſu parecer del eſtado, qualidad, bondad, ó malicia del vino: el uno lo provó con la punta

de

de la lengua, el otro no hizo mas de llegarlo á las narices. El primero dixo, que aquel vino ſabia á hierro, el ſegundo dixo, que mas ſabia á cordovan, el dueño dixo, que la cuba eſtava limpia, y que el tal vino no tenía adobo alguno, por donde huvieſe tomado ſabor de hierro, ni de cordovan. Con todo eſo los dos famoſos moxones ſe afirmaron en lo que avian dicho. Anduvo el tiempo, vendióſe el vino, y al limpiar de la cuba hallaron en ella una llave pequeña, pendiente de una correa de cordovan. Porque vea vueſtra merced ſi quien viene deſta ralea podra dar ſu parecer en ſemejantes cauſas. Por eſo digo, dixo él del boſque, que nos dexemos de andar buſcando aventuras, y pues tenemos hogazas, no buſquemos tortas, y bolvamonos á nueſtras chozas, que alli nos hallará Dios, ſi él quiere. Haſta que mi Amo llegue á Zaragoza le ſervire, que deſpues todos nos entenderemos.

Finalmente tanto hablaron, y tanto bevieron los dos buenos eſcuderos, que tuvo neceſidad el ſueño de atarles las lenguas, y templarles la ſed, que quitarſela fuera impoſible, y así aſidos entrambos de la ya caſi vacia bota, con los bocados á medio maſcar en la boca, ſe quedaron dormidos, donde los dexaremos por aora, por contar lo que el Cavallero del boſque paſó con él de la triſte figura.

Cap. XIV. Donde ſe proſigue la aventura del Cavallero del boſque.

ENtre muchas razones que paſaron Don Quixote y el Cavallero de la ſelva, dice la Hiſtoria, que él del boſque dixo á Don Quixote: Finalmente, ſeñor Cavallero, quiero que ſepais, que mi deſtino, ó por mejor decir mi eleccion, me truxo á enamorar de la ſin par Caſildea de Vandalia; llamola ſin par, porque

no le tiene, así en la grandeza del cuerpo, como en el estremo del estado, y de la hermosura. Esta tal Casildea pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos, y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrina á Hercules, en muchos y diversos peligros, prometiendome al fin de cada uno, que en el fin del otro llegaría el de mi esperanza: pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé qual ha de ser el ultimo, que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó, que fuese á desafiar á aquella famosa Giganta de Sevilla, llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte, como hecha de bronce, y sin mudarse de un lugar es la mas movible, y voltaria muger del mundo. Llegué, vila, y vencila, y hicela estar queda, y á raya, porque en mas de una semana no soplaron sino vientos Nortes. Vez tambien huvo, que me mandó fuese á tomar en peso las antiguas piedras de los valientes Toros de Guisando, empresa mas para encomendarse á ganapanes, que á Cavalleros: otra vez me mandó, que me precipitase y sumiese en la Sima de Cabra, peligro inaudito y temeroso, y que le truxese particular relacion de lo que en aquella escura profundidad se encierra. Detuve el movimiento á la Giralda, pese los Toros de Guisando, despeñeme en la Sima, y saque á luz lo escondido de su abismo, y mis esperanzas muertas, que muertas! y sus mandamientos, y desdenes vivos, que vivos! En resolucion, ultimamente me ha mandado, que discurra por todas las Provincias de España, y haga confesar á todos los Andantes Cavallaros que por ellos vagaren, que ella sola es la mas aventajada en hermosura de quantas oy viven, y que yo soy el mas valiente, y el mas bien enamorado Cavallero del orbe, en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos Cavalleros, que se han atrevido á contradecirme. Pero de lo qua yo mas me precio y ufano, es de aver vencido en

singular

ſingular batalla á aquel tan famoſo Cavallero Don Quixote de la Mancha, y hechole confeſar, que es mas hermoſa mi Caſildea que ſu Dulcinea, y en ſolo eſte vencimiento hago cuenta, que he vencido todos los Cavalleros del mundo, porque el tal Don Quixote, que digo, los ha vencido á todos, y aviendole yo vencido á él, ſu gloria, ſu fama, y ſu honra ſe ha transferido y paſado á mi perſona, y tanto el vencedor es mas honrado, quanto mas el vencido es reputado, así que ya corren por mi cuenta, y ſon mias las inumerables hazañas del ya referido Don Quixote. Admirado quedó Don Quixote de oir al Cavallero del boſque, y eſtuvo mil veces por decirle que mentia, y ya tuvo el mentis en el pico de la lengua: pero reportóſe lo mejor que pudo, por hacerle confeſar por ſu propia boca ſu mentira, y así ſoſegadamente le dixo. De que vueſa merced, ſeñor Cavallero, aya vencido á los mas Cavalleros Andantes de Eſpaña, y aun de todo el mundo, no digo nada: pero de que aya vencido á Don Quixote de la Mancha, pongolo en duda, podría ſer, que fueſe otro que le pareciese, aunque ay pocos que le parezcan. Comó no? replicó él del boſque, por el cielo que nos cubre, que pelee con Don Quixote, y le vencí, y rendí, y es un hombre alto de cuerpo, ſeco de roſtro, eſtirado, y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña, y algo corba, de vigotes grandes negros, y caidos. Campea debaxo del nombre del Cavallero de la triſte figura, y trae por eſcudero á un labrador, llamado Sancho Panza; oprime el lomo, y rige el freno de un famoſo cavallo, llamado Rozinante, y finalmente tiene por ſeñora de ſu voluntad á una tal Dulcinea del Toboſo, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo, como la mia que por llamarſe Caſilda, y ſer de la Andalucia, yo la llamo Caſildea de Vandalia: ſi todas eſtas ſeñas no baſtan para acreditar mi verdad, aquí eſtá mi eſpada que la hará dar credito á la meſma incrudelidad. Soſegaos, ſeñor Ca-

vallero, dixo Don Quixote, y escuchad lo que decir os quiero. Aveis de saber, que ese Don Quixote que decis, es el mayor amigo que en esté mundo tengo, y tanto que podre decir, que le tengo en lugar de mi misma persona, y que por las señas que dél me aveis dado, tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que aveis vencido; por otra parte uco con los ojos, y toco con las manos no ser posible ser él mismo, si ya no fuese, que como él tiene muchos enemigos encantadores (especialmente uno que de ordinario le persigue) no aya alguno dellos tomado su figura, para dexarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas cavallerias le tienen grangeada y adquirida por todo lo descubierto de la tierra. Y para confirmacion desto quiero tambien que sepais, que los tales encantadores, sus contrarios, no ha mas de dos dias que transformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baxa, y desta manera avran transformado á Don Quixote, y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mismo Don Quixote que la sustentará con sus armas á pie, ó á cavallo, ó de qualquiera suerte que os agradare; y diciendo esto se levantó en pie, y se empuñó la espada, esperando, que resolucion tomaría el Cavallero del bosque, el qual con voz así mismo sosegada, respondió, y dixo: Al buen pagador no le duelen prendas, él que una vez, señor Don Quixote, pudo venceros transformado, bien podra tener esperanza de rendiros en vuestro propio ser. Mas porque no es bien que los Cavalleros hagan sus fechos de armas ascuras como los salteadores, y rufianes, esperemos el dia, para que el Sol vea nuestras obras; y ha de ser condicion de nuestra batalla, que el vencido ha de quedar á la voluntad del vencedor, para que haga dél, todo lo que quisiere, con tal que sea decente á Cavallero lo que se le ordenare. Soy mas que contento desa condicion y convenencia, respondió

pondió Don Quixote, y en diciendo eſto ſe fueron donde eſtavan ſus eſcuderos, y los hallaron roncando, y en la miſma forma que eſtavan quando les ſalteó el ſueño. Deſpertaronlos, y mandaronles que tuviſen á punto los cavallos, porque en ſaliendo el Sol avían de hacer los dos una ſangrienta, ſingular, y deſigual batalla, á cuyas nuevas quedó Sancho atonito, y paſmado, temeroſo de la ſalud de ſu Amo, por las valentias que avia oido decir del ſuyo al eſcudero del boſque: pero ſin hablar palábra ſe fueron los dos eſcuderos á buſcar ſu ganado, que ya todos tres cavallos, y el Rucio ſe avian *olido*, y eſtavan todos juntos.

En el camino dixo él del boſque á Sancho: Ha de ſaber, hermano, que tienen por coſtumbre los peleantes de la Andalucia, quando ſon padrinos de alguna pendencia no eſtarſe ocioſos mano ſobre mano, en tanto que ſus ahijados riñen, digolo, porque eſté advertido, que mientras nueſtros dueños riñeren, noſotros tambien hemos de pelear, y hacernos aſtillas. Eſa coſtumbre, ſeñor eſcudero, reſpondió Sancho, allá puede correr, y paſar, con los rufianes, y peleantes que dice; pero con los eſcuderos de los Cavalleros Andantes ni por pienſo. Alomenos yo no he oido decir á mi Amo ſemejante coſtumbre, y ſabe de memoria todas las ordenanzas de la Andante Cavalleria. Quanto mas que yo quiero que ſea verdad, y ordenanza expreſa el pelear los eſcuderos en tanto que ſus ſeñores pelean: pero yo no quiero cumplirla, ſino pagar la pena, que eſtuviera pueſta á los tales pacificos eſcuderos que yo aſeguro, que no paſe de dos libras de cera, y mas quiero pagar las tales libras, que ſé que me coſtarán menos, que las hilas que podre gaſtar en curarme la cabeza, que ya me la cuento por partida, y dividida en dos partes: ay mas que me impoſibilita el reñir el no tener eſpada, pues en mi vida me la puſe. Para eſo ſé yo un buen remedio, dixo el del boſque, yo traigo aquí dos talegas de lienzo, de

un miſmo tamaño, tomareys vos la una, y yo la otra, y riñiremos á talegazos con armas iguales. Deſa manera ſea en buena hora, reſpondió Sancho, porque antes ſervirá la tal pelea de deſpolvorearnos, que de herirnos. No ha de ſer así, replicó el otro, porque ſe han de echar dentro de las talegas, porque no ſe las lleve el aire, media docena de guijarros lindos, y pelados, que peſen tanto los unos como los otros y deſta manera nos podremos atalegar ſin hacernos mal ni daño. Mirad, cuerpo de mi padre, reſpondió Sancho, que martas cebollinas, ó que copos de algodon cardado pone en las talegas, para no quedar molidos los caſcos, y hechos alheña los hueſos: pero aunque ſe llenaran de capullos de ſeda, ſepa ſeñor mio, que no he de pelear, peleen nueſtros amos, y allá ſe lo ayan, y bevamos y vivamos noſotros, que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas, ſin que andemos buſcando apetites, para que ſe acaben antes de llegar ſu ſazon y termino, y que ſe cayan de maduras. Con todo, replicó él del boſque, hemos de pelear ſi quiera media hora. Eſo no, reſpondió Sancho, no ſere yo tan deſcortés, ni tan deſagradecido, que con quien he comido y he bevido trabe queſtion alguna, por minima que ſea, quanto mas que eſtando ſin colera, y ſin enojo, quien diablos ſe ha de amañar á reñir á ſecas? Para eſo, dixo él del boſque, yo daré un ſuficiente remedio, y es, que antes que comencemos la pelea, yo me llegare bonitamente á vueſtra merced y le dare tres, ó quatro bofetadas que dé con él á mis pies, con las quales le haré deſpertar la colera, aunque eſté con mas ſueño que un liron. Contra eſe corte ſé yo otro, reſpondió Sancho, que no le va en zaga, cogere yo un garrote, y antes que vueſtra merced llegue á deſpertarme la colera, haré yo dormir á garrotazos de tal ſuerte la ſuya, que no deſpierte, ſino ſuere en el otro mundo, en el qual ſe ſabe, que no ſoy yo hombre que me dexo manoſear el roſtro de nadie, y cada uno

mire

mire por el virote. Aunque lo mas acertado ſería dexar dormir ſu colera á cada uno, que no ſabe nadie el alma de nadie, y tal ſuele venir por lana, que buelve treſquilado, y Dios bendixo la paz, y maldixo las riñas, porque ſi un gato acoſado encerrado, y apretado ſe buelve en leon, yo, que ſoy hombre, Dios ſabe en lo que podré bolverme, y así deſde aora intimo á vueſtra merced, ſeñor eſcudero, que corra por ſu cuenta todo el mal y daño que de nueſtra pendencia reſultare. Eſtá bien, replicó él del boſque, amanecera Dios, y medraremos en eſto.

Ya comenzavan á gorgear en los arboles mil ſuertes de pintados paxarillos, y en ſus diverſos y alegres cantos, parecia quo davan la norabuena, y ſaludavan á la freſca Aurora, que ya por las puertas y balcones del Oriente iva deſcubriendo la hermoſura de ſu roſtro, ſacudiendo de ſus cabellos un numero infinito de liquidas perlas, en cuyo ſuave licor bañandoſe las yervas, parecia así miſmo ellas brotavan y llovían blanco y menudo aljo ofar: los ſauces deſtilavan maná ſabroſo, reyanſe las fuentes, murmuravan los arroyos, alegravanſe las ſelvas, y enriquecianſe los prados con ſu venida. Mas á penas dió lugar la claridad del dia, para ver y diferenciar las coſas, quando la primera, que ſe ofreció á los ojos de Sancho Panza, fue la nariz del eſcudero del boſque, que era tan grande, que caſi le hacía ſombra á todo el cuerpo. Cuentaſe en efecto, que era de demaſiada grandeza, corba en la mitad, y toda llena de berrugas, de color amoratado, como de Berengena, baxavale dos dedos mas abaxo de la boca; cuya grandeza, color, berrugas, y encorbamiento, así le afeavan el roſtro, que en viendole Sancho, comenzó á herir de pie, y de mano, como niño con alferecía, y propuſo en ſu corazon de dexarſe dar docientas bofetadas, antes que deſpertar la colera para reñir con aquel veſtiglo. Don Quixote miró á ſu contendor, y hallóle ya pueſta, y calada la celada, de modo que no le

puſo

pudo ver él roſtro: pero notó que era hombre membrudo, y no mu, alto de cuerpo. Sobre las armas traya una ſobreviſta, ó caſaca de una tela, al parecer, de oro finiſimo, ſembradas por ella muchas lunas pequeñas de reſplandcientes eſpejos, que le hacían en grandiſima manera galan y viſtoſo, volavanle ſobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas, y blancas, la lanza que tenía arrimada á un arbol, era grandiſima y grueſa, y de un hierro acerado de mas de un palmo, todo lo miró, y todo lo notó Don Quixote, y juzgó de lo viſto, y mirado, que el ya dicho Cavallero devia de ſer de grandes fuerzas: pero no por eſo temió como Sancho Panza, antes con gentil denuedo dixo al Cavallero de los eſpejos: Si la mucha gana de pelear, ſeñor Cavallero, no os gaſta la corteſia, por ella os pido, que alceys la viſera un poco, porque yo vea, ſi la gallardia de vueſtro roſtro reſponde á la de vueſtra diſpoſicion, ó vencido, ó vencedor que ſalgays deſta empreſa. Señor Cavallero, reſpondió él de los eſpejos, os quedará tiempo y eſpacio demaſiado para verme, y ſi aora no ſatisfago á vueſtro deſeo, es por parecerme que hago notable agravio á la hermoſa Caſildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardare en alzarme la viſera ſin haceros confeſar lo que ya ſabeys que pretendo. Pues en tanto que ſubimos á cavallo, dixo Don Quixote, bien podeys decirme, ſi ſoy yo aquel Don Quixote, que dixiſtes aver vencido. A eſo vos reſpondemos, dixo él de los eſpejos, que pareceys, como ſe parece un huevo á otro, al miſmo Cavallero, que yo vencí: pero ſegun vos decis que le perſiguen encantadores no oſare afirmar, ſi ſoys el contenido, ó no. Eſo me baſta á mí, reſpondió Don Quixote, para que crea vueſtro engaño: empero para ſacaros del de todo punto vengan nueſtros cavallos, que en menos tiempo que el que tardaredes en alzaros la viſera, ſi Dios, ſi mi ſeñora, y mi brazo me valen, veré yo vueſtro roſtro, y vos vereis que no ſoy yo el vencido

cido Don Quixote que penſais. Con eſto acortando razones ſubieron á cavallo, y Don Quixote bolvió las riendas á Rozinante para tomar lo que convenia del campo para bolver á encontrar á ſu contrario, y lo miſmo hizo él de los eſpejos: pero no ſe avia apartado Don Quixote veinte paſos quando ſe oyó llamar del de los eſpejos, y partiendo los dos el camino, él de los eſpejos le dixo: Advertid, ſeñor Cavallero, que la condicion de nueſtra batalla es, que el vencido, como otra vez he dicho ha de quedar á diſcrecion del vencedor. Ya la ſé, reſpondió Don Quixote, con tal, que lo que ſe le impuſiere, y mandare al vencido, han de ſer coſas que no ſalgan de los limites de la Cavalleria. Aſi ſe entiende, reſpondió el de los eſpejos. Ofrecieronſele en eſto a la viſta de Don Quixote las eſtrañas narices del eſcudero, y no ſe admiró menos de verlas que Sancho, tanto que le juzgó por algun monſtro, ó por hombre nuevo, y de aquellos que no ſe uſan en el mundo. Sancho que vió partir á ſu Amo para tomar carrera, no quiſo quedar ſolo con el narigudo, temiendo, que con ſolo un paſagonzalo con aquellas narices en las ſuyas ſería acabada la pendencia ſuya, quedando del golpe, ó del miedo tendido en el ſuelo, y fueſe tras ſu Amo aſido á una accion de Rozinante, y quando le pareció, que ya era tiempo que bolvieſe, le dixo: Suplico á vueſa merced, Señor mio, que antes que buelva á encontrarſe me ayude á ſubir ſobre aquel Alcornoque, de donde podré ver mas á mi ſabor, mejor que deſde el ſuelo, el gallardo encuentro que vueſa merced ha de hacer con eſte Cavallero. Antes creo, Sancho, dixo Don Quixote, que te quieres encaramar y ſubir en andamio por ver ſin peligro los toros. La verdad que diga, reſpondió Sancho, las deſaforadas narices de aquel eſcudero me tienen atonito, y lleno de eſpanto, y no me atrevo á eſtar junto á él. Ellas ſon tales, dixo Don Quixote, que á no ſer yo quien ſoy, tambien me aſombraran, y así ven, ayudarte he á ſubir donde dices.

En

En lo que ſe detuvo Don Quixote en que Sancho ſubieſe en el alcornoque, tomó él de los eſpejos del campo lo que le pareció neceſario, y creyendo, que lo miſmo avría hecho Don Quixote, ſin eſperar ſon de trompeta, ni otra ſeñal que los aviſaſe, bolvió las riendas á ſu cavallo (que no era mas ligero, ni de mejor parecer que Rozinante) y á todo ſu correr (que era un mediano trote) iva á encontrar á ſu enemigo: pero viendole ocupado en la ſubida de Sancho, detuvo las riendas, y paróſe en la mitad de la carrera, de lo que el cavallo quedó agradecidiſimo, á cauſa que ya no podia moverſe. Don Quixote que le pareció, que ya ſu enemigo venia volando, arrimó reciamente las eſpuelas á las traſhijadas hijadas de Rozinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la Hiſtoria, que eſta ſola vez ſe conoció aver corrido algo, porque todas las demas ſiempre fueron trotes declarados, y con eſta no viſta furia llegó donde él de los eſpejos eſtava hincando á ſu cavallo las eſpuelas haſta los botones, ſin que le pudieſe mover un ſolo dedo del lugar donde avia hecho eſtanco de ſu carrera. En eſta buena ſazon y coyuntura halló Don Quixote á ſu contrario embarazado con ſu cavallo, y ocupado con ſu lanza, que nunca, ó no acertó, ó no tuvo lugar de ponerla en riſtre. Don Quixote que no mirava en eſtos inconvenientes, á ſalvamano, y ſin peligro alguno encontró al de los eſpejos con tanta fuerza, que mal de ſu grado le hizo venir al ſuelo, por las ancas del cavallo, dando tal caida, que ſin mover pie ni mano dio ſeñales de que eſtava muerto.

A penas le vió caido Sancho, quando ſe deſlizó del alcornoque, y á toda prieſa vinó donde ſu Señor eſtava, el qual apeandoſe de Rozinante fue ſobre él de los eſpejos, quitandole las lazadas del yelmo, para ver ſi era muerto, y para que le dieſe el aire, ſi á caſo eſtava vivo; y vió: quien podra decir lo que vió, ſin cauſar admiracion, maravilla, y eſpanto á los que lo oyeren? Vió, dice la Hiſtoria,

Hiſtoria, el roſtro miſmo, la miſma figura, el miſmo aſpecto, la miſma fiſonomia, la miſma eſigie, la perſpectiva miſma del Bachiller Sanſon Carraſco, y así como la vió en altas voces dixo: Acude, Sancho, y mirá lo que has de ver, y no lo has de creer, aguija hijo, y advierte lo que puede la Magia, lo que pueden los hechizeros y los encantadores. Llegó Sancho, y como vió el roſtro del Bachiller Carraſco, comenzó á hacerſe mil Cruces, y a ſantiguarſe otras tantas: en todo eſto no dava mueſtras de eſtar vivo el derribado Cavallero, y Sancho dixo á Don Quixote: Soy de parecer, Señor mio, que por ſi, ó por no, vueſa merced hinque, y meta la eſpada por la boca á eſte que parece el Bachiller Sanſon Carraſco, quiza matará en él á alguno de ſus enemigos los encantadores. No dices mal, dixo Don Quixote, porque de los enemigos los menos, y ſacando la eſpada para poner en efecto el aviſo, y conſejo de Sancho, llegó el eſcudero dél de los eſpejos, ya ſin las narices, que tan feo le avian hecho, y á grandes voces, dixo: Mire vueſa merced lo que hace, Señor Don Quixote, que eſe que tiene á los pies es el Bachiller Sanſon Carraſco ſu amigo, y yo ſoy ſu eſcudero. Y viendole Sancho ſin aquella fealdad primera, le dixo: Y las narices? A lo que él reſpondió: Aqui las tengo en la faldriquera, y echando mano á la derecha ſacó unas narices de paſta, y barniz de maſcara, de la manifactura que quedan delineadas, y mirandole mas y mas Sancho, con voz admirativa y grande dixo: Santa Maria, y valme, eſte no es Tomé Cecial mi vecino, y mi compadre! Y como ſi lo ſoy, reſpondió el ya deſnarigado eſcudero, Tomé Cecial ſoy, compadre y amigo Sancho Panza, y luego os dire los arcaduces, embuſtes, y enredos, por donde ſoy aquí venido, y en tanto pedid, y ſuplicad al Señor vueſtro Amo que no toque, maltrate, hiera, ni mate al Cavallero de los eſpejos, que á ſus pies tiene, porque ſin duda alguna es el atrevido, y mal aconſejado

ſejado el Bachiller Sanſon Carraſco nueſtro compatrioto. En eſto bolvió en sí el de los eſpejos, lo qual viſto por Don Quixote, le puſo la punta deſnuda de ſu eſpada encima del roſtro, y le dixo: Muerto ſois, Cavallero, ſino confeſays, que la ſin par Dulcinea del Toboſo ſe aventaja en belleza á vueſtra Caſildea de Vandalia, y demas de eſto aveis de prometer (ſi de eſta contienda, y caida, quedaredes con vida) de ir á la Ciudad del Toboſo, y preſentaros en ſu preſencia de mi parte, para que haga de vos lo que mas en voluntad le viniere; y ſi os dexare en la vueſtra, así miſmo aveis de bolver á buſcarme: que el raſtro de mis hazañas os ſervirá de guia, que os traiga donde yo eſtuviere, y á decirme lo que con ella huvieredes paſado, condiciones, que conforme á las que puſimos antes de nueſtra batalla, no ſalen de los terminos de la Andante Cavalleria. Confieſo, dixo el caido Cavallero, que vale mas el zapato deſcoſido y ſucio de la Señora Dulcinea del Toboſo, que las barbas mal peinadas, aunque limpias, de Caſildea, y prometo de ir, y bolver de ſu preſencia á la vueſtra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedis. Tambien aveis de confeſar, y creer, añadió Don Quixote, que aquel Cavallero que venciſtes, no fue, ni pudo ſer Don Quixote de la Mancha, ſino otro que ſe le parecia, como yo confieſo, y creo que vos, aunque pareceis el Bachiller Sanſon Carraſco, no lo ſoys, ſino otro que le parece, y que en ſu figura á que me le han pueſto mis enemigos para que detenga y temple el impetu de mi colera, y para que uſe blandamente de la gloria del vencimiento. Todo lo confieſo, juzgo, y ſiento, como vos lo creeys, juzgais, y ſentis, reſpondió el derrengado Cavallero. Dexad me levantar, os ruego, ſi es que lo permite el golpe de mi caida, que aſaz mal trecho me tiene. Ayudóle á levantar Don Quixote, y Tomé Cecial ſu eſcudero, del qual no apartava los ojos Sancho, preguntandole coſas, cuyas reſpueſtas le davan manifieſ-

tas

tas ſeñales, de que verdaderamente era el Tomé Cecial, que decia, mas la aprehenſion que en Sancho avia hecho lo que ſu Amo dixo, de que los encantadores avian mudado la figura del Cavallero de los Eſpejos en la del Bachiller Carraſco, no le dexava dar credito á la verdad, que con los ojos eſtava mirando. Finalmente ſe quedaron con eſte engaño, Amo, y mozo: y él de los eſpejos, y ſu eſcudero mohinos, y mal andantes, ſe apartaron de Don Quixote, y Sancho, con intencion de buſcar algun lugar donde bizmarle, y entablarle las coſtillas. Don Quixote y Sancho bolvieron á proſeguir ſu camino de Zaragoza, donde los dexa la Hiſtoria, por dar cuenta de quien era el Cavallero de los Eſpejos, y ſu narigante Eſcudero.

Cap. XV. Donde ſe cuenta, y da noticia de quien era el Cavallero de los Eſpejos, y ſu Eſcudero.

EN eſtremo contento, ufano, y vanaglorioſo iva Don Quixote, por aver alcanzado vitoria de tan valiente Cavallero como él ſe imaginava, que era él de los Eſpejos, de cuya cavallereſca palabra eſperava ſaber, ſi el encantamento de ſu Señora paſava adelante, pues era forzoſo, que el tal vencido Cavallero bolvieſe, ſo pena de no ſerlo, á darle razon de lo que con ella le huvieſe ſucedido: pero uno penſava Don Quixote, y otro él de los eſpejos. Pueſto que por entonces no era otro ſu penſamiento, ſino buſcar donde bizmarſe, como ſe ha dicho. Dice pues la Hiſtoria, que quando el Bachiller Sanſon Carraſco aconſejó á Don Quixote que bolvieſe á proſeguir ſus dexadas Cavallerias, fue, por aver entrado primero en bureo con el Cura, y el Barbero, ſobre que medio ſe

podría tomar, para reducir á Don Quixote, á que ſe eſtuvieſe en ſu caſa quieto y ſoſegado, ſin que le alborotaſen ſus mal buſcadas aventuras, de cuyo conſejo ſalió por voto comun de todos, y parecer particular de Carraſco, que dexaſen ſalir á Don Quixote, pues el detenerle parecia impoſible, y que Sanſon le ſalieſe al camino como Cavallero andante, y travaſe batalla con él, pues no faltaría ſobre que, y le venciese, teniendolo por coſa facil, y que fueſe pacto y concierto, que el vencido quedaſe á merced del vencedor, y así vencido Don Quixote le avia de mandar él Bachiller Cavallero ſe bolvieſe á ſu pueblo y caſa, y no ſalieſe della en dos años, ó haſta tanto que por él le fueſe mandado otra coſa, lo qual era claro que Don Quixote vencido cumpliría indubitablemente, por no contravenir y faltar á las leyes de la Cavalleria, y podría ſer, que en el tiempo de ſu recluſion ſe le olvidaſen ſus vanidades, ó ſe dieſe lugar de buſcar á ſu locura algun conveniente remedio. Aceptólo Carraſco, y ofrecióſele por eſcudero Tomé Cecial compadre, y vecino de Sancho Panza, hombre alegre, y de lucios caſcos. Armóſe Sanſon, como queda referido, y Tomé Cecial acomodó ſobre ſus naturales narices las falſas, y de maſcara ya dichas, porque no fueſe conocido de ſu compadre, quando ſe vieſen: y así ſiguieron el miſmo viage que llevava Don Quixote, y llegaron caſi á hallarſe en la aventura del carro de la Muerte. Y finalmente dieron con ellos en el boſque donde les ſucedió todo lo que el prudente ha leido, y ſino fuera por los penſamientos extraordinarios de Don Quixote, que ſe dió á entender que el Bachiller no era el Bachiller, el ſeñor Bachiller quedará impoſibilitado para ſiempre de graduarſe de Licenciado, por no aver hallado nidos donde penſó hallar paxaros. Tomé Cecial que vió, quan mal avia logrado ſus deſeos, y el mal paradero que avia tenido ſu camino, dixo al Bachiller: Por cierto, Señor Sanſon Carraſco, que tenemos

mos nueſtro merecido: con facilidad ſe pienſa, y ſe acomete una empreſa, pero con dificultad las mas veces ſe ſale della: Don Quixote loco, noſotros cuerdos, él ſe va ſano y riendo, vueſa merced queda molido y triſte. Sepamos pues aora qual es mas loco él que lo es por no poder menos, ó él que lo es por ſu voluntad? A lo que reſpondió Sanſon, la diferencia que ay entre eſos dos locos es, que él que lo es por fuerza, lo ſera ſiempre, y el que lo es de grado lo dexará de ſer quando quiſiere. Pues así es, dixo Tomé Cecial, yo fuy por mi voluntad loco, quando quiſe hacerme eſcudero de vueſtra merced, y por la miſma quiero dexar de ſerlo, y bolverme á mi caſa. Eſo os cumple, reſpondió Sanſon, porque penſar que yo he de bolver á la mia, haſta aver molido á palos á Don Quixote, es penſar en lo eſcuſado, y no me llevará aora á buſcarle el deſeo de que cobre ſu juicio, ſino el de la venganza, que el dolor grande de mis coſtillas no me dexa hacer mas piadoſos diſcurſos. En eſto fueron razonando los dos, haſta que llegaron á un pueblo donde fue ventura hallar un Algebriſta con quien ſe curó el Sanſon deſgraciado: Tomé Cecial ſe bolvió, y le dexó, y él quedó imaginando ſu venganza, y la Hiſtoria buelve á hablar dél á ſu tiempo, por no dexar de regozijarſe aora con Don Quixote.

Cap. XVI. De lo que ſucedió á Don Quixote con un diſcreto Cavallero de la Mancha.

CON la alegria, contento, y ufanidad, que ſe ha dicho, ſeguia Don Quixote ſu jornada, imaginandoſe por la paſada vitoria ſer el Cavallero Andante mas valiente que tenía en aquella edad el mundo: dava por acabadas, y á felice fin conducidas, quantas aventuras pudieſe ſucederle de alli adelante: tenía en poco á los encantos y á los encantadores, no ſe acordava de los inumerables palos que en el diſcurſo de ſus Cavallerias le avian dado, ni de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni del deſagradecimiento de los Galeotes, ni del atrevimiento y lluvia de eſtacas de los Yangueſes. Finalmente decia entre sí, que ſi el hallara arte, modo, ó manera, como deſencantar á ſu Señora Dulcinea no envidiara á la mayor ventura que alcanzó, ó pudo alcanzar el mas venturoſo Cavallero Andante de los paſados ſiglos. En eſtas imaginaciones iva todo ocupado, quando Sancho le dixo: No es bueno, Señor, que aun toda via traigo entre los ojos las deſaforadas narices, y mayores de marca, de mi compadre Tomé Cecial. Y crees tu, Sancho, por ventura, que el Cavallero de los eſpejos era el Bachiller Carraſco, y ſu eſcudero Tomé Cecial tu compadre? No ſé que me diga á eſo, reſpondió Sancho, ſolo ſé, que las ſeñas que me dió de mi caſa, muger, y hijos, no me las podría dar otro que el miſmo, y la cara, quitadas las narices, era la miſma de Tomé Cecial, como yo ſe la he viſto muchas veces en mi pueblo, y pared en medio de mi miſma caſa, y el tono de la habla era todo uno. Eſtemos á razon, Sancho, replicó Don Quixote: Ven acá,

acá, en que conſideración puede caber, que el Bachiller Sanſon Carraſco vinieſe como Cavallero Andante, armado de armas ofenſivas, y defenſivas á pelear conmigo? He ſido yo ſu enemigo por ventura? He le dado yo jamas ocaſion para tenerme ojeriza? Soy yo ſu rival, ó hace él profeſion de las armas para tener invidia á la fama, que yo por ellas he ganado? Pues que diremos, Señor, reſpondió Sancho, á eſto de parecerſe tanto aquel Cavallero, ſea él que ſe fuere, al Bachiller Carraſco, y ſu eſcudero á Tomé Cecial mi compadre? y ſi ello es encantamento, como vueſtra merced ha dicho, no avia en el mundo otros dos á quien ſe parecieran? Todo es artificio y traza, reſpondió Don Quixote, de los malignos Magos, que me perſiguen, los quales anteviendo que yo avia de quedar vencedor en la contienda, ſe previnieron, de que el Cavallero vencido moſtraſe el roſtro de mi amigo el Bachiller, porque la amiſtad que le tengo ſe puſieſe entre los filos de mi eſpada, y el rigor de mi brazo, y templaſe la juſta ira de mi corazon, y deſta manera quedaſe con vida el, que con embelecos y falſias procurava quitarme la mia. Para prueva de lo qual ya ſabes, ó Sancho, por experiencia, que no te dexará mentir, ni engañar, quan facil ſea á los encantadores mudar unos roſtros en otros, haciendo de lo hermoſo feo, y de lo feo hermoſo, pues no ha dos dias que viſte por tus miſmos ojos la hermoſura y gallardia de la ſin par Dulcinea en toda ſu entereza, y natural conformidad; y yo la vi en la fealdad y baxeza de una zafia labradora con cataratas en los ojos, y con mal olor en la boca, y mas que el perverſo encantador, que ſe atrevió á hacer una transformacion tan mala, no es mucho, que aya hecho la de Sanſon Carraſco, y la de tu compadre, por quitarme la gloria del vencimiento de las manos. Pero con todo eſto me conſuelo, porque en fin en qualquiera figura que aya ſido, he quedado vencedor de mi enemigo. Dios ſabe la verdad de todo, reſpondió Sancho,

y como

y como él ſabia que la transformacion de Dulcinea avia ſido traza, y embeleco ſuyo, no le ſatisfacian las quimeras de ſu Amo: pero no le quiſo replicar, por no decir alguna palabra que deſcubrieſe ſu embuſte.

En eſtas razones eſtavan, quando los alcanzó un hombre, que detras dellos por el miſmo camino venía ſobre una muy hermoſa yegua tordilla, veſtido un gavan de paño fino verde, guarnecido de terciopelo leonado, con una montera del miſmo terciopelo, el atalaje de la yegua era de campo, y de la gineta, así miſmo de morado y verde, traya un alfange Moriſco, pendiente de un ancho tahali de verde, y oro, y los borzeguies eran de la labor del tahali, las eſpuelas no eran doradas, ſino dadas con un barniz verde, tan terſas y bruñidas, que por hacer labor con todo el veſtido parecian mejor, que ſi fuera de oro puro. Quando llegó á ellos el caminante, los ſaludó cortéſmente, y picando á la yegua ſe paſava de largo: pero Don Quixote le dixo: Señor galan, ſi es que vueſtra merced lleva el camino que noſotros, y no importa el darſe prieſa, merced recibiría en que nos fueſemos juntos. En verdad, reſpondió él de la yegua, que no me paſara tan de largo, ſino fuera por temor, que con la compañia de mi yegua no ſe alborotara eſe cavallo. Bien puede, Señor, reſpondio á eſta ſazon Sancho, bien puede tener las riendas á ſu yegua, porque nueſtro cavallo es el mas honeſto y bien mirado del mundo, jamas en ſemejantes ocaſiones ha hecho vileza alguna, y una vez que ſe deſmandó á hacerla, la laſtamos mi Señor y yo con las ſetenas. Digo otra vez, que puede vueſtra merced detenerſe ſi quiſiere, que aunque ſe la den entre dos platos, á buen ſeguro que el cavallo no la arroſtre. Detuvo la rienda el caminante, admirandoſe de la apoſtura y roſtro de Don Quixote, el qual iva ſin celada, que la llevava Sancho como maleta en el arzon delantero de la albarda del Rucio: y ſi mucho mirava él de lo verde á Don Quixote, mucho

mas

mas mirava Don Quixote al de lo verde, pareciendole hombre de chapa: la edad moſtrava ſer de cincuenta años, las canas pocas, y el roſtro aguileño, la viſta entre alegre y grave, finalmente en el trage y apoſtura dava á entender ſer hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de Don Quixore de la Mancha él de lo verde fue, que ſemejante manera, ni parecer de hombre no le avia viſto jamas, admiróle la longura de ſu cavallo, la grandeza de ſu cuerpo, la flaqueza y amarillez de ſu roſtro, ſus armas, ſu ademan y compoſtura, figura y retrato no viſto por luengos tiempos atras en aquella tierra. Notó bien Don Quixote la atencion, con que el caminante le mirava, y leyóle en la ſuſpenſion ſu deſeo, y como era tan cortés, y tan amigo de dar guſto á todos, antes que le preguntaſe nada le ſalió al camino, diciendole: Eſta figura que vueſa merced en mí ha viſto, por ſer tan nueva, y tan fuera de las que comunmente ſe uſan, no me maravillaría yo de que le huvieſe maravillado: pero dexara vueſa merced de eſtarlo, quando le diga, como le digo, que ſoy Cavallero, deſtos, que dicen las gentes, que á ſus aventuras van. Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dexé mi regalo, y entregueme en los brazos de la fortuna, que me llevaſen donde mas fueſe ſervida. Quiſe reſucitar la ya muerta Andante Cavalleria, y ha muchos dias que tropezando aqui, cayendo alli, deſpeñandome acá, y levantandome acullá, he cumplido gran parte de mi deſeo, ſocorriendo viudas, amparando doncellas, y favoreciendo caſadas, huerfanos, y pupilos, propio y natural oficio de Cavalleros Andantes, y así por mis valeroſas muchas y Chriſtianas hazañas, he merecido andar ya en eſtampa en caſi todas, ó las mas naciones del mundo: treinta mil volumenes ſe han impreſo de mi Hiſtoria, y lleva camino de imprimirſe treinta mil veces de millares, ſi el cielo no lo remedia. Finalmente por encerrarlo todo en breves palabras, ó en una ſola, digo, que yo ſoy Don Quix-

ote de la Mancha, por otro nombre llamado el Cavallero de la triſte figura; y pueſto que las propias alabanzas envilecen, es me forzoſo decir yo tal vez las mias, y eſto ſe entiende, quando no ſe halla preſente, quien las diga: así que, ſeñor gentilhombre, ni eſte cavallo, eſta lanza, ni eſte eſcudo, ni eſcudero, ni todas juntas eſtas armas, ni la amarillez de mi roſtro, ni mi atenuada flaqueza os podrá admirar de aquí adelante, aviendo ya ſabido quien ſoy, y la profeſion que hago. Calló en diciendo eſto Don Quixote, y él de lo verde, ſegun ſe tardava en reſponderle, parecia, que no acertava á hacerlo: pero de alli á buen eſpacio le dixo: Acertaſtes, ſeñor Cavallero, á conocer por mi ſuſpenſion mi deſeo: pero no aveis acertado á quitarme la maravilla que en mí cauſa el averos viſto, que pueſto, que como vos, ſeñor, decis, que el ſaber ya quien ſoys, me lo podría quitar, no ha ſido así, antes agora que lo ſé, quedo mas ſuſpenſo, y maravillado. Como, y es poſible, que ay oy Cavalleros Andantes en el mundo? y que ay hiſtorias impreſas de verdaderas Cavallerias? No me puedo perſuadir, que aya oy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre caſadas, ni ſocorra huerfanos, y no lo creyera ſi en vueſa merced no lo huviera viſto con mis ojos. Bendito ſea el cielo, que con eſa hiſtoria que vueſa merced dice, que eſtá impreſa de ſus altas y verdaderas Cavallerias ſe avran pueſto en olvido las inumerables de los fingidos Cavalleros Andantes, de que eſtava lleno el mundo, tan en daño de las buenas coſtumbres, y tan en perjuicio y deſcredito de las buenas hiſtorias. Ay mucho que decir, reſpondió Don Quixote, en razon de ſi ſon fingidas, ó no las hiſtorias de los Andantes Cavalleros. Pues ay quien dude, reſpondió el verde, que no ſon falſas las tales hiſtorias? Yo lo dudo, reſpondió Don Quixote, y quedeſe eſto aquí, que ſi nueſtra jornada dura, eſpero en Dios, de dar á entender á vueſa merced, que ha hecho mal

mal en irſe con la corriente de los que tienen por cierto, que no ſon verdaderas. Deſta ultima razon de Don Quixote, tomó barruntos el caminante, de que Don Quixote devia de ſer algun mentecato, y aguardava que con otras lo confirmaſe: pero antes que ſe divertieſen en otros razonamientos, Don Quixote le rogó, le dixeſe, quien era, pues él le avia dado parte de ſu condicion, y de ſu vida; á lo que reſpondió él del verde gavan: Yo, ſeñor Cavallero de la triſte figura, ſoy un Hidalgo, natural de un lugar donde iremos á comer oy, ſi Dios fuere ſervido: ſoy mas que medianamente rico, y es mi nombre Don Diego de Miranda, paſo la vida con mi muger, y con mis hijos, y con mis amigos: mis exercicios ſon el de la caza, y peſca: pero no mantengo ni halcon, ni galgos, ſino algun perdigon manſo, ó algun huron atrevido, tengo haſta ſeys docenas de libros, quales de Romance, y quales de Latin, de hiſtoria algunos, y de devocion otros: los de Cavallerias aun no han entrado por los umbrales de mis puertas, hojeo mas los que ſon profanos que los devotos, como ſean de honeſto entretenimiento, que deleiten con el lenguage, y admiren, y ſuſpendan con la invencion, pueſto que deſtos ay muy pocos en Eſpaña. Alguna vez como con mis vecinos, y amigos, y muchas veces los combido: ſon mis combites limpios, y aſeados, y no nada eſcaſos: ni guſto de murmurar, ni conſiento, que delante de mí ſe murmure: no eſcudriño las vidas agenas, ni ſoy lince de los hechos de los otros, oigo Miſa cada dia, reparto de mis bienes con los pobres, ſin hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi corazon á la hipocreſia, y vanagloria, enemigos que blandamente ſe apoderan del corazon mas recatado: procuro poner en paz los que ſé, que eſtan deſavenidos. Soy devoto de nueſtra Señora, y confio ſiempre en la miſericordia infinita de Dios nueſtro Señor. Atentiſimo eſtuvo Sancho á la relacion de la vida, y entretenimi-

entos del Hidalgo, y pareciendole buena y ſanta, y que quien la hacía, devia de hacer milagros, ſe arrojó del Rucio, y con gran prieſa le fue á aſiir del eſtrivo derecho, y con devoto corazon, y caſi lagrimas le beſó los pies una y muchas veces. Viſto lo qual por el Hidalgo, le preguntó, que haceis, hermano? que beſos ſon eſtos? Dexenme beſar, reſpondió Sancho, porque me parece vueſa merced el primer ſanto á la gineta que he viſto en todos los dias de mi vida. No ſoy ſanto, reſpondió el Hidalgo, ſino gran pecador, vos ſi, hermano, que deveys de ſer bueno, como vueſtra ſimplicidad lo mueſtra. Bolvió Sancho á cobrar la albarda, aviendo ſacado á plaza la riſa de la profunda melancolia de ſu Amo, y cauſado nueva admiracion á Don Diego. Preguntóle Don Quixote, que quantos hijos tenía, y dixole, que una de las coſas en que ponian el ſumo bien los antiguos Filoſofos, que carecieron del verdadero conocimiento de Dios, fue en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos y buenos hijos. Yo, ſeñor Don Quixote, reſpondió el Hidalgo tengo un hijo que á no tenerle, quiza me juzgara por mas dichoſo de lo que ſoy, y no porque él ſea malo, ſino porque no es tan bueno como yo quiſiera, ſerá de edad de diez y ocho años, los ſeys ha eſtado en Salamanca, aprendiendo las lenguas Latina, y Griega, y quando quiſe que paſaſe á eſtudiar otras ciencias, hallele tan embevido en la de la poeſia (ſi es, que ſe puede llamar ciencia) que no es poſible hacerle arroſtrar la de las leyes (que yo quiſiera que eſtudiara) ni de la Reina de todas la Theologia: quiſiera yo, que fuera corona de ſu linage, pues vivimos en ſiglo, donde nueſtros Reyes premian altamente las virtuoſas y buenas letras: porque letras ſin virtud ſon perlas en el muladar; todo el dia ſe le paſa en averiguar, ſi dixo bien, ó mal Homero en tal verſo de la Iliada, ſi Marcial anduvo deſhoneſto, ó no, en tal Epigrama, ſi

ſe

ſe han de entender de una manera, ó otra, tales, y tales verſos de Virgilio. En fin todas ſus converſaciones ſon con los libros de los referidos Poetas, y con los de Horacio, Perſio, Juvenal, y Tibulo, que de los modernos Romanciſtas no hace mucha cuenta, y con todo el mal cariño que mueſtra tener á la poeſia de Romance, le tiene agora deſvanecidos los penſamientos, el hacer una gloſa á quatro verſos, que le han embiado de Salamanca, y pienſo, que ſon de juſta literaria. A todo lo qual reſpondió Don Qnixote: Los hijos ſeñor ſon pedazos de las entrañas de ſus padres, y así ſe han de querer, ó buenos, ó malos, que ſean, como ſe quieren las almas que nos dan vida: á los padres toca el encaminarlos deſde pequeños por los paſos de la virtud, de la buena crianza, y de las buenas y Chriſtianas coſtumbres, para que quando grandes ſean baculo de la vejez de ſus padres, y gloria de ſu poſteridad, y en lo de forzarles que eſtudien eſta, ó aquella ciencia no lo tengo por acertado, aunque el perſuadirles no ſera dañoſo, y quando no ſea de eſtudiar para pane lucrando, ſiendo tan venturoſo el eſtudiante, que le dió el cielo padres que ſe lo dexen, ſería yo de parecer, que le dexen ſeguir aquella ciencia, á que mas le vieren inclinado, y aunque la de la poeſia es menos util que deleitable, no es de aquellas que ſuelen deshonrar á quien las poſee. La poeſia, Señor Hidalgo, á mi parecer, es como una doncella tierna, y de poca edad, y en todo eſtremo hermoſa; á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir, y adornar otras muchas doncellas, que ſon todas las otras ciencias, y ella ſe ha de ſervir de todas, y todas ſe han de autorizar con ella: pero eſta tal doncella no quiere ſer manoſeada, ni traida por las calles, ni publicada por las eſquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la ſabe tratar la bolverá en oro puriſimo de ineſtimable precio, ha la de tener él que la tuviere á raya, no

dexandola

dexandola correr en torpes ſatiras, ni en deſalmados ſonetos: no ha de ſer vendible en ninguna manera, ſi ya no fuere en poemas heroicas, en lamentables tragedias, ó en comedias alegres y artificioſas: no ſe ha de dexar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo incapaz de conocer, ni eſtimar los teſoros que en ella ſe encierran: y no penſeys, ſeñor, que yo llamo aquí vulgo ſolamante á la gente plebeya, y humilde, que todo aquel que no ſabe, aunque ſea Señor y Principe, puede, y deve entrar en numero de vulgo, y así él que con los requiſitos que he dicho tratare, y tuviere á la poeſia, ſera famoſo y eſtimado ſu nombre en todas las naciones politicas del mundo. Y á lo que decis, Señor, que vueſtro hijo no eſtima mucho la poeſia de Romance, doyme á entender, que no anda muy acertado en ello, y la razon es eſta. El grande Homero no eſcrivió en Latin, porque era Griego, ni Virgilio no eſcrivió en Griego, porque era Latino. En reſolucion todos los Poetas antiguos eſcrivieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron á buſcar las eſtrangeras para declarar la alteza de ſus conceptos. Y ſiendo eſto así, razon ſería, ſe eſtendieſe eſta coſtumbre por todas las naciones, y que no ſe deſeſtimaſe el Poeta Aleman, porque eſcrive en ſu lengua, ni el Caſtellano, ni aun el Vizcayno que eſcrive en la ſuya. Pero vueſtro hijo (á lo que yo, Señor, imagino) no deve de eſtar mal con la poeſia de Romance, ſino con los Poetas que ſon meros Romanciſtas, ſin ſaber otras lenguas, ni otras ciencias, que adornen, y deſpierten, y ayuden á ſu natural impulſo, y aun en eſto puede aver yerro. Porque ſegun es opinion verdadera, el Poeta nace, quieren decir, que del vientre de ſu madre el Poeta natural ſale Poeta, y con aquella inclinacion que le dió el cielo, ſin mas eſtudio, ni artificio compone coſas, que hace verdadero al que dixo, *Eſt Deus in nobis, &c.* Tambien digo, que el natural Poeta que ſe ayudare del arte, ſerá mucho mejor, y ſe aventajará al

Poeta,

Poeta, que ſolo por ſaber el arte quiſiere ſerlo: la razon es, porque el arte no ſe aventaja á la naturaleza, ſino perficionala, así que mezcladas la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza, ſacarán un perfetiſimo Poeta. Sea pues la concluſion de mi platica, Señor Hidalgo, que vueſa merced dexe caminar á ſu hijo por donde ſu eſtrella le llama, que ſiendo él tan buen eſtudiante, como deve de ſer, y aviendo ya ſubido felicemente el primer eſcalon de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas por ſi miſmo ſubirá á la cumbre de las letras humanas, las quales tan bien parecen en un Cavallero de capa y eſpada, y así le adornan, honran, y engrandecen, como las mitras á los Obiſpos, ó como las garnachas á los peritos Juriſconcultos. Riña vueſa merced á ſu hijo, ſi hiciere ſatiras, que perjudiquen las honras agenas, y caſtiguele, y rompaſelas: pero ſi hiciere ſermones al modo de Horacio, donde reprehenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alabele, porque licito es al Poeta eſcrivir contra la invidia, y decir en ſus verſos mal de los invidioſos, y así de los otros vicios, con que no ſeñale perſona alguna: pero ay Poetas que á trueco de decir una malicia, ſe pondran á peligro que los deſtierren á las Iſlas de Ponto. Si el Poeta fuere caſto en ſus coſtumbres, lo ſerá tambien en ſus verſos; la pluma es lengua del alma: quales fueren los conceptos que en ella ſe engendraren, tales ſerán ſus eſcritos; y quando los Reyes y Principes veen la milagroſa ciencia de la poeſia en ſujetos prudentes, virtuoſos, y graves, los honran, los eſtiman, y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del arbol, á quien no ofende el rayo, como en ſeñal, que no han de ſer ofendidos de nadie los, que con tales coronas veen honrados, y adornadas ſus ſienes. Admirado quedó él del Verde Gavan del razonamiento de Don Quixote, y tanto, que fue perdiendo de la opinion que con él tenía de ſer mentecato. Pero á la mitad

deſta

deſta platica Sancho, por no ſer muy de ſu guſto, ſe avia deſviado del camino, á pedir un poco de leche á unos paſtores que alli junto eſtavan, ordeñando unas ovejas, y en eſto ya bolvia á renovar la platica el Hidalgo, ſatisfecho en eſtremo de la diſorecion y buen diſcurſo de Don Quixote, quando alzando Don Quixote la cabeza, vío que por el camino por donde ellos ivan venia un carro lleno de vanderas Reales, y creyendo que devia de ſer alguna nueva aventura, á grandes voces llamó á Sancho que vinieſe á darle la celada. El qual Sancho oyendoſe llamar, dexo á los paſtores, y á toda prieſa picó al Rucio, y llegó donde ſu Amo eſtava, á quien ſucedió una eſpantoſa y deſatinada aventura.

Cap. XVII. De donde ſe declaró el ultimo punto y eſtremo adonde llegó, y pudo llegar el inaudito animo de Don Quixote con la felicemente acabada Aventura de los Leones.

CUenta la hiſtoria, que quando Don Quixote dava voces á Sancho, que le truxeſe el yelmo, eſtava él comprando unos requeſones que los paſtores le vendian, y acoſado de la mucha prieſa de ſu Amo, no ſupo que hacer dellos, ni en que traerlos, y por no perderlos, que ya los tenía pagados, acordó de echarlos en la celada de ſu Señor, y con eſte buen recado bolvió á ver lo que le queria, el qual en llegando le dixo: Dame, amigo, eſa celada, que yo ſé poco de aventuras, ó lo que alli deſcubro es alguna, que me ha de neceſitar, y me neceſita á tomar mis armas; él del Verde Gavan, que eſto oyó, tendió la viſta por todas partes, y no deſcubrió otra coſa que un carro que háčia ellos venia con dos ó tres vanderas pequeñas, que le dieron á entender, que el tal carro devia de

de traer moneda de ſu Mageſtad, y así ſe lo dixo á Don Quixote: pero él no le dió credito, ſiempre creyendo, y penſando, que todo lo que le ſucedieſe avian de ſer aventuras, y mas aventuras, y así reſpondió al Hidalgo: Hombre apercebido medio combatido; no ſe pierde nada en que yo me aperciba, que ſé por experiencia, que tengo enemigos viſibles é inviſibles, y no ſé quando, ni adonde, ni en que tiempo, ni en que figuras me han de acometer, y bolviendoſe á Sancho, le pidió la celada, el qual como no tuvo lugar de ſacar los requeſones, le fue forzoſo darſela como eſtava. Tomóla Don Quixote, y ſin que echaſe de ver lo que dentro venia, con toda prieſa ſe la encaxó en la cabeza, y como los requeſones ſe apretaron y exprimieron, comenzó á correr el ſuero por todo el roſtro y barbas de Don Quixote, de lo que recibió tal ſuſto, que dixo á Sancho, que ſerá eſto, Sancho? que parece que ſe me ablandan los caſcos, ó ſe me derriten los ſeſos, ó que ſudo de los pies á la cabeza, y ſi es que ſudo, en verdad, que no es de miedo, ſin duda creo, que es terrible la aventura que agora quiere ſucederme, dame, ſi tienes, con que me limpie, que el copioſo ſudor me ciega los ojos. Calló Sancho, y dióle un paño, y dió con el gracias á Dios, de que ſu Señor no huvieſe caido en el caſo. Limpióſe Don Quixote, y quitoſe la celada, por ver que coſa era la que á ſu parecer le enfriava la cabeza, y viendo aquellas gachas blancas dentro de la celada, las llegó á las narices, y en oliendo las dixo: por vida de mi Señora Dulcinea del Toboſo, que ſon requeſones los que aquí me has pueſto, traidor vergante, y mal mirado eſcudero, á lo que con gran flema, y diſimulacion reſpondió Sancho: Si ſon requeſones, deme los vueſa merced, que yo me los comere: pero comalos el diablo, que devió de ſer él que ay los puſo. Yo avia de tener atrevimiento de enſuciar el yelmo de vueſa merced! halladole aveis el atrevido. A la fé, Señor, á lo que Dios me da á

entender, tambien devo yo de tener encantadores que me perſiguen, como á hechura y miembro de vueſa merced, y avran pueſto ay eſa inmundicia, para mover á colera ſu paciencia, y hacer, que me muela como ſuele las coſtillas. Pues en verdad que eſta vez han dado ſalto en vago, que yo confio en el buen diſcurſo de mi ſeñor, que avra conſiderado, que ni yo tengo requeſones, ni leche, ni otra coſa que lo valga, y que ſi la tuviera, antes la puſiera en mi eſtomago, que en la celada. Todo puede ſer, dixo Don Quixote, y todo lo mirava el Hidalgo, y de todo ſe admirava, eſpecialmente quando, deſpues de averſe limpiado Don Quixote cabeza, roſtro, y barbas, y celada ſe la encaxó, y afirmandoſe bien en los eſtrívos requiriendo la eſpada, y aſiendo la lanza, dixo: Aora venga lo que viniere, que aquí eſtoy con animo de tomarme con el miſmo Satanas en perſona.

Llegó en eſto el Carro de las vanderas, en el qual no venia otra gente que el Carretero en las mulas, y un hombre ſentado en la delantera. Puſoſe Don Quixote delante, y dixo: Adonde vays, hermanos, que carro es eſte, que llevays en el, y que vanderas ſon aqueſtas? A lo que reſpondió el Carretero, el carro es mio, lo que va en el ſon dos bravos Leones enjaulados, que el General de Oran embia á la Corte preſentados á ſu Mageſtad, las vanderas ſon del Rey nueſtro Señor, en ſeñal que aquí va coſa ſuya. Y ſon grandes los Leones? preguntó Don Quixote: Tan grandes, reſpondió el hombre, que iva á la puerta del carro, que no han paſado mayores, ni tan grandes de Africa á Eſpaña jamas, y yo ſoy el Leonero, y he paſado otros, pero como eſtos ninguno: ſon hembra y macho; el macho va en eſta jaula primera, y la hembra en la de atras, y aora van hambrientos, porque no han comido oy, y aſí vueſa merced ſe deſvie, que es meneſter llegar preſto donde les demos de comer. A lo que dixo Don Quixote (ſonriendoſe un poco) leon-

Leoncitos á mí, á mí Leoncitos? y á tales horas? pues por Dios que han de ver eſos ſeñores que acá los embian, ſi ſoy yo hombre que ſe eſpanta de Leones. Apeaos, buen hombre, y pues ſois el Leonero, abrid eſas jaulas, y echadme eſas beſtias fuera, que en mitad deſta campaña les daré á conocer, quien es Don Quixote de la Mancha, á deſpecho y peſar de los encantadores, que á mí los embian. Ta, ta, dixo á eſta ſazon entre ſi el Hidalgo, dado ha ſeñal á quien es nueſtro buen Cavallero, los requeſones ſin duda le han ablandado los caſcos, y madurado los ſeſos. Llegóſe en eſto á él Sancho, y dixole: Señor, por quien Dios es que vueſa merced haga de manera, que mi Señor Don Quixote, no ſe tome con eſtos Leones, que ſi ſe toma, aquí nos han de hacer pedazos á todos. Pues tan loco es vueſtro Amo, reſpondió el Hidalgo, que temeis, y creeis, que ſe ha de tomar con tan fieras animales? No es loco, reſpondió Sancho, ſino atrevido. Yo haré, que no lo ſea, replicó el Hidalgo, y llegandoſe á Don Quixote, que eſtava dando prieſa al Leonero que abrieſe las jaulas, le dixo: Señor Cavallero, los Cavalleros Andantes han de acometer las aventuras que prometen eſperanza be ſalir bien dellas, y no aquellas que de en todo la quitan: porque la valentia que ſe entra en la juridiſcion de la temeridad, mas tiene de locura que de fortaleza: Quanto mas que eſtos Leones no vienen contra vueſa merced, ni lo ſueñan, van preſentados á ſu Mageſtad, y no ſerá bien detenerlos, ni ímpedirles ſu viage. Vayaſe, vueſa merced, ſeñor Hidalgo, reſpondió Don Quixote, á entender con ſu perdigon manſo, y con ſu huron atrevido, y dexé á cada uno hacer ſu oficio, eſte es el mio, y yo ſé, ſi vienen á mí, ó no, eſtos ſeñores Leones: y bolviendoſe al Leonero, le dixo: Voto á tal, Don Vellaco, que ſino abris luego, luego las jaulas, que con eſta lanza os he de coſer con el carro. El Carretero que vió la determinacion de aquella armada fantaſma, le

dixo: Señor mio, vueſtra merced ſea ſervido por caridad dexarme deſuncir las mulas, y ponerme en ſalvo con ellas, antes que ſe deſenvainen los Leones, porque ſi me las matan quedare rematado para toda mi vida, que no tengo otra hacienda ſino eſte carro y eſtas mulas. O hombre de poca fé, reſpondió Don Quixote, apeate, y deſunce, y haz lo que quiſieres, que preſto verás, que trabajaſte en vano, y que pudieras ahorrar eſta diligencia. Apeóſe el Carretero, y deſunció á gran prieſa, y el Leonero dixo á grandes voces, ſeanme teſtigos quantos aquí eſtan, como contra mi voluntad, y forzado, abro las jaulas, y ſuelto los Leones, y de que proteſto á eſte ſeñor, que todo el mal y daño que eſtas beſtias hicieren, corra, y vaya por ſu cuenta con mas mis ſalarios y derechos: vueſtras mercedes, ſeñores, ſe pongan en cobro antes que abra, que yo ſeguro eſtoy, que no me han de hacer daño. Otra vez le perſuadió el Hidalgo, que no hicieſe locura ſemejante, que era tentar á Dios acometer tal diſparate. A lo que reſpondió Don Quixote, que él ſabia lo que hacía: Reſpondióle el Hidalgo, que lo miraſe bien, que el entendia, que ſe engañava. Aora, Señor, replicó Don Quixote, ſi vueſa merced no quiere ſer oyente deſta, que á ſu parecer ha de ſer tragedia, pique la tordilla, y pongaſe en ſalvo. Oido lo qual por Sancho con lagrimas en los ojos le ſuplicó deſiſtieſe de tal empreſa, en cuya comparacion avian ſido tortas, y pan pintado la de los Molinos de viento, y la temeroſa de los Batanes: y finalmente todas las hazañas que avia acometido en todo el diſcurſo de ſu vida. Mire, Señor, decia Sancho, que aquí no ay encanto, ni coſa que lo valga, que yo he viſto por entre las verjas y reſquicios de la jaula una uña de Leon verdadero, y ſaco por ella, que el tal Leon, cuya deve de ſer la tal uña, es mayor que una montaña. El miedoalomenos, reſpondió Don Quixote, te le hará parecer mayor que la mitad del mundo. Retirate Sancho, y

dexame,

dexame, y ſi aquí muriere, ya ſabes nueſtro antiguo concierto, acudirás á Dulcinea, y no te digo mas. A eſtas añadió otras razones con que quitó las eſperanzas de que no avia de dexar de proſeguir ſu deſvariado intento. Quiſiera él del Verde Gavan oponerſele, pero vióſe deſigual en las armas, y no le pareció cordura tomarſe con un loco, que ya ſe lo avia parecido de todo punto Don Quixote: el qual bolviendo á dar prieſa al Leonero, y á reiterar las amenazas dió ocaſion al Hidalgo á que picaſe la yegua, y Sancho al Rucio, y el Carretero á ſus mulas, procurando todos apartarſe del Carro lo mas que pudieſen, antes que los Leones ſe deſembanaſtaſen. Llorava Sancho la muerte de ſu ſeñor, que aquella vez ſin duda creya, que llegava en las garras de los Leones, maldecia ſu ventura, y llamava menguada la hora en que le vinó al penſamiento bolver á ſervirle: pero no por llorar y lamentarſe, dexava de aporrear al Rucio, para que ſe alexaſe del carro. Viendo pues el Leonero que ya los que ivan huyendo eſtavan bien deſviados, tornó á requerir y á intimar á Don Quixote lo que ya le avia requerido é intimado; el qual reſpondió, que lo oya, y que no ſe curaſe de mas intimaciones, y requirimientos, que todo ſería de poco fruto, y que ſe dieſe prieſa. En el eſpacio que tardó el Leonero en abrir la jaula primera, eſtuvo conſiderando Don Quixote, ſi ſería bien hacer la batalla antes á pie que á cavallo. Y en fin ſe determinó de hacerla á pie, temiendo, que Rozinante ſe eſpantaría con la viſta de los Leones; por eſto ſaltó del cavallo, arrojó la lanza, y embrazó el eſcudo, y deſenvainando la eſpada, paſó ante paſo, con maravilloſo denuedo, y corazon valiente, ſe fue á poner delante del carro, encomendandoſe a Dios de todo corazon, y luego á ſu Señora Dulcinea. Y es de ſaber, que llegando á eſte paſo el autor de eſta verdadera Hiſtoria, exclama, y dice: O fuerte, y ſobre todo encarecimiento animoſo Don Quixote de la Mancha, eſpejo donde

ſe

ſe pueden mirar todos los valientes del mundo, ſegundo y nueve Don Manuel de Leon, que fue gloria y honra de los Eſpañoles Cavalleros! Con que palabras contaré eſta tan eſpantoſa hazaña? O con que razones la haré creible á los ſiglos venideros? ó que alabanzas avra que no te convengan y quadren, aunque ſean hiperboles ſobre todos los hiperboles? Tú á pie, tú ſolo, tú intrepido, tú magnanimo, con ſola una eſpada, y no de las del Perrillo cortadoras, con un eſcudo no de muy luciente y limpio acero, eſtás aguardando y atendiendo los dos mas fieros Leones que jamas criaron las Africanas ſelvas! Tus miſmos hechos ſean los que te alaben, valeroſo Manchego, que yo los dexo aquí en ſu punto, por faltarme palabras, con que encarecerlos. Aquí ceſó la referida exclamacion del Autor, y paſó adelante, anudando el hilo de la Hiſtoria, diciendo.

Que viſto el Leonero ya pueſto en poſtura á Don Quixote, y que no podia dexar de ſoltar al Leon macho, ſo pena de caer en la deſgracia del indignado, y atrevido Cavallero, abrió de par en par la primera jaula donde eſtava, como ſe ha dicho, el Leon, el qual pareció de grandeza extraordinaria, y de eſpantable y fea catadura. Lo primero que hizo, fue rebolverſe en la jaula donde venia echado, y tender la garra, y deſperezarſe todo, abrió luego la boca, y boſtezó muy deſpacio, y con caſi dos palmos de lengua, que ſacó fuera, ſe deſpolvoreó los ojos, y ſe lavó el roſtro; hecho eſto, ſacó la cabeza fuera de la jaula, y miró á todas partes, con los ojos hechos braſas; viſta y ademan para poner eſpanto á la miſma temeridad. Solo Don Quixote lo mirava atentamente, deſeando que ſaltaſe ya del Carro, y vinieſe con él á las manos, entre las quales penſava hacerle pedazos.

Haſta aquí llegó el eſtremo de ſu jamas viſta locura: Pero el generoſo Leon mas comedido que arrogante, no haciendo caſo de niñerias,

niñerias, ni de bravatas, deſpues de aver mirado á una y otra parte, como ſe ha dicho, bolvió las eſpaldas, y enſeñó ſus traſeras partes á Don Quixote, y con gran flema y remanſo ſe bolvió á echar en la jaula. Viendo lo qual Don Quixote mandó al Leonero que le dieſe de palos, y le irritaſe para echarle fuera. Eſo no haré yo, reſpondió el Leonero, porque ſi yo le inſtigo, el primero á quien hará pedazos ſera á mí miſmo. Vueſa merced, ſeñor Cavallero, ſe contente con lo hecho, que es tódo lo que puede decirſe en genero de valentia, y no quiera tentar ſegunda fortuna. El Leon tiene abierta la puerta, en ſu mano eſtá ſalir, ó no ſalir: pero pues no ha ſalido haſta aora, no ſaldrá en todo el dia. La grandeza del corazon de vueſa merced ya eſtá bien declarada, ningun bravo peleante (ſegun á mí ſe me alcanza) eſtá obligado a mas, que á deſafiar á ſu enemigo, y eſperarle en campaña, y ſi el contrario no acude, en él ſe queda la infamia, y el eſperante gana la corona del vencimiento. Así es verdad, reſpondió Don Quixote, cierra amigo la puerta, y dame por teſtimonio en la mejor forma que pudieres, lo que aquí me has viſto hacer. Conviene á ſaber, como tu abriſte al Leon, yo le eſperé, él no ſalió, bolvíle á eſperar, bolvió á no ſalir, y bolvióſe acoſtar. No devo mas, y encantos á fuera, y Dios ayude á la razon, y á la verdad, y á la verdadera Cavalleria, y cierra, como he dicho, en tanto que hago ſeñas á los huidos y auſentes, para que ſepan de tu boca eſta hazaña. Hizolo así el Leonero, y Don Quixote, poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que ſe avia limpiado el roſtro de la lluvia de los requeſones, comenzó á llamar á los que no dexavan de huir, ni de bolver la cabeza á cada paſo, todos en tropa, y antecogidos del Hidalgo: pero alcanzando Sancho á ver la ſeñal del blanco paño, dixo: Que me maten, ſi mi Señor no ha vencido á las fieras beſtias, pues nos llama. Detuvieronſe todos, y conocieron, que él

que

que hacía las ſeñas era Don Quixote, y perdiendo alguna parte del miedo, poco á poco ſe vinieron acercando, haſta donde claramente oyeron las voces de Don Quixote, que las llamava. Finalmente bolvieron al carro, y en llegando dixo Don Quixote al Carretero: Bolved, hermano, á uncir vueſtras mulas, y á proſeguir vueſtro viage, y tú, Sancho, dale dos eſcudos de oro para él, y para el Leonero, en recompenſa de lo que por mí ſe han detenido. Eſos dare yo de muy buena gana, reſpondió Sancho: pero que ſe han hecho los Leones? ſon muertos, ó vivos? Entonces el Leonero menudamente, y por ſus pauſas contó el fin de la contienda, exagerando, como él mejor pudo, y ſupo, el valor de Don Quixote, de cuya viſta el Leon acobardado no quiſo, ni oſó ſalir de la jaula, pueſto que avia tenido un buen eſpacio abierta la puerta de la jaula, y que por aver él dicho á aquel Cavallero, que era tentar á Dios irritar al Leon, para que por fuerza ſalieſe, como él queria, que ſe irritaſe mal de ſu grado, y contra toda ſu voluntad avia permitido que la puerta ſe cerraſe. Que te parece deſto, Sancho? dixo Don Quixote: ay encantos que valgan contra la verdadera valentia? Bien podran los encantadores quitarme la ventura: pero el esfuerzo y el animo ſerá impoſible. Dió los eſcudos Sancho, unció el Carretero, beſó las manos el Leonero á Don Quixote por la merced recebida, y prometióle de contar aquella valeroſa hazaña al miſmo Rey, quando en la Corte ſe vieſe. Pues ſi á caſo ſu Mageſtad preguntare quien la hizo, direiſle que el Cavallero de los Leones; que de aquí adelante quiero que en eſte ſe trueque, cambie, buelva, y mude el que haſta aquí he tenido del Cavallero de la Triſte Figura, y en eſto ſigo la antigua uſanza de los Andantes Cavalleros, que ſe mudavan los nombres, quando querian, ó quando les venia á cuento. Siguió ſu camino el carro, y Don Quixote, Sancho, y el del Verde Gavan proſiguieron el ſuyo: en todo eſte ti-

tiempo no avia hablado palabra Don Diego de Miranda, todo atento á mirar, y á notar los hechos y palabras de Don Quixote, pareciendole, que era un cuerdo loco, y un loco que tirava á cuerdo. No avia aun llegado á ſu noticia la primera parte de ſu Hiſtoria, que ſi la huviera leido ceſara la admiracion, en que lo ponian ſus hechos, y ſus palabras, pues ya ſupiera el genero de ſu locura: pero como no la ſabia, ya le tenía por cuerdo, y ya por loco, porque lo que hablava era concertado, elegante, y bien dicho, y lo que hacía diſparatado, temerario y tonto, y decia entre sí, que mas locura puede ſer que ponerſe la celada llena de requeſones, y darſe á entender, que le ablandava los caſcos los encatadores? y que mayor temeridad y diſparate, que querer pelear por fuerza con Leones. Deſtas imaginaciones, y deſte ſoliloquio le ſacó Don Quixote, diciendole, quien duda, Señor Don Diego de Miranda, que vueſtra merced no me tenga en ſu opinion por un hombre diſparatado y loco? y no ſería mucho, que así fueſe, porque mis obras no pueden dar teſtimonio de otra coſa, pues con todo eſto quiero que vueſtra merced advierta, que no ſoy tan loco, ni tan menguado, como devo de averle parecido. Bien parece un gallardo Cavallero á los ojos de ſu Rey, en la mitad de una gran plaza, dar una lanzada con felice ſuceſo á un bravo toro. Bien parece un Cavallero armado de reſplandecientes armas paſar la tela en alegres juſtas delante de las damas, y bien parecen todos aquellos Cavalleros, que en exercicios militares (ó que lo parezcan) entretienen, y alegran, y (ſi ſe puede decir) honran las Cortes de ſus Principes: pero ſobre todos eſtos parece mejor un Cavallero Andante, que por los deſiertos, por las ſoledades, por las encrucijadas, por las ſelvas, y por los montes anda buſcando peligroſas aventuras, con intencion de darles dichoſa y bien afortunada cima, ſolo por alcanzar glorioſa fama, y duradera. Mejor parece, digo, un Cavallero Andante

ſocorriendo á una viuda en algun deſpoblado, que un corteſano Cavallero requebrando á una doncella en las ciudades: todos los Cavalleros tienen ſus particulares exercicios, ſirva á las damas el corteſano, autorice la Corte de ſu Rey con libreas, ſuſtente los Cavalleros pobres con el eſplendido plato de ſu meſa, concierte juſtas, mantenga torneos, y mueſtreſe grande, liberal, y magnifico, y buen Chriſtiano ſobre todo, y deſta manera cumplirá con ſus preciſas obligaciones. Pero el Andante Cavallero buſque los rincones del mundo, entreſe en los mas intricados laberintos, acometa á cada paſo lo impoſible, reſiſta en los paramos deſpoblados los ardientes rayos del ſol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inclemencia de los vientos, y de los yelos: no le aſombren Leones, ni le eſpanten Veſtiglos, ni atemorizen Endriagos, que buſcar eſtos, acometer aquellos, y vencerlos á todos ſon ſus principales y verdaderos exercicios. Yo pues, como me cupo en ſuerte ſer uno del numero de la Andante Cavalleria, no puedo dexar de acometer todo aquello que á mí me pareciere, que cae debaxo de la juriſdicion de mis exercicios, y así el acometer los Leones, que aora acometí, derechamente me tocava, pueſto que conocí ſer temeridad eſorbitante, porque, bien ſé lo que es valentia, que es una virtud que eſtá pueſta entre dos eſtremos vicioſos, como ſon la covardia, y la temeridad: pero menos mal ſerá, que él que es valiente toque, y ſuba al punto de temerario, que no que baxe, y toque en el punto de covarde, que así como es mas facil venir el prodigo á ſer liberal que al avaro, así es mas facil dar el temerario en verdadero valiente, que no el covarde ſubir á la verdadera valentia: y en eſto de acometer aventuras creame vueſa merced, Señor Don Diego, que antes ſea de perder por carta de mas que de menos, porque mejor ſuena en las orejas de los que lo oyen, el tal Cavallero es temerario y atrevido, que no el tal Cavallero es timido y covarde.

Digo,

Digo, Señor Don Quixote, reſpondió Don Diego, que todo lo que vueſa merced ha dicho, y hecho, va nivelado con el fiel de la miſma razon, y que entiendo, que ſi las ordenanzas, y leyes de la Cavalleria Andante ſe perdieſen, ſe hallarían en el pecho de vueſa merced, como en ſu miſmo depoſito y archivo; y demonos priesa, que ſe hace tarde, y lleguemos á mi aldea, y caſa, donde deſcanſara vueſtra merced del paſado trabajo, que ſino ha ſido del cuerpo, ha ſido del eſpiritu, que ſuele tal vez redundar en canſancio del cuerpo. Tengo el ofrecimiento á gran favor y merced, Señor Don Diego, reſpondió Don Quixote, y picando mas de lo que haſta entonces, ſerían como las dos de la tarde, quando llegaron á la aldea, y á la caſa de Don Diego, á quien Don Quixote llamava el Cavallero del Verde Gavan.

Cap. XVIII. De lo que ſucedió á Don Quixote en el caſtillo, ó caſa del Cavallero del Verde Gavan, con otras coſas extravagantes.

HALLO Don Quixote ſer la caſa de Don Diego de Miranda ancha como de aldea: las armas empero aunque de piedra toſca, encima de la puerta de la calle, la bodega en el patio, la cueva en el portal, y muchas tinajas á la redonda, que por ſer del Toboſo le renovaron las memorias de ſu encantada y transformada Dulcinea, y ſuſpirando, y ſin mirar lo que decia, ni delante de quien eſtava, dixo: O dulces prendas por mi mal halladas, dulces y alegres, quando Dios quería: ó Toboſeſcas tinajas, que me aveis traido á la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura. Oyóle decir eſto el eſtudiante Poeta, hijo de Don Diego, que con ſu madre avia ſalido á recebirle, y madre y hijo quedaron ſuſpenſos

de ver la eſtraña figura de Don Quixote, el qual apeandoſe de Rozinante fue con mucha corteſia á pedirle las manos para beſarſelas, y Don Diego dixo: Recebid, Señora, con vueſtro ſolito agrado al Señor Don Quixote de la Mancha, que es él que teneis delante, Andante Cavallero, y el mas valiente, y el mas diſcreto que tiene el mundo. La Señora, que doña Criſtina ſe llamava, le recibió con mueſtras de mucho amor, y de mucha corteſia, y Don Quixote ſe le ofreció con aſaz de diſcretas, y comedidas razones: caſi los miſmos comedimientos paſó con el eſtudiante, que en oyendole hablar Don Quixote le tuvo por diſcreto y agudo. Aquí pinta el Autor todas las circunſtancias de la caſa de Don Diego, pintandonos en ellas lo que contiene una caſa de un Cavallero labrador, y rico: pero al Traductor deſta Hiſtoria le pareció paſar eſtas y otras ſemejantes menudencias en ſilencio, porque no venian bien con el propoſito principal de la Hiſtoria, la qual mas tiene ſu fuerza en la verdad, que en las frias digreſiones. Entraron á Don Quixote en una ſala, deſarmóle Sancho, quedó en valones, y en jubon de camuza, todo viſunto con la mugre de las armas, el cuello era valona á lo eſtudiantil ſin almidon, y ſin randas: los borceguies eran datilados, y encerados los zapatos, ciñóſe ſu buena eſpada, que pendia de un tahalí de lobos marinos, que es opinion que muchos años fue enfermo de los riñones, cubrióſe un herreruelo de buen paño pardo: pero antes de todo con cinco calderos, ó ſeis de agua, que en la cantidad de los calderos ay alguna diferencia, ſe lavó la cabeza, y roſtro, y toda via ſe quedó el agua de color de ſuero, merced á la goloſina de Sancho, y á la compra de ſus negros requeſones, que tan blanco puſieron á ſu Amo. Con los referidos atavios, y con gentil donaire, y gallardia ſalió Don Quixote á otra ſala, donde el eſtudiante le eſtava eſperando, para entretenerle en tanto que las meſas ſe ponian, que por la venida de tan noble hueſped

eſped queria la Señora Doña Chriſtina moſtrar, que ſabia y podia regalar á los que á ſu caſa llegaſen. En tanto que Don Quixote ſe eſtuvo deſarmando, tuvo lugar Don Lorenzo, que así ſe llamava el hijo de Don Diego, de decir á ſu padre: Quien diremos, Señor, que es eſte Cavallero que vueſa merced nos ha traido á caſa? que el nombre, la figura, y el decir que es Cavallero Andante, á mí, y á mi madre nos tiene ſuſpenſos. No ſé lo que te diga, hijo, reſpondió Don Diego, ſolo te ſabre decir, que le he viſto hacer coſas del mayor loco del mundo, y decir razones tan diſcretas, que borran, y deſhacen ſus hechos: hablale tú, y toma el pulſo á lo que ſabe, y pues eres diſcreto, juzga de ſu diſcrecion, ó tonteria lo que mas pueſto en razon eſtuviere; aunque para decir verdad, antes le tengo por loco, que por cuerdo. Con eſto ſe fue Don Lorenzo á entretener á Don Quixote, como queda dicho, y entre otras platicas que los dos paſaron, dixo Don Quixote á Don Lorenzo, el Señor Don Diego de Miranda, padre de vueſa merced, me ha dado noticia de la rara habilidad, y ſutil ingenio, que vueſtra merced tiene, y ſobre todo, que es vueſa merced un gran Poeta. Poeta bien podra ſer, reſpondió Don Lorenzo: pero grande, ni por penſamiento, verdad es, que yo ſoy algun tanto aficionado á la poeſia, y á leer los buenos Poetas: pero no de manera, que ſe me pueda dar el nombre de grande que mi padre dice. No me parece mal eſa humildad, reſpondió Don Quixote, porque no ay Poeta que no ſea arrogante, y pienſe de ſí, que es el mayor Poeta del mundo. No ay regla ſin excepcion, reſpondió Don Lorenzo, y alguno avra que lo ſea, y no lo pienſe. Pocos, reſpondió Don Quixote: pero digame vueſa merced, que verſos ſon los que agora trae entre manos, que me ha dicho el ſeñor ſu padre que le traen algo inquieto y penſativo, y ſi es alguna gloſa, á mí ſe me entiende algo de achaque de gloſas, y holgaría ſaberlos, y ſi es que ſon de Juſta literaria,

procuré

procuré vueſtra merced llevar el ſegundo premio, que el primero ſiempre ſe lleva el favor, ó la gran calidad de la perſona: el ſegundo ſe le lleva la mera juſticia, y el tercero viene á ſer ſegundo, y el primero á eſta cuenta ſerá el tercero al modo de las licencias que ſe dan en las Univerſidades: pero con todo eſto gran perſonage es el nombre de primero. Haſta aora, dixo entre sí Don Lorenzo, no os podre yo juzgar por loco, vamos adelante, y dixole: Pareceme, que vueſa merced ha curſado las eſcuelas, que ciencias ha oido? la de la Cavalleria Andante, reſpondió Don Quixote, que es tan buena como la de la poeſia, y aun dos deditos mas. No ſé que ciencia ſea eſa, replicó Don Lorenzo, y haſta aora no ha llegado á mi noticia. Es una ciencia, replicó Don Quixote, que encierra en sí todas, ó las mas ciencias del mundo, á cauſa que él que la profeſa ha de ſer Juriſperito, y ſaber las leyes de la juſticia diſtributiva y comutativa, para dar á cada uno lo que es ſuyo, y lo que le conviene: ha de ſer Theologo, para ſaber dar razon de la Chriſtiana ley que profeſa, clara y diſtintamente, adonde quiera que le fuere pedido: ha de ſer medico, y principalmente hervolario para conocer en mitad de los deſpoblados, y deſiertos las yervas, que tienen virtud de ſanar las heridas, que no ha de andar el Cavallero Andante á cada triquete, buſcando quien ſe las cure: ha de ſer Aſtrologo, para conocer por las eſtrellas, quantas horas ſon paſadas de la noche, y en que parte, y en que clima del mundo ſe halla: ha de ſaber las Matematicas, porque á cada paſo ſe le ofrecerá tener neceſidad dellas, y dexando á parte que ha de eſtar adornado de todas las virtudes Theologales, y Cardinales, decendiendo á otras menudencias, digo, que ha de ſaber nadar como dicen, que nadava el pexe Nicolas, ó Nicolao: ha de ſaber herrar un cavallo, y aderezar la ſilla, y el freno, y bolviendo á lo de arriba, ha de guardar la fé á Dios, y á ſu Dama: ha de ſer caſto en

los

los penſamientos, honeſto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, ſufrido en los trabajos, caritativo con los meneſterosos, y finalmente mantenedor de la verdad, aunque le cueſte la vida el defenderla. De todas eſtas grandes y minimas partes ſe compone un buen Cavallero Andante, porque vea vueſa merced, ſeñor Don Lorenzo, ſi es ciencia mocoſa lo que aprende el Cavallero que la eſtudia y la profeſa, y ſi ſe puede igualar á las mas eſtiradas que en los ginaſios y eſcuelas ſe enſeñan. Si eſo es así, replicó Don Lorenzo, yo digo que ſe aventaja eſa ciencia á todas. Como ſi es así? respondió Don Quixote. Lo que yo quiero decir, dixo Don Lorenzo, es, que dudo que aya avido, ni que los ay aora Cavalleros Andantes, y adornados de virtudes tantas. Muchas veces he dicho lo que buelvo á decir aora, reſpondió Don Quixote, que la mayor parte de la gente del mundo eſtá de parecer de que no ha avido en el Cavalleros Andantes, y por parecerme á mí, que ſi el cielo milagroſamente no les da á entender la verdad de que los huvo, y de que los ay, qualquier trabajo que ſe tome ha de ſer en vano (como muchas veces me lo ha moſtrado la experiencia) No quiero detenerme agora en ſacar á vueſa merced del error, que con los muchos tiene, lo que pienſo hacer es el rogar al cielo le ſaque del, y le dé á entender quan provechoſos, y quan neceſarios fueron al mundo los Cavalleros Andantes en los paſados ſiglos, y quan utiles fueran en el preſente, ſi ſe uſaran: pero triunfan aora por pecados de las gentes la pereza, la ocioſidad, la gula, y el regalo. Eſcapado ſe nos ha nueſtro hueſped (dixo á eſta ſazon entre sí Don Lorenzo): pero con todo eſo él es loco bizarro, y yo ſería mentecato floxo, ſi así no lo creyeſe. Aquí dieron fin á ſu platica, porque los llamaron á comer: Preguntó Don Diego á ſu hijo, que avia ſacado en limpio del ingenio del hueſped: á lo que él reſpondió: No le ſacaran del borrador de ſu locura, quantos

tos medicos y buenos eſcrivanos tiene el mundo; él es un entreverado loco, lleno de lucidos intervalos. Fueronſe á comer, y la comida fue tal, como Don Diego avia dicho en el camino, que la ſolia dar á ſus combidados, limpia, abundante, y ſabroſa: pero de lo que mas ſe contentó Don Quixote fue del maravilloſo ſilencio, que en toda la caſa avia, que ſemejava un monaſterio de Cartuxos.

Levantados pues los manteles, y dadas gracias á Dios, y agua á las manos, Don Quixote pidió ahincadamente á Don Lorenzo, dixeſe los verſos de la Juſta literaria. A lo que él reſpondió, que por no parecer de aquellos Poetas, que quando les ruegan, digan ſus verſos, los niegan, y quando no ſe los piden, los vomitan, yo dire mi gloſa de la qual no eſpero premio alguno, que ſolo por exercitar el ingenio la he hecho. Un amigo y diſcreto, reſpondió Don Quixote, era de parecer, que no ſe avia de canſar nadie en gloſar verſos, y la razon decia él, era, que jamas la gloſa podia llegar al texto, y que muchas, ó las mas veces iva la gloſa fuera de la intencion y propoſito de lo que pedia lo que ſe gloſava, y mas que las leyes de la gloſa eran demaſiadamente eſtrechas, que no ſufrían interrogantes, ni dixo, ni dire, ni hacer nombres de verbos, ni mudar el ſentido, con otras ataduras, y eſtrechezas, con que van atados los que gloſan, como vueſtra merced deve de ſaber. Verdaderamente, Señor Don Quixote, dixo Don Lorenzo, que deſeo coger á vueſtra merced en un mal Latin continuado, y no puedo, porque ſe me deſliza de entre las manos como anguila. No entiendo, reſpondió Don Quixote, lo que vueſtra merced dice, ni quiere decir en eſo del deſlizarme. Yo me daré á entender, reſpondió Don Lorenzo, y por aora eſte vueſa merced atento á los verſos gloſados, y á la gloſa, que dicen deſta manera.

Si

Si mi fue tornaſe á es,
Sin eſperar mas ſerá,
O vinieſe el tiempo ya,
De lo que ſerá deſpues.

G L O S A.

AL fin como todo paſa,
Se paſó el bien que me dió
Fortuna un tiempo no eſcaſa,
Y nunca me le bolvió,
Ni abundante ni por taſa.
Siglos ha ya que me vees,
Fortuna, pueſto á tus pies,
Buelveme á ſer venturoſo,
Que ſerá mi ſer dichoſo,
Si mi fue tornaſe á es.

No quiero otro guſto, ó gloria,
Otra palma, ó vencimiento,
Otro triunfo, otra vitoria,
Sino bolver al contento,
Que es peſar en mi memoria.
Si tu me buelves allá,
Fortuna, templado eſtá
Todo el rigor de mi fuego,
Y mas ſi eſte bien es luego,
Sin eſperar mas ſerá.

Coſas impoſibles pido,
Pues bolver el tiempo á ſer,
Deſpues que una vez ha ſido,
No ay en la tierra poder,
Que á tanto ſe aya eſtendido.
Corre el tiempo, buela y va
Ligero, y no bolverá,
Y errarla él que pidieſe,
O que el tiempo ya ſe fueſe.
O bolvieſe el tiempo ya.

Vivo en perplexa vida,
Ya eſperando, ya temiendo,
Es muerte muy conocida,
Y es mucho mejor muriendo,
Buſcar al dolor ſalida.
A mí me fuera interes
Acabar, mas no lo es,
Pues con diſcurſo mejor,
Me da la vida el temor,
De lo que ſerá deſpues.

En en acabando de decir ſu gloſa Don Lor nzo, ſe levantó en pie Don Quixote, y en vez levantada, que parecia gritó, aſiendo

con ſu mano la derecha de Don Lorenzo, dixo: Viven los cielos donde mas altos eſtan, mancebo generoſo, que ſois el mejor Poeta del orbe, y que mereceis eſtar laureado, no por Chipre, ni por Gaeta, como dixo un Poeta, que Dios perdone, ſino por las Academias de Atenas, ſi oy vivieran, y por las que oy viven de Paris, Bolonia y Salamanca: plega al cielo que los jueces que os quitaren el premio primero, Febo los aſaetee, y las Muſas jamas atravieſen los umbrales de ſus caſas. Decidme, Señor, ſi ſois ſervido, algunos verſos mayores, que quiero tomar de todo en todo el pulſo á vueſtro admirable ingenio. No es bueno que dicen, que ſe holgó Don Lorenzo de verſe alabar de Don Quixote, aunque le tenía por loco? O fuerza de la Adulacion! A quanto te eſtiendes, y quan dilatados limites ſon los de tu juriſdicion agradable! Eſta verdad acreditó Don Lorenzo, pues concedió con la demanda y deſeo de Don Quixote, diciendole eſte Soneto á la fabula, ó hiſtoria de Piramo, y Tiſbe.

S O N E T O.

EL muro rompe la doncella hermoſa,
Que de Piramo abrió el gallardo pecho;
Parte el amor de Chipre, y va derecho,
A ver la quiebra eſtrecha y prodigioſa.
Habla el Silencio alli, porque no oſa
La voz entrar por tan eſtrecho eſtrecho,
Las almas ſi, que amor ſuele de hecho
Facilitar la mas dificil coſa.
Salió el deſeo de compas, y el paſo
De la imprudente virgen ſolicita
Por ſu guſto ſu muerte: Ved que hiſtoria!
Que á entrambos en un punto (ó eſtraño caſo)
Los mata, los encubre, y reſucita
Una eſpada, un ſepulcro, una memoria.

Benedito

Bendito ſea Dios, dixo Don Quixote, aviendo oido el ſoneto á Don Lorenzo, que entre los infinitos Poetas conſumidos que ay, he viſto un conſumado Poeta, como lo es vueſa merced, Señor mio, que así me lo da á entender el artificio deſte ſoneto. Quatro dias eſtuvo Don Quixote, regaladiſimo en la caſa de Don Diego, al cabo de los quales le pidió licencia, para irſe, diciendole, que le agradecia la merced y buen tratamiento, que en ſu caſa avia recebido: pero que por no parecer bien que los Cavalleros Andantes, ſe den muchas horas al ocio, y al regalo, ſe queria ir a cumplir con ſu oficio, buſcando las aventuras de quien tenía noticia, que aquella tierra abundava, donde eſperava entretener el tiempo, haſta que llegaſe el dia de las Juſtas de Zaragoza, que era el de ſu derecha derrota, y que primero avia de entrar en la Cueva de Monteſinos, de quien tantas, y tan admirables coſas en aquellos contornos ſe contavan; ſabiendo é inquiriendo así miſmo el nacimiento y verdaderos manantiales de las ſiete Lagunas, llamadas comunmente de Ruidera. Don Diego y ſu Hijo le alabaron ſu honroſa determinacion, y le dixeron, que tomaſe de ſu caſa, y de ſu hacienda todo lo que en grado le vinieſe, que le ſervirían con la voluntad poſible, que á ello les obligava el valor de ſu perſona, y la honroſa profeſion ſuya. Llegóſe en fin el dia de ſu partida, tan alegre para Don Quixote, como triſte y aciago para Sancho Panza, que ſe hallava muy bien con la abundancia de la caſa de Don Diego, y rehuſava de bolver á la hambre que ſe uſa en las floreſtas, deſpoblados, y á la eſtrecheza de ſus mal proveidas alforjas: con todo eſto las llenó, y colmó de lo mas neceſario, que le pareció. Y al deſpedirſe dixo Don Quixote á Don Lorenzo, no ſé ſi he dicho á vueſa merced otra vez, y ſi lo he dicho, lo buelvo á decir, que quando vueſa merced quiſiere ahorrar caminos y trabajos, para llegar á la inacceſible cumbre del Templo de la Fama, no tiene que hacer otra coſa,

ſino dexar á una parte la ſenda de la poeſia algo eſtrecha, y tomar la eſtrechiſima de la Andante Cavalleria, baſtante para hacerle Emperador en daca las pajas. Con eſtas razones acabo Don Quixote de cerrar el proceſo de ſu locura, y mas con las que añadió, diciendo: Sabe Dios, ſi quiſiera llevar conmigo al ſeñor Don Lorenzo, para enſeñarle como ſe han de perdonar los ſujetos, y ſupeditar, y acocear los ſobervios, virtudes anexas á la profeſion que yo profeſo: pero pues no lo pide ſu poca edad, ni lo querran conſentir ſus loables exercicios, ſolo me contento con advertirle á vueſa merced, que ſiendo Poeta podrá ſer famoſo, ſi ſe guia mas por el parecer ageno, que por el propio, porque no ay padre ni madre, á quien ſus hijos le parezcan feos, y en los que lo ſon del entendimiento, corre mas eſte engaño. De nuevo ſe admiraron padre y hijo de las entremetidas razones de Don Quixote, ya diſcretas, y ya diſparatadas, y del tema y teſon que llevava de acudir de todo en todo á la buſca de ſus deſventuradas aventuras, que las tenía por fin y blanco de ſus deſeos: reiteraronſe los ofrecimientos, y comedimientos, y con la buena licencia de la Señora del Caſtillo, Don Quixote y Sancho ſobre Rozinante, y el Rucio ſe partieron.

Cap. XIX. Donde ſe cuenta la Aventura del Paſtor Enamorado con otros, en verdad gracioſos ſuceſos.

POCO trecho ſe avia alongado Don Quixote del lugar de Don Diego, quando encontró con dos como Clerigos, ó como eſtudiantes, y con dos labradores que ſobre quatro beſtias aſnales venian cavalleros, el uno de los eſtudiantes traya como en portamanteo, en un lienzo de bocaci verde embuelto, al parecer, un poco de grana blanca, y dos pares de medias de cordellate: el otro no traya otra coſa que dos eſpadas negras de eſgrima nuevas, y con ſus zapatillas. Los labradores trayan otras coſas, que davan indicio y ſeñal que venian de alguna villa grande, donde las avian comprado, y las llevavan á ſu aldea: y así eſtudiantes como labradores cayeron en la miſma admiracion en que cayan todos aquellos que la vez primera, veyan á Don Quixote, y morian por ſaber, que hombre fueſe aquel tan fuera del uſo de los otros hombres. Saludóles Don Quixote, y deſpues de ſaber el camino que llevavan, que era el miſmo que él hacía, les ofreció ſu compañia, y les pidió detuvieſen el paſo, porque caminavan mas ſus pollinas que ſu cavallo, y para obligarlos, en breves razones les dixo quien era, y ſu oficio, y profeſion, que era de Cavallero Andante, que iva á buſcar las aventuras por todas las partes del mundo. Dixoles que ſe llamava de nombre propio Don Quixote de la Mancha, y por el apelativo el Cavallero de los Leones. Todo eſto para los labradores era hablarles en Griego, ó en Gerigonza: pero no para los eſtudiantes, que luego entendieron la flaqueza del celebro de Don Quixote: pero con todo eſo le miravan con admiracion, y con reſpecto,

y uno

y uno dellos le dixo, ſi vueſtra merced, Señor Cavallero, no lleva camino determinado, como no le ſuelen llevar los que buſcan las aventuras, vueſa merced ſe venga con noſotros, verá una de las mejores bodas, y mas ricas que haſta el dia de oy ſe avran celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas á la redonda. Preguntóle Don Quixote, ſi eran de algun Principe que así las ponderava. No ſon, reſpondió el eſtudiante, ſino de un labrador, y una labradora, él el mas rico de todo eſta tierra, y ella la mas hermoſa que han viſto los hombres. El aparato con que ſe han de hacer, es eſtraordinario, y nuevo, porque ſe han de celebrar en un prado, que eſtá junto al pueblo de la novia, á quien por excelencia llaman Quiteria la hermoſa, y el deſpoſado ſe llama Camacho el rico, ella de edad de diez y ocho años, y él de veinte y dos, ambos para en uno, aunque algunos curioſos, que tienen de memoria los linages de todo el mundo, quieren decir, que el de la hermoſa Quiteria ſe aventaja al de Camacho: pero ya no ſe mira en eſto, que las riquezas ſon poderoſas de ſoldar muchas quiebras. En efecto el tal Camacho es liberal, y haſele antojado de enramar y cubrir todo el prado por arriba, de tal ſuerte que el ſol ſe ha de ver en trabajo ſi quiere entrar á viſitar las yervas verdes, de que eſtá cubierto el ſuelo. Tiene así miſmo maheridas danzas, así de eſpadas como de caſcabel menudo, que ay en ſu pueblo quien los repique, y ſacuda por eſtremo; de zapateadores no digo nada, que es un juicio los que tiene muñidos: pero ninguna de las coſas referidas, ni otras muchas que he dexado de referir, ha de hacer mas memorables eſtas bodas, ſino las que imagino, que hará en ellas el deſpechado Baſilio. Es eſte Baſilio un zagal vecino del miſmo lugar de Quiteria, el qual tenía ſu caſa pared y medio de la de los padres de Quiteria, de donde tomó ocaſión el amor de renovar al mundo los ya olvidados amores de Piramo y Tiſbe, porque Baſilio ſe enamoró de Quiteria

deſde

deſde ſus tiernos y primeros años, y ella fue correſpondiendo á ſu deſeo con mil honeſtos favores : tanto que ſe contavan por entretenimiento en el pueblo los amores de los dos niños Baſilio y Quiteria. Fue creciendo la edad, y acordó el padre de Quiteria de eſtorvar á Baſilio la ordinaria entrada que en ſu caſa tenía, y por quitarſe de andar rezeloſo, y lleno de ſoſpechas, ordenó de caſar á ſu hija con el rico Camacho, no pareciendole ſer bien caſarla con Baſilio, que no tenía tantos bienes de fortuna, como de naturaleza; pues ſi va á decir las verdades ſin invidia, él es el mas agil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador eſtremado, y gran jugador de pelota, corre como un gamo, ſalta mas que una cabra, y birla á los bolos como por encantamento, canta como una calandria, y toca una guitarra que la hace hablar, y ſobre todo juega una eſpada como el mas pintado. Por eſa ſola gracia, dixo á eſta ſazon Don Quixote, merecia eſe mancebo, no ſolo caſarſe con la hermoſa Quiteria, ſino con la miſma Reina Ginebra, ſi fuera oy viva, á peſar de Lanzarote, y de todos aquellos que eſtorvar lo quiſieran. A mi muger con eſo, dixo Sancho Panza (que haſta entonces avia ido callando, y eſcuchando) la qual no quiere ſino que cada uno caſe con ſu igual, ateniendoſe al refran que dicen : Cada oveja con ſu pareja, lo que yo quiſiera es, que eſe buen Baſilio (que ya me le voy aficionando) ſe caſara con eſa ſeñora Quiteria, que buen ſiglo ayan, y buen poſo (iva á decir al rebes) los que eſtorvan que ſe caſen los que bien ſe quieren. Si todos los que bien ſe quieren ſe huvieſen de caſar, dixo Don Quixote, quitariaſe la elecion y juriſdicion á los padres de caſar ſus hijos con quien, y quando deven, y ſi á la voluntad de las hijas quedaſe eſcoger los maridos, tal avria que eſcogieſe al criado de ſu padre, y tal al que vió paſar por la calle, á ſu parecer bizarro y entonado, aunque fueſe un deſbaratado eſpadachin; que el amor y la aficion con facilidad ciegan

los

los ojos del entendimiento, tan neceſari os para eſcoger eſtado; y el del matrimonio eſtá muy á peligro de errarſe, y es meneſter gran tiento, y particular favor del cielo para acertarle. Quiere hacer uno un viage largo, y ſi es prudente, antes de ponerſe en camino, buſca alguna compañia ſegura y apacible con quien acompañarſe. Pues porque no hará lo miſmo él que ha de caminar toda la vida haſta el paradero de la muerte? Y mas ſi la compañia le ha de acompañar en la cama, en la meſa, y en todas partes, como es la de la muger con ſu marido? La de la propia muger no es mercaduria, que una vez comprada ſe buelve, ó ſe trueca, ó cambia, porque es accidente inſeparable, que dura lo que dura la vida. Es un lazo, que ſi una vez le echais al cuello, ſe buelve en el nudo Gordiano, que ſino le corta la guadaña de la muerte, no ay deſatarle. Muchas mas coſas pudiera decir en eſta materia, ſino lo eſtorvara el deſeo que tengo de ſaber, ſi le queda mas que decir al ſeñor Licenciado acerca de la hiſtoria de Baſilio. A lo que reſpondió el eſtudiante Bachiller, ó Licenciado, como le llamó Don Quixote, que de todo no me queda mas que decir, ſino que deſde el punto que Baſilio ſupo que la hermoſa Quiteria ſe caſava con Camacho el rico, nunca mas le han viſto reir, ni hablar razon concertada, y ſiempre anda penſativo y triſte, hablando entre sí miſmo, con que da ciertas y claras ſeñales de que ſe le ha buelto el juicio; come poco, y duerme poco, y lo que come ſon frutas, y en lo que duerme, ſi duerme, es en el campo ſobre la dura tierra como animal bruto, mira de quando en quando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra, con tal embeleſamiento, que no parece ſino eſtatua veſtida, que el aire le mueve la ropa. En fin él da tales mueſtras de tener apaſionado el corazon, que tememos todos los que le conocemos que el dar el sí mañana la hermoſa Quiteria ha de ſer la ſentencia de ſu muerte. Dios lo hará mejor, dixo Sancho, que Dios

que

que da la llaga, da la medicina, nadie ſabe lo que eſta por venir, de aquí á mañana muchas horas ay, y en una, y aun en un momento ſe cae la caſa ; yo he viſto llover y hacer ſol, todo á un miſmo punto, tal ſe acueſta ſano la noche, que no ſepuede mover otro dia, y digan me por ventura avrá quien ſe alabe, que tiene echado un clavo á la rodaja de la fortuna ? no por cierto, y entre el sí y el no de la muger no me atrevería yo á poner una punta de alfiler, porque no cabría : denme á mí que Quiteria quiera de buen corazon, y de buena voluntad á Baſilio, que yo le daré á él un ſaco de buena ventura, que el amor (ſegun yo he oido decir) mira con unos antojos, que hacen parecer oro al cobre, á la pobreza riqueza, y á las lagañas perlas. Adonde vas á parar, Sancho, que ſeas maldito, dixo Don Quixote, que quando comienzas á enſartar refranes, y cuentos, no te puede eſperar, ſino el miſmo Judas que te lleve. Dime animal, que ſabes tu de clavos, ni de rodajas, ni de otra coſa ninguna ? O pues ſino me entienden, reſpondió Sancho, no es maravilla, que mis ſentencias ſean tenidas por diſparates : pero no importa, yo me entiendo, y ſé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho, ſino que vueſa merced, Señor mio, ſiempre es friſcal de mis dichos, y aun de mis hechos. Fiſcal has de decir, dixo Don Quixote, que no friſcal, prevaricador del buen lenguage, que Dios te confunda. No ſe apunte vueſtra merced conmigo, reſpondió Sancho, pues ſabe, que no me he criado en la Corte, ni he eſtudiado en Salamanca, para ſaber ſi añado, ó quito alguna letra á mis vocablos. Sí, que valgame Dios, no ay para que obligar al Sayagues, á que hable como el Toledano, y Toledanos puede aver que no las corten en el aire. En eſto del hablar polido así es, dixo el Licenciado, porque no pueden hablar tambien los que ſe crian en las Tenerías, y en Zocodover, como los que ſe paſean caſi todo el dia por el clauſtro de la Igleſia mayor, y todos ſon Toledanos :

nos: el lenguage puro, el propio, el elegante, y claro eſta en los diſcretos cortesanos, aunque ayan nacido en Majalahonda: dixe diſcretos, porque ay muchos que no lo ſon, y la diſcrecion es la gramatica del buen lenguage que ſe acompaña con el uſo. Yo, ſeño-
5 res, por mis pecados he eſtudiado Canones en Salamanca, y picome algun tanto de decir mi razon con palabras claras, llanas, y ſignificantes. Sino os picaredes mas de ſaber mas menear las negras que llevais, que la lengua (dixo el otro eſtudiante) vos llevarades el primero en licencias, como llevaſtes cola. Mirad Ba-
10 chiller, reſpondió el Licenciado, vos eſtais en la mas errada opinion del mundo, acerca de la deſtreza de la eſpada, teniendola por vana. Para mí no es opinion, ſino verdad aſentada, replicó Corchuelo, y ſi quereis que os lo mueſtre con la experiencia, eſpadas traeis, comodidad ay, yo pulſos, y fuerzas tengo, que acompana-
15 das de mi animo, que no es poco, os haran confeſar que yo no me engaño, apeaos y uſad de vueſtro compas de pies, de vueſtros circulos, y vueſtros angulos y ciencia, que yo eſpero de haceros ver eſtrellas á medio dia con mi deſtreza moderna, y zafia, en quien eſpero deſpues de Dios, que eſtá por nacer hombre que me haga
20 bolver las eſpaldas, y que no le ay en el mundo á quien yo no le haga perder tierra. En eſo de bolver, ó no las eſpaldas, no me meto, replicó el dieſtro, aunque podría ſer que en la parte donde la vez primera clavaſedes el pie, alli os abrieſen la ſepultura, quiero decir, que alli quedaſedes muerto por la deſpreciada deſtreza.
25 Aora ſe vera, reſpondió Corchuelo, y apeandoſe con gran preſteza de ſu jumento, tiró con furia de una de las eſpadas que llevava el Licenciado en el ſuyo. No ha de ſer así, dixo á eſte inſtante Don Quixote, que yo quiero ſer el maeſtro deſta eſgrima, y el juez deſta muchas veces no averiguada queſtion, y apeandoſe de Rozinante, y aſiendo de ſu lanza ſe puſo en la mitad del camino, á tiempo que ya

el

el Licenciado con gentil donaire de cuerpo y compas de pies ſe iva contra Corchuelo, que contra él ſe vinó lanzando (como decirſe ſuele) fuego por los ojos: los otros dos labradores del acompañamiento ſin apearſe de ſus pollinas ſirvieron de aſpetatores en la mortal tragedia: lás cuchilladas, eſtocadas, altibaxos, reveſes, y mandobles que tirava Corchuelo, eran ſin numero, mas eſpeſas que higado, y mas menudas que granizo; arremetia como un leon irritado: pero ſaliale al encuentro un tapaboca de la zapatilla de la eſpada del Licenciado, que en mitad de ſu furia le detenia, y ſe la hacia beſar, como ſi fuera reliquia, aunque no con tanta devocion como las reliquias deven, y ſuelen beſarſe. Finalmenté el Licenciado le contó á eſtocadas todos los botones de una media ſotanilla, que traya veſtida, haciendole tiras los faldamentos como colas de pulpo; derribóle el ſombrero dos veces, y canſóle de manera que de deſpecho, colera, y rabia aſió la eſpada por la empuñadura, y arrojóla por el aire con tanta fuerza, que uno de los labradores aſiſtentes, que era eſcrivano, que fue por ella, dió deſpues por teſtimonio, que la alongó de ſí caſi tres quartos de legua, el qual teſtimonio ſirve y ha ſervido, para que ſe conozca, y vea con toda verdad, como la fuerza es vencida del arte. Sentóſe canſado Corchuelo, y llegandoſe á él Sancho le dixo, mia fe, Señor Bachiller, ſi vueſa merced toma mi conſejo, de aquí adelante no ha de deſafiar á nadie á eſgrimir, ſino á luchar, ó á tirar la barra, pues tiene edad, y fuerzas para ello, que deſtos á quien llaman dieſtros, he oido decir, que meten una punta de una eſpada por el ojo de una aguja. Yo me contento, reſpondió Corchuelo, de aver caido de mi burra, y de que me aya moſtrado la experiencia la verdad de quien tan lexos eſtava, y levantandoſe abrazó al Licenciado, y quedaron mas amigos que de antes, y no queriendo eſperar al eſcrivano, que avia ido por la eſpada, por parecerle, que tardaría mucho, y así

determinaron ſeguir por llegar temprano á la aldea de Quiteria, de donde todos eran : en lo que faltava del camino, les fue contando el Licenciado las excelencias de la eſpada, con tantas razones demonſtrativas, y con tantas figuras, y demonſtraciones Matematicas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo reducido de ſu pertinacia. Era anochecido, pero antes que llegaſen les pareció á todos que eſtava delante del pueblo un cielo lleno de inumerables y reſplandecientes eſtrellas. Oyeron así miſmo confuſos y ſuaves ſonidos de diverſos inſtrumentos, como de flautas, tamborinos, ſalterios, albogues, panderos, y ſonajas, y quando llegaron cerca, vieron que los arboles de una enramada, que á mano avian pueſto á la entrada del pueblo, eſtavan todos llenos de luminarias á quien no ofendia el viento, que entonces no ſoplava, ſino tan manſo que no tenía fuerza para mover las hojas de los arboles : los muſicos eran los regozijadores de la boda que en diverſas quadrillas por aquel agradable ſitio andavan, unos bailando, y otros cantando, y otros tocando la diverſidad de los referidos inſtrumentos, en efecto no parecia ſino que por todo aquel prado andava corriendo la alegria, y ſaltando el contento, otros muchos andavan ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudieſen ver otro dia las repreſentaciones, y danzas que ſe avian de hacer en aquel lugar dedicado para ſolenizar las bodas del rico Camacho, y las exequias de Baſilio. No quiſo entrar en el lugar Don Quixote, aunque ſe lo pidieron así el labrador como el Bachiller : pero el dió por diſculpa, baſtantiſima á ſu parecer, ſer coſtumbre de los Cavalleros Andantes dormir por los campos, y floreſtas, antes que en los poblados, aunque fueſe debaxo de dorados techos, y con eſto ſe deſvió un poco del camino bien contra la voluntad de Sancho, viniendoſele á la memoria el buen alojamiento que avia tenido en el caſtillo, ó caſa de Don Diego.

Cap.

Cap. XX. *Donde ſe cuentan las Bodas de Camacho el rico con el ſuceſo de Baſilio el pobre.*

APenas la blanca Aurora avia dado lugar á que el luciente Febo con el ardor de ſus calientes rayos las liquidas perlas de ſus cabellos de oro enxugaſe, quando Don Quixote ſacudiendo la pereza de ſus miembros ſe puſo en pie, y llamó á ſu eſcudero Sancho, que aun toda via roncava; lo qual viſto por Don Quixote, antes que le deſpertaſe, le dixo: O tú bienaventurado ſobre qnantos viven ſobre la haz de la tierra, pues ſin tener invidia, ni ſer invidiado, duermes con ſoſegado eſpiritu, ni te perſiguen encantadores, ni ſobreſaltan encantamentos. Duerme, digo otra vez, y lo dire otras ciento, ſin que te tengan en continua vigilia zelos de tu dama, ni te deſvelen penſamientos de pagar deudas que devas, ni de lo que has de hacer para comer otro dia, tú, y tu pequeña y anguſtiada familia, ni la ambicion te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los limites de tus deſeos no ſe eſtienden á mas que á penſar tu jumento, que el de tu perſona ſobre mis ombros le tienes pueſto, contrapeſo y carga que puſo la naturaleza, y la coſtumbre á los ſeñores: duerme el criado, y eſtá velando el ſeñor, penſando como le ha de ſuſtentar, mejorar, y hacer mercedes; la congoxa de ver que el eielo ſe hace de bronce ſin acudir á la tierra con el conveniente rocio no aflige al criado, ſino al ſeñor que ha de ſuſtentar en la eſterilidad y hambre al que le ſirvió en la fertilidad y abundancia. A todo eſto no reſpondió Sancho, porque dormia; ni deſpertara tan preſto, ſi Don Quidote con el cuento de la lanza no le hiciere bolver en sí. Deſpertó en fin ſoñoliento,

liento, y perezoſo, y bolviendo el roſtro á todas partes, dixo: de la parte deſta enramada (ſino me engaño) ſale un tufo, y olor harto mas de torreznos aſados, que de juncos, y tomillos; bodas que por tales olores comienzan para mi ſantiguada, que deven de ſer abundantes, y generoſas. Acaba, gloton, dixo Don Quixote, ven iremos á ver eſtos deſpoſorios, por ver lo que hace el deſdeñado Baſilio. Mas que haga lo que quiſiere, reſpondió Sancho, no fuera el pobre, y caſaraſe con Quiteria: no ay mas, ſino no tener un quarto, y querer caſarſe por las nubes? A la fe, ſeñor, yo ſoy de parecer, que el pobre deve de contentarſe con lo que hallare, y no pedir cotufas en el golfo: yo apoſtaré un brazo que puede Camacho embolver en reales á Baſilio, y ſi eſto es aſi, como deve de ſer, bien boba fuera Quiteria en deſechar las galas, y las joyas, que le deve de aver dado, y le puede dar Camacho, por eſcoger el tirar de la barra, y el jugar de la negra de Baſilio: ſobre un buen tiro de barra, ó ſobre una gentil treta de eſpada no dan un quartillo de vino en la taberna; habilidades y gracias que no ſon vendibles, mas que las tenga el Conde Dirlos: pero quando las tales gracias caen ſobre quien tiene buen dinero, tal ſea mi vida como ellas parecen: ſobre un buen cimiento ſe puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y zanja del mundo es el dinero. Por quien Dios es, Sancho, dixo á eſta ſazon Don Quixote, que concluyas con tu arenga, que tengo para mí, que ſi te dexaſen ſeguir en las que á cada paſo comienzas, no te quedaría tiempo para comer, ni para dormir, que todo le gaſtarías en hablar. Si vueſtra merced tuviera buena memoria, replicó Sancho, devieraſe acordar de los capitulos de nueſtro concierto antes que eſta ultima vez ſalieſemos de caſa, uno dellos fue, que me avia de dexar hablar todo aquello que quiſieſe, con que no fueſe contra el proximo, ni contra la autoridad de vueſa merced, y haſta agora me parece, que no he

he contravenido contra el tal capitulo. Yo no me acuerdo, Sancho, reſpondió Don Quixote, del tal capitulo, y pueſto que ſea así, quiero que calles, y vengas, que ya los inſtrumentos que á noche oimos buelvan á alegrar los valles, y ſin duda los deſpoſorios ſe celebrarán en el freſcor de la mañana, y no en el calor de la tarde. Hizo Sancho lo que ſu Señor le mandava, y poniendo la ſilla á Rozinante, y la albarda al Rucio ſubieron los dos, y paſo ante paſo ſe fueron entrando por la enramada. Lo primero que ſe le ofreció á la viſta de Sancho, fue eſpetado en un aſador de un olmo entero un entero novillo, y en el fuego donde ſe avia de aſar ardia un mediano monte de leña, y ſeis ollas, que al rededor de la hoguera eſtavan, no ſe avian hecho en la comun turqueſa de las demas ollas, porque eran ſeis medias tinajas, que cada una cabia un raſtro de carne, así embevian, y encerravan en sí carneros enteros, ſin echarſe de ver, como ſi fueran palominos; las liebres ya ſin pellejo, y las gallinas ſin pluma, que eſtavan colgadas por los arboles para ſepultarlas en las ollas, no tenían numero; los paxaros y caza de diverſos generos eran infinitos, colgados de los arboles para que el aire los enfriaſe: contó Sancho mas de ſeſenta zaques de mas de á dos arrobas cada uno, y todos llenos (ſegun deſpues pareció) de generoſos vinos, así avia rimeros de pan blanquiſimo, como los ſuele aver de montones de trigo en las heras; los queſos pueſtos como ladrillos enrejados formavan una muralla, y dos calderas de aceyte mayores que las de un tinte, ſirvian de freir coſas de maſa, que con dos valientes palas las ſacavan fritas, y las zabullian en otra caldera de preparada miel que alli junto eſtava: los cocineros y cocineras paſavan de cincuenta, todos limpios, todos diligentes, y todos contentos: en el dilatado vientre del novillo eſtavan doce tiernos y pequeños lechones, que coſidos por encima ſervian de darle ſabor, y enternecerle: las eſpecias de diverſas ſuertes, no

pare-

parecia averlas comprado por libras, ſino por arrobas, y todas eſtavan de manifieſto en una grande arca. Finalmente el aparato de la boda era ruſtico: pero tan abundante, que podia ſuſtentar á un exercito. Todo lo mirava Sancho Panza, y todo lo contemplava, y de todo ſe aficionava: primero le cautivaron, y rindieron el deſeo las ollas de quien él tomara de boniſima gana un mediano puchero, luego le aficionaron la voluntad los zaques, y ultimamente las frutas de ſarten, ſi es que ſe podian llamar ſartenes las tan orondas calderas, y así ſin poderlo ſufrir, ni ſer en ſu mano hacer otra coſa, ſe llegó á uno de los ſolicitos cocineros, y con corteſes, y hambrientas razones, le rogó, le dexaſe mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas. A lo que el cocinero reſpondió, hermano, eſte dia no es de aquellos ſobre quien tiene jurisdicion la hambre (merced al rico Camacho) apeaos, y mirad ſi ay por ay un cucharon, y eſpumad una galſina, ó dos, y buen provecho os hagan. No veo ninguno, reſpondió Sancho. Eſperad, dixo el cocinero, pecador de mí, y que melindroſo, y para poco deveis de ſer! y diciendo eſto aſió de un caldero, y encaxandole en una de las medias tinajas ſacó en el tres gallinas y dos ganſos, y dixo á Sancho: Comed, Amigo, y deſayunaos con eſta eſpuma, en tanto que ſe llega la hora del yantar. No tengo en que echarla, reſpondió Sancho, pues llevaos, dixo el cocinero, la cuchara y todo, que la riqueza y el contento de Camacho todo lo ſuple. En tanto pues que eſto paſava Sancho, eſtava Don Quixote mirando como por una parte de la enramada entravan haſta doce labradores, ſobre doce hermoſiſimas yeguas con ricos y viſtoſos jaeces de campo, y con muchos caſcabeles en los petrales, y todos veſtidos de regozijo, y fieſtas, los quales en concertado tropel corrieron, no una, ſino muchas carreras por el prado, con regozijada algazara y grita, diciendo: Vivan Camacho; y Quiteria, el tan rico, como ella hermoſa, y ella

la

la mas hermoſa del mundo. Oyendo lo qual Don Quixote, dixo entre sí: bien parece, que eſtos no han viſto á mi Dulcinea del Toboſo, que ſi la huvieran viſto, ellos ſe fueran á la mano en las alabanzas deſta ſu Quiteria. De alli a poco comenzaron á entrar por diverſas partes de la enramada muchas y diferentes danzas, entre las quales venia una de eſpadas, de haſta veinte y quatro zagales de gallardo parecer, y brio, todos veſtidos de delgado y blanquiſimo lienzo, con ſus paños de tocar, labrados de varias colores de fina ſeda, y al que los guiava, que era un ligero mancebo, preguntó uno de los de las yeguas, ſi ſe avia herido alguno de los danzantes. Por aora, bendito ſea Dios, no ſe ha herido nadie, todos vamos ſanos: y luego comenzó á enredarſe con los demas compañeros, con tantas bueltas, y con tanta deſtreza, que aunque Don Quixote eſtava hecho á ver ſemejantes danzas, ninguna le avia parecido tan bien como aquella. Tambien le pareció bien otra, que entró, de doncellas hermoſiſimas, tan mozas, que al parecer ninguna baxava de catorze, ni llegava á diez y ocho años, veſtidas todas de palmilla verde, los cabellos parte tranzados, y parte ſueltos: pero todos tan rubios, que con los del ſol podían tener competencia, ſobre los quales trayan guirnaldas de jazmines, roſas, amaranto, y madreſelva compueſtas; guiavalas un venerable viejo, y una anciana matrona: pero mas ligeros y ſueltos que ſus años prometian. Hacíales el ſon una gayta Zamorana, y ellas llevando en los roſtros, y en los ojos á la honeſtidad, y en los pies á la ligereza, ſe moſtravan las mejores bayladores del mundo. Tras eſta entró otra danza de artificio, y de las que llaman habladas: era de ocho Ninfas, repartidas en dos hileras, de la una hilera era guia el Dios Cupido, y de la otra el Interes, aquel adornado de alas, arco, aljava, y ſaetas: eſte veſtido de ricas y diverſas colores de oro y ſeda, las Ninfas que al Amor ſeguyan trayan á las eſpaldas

en pergamino blanco, y letras grandes eſcritos ſus nombres: Poeſia era el titulo de la primera, el de la ſegunda Diſcrecion, el de la tercera Buen Linage, el de la quarta Valentia: del modo miſmo venian ſeñaladas las que al Interes ſeguyan, decia Liberalidad el titulo de la primera, Dadiva el de la ſegunda, Teſoro el de la tercera, y el de la quarta Poſeſion pacifica: delante de todos venia un caſtillo de madera, á quien tiravan quatro ſalvages todos veſtidos de yedra, y de cañamo, teñido de verde, tan al natural, que por poco eſpantaran á Sancho; en la frontera del caſtillo y en todas quatro partes de ſus quadros traya eſcrito, Caſtillo del buen recato: hacían les el ſon quatro dieſtros tañedores de tamboril y flauta; comenzava la danza Cupido, y aviendo hecho dos mudanzas, alzava los ojos y flechava el arco contra una doncella, que ſe ponia entre las almenas del caſtillo, á la qual deſta ſuerte dixo.

Yo ſoy el Dios poderoſo,
En el aire, y en la tierra,
Y en el ancho mar undoſo,
Y en quanto el abiſmo encierra
En ſu baratro eſpantoſo.

Nunca conocí que es miedo,
Todo quanto quiero puedo,
Aunque quiera lo impoſible,
Y en todo lo que es poſible
Mando, quito, pongo, y vedo.

Acabó la copla, diſparó una flecha por lo alto del caſtillo, y retiróſe á ſu pueſto. Salió luego el Interes, y hizo otras dos mudanzas, callaron los tamborinos, y el dixo.

Soy quien puede mas que amor,
Y es amor él que me guia,
Soy de la eſtirpe mejor,
Que el cielo en la tierra cria,
Mas conocida y mayor.

Soy el Interes en quien
Pocos ſuelen obrar bien,
Y obrar ſin mí es gran milagro,
Y qual ſoy te me conſagro
Por ſiempre jamas, Amen.

Retiróſe

Retiróſe el Interes, y hizoſe adelante la Poeſia, la qual deſpues de aver hecho ſus mudanzas como los demas, pueſtos los ojos en la doncella del caſtillo dixo.

En dulciſimos conceptos
La dulciſima Poeſia,
Altos, graves y diſcretos,
Señora, el alma te embia,
Embuelta entre mil ſonetos.
Si á caſo no te importuna
Mi perſia, tu fortuna,
De otras muchas invidiada,
Será por mi levantada,
Sobre el cerco de la Luna.

Deſvióſe la Poeſia, y de la parte del Interes ſalió la Liberalidad, y deſpues de hechas ſus mudanzas dixo.

Llaman liberalidad
Al dar, que el eſtremo huye
De la prodigalidad,
Y del contrario que arguye,
Tibia y floxa voluntad.
Mas yo por te engrandecer,
De oy mas prodiga he de ſer,
Que aunque es vicio, es vicio honrado,
Y de pecho enamorado,
Que en el dar ſe echa de ver.

Deſte modo ſalieron, y ſe retiraron todas las dos figuras de las dos eſquadras, y cada uno hizo ſus mudanzas, y dixo ſus verſos, algunos elegantes, y algunos ridiculos, y ſolo tomó de memoria Don Quixote (que la tenía grande) los ya referidos, y luego ſe mezclaron todos haciendo, y deſha ciendo lazos con gentil donaire, y deſemboltura, y quando paſava el Amor por delante del caſtillo, diſparava por alto ſus flechas: pero el Interes quebrava en el alcancias doradas. Finalmente deſpues de aver baylado un buen eſpacio el Interes ſacó un bolſon que le formava el pellejo de un gran gato Romano, que parecia eſtar lleno de dineros, y arrojandole al caſtillo con el golpe ſe deſencaxaron las tablas, y ſe cayeron, dexando á la

doncella deſcubierta, y ſin defenſa alguna: llegó el Interes con las figuras de ſu valía, y echandola una gran cadena de oro al cuello, moſtraron prenderla, rendirla, y cautivarla: lo qual viſto por el Amor y ſus valedores, hicieron ademan de quitarſela, y todas las demonſtraciones que hacían erán al ſon de los tamborinos, baylando y danzando concertadamente: puſieronlos en paz los ſalvages, los quales con mucha preſteza bolvieron á armar y á encaxar las tablas del caſtillo, y la doncella ſe encerró en el como de nuevo, y con eſto ſe acabó la danza con gran contento de los que la miravan. Preguntó Don Quixote á una de las Ninfas, que quien la avia compueſto y ordenado? Reſpondióle, que un beneficiado de aquel pueblo, que tenía gentil caletre para ſemejantes invenciones. Yo apoſtaré, dixo Don Quixote, que deve de ſer mas amigo de Camacho que de Baſilio el tal Bachiller, ó beneficiado, y que deve de tener mas de ſatirico que de viſperas; bien ha encaxado en la danza las habilidades de Baſilio, y las riquezas de Camacho. Sancho Panza, que lo eſcuchava todo, dixo: El Rey es mi gallo, á Camacho me atengo. En ſin, dixo Don Quixote, bien ſe parece, Sancho, que eres villano, y de aquellos que dicen, viva quien vence. No ſé de los que ſoy, reſpondió Sancho: pero bien ſé que nunca de ollas de Baſilio ſacaré yo tan elegante eſpuma como es eſta que he ſacado de las de Camacho, y enſeñole el caldero lleno de ganſos, y de gallinas, y aſiendo de una comenzó á comer con mucho donaire y gana, y dixo: á la barba de las habilidades de Baſilio: Que tanto vales, quanto tienes, y tanto tienes, quanto vales. Dos linages ſolos ay en el mundo, como decia una aguela mia, que ſon el tener, y el no tener, aunque ella al del tener ſe atenía, y el dia de oy mi ſeñor Don Quixote, antes ſe toma el pulſo al aver que al ſaber; un aſno cubierto de oro parece mejor que un cavallo enalbardado. Así que buelvo á decir, que á Camacho

me

me atengo, de cuyas ollas ſon abundantes eſpumas, ganſos, y gallinas, liebres, y conejos, y de las de Baſilio ſerán, ſi viene á mano, y aunque no venga ſino al pie, aguachirle. Has acabado tu arenga Sancho? dixo Don Quixote. Avrela acabado, reſpondió, porque veo que vueſtra merced recibe peſadumbre con ella, que ſi eſto no ſe puſiera de por medio, obra avia cortada para tres dias. Plega á Dios, Sancho, replicó Don Quixote, que yo te vea mudo antes que me muera. Al paſo que llevamos, reſpondió Sancho, antes que vueſtra merced ſe muera eſtare yo maſcando barro, y entonces podrá ſer que eſté tan mudo, que no hable palabra haſta la fin del mundo, ó por lo menos haſta el dia del juicio. Aunque eſo así ſuceda, ó Sancho, reſpondió Don Quixote, nunca llegará tu ſilencio, á do ha llegado lo que has hablado, hablas, y tienes de hablar en tu vida, y mas, que eſtá muy pueſto en razon natural, que primero llegue el dia de mi muerte que el de la tuya, y así jamas pienſo verte mudo, ni aun quando eſtes beviendo, ó durmiendo, que es lo que puedo encarecer. A buena fe, Señor, reſpondió Sancho, que no ay que fiar en la deſcarnada, digo en la muerte, la qual tambien come cordero como carnero, y á nueſtro Cura he oido decir, que con igual pie piſava las altas torres de los Reyes como las humildes chozas de los pobres: tiene eſta ſeñora mas de poder que de melindre, no es nada aſqueroſa, de todo come, y á todo hace, y de toda ſuerte de gentes, edades y preemïnencias hinche ſus alforjas: no es ſegador que duerme las ſieſtas, que á todas horas ſiega, y corta así la ſeca como la verde yerva, y no parece que maſca, ſino que engulle, y traga quanto ſe le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca ſe harta, y aunque no tiene barriga, da á entender que eſtá hidropica, y ſedienta de bever ſolas las vidas de quantos viven, como quien ſe beve un jarro de agua fria. No mas, Sancho, dixó á eſte punto Don Quixote, tente en buenas, y no te

dexes

dexes caer, que en verdad que lo que has dicho de la muerte por tus ruſticos terminos, es lo que pudiera decir un buen predicador. Digote, Sancho, que ſi como tienes buen natural y diſcrecion, pudieras tomar un pulpito en la mano, y irte por eſe mundo predicando lindezas. Bien predica quien bien vive, reſpondió Sancho, y yo no ſé otras Thologias. Ni las has meneſter, dixo Don Quixote: pero yo no acabo de entender, ni alcanzar, como ſiendo el principio de la ſabiduria el temor de Dios, tu que temes mas á un lagarto que á él, ſabes tanto. Juzgue vueſa merced, Señor, de ſus Cavallerias, reſpondió Sancho, y no ſe meta en juzgar de los temores, ó valentias agenas, que tan gentil temeroſo ſoy yo de Dios, como cada hijo de vecino; y dexeme vueſtra merced deſpavilar eſta eſpuma, que lo demas todas ſon palabras ocioſas, de que nos han de pedir cuenta en la otra vida. Y diciendo eſto, comenzó de nuevo á dar aſalto á ſu caldero con tan buenos alientos, que deſpertó los de Don Quixote, y ſin duda le ayudara, ſino lo impidiera lo que es fuerza ſe diga adelante.

Cap. XXI. Donde ſe proſiguen las Bodas de Camacho, con otros guſtoſos ſuceſos.

QUando eſtavan Don Quixote, y Sancho en las razones referidas en el capitulo antecedente, ſe oyeron grandes voces, y gran ruido; y davanlas, y cauſavanle los de las yeguas, que con larga carrera y grita, ivan á recebir á los novios, que rodeados de mil generos de inſtrumentos, y de invenciones, venian acompañados del Cura, y de la parentela de entrambos, y de toda la gente mas lucida de los lugares circunvecinos, todos veſtidos de fieſta. Y como

como Sancho vió á la novia, dixo: A buena fe que no viene veſtida de labradora, fino de garrida palaciega: Par diez, que ſegun diviſo, que las patenas qne avia de traer ſon ricos corales, y la palmilla verde de Cuenca es terciopelo de treinta pelos: y montas que la guarnicion es de tiras de lienzo blanca, voto á mí que es de raſo, pues tomadme las manos adornadas con ſortijas de azavache, no medre yo, fino ſon anillos de oro, y muy de oro, y empedrados con perlas blancas, como una quajada que cada una deve de valer un ojo de la cara. O hideputa, y que cabellos! que fino ſon poſtizos, no los he viſto mas luengos, ni mas rubios en toda mi vida. No fino ponedla tacha en el brio, y en el talle, y no la compareis á una palma, que ſe mueve cargada de racimos de datiles; que lo míſmo parecen los dixes que trae pendientes de los cabellos, y de la garganta: juro en mi anima que ella es una chapada moza, y que puede paſar por los bancos le Flandes. Rióſe Don Quixote de las ruſticas alabanzas de Sancho Panza, parecióle, que fuera de ſu Señora Dulcinea del Toboſo no avia viſto muger mas hermoſa jamas: venia la hermoſa Quiteria algo deſcolorida, y devia de ſer de la mala noche que ſiempre paſan las novias en componerſe para el dia venidero de ſus bodas: ivanſe acercando á un teatro, que á un lado del prado eſtava adornado de alfombras, y ramos, adonde ſe avian de hacer los deſpoſorios, y de donde avian de mirar las danzas, y las invenciones.

Y á la ſazon que llegavan al pueſto, oyeron á ſus eſpaldas grandes voces, y una que decia: Eſperaos un poco, gente tan inconſiderada, como preſuroſa: á cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza, y vieron que las dava un hombre, veſtido, al parecer, de un ſayo negro gironado de carmeſí á llamas; venia coronado (como ſe vió luego) con una corona de funeſto Cipres: en las manos traya un baſton grande: en llegando mas cerca fue conocido de todos por el gallardo

gallardo Baſilio, y todos eſtuvieron ſuſpenſos, eſperando en que avian de parar ſus voces, y ſus palabras, temiendo algun mal ſuceſo de ſu venida en ſazon ſemejante. Llegó en fin canſado, y ſin aliento, y pueſto delante de los deſpoſados, hincando el baſton en el ſuelo, que tenía el cuento de una punta de acero, mudada la color, pueſtos los ojos en Quiteria, con voz tremente y ronca ellas razones dixo: Bien ſabes, deſconocida Quiteria, que conforme á la ſanta ley que profeſamos, que viviendo yo tu no puedes tomar eſpoſo: y juntamente no ignoras, que por eſperar yo, que el tiempo y mi diligencia mejoraſen los bienes de mi fortuna, no he querido dexar de guardar el decoro que á tu honra convenia: pero tu echando á las eſpaldas todas las obligaciones que deves á mi buen deſeo, quieres hacer ſeñor de lo que es mio á otro, cuyas riquezas le ſirven no ſolo de buena fortuna, ſino de boniſima ventura, y para que la tenga colmada (y no como yo pienſo que la merece, ſino como ſe la quieren dar los cielos) yo por mis manos deſharé el impoſible, ó el inconveniente, que puede eſtorvarſela, quitandome á mí de por medio. Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices ſiglos, y muera, muera el pobre Baſilio, cuya pobreza cortó las alas de ſu dicha, y le puſo en la ſepultura, y diciendo eſto, aſió del baſton que tenía hincado en el ſuelo, y quedandoſe la mitad del en la tierra, moſtró que ſervia de vaina á un mediano eſtoque que en el ſe ocultava, y pueſta la que ſe podia llamar empuñadura en el ſuelo, con ligero deſenfado, y determinado propoſito ſe arrojó ſobre el, y en un punto moſtró la punta ſangrienta á las eſpaldas, con la mitad del acerada cuchilla, quedando el triſte bañado en ſu ſangre, y tendido en el ſuelo de ſus miſmas armas traſpaſado. Acudieron luego ſus amigos á favorecerle, coñdolidos de ſu miſeria y laſtimoſa deſgracia, y dexando Don Quixote á Rozinante acudió á favorecerle, y le tomó en ſus brazos,

brazos, y halló que aun no avia eſpirado: quiſieronle ſacar el eſtoque, pero el Cura, que eſtava preſente, fue de parecer que no ſe le ſacaſen antes de confeſarle, porque el ſacarſele y el eſpirar ſería todo á un tiempo, pero bolviendo un poco en sí Baſilio con voz doliente y deſmayada dixo: Si quiſieſes, cruel Quiteria, darme en eſte ultimo y forzoſo trance la mano de eſpoſa, aun penſaría que mi temeridad tendría diſculpa, pues en ella alcancé el bien de ſer tuyo. El Cura oyendo lo qual le dixo: que atendieſe á la ſalud del alma, antes que á los guſtos del cuerpo, y que pidieſe muy de veras á Dios perdon de ſus pecados, y de ſu deſeſperada determinacion. A lo qual replicó Baſilio, que en ninguna manera ſe confeſaría, ſi primero Quiteria no le dava la mano de ſer ſu eſpoſa, que aquel contento le adobaría la voluntad, y le daría aliento para confeſarſe. En oyendo Don Quixote la peticion del herido, en altas voces dixo, que Baſilio pedía una coſa muy juſta y pueſta en razon, y á demas muy hacedera, y que el ſeñor Camacho quedaría tan honrado recibiendo á la Señora Quiteria viuda del valeroſo Baſilio, como ſi la recibiera del lado de ſu padre: aquí no ha de aver mas de un sí, que no tenga otro efecto, que el pronunciarle, pues el talamo de eſtas bodas ha de ſer la ſepultura. Todo lo oya Camacho, y todo le tenía ſuſpenſo y confuſo, ſin ſaber que hacer, ni que decir: pero las voces de los amigos de Baſilio fueron tantas, pidiendole, que conſintieſe que Quiteria le dieſe la mano de eſpoſa, porque ſu alma no ſe perdieſe, partiendo deſeſperado deſta vida, que le movieron, y aun forzaron á decir, que ſi Quiteria quería darſela, que él ſe contentava, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de ſus deſeos. Luego acudieron todos á Quiteria, y unos con ruegos, y otros con lagrimas, y otros con eficaces razones la perſuadian que dieſe la mano al pobre Baſilio, y ella mas dura que un marmol, y mas ſeſga que una eſtatua, moſ-

trava, que ni ſabia, ni podia, ni quería reſponder palabra: ni la reſpondiera, ſi el Cura no la dixera, que ſe determinaſe preſto en lo que avia de hacer, porque tenía Baſilio ya el alma en los dientes, y no dava lugar á eſperar inreſolutas determinaciones. Entonces la hermoſa Quiteria, ſin reſponder palabra alguna, turbada, al parecer triſte y peſaroſa, llegó donde Baſilio eſtava, ya los ojos bueltos, el aliento corto, y apreſurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando mueſtras de morir como Gentil, y no como Chriſtiano. Llegó en fin Quiteria, y pueſta de rodillas le pidió la mano por ſeñas, y no por palabras. Deſencaxó los ojos Baſilio, y mirandola atentamente le dixo: O Quiteria, que has venido á ſer piadoſa, á tiempo, quando tu piedad ha de ſervir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la glória que me das en eſcogerme por tuyo, ni para ſuſpender el dolor que tan aprieſa me va cubriendo los ojos con la eſpantoſa ſombra de la muerte: Lo que te ſuplico es (ó fatal eſtrella mia) que la mano que me pides, y quieres darme, no ſea por cumplimiento, ni para engañar me de nuevo, ſino que confieſes, y digas que ſin hacer fuerza à tu voluntad me la entregas, y me la das, como á tu legitimo eſpoſo, pues no es razon que en un trance come eſte me engañes, ni uſes de fingimientos, con quien tantas verdades ha tratado contigo: entre eſtas razones ſe deſmayava, de modo que todos los preſentes penſavan, que cada deſmayo ſe avia de llevar el alma conſigo. Quiteria toda honeſta, y toda vergonzoſa, aſiendo con ſu derecha mano la de Baſilio, le dixo: Ninguna fuerza fuera baſtante á torcer mi voluntad, y así con la mas libre que tengo te doy la mano de legitima eſpoſa, y recibo la tuya, ſi es que me la das de tu libre alvedrio, ſin que la turbe ni contraſte la calamidad en que tu diſcurſo acelerado te ha pueſto. Si doy, reſpondió

pondió Baſilio, no turbado, ni confuſo, ſino con el claro entendimiento que el cielo quiſo darme, y así me doy, y me entrego por tu eſpoſo. Y yo por tu eſpoſa, reſpondió Quiteria, aora vivas largos años, aora te lleven de mis brazos á la ſepultura. Para eſtar tan herido eſte mancebo, dixo á eſte punto Sancho Panza, mucho habla, haganle que ſe dexe de requiebros, y que atienda á ſu alma, que á mi parecer mas la tiene en la lengua, que en los dientes. Eſtando pues asidos de las manos Baſilio, y Quiteria, el Cura tierno y lloroſo los echó la bendicion, y pidió al cielo dieſe buen poſo al alma del nuevo deſpoſado; el qual así como recibió la bendicion con preſta ligereza ſe levantó en pie, y con no viſta deſemboltura ſe ſacó el eſtoque á quien ſervia de vaina ſu cuerpo. Quedaron todos los circunſtantes admirados, y algunos dellos mas ſimples que curioſos en altas voces comenzaron á decir, milagro, milagro! pero Baſilio replicó, no milagro, milagro, ſino induſtria, induſtria. El Cura deſatentado, y atonito, acudió con ambas manos á tentar la herida, y halló que la cuchilla avia paſado no por la carne y coſtillas de Baſilio, ſino por un cañon hueco de hierro que lleno de ſangre, en aquel lugar bien acomodado tenía, preparada la ſangre (ſegun deſpues ſe ſupo) de modo que no ſe elaſe. Finalmente el Cura y Camacho con todos los mas circunſtantes ſe tuvieron por burlados y eſcarnidos. La eſpoſa no dió mueſtras de peſarle de la burla, antes oyendo decir, que aquel caſamiento por aver ſido engañoſo, no avia de ſer valedero, dixo, que ella le confirmava de nuevo, de lo qual coligieron todos, que de conſentimiento y ſabiduria de los dos ſe avia trazado aquel caſo, de lo que quedó Camacho y ſus valedores tan corridos, que remitieron ſu venganza á las manos, y deſenvainando muchas eſpadas arremetieron á Baſilio, en cuyo favor en un inſtante ſe deſenvainaron caſi otras tantas, y tomando la delantera á cavallo Don Quixote con la

lanza ſobre el brazo, y bien cubierto de ſu eſcudo, ſe hacía dar lugar de todos. Sancho á quien jamas pluguieron, ni ſolazaron ſemejantes fechurias, ſe acogió á las tinajas, donde avia ſacado ſu agradable eſpuma, pareciendole aquel lugar como ſagrado, que avia de ſer tenido en reſpeto. Don Quixote á grandes voces decia: Teneos, ſeñores, teneos, que no es razon tomeis venganza de los agravios que el amor nos hace: y advertid, que el amor y la guerra ſon una miſma coſa, y así como en la guerra es coſa licita, y acoſtumbrada uſar de ardides y eſtratagemas, para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amoroſas ſe tienen por buenos los embuſtes y marañas que ſe hacen, para conſeguir el fin que ſe deſea, como no ſean en menoſcabo y deſhonra de la coſa amada. Quiteria era de Baſilio, y Baſilio de Quiteria por juſta y favorable diſpoſicion de los cielos. Camacho es rico, y podrá comprar ſu guſto, quando, donde, y como quiſiere: Baſilio no tiene mas deſta oveja, y no ſe la ha de quitar alguno, por poderoſo que ſea, que á los dos que Dios junta, no podrá ſeparar el hombre, y él que lo intentare, primero ha de paſar por la punta deſta lanza: y en eſto la blandió tan fuerte, y tan dieſtramente, que puſo pavor en todos los que no le conocian, y tan intenſamente ſe fixó en la imaginacion de Camacho el deſden de Quiteria, que ſe la borró de la memoria en un inſtante, y así tuvieron lugar con él las perſuaſiones del Cura, que era varon prudente, y bien intencionado, con las quales quedó Camacho, y los de ſu parcialidad pacificos, y ſoſegados; en ſeñal de lo qual bolvieron las eſpadas á ſus lugares, culpando mas á la facilidad de Quiteria, que á la induſtria de Baſilio. Haciendo diſcurſo Camacho, que ſi Quiteria queria bien á Baſilio doncella, tambien le quiſiera caſada, y que devia de dar gracias al cielo, mas por averſela quitado, que por averſela dado. Conſolado pues y pacifico Camacho, y los de ſu meſnada, todos los

de

de la de Baſilio ſe ſoſegaron; y el rico Camacho, por moſtrar que no ſentía la burla, ni la eſtimava en nada, quiſo que las fieſtas paſaſen adelante, como ſi realmente ſe deſpoſara: pero no quiſieron aſiſtir á ellas Baſilio, ni ſu eſpoſa, ni ſequaces, y así ſe fueron á la aldea de Baſilio: que tambien los pobres virtuoſos y diſcretos tienen quien los ſiga, honre y ampare, como los ricos tienen quien los liſongee, y acompañe. Llevaronſe conſigo á Don Quixote, eſtimandole por hombre de valor, y de pelo en pecho. A ſolo Sancho ſe le eſcureció el alma, por verſe impoſibilitado de aguardar la eſplendida comida y fieſtas de Camacho, que duraron haſta la noche, y así aſenderado, y triſte ſiguió á ſu Señor, que con la quadrilla de Basilio iva, y así ſe dexo atras las ollas de Egypto, aunque las llevava en el alma, cuya ya casi conſumida y acabada eſpuma que en el caldero llevava, le repreſentavala gloria y la abundancia del bien que perdia; y así congoxado, y penſativo, aunque ſin hambre, ſin apearſe del Rucio, ſiguió las huellas de Rozinante.

Cap. XXII. Donde ſe cuenta la grande Aventura de la Cueva de Monteſinos, que eſtá en el corazon de la Mancha, á quien dió felice cima el valeroſo Don Quixote de la Mancha.

GRandes fueron, y muchos los regalos que los deſpoſados hicieron á Don Quixote, obligados de las mueſtras que avia dado, defendiendo ſu cauſa, y al par de la valentia le graduaron la diſcrecion, teniendole por un Cid en las armas, y por un Ciceron en la eloquencia. El buen Sancho ſe refociló tres dias á coſta de los novios, de los quales ſe ſupo, que no fue traza comunicada con

con la hermoſa Quiteria el herirſe fingidamente, ſino induſtria de Baſilio, eſperando della el miſmo ſuceſo que ſe avia viſto, bien es verdad, que confeſó, que avia dado parte de ſu penſamiento á algunos de ſus amigos, para que al tiempo neceſario favoreciesen ſu intencion, y abonaſen ſu engaño. No ſe pueden, ni deven llamar engaños, dixo Don Quixote, los que ponen la mira en virtuoſos fines, y que el de caſarſe los enamorados, era el fin de mas excelencia; advirtiendo, que el mayor contrario que el amor tiene, es la hambre, y la continua neceſidad, porque el amor es todo alegria, regocijo y contento, y mas quando el amante eſtá en poſeſion de la coſa amada, contra quien ſon enemigos opueſtos y declarados la neceſidad y la pobreza: y que todo eſto decia con intencion de que ſe dexaſe el Señor Baſilio de exercitar las habilidades que ſabe, que aunque le davan fama, no le davan dineros, y que atendieſe á grangear hacienda por medios licitos é induſtrioſos, que nunca faltan á los prudentes y aplicados: el pobre honrado (ſi es que puede ſer honrado el pobre) tiene prenda en tener muger hermoſa, que quando ſe la quitan, le quitan la honra, y ſe la matan. La muger hermoſa, y honrada, cuyo marido es pobre, merece ſer coronada con laureles, y palmas de vencimiento, y triunfo, la hermoſura por sí ſola atrae las voluntades de quantos la miran y conocen, y como á ſeñuelo guſtoſo ſe le abaten las aguilas Reales, y los paxaros altaneros: pero ſi á la tal hermoſura ſe le junta la neceſidad, y eſtrecheza, tambien la enviſten los cuervos, los milanos, y las otras aves de rapiña, y la que eſtá á tantos encuentros firme, bien merece llamarſe corona de ſu marido. Mirad, diſcreto Baſilio, añadió Don Quixote: Opinion fue de no ſé que ſabio, que no avia en todo el mundo ſino una ſola muger buena, y dava por conſejo, que cada uno penſaſe, y creyeſe, que aquella ſola buena era la ſuya, y aſi viviría contento. Yo no ſoy caſado, ni haſta ahora

hora me ha venido en penſamiento ſerlo, y con todo eſto me atreveria á dar conſejo al que me lo pidieſe, del modo que avia de buſcar la muger, con quien ſe quiſieſe caſar. Lo primero le aconſejaria que miraſe mas á la fama, que á la hacienda, porque la buena muger no alcanza la buena fama ſolamente con ſer buena, ſino con parecerlo, que mucho mas dañan á las honras de las mugeres las deſembolturas, y libertades publicas, que las maldades ſecretas. Si traes buena muger á tu caſa, facil cosa ſería conſervarla, y aun mejorarla en aquella bondad: pero ſi la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla, que no es muy hacedero paſar de un eſtremo á otro, yo no digo, que ſea impoſible: pero tengolo por dificultoſo. Oya todo eſto Sancho, y dixo entre ſí, eſte mi Amo, quando yo hablo coſas de meollo, y de ſuſtancia, ſuele decir, que podría yo tomar un pulpito en las manos, y irme por eſe mundo adelante predicando lindezas, y yo digo dél, que quando comienza á enhilar ſentencias y á dar conſejos, no ſolo puede tomar pulpito en las manos, ſino dos en cada dedo, y andarſe por eſas plazas, á que quieres boca: valate el diablo por Cavallero Andante, que tantas coſas ſabes; yo penſava en mi anima, que ſolo podia ſaber aquello que tocava á ſus Cavallerias: pero no ay coſa donde no pique y dexe de meter ſu cucharada. Murmurava eſto algo Sancho, y entreoyó le ſu ſeñor, y preguntóle: Que murmuras Sancho? No digo nada, ni murmuro de nada, reſpondió Sancho: ſolo eſtava diciendo entre mí, que quiſiera aver oido lo que vueſa merced aquí ha dicho, antes que me caſara, que quiza dixera yo agora, el buey ſuelto bien ſe lame. Tan mala es tu Tereſa, Sancho? dixo Don Quixote. No es muy mala, reſpondió Sancho: pero no es muy buena, alomenos no es tan buena como yo quiſiera. Mal haces Sancho, dixo Don Quixote, en decir mal de tu muger, que en efecto es madre de tus hijos. No nos devemos nada, reſpondió

Sancho,

Sancho, que tambien ella dice mal de mí, quando ſe le antoja, eſpecialmente quando eſtá zeloſa, que entonces ſufrala el miſmo Satanas. Finalmente tres dias eſtuvieron con los novios, donde fueron regalados, y ſervidos como cuerpos de Rey.

Pidió Don Quixote al dieſtro Licenciado le dieſe una guia, que le encaminaſe á la Cueva de Monteſinos, porque tenía gran deſeo de entrar en ella, y ver á ojos viſtas, ſi eran verdaderas las maravillas que de ella ſe decian por todos aquellos contornos. El Licenciado le dixo, que le daría á un Primo ſuyo, famoſo eſtudiante, y muy aficionado á leer Libros de Cavallerias, el qual con mucha voluntad le pondría á la boca de la miſma cueva, y le enſeñaría las Lagunas de Ruidera famoſas anſimiſmo en toda la Mancha, y aun en toda Eſpaña; y dixole que llevaría con él guſtoſo entretenimiento, á cauſa que era mozo que ſabia hacer libros para imprimir, y para dirigir los á Principes. Finalmente el Primo vinó con una pollina preñada, cuya albarda cubría un gayado tapete, ó arpillera. Enſillo Sancho á Rozinante, y aderezó al Rucio, proveyó ſus alforjas, á las quales acompañaron las del Primo, así miſmo bien proveidas, y encomendandoſe á Dios, y deſpidiendoſe de todos, ſe puſieron en camino, tomando la derrota de la famoſa Cueva de Monteſinos. En el camino preguntó Don Quixote al Primo, de que genero y calidad eran ſus exercicios, ſu profeſion, y eſtudios. A lo que él reſpondió, que ſu profeſion era ſer humaniſta, ſus exercicios, y eſtudios componer libros para dar a la eſtampa, todos de gran provecho, y no menos entretenimiento para la Republica, que el uno ſe intitulava el de las libreas, donde pinta ſetecientas y tres libreas, con ſus colores, motes, y cifras, de donde podían ſacar y tomar las que quiſieſen en tiempo de fieſtas y regocijos los Cavalleros Corteſanos, ſin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando (como dicen) el cerbelo, por ſacarlas conformes á ſus deſeos, é intenciones, porque doy

al

al zeloſo, al deſdeñado, al olvidado, y al auſente, las que les convienen, que les vendran mas juſtas que pecadoras. Otro libro tengo tambíen á quien he de llamar Metamorfoſeos, ó Ovidio Eſpañol, de invencion nueva, y rara: porque en el imitando á Ovidio, á lo burleſco pinto quien fue la Giralda de Sevilla, y el Angel de la Madalena, quien el caño de Vecinguerra de Cordova, quienes los Toros de Guiſando, la Sierra Morena, las fuentes de Leganitos, y Lavapies en Madrid, no olvidandome de la del Piojo, de la del Caño Dorado, y de la Priora, y eſto con ſus alegorias, metaforas, y tranſlaciones de modo que alegran, ſuſpendan, y enſeñan á un miſmo punto. Otro libro tengo que le llamo Suplemento á Virgilio Polidoro, que trata de la invencion de las coſas que es de grande erudicion, y eſtudio, á cauſa que las coſas, que ſe dexó de decir Polidoro de gran ſuſtancia, las averiguo yo, y las declaro por gentil eſtilo: olvidóſele á Virgilio de declararnos quien fue el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomó las unciones para curarſe del morbo Galico, y yo lo declaro al pie de la letra, y lo autorizo con mas de veinte y cinco autores, porque vea vueſa merced ſi he trabajado bien, y ſi ha de ſer util el tal libro á todo el mundo.

Sancho, que avia eſtado muy atento á la narracion del Primo, le dixo: Digame, Señor, así Dios le dé buena manderecha en la impreſion de ſus libros, ſabriame decir, que ſi ſabrá, pues todo lo ſabe, quien fue el primero que ſe raſcó en la cabeza, que yo para mi tengo que devió de ſer nueſtro padre Adan? Si ſería, reſpondió el Primo, porque Adan, no ay duda ſino que tuvo cabeza y cabellos, y ſiendo eſto así, y ſiendo el primer hombre del mundo, alguna vez ſe raſcaría. Así lo creo yo, reſpondió Sancho: pero digame aora, quien fue el primer volteador del mundo? En verdad, hermano, reſpondió el Primo que no me ſabre determinar por aora,

haſta que lo eſtudie, yo lo eſtudiare en bolviendo adonde tengo mis libros, y yo os ſatisfaré, quando otra vez nos veamos, que no ha de ſer eſta la poſtrera. Pues mire, ſeñor, replicó Sancho, no tome trabajo en eſto, que aora he caido en la cuenta de lo que le he preguntado: ſepa que el primer volteador del mundo, fue Lucifer, quando le echaron, ó arrojaron del cielo, que vinó volteando haſta los abiſmos. Tienes razon, amigo, dixo el Primo; y dixo Don Quixote: Eſa pregunta, y reſpueſta, no es tuya Sancho, á alguno las has oido decir. Calle ſeñor, replicó Sancho, que á buena fe, que ſi me doy á preguntar, y á reſponder, que no acabe de aquí á mañana. Si que para preguntar necedades, y reſponder diſparates, no he meneſter yo andar buſcando ayuda de vecinos. Mas has dicho, Sancho, de lo que ſabes, dixo Don Quixote, que ay algunos, que ſe canſan en ſaber y averiguar coſas, que deſpues de ſabidas, y averiguadas no importan un ardite al entendimiento, ni á la memoria. En eſtas y otras guſtoſas platicas ſe les paſó aquel dia, y á la noche ſe albergaron en una pequeña aldea, adonde el Primo dixo á Don Quixote, que deſde alli á la Cueva de Montesinos no avia mas de dos leguas, y que ſi llevava determinado de entrar en ella, era meneſter, proveerſe de ſogas para atarſe, y deſcolgarſe en ſu profundidad. Don Quixote dixo, que aunque llegaſe al abiſmo, avia de ver donde parava, y así compraron caſi cien brazas de ſoga, y otro dia á las dos de la tarde llegaron á la Cueva, cuya boca es eſpacioſa, y ancha: pero llena de cambroneras, y cabrahigos, de zarzas, y malezas tan eſpeſas y intricadas, que de todo en todo la ciegan y encubren: en viendola ſe apearon el Primo, Sancho, y Don Quixote, al qual los dos le ataron luego fortiſimamente con las ſogas, y en tanto que le faxavan y ceñian, le dixo Sancho: Mire vueſtra merced, Señor mio, lo que hace, no ſe quiera ſepultar en vida, ni ſe ponga adonde parezca fraſco, que

le

le ponen á enfriar en algun pozo, ſi que á vueſta merced no le toca, ni atañe ſer el eſcudriñador deſta, que deve de ſer peor que mazmorra. Ata, y calla, reſpondió Don Quixote, que tal empreſa como aqueſta, Sancho amigo, para mí eſtava guardada. Y entonces dixo la guia: Suplico á vueſa merced, Señor Don Quixote, que mire bien, y eſpecule con cien ojos lo que ay allá dentro, quiza avra coſas, que las ponga yo en el libro de mis Transformaciones. En manos eſtá el pandero, que le ſabrá bien tañer, reſpondió Sancho Panza. Dicho eſto, y acabada la ligadura de Don Quixote (que no fue ſobre el arnes, ſino ſobre el jubon de armar.) Dixo Don Quixote, inadvertidos hemos andado, en no avernos proveido de algun eſquilon pequeño, que fuera atado junto á mí en eſta miſma ſoga, con cuyo ſonido ſe entendera que toda via baxava, y eſtava vivo: pero pues ya no es poſible, á la mano de Dios, que me guie; y luego ſe hincó de rodillas, y hizo una oracion en voz baxa al cielo, pidiendo á Dios le ayudaſe, y le dieſe buen ſuceſo en aquella, al parecer, peligroſa, y nueva aventura, y en voz alta dixo luego: O ſeñora de mis acciones, y movimientos, clariſima, y ſin par Dulcinea del Toboſo, ſi es poſible, que lleguen á tus oidos las plegarias y rogaciones deſte tu venturoſo amante, por tu inaudita belleza te ruego las eſcuches, que no ſon otras que rogarte, no me niegues tu favor, y amparo, aora que tanto le he meneſter. Yo voy á deſpeñarme, á empozarme, y á hundirme en el abiſmo, que aquí ſe me repreſenta, ſolo porque conozca el mundo, que ſi tu me favoreces no avra impoſible á quien yo no acometa, y acabe, y en diciendo eſto ſe acercó á la ſima, vió no ſer poſible deſcolgarſe, ni hacer lugar á la entrada, ſino era á fuerza de brazos, ó á cuchilladas, y así poniendo mano á la eſpada comenzó á derribar y á cortar de aquellas malezas, que á la boca de la Cueva eſtavan, por cuyo ruido y eſtruendo ſalieron por ella una infinidad de grandiſi-

mos cuervos, y grajos, tan eſpeſos, y con tanta prieſa, que dieron con Don Quixote en el ſuelo, y ſi él fuera tan agorero, como Catolico Chriſtiano, lo tuviera á mala ſeñal, y eſcuſara de encerraſe en lugar ſemejante. Finalmente ſe levantó, y viendo que no ſalían mas cuervos, ni otras aves noturnas, como fueron murcielagos, que así miſmo entre los cuervos ſalieron, dandole ſoga el Primo y Sancho le dexaron calár al fondo de la caverna eſpantoſa, y al entrar, echandole Sancho ſu bendicion, y haciendo ſobre él mil cruces, dixo: Dios te guie y la Peña de Francia, junto con la Trinidad de Gaeta, flor, nata, y eſpuma de los Cavalleros Andantes. Allá vas, valenton del mundo, corazon de acero, brazos de bronce, Dios te guie otra vez, y te buelva libre, ſano, y ſin cautela á la luz deſta vida, que dexas, por enterrarte en eſta eſcuridad que buſcas. Caſi las miſmas plegarias y deprecaciones hizo el Primo. Iva Don Quixote dando voces que le dieſen ſoga, y mas ſoga, y ellos ſe la davan poco á poco, y quando las voces, que acanaladas por la cueva ſalían, dexaron de oirſe, ya ellos tenían deſcolgadas las cien brazas de ſoga, y fueron de parecer de bolver á ſubir á Don Quixote, pues no le podían dar mas cuerda: con todo eſo ſe detuvieron como media hora, al cabo del qual eſpacio bolvieron á recoger la ſoga con mucha facilidad, y ſin peſo alguno, ſeñal que les hizo imaginar que Don Quixote ſe quedava dentro, y creyendolo así Sancho, llorava amargamente, y tirava con mucha prieſa por deſengañarſe: pero llegando á ſu parecer á poco mas de las ochenta brazas ſintieron peſo, de que en eſtremo ſe alegraron. Finalmente á las diez vieron diſtintamente á Don Quixote, á quien dió voces Sancho, diciendole: Sea vueſtra merced muy bien buelto, Señor mio, que ya penſavamos que ſe quedava allá para caſta: pero no reſpondia palabra Don Quixote, y ſa candole del todo, vieron que traya cerrados los ojos, con mueſtras de eſtar dormido

dormido. Tendieronle en el ſuelo, y deſſliaronle, y con todo eſto no deſpertava. Pero tanto le bolvieron, y rebolvieron, ſacudieron, y menearon, que al cabo de un buen eſpacio bolvió en sí, deſperezandoſe bien como ſi de algun grave y profundo ſueño deſpertara, y mirando á una y otra parte, como eſpantado, dixo: Dios os lo perdone, amigos, que me aveis quitado de la mas ſabroſa y agradable vida y viſta, que ningun humano ha viſto ni paſado. En efecto aora acabo de conocer que todos los contentos deſta vida paſan como ſombra y ſueño, ó ſe marchitan como la flor del campo: ó deſdichado Montelinos, ó mal ferido Durandarte, ó ſin ventura Belerma, ó lloroſo Guadiana, y voſotras ſin dicha hijas de Ruidera, que moſtrais en vueſtras aguas las que lloraron vueſtros hermoſos ojos. Con grande atencion eſcuchavan el Primo, y Sancho las palabras de Don Quixote, que las decia, como ſi con dolor inmenſo las ſacára de las entrañas. Suplicaronle les dieſe á entender lo que decia, y les dixeſe, lo que en aquel infierno avia viſto. Infierno le llamais, dixo Don Quixote, pues no le llameis anſi; porque no lo merece, como luego vereis: pidió, que le dieſen algo de comer, que traya grandiſima hambre, tendieron la harpillera del Primo ſobre la verde yerva, acudieron á la deſpenſa de ſus alforjas, y ſentados todos tres en buen amor, y compaña, merendaron, y cenaron todo junto. Levantada la harpillera, dixo Don Quixote de la Mancha, no ſe levante nadie, y eſtadme, hijos, todos atentos.

Cap. XXIII. De las admirables cosas que el estremado Don Quixote contó, que avia visto en la profunda Cueva de Montesinos, cuya imposibilidad, y grandeza hace, que se tenga esta aventura por apocrisa.

LAS quatro de la tarde serían, quando el sol entre nubes cubierto con luz escasa, y templados rayos, dió lugar á Don Quixote, para que sin calor, y pesadumbre contase á sus dos clarisimos oyentes, lo que en la Cueva de Montesinos avia visto, y comenzó en el modo siguiente:

A obra de doce ó catorce estados de la profundidad desta mazmorra á la derecha mano se hace una concavidad, y espacio capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas, entrale una pequeña luz por unos resquicios, ó agujeros, que lexos le responden abiertas en la superficie de la tierra; esta concavidad, y espacio ví yo á tiempo, quando ya iva, cansado, y mohino de verme pendiente, y colgado de la soga, caminar por aquella escura region abaxo, sin llevar cierto, ni determinado camino; y así determiné, entrarme en ella, y descansar un poco: di voces, pidiendoos que no descolgasedes mas soga, hasta que yo os lo dixese, pero no devistes de oirme: fuy recogiendo la soga, que embiavades, y haciendo della una rosca, ó rimero, me senté sobre el, pensativo ademas, considerando lo que hacer devia, para calar al fondo, no teniendo quien me sustentase, y estando en este pensamiento, y confusion, de repente, y sin procurarlo, me salteó un sueño profundisimo, y quando menos lo pensava, sin saber como, ni como no, desperté del, y me hallé en la mitad del mas bello, ameno, y delei-

deleitoſo prado, que puede criar la naturaleza, ni imaginar la mas diſcreta imaginacion humana. Deſpavilé los ojos, limpiemelos, y vi, que no dormía, ſino que realmente eſtava deſpierto, con todo eſto me tenté la cabeza, y los pechos, por certificarme, ſi era yo miſmo el que alli eſtava, ó alguna fantaſma vana, y contrahecha; pero el tacto, el ſentimiento, los diſcurſos concertados, que entre mí hacía, me certificaron, que yo era alli entonces él que ſoy aquí aora. Ofrecióſeme luego á la viſta un Real y ſuntuoſo palacio, ó alcazar, cuyos muros, y paredes parecian de tranſparente y claro criſtal fabricados, del qual abriendoſe dos grandes puertas, vi, que por ellas ſalia, y hácia mí ſe venia un venerable Anciano, veſtido con un capuz de bayeta morada, que por el ſuelo le arraſtrava: ceñiale los ombros, y los pechos una beca de Colegial de raſo verde, cubriale la cabeza una gorra Milaneſa negra, y la barba caniſima le paſava de la cintura, no traya arma ninguna, ſino un Roſario de cuentas en la mano, mayores que medianas nuezes, y los dieces aſí miſmo como huevos medianos de aveſtruz: el continente, el paſo, la gravedad, y la anchiſima preſencia, cada coſa de po sí, y todas juntas me ſuſpendieron, y admiraron. Llegóſe á mí, y lo primero que hizo, fue abrazarme eſtrechamente, y luego decirme: Luengos tiempos ha, valeroſo Cavallero Don Quixote de la Mancha, qne los que eſtamos en eſtas ſoledades encantados, eſperamos verte, para que des noticia al mundo, de lo que encierra, y cubre la profunda cueva, por donde has entrado, llamada la Cueva de Monteſinos: hazaña ſolo guardada para ſer acometida de tu invencible corazon, y de tu animo eſtupendo. Ven conmigo, Señor clariſimo, que te quiero moſtrar las maravillas, que eſte tranſparente alcazar ſolapa de quien yo ſoy Alcayde, y guarda mayor perpetua, porque ſoy el miſmo Monteſinos, de quien la Cueva toma nombre. A penas me dixo, que era Monteſinos, quando le pregunté,

gnnté, ſi ſue verdad, lo que en el mundo de acarriba ſe contava, que él avia ſacado de la mitad del pecho con una pequeña daga el corazon de ſu grande amigo Durandarte, y llevadole á la Señora Belerma, como él ſe lo mandó al punto de ſu muerte. Reſpondióme, que en todo decian verdad, ſino en la daga; porque no fue daga, ni pequeña, ſino un puñal buido, mas agudo que una lezna. Devia de ſer, dixo á eſte punto Sancho, el tal puñal de Ramon de Hoces el Sevillano. No ſé, proſiguio Don Quixote, pero no ſería deſe puñalero; porque Ramon de Hoces fue ayer, y lo de Ronceſvalles, donde aconteció eſta deſgracia, ha muchos años, y eſta averiguacion no es de importancia, ni turba, ni altera la verdad, y conteſto de la hiſtoria. Así es, reſpondió el Primo, proſiga vueſtra merced, Señor Don Quixote, qne le eſcucho con el mayor guſto del mundo. No con menor lo cuento yo, reſpondió Don Quixote, y así digo, que el venerable Monteſinos me metió en el chriſtalino palacio, donde en una ſala baxa freſquiſima ſobre modo, y toda de alabaſtro, eſtava un ſepulcro de marmol con gran maeſtria fabricado, ſobre el qual ví á un Cavallero tendido de largo á largo, no de bronce, ni de marmol, ni de jaſpe, hecho como los ſuele aver en otros ſepulcros ſino de pura carne, y de puros hueſos: tenía la mano derecha (que á mi parecer es algo peluda, y nervoſa, ſeñal de tener muchas fuerzas ſu dueño) pueſta ſobre el lado del corazon y antes que preguntaſe nada á Monteſinos, viendome ſuſpenſo, mirando al del ſepulcro, me dixo: Eſte es mi amigo Durandarte, flor, y eſpejo de los Cavalleros enamorados, y valientes de ſu tiempo, tienele aquí encantado, como me tiene á mí, y á otros muchos, y muchas, Merlin, aquel Frances encantador, que dicen, que fue hijo del diablo, y lo que yo creo es, que no fue hijo del diablo, ſino que ſupo, como dicen, un punto mas que el diablo. El como, ó para que nos encantó, nadie lo ſabe: y ello

dirá

dira andando los tiempos, que no eſtan muy lexos, ſegun imagino: lo que á mí me admira es, que ſé tan cierto, como aora es de dia, que Durandarte acabó los de ſu vida en mis brazos, y que deſpues de muerto le ſaqué el corazon con mis propias manos, y en verdad que devia de peſar dos libras; porqne ſegun los naturales él que tiene mayor corazon es dotado de mayor valentia del, que le tiene pequeño: pues ſiendo eſto así, y que realmente murió eſte Cavallero, como aora ſe quexa, y ſuſpira de quando en quando, como ſi eſtuvieſe vivo? Eſto dicho el miſero Durandarte dando una gran voz dixo: O mi primo Monteſinos, lo poſtrero que os rogava, que quando yo fuere muerto, y mi anima arrancada, que llevais mi corazon, adonde Belerma eſtava, ſacandomele del pecho, ya con puñal, ya con daga: oyendo lo qual el venerable Monteſinos ſe puſo de rodillas ante el laſtimado Cavallero, y con lagrimas en los ojos le dixo. Ya, Señor Durandarte, cariſimo primo mio, ya hice lo que me mandaſtes en el aciágo dia de nueſtra perdida, yo os ſaqué el corazon, lo mejor que pude, ſin que os dexaſe una minima parte en el pecho, yo le limpie con un pañizuelo de puntas, yo partí con el de carrera para Francia, aviendoos primero pueſto en el ſeno de la tierra con tantas lagrimas, que fueron baſtantes á lavarme las manos, y limpiarme con ellas la ſangre, que tenían, de averos andado en las entrañas: y por mas ſeñas, primo de mi alma, en el primero lugar que topé, ſaliendo de Ronceſvalles, eché un poco de ſal en vueſtro corazon; porque no olieſe mal, y fueſe ſino freſco, alomenos amojamado á la preſencia de la Señora Belerma, la qual con vos, y conmigo, y con Guadiana vueſtro eſcudero, y con la Dueña Ruydera, y ſus ſiete hijas, y dos ſobrinas, y con otros muchos de vueſtros conocidos, y amigos nos tiene aquí encantados el Sabio Merlin, ha muchos anos, y aunque paſan de quinientos, no ſe ha muerto ninguno de noſotros, ſolamente faltan

Ruydera, y ſus hijas, y ſobrinas, las quales llorando (por compaſion que devió de tener Merlin dellas) las convirtió en otras tantas lagunas, que aora en el mundo de los vivos, y en la provincia de la Mancha las llaman las Lagunas de Ruydera, las ſiete ſon de los Reyes de Eſpaña, y las dos ſobrinas de los Cavalleros de una Orden ſantiſima, que llaman de San Juan. Guadiana vueſtro eſcudero plañendo aſí miſmo vueſtra deſgracia, fue convertido en un rio llamado de ſu miſmo nombre, el qual quando llegó a la ſuperficie de la tierra, y vió el ſol del otro cielo, fue tanto el peſar que ſintió de ver, que os dexava, que ſe ſumergió en las entrañas de la tierra; pero como no es poſible, dexar de acudir á ſu natural corriente, de quando en quando ſale, y ſe mueſtra, donde el ſol, y las gentes le vean: vanle adminiſtrando de ſus aguas las referidas lagunas, con las quales, y con otras muchas, que ſe llegan, entra pompoſo y grande en Portugal. Pero con todo eſto por donde quiera que va mueſtra ſu triſteza, y melancolia, y no ſe precia de criar en ſus aguas peces regalados, y de eſtima, ſino burdos, y deſabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado: y eſto que agora os digo, ó primo mio, os lo he dicho muchas veces, y como no me reſpondeis, imagino que no me dais credito, ó no me ois, de lo que yo recibo tanta pena, qual Dios lo ſabe. Unas nuevas os quiero dar aora, las quales ya que no ſirvan de alivio á vueſtro dolor, no os le aumentaran en ninguna manera, Sabed, que teneis aquí en vueſtra preſencia, y abrid los ojos, y vereiſlo, aquel gran Cavallero de quien tantas coſas tiene profetizadas el Sabio Merlin, aquel Don Quixote de la Mancha digo, que de nuevo, y con mayores ventajas que en los paſados ſiglos ha reſucitado en los preſentes la ya olvidada Andante Cavalleria, por cuyo medio y favor podría ſer que noſotros fueſemos deſencantados, que las grandes hazañas para los grandes hombres eſtan guardadas. Y quando así nó

ſea,

ſea, reſpondió el laſtimado Durandarte con voz deſmayada y baxa, quando así no ſea, ó primo, digo paciencia y barajar, y bolviendoſe de lado, tornó á ſu acoſtumbrado ſilencio, ſin hablar mas palabra. Oyeronſe en eſto grandes alaridos, y llantos, acompañados de profundos gemídos, y anguſtiados ſollozos, bolví la cabeza, y vi por las paredes de criſtal, que por otra ſala paſava una proceſion de dos hileras de hermoſisimas doncellas todas veſtidas de luto con turbantes blancos ſobre las cabezas, al modo Turqueſco, al cabo y fin de las hileras venia una ſeñora, que en la gravedad lo parecia, así miſmo veſtida de negro con tocas blancas tan tendidas y largas, que beſavan la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de alguna de las otras, era cexijunta, y la nariz algo chata, la boca grande, pero colorados los labios: los dientes, que tal vez los deſcubria, moſtravan ſer ralos, y no bien pueſtos, aunque eran blancos como unas peladas almendras, traya en las manos un lienzo delgado, y entre el, á lo que pude diviſar, un corazon de carne momia, ſegun venía ſeco, y amojamado; dixome Monteſinos, como toda aquella gente de la proceſion eran ſirvientes de Durandarte, y de Belerma, que alli con ſus dos ſeñores eſtavan encantados, y que la ultima que traya el corazon entre el lienzo y en las manos era la ſeñora Belerma, la qual con ſus doncellas, quatro dias en la ſemana, hacían aquella proceſion, y cantavan, ó por mejor decir, lloravan endechas ſobre el cuerpo, y ſobre el laſtimado corazon de ſu primo, y que ſi me avia parecido fea ó no tan hermoſa, como tenía la fama, era la cauſa las malas noches, y peores dias que en aquel encantamento paſava, como lo podia ver en ſus grandes ojeras, y en ſu color quebradiza, y no toma ocaſion ſu amarillez, y ſus ojeras, de eſtar con el mal menſil, ordinario en las mugeres: porque ha muchos meſes, y aun años, que no le tiene, ni aſoma por ſus puertas, ſino del dolor que ſiente

ſu corazon por él que de contino tiene en las manós, que le renueva y trae á la memoria la deſgracia de ſu mal logrado amante, que ſi eſto no fuera, á penas la igualara en hermoſura, donaire, y brio, la gran Dulcinea del Toboſo, tan celebrada en todos eſtos contornos, y aun en todo el mundo. Cepos quedos, dixo yo entonces, Señor Don Monteſinos, cuente vueſa merced ſu hiſtoria como deve, que ya ſabe, que toda comparacion es odioſa, y así no ay para que comparar á nadie con nadie: la ſin par Dulcinea del Toboſo es quien es, y la ſeñora Doña Belerma es quien es, y quien ha ſido, y quedeſe aquí. A lo que él me reſpondió, Señor Don Quixote, perdoneme vueſa merced, que yo confieſo que anduve mal, y no dixe bien en decir, que á penas igualara la ſeñora Dulcinea á la ſeñora Belerma, pues me baſtava á mí aver entendido, por no ſé que barruntos, que vueſa merced es ſu Cavallero, para que me mordiera la lengua antes de compararla, ſino con el miſmo cielo. Con eſta ſatisfacion que me dió el gran Monteſinos, ſe quietó mi corazon del ſobreſalto que recebí en oir que á mi ſeñora la comparavan con Belerma. Y aun me maravillo yo, dixo Sancho, de como vueſtra merced no ſe ſubió ſobre el vejote, y le molió á coces todos los hueſos, y le peló las barbas, ſin dexarle pelo en ellas. No, Sancho amigo, reſpondió Don Quixote, no me eſtava á mí bien hacer eſo, porque eſtamos todos obligados, á tener reſpeto á los ancianos; aunque no ſean Cavalleros, y principalmente á los que lo ſon, y eſtan encantados: yo ſé bien, que no nos quedamos á dever nada en otras muchas demandas, y reſpueſtas, que entre los dos paſamos. A eſta ſazon, dixo el Primo, yo no ſé, Señor Don Quixote, como vueſtra merced en tan poco eſpacio de tiempo, como ha, que eſtá allá baxo, aya viſto tantas coſas, y hablado, y reſpondido tanto. Quanto ha que baxe? preguntó Don Quixote. Poco mas de una hora, reſpondió Sancho. Eſo no puede

ſer,

ſer, replicó Don Quixote, porque allá me anocheció, y amaneció: y tornó á anochecer, y amanecer tres veces, de modo que á mi cuenta tres dias he eſtado en aquellas partes remotas y eſcondidas á la viſta nueſtra. Verdad deve de decir mi Señor, dixo Sancho, que como todas las coſas que le han ſucedido, ſon por encantamento, quiza lo que á noſotros nos parece una hora, deve de parecer allá tres dias con ſus noches. Así ſerá, reſpondió Don Quixote. Y ha comido vueſtra merced en todo eſte tiempo, Señor mió, preguntó el Primo? No me he deſayunado de bocado, reſpondió Don Quixote, ni aun he tenido hambre, ni por penſámiento. Y los encantados comen, dixo el Primo? No comen, reſpondió Don Quixote, ni tienen eſcrementos mayores, aunque es opinion, que les crecen las uñas, las barbas, y los cabellos. Y duermen por ventura los encantados, Señor? preguntó Sancho. No por cierto, reſpondió Don Quixote, alomenos en eſtos tres dias, que yo he eſtado con ellos, ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco. Aquí encaxa bien el refran, dixo Sancho, de dime con quien andas, decirte he quien eres: andaſe vueſtra merced con encantados, ayunos, y vigilantes, mirad, ſi es mucho que ni coma, ni duerma mientras con ellos anduviere, pero perdoneme vueſtra merced, Señor mio, ſi le digo, que de todo quanto aquí ha dicho, lleveme Dios, que iva á decir el diablo, ſi le creo coſa alguna. Como no, dixo el Primo, pues avia de mentir el Señor Don Quixote, que aunque quiſiera, no ha tenido lugar para componer, é imaginar tanto millon de mentiras? Yo no creo, que mi ſeñor miente, reſpondió Sancho. Sino que crees? le preguntó Don Quixote. Creo, reſpondió Sancho, que aquel Merlin ó aquellos encantadores, que encantaron á toda la chuſma, que vueſtra merced dice, que ha viſto, y comunicado allá baxo, le encaxaron en el magin, ó la memoria toda eſa maquina, que nos ha contado, y todo aquello que por contar

tar le queda. Todo eſo pudiera ſer, Sancho, replicó Don Quixote, pero no es así, porque lo que he contado, lo vi por mis propios ojos, y lo toqué con mis miſmas manos: pero que diras quando te diga yo aora como entre otras infinitas coſas y maravillas que me moſtró Monteſinos las quales de eſpacio, y á ſus tiempos te las iré contando en el diſcurſo de nueſtro viage, por no ſer todas deſte lugar, me moſtró tres labradoras, que por aquellos ameniſimos campos ivan ſaltando y brincando, como cabras, y á penas las hueve viſto, quando conocí, ſer la una la ſin par Dulcinea del Toboſo, y las otras dos aquellas miſmas Labradoras que venian con ella, que hablamos á la Salida del Toboſo. Pregunté á Monteſinos, ſi las conocia? reſpondió me, que no: pero que él imaginava, que devian de ſer algunas Señoras principales encantadas, que pocos dias avia, que en aquellos prados avian parecido, y que no me maravillaſe deſto, porque alli eſtavan otras muchas ſeñoras de los paſados, y preſentes ſiglos encantadas en diferentes y eſtrañas figuras, entre las quales conocia él á la Reyna Ginebra y ſu Dueña Quintañona, eſcanciando el vino á Lanzarote quando de Bretaña vinó. Quando Sancho Panza oyó decir eſto á ſu Amo, penſó perder el juicio, ó morirſe de riſa que como él ſabia la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él avia ſido el encantador, y el levantador de tal teſtimonio, acabó de conocer indubitablemente, que ſu Señor eſtava fuera de juicio, y loco de todo punto: y así le dixo: En mala coyuntura, y en peor ſazon, y en aciago dia baxó vueſtra merced, caro patron mio, al otro mundo, y en mal punto ſe encontró con el ſeñor Monteſinos, que tal nos le ha buelto. Bien ſe eſtava vueſtra merced acarriba con ſu entero juicio, tal qual Dios ſe le avia dado, hablando ſentencias, y dando conſejos á cada paſo, y no agora contando los mayores diſparates que pueden imaginarſe. Cómo te conozco, Sancho, reſpondió Don Quix-

Quixote, no hago caſo de tus palabras. Ni yo tampoco de las de vueſtra merced, replicó Sancho, ſi quiera me hiera, ſi quiera me mate, por las que le he dicho, ó por las que le pienſo decir, ſi en las ſuyas no ſe corrige, y enmienda. Pero digame vueſtra merced aora que eſtamos en paz, como, ó en que conoció á la ſeñora nueſtra ama, y ſi la habló, que dixo, y que le reſpondió? Conocíla, reſpondió Don Quixote, en que trae los miſmos veſtidos, que traya, quando tú me la moſtraſe; hablela, pero no me reſpondió palabra, antes me bolvió las eſpaldas, y ſe fue huyendo con tanta prieſa, que no la alcanzára una xara: quiſe ſeguirla, y lo hiciera, ſi no me aconſejára Monteſinos, que no me canſaſe en ello, porque ſería en balde, y mas porque ſe llegava la hora, donde me convenia bolver á ſalir de la ſima. Dixome así míſmo, que andando el tiempo ſe me daría aviſo: como avian de ſer deſencantados él, y Belerma, y Durandarte, con todos los que alli eſtavan: pero lo que mas pena me dió de las que alli vi, y noté, fue, que eſtandome diciendo Monteſinos eſtas razones, ſe llegó á mi por un lado, ſin que yo la vieſe venir, una de las dos compañeras de la ſin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lagrimas con turbada, y baxa voz me dixo, mi ſeñora Dulcinea del Toboſo beſa á vueſtra merced las manos, y ſuplica á vueſtra merced ſe la haga de hacerla ſaber, como eſtá, y que por eſtar en una gran neceſidad, así miſmo ſuplica á vueſtra merced, quan encarecidamente puede, ſea ſervido, de preſtarle ſobre eſte faldellin, que aquí traigo, de cotonia nuevo media docena de Reales, ó los que vueſtra merced tuviere, que ella da ſu palabra, de bolverſelos con mucha brevedad. Suſpendióme, y admiróme el tal recado, y bolviendome al ſeñor Monteſinos, le pregunté, es poſible, Señor Monteſinos, que los encantados principales padecen neceſidad? A lo que él me reſpondió: Creame vueſtra merced, Señor Don Quixote de la Mancha, que eſta que lla-

llaman neceſidad, adonde quiera ſe uſa, y por todo ſe eſtiende, y á todos alcanza, y aun haſta los encantados no perdona, y pues la Señora Dulcinea del Toboſo embia á pedir eſos ſeis Reales, y la prenda es buena, ſegun parece, no ay ſino darſelos, que ſin duda deve de eſtar pueſta en algun grande aprieto. Prenda no la tomaré yo, le reſpondí, ni menos le daré lo que pide, porque no tengo ſino ſolos quatro reales, los quales le dí, que fueron los que tú, Sancho, me diſte el otro dia, para dar limoſna á los pobres que topaſe por los caminos, y le dixé: Decid, amiga mia, á vueſa Señora, que á mí me peſa en el alma de ſus trabajos y que quiſiera ſer un Fucar, para remediarlos, y que le hago ſaber, que yo no puedo, ni devo tener ſalud, careciendo de ſu agradable viſta, y diſcreta converſacion, y que le ſuplico, quan encarecidamente puedo, ſea ſervida ſu merced de dexarſe ver, y tratar deſte ſu cautivo ſervidor, y aſendereado Cavallero. Direiſle tambien, que quando menos ſe lo pienſe, oira decir como yo he hecho un juramento, y voto, á modo de aquel que hizo el Marques de Mantua, de vengar á ſu ſobrino Baldovinos, quando le halló para eſpirar en mitad de la Montiña, que fue, de no comer pan á manteles, con las otras zarandajas, que alli añadió, haſta vengarle: y así le haré yo, de no ſoſegar, y de andar las ſiete partidas del mundo, con mas puntualidad que las anduvo el Infante Don Pedro de Portugal, haſta deſencantarla. Todo eſo, y mas deve vueſtra merced á mi ſeñora, me reſpondió la doncella, y tomando los quatro reales en lugar de hacer me una reverencia, hizo una cabriola, que ſe levantó dos varas de medir en el aire. O ſanto Dios, dixo á eſte tiempo dando una gran voz Sancho, es poſible, que tal ay en el mundo, y que tengan en el tanta fuerza los encantadores y encantamentos, que ayan trocado el buen juicio de mi ſeñor en una tan diſparatada locura. O Señor, Señor, por quien Dios es, que vueſtra merced mire

mire por sí, y buelva por su honra, y no dé credito á esas vaciedades que le tienen menguado, y descabalado el sentido. Como me quieres bien, Sancho, hablas desa manera, dixo Don Quixote, y como no estas experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles: pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abaxo he visto, que te haran creer las que aquí he contado, cuya verdad ni admite replica ni disputa.

Cap. XXIV. Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande Historia.

DICE él que traduxo esta grande Historia del original de la que escrivió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capitulo de la aventura de la Cueva de Montesinos, en el margen del estavan escritas de mano del mismo Hamete estas mismas razones.

No me puedo dar á entender, ni me puedo persuadir, que al valeroso Don Quixote le pasase puntualmente todo lo que en el antecedente capitulo queda escrito: la razon es, que todas las aventuras hasta aquí sucedidas han sido contingibles, y verisimiles: pero esta desta cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera, por ir tan fuera de los terminos razonables: pues pensar yo que Don Quixote mintiese, siendo el mas verdadero Hidalgo, y el mas noble Cavallero de sus tiempos, no es posible, que no dixera él una mentira si le asaetearan. Por otra parte considero, que él la contó, y la dixo con todas las circunstancias dichas, y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran maquina de dis-

parates, y ſi eſta aventura parece apocrifa, yo no tengo la culpa, y así ſin afirmarla por falſa, ó verdadera la eſcrivo. Tu, lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no devo, ni puedo mas, pueſto que ſe tiene por cierto, que al tiempo de ſu fin y muerte, dicen, que ſe retrató della, y dixo, que él la avia inventado por parecerle que convenia, y quadrava bien con las aventuras que avia leido en ſus hiſtorias, y luego proſigue diciendo.

Eſpantóſe el Primo, así del atrevimiento de Sancho Panza, como de la paciencia de ſu Amo, y juzgó que del contento que tenía de aver viſto á ſu Señora Dulcinea del Toboſo, (aunque encantada) le nacia aquella condicion blanda, que entonces moſtrava, porque ſi así no fuera, palabras y razones le dixo Sancho, que merecian molerle á palos: porque realmente le pareció, que avia andado atrevidillo con ſu Señor, á quien le dixo: Yo, Señor Don Quixote de la Mancha, doy por bien empleadiſima la jornada que con vueſtra merced he hecho, porque en ella he grangeado quatro coſas. La primera, aver conocido á vueſtra merced, que lo tengo á gran felicidad: La ſegunda, aver ſabido lo que ſe encierra en eſtá Cueva de Monteſinos, con las mutaciones de Guadiana, y de las lagunas de Ruydera que me ſerviran para el Ovidio Eſpañol, que traigo entre manos: La tercera, entender la antiguedad de los naipes, que por lo menos ya ſe uſavan en tiempo del Emperador Carlo Magno, ſegun puede colegirſe de las palabras que vueſa merced dice, que dixo Durandarte, quando, al cabo del aquel grande eſpacio que eſtuvo hablando con él Monteſinos, el deſpertó, diciendo: Paciencia, y barajar, y eſta razon y modo de hablar no la pudo aprender encantado, ſino quando no lo eſtava en Francia, y en tiempo del referido Emperador Carlo Magno, y eſta averiguacion me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es Suplemento de Virgilio Polidoro, en la invencion de las antiguedades,

guedades, y creo que en el ſuyo no ſe acordó de poner la de los naipes, como la pondre yo aora, que ſerá de mucha importancia, y mas alegando autor tan grave y tan verdadero, como es el Señor Durandarte. La quarta, es aver ſabido con certidumbre el nacimiento del rio Guadiana, haſta aora ignorado de las gentes. Vueſtra merced tiene razon, dixo Don Quixote: pero querria yo ſaber, ya que Dios le haga merced, de que ſe le dé licencia para imprimir eſos ſus libros (que lo dudo) á quien pienſa dirigirlos? Señores y Grandes ay en Eſpaña, á quien puedan dirigirſe, dixo el Primo. No muchos, reſpondió Don Quixote, y no porque no lo merezcan, ſino que no quieren admitirlos, por no obligarſe á la ſatisfacion, que parece ſe deve al trabajo y corteſia de ſus autores. Un principe conozco yo, que puede ſuplir la falta de los demas, con tantas ventajas, que ſi me atreviere á decirlas, quiza deſpertara la invidia en mas de quatro generoſos pechos: pero quedeſe eſto aquí para otro tiempo mas comodo, y vamos á buſcar adonde recogernos eſta noche. No lexos de aquí, reſpondio el Primo, eſtá una hermita, donde hace ſu habitacion un hermitaño, que dicen ha ſido ſoldado, y eſtá en opinion de ſer un buen Chriſtiano, y muy diſcreto, y caritativo á demas. Junto con la hermita tiene una pequeña caſa, que él ha labrado á ſu coſta: pero con todo, aunque chica, es capaz de recibir hueſpedes. Tiene por ventura gallinas el tal hermitaño? pregunto Sancho. Pocos hermitaños eſtan ſin ellas, reſpondió Don Quixote, porque no ſon los, que agora ſe uſan, como aquellos de los deſiertos de Egypto, que ſe veſtian de hojas de palma, y comian raices de la tierra, y no ſe entienda que por decir bien de aquellos, no lo digo de aqueſtos, ſino que quiero decir, que al rigor y eſtrecheza de entonces no llegan las penitencias de los de agora: pero no por eſto dexan de ſer todos buenos, alomenos yo por buenos los juzgo, y quando todo corria turbio menos mal hace el hipocrita que ſe finge

bueno, que el publico pecador. Eſtando en eſto, vieron que hácia donde ellos eſtavan venia un hombre á pie, caminando á prieſa, y dando varazos á un macho que venia cargado de lanzas y de alabardas; quando llegó á ellos los ſaludó, y paſó de largo; Don Quixote le dixo: Buen hombre, deteneos, que parece que vays con mas diligencia que eſe macho ha meneſter. No me puedo detener, Señor, reſpondió el hombre, porque las armas que veys que aquí llevo han de ſervir mañana, y así me es forzoſo el no detenerme, y á Dios: pero ſi quiſieredes ſaber para que las llevo, en la venta que eſtá mas arriba de la hermita pienſo alojar eſta noche, y ſi es que haceis eſte miſmo camino, alli me hallareis, donde os contaré maravillas, y á Dios otra vez; y de tal manera aguijó el macho, que no tuvo lugar Don Quixote de preguntarle que maravillas eran las que penſava decirles, y como él era algo curioſo, y ſiempre le fatigavan deſeos de ſaber coſas nuevas, ordenó, que al momento ſe partieſen, y fueſen á paſar la noche en la venta, ſin tocar en la hermita, donde quiſiera el Primo que ſe quedaran. Hizoſe así, ſubieron á cavallo, y ſiguieron todos tres el derecho camino de la venta, á la qual llegaron un poco antes de anochecer: dixo el Primo á Don Quixote, que llegaſen á ella á bever un trago. A penas oyó eſto Sancho Panza, quando encaminó el Rucio á la hermita, y lo miſmo hicieron Don Quixote y el Primo: pero la mala ſuerte de Sancho parece que ordenó, que el hermitaño no eſtuvieſe en caſa, que aſi ſe lo dixo una ſotahermitaño, que en la hermita hallaron, pidieronle de lo caro, reſpondio, que ſu Señor no lo tenía: pero que ſi querian agua barata, que ſe la daria de muy buena gana. Si yo la tuviera de agua, reſpondió Sancho, pozos ay en el camino, donde la huviera ſatisfecho. A Bodas de Camacho, y abundancia de la caſa de Don Diego, y quantas veces os tengo de echar menos! Con eſto dexaron la hermita, y picaron

hácia

bácia la venta, y á poco trecho toparon un mancebito, que delante dellos iva caminando no con mucha prieſa, y así le alcanzaron: llevava la eſpada ſobre el ombro, y en ella pueſto un bulto, ó emboltorio, al parecer de ſus veſtidos, que al parecer devian de ſer los calzones, ó gregueſcos, y herreruelo, y alguna camiſa, porque traya pueſta una ropilla de terciopelo con algunas viſlumbres de raſo, y la camiſa de fuera, las medias eran de ſeda, y los zapatos quadrados á uſo de Corte, la edad llegaría á diez y ocho, ó diez y nueve años, alegre de roſtro, y al parecer agil de ſu perſona, iva cantando ſeguidillas para entretener el trabajo del camino; quando llegaron á él, acabava de cantar una, que el Primo tomó de memoria, que dicen, que decia.

A la guerra me lleva mi neceſidad,
Si tuviera dineros no fuera en verdad.

El primero que le habló fue Don Quixote, diciendole, muy a la ligera camina vueſa merced, ſeñor galan, y adonde bueno, ſepamos, ſi es que guſta decirlo? A lo que el mozo reſpondió, el caminar tan á la ligera, lo cauſa el calor, y la pobreza, y el adonde voy es á la guerra. Como la pobreza? preguntó Don Quixote, que por el calor bien puede ſer. Señor, replicó el mancebo, yo llevo en eſte emboltorio unos gregueſcos de terciopelo compañeros deſta ropilla, ſi los gaſto en el camino, no me podre honrar con ellos en la ciudad, y no tengo con que comprar otros, y así por eſto, como por orearme voy deſta manera haſta alcanzar unas compañias de Infanteria, que no eſtan doce leguas de aquí, donde aſentare mi plaza, y no faltarán bagajes en que caminar de alli adelante, haſta el embarcadero, que dicen ha de ſer en Cartagena, y mas quiero tener por amo, y por ſeñor al Rey, y ſervirle en la guerra, que no á un pelon en la Corte: y lleva vueſa merced alguna ventaja

por

por ventura, preguntó el Primo? Si yo huviera ſervido á algun Grande de Eſpaña, ó algun principal perſonage, reſpondió el mozo, á buen ſeguro, que yo la llevara, que eſo tiene el ſervir á los buenos, que del tinelo ſuelen ſalir á ſer Alferez, ó Capitanes, ó con algun buen entretenimiento: pero yo deſventurado ſervi ſiempre á cata riberas, y á gente advenediza de racion y quitacion, tan miſera, y atenuada, que en pagar el almidonar un cuello ſe conſumia la mitad della, y ſería tenido á milagro que un page aventurero alcanzaſe alguna ſiquiera razonable ventura. Y digame por ſu vida, amigo, preguntó Don Quixote, es poſible que en los años que ſirvió no ha podido alcanzar alguna librea? Dos me han dado, reſpondió el page: pero así como él que ſe ſale de alguna religion antes de profeſar le quitan él habito, y le buelven ſus veſtidos: así me bolvian á mí los mios mis amos, que acabados los negocios á que venian á la Corte ſe bolvian á ſus caſas, y recogian las libreas que por ſola oſtentacion avian dado. Notable eſpilorcheria, como dice el Italiano, dixo Don Quixote: pero con todo eſo tenga á felice ventura el aver ſalido de la Corte con tan buena intencion como lleva, porque no ay otra coſa en la tierra mas honrada, ni de mas provecho, que ſervir á Dios primeramente, y luego á ſu Rey, y ſeñor natural, eſpecialmente en el exercicio de las armas, por las quales ſe alcanzan, ſino mas riquezas, alomenos mas honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces, que pueſto que han fundado mas mayorazgos las letras que las armas, toda via llevan un no ſé que los de las armas á los de las letras con un, ſi ſé que dé eſplendor, que ſe halla en ellos, que los aventaja á todos. Y eſto que aora le quiero decir, llevelo en la memoria, que le ſera de mucho provecho, y alivio en ſus trabajos, y es que aparte la imaginacion de los ſuceſos adverſos, que le podran venir, que el peor de todos es la muerte, y como eſta ſea buena

ena el mejor de todos es el morir. Preguntaronle á Julio Ceſar aquel valeroſo Emperador Romano, qual era la mejor muerte, reſpondió que la impenſada, la de repente, y no previſta, y aunque reſpondió como Gentil, y ageno del conocimiento del verdadero Dios, con todo eſo dixo bien para ahorrarſe del ſentimiento humano, que pueſto caſo que os maten en la primera faccion y refriega, ó ya de un tiro de artilleria, ó volado de un mina, que importa, todo es morir, y acabaſe la obra, y ſegun Terencio mas bien parece el ſoldado muerto en la batalla que vivo, y ſalvo en la huida, y tanto alcanza de fama el buen ſoldado, quanto tiene de obedencia á ſus Capitanes, y à los que mandar le pueden, y advirtid, hijo, que al ſoldado mejor le eſtá el oler á polvora, que algalia, y que ſi la vejez os coge en eſte honroſo exercicio, aunque ſea lleno de heridas, y eſtropeado, ó coxo, alomenos no os podra coger ſin honra, y tal que no os la podra menoſcabar la pobreza, quanto mas que ya ſe va dando orden como ſe entretengan y remedien los ſoldados viejos, y eſtropeados, porque no es bien que ſe haga con ellos lo que ſuelen hacer lós que ahorran y dan libertad á ſus negros, quando ya ſon viejos, y no pueden ſervir, y echandoles de caſa con titulo de libres los hacen eſclavos de la hambre, de quien no pienſan ahorrarſe ſino con la muerte, y por aora no os quiero decir mas, ſino que ſubais á las ancas deſte mi cavallo haſta la venta, y alli cenareis comigo, y por la mañana ſeguireis el camino, que os le dé Dios tan bueno como vueſtros deſeos merecen. El page no aceptó el combite de las ancas, aunque sí el de cenar con él en la venta, y á eſta ſazon dicen, que dixo Sancho entre sí: Valate Dios por Señor, y es poſible, que hombre que ſabe decir tales, tantas, y tan buenas coſas como aquí ha dicho, diga que ha viſto los diſparates impoſibles, que cuenta de la Cueva de Monteſinos? Aora bien ello dirá, y en eſto llegaron á la venta á tiempo que anochecia,

cia, y no ſin guſto de Sancho, por ver que ſu Señor la juzgó por verdadera venta, y no por caſtillo, como ſolia. No huvieron bien entrado, quando Don Quixote preguntó al Ventero por el hombre de las lanzas y alabardas, el qual le reſpondió, que en la cavalleriza eſtava acomodando el macho, lo miſmo hicieron de ſus jumentos el Sobrino, y Sancho, dando á Rozinante el mejor peſebre, y el mejor lugar de la cavalleriza.

Cap. XXV. Donde ſe apunta la aventura del Rebuzno, y la graciosa del Titerero con las memorables adivinanzas del Mono adivino.

NO ſe le cocia el pan á Don Quixote (como ſuele decirſe) haſta oir y ſaber las maravillas prometidas del hombre conductor de las armas, fuele á buſcar donde el Ventero le avia dicho que eſtava, y hallóle, y dixole, que en todo caſo le dixeſe luego lo que le avia de decir deſpues, acerca de lo que le avia preguntado en el camino. El hombre le reſpondió mas deſpacio, y no en pie, ſe ha de tomar el cuento de mis maravillas, dexeme vueſtra merced, Señor bueno, acabar de dar recado á mi beſtia, que yo le dire coſas que le admiren. No quede por eſo, reſpondió Don Quixote, que yo os ayudaré á todo, y así lo hizo, aechandole la cevada, y limpiando el peſebre, humildad, que obligó al hombre á contarle con buena voluntad lo que le pedia, y ſentandoſe en un poyo, y Don Quixote junto á él, teniendo por ſenado y auditorio al Primo, al Page, á Sancho Panza, y al Ventero, comenzó á decir deſta manera: Sabran vueſas mercedes, que en un lugar, que eſtá quatro leguas y media deſta venta, ſucedió, que á un Regidor del, por induſtria, y engaño de una muchacha criada ſuya, y eſto es largo de contar,

contar, le faltó un aſno, y aunque el tal Regidor hizo las diligencias poſibles, por hallarle, no fue poſible. Quince dias ſerían paſados, ſegun es publica voz y fama, que el aſno faltava, quando eſtando en la plaza el Regidor perdidoſo, otro Regidor del miſmo pueblo le dixo: Dadme albricias, compadre, que vueſtro jumento ha parecido. Yo os las mando, y buenas, compadre, reſpondió el otro, pero ſepamos donde ha parecido? En el monte, reſpondió el hallador, le vi eſta mañana ſin albarda, y ſin aparejo alguno, y tan flaco, que era una compaſion miralle, quiſele antecoger delante de mí, y traeroſle, pero eſtá ya tan montaraz, y tan uraño, que quando llegué á él, ſe fue huyendo, y ſe entró en lo mas eſcondido del monte, ſi quereis, que bolvamos los dos á buſcarle, dexadme poner eſta borrica en mi caſa, que luego buelvo. Mucho placer me hareis, dixo él del jumento, é yo procuraré pagaros lo en la miſma moneda. Con eſtas circunſtancias todas, y de la miſma manera, que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos, que eſtan enterados en la verdad deſte caſo: en reſolucion los dos Regidores á pie, y mano á mano ſe fueron al monte, y llegando al lugar, y ſitio; donde penſaron hallar el aſno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque mas le buſcaron: viendo pues, que no parecia, dixo el Regidor, que le avia viſto el otro. Mirad, compadre, una traza me ha venido al penſamiento, con la qual ſin duda alguna podremos deſcubrir eſte animal, aunque eſté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte: y es, que yo ſé rebuznar maravilloſamente, y ſi vos ſabeis algun tanto, dad el hecho por concluido. Algun tanto decis, compadre, dixo el otro, por Dios que no dé la ventaja á nadie, ni aun á los miſmos aſnos. Aora lo veremos, reſpondió el Regidor ſegundo, porque tengo determinado, que os vais vos por una parte del monte, y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo, y de trecho

en trecho rebuznareis vos, y rebuznare yo, y no podra ſer menos, ſino que el aſno nos oya y nos reſponda, ſi es que eſtá en el monte. A lo que reſpondió el dueño del jumento: digo, compadre, que la traza es excelente, y digna de vueſtro gran ingenio, y dividiendoſe los dos ſegun el acuerdo, ſucedió, que caſi á un miſmo tiempo rebuznaron, y cada uno engañadó del rebuzno del otro acudieron á buſcarſe, penſando, que ya el jumento avia parecido, y en viendoſe dixo el perdidoſo: Es poſible, compadre, que no fue mi aſno él que rebuznó. No fue ſino yo, reſpondió el otro. Aora digo, dixo el dueño, que de vos á un aſno, compadre, no ay alguna diferencia, en quanto toca al rebuznar: porque en mi vida he viſto, ni oido coſa mas propia. Eſas alabanzas y encarecimiento, reſpondió el de la traza, mejor os atañen, y tocan á vos, que á mí, compadre, que por el Dios que me crió, que podeis dar dos rebuznos de ventaja al mayor, y mas perito rebuznador del mundo; porque el ſonido que teneis es alto, lo ſoſtenido de la voz á ſu tiempo, y compas, los dexos muchos, y apreſurados, y en reſolucion yo me doy por vencido, y os rindo la palma, y doy la vandera deſta rara habilidad. Aora digo, reſpondió el dueño, que me tendré, y eſtimaré en mas de aquí adelante, y penſaré, que ſé alguna coſa, pues tengo alguna gracia, que pueſto, que penſára, que rebuznava bien, nunca entendí, que llegava al eſtremo que decis. Tambien diré yo aora, reſpondió el ſegundo, que ay raras habilidades perdidas en el mundo, y que ſon mal empleadas en aquellos que no ſaben aprovecharſe dellas. Las mueſtras, reſpondió el dueño, ſi no es en caſos ſemejantes como el que traemos entre manos, nonos pueden ſervir en otros, y aun en eſte plega á Dios, que nos ſean de provecho. Eſto dicho ſe tornaron á dividir, y á bolver á ſus rebuznos, y á cada paſo ſe engañavan, y bolvian á juntarſe, haſta que ſe dieron por contraſeño, que para entender, que eran ellos,

ellos, y no el aſno, rebuznaſen dos veces, una tras otra: con eſto doblando á cada paſo los rebuznos, rodearon todo el monte ſin que el perdido jumento reſpondieſe, ni aun por ſeñas; mas como avia de reſponder el pobre, y mal logrado, ſi le hallaron en lo mas eſcondido del boſque comido de lobos? y en viendole, dixo ſu dueño: Ya me maravillava yo, de que él no reſpondia, pues á no eſtar muerto, él rebuznára, ſi nos oyera, ó no fuera aſno, pero á trueco de averos oido rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo, que he tenido en buſcarle, aunque le he hallado muerto. En buena mano eſtá, compadre, reſpondió el otro, pues ſi bien canta el abad, no le va enzaga el monacillo. Con eſto deſconſolados, y roncos ſe bolvieron á ſu aldea, adonde contaron á ſus amicos, vecinos, y conocidos, quanto les avia acontecido en la buſca del aſno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar, todo lo qual ſe ſupo, y ſe eſtendió por los lugares circunvecinos: y el diablo que no duerme, como es amigo de ſembrar, y derramar rencillas y diſcordia por do quiera, levantando caramillos en el viento, y grandes quimeras de no nada, ordenó, é hizo, que las gentes de los otros pueblos, en viendo á alguno de nueſtra aldea, rebuznaſe, como dandoles en roſtro con el rebuzno de nueſtros Regidores. Dieron en ello los muchachos, que fue dar en manos, y en bocas de todos los demonios del infierno, y fue cundiendo el rebuzno de en uno en otro pueblo, de manera que ſon conocidos los naturales del pueblo del rebuzno, como ſon conocidos, y diferenciados los negros de los blancos, y ha llegado á tanto la deſgracia deſta burla, que muchas veces con mano armada, y formado eſquadron han ſalido contra los burladores los burlados, á darſe la batalla, ſin poderlo remediar Rey, ni Roque, ni temor, ni verguenza: yo creo, que mañana, ó eſotro dia han de ſalir en campaña los de mi pueblo, que ſon los del rebuzno con-

tra otro lugar, que eſtá á dos leguas del nueſtro, que es uno de los que mas nos perſiguen, y por ſalir bien apercebidos llevo compradas eſtas lanzas, y alabardas, que aveis viſto. Y eſtas ſon las maravillas que dixe, que os avia de contar, y ſino os lo han parecído, no ſé otras: y con eſto dió fin á ſu platica el buen hombre, y en eſto entró por la puerta de la venta un hombre todo veſtido de camuza, medias, gregueſcos, y jubon, y con voz levantada dixo, Señor hueſped, ay poſada? que viene aquí el mono adivino, y el retablo de la libertad de Meliſendra. Cuerpo de tal, dixo el Ventero, que aquí eſtá el ſeñor Maeſe Pedro, buena noche ſe nos apareja, olvidavaſeme de decir, como el tal maeſe Pedro traya cubierto el ojo izquierdo, y caſi medio carrillo con un parche de tafetan verde, ſeñal que todo aquel lado devia de eſtar enfermo, y el Ventero proſiguió, diciendo. Sea bien venido vueſtra merced, ſeñor Maeſe Pedro, adonde eſtá el mono, y el retablo, que no los veo? Ya llegan cerca, reſpondió el todo camuza, ſino que yo me he adelantado, á ſaber, ſi ay poſada. Al miſmo Duque de Alva ſe la quitára, para darſela al ſeñor Maeſe Pedro, reſpondió el Ventero, llegue el mono, y el retablo, que gente ay eſta noche en la venta, que pagará el verle, y las habilidades del mono. Sea en buenora, reſpondió él del parche, que yo moderaré el precio, y con ſola la coſta me daré por bien pagado, y yo buelvo á hacer, que camine la carreta, donde viene el mono, y el retablo, y luego ſe bolvió á ſalir de la venta. Preguntó luego Don Quixote al Ventero, que Maeſe Pedro era aquel, y que retablo, y que mono traya. A lo que reſpondió el Ventero, eſte es un famoſo titerero, que ha muchos dias que anda por eſta Mancha de Aragon, enſeñando un retablo de Meliſendra dada por el famoſo don Gayferos, que es una de las mejores, y mas bien repreſentadas hiſtorias, que de muchos años á eſta parte en eſte Reino ſe han viſto: trae aſí miſmo conſigo

un

un mono de la mas rara habilidad que ſe vió entre monos, ni ſe imaginó entre hombres, porque ſi le preguntan algo eſtá atento á lo que le preguntan, y luego ſalta ſobre lós ombros de ſu amo, y llegandoſele al oido le dice la reſpueſta de lo que le preguntan, y Maeſe Pedro la declara luego, y de las coſas paſadas dice mucho mas que de las que eſtan por venir, y aunque no todas veces acierta en todas, en las mas no yerra, de modo que nós hace creer, que tiene el diablo en el cuerpo, dos reales lleva por cada pregunta, ſi es que el mono reſponde, quiero decir, ſi reſponde el amo por él, deſpues de averle hablado al oido, y así ſe cree que el tal Maeſe Pedro eſtá riquiſimo, y es hombre galante (como dicen en Italia) y bon compaño, y daſe la mejor vida del mundo, habla mas que ſeis, y beve mas que doce, todo á coſta de ſu lengua, y de ſu mono, y de ſu retablo. En eſto bolvió Maeſe Pedro, y en una carreta venia el retablo, y el mono, grande, y ſin cola, con las poſaderas de fieltro: pero no de mala cara, y á penas le vió Don Quixote, quando le preguntó: Digame vueſtra merced, ſeñor adivino, que pexe pillamo, que ha de ſer de noſotros, y ves aquí mis dos reales, y mandó á Sancho que ſe los dieſe á Maeſe Pedro, el qual reſpondió por el mono, y dixo: Señor, eſte animal no reſponde, ni da noticia de las coſas que eſtan por venir, de las paſadas ſabe algo, y de las preſentes algun tanto. Voto arrus, dixo Sancho, no dé yo un ardite, porque me digan lo que por mí ha paſado, porque quien lo puede ſaber mejor que yo miſmo, y pagar yo, porque me digan lo que ſé, ſería una gran necedad: pero pues ſabe las coſas preſentes, é aquí mis dos reales, y digame el ſeñor moniſimo, que hace aora mi muger Tereſa Panza, y en que ſe entretiene; no quiſo tomar Maeſe Pedro el dinero, diciendo: no quiero recebir adelantados los premios, ſin que ayan precedido los ſervicios, y dando con la mano derecha dos golpes ſobre el ombro izquierdo, en un brinco ſe le puſo

puſo el mono en el, y llegando la boca al oido dava diente con diente muy á prieſa, y aviendo hecho eſte ademan por eſpacio de un Credo, de otro brinco ſe puſo en el ſuelo, y al punto con grandiſima prieſa ſe fue Maeſe Pedro á poner de rodillas ante Don Quixote, y abrazandole las piernas, dixo: Eſtas piernas abrazo, bien así como ſi abrazara las dos colunas de Hercules. O reſucitador inſigne de la ya pueſta en olvido Andante Cavalleria, O no jamas como ſe deve alabado Cavallero Don Quixote de la Mancha, animo de los deſmayados, arrimo de los que van á caer, brazo de los caidos, baculo y conſuelo de todos los deſdichados. Quedó paſmado Don Quixote, abſorto Sancho, ſuſpenſo el Primo, atonito el page, abobado él del rebuzno, confuſo el Ventero, y finalmente eſpantados todos los que oyeron las razones del titerero; el qual proſiguió, diciendo: Y tu, ó buen Sancho Panza, el mejor eſcudero, y del mejor Cavallero del mundo, alegrate, que tu buena muger Tereſa eſtá buena, y eſta es la hora en que ella eſtá raſtrillando una libra de lino, y por mas ſeñas tiene á ſu lado izquierdo un jarro deſbocado, que cabe un buen porque de vino, con que ſe entretiene en ſu trabajo. Eſo creo yo muy bien, reſpondió Sancho, porque es ella una bienaventurada, y á no ſer zeloſa no la trocara yo por la Giganta Andandona, que ſegun mi ſeñor fue una muger muy cabal, y muy de pro, y es mi Tereſa de aquellas que no ſe dexan mal paſar, aunque ſea á coſta de ſus herederos. Aora digo, dixo á eſta ſazon Don Quixote, que él que lee mucho, y anda mucho, vee mucho, y ſabe mucho. Digo eſto, porque, que perſuaſion fuera baſtante para perſuadirme, que ay monos en el mundo que adivinen, como lo he viſto aora por mis propios ojos, porque yo ſoy el miſmo Don Quixote de la Mancha, que eſte buen animal ha dicho, pueſto que ſe ha eſtendido algun tanto en mis alabanzas: pero como quiera que yo me ſea, doy gracias al cielo, que me dotó

de

de un animo blando y compaſivo, inclinado ſiempre á hacer bien á todos, y mal á ninguno. Si yo tuviera dineros, dixo el page, preguntara al ſeñor mono que me ha de ſuceder en la peregrinacion que llevo. A lo que reſpondió Maeſe Pedro (que ya ſe avia levantado de los pies de Don Quixote) ya he dicho que eſta beſtezuela no reſponde á lo por venir, que ſi reſpondiera, no importara no aver dineros, que por ſervicio del Señor Don Quixote, que eſtá preſente, dexara yo todos los intereſes del mundo, y agora porque ſe lo devo, y por darle guſto quiero armar mi retablo, y dar placer á quantos eſtan en la venta ſin paga alguna. Oyendo lo qual el Ventero, alegre ſobre manera, ſeñaló el lugar donde ſe podia poner el retablo, que en un punto fue hecho. Don Quixote no eſtava muy contento con las adivinanzas del mono, por parecerle no ſer á propoſito, que un mono adivinaſe, ni las de por venir, ni las paſadas coſas, y así en tanto que Maeſe Pedro acomodava el retablo, ſe retiró Don Quixote con Sancho á un rincon de la cavalleriza, donde ſin ſer oidos de nadie, le dixo. Mira Sancho, yo he conſiderado bien la eſtraña habilidad deſte mono, y hallo por mi cuenta, que ſin duda eſte Maeſe Pedro ſu amo deve de tener hecho pacto tacito, ó eſpreſo con el demonio. Si el patio es eſpeſo, y del demonio, dixo Sancho, ſin duda deve de ſer muy ſucio patio: pero de que provecho le es al tal maeſe Pedro tener eſos patios? No me entiendes, Sancho, no quiero decir ſino que deve de tener hecho algun concierto con el demonio de que infunda eſa habilidad en el mono, con que gane de comer, y deſpues que eſté rico le dará ſu alma, que es lo que eſte univerſal enemigo pretende, y haceme creer eſto el ver que el mono no reſponde, ſino á las coſas paſadas, ó preſentes, y la ſabiduria del diablo no ſe puede eſtender á mas, que los por venir no las ſabe, ſino es por conjeturas, y no todas veces, que á ſolo Dios eſta reſervado conocer los tiempos,

y los

y los momentos, y para él no ay paſado ni por venir, que todo es Preſente, y ſiendo eſto así, como lo es, eſtá claro que eſte mono habla con el eſtilo del diablo: y eſtoy maravillado como no le han acuſado al ſanto Oficio, y examinadole, y ſacado le de quajo, en virtud de quien adivina, porque cierto eſtá que eſte mono no es Aſtrologo, ni ſu amo, ni el alzan, ni ſaben alzar eſtas figuras que llaman judiciarias, que tanto aora ſe uſan en Eſpaña, que no ay mugercilla, ni page, ni zapatero de viejo que no preſuma de alzar una figura, como ſi fuera una ſota de naipes del ſuelo, echando á perder con ſus mentiras é ignorancias la verdad maravilloſa de la ciencia: de una ſeñora ſé yo, que preguntó á uno deſtos figureros, que ſi una perrilla de falda pequeña, que tenía, ſi ſe empreñaría, y pariría, y quantos, y de que color ſerían los perros que parieſe. A lo que el ſeñor judiciario (deſpues de aver alzado la figura) reſpondió, que la perrica ſe empreñaría, y pariría tres perricos, el uno verde, el otro encarnado, y el otro de meſcla, con tal condicion, que la tal perra ſe cubrieſe entre las once y doce del dia, ó de la noche, y que fueſe en Lunes, ó en Sabado, y lo que ſucedió fue, que de alli á dos dias ſe murió la perra de ahita, y el ſeñor levantador quedó acreditado en el lugar por acertadiſimo judiciario, como lo quedan todos, ó los mas levañtadores. Con todo eſo querria, dixo Sancho, que vueſtra merced dixeſe á Maeſe Pedro preguntaſe á ſu mono, ſi es verdad lo que á vueſtra merced le paſó en la Cueva de Monteſinos, que yo para mí tengo con perdon de vueſtra merced que todo fue embeleco, y mentira, ó por lo menos coſas ſoñadas. Todo podría ſer, reſpondió Don Quixote: pero yo haré lo que me aconſejas, pueſto que me ha de quedar un no ſé que de eſcrupulo. Eſtando en eſto llegó Maeſe Pedro á buſcar á Don Quixote, y decir le que ya eſtava en orden el retablo; que ſu merced vinieſe á verle, porque lo merecia. Don Quixote le comunicó

municó ſu penſamiento, y le rogó preguntaſe luego á ſu mono le dixeſe, ſi ciertas coſas que avia paſado en la Cueva de Monteſinos avian ſido ſoñadas, ó verdaderas, porque á él le parecia que tenían de todo. A lo que Maeſe Pedro ſin reſponder palabra, bolvió á traer el mono, y pueſto delante de Don Quixote, y de Sancho, dixo: Mirad, ſeñor Mono, que eſte Cavallero quiere ſaber ſi ciertas coſas qne le paſaron en una cueva llamada de Monteſinos, ſi fueron falſas, ó verdaderas. Y haciendole la acoſtumbrada ſeñal, el mono ſe le ſubió en el ombro izquierdo, y hablandole al parecer en el oido, dixo luego Maeſe Pedro: El mono dice, que parte de las coſas que vueſa merced vió, ó paſó en la dicha cueva, ſoñ falſas, y parte veriſimiles, y que eſto es lo que ſabe, y no otra coſa, en quanto á eſta pregunta: y que ſi vueſa merced quiſiere ſaber mas, que el Viernes venidero reſponderá á todo lo que ſe le preguntare, que por aora ſe le ha acabado la virtud, que no le vendrá haſta el Viernes, como dicho tiene. No lo decia yo, dixo Sancho, que no ſe me podia aſentar, que todo lo que vueſa merced, Señor mio, ha dicho de los acontecimientos de la cueva era verdad, ni aun la mitad. Los ſuceſos lo diran, Sancho, reſpondió Don Quixote, que el tiempo deſcubridor de todas las coſas, no ſe dexa ninguna que no las ſaque á la luz del Sol, aunque eſté eſcondida en los ſenos de la tierra, y por aora baſte eſto, y vamonos á ver el retablo del buen Maeſe Pedro, que para mí tengo, que deve de tener alguna novedad. Como alguna? reſpondio Maeſe Pedro; ſeſenta mil encierra en ſí eſte mi retablo, digole á vueſa merced, mi Señor Don Quixote, que es una de las coſas mas de ver que oy tiene el mundo, y operibus credite, & non verbis, y manos á labor, que ſe hace tarde, y tenemos mucho que hacer, y que decir, y que moſtrar. Obedecieronle Don Quixote y Sancho, y vinieron donde ya eſtava el retablo pueſto y deſcubierto, lleno por todas partes de

candelillas de cera encendidas, que le hacían viſtoſo y reſplandeciente. En llegandó ſe metió Maeſe Pedro dentro del, que era él que avia de manejar las figuras del artificio, y fuera ſe puſo un muchacho, criado del Macſe Pedro, para ſervir de interprete, y declarador de los miſterios del tal retablo, tenía una varilla en la mano con que ſeñalava las figuras que ſalian. Pueſtos pues todos quantos avia en la venta, y algunos en pie frontero del retablo, y acomodados Don Quixote, Sancho, el Page, y el Primo en los mejores lugares, el truxaman comenzó á decir lo que oirá, y verá el que le oyere, ó viere el capitulo ſiguiente.

Cap. XXVI. Donde ſe proſigue la gracioſa aventura del Titerero, con otras coſas en verdad harto buenas.

CAllaron todos Tirios, y Troyanos, quiero decir, pendientes eſtavan todos los que el retablo miravan de la boca del declarador de ſus maravillas, quando ſe oyeron ſonar en el retablo cantidad de atabales, y trompetas, y diſpararſe mucha artilleria, cuyo rumor paſó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho, y dixo: Eſta verdadera hiſtoria, que aquí á vueſas mercedes ſe repreſenta, es ſacada al pie de la letra de las Coronicas Franceſas, y de los Romances Eſpañoles, que andan en boca de las gentes, y de los muchachos por eſas calles, trata de la libertad que dió el Señor Don Gayferos á ſu eſpoſa Meliſendra, que eſtava cautiva en Eſpaña en poder de Moros en la ciudad de Sanſueña, que así ſe llamava entonces la què oy ſe llama Zaragoza, y vean vueſas mercedes alli como eſtá jugando á las tablas Don Gayferos, ſegun aquello que ſe canta: Jugando eſtá á las tablas Don Gayferos,

que

que ya de Meliſendra eſtá olvidado, y aquel perſonage que alli aſoma con corona en la cabeza, y ceptro en las manos, es el Emperador Carlo Magno, padre putativo de la tal Meliſendra, el qual mohino de ver el ocio y deſcuido de ſu yerno le ſale á reñir, y adviertan con la vehemencia y ahinco que le riñe, que no parece, ſino que le quiere dar con el ceptro media docena de coſcorrones, y aun ay autores, que dicen que ſe los dió, y muy bien dados, y deſpues de averle dicho muchas coſas acerca del peligro que corria ſu honra en no procurar la libertad de ſu eſpoſa, dicen que le dixo, harto os he dicho, miradlo: miren vueſtras mercedes tambien como el Emperador buelva las eſpaldas, y dexa deſpachado á Don Gayferos, el qual ya ven como arroja impaciente de la colera lexos de sí el tablero y las tablas, y pide á prieſa las armas, y á Don Roldan ſu primo pide preſtada ſu eſpada Durindana, y como Don Roldan no ſe la quiere preſtar, ofreciendole ſu compañia en la dificil empreſa en que ſe pone: pero el valeroſo enojado no lo quiere aceptar, antes dice, que él ſolo es baſtante para ſacar á ſu eſpoſa, ſi bien eſtuvieſe metida en el mas hondo centro de la tierra, y con eſto ſe entra á armar para ponerſe luego en camino. Buelvan vueſtras mercedes los ojos á aquella torre que allí parece, que ſe preſupone que es una de las torres del alcazar de Zaragoza, que aora llaman la Aljaferia, y aquella dama que en aquel balcon parece veſtida a lo Moro, es la ſin par Meliſendra, que deſde alli muchas veces ſe ponia á mirar el camino de Francia, y pueſta la imaginacion en Paris, y en ſu eſpoſo ſe conſolava en ſu cautiverio. Miren tambien un nuevo caſo que aora ſucede, quiza no viſto jamas no veen aquel Moro que callandico, y paſito á paſo pueſto el dedo en la boca ſe llega por las eſpaldas de Meliſendra, pues miren como la da un beſo en mitad de los labios, y la prieſa que ella ſe da á eſcupir, y á limpiarſelos con la blanca manga de ſu camiſa, y como

ſe lamenta, y ſe arranca de peſar ſus hermoſos cabellos, como ſi ellos tuvieran la culpa del maleficio. Miren tambien como aquel grave Moro que eſtá en aquellos corredores es el Rey Marſilio de Sanſueña, el qual por aver viſto la inſolencia del Moro, pueſto que era un pariente y gran privado ſuyo, le mandó luego prender, y que le den docientos azotes, llevandole por las calles acoſtumbradas de la ciudad, con chilladores delante, y envaramiento detras, y veis aquí donde ſalen á executar la ſentencia, aun bien á penas no aviendo ſido pueſta en execucion la culpa, porque entre Moros no ay traſlado á la parte, ni á prueva, y eſteſe, como entre noſotros. Niño, niño, dixo con voz alta á eſta ſazon Don Quixote: Seguid vueſtra hiſtoria linea recta, y no os metais en las curvas, ó tranſverſales, que para ſacar una verdad en limpio, meneſter ſon muchas pruevas, y repruevas. Tambien dixo maeſe Pedro deſde dentro: Muchacho, no te metas en dibuxos, ſino haz lo que eſe ſeñor te manda, que ſera lo mas acertado: ſigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos, que ſe ſuelen quebrar de ſutiles. Yo lo haré aſi, reſpondió el muchacho, y proſiguió, diciendo: Eſta figura que aquí parece á cavallo cubierta con una capa Gaſcona, es la miſma de Don Gayferos, á quien ſu eſpoſa ya vengada del atrevimiento del enamorado Moro, con mejor, y mas ſoſegado ſemblante ſe ha pueſto á los miradores de la torre, y habla con ſu eſpoſo, creyendo, que es algun paſagero, con quien paſó todas aquellas razones, y coloquios de aquel Romance que dicen: Cavallero ſi á Francia ides, por Gayferos preguntad. Las quales no digo yo aora, porque de la prolixidad ſe ſuele engendrar el faſtidio, baſta ver como Don Gayferos ſe deſcubre, y que por los ademanes alegres que Meliſendra hace, ſe nos da á entender, que ella le ha conocido, y mas aora que veemos ſe deſcuelga del balcon para ponerſe en las ancas del cavallo de ſu buen eſpoſo: mas

ay

ay ſin ventura! que ſe le ha aſido una punta del faldellin de uno de los hierros del balcon, y eſtá pendiente en el aire, ſin poder llegar al ſuelo: pero veis como el piadoſo cielo ſocorre en las mayores neceſidades, pues llega Don Gayferos, y ſin mirar ſi ſe raſgará, ó no el rico faldellin, aſe della, y mal ſu grado la hace baxar al ſuelo, y luego de un brinco la pone ſobre las ancas de ſu cavallo, ahorcajadas como hombre, y la manda, que ſe tenga fuertemente, y le eche los brazos por las eſpaldas, de modo que los cruce en el pecho, porque no ſe caiga, á cauſa que no eſtava la ſeñora Meliſendra acoſtumbrada á ſemejantes Cavallerias. Veis tambien como los relinchos del cavallo dan ſeñales, que va contento con la valiente y hermoſa carga que lleva en ſu ſeñor, y en ſu ſeñora. Veis como buelven las eſpaldas, y ſalen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de Paris la via: vais en paz, ó par ſin par de verdaderos amantes, llegueis á ſalvamento á vueſtra deſeada patria, ſin que la fortuna ponga eſtorvo en vueſtro felice viage: los ojos de vueſtros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los dias (que los de Neſtor ſean) que os quedan de la vida. Aqui alzó otra vez la voz Maeſe Pedro, y dixo: Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectacion es mala: No reſpondió nada el interprete, antes proſiguió diciendo: No faltaron algunos ocioſos ojos, que lo ſuelen ver todo, que no vieſen la baxada y la ſubida de Meliſendra, de quien dieron noticia al Rey Marſilio, el qual mandó luego tocar al arma: y miren con que prieſa, que ya la ciudad ſe hunde con el ſon de las campanas, que en todas las torres de las mezquitas ſuenan. Eſo no, dixo á eſta ſazon Don Quixote, en eſto de las campanas anda muy impropio Maeſe Pedro, porque entre Moros no ſe uſan campanas, ſino atabales, y un genero de dulzainas que parecen nueſtras chirimias, y eſto de ſonar campanas en Sanſueña, ſin duda que es un gran diſparate. Lo qual oido por Maeſe Pedro, ceſſó el tocar,

car, y dixo: No mire vueſa merced en niñerias, ſeñor Don Quixote, ni quiera llevar las coſas tan por el cabo, que no ſe le halle. No ſe repreſentan por ay caſi de ordinario mil comedias, llenas de míl impropiedades, y diſparates, y con todo eſo corren felicíſimamente ſu carrera, y ſe eſcuchan, no ſólo con aplauſo, ſino con admiracion y todo? Proſigue muchacho, y dexa decir, que como yo llene mi talego, ſi quiere repreſente mas impropiedades que tiene atomos el Sol. Así es la verdad, replicó Don Quixote, y el muchacho dixo: Miren quanta, y quan lucida Cavalleria ſale de la ciudad en ſiguimiento de los dos Catolicos amantes, quantas trompetas que ſuenan, quantas dulzaynas que tocan, y quantos atabales y átambores que retumban, temome que los han de alcanzar, y los han de bolver atados á la cola de ſu miſmo cavallo, que ſería un horrendo eſpectaculo. Viendo, y oyendo pues tanta Moriſma, y tanto eſtruendo, Don Quixote, parecióle ſer bien dar ayuda á los que huyan, y levantandoſe en pie en voz alta, dixo, No conſentire yo que en mis dias, y en mi preſencia ſe le haga ſupercheria á tan famoſo Cavallero, y á tan atrevido enamorado como Don Gayferos: detencos, mal nacida canalla, no le ſiguais, ni perſiguais, ſino conmigo ſois en la batalla, y diciendo, y haciendo, deſenvainó la eſpada, y de un brinco ſe puſo junto al retablo, y con acelerada, y nunca viſta furia, comenzó á llover cuchilladas ſobre la titerera Moriſma, derribando á unos, deſcabezando á otros, eſtropeando á eſte, deſtrozando á aquel, y entre otros muchos tiró un altibaxo, tal que ſi maeſe Pedro no ſe abaxa, ſe encoge, y agazapa, le cercenara la cabeza, con mas facilidad que ſi fuera hecha de maſa de mazapan; dava voces Maeſe Pedro, diciendo: Detengaſe vueſa merced, Señor Don Quixote, y advierta, que eſtos que derriba, deſtroza, y mata, no ſon verdaderos Moros, ſino unas figurillas de paſta: mire, pecador de mi, que me deſtruye, y echa á perder toda

toda mí hacienda. Mas no por eſto dexava de menudear Don Quixote cuchilladas, mandobles, tajos, y reveſes, como llovidos. Finalmente en menos de dos Credos dió con todo el retablo en el ſuelo, hechas pedazos y deſmenuzadas todas ſus jarcias, y figuras, el Rey Marſilio mal herido, y el Emperador Carlo Magno partida la corona, y la cabeza en dos partes. Alborotóſe el Senado de los oyentes, huyóſe el mono por los tejados de la ventana: temió el Primo, acobardóſe el page, y haſta el miſmo Sancho Panza tuvo pavor grandiſimo, porque como él juró deſpues de paſada la borraſca jamas avia viſto á ſu ſeñor con tan deſatinada colera. Hecho pues el general deſtrozo del retablo, ſoſegóſe un poco Don Quixote, y dixo: Quiſiera yo tener aquí delante en eſte punto todos aquellos que no creen, ni quieren creer, de quanto provecho ſean en el mundo los Cavalleros Andantes, miren ſino me hallará yo aquí preſente, que fuera del buen don Gayferos, y de la hermoſa Meliſendra, á buen ſeguro, que eſta fuera ya la hora que los huvieron alcanzado eſtos canes, y les huvieran hecho algun deſaguiſado. En reſolucion, viva la Andante Canalleria ſobre quantas coſas oy viven en la tierra. Viva en hora buena, dixo á eſta ſazon con voz enfermiza Maeſe Pedro, y muera yo, pues ſoy tan deſdichado, que puedo decir con el Rey don Rodrigo, ayer fuy ſeñor de Eſpaña, y oy no tengo una almena, que pueda decir que es mia: no ha media hora, ni aun un mediano momento que me vi ſeñor de Reyes, y de Emperadores, llenas mis cavallerizas, y mis cofres, y ſacos, de infinitos cavallos, y de innumerables galas, y agora me veo deſolado y abatido, pobre, y mendigo, y ſobre todo ſin mi mono, que á fe que primero que le buelva á mí poder me han de ſudar los dientes, y todo por la furia mal conſiderada deſte ſeñor Cavallero, de quien ſe dice que ampara pupilos, y endereza tuertos, y hace otras obras caritativas, y en mí ſo lo ha venido á faltar

ſu intencion generoſa, que ſean benditos y alabados los cielos, áall donde tienen mas levantados ſus aſientos. En fin el Cavallero de la triſte figura avia de ſer aquel, que avia de desfigurar las mias. Enternecióſe Sancho Panza con las razones de Maeſe Pedro, y dixole. No llores, Maeſe Pedro, ni te lamentes, que me quiebras el corazon, porque te hago ſaber, que es mi Señor Don Quixote tan Catolico, y eſcrupuloſo Chriſtiano, que ſi él cae en la cuenta de que te ha hecho algun agravio te lo ſabrá, y te lo querra pagar, y ſatisfacer con muchas ventajas. Con que me pagaſe el ſeñor Don Quixote alguna parte de las hechuras, que me ha deſhecho, quedaría contento, y ſu merced aſeguraría ſu conciencia, por que no ſe puede ſalvar, quien tiene lo ageno contra la voluntad de ſu dueño, y no lo reſtituye. Así es, dixo Don Quixote: pero haſta aora yo no ſé que tenga nada vueſtro, Maeſe Pedro. Como no, reſpondió Maeſe Pedro, y eſtas reliquias que eſtan por eſte duro y eſteril ſuelo quien las eſparció, y aniquiló, ſino la fuerza invencible deſe poderoſo brazo? y cuyos eran ſus cuerpos ſino mios? y con quien me ſuſtentava yo, ſino con ellos? Aora acabo de creer, dixo á eſte punto Don Quixote, lo que otras muchas veces he creido, que eſtos encantadores, que me perſiguen, no hacen ſino ponerme las figuras como ellas ſon delante de los ojos, y luego me las mudan, y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, ſeñores, que me oís, que á mí me pareció todo lo que aquí ha paſado, que paſava al pie de la letra, que Meliſendra era Meliſendra, Don Gayferos Don Gayferos, Marſilio Marſilio, y Carlo Magno Carlo Magno: por eſo ſe me alteró la colera, y por cumplir con mi profeſion de Cavallero Andante, quiſe dar ayuda y favor á los que huyan, y con eſte buen propoſito hice lo que aveys viſto, ſi me ha ſalido al reves, no es culpa mia, ſino de los malos que me perſiguen, y con todo eſto deſte mi yerro, aunque no ha procedido

procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas; vea Maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco á pagarselo luego, en buena y corriente moneda Castellana. Inclinóse le Maese Pedro, diciendole: No esperava yo menos de la inaudita Christiandad del valeroso Don Quixote de la Mancha, verdadero socorredor, y amparo de todos los necesitados, y menesterosos vagamundos, y aquí el señor Ventero, y el gran Sancho seran medianeros, y apreciadores entre vuesa merced y mí, de lo que valen, ó podían valer las ya deshechas figuras: el Ventero y Sancho dixeron, que así lo harían, y luego Maese Pedro alzó del suelo con la cabeza menos al Rey Marsilio de Zaragoza, y dixo: ya se vee, quan imposible es bolver á este Rey á su ser primero, y así me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin, y acabamiento, quatro reales y medio. Adelante, dixo Don Quixote: Pues por esta abertura de arriba á baxo, prosiguió Maese Pedro, tomando en las manos al partido Emperador Carlo Magno, no sería mucho que pidiese yo cinco reales y un quartillo. No es poco, dixo Sancho. Ni mucho, replicó el Ventero, medieſe la partida, y señalense le cinco reales. Densele todos cinco y quartillo, dixo Don Quixote, que no está en un quartillo mas á menos la monta desta notable desgracia, y acabe presto, Maese Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre. Por esta figura, dixo Maese Pedro, que está sin narices, y un ojo menos, que es de la hermosa Melisendra, quiero y me pongo en lo justo dos reales y doce maravedis. Aun ay sería el diablo, dixo Don Quixote, si ya no estuviese Melisendra con su esposo, por lo menos en la raya de Francia, porque el cavallo en que ivan á mí me pareció, que antes volava que corria, y así no ay para que venderme á mí el gato por liebre, presentandome aquí á Melisendra desnarigada, estando la otra si viene á mano aora holgandose en Francia con su esposo á

pierna tendida: ayude Dios con lo ſuyo á cada uno, ſeñor Maeſe Pedro, y caminemos todos con pie llano y con intencion ſana, y proſiga. Maeſe Pedro, que vió que Don Quixote izquirdeava, y que bolvia á ſu primer tema, no quiſo que ſe le eſcapaſe, y así le dixo: Eſta no deve de ſer Meliſendra, ſino alguna de las doncellas, que la ſervian, y así con ſeſenta maravedis que me den por ella quedaré contento, y bien pagado. Deſta manera fue poniendo precio á otras muchas deſtrozadas figuras, que deſpues los moderaron los dos jueces arbitros con ſatisfacion de las partes, que llegaron á quarenta reales y tres quartillos, y ademas deſto, que luego lo deſembolſó Sancho, pidió Maeſe Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono: daſelos, Sancho, dixo Don Quixote, no para tomar el mono, ſino la mona, y docientos diera yo aora en albricias, á quien me dixera con certidumbre que la ſeñora Doña Meliſendra, y el ſeñor Don Gayferos eſtavan ya en Francia, y entre los ſuyos. Ninguno nos lo podrá decir mejor que mi mono, dixo Maeſe Pedro: pero no avra diablo que aora le tome, aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar á que me buſque eſta noche, y amanecera Dios, y veremonos. En reſolucion la borraſca del retablo ſe acabó, y todos cenaron en paz, y en buena compañia, á coſta de Don Quixote, que era liberal en todo eſtremo. Antes que amanecieſe ſe fue él que llevava las lanzas y las alabardas, y ya deſpues de amanecido ſe vinieron á deſpedir de Don Quixote el Primo, y el page, el uno para bolverſe á ſu tierra, y el otro á proſeguir ſu camino, para ayuda del qual le dió Don Quixote una docena de reales. Maeſe Pedro no quiſo bolver á entrar en mas dimes, ni diretes con Don Quixote, á quien el conocia muy bien, y así madrugó antes que el Sol, y cogiendo las reliquias de ſu retablo, y á ſu mono, ſe fue tambien á buſcar ſus aventuras. El Ventero, que no conocia a Don Quixote, tan admirado le tenian ſus locuras, como ſu liberalidad.

Finalmente

Finalmente Sancho le pagó muy bien, por orden de ſu Señor, y deſpiendoſe dél caſi á las ocho del dia dexaron la venta, y ſe puſieron en camino, donde los dexaremos ir, que así conviene, para dar lugar á contar otras coſas pertenecientes á la declaracion deſta famoſa Hiſtoria.

Cap. XXVII. Donde ſe da cuenta, quienes eran Maeſe Pedro y ſu mono, con el mal ſuceſo que Don Quixote tuvo en la Aventura del Rebuzno, que no la acabó como él quiſiera, y como lo tenía penſado.

ENtra Cide Hamete Coroniſta deſta grande Hiſtoria, con eſtas palabras en eſte capitulo. Juro como Catolico Chriſtiano: á lo que ſu traductor dice, que el jurar Cide Hamete como Catolico Chriſtiano, ſiendo él Moro, como ſin duda lo era, no quiſo decir otra coſa, ſino que así como el Catolico Chriſtiano quando jura, jura, ó deve jurar verdad, y decirla en lo que dixere, así él la decia, como ſi jurara como Chriſtiano Catolico, en lo que queria eſcrivir de Don Quixote, eſpecialmente en decir quien era Maeſe Pedro, y quien el mono adivino, que traya admirados todos aquellos pueblos con ſus adivananzas. Dice pues, que bien ſe acordará él que huviere leido la primera parte deſta Hiſtoria, de aquel Gines de Paſsamonte, á quien entre otros Galeotes dió libertad Don Quixote en Sierra Morena, beneficio que deſpues le fue mal agradecido, y peor pagado de aquella gente maligna y mal acoſtumbrada. Eſte Gines de Paſsamonte, á quien Don Quixote llamava Gineſillo de Parapilla, fue él que hurtó á Sancho Panza el Rucio, que por no averſe pueſto el como, ni el quando en la primera parte por culpa de los Impreſores, ha dado en que entender á

muchos, que atribuyan á poca memoria del autor la falta de la Emprenta. Pero en reſolucion Gines le hurtó, eſtando ſobre el durmiendo Sancho Panza, uſando de la traza y modo que uſó Brunelo, quando eſtando Sacripante ſobre Albraca le ſacó el cavallo de entre las piernas, y deſpues le cobró Sancho, como ſe ha contado. Eſte Gines pues temeroſo, de no ſer hallado de la juſticia que le buſcava, para caſtigarle de ſus infinitas vellaquerias y delitos, que fueron tantos, y tales, que él miſmo compuſo un gran volumen contandolos, determinó paſarſe al Reino de Aragon, y cubrirſe el ojo izquierdo, acomodandoſe al oficio de titerero, que eſto, y el jugar de manos lo ſabia hacer por eſtremo: ſucedió pues que de unos Chriſtianos ya libres que venian de Berberia compró aquel mono, á quien enſeñó, que en haciendole cierta ſeñal, ſe le ſubieſe en el ombro, y le murmuraſe, ó lo pareciese, al oido. Hecho eſto, antes que entraſe en el lugar donde entrava con ſu retablo y mono, ſe informava en el lugar mas cercano ó de quien el mejor podia, que coſas particulares huvieſen ſucedido en el tal lugar, y á que perſonas, y llevando las bien en la memoria, lo primero que hacía, era moſtrar ſu retablo, el qual unas veces era de una hiſtoria, y otras de otra: pero todas alegres, y regozijadas, y conocidas. Acabada la mueſtra, proponia las habilidades de ſu mono, diciendo al pueblo, que adivinava todo lo paſado, y lo preſente: pero que en lo de por venir, no ſe dava maña: por la reſpueſta de cada pregunta pedia dos reales, y de algunas hacía barato, ſegun tomava el pulſo á los preguntantes, y como tal vez llegava á las caſas de quien él ſabia los ſuceſos de los que en ella moravan, aunque no le preguntaſen nada, por no pagarle, él hacía la ſeña al mono, y luego decia, que le avia dicho tal y tal coſa, que venia de molde con lo ſucedido: con eſto cobrava credito inefable, y andavanſe todos tras él: otras veces, como era tan diſcreto, reſ-

pondia

pondia de manera que las reſpueſtas venian bien con las preguntas, y como nadie le apurava, ni apretava, á que dixeſe como adivinava ſu mono, á todos hacia monas, y llenava ſus eſqueros. Así como entró en la venta conoció á Don Quixote, y á Sancho, por cuyo conocimiento le fue facil poner en admiracion á Don Quixote, y á Sancho Panza, y á todos los que en ella eſtavan: pero huvierale de coſtar caro, ſi Don Quixote baxara un poco mas la mano, quando cortó la cabeza al Rey Marſilio, y deſtruyó toda ſu Cavalleria, como queda dicho en el antecedente capitulo. Eſto es lo que ay que decir de Maeſe Pedro y de ſu mono. Y bolviendo á Don Quixote de la Mancha, digo, que deſpues de aver ſalido de la venta, determinó de ver primero las riberas del rio Ebro, y todos aquellos contornos, antes de entrar en la ciudad de Zaragoza, pues le dava tiempo para todo el mucho que faltava deſde alli á las Juſtas: con eſta intencion ſiguió ſu camino, por el qual anduvo dos dias ſin acontecerle coſa digna de ponerſe en eſcritura; haſta que al tercero, al ſubir de una loma oyó un gran rumor de atambores, de trompetas, y arcabuces: al principio penſó que algun tercio de ſoldados paſava por aquella parte, y por verlos picó á Rozinante, y ſubió la loma arriba, y quando eſtuvó en la cumbre, vió al pie della á ſu parecer mas de docientos hombres armados de diferentes ſuertes de armas, como ſi dixeſemos lanzones, balleſtas, parteſanas, alabardas, y picas, y algunos arcabuces, y muchas rodelas. Baxó del recueſto y acercóſe al eſquadron, tanto que diſtintamente vió las vanderas, juzgó de las colores, y notó las empreſas que en ellas trayan, eſpecialmente una que en un eſtandarte, ó giron de raſo blanco venia, en el qual eſtava pintado muy al vivo un aſno, como un pequeño Sardeſco, la cabeza levantada, la boca abierta, y la lengua de fuera, en acto y poſtura como ſi eſtuviera rebuznando, al rededor del eſtavan eſcritos de letras grandes eſtos dos verſos.

No

No rebuznaron en valde
El uno y el otro Alcalde.

Por eſta inſignia ſacó Don Quixote que aquella gente devia de ſer del pueblo del rebuzno, y así ſe lo dixo á Sancho, declarandole lo que en el eſtandarte venia eſcrito: dixole tambien que él que les avia dado noticia de aquel caſo ſe avia errado en decir que dos Regidores avian ſido los que rebuznaron: pero que ſegun los verſos del eſtandarte, no avian ſido ſino Alcaldes. A lo que reſpondió Sancho Panza: Señor, en eſo no ay que reparar, que bien puede ſer, que los Regidores que entonces rebuznaron vinieſen con el tiempo á ſer Alcaldes de ſu pueblo, y así ſe pueden llamar con entrambos titulos, quanto mas que no hace al caſo á la verdad de la hiſtoria ſer los rebuznadores Alcaldes, ó Regidores, como ellos una por una ayan rebuznado: porque tan á pique eſtá de rebuznar un Alcalde como un Regidor. Finalmente conocieron, y ſupieron como el pueblo corrido ſalia á pelear con otro que le corria mas de lo juſto, y de lo que ſe devia á la buena vecindad. Fueſe llegando á ellos Don Quixote, no con poca peſadumbre de Sancho, que nunca fue amigo de hallarſe en ſemejantes jornadas. Los del eſquadron le recogieron en medio, creyendo, que era alguno de los de ſu parcialidad. Don Quixote alzando la viſera con gentil brio, y continente, llegó haſta el eſtandarte del aſno, y alli ſe le puſieron al rededor todos los mas principales del exercito por verle, admirados con la admiracion acoſtumbrada, en que cayan todos aquellos que la vez primera le miravan. Don Quixote que los vió tan atentos á mirarle, ſin que ninguno le hablaſe, ni le preguntaſe nada, quiſo aprovecharſe de aquel ſilencio, y rompiendo el ſuyo alzó la voz, y dixo.

Buenos ſeñores, quan encarecidamente puedo, os ſuplico, que no interrumpais un razonamiento que quiero haceros, haſta que veais,

veais, que os diſguſta, y enfada, que ſi eſto ſucede con la mas minima ſeñal que me hagais pondre un ſello en mi boca, y echaré una mordaza á mi lengua. Todos le dixeron que dixeſe lo que quiſieſe, que de buena gana le eſchucharían. Don Quixote con eſta licencia proſiguió, diciendo: Yo, ſeñores mios, ſoy Cavallero Andante, cuyo exercicio es el de las armas, y cuya profeſion la de favorecer á los neceſitados de favor, y açudir á los meneſteroſos. Dias ha que he ſabido vueſtra deſgracia, y la cauſa que os mueve á tomar las armas á cada paſo, para vengaros de vueſtros enemigos. Y aviendo diſcurrido una y muchas veces en mi entendimiento ſobre vueſtro negocio, hallo ſegun las leyes del duelo, que eſtays engañados en teneros por afrentados, porque ningun particular puede afrentar á un pueblo entero, ſino es retandole de traidor por junto, porque no ſabe en particular quien cometió la traicion, porque le reta. Exemplo deſto tenemos en Don Diego Ordoñez de Lara, que retó á todo el pueblo Zamorano, porque ignorava, que ſolo Vellido Dolfos avia cometido la traicion de matar á ſu Rey, y así retó á todos, y á todos tocava la venganza, y la reſpueſta: aunque bien es verdad que el ſeñor Don Diego anduvo algo demaſiado, y aun paſó muy adelante de los limites del reto, porque no tenía para que retar á los muertos, á las aguas, ni á los panes, ni á los que eſtavan por nacer, ni á las otras menudencias que alli ſe declaran: pero vaya, pues quando la colera ſale de madre, no tiene la lengua padre, ayo, ni freno que la corrija: ſiendo pues eſto así, que uno ſolo no puede afrentar á Reyno, Provincia, Ciudad, Republica, ni Pueblo entero, queda en limpio, que no ay para que ſalir á la venganza del reto de la tal afrenta, pues no lo es: porque bueno ſería que ſe mataſen á cada paſo los del pueblo de la Reloxa con quien ſe lo llama: ni los cazoleros, verengeneros, vallenatos, xavoneros, ni los de otros nombres y apellidos, que andan por ahi en boca de

los

los muchachos, y de gente de poco mas á menos, bueno ſería por cierto que todos eſtos inſignes pueblos ſe corrieſen, y vengaſen, y anduvieſen contino hechas las eſpadas ſacabuches á qualquier pendencia por pequeña que fueſe. No, no, ni Dios lo permita, ó quiera: los varones prudentes, las Republicas bien concertadas por quatro coſas han de tomar las armas, y deſenvaynar las eſpadas, y poner a rieſgo ſus perſonas, vidas, y haciendas. La primera por defender la Fé Catolica, La ſegunda por defender ſu vida, que es de ley natural, y divina. La tercera en defenſa de ſu honra, de ſu familia, y hacienda. La quarta en ſervicio de ſu Rey en la guerra juſta, y ſi le quiſieremos añadir la quinta (que ſe puede contar por ſegunda) es en defenſa de ſu patria. A eſtas cinco cauſas, como capitales, ſe pueden agregar algunas otras que ſean juſtas y razonables, y que obliguen á tomar las armas: pero tomarlas por niñerias, y por coſas que antes ſon de riſa, y paſatiempo, que de afrenta, parece, que quien las toma carece de todo razonable diſcurſo, quanto mas que el tomar venganza injuſta (que juſta no puede aver alguna que lo ſea) va derechamente contra la ſanta ley que profeſamos, en la qual ſe nos manda, que hagamos bien á nueſtros enemigos, y que amemos á los que nos aborrecen, mandamiento, que aunque parece algo dificultoſo de cumplir, no lo es, ſino para aquellos que tienen menos de Dios que del mundo, y mas de carne que de eſpiritu, porque Jeſu Chriſto Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo, ni puede mentir, ſiendo legiſlador nueſtro, dixo, que ſu yugo era ſuave y ſu carga liviana, y así no nos avia de mandar coſa que fueſe impoſible el cumplirla. Así que, mis ſeñores, vueſas mercedes eſtan obligados por leyes divinas y humanas á ſoſegarſe. El diablo me lleve, dixo á eſta ſazon Sancho entre ſí, ſi eſte mi Amo no es Tologo, y ſino lo es, que lo parece como un huevo á otro: Tomó un poco

poco de aliento Don Quixote, y viendo que toda via le preſtavan ſilencio, quiſo paſar adelante en ſu platica, como paſara, ſino ſe puſiere en medio la agudeza de Sancho, el qual viendo que ſu Amo ſe detenia, tomó la mano por él, diciendo: Mi Señor Don Quixote de la Mancha, que un tiempo ſe llamó el Cavallero de la Triſte Figura, y aora ſe llama el Cavallero de los Leones, es un Hidalgo muy atentado, que ſabe Latin, y Romance como un Bachiller, y en todo quanto trata, y aconſeja procede como muy buen ſoldado, y tiene todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo en la uña, y así no ay mas que hacer, ſino dexarſe llevar por lo que él dixere, y ſobre mí ſi lo erraren: quanto mas que ello ſe eſtá dicho, que es necedad correrſe por ſolo oir un rebuzno, que yo me acuerdo, quando muchacho que rebuznava, cada y quando que ſe me antojava ſin que nadie me fueſe á la mano, y con tanta gracia y propiedad que en rebuznando yo, rebuznavan todos los aſnos del pueblo, y no por eſo dexava de ſer hijo de mis padres, que eran honradiſimos, y aunque por eſta habilidad era invidiado de mas de quatro de los eſtirados de mi pueblo, no ſe me dava dos ardites, y porque ſe vea que digo verdad, eſperen, y eſcuchen, que eſta ciencia es como la del nadar, que una vez aprendida nunca ſe olvida, y luego pueſta la mano en las narices, comenzó á rebuznar tan reciamente, que todos los cercanos valles retumbaron. Pero uno de los que eſtavan junto á él, creyendo que hacía burla dellos, alzó un varapalo que en la mano tenía, y dióle tal golpe con el, que ſin ſer poderoſo á otra coſa, dió con Sancho Panza en el ſuelo. Don Quixote que vió tan mal parado á Sancho, arremetió al que le avia dado con la lanza ſobre mano: pero fueron tantos los que ſe puſieron en medio, que no fue poſible vengarle: antes viendo que llovia ſobre él un nublado de piedras, y que le amenazavan mil encaradas balleſtas, y no menos cantidad de arcabuces, bolvió las rien-

das á Rozinante, y á todo lo que ſu galope pudo, ſe ſalió de entre ellos, encomendandoſe de todo corazon á Dios, que de aquel peligro le libraſe, temiendo á cada paſo no le entraſe alguna bala por las eſpaldas, y le ſalieſe al pecho, y á cada punto recogia el aliento, por ver ſi le faltava. Pero los del eſquadron ſe contentaron con verle huir ſin tirarle. A Sancho le puſieron ſobre ſu jumento, á penas buelto en sí, y le dexaron ir tras ſu Amo, no porque el tuvieſe ſentido para regirle: pero el Rucio ſiguió las huellas de Rozinante, ſin el qual no ſe hallava un punto. Alongado pues Don Quixote buen trecho, bolvió la cabeza, y vió que Sancho venia, y atendiole, viendo que ninguno le ſeguia. Los del eſquadron ſe eſtuvieron alli haſta la noche, y por no aver ſalido á la batalla ſus contrarios ſe bolvieron á ſu pueblo, regocijados y alegres: y ſi ellos ſupieran la coſtumbre antigua de los Griegos, levantaran en aquel lugar y ſitio un Troſeo.

Cap. XXVIII. De coſas que dice Benengeli que las ſabrá quien le leyere, ſi las lee con atencion.

QUando el valiente huye, la ſuperchería eſtá deſcubierta, y es de varones prudentes guardarſe para mejor ocasion. Eſta verdad ſe verificó en Don Quixote, el qual dando lugar á la furia del pueblo, y á las malas intenciones de aquel indignado eſquadron, puſo pies en polvoroſa, y ſin acordarſe de Sancho, ni del peligro en que le dexava, ſe apartó tanto quanto le pareció, que baſtava para eſtar ſeguro. Seguiale Sancho atraveſado en ſu Jumento, como queda referido. Llegó en fin, ya buelto en ſu acuerdo, y al llegar, ſe dexó caer del Rucio á los pies de Rozinante

nante todo ansioſo, todo molido, y todo apaleado. Apeóſe Don Quixote para catarle las feridas: pero como le hallaſſe ſano de los pies á la cabeza, con aſaz cólera le dixo: Tan en hora mala ſupiſtes vos rebuznar, Sancho, y donde hallaſtes vos ſer bueno el nombrar la ſoga en caſa del ahorcado? á musica de rebuznos que contrapunto ſe avia de llevar, ſino de varapalos? Y dad gracias á Dios, Sancho, que ya que os ſantiguaron con un palo, no os hicieron el perſignum Crucis con un alfange. No eſtoy para reſponder, reſpondió Sancho, porque me parece, que hablo por las eſpaldas, ſubamos y apartemonos de aquí, que yo pondre ſilencio en mis rebuznos: pero no en dexar de decir, que los Cavalleros Andantes huyen, y dexan á ſus buenos eſcuderos molidos como alheña, ó como cibera en poder de ſus enemigos. No huye él que ſe retira, reſpondió Don Quixote, porque has de ſaber, Sancho, que la valentia que no ſe funda ſobre la baſa de la prudencia, ſe llama temeridad, y las hazañas del temerario mas ſe atribuyen á la buena fortuna que á ſu animo. Y así yo confieſo que me he retirado: pero no huido, y en eſto he imitado á muchos valientes, que ſe han guardado para tiempos mejores, y deſto eſtan las hiſtorias llenas, las quales por no ſerte á tí de provecho, ni á mí de guſto, no te las refiero aora. En eſto ya eſtava á cavallo Sancho ayudado de Don Quixote, el qual así miſmo ſubió en Rozinante, y poco á poco ſe fueron á emboſcar en una alameda, que haſta un quarto de legua de alli ſe parecia. De quando en quando dava Sancho unos ayes profundisimos, y unos gemidos doloroſos. Y preguntandole Don Quixote la cauſa de tan amargo ſentimiento; Reſpondió, que deſde la punta del eſpinazo haſta la nuca del celebro le dolia, de manera que le ſacava de ſentido. La cauſa deſe dolor deve de ſer ſin duda, dixo Don Quixote, que como era el palo con que te dieron largo y tendido, te cogió todas las eſpaldas, donde entran todas

eſas partes que te duelen, y si más te cogiera, mas te doliera. Por Dios, dixo Sancho, que vueſa merced me ha ſacado de una gran duda, y que me la ha declarado por lindos terminos. Cuerpo de mí, tan encubierta eſtava la cauſa de mi dolor, que ha ſido meneſter decirme que me duele todo aquello que alcanzó el palo? ſi me dolieran los tovillos, aun pudiera ſer, que ſe anduviera adivinando el porque me dolian, pero dolerme lo que me molieron, no es mucho adivinar. A la fe, Señor ſueſtro Amo, el mal ageno de pelo cuelga, y cada dia voy deſcubriendo tierra de lo poco que puedo eſperar de la compañia que con vueſtra merced tengo, porque ſi eſta vez me ha dexado apalear, otra y otras ciento bolveremos á los manteamientos de marras, y á otras muchacherias, que ſi aora me han ſalido á las eſpaldas, deſpues me ſaldran á los ojos. Harto mejor haría yo, ſino que ſoy un barbaro, y no haré nada que bueno ſea en toda mi vida, harto mejor haría yo, buelvo á decir, en bolverme á mi caſa, y á mi muger, y a mis hijos, y ſuſtentarla, y criarlos con lo que Dios fue ſervido de darme, y no andarme tras vueſa merced por caminos ſin camino, y por ſendas y carreras, que no las tienen, beviendo mal, y comiendo peor: pues tomadme el dormir, contad, hermano eſcudero, ſiete pies de tierra, y ſi quiſieredes mas, tomad otros tantos que en vueſtra mano eſtá eſcudillar, y tendeos á todo vueſtro buen talante, que quemado vea yo y hecho polvos al primero que dió puntada en la Andante Cavalleria, ó alomenos al primero que quiſo ſer eſcudero de tales tontos, como devieron ſer todos los Cavalleros Andantes paſados; de los preſentes no digo nada, que por ſer vueſtra merced uno dellos los tengo reſpeto, y porque ſé, que ſabe vueſa merced un punto mas que el diablo, en quanto habla, y en quanto pienſa. Haría yo una buena apueſta con vos, Sancho, dixo Don Quixote, que aora que vais hablando, ſin que nadie os vaya á la mano,

mano, que no os duele nada en todo vueſtro cuerpo. Hablad, hijo mio, todo aquello que os viniere al penſamiento, y á la boca, que á trueco de que á vos no os duela nada, tendre yo por guſto el enfado que me dan vueſtras impertinencias, y si tanto deſeays bolveros á vueſtra caſa con vueſtra muger, y hijos, no permita Dios que yo os lo impida, dineros teneis mios, mirad quanto ha, que eſta tercera vez ſalimos de nueſtro pueblo, y mirad lo que podeis y deveis ganar cada mes, y pagaos de vueſtra mano. Quando yo ſervia, reſpondió Sancho, á Tomé Carraſco el padre del Bachiller Sanſon Carraſco, que vueſtra merced bien conoce, dos ducados ganava cada mes, amen de la comida: con vueſtra merced no ſé lo que puedo ganar, pueſto que ſé, que tiene mas trabajo el eſcudero del Cavallero Andante, que él que ſirve á un labrador, que en reſolucion los que ſervimos á labradores, por mucho que trabajemos de dia, por mal que ſuceda, á la noche cenamos olla, y dormimos en cama, en la qual no he dormido deſpues que ha que ſirvo á vueſtra merced, ſino ha ſido el tiempo breve que eſtuvimos en caſa de Don Diego de Miranda, y la gira que tuve con la eſpuma que ſaqué de las ollas de Camacho, y lo que comí, y beví, y dormí en caſa de Basilio: todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra al cielo abierto, ſugeto á lo que dicen inclemencias del cielo, ſuſtentandome con rajas de queſo, y mendrugos de pan, y beviendo aguas, ya de arroyos, ya de fuentes, de las que encontramos por eſos andurriales donde andamos. Confieſo, dixo Don Quixote, que todo lo que dices, Sancho, ſea verdad: quanto parece que os devo dar mas de lo que os dava Tomé Carraſco? A mi parecer, dixo Sancho, con dos reales mas que vueſtra merced añadieſe cada mes me tendría por bien pagado, eſto es quanto al ſalario de mi trabajo: pero en quanto á ſatisfacerme á la palabra y promeſa que vueſtra merced me tiene hecha, de darme el govierno de una inſula, ſería juſto, que ſe me

añadieſen

añadieſen otros ſeys reales, que por todos ſerían treinta. Eſtá muy bien, replicó Don Quixote, y conforme al ſalario que vos os aveis ſeñalado, veinte y cinco dias ha que ſalimos de nueſtro pueblo; contad, Sancho, rata por cantidad, y mirad lo que os devo, y pagaos, como os tengo dicho de vueſtra mano. O cuerpo de mí, dixo Sancho, que va vueſtra merced muy errado en eſta cuenta, porque en lo de la promeſa de la inſula ſe ha de contar deſde el dia que vueſtra merced me la prometió, haſta la preſente hora en que eſtamos. Pues que tanto ha, Sancho, que os la prometí, dixo Don Quixote? Si yo mal no me acuerdo, reſpondió Sancho, deve de aver mas de veinte años tres dias mas á menos. Dióſe Don Quixote una gran palmada en la frente, y comenzó á reir muy de gana, y dixo: Pues no anduve yo en Sierra Morena, ni en todo el diſcurſo de nueſtras ſalidas, ſino dos meſes á penas, y dices, Sancho, que ha veinte años que te prometí la inſula? Aora digo, que quieres que ſe conſuman en tus ſalarios el dinero que tienes mio, y ſi eſto es así, y tú guſtas dello, deſde aquí te lo doy, y buen provecho te haga, que á trueco de verme ſin tan mal eſcudero holgareme de quedarme pobre y ſin blanca. Pero dime, prevaricador de las ordenanzas eſcuderiles de la Andante Cavalleria, donde has viſto tú, ó leido, que ningun eſcudero de Cavallero Andante ſe aya pueſto con ſu ſeñor, en quanto mas tan, mas tanto me aveis de dar cada mes porque os ſirva? Entrate, entrate, malandrin, follon, y veſtiglo, que todo lo pareces, entrate, digo, por el mare magnum de ſus hiſtorias, y ſi hallares que algun eſcudero aya dicho, ni penſado lo que aquí has dicho, quiero que me le claves en la frente, y por añadidura me hagas quatro mamonas ſelladas en mi roſtro. Buelve las riendas, ó el cabeſtro al Rucio, y buelvete á tu caſa, porque un ſolo paſo deſde aquí no has de paſar mas adelante conmigo. O pan mal conocido! ó promeſas mal colocadas! ó hombre, que tiene mas de

beſtia

beſtia que de perſona, aora, quando yo penſava ponerte en eſtado, y tal, que á peſar de tu muger te llamaran Señoria, te deſpides? Aora te vas? quando yo venia con intencion firme y valedera de hacerte ſeñor de la mejor inſula del mundo? En fin como tu has dicho otras veces, no es la miel &c. aſno eres y aſno has de ſer, y en aſno has de parar, quando ſe te acabe el curſo de la vida, que para mí tengo que antes llegará ella á ſu ultimo termino que tú caigas, y des en la cuenta de que eres beſtia. Mirava Sancho á Don Quixote de hito en hito, en tanto que los tales vituperios le decia: y conpungióſe de manera que le vinieron las lagrimas á los ojos, y con voz dolorida y enferma le dixo: Señor mio, yo confieſo, que para ſer del todo aſno, no me falta mas de la cola, ſi vueſa merced quiere ponermela, yo la daré por bien pueſta, y le ſervire como jumento todos los dias que me quedan de mi vida. Vueſtra merced me perdone, y ſe duela de mi mocedad, y advierta que ſé poco, y que ſi hablo mucho, mas procede de enfermedad que de malicia, mas quien yerra, y ſe enmienda, á Dios ſe encomienda. Maravillarame yo, Sancho, ſino mezclaras algun refrancico en tu coloquio. Aora bien, yo te perdono con que te enmiendes, y con que no te mueſtres de aquí adelante tan amigo de tu interes, ſino que procures enſanchar el corazon, y te alientes y animes á eſperar el cumplimiento de mis promeſas, que aunque ſe tarda, no ſe impoſibilita. Sancho reſpondió, que ſi haría, aunque ſacaſe fuerzas de flaqueza. Con eſto ſe metieron en la alameda, y Don Quixote ſe acomodó al pie de un olmo, y Sancho al de una haya, que eſtos tales arboles, y otros ſus ſemejantes ſiempre tienen pies y no manos. Sancho paſó la noche penoſamente, porque el varapalo ſe hacía mas ſentir con el ſereno. Don Quixote la paſó en ſus continuas memorias: pero con todo eſo dieron los ojos al ſueño,

eño, y al ſalir del alva ſiguieron ſu camino, buſcando las riberas del famoſo Ebro, donde les ſucedió lo que ſe contará en el capitulo venidero.

Cap. XXIX. De la famoſa Aventura del Barco encantado.

POR ſus paſos contados, y por contar, dos dias deſpues que ſalieron de la alameda, llegaron Don Quixote, y Sancho al rio Ebro, y el verle fue de gran guſto á Don Quixote, porque contempló y miró en el la amenidad de ſus riberas, la claridad de ſus aguas, el ſoſiego de ſu curſo, y la abundancia de ſus liquidos criſtales, cuya alegre viſta renovó en ſu memoria mil amoroſos penſamientos, eſpecialmente fue, y vinó en lo que avia viſto en la Cueva de Monteſinos, que pueſto que el mono de Maeſe Pedro le avia dicho que parte de aquellas coſas eran verdad, y parte mentira, él ſe atenia mas á las verdaderas, que á las mentiroſas, bien al reves de Sancho, que todas las tenia por la míſma mentira. Yendo pues deſta manera, ſe le ofreció á la viſta un pequeño Barco ſin remos, ni otras jarcias algunas, que eſtava atado en la orilla á un tronco de un arbol que en la ribera eſtava. Miró Don Quixote á todas partes, y no vió perſona alguna, y luego ſin mas ni mas ſe apeó de Rozinante, y mandó á Sancho que lo míſmo hicieſe del Rucio, y que á entrambas beſtias las ataſe muy bien juntas al tronco de un alamo, ó ſauce que alli eſtava. Preguntóle Sancho la cauſa de aquel ſubito apeamiento, y de aquel ligamiento. Reſpondió Don Quixote: has de ſaber Sancho, que eſte Barco que aquí eſtá derechamente, y ſin poder ſer otra coſa en contrario, me eſtá llamando y combidando, á que entre en el, y vaya en el á dar ſocorro

ſocorro á algun Cavallero, ó á otra neceſitada y principal perſona, que deve de eſtar pueſta en alguna grande cuita, porque eſte es eſtilo de los libros de las hiſtorias Cavallereſcas, y de los encantadores que en ellas ſe entremeten, y platican quando, algun Cavallero eſtá pueſto en algun trabajo, que no puede ſer librado del, ſino por la mano de otro Cavallero, pueſto que eſten diſtantes el uno del otro, dos, ó tres mil leguas, y aun mas, ó le arrebatan en una nube, ó le deparan un barco, donde ſe entre, y en menos de un abrir y cerrar de ojos le llevan, ó por los aires, ó por la mar donde quieren, y adonde es meneſter ſu ayuda, así que, ó Sancho, eſte barco eſtá pueſto aquí para el miſmo efecto, y eſto es tan verdad como es aora de dia, y antes que eſte ſe paſe, ata juntos al Rucio, y á Rozinante, y á la mano de Dios que nos guie, que no dexaré de embarcarme, ſi me lo pidieſen frailes deſcalzos. Pues así es, reſpondió Sancho, y vueſtra merced quiere dar á cada paſo en eſtos que no ſé ſi los llame diſparates, no ay ſino obedecer y baxar la cabeza, atendiendo al refran: Haz lo que tu amo te manda, y ſientate con él á la meſa: pero con todo eſto por lo que toca al deſcargo de mi conciencia, quiero advertir á vueſtra merced que á mí me parece, que eſte tal barco no es de los encantados, ſino de algunos peſcadores deſte rio, porque en el ſe peſcan las mejores ſabogas del mundo. Eſto decia mientras atava las beſtias Sancho, dexandolas á la protecion y amparo de los encantadores con harto dolor de ſu anima. Don Quixote le dixo que no tuvieſe pena del deſamparo de aquellos animales, que él que los llevaría á ellos por tan longinquos caminos, y regiones tendría cuenta de ſuſtentarlos. Nò entiendo eſo de logicuos, dixo Sancho, ni he oido tal vocablo en todos los dias de mi vida. Longinquos, reſpondió Don Quixote, quiere decir apartados, y no es maravilla que no lo entiendas, que no eſtás tú obligado á ſaber Latin, como algunos que preſu-

men que lo ſaben, y lo ignoran. Ya eſtán atados, replicó Sancho, que hemos de hacer aora? Que? reſpondió Don Quixote, ſantiguarnos, y llevar ferro, quiero decir, embarcarnos y cortar la amarra con que eſte barco eſtá atado, y dando un ſalto en el, ſiguiendole Sancho, cortó el cordel, y el barco ſe fue apartando poco á poco de la ribera, y quando Sancho ſe vió obra de dos varas dentro del rio, comenzó á temblar, temiendo ſu perdicion: pero ninguna coſa le dió mas pena que el oir roznar al Rucio, y el ver, que Rozinante pugnava por deſatarſe, y dixole á ſu ſeñor: el Rucio rebuzna condolido de nueſtra auſencia, y Rozinante procura ponerſe en libertad, para arrojarſe tras noſotros. O cariſimos amigos, quedaos en paz, y la locura, que nos aparta de voſotros, convertida en deſengaño nos buelva á vueſtra preſencia; y en eſto comenzó á llorar tan amargamente, que Don Quixote mohino, y colerico le dixo: De que temes, covarde criatura? de que lloras, corazon de mantequillas? quien te perſigue, ó quien te acoſa, animo de raton caſero, ó que te falta, meneſteroſo, en la mitad de las entrañas de la abundancia? por dicha vas caminando á pie, y deſcalzo por las montañas Rifeas? ſino ſentado en una tabla como un Archiduque, por el ſeſgo curſo deſte agradable rio, de donde en breve eſpacio ſaldremos al mar dilatado? pero ya avemos de aver ſalido, y caminado por lo menos ſetecientas, ó ochocientas leguas, y ſi yo tuviera aquí un aſtrolabio con que tomar la altura del Polo, yo te dixera las que hemos caminado, aunque, ó yo ſé poco, ó ya hemos paſado, ó paſaremos preſto por la linea Equinocial, que divide y corta los dos contrapueſtos Polos en igual diſtancia. Y quando lleguemos á eſa leña que vueſtra merced dice, preguntó Sancho, quanto avremos caminado? Mucho, replicó Don Quixote, porque de trecientos y ſeſenta grados que contiene el globo del agua, y de la tierra, ſegun el computo de Ptolomeo, que

que fue el mayor cosmografo que se sabe, la mitad avremos caminado, llegando á la linea que he dicho. Por Dios, dixo Sancho, que vuesa merced me trae por testigo de lo que dice á una gentil persona, puto, y gafo con la añadidura de meon, ó meo, ó no sé como. Rióse Don Quixote de la interpretacion que Sancho avia dado, al nombre y al computo, y cuenta del cosmografo Ptolomeo, y dixole: Sabrás, Sancho, que los Españoles, y los que se embarcan en Cadiz para ir á las Indias Orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la linea Equinocial, que te he dicho, es, que á todos los que van en el navio se les mueren los piojos, sin que les quede ninguno, ni en todo el vagel le hallaran, si le pesan á oro, y así puedes Sancho pasear una mano por un muslo, y si topares cosa viva, saldremos desta duda, y sino, pasado avemos. Yo no creo nada deso, respondió Sancho: pero con todo haré lo que vuesa merced me manda, aunque no sé para que ay necesidad de hacer esas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos, que no nos avemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde estan las alemañas dos varas, porque alli estan Rozinante, y el Rucio en el propio lugar que los dexamos, y tomada la mira, como yo la tomo aora, voto á tal, que no nos movemos, ni andamos al paso de una hormiga. Haz Sancho la averiguacion que te he dicho, y no te cures de otra, que tú no sabes que cosa sean coluros, lineas, paralelos, zodiacos, cliticas, polos, solsticios, equinocios, planetas, signos, puntos, medidas, de que se compone la esfera celeste, y terrestre, que si todas estas cosas supieras, ó parte dellas, vieras claramente, que de paralelos hemos cortado, que de signos visto, y que de imagines hemos dexado atras, y vamos dexando aora. Y tornote á decir, que te tientes, y pesques, que yo para mí tengo, que estas mas limpio que un pliego de papel, liso y blanco. Tentóse Sancho, y llegando con la mano bonitamente, y con tiento, hácia la corba izquierda,

quierda, alzó la cabeza, y miró á ſu Amo y dixo: O la experiencia es falſa, ó no hemos llegado á donde vueſa merced dice, ni con muchas leguas. Pues que, preguntó Don Quixote: has topado algo? Y aun algos, reſpondió Sancho, y ſacudiendoſe los dedos, ſe lavó toda la mano en el rio, por el qual ſoſegadamente ſe deſlizava el barco por mitad de la corriente, ſin que le movieſe alguna inteligencia ſecreta, ni algun encantador eſcondido, ſino el miſmo curſo del agua, blando entonces, y ſuave. En eſto deſcubrieron unas grandes haceñas, que en la mitad del rio eſtavan, y apenas las huvo viſto Don Quixote, quando con voz alta dixo á Sancho: Vees alli, ó amigo, ſe deſcubre la ciudad, caſtillo, ó fortaleza, donde deve de eſtar algun Cavallero oprimido, ó alguna Reyna, Infanta, ó Princeſa malparada, para cuyo ſocorro ſoy aquí traido. Qne diablos de ciudad, fortaleza, ó caſtillo, dice vueſa merced, Señor, dixo Sancho, no echa de ver, que aquellas ſon haceñas que eſtan en el rio donde ſe muele el trigo? Calla, Sancho, dixo Don Quixote, que aunque parecen haceñas no lo ſon, y ya te he dicho que todas las coſas traſtruecan, y mudan de ſu ſer natural los encantos, no quiero decir que las mudan de uno en otro ſer realmente, ſino que lo parece, como lo moſtró la experiencia en la transformacion de Dulcinea, unico refugio de mis eſperanzas. En eſto el barco entrado en la mitad de la corriente del rio comenzó á caminar no tan lentamente como haſta alli. Los Molineros de las hazeñas que vieron venir aquel barco por el rio, y que ſe iva á embocar por el raudal de las ruedas, ſalieron con preſteza muchos dellos con varas largas á detenerle, y como ſalian enharinados, y cubiertos los roſtros, y los veſtidos del polvo de la harina, repreſentavan una mala viſta, davan voces grandes, diciendo, demonios de hombres, donde vais? venis deſeſperados, que quereis ahogaros, y haceros pedazos en eſtas ruedas? No te dixe yo, Sancho,

cho,

cho, dixo á eſta ſazon Don Quixote, que aviamos llegado donde he de moſtrar, á do llega el valor de mi brazo? mira que de malandrines y follones me ſalen al encuentro: mira quantos veſtiglos ſe me oponen: mira quantas feas cataduras nos hacen cocos: pues aora lo vereis, vellacos, y pueſto en pie en el barco con grandes voces coménzó á amenazar á los Molineros, diciendoles: Canalla malvada, y peor aconſejada, dexad en ſu libertad y libre alvedrio á la perſona que en eſa vueſtra fortaleza, ó priſion teneis oprimida, alta, ó baxa, de qualquiera ſuerte, ó calidad que ſea, que yo ſoy Don Quixote de la Mancha, llamado el Cavallero de los Leones por otro nombre, á quien eſtá reſervada por orden de los altos cielos el dar fin felice á eſta aventura: y diciendo eſto echó mano á ſu eſpada, y comenzó á eſgrimirla en el aire contra los Molineros, los quales oyendo, y no entendiendo aquellas ſandeces, ſe puſieron con ſus varas á detener el barco que ya iva entrando en el raudal, y canal de las ruedas, puſoſe Sancho de rodillas, pidiendo devotamente al cielo le libraſe de tan manifieſto peligro, como lo hizo por la induſtria y preſteza de los Molineros, que oponiendoſe con ſus palos al barco le detuvieron: pero no de manera que dexaſen de traſtornar el barco, y dar con Don Quixote, y con Sancho al traves en el agua: pero vinóle bien á Don Quixote que ſabia nadar como un ganſo, aunque el peſo de las armas le llevó al fondo dos veces, y ſino fuera por los Molineros que ſe arrojaron al agua, y los ſacaron como en peſo á entrambos, alli avia ſido Troya para los dos. Pueſtos pues en tierra, mas mojados que muertos de ſed, Sancho pueſto de rodillas, las manos juntas, y los ojos clavados al cielo, pidió á Dios con una larga y devota plegaria, le libraſe de alli adelante de los atrevidos deſeos y acometimientos de ſu Señor. Llegaron en eſto los peſcadores dueños del barco, á quien avian hecho pedazos las ruedas de las hazeñas, y viendole

viendole roto, acometieron á deſnudar á Sancho, y á pedir á Don Quixote ſe lo pagaſe, el qual con gran ſoſiego, como ſi no huviera paſado nada por él, dixo á los Molineros, y peſcadores que él pagaría el barco de boniſima gana, con condicion que le dieſen libre y ſin cautela á la perſona, ó perſonas que en aquel ſu caſtillo eſtavan oprimidas. Que perſonas, ó que caſtillo dice, reſpondió uno de los Molineros, hombre ſin juicio, quieres te llevar por ventura las que vienen á moler trigo á eſtas haceñas? Baſta, dixo entre sí Don Quixote, aquí ſerá predicar en deſierto, querer reducir á eſta canalla, á que por ruegos haga virtud alguna. Y en eſta aventura ſe deven de aver encontrado dos valientes encantadores, y el uno eſtorva lo que el otro intenta, el uno me deparó el barco, y el otro dió conmigo al traves, Dios lo remedie, que todo eſte mundo es maquinas y trazas contrarias unas de otras. Yo no puedo mas, y alzando la voz proſiguió diciendo, y mirando á las hazeñas: Amigos, qualeſquiera que ſeais, que en eſa priſion quedais encerrados, perdonadme, que por mi deſgracia, y por la vueſtra yo no os puedo ſacar de vueſtra cuita: para otro Cavallero deve de eſtar guardada, y reſervada eſta aventura. En diciendo eſto ſe concertó con los peſcadores, y pagó por el barco cinquenta reales que los dió Sancho de muy mala gana, diciendo, á dos barcadas como eſtas, daremos con todo el caudal al fondo. Los peſcadores y molineros eſtavan admirados, mirando aquellas dos figuras tan fuera del uſo al parecer de los otros hombres, y no acabavan de entender á do ſe encaminavan las razones y preguntas que Don Quixote les decia, y teniendolos por locos les dexaron, y ſe recogieron á ſus haceñas, y los peſcadores á ſus ranchos. Bolvieron á ſus beſtias y á ſer beſtias, Don Quixote, y Sancho: y eſte fin tuvo la Aventura del Encantado Barco.

Cap.

Cap. XXX. De lo que le avino á Don Quixote con una bella Cazadora.

ASAZ melancolicos, y de mal talante llegaron á ſus animales Cavallero, y eſcudero, eſpecialmente Sancho, á quien llegava al alma llegar al caudal del dinero, pareciendole que todo lo que del ſe quitava, era quitarſelo á él de las niñas de ſus ojos. Finalmente ſin hablarſe palabra ſe puſieron á cavallo, y ſe apartaron del famoſo rio. Don Quixote ſepultado en los penſamientos de ſus amores, y Sancho en los de ſu acrecentamiento, que por entonces le parecia que eſtava bien lexos de tenerle, porque maguer era tonto, bien ſe le alcanzava, que las acciones de ſu Amo todas, ó las mas eran diſparates, y buſcava ocaſion de que ſin entrar en cuentas, ni en deſpedimientos con ſu Señor, un dia ſe deſgarraſe, y ſe fueſe á ſu caſa: pero la fortuna ordenó las coſas muy al reves de lo que el temía.

Sucedió pues, que otro dia al poner del ſol, y al ſalir de una ſelva tendió Don Quixote la viſta por un verde prado, y en lo ultimo del vió gente, y llegandoſe cerca conoció que eran cazadores de Altanería; llegóſe mas, y entre ellos vió una gallarda Señora ſobre un palafren, ó hacanea blanquiſima, adornada de guarniciones verdes, y con un ſillon de plata. Venia la Señora aſi miſmo veſtida de verde, tan bizarra y ricamente, que la miſma bizarria venia transformada en ella. En la mano izquierda traya un Azor, ſeñal que dió á entender á Don Quixote ſer aquella alguna gran Señora, que devia ſer lo de todos aquellos cazadores, como era la verdad, y aſi dixo á Sancho: corre, hijo Sancho, y

dí

dí á aquella Señora del palafren, y del Azor, que yo, el Cavallero de los Leones beſa las manos á ſu gran fermoſura, y que ſi ſu grandeza me da licencia ſe las iré á beſar, y á ſervirla en quanto mis fuerzas pudieren, y ſu Alteza me mandare: y mira, Sancho, como hablas, y ten cuenta de no encaxar algun refran de los tuyos en tu embaxada. Hallado os le aveis el encaxador, reſpondió Sancho. A mí con eſo, ſi que no es eſta la vez primera que he llevado embaxadas á altas y crecidas ſeñoras en eſta vida. Sino fue la que llevaſte á la Señora Dulcinea, replicó Don Quixote, yo no ſé que ayas llevado otra, alomenos en mi poder. Así es verdad, reſpondió Sancho: pero al buen pagador no le duelen prendas, y en caſa llena preſto ſe guiſa la cena, quiero decir, que á mí no ay que decirme, ni advertirme de nada, que para todo tengo, y de todo ſe me alcanza un poco. Yo lo creo, Sancho, dixo don Quixote, ve en buena hora, y Dios te guie.

Partió Sancho de carrera ſacando de ſu paſo al Rucio, y llegó donde la bella Cazadora eſtava, y apeandoſe, pueſto ante ella de hinojos le dixo: Hermoſa Señora, aquel Cavallero que alli ſe parece, llamado el Cavallero de los Leones es mi Amo, y yo ſoy un eſcudero ſuyo, á quien llaman en ſu caſa Sancho Panza: eſte tal Cavallero de los Leones, que no ha mucho que ſe llamava el de la Triſte Figura, embia por mí á decir á vueſtra grandeza, ſea ſervida de darle licencia, para que con ſu propoſito y beneplacito, y conſentimiento él venga á poner en obra ſu deſeo, que no es otro, ſegun él dice, y yo pienſo, que de ſervir á vueſtra encumbrada altanería, y fermoſura, que en darſela vueſtra ſeñoria hará coſa que redunde en ſu pro, y él recibirá ſeñaladiſima merced y contento. Por cierto, buen eſcudero, reſpondió la Señora, vos aveis dado la embaxada vueſtra con todas aquellas circunſtancias que las tales embaxadas piden: levantaos del ſuelo, que eſcudero

de

de tan gran Cavallero como es él de la Triſte Figura (de quien ya tenemos acá mucha noticia) no es juſto que eſté de hinojos, levantaos, amigo, y decid á vueſtro Señor, que venga mucho en hora buena, á ſervirſe de mí, y del Duque mi marido en una caſa de placer que aquí tenemos. Levantóſe Sancho, admirado, así de la hermoſura de la buena ſeñora, como de ſu mucha crianza, y corteſia, y mas de lo que le avia dicho, que tenia noticia de ſu Señor el Cavallero de la Triſte Figura, y que ſino le avia llamado él de los Leones, devia de ſer por averſele pueſto tan nuevamente. Preguntóle la Duqueſa (cuyo titulo aun no ſe ſabe) decidme, hermano eſcudero, eſte vueſtro Señor, no es uno de quien anda impreſa una Hiſtoria, que ſe llama del Ingenioſo Hidalgo Don Quixote de la Mancha, que tiene por ſeñora de ſu alma á una tal Dulcinea del Toboſo? El miſmo es, Señora, reſpondió Sancho, y aquel eſcudero ſuyo, que anda, ó deve de andar en la tal Hiſtoria, á quien llaman Sancho Panza, ſoy yo, ſino es que me trocaron en la cuna, quiero decir, que me trocaron en la eſtampa. De todo eſo me huelgo yo mucho, dixo la Duqueſa, id, hermano Panza, y decid á vueſtro Señor, que él ſea el bien llegado, y el bien venido á mis Eſtados, y que ninguna coſa me pudiera venir, que mas contento me diera. Sancho con eſta tan agradable reſpueſta, con grandiſimo guſto bolvió á ſu Amo, á quien contó todo lo que la gran ſeñora le avia dicho, levantando con ſus ruſticos terminos á los cielos ſu mucha fermoſura, ſu gran donaire, y corteſia. Don Quixote le gallardeó en la ſilla: puſoſe bien en los eſtrivos, acomodóſe la viſera, arremetió á Rozinante, y con gentil denuedo fue á beſar las manos á la Duqueſa, la qual haciendo llamar al Duque ſu marido, le contó, en tanto que Don Quixote llegava, toda la embaxada ſuya, y los dos por aver leido la primera parte deſta Hiſtoria, y aver entendido por ella el diſparatado humor de Don

Quixote, con grandiſimo guſto, y con deſeo de conocerle, le atendian con proſupueſto de ſeguirle el humor, y conceder con él en quanto les dixeſe, tratandole como á Cavallero Andante los dias que con ellos ſe detuvieſe, con todas las ceremonias acoſtumbradas en los libros de Cavallerias, que ellos avian leido, y aun les eran muy aficionados.

En eſto llegó Don Quixote alzada la viſera, y dando mueſtras de apearſe, acudió Sancho á tenerle el eſtrivo: pero fue tan deſgraciado, que al apearſe del Rucio, ſe le aſió un pie en una ſoga del albarda de tal modo, que no fue poſible deſenredarle, antes quedó colgado del, con la boca y los pechos en el ſuelo. Don Quixote que no tenía en coſtumbre apearſe, ſin que le tuvieſen el eſtrivo, penſando que ya Sancho avia llegado á tenerſele, deſcargó de golpe el cuerpo y llevóſe tras sí la ſilla de Rozinante, que devia de eſtar mal cinchado, y la ſilla y él vinieron al ſuelo, no ſin verguenza ſuya, y de muchas maldiciones que entre dientes echó al deſdichado de Sancho, que aun toda via tenía el pie en la corma. El Duque mandó á ſus cazadores que acudieſen al Cavallero, y al eſcudero, los quales levantaron á Don Quixote mal trecho de la caida, y renqueando, y como pudo, fue á hincar las rodillas ante los dos ſeñores: pero el Duque no lo conſintió en ninguna manera, antes apeandoſe de ſu cavallo fue á abrazar á Don Quixote, diciendole: A mí me peſa, Señor Cavallero de la Triſte Figura, que la primera que vueſa merced ha hecho en mi tierra aya ſido tan mala como ſe ha viſto: pero deſcuidos de eſcuderos ſuelen ſer cauſa de otros peores ſuceſos. El que yo he tenido en veros, Valeroſo Principe, reſpondió Don Quixote, es impoſible ſer malo, aunque mi caida no parara haſta el profundo de los abiſmos: pues de alli me levantara, y me ſacara la gloria de averos viſto. Mi eſcudero, que Dios maldiga, mejor deſata la lengua para decir malicias que ata, y cincha

y cincha una silla para que esté firme: pero como quiera que yo me halle, caido, ó levantado, á pie, ó á cavallo, siempre estaré al servicio vuestro, y al de mi Señora la Duquesa, digna consorte vuestra, y digna Señora de la hermosura y universal Princesa de la cortesia. Pasito, mi señor Don Quixote de la Mancha, dixo el Duque, que adonde está mi Señora Doña Dulcinea del Toboso, no es razon que se alaben otras fermosuras.

Ya estava á esta sazon libre Sancho Panza del lazo, y hallandose alli cerca, antes que su Amo respondiese, dixo: No se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi Señora Dulcinea del Toboso: pero donde menos se piensa se levanta la liebre, que yo he oido decir, que esto que llaman naturaleza, es como un alcaller que hace vasos de barro, y él que hace un vaso hermoso, tambien puede hacer dos y tres, y ciento, digolo, porque mi señora la Duquesa á fee que no va enzaga á mi Ama la señora Dulcinea del Toboso. Bolvióse Don Quixote á la Duquesa, y dixo: Vuestra grandeza imagine, que no tuvo Cavallero Andante en el mundo escudero mas hablador, ni mas gracioso dél que yo tengo, y él me sacará verdadero, si algunos dias quisiere vuestra gran celsitud servirse de mí. A lo que respondió la Duquesa, de que Sancho el bueno sea gracioso, lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto, que las gracias, y los donaires, Señor Don Quixote, como vuesa merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes, y pues el buen Sancho es gracioso, y donairoso, desde aquí le confirmo por discreto. Y hablador, anadió Don Quixote. Tanto que mejor, dixo el Duque, porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras, y porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran Cavallero de la Triste Figura. De los Leones ha de decir vuestra Alteza, dixo Sancho, que ya no ay triste figura. El figuro sea él de los Leones. Prosiguió el Duque, digo, que venga el

Señor Cavallero de los Leones á un caſtillo mio, que eſtá aquí cerca, donde ſe le hará el acogimiento que á tan alta perſona ſe deve juſtamente, y el que yo, y la Duqueſa ſolemos hacer á todos los Cavalleros Andantes que á el llegan. Ya en eſto Sancho avia aderezado, y cinchado bien la filla á Rozinante, y ſubiendo en él Don Quixote, y el Duque en un hermoſo cavallo, puſieron á la Duqueſa en medio, y encaminaron al caſtillo. Mandó la Duqueſa á Sancho que fueſe junto á ella, porque guſtava infinito de oir ſus diſcreciones. No ſe hizo de rogar Sancho, y entretexióſe entre los tres, y hizo quarto en la converſacion, con gran guſto de la Duqueſa, y del Duque, que tuvieron á gran ventura acoger en ſu caſtillo tal Cavallero Andante, y tal eſcudero andado.

Cap. XXXI. Que trata de muchas y grandes coſas.

SUMA era la alegria que llevava conſigo Sancho, viendoſe á ſu parecer en privanza con la Duqueſa, porque ſe le figurava, que avia de hallar en ſu caſtillo lo que en la caſa de Don Diego, y en la de Baſilio, ſiempre aficionado á la buena vida, y así tomava la ocaſion por la melena en eſto del regalarſe, cada, y quando que ſe le ofrecia. Cuenta pues la Hiſtoria, que antes que á la plaza de placer, ó caſtillo llegaſen, ſe adelantó el Duque, y dió orden á todos ſus criados, del modo que avian de tratar á Don Quixote, el qual como llegó con la Duqueſa á las puertas del caſtillo, al inſtante ſalieron del dos lacayos, ó palafreneros, veſtidos haſta en piés de unas ropas que llaman de levantar, de finiſimo raſo carmeſi, y cogiendo á Don Quixote en brazos, ſin ſer oido ni viſto le dixeron, vaya la vueſtra grandeza á apear

apear á mi Señora la Duqueſa. Don Quixote lo hizo, y huvo grandes comedimientos entre los dos ſobre el caſo: pero en efecto venció la porfia de la Duqueſa, y no quiſo decender, ó baxar del palafren, ſino en los brazos del Duque, diciendo: que no ſe hallava digna de dar á tan gran Cavallero tan inutil carga. En fin ſalió el Duque á apearla, y al entrar en un gran patio llegaron dos hermoſas doncellas, y echaron ſobre los ombros á Don Quixote un gran manto de finiſima eſcarlata, y en un inſtante ſe coronaron todos los corredores del patio de criados, y criadas de aquellos ſeñores, diciendo á grandes voces: Bien ſea venido la flor y la nata de los Cavalleros Andantes, y todos ó los mas derramavan pomos de aguas oloroſas ſobre Don Quixote, y ſobre los Duques, de todo lo qual ſe admirava Don Quixote, y aquel fue el primer dia que de todo en todo conoció, y creyó ſer Cavallero Andante verdadero, y no fantaſtico, viendoſe tratar del miſmo modo que él avia leido ſe tratavan los tales Cavalleros en los paſados ſiglos. Sancho deſamparando al Rucio ſe coſió con la Duqueſa, y ſe entró en el caſtillo, y remordiendole la conciencia de que dexava al jumento ſolo, ſe llegó á una reverenda dueña, que con otras á recebir á la Duqueſa avia ſalido, y con voz baxa le dixo: Señora Gonzalez, ó como es ſu gracia de vueſa merced. Doña Rodriguez de Grijalva me llamo, reſpondió la Dueña, que es lo que mandays, hermano? A lo que reſpondió Sancho: Queria que vueſa merced me la hicieſe de ſalir á la puerta del caſtillo, donde hallará un aſno rucio mió, vueſa merced ſea ſervida de mandarle poner, ó ponerle en la cavalleriza, porque el pobrecito es un poco medroſo, y no ſe hallará á eſtar ſolo en ninguna de las maneras. Si tan diſcreto es el amo como el mozo, reſpondió la dueña, medradas eſtamos. Andad, hermano, mucho de en hora mala para vos, y para quien acâ os truxo, y tened cuenta con vueſtro jumento, que las dueñas deſta

caſa

caſa no eſtamos acoſtumbradas á ſemejantes haciendas. Pues en verdad, reſpondió Sancho, que he oido yo decir á mi Señor que es zahori de las hiſtorias, contando aquella de Lanzarote, quando de Bretaña vinó, que damas curavan dél, y dueñas del ſu rozino, y que en el particular de mi Aſno, que no le trocara yo con el rozin del Señor Lanzarote. Hermano, ſi ſoys juglar, replicó la Dueña, guardad vueſtras gracias para donde lo parezcan, y ſe os paguen, que de mí no podreis llevar ſino una higa. Aun bien, reſpondió Sancho, que ſerá bien madura, pues no perdera vueſa merced la quinola de ſus años por punto menos. Hijo de puta, dixo la Dueña, toda ya encendida en colera, ſi ſoy vieja, ó no, á Dios daré la cuenta, que no á vos, vellaco, harto de ajos, y eſto dixo en voz tan alta que lo oyó la Duqueſa, y bolviendo, y viendo á la Dueña, tan alborotada, y tan encarnizados los ojos, le preguntó, con quien las avia. Aquí las he, reſpondió la Dueña, con eſte buen hombre, que me ha pedido encarecidamente que vaya á poner en la cavalleriza á un aſno ſuyo, que eſtá á la puerta del caſtillo, trayendome por exemplo, que así lo hicieron no ſé donde, que unas damas curaron á un tal Lanzarote, y unas dueñas á ſu rozino, y ſobre todo por buen termino me ha llamado vieja. Eſo tuviera yo por afrenta, reſpondió la Duqueſa, mas que quantas pudieran decirme, y hablando con Sancho le dixo: Advertid, Sancho amigo, que Doña Rodriguez es muy moza, y que aquellas tocas mas las trae por autoridad, y por la uſanza, que por los años. Malos ſean los que me quedan por vivir, reſpondió Sancho, ſi lo dixe por tanto, ſolo lo dixe, porque es tan grande el cariño que tengo á mi jumento, que me pareció, que no podia encomendarle á perſona mas caritativa que á la ſeñora Doña Rodriguez. Don Quixote que todo lo oya, le dixo: Platicas ſon eſtas, Sancho, para eſte lugar? Señor, reſpondió Sancho, cada uno ha de hablar

de

de ſu meneſter donde quiera que eſtuviere. Aquí ſe me acordó del Rucio, y aquí hablé dél, y ſi en la cavalleriza ſe me acordara, alli hablara. A lo que dixo el Duque, Sancho eſtá muy en lo cierto, y no ay que culparle en nada: al Rucio ſe le dara recado, á pedir de boca, y deſcuide Sancho, que ſe le tratará como á ſu miſma perſona.

Con eſtos razonamientos guſtoſos á todos, ſino á Don Quixote, llegaron á lo alto, y entraron á Don Quixote en una ſala adornada de telas riquiſimas de oro, y de brocado, ſeis doncellas le deſarmaron, y ſirvieron de pages, todas induſtriadas y advertidas del Duque, y de la Duqueſa de lo que avian de hacer, y de como avian de tratar á Don Quixote, para que imaginaſe, y vieſe que le tratavan como Cavallero Andante. Quedó Don Quixote deſpues de deſarmado en ſus eſtrechos gregueſcos, y en ſu jubon de camuza, ſeco, alto, tendido, con las quixadas que por de dentro ſe beſava la una con la otra, figura que á no tener cuenta las doncellas que le ſervian, con diſimular la riſa (que fue una de las preciſas ordenes que ſus ſeñores les avian dado) rebentaron riendo. Pidieronle, que ſe dexaſe deſnudar, para una camiſa: pero nunca lo conſintió, diciendo: que la honeſtidad parecia tan bien en los Cavalleros Andantes como la valentia. Con todo dixo, que dieſen la camiſa á Sancho, y encerrandoſe con él en una quadra, donde eſtava un rico lecho ſe deſnudó, y viſtió la camiſa, y viendoſe ſolo con Sancho le dixo: Dime, truhan moderno, y majadero antiguo, parecete bien deſhonrar y afrentar á una dueña tan veneranda, y tan digna de reſpeto como aquella? Tiempos eran aquellos para acordarte del Rucio? ó Señores ſon eſtos para dexar mal paſar á las beſtias, tratando tan elegantemente á ſus dueños? Por quien Dios es, Sancho, que te reportes, y que no deſcubras la hilaza de manera que caigan en la cuenta de que eres de villana y groſera tela teñido.

teñido. Mira, pecador de tí, que en tanto mas es tenido el Señor quanto tiene mas honrados, y bien nacidos criados, y que una de las ventajas mayores que llevan los Principes á los demas hombres, es, que se sirven de criados tan buenos como ellos. No adviertes, anguſtiado de tí, y mal aventurado de mí, que si veen, que tú eres un groſero villanó, ó un mentecato gracioſo, penſarán, que yo ſoy algun echacuervos, ó algun Cavallero de mohatra. No, no, Sanchó amigo, huye, huye deſtos inconvenientes, que quien tropieza en hablador, y en gracioſo, al primer puntapie cae, y da en truhan deſgraciado; enfrena la lengua, conſidera, y rumia las palabras, antes que te ſalgan de la boca, y advierte, que hemos llegado á parte donde con el favor de Dios, y valor de mi brazo, hemos de ſalir mejorados en tercio y quinto en fama y en hacienda. Sancho le prometió con muchas veras de coſerſe la boca, ó morderſe la lengua antes de hablar palabra, que no fueſe muy á propoſito y bien conſiderada, como él ſe lo mandava, y que deſcuidaſe acerca de lo tal, que nunca por él ſe deſcubriría quien ellos eran. Viſtióſe Don Quixote, puſoſe ſu tahali con ſu eſpada, echóſe el manton de eſcarlata acueſtas, puſoſe una montera de raſo verde, que las doncellas le dieron, y con eſte adorno ſalió á la gran ſala, adonde halló á las doncellas pueſtas en ala tantas, á una parte como á otra, y todas con aderezo de darle aguamanos, la qual le dieron con muchas reverencias, y ceremonias. Luego llegaron doce pages con el maeſtreſala para llevarle á comer, que ya los ſeñores le aguardavan. Cogieronle en medio, y lleno de pompa y mageſtad, le llevaron á otra ſala donde eſtava pueſta una rica meſa, con ſolos quatro ſervicios; la Duqueſa, y el Duque ſalieron á la puerta de la ſala á recebirle, y con ellos un grave Eccleſiaſtico, deſtos que goviernan las caſas de los Principes, deſtos que como no nacen Principes, no aciertan á enſeñar como lo han

de

de ser los que lo son: destos que quieren que la grandeza de los Grandes se mida con la estrecheza de sus animos: destos que queriendo mostrar á los que ellos goviernan á ser limitados, les hacen ser miserables: destos tales, digo que devia de ser el grave Religioso, que con los Duques salió á recebir á Don Quixote: hiciéronse mil corteses comedimientos, y finalmente cogiendo á Don Quixote en medio se fueron asentar á la mesa. Combidó el Duque á Don Quixote con la cabecera de la mesa, y aunque él lo rehusó, las importunaciones del Duque fueron tantas, que la huvo de tomar. El Eclesiastico se sentó frontero, y el Duque y la Duquesa á los dos lados. A todo estava presente Sancho, embobado y atonito de ver la honra que á su Señor aquellos Principes le hacían, y viendo las muchas ceremonias, y ruegos que pasaron entre el Duque, y Don Quixote para hacerle sentar á la cabecera de la mesa, dixo: si sus mercedes me dan licencia les contaré un cuento que pasó en mi pueblo, acerca desto de los asientos; á penas huvo dicho esto Sancho, quando Don Quixote tembló, creyendo sin duda alguna, que avia de decir alguna necedad. Miróle Sancho y entendióle, y dixo: no tema vuesa merced, Señor mio, que yo me desmande, ni que diga cosa que no venga muy á pelo, que no se me han olvidado los consejos que poco ha vuesa merced me dió sobre el hablar mucho ó poco, ó bien, ó mal. Yo no me acuerdo de nada, Sancho, respondió Don Quixote, dí lo que quisieres, como lo digas presto. Pues lo que quiero decir, dixo Sancho, es tan verdad, que mi Señor Don Quixote que está presente no me dexará mentir. Por mí, replicó Don Quixote, miente tú, Sancho, quanto quisieres, que yo no te iré á la mano: pero mira lo que vas á decir. Tan mirado, y remirado lo tengo, que á buen salvo está él que repica, como se verá por la obra. Bien será, dixo Don Quixote, que vuestras grandezas manden echar de aquí á

eſte tonto, que dirá mil patochadas. Por vida del Duque, dixo la Duqueſa, que no ſe ha de apartar de mí Sancho un punto: quierole yo mucho, porque ſé que es muy diſcreto. Diſcretos dias, dixo Sancho, viva vueſtra Santidad por el buen credito que de mí tiene, aunque en mí no lo aya, y el cuento que quiero decir es eſte. Combidó un Hidalgo de mi pueblo muy rico y principal, porque venia de los Alamos de Medina del Campo, que caſó con Doña Mencia de Quiñones, que fue hija de Don Alonſo de Marañon, Cavallero del habito de Santiago, que ſe ahogó en la Herradura, por quien huvo aquella pendencia años ha en nueſtro lugar, que á lo que entiendo, mi Señor Don Quixote ſe halló en ella, de donde ſalió herido Tomaſillo el traviéſo, el hijo de Balvaſtro el herrero. No es verdad todo eſto, Señor nueſtro Amo? digalo por ſu vida, porque eſtos ſeñores no me tengan por algun hablador mentiroſo. Haſta aora, dixo el Eccleſiaſtico, mas os tengo por hablador que por mentiroſo: pero de aquí adelante no ſé por lo que os tendré: tú das tantos teſtigos, Sancho, y tantas feñas, que no puedo dexar de decir, que deves de decir verdad: paſa adelante, y acorta el cuento porque llevas camino de no acabar en dos dias. No ha de acortar tal, dixo la Duqueſa, por hacerme á mí placer, antes le ha de contar de la manera que le ſabe, aunque no le acabe en ſeis dias, que ſi tantos fueſen, ſerían para mí los mejores que huvieſe llevado en mi vida. Digo pues, Señores mios, proſiguió Sancho, que eſte tal Hidalgo, que yo conozco como á mis manos (porque no ay de mi caſa á la ſuya un tiro de balleſta) combidó un labrador pobre, pero honrado: adelante, hermano, dixo á eſta ſazon el Religioſo, que camino llevais de no parar con vueſtro cuento haſta el otro mundo. A menos de la mitad pararé, ſi Dios fuere ſervido, reſpondió Sancho, y así digo, que llegando el tal labrador á caſa del dicho Hidalgo combidador,

dor, que buen poſo aya ſu anima, que ya es muerto, y por mas ſeñas dicen, que hizo una muerte de un Angel, que yo no me hallé preſente, que avia ido por aquel tiempo á ſegar á Tembleque. Por vida vueſtra, hijo, que bolvais preſto de Tembleque, y que ſin enterrar al Hidalgo (ſino quereis hacer mas exequias) acabeis vueſtro cuento. Es pues el caſo, replicó Sancho, que eſtando los dos para aſentarſe á la meſa, que parece que aora los veo mas que nunca. Gran guſto recebían los Duques del diſguſto que moſtrava tomar el buen Religioſo de la dilacion y pauſas con que Sancho contava ſu cuento, y Don Quixote ſe eſtava conſumiendo en colera y en rabia. Digo así, dixo Sancho, que eſtando, como he dicho, los dos para ſentarſe á la meſa, el labrador porfiava con el Hidalgo que tomaſe la cabecera de la meſa, y el Hidalgo porfiava tambien que el labrador la tomaſe, porque en ſu caſa ſe avia de hacer lo que el mandaſe, pero el labrador, que preſumia de cortés y bien criado, jamas quiſo, haſta que el Hidalgo mohino, poniendole ambas manos ſobre los ombros le hizo ſentar por fuerza, diciendole: Sentaos, maja granzas, que adonde quiera que yo me ſiente, ſerá vueſtra cabecera, y eſte es el cuento, y en verdad, que creo que no ha ſido aquí traido fuera de propoſito. Puſoſe Don Quixote de mil colores, que ſobre lo moreno le jaſpeavan, y ſe le parecian: los Señores diſimularon la riſa, porque Don Quixote no acabaſe de correrſe, aviendo entendido la malicia de Sancho, y por mudar de platica, y hacer que Sancho no proſiguieſe con otros diſparates, preguntó la Duqueſa á Don Quixote, que que nuevas tenía de la Señora Dulcinea, y que ſi le avia embiado aquellos dias algunos preſentes de gigantes, ó malandrines, pues no podia dexar de aver vencido muchos. A lo que Don Quixote reſpondió: Señora mia, mis deſgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendran fin, gigantes he vencido, y follones, y malandrines le he embiado: pero a-

donde la avian de hallar, si está encantada, y buelta en la mas fea labradora que imaginarse puede? No sé, dixo Sancho Panza, á mí me parece la mas hermosa criatura del mundo, alomenos en la ligereza, y en el brincar bien sé yo, que no dará ella la ventaja á un volteador: á buena fé, Señora Duquesa, así salta desde el suelo sobre una borrica, como si fuera un gato. Aveisla visto vos encantada, Sancho, preguntó el Duque? Y como si la he visto, respondió Sancho, pues quien diablos sino yo fue el primero que cayó en el achaque del encantorio? tan encantada está como mi padre. El Eclesiastico, que oyó decir de gigantes, de follones, y de encantos, cayó en la cuenta de que aquel devia de ser Don Quixote de la Mancha, cuya historia leya el Duque de ordinario, y él se lo avia reprehendido muchas veces, diciendole, que era disparate, leer tales disparates: y enterandose ser verdad lo que sospechava, con mucha colera hablando con el Duque le dixo: Vuestra Excelencia, Señor mio, tiene que dar cuenta á nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este Don Quixote, ó Don tonto, ó como se llama, imagino yo, que no deve de ser tan mentecato como vuestra Excelencia quiere que sea, dandole ocasiones á la mano, para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades. Y bolviendo la platica á Don Quixote le dixo: y á vos, alma de cantaro, quien os ha encaxado en el celebro que sois Cavallero Andante, y que venceis gigantes, y prendeis malandrines? andad en hora buena, y en tal se os diga, bolveos á vuestra casa, y criad vuestros hijos, si los teneis, y curad de vuestra hacienda, y dexad de andar vagando por el mundo, papando viento, y dando que reir á quantos os conocen, y no conocen. En donde nora tal aveis vos hallado que huvo, ni ay aora Cavalleros Andantes? donde hy gigantes en España, ó malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan. Atento estuvo Don Quixote a las razones de aquel venerable

nerable varon, y viendo que ya callava, ſin guardar reſpeto á los Duques con ſemblante airado, y alborotado roſtro ſe puſo en pie, y dixo: Pero eſta reſpueſta capitulo por sí merece.

Cap. XXXII. De la reſpueſta que dió Don Quixote á ſu Reprehenſor con otros graves y gracioſos ſuceſos.

LEvantado pues en pie Don Quixote temblando de los pies á la cabeza como azogado, con preſurosa y turbada lengua dixo: El lugar donde eſtoy, y la preſencia ante quien me hallo, y el reſpeto que ſiempre tuve y tengo al eſtado que vueſa merced profeſa, tienen, y atan las manos de mi juſto enojo: y así por lo que he dicho, como por ſaber, que ſaben todos, que las armas de los togados ſon las miſmas que las de la muger, que ſon la lengua, entraré con la mia en igual batalla con vueſa merced, de quien ſe devia eſperar antes buenos conſejos, que infames vituperios; las reprehenſiones ſantas y bien intencionadas otras circunſtancias requieren, y otros puntos piden. Alomenos el averme reprehendido en publico, y tan aſperamente, ha paſado todos los limites de la buena reprehenſion, pues las primeras mejor aſientan ſobre la blandura que ſobre la aſpereza, y no es bien, que ſin tener conocimiento del pecado que ſe reprehende, llamar al pecador ſin mas ni mas mentecato y tonto. Sino dígame vueſa merced por qual de las mentecaterias que en mí ha viſto me condena, y vitupera, y me manda que me vaya á mi caſa á tener cuenta en el govierno della, y de mi muger, y de mis hijos, ſin ſaber ſi la tengo, ó los tengo: no ay mas ſino á troche moche entrarſe por las caſas agenas, á governar ſus dueños, y aviendoſe criado algunos en la eſtrecheza de algun

gun pupilage, ſin aver viſto mas mundo, que el que puede contenerſe en veinte, ó treinta leguas de diſtrito, meterſe de rondon á dar leyes á la Cavalleria, y á juzgar de los Cavalleros Andantes? por ventura es aſumpto vano, ó es tiempo mal gaſtado el que ſe gaſta en vagar por el mundo, no buſcando los regalos del, ſino las aſperezas, por donde los buenos ſuben al aſiento de la inmortalidad? ſi me tuvieran por tonto los Cavalleros, los magnificos, los generoſos, los altamente nacidos, tuvieralo por afrenta inreparable: pero de que me tengan por ſandio los eſtudiantes, que nunca entraron, ni piſaron las ſendas de la Cavalleria, no ſe me da un ardite; Cavallero ſoy, y Cavallero he de morir ſi place al Altiſimo: unos van por el ancho campo de la ambicion ſobervia, otros por el de la hipocreſia engañoſa, y algunos por el de la verdadera religion: pero yo inclinado de mi eſtrella voy por la angoſta ſenda de la Cavalleria Andante, por cuyo exercicio deſprecio la hacienda, pero no la honra; yo he ſatisfecho agravios, enderezado tuertos, caſtigado inſolencias, veneido gigantes, y atropellado veſtiglos; yo ſoy enamorado, no mas de porque es forzoſo, que los Cavalleros Andantes lo ſean, y ſiendolo, no ſoy de los enamorados vicioſos, ſino de los Platonicos continentes. Mis intenciones ſiempre las enderezo á buenos fines, que ſon de hacer bien á todos, y mal á ninguno: ſi él que eſto entiende, ſi él que eſto obra, ſi él que deſto trata merece ſer llamado bobo, diganlo vueſtras grandezas, Duque y Duqueſa excelentes. Bien por Dios, dixo Sancho, no diga mas vueſtra merced, Señor y Amo mio, en ſu abono, porque no ay mas que decir, ni mas que penſar, ni mas que perſeverar en el mundo: y mas que negando eſte ſeñor, como ha negado, que no ha avido en el mundo, ni los ay Cavalleros Andantes, que mucho que no ſepa ninguna de las coſas que ha dicho? Por ventura, dixo el Eclefiaſticò, ſois vos, hermano, aquel Sancho Panza, que dicen,

cen, á quien vueſtro amo tiene prometida una inſula ? Si ſoy, reſpondió Sancho, y ſoy, quien la merece, tambien como otro qualquiera, ſoy quien juntate á los buenos, y ſerás uno dellos, y ſoy yo de aquellos no con quien naces, ſino con quien paces, y de los quien á buen arbol ſe arrima buena ſombra le cobija; yo me he arrimado á buen ſeñor, y ha muchos meſes que ando en ſu compañia, y he de ſer otro como él, Dios queriendo, y viva él, y viva yo, que ni á él le faltarán Imperios que mandar, ni á mí Inſulas que governar. No por cierto, Sancho amigo, dixo á eſta ſazon el Duque, que yo en nombre del Señor Don Quixote os mando el Govierno de una que tengo de nones de no pequeña calidad. Hincate de rodillas, Sancho, dixo Don Quixote, y beſa los pies á ſu Excelencia, por la merced que te ha hecho. Hizolo así Sancho. Lo qual viſto por el Eccleſiaſtico ſe levantó de la me á mohino ademas, diciendo, por el habito que tengo, que eſtoy por decir, que es tan ſandio vueſtra Excelencia, como eſtos pecadores, mirad ſino han de ſer ellos locos, pues los cuerdos canonizan ſus locuras, quedeſe vueſtra Excelencia con ellos, que en tanto que eſtuvieren en caſa, me eſtaré yo en la mia, y me eſcuſaré de reprehender lo que no puedo remediar, y ſin decir mas, ni comer mas, ſe fue, ſin que fueſen parte á detenerle los ruegos de los Duques, aunque el Duque no le dixo mucho, impedido de la riſa, que ſu impertinente colera le avia cauſado. Acabó de reir, y dixo á Don Quixote, vueſa merced, Señor Cavallero de los Leones, ha reſpondido por sí tan altamente, que no le queda coſa por ſatisfacer deſte, que aunque parece agravio, no lo es en ninguna manera, porque así como no agravian las mugeres, no agravian los Eccleſiaſticos, como vueſa merced mejor ſabe. Así es, reſpondió Don Quixote, y la cauſa es, que él que no puede ſer agraviado, no puede agraviar á nadie. Las mugeres, los niños, y los Eccleſiaſticos como

no

no pueden defenderſe, aunque ſean ofendidos, no pueden ſer afrentados, porque entre el agravio y la afrenta ay eſta diferencia, como mejor vueſtra Excelencia ſabe. La afrenta viene de parte de quien la puede hacer, y la hace, y la ſuſtenta, el agravio puede venir de qualquier parte, ſin que afrente. Sea exemplo: eſtá uno en la calle deſcuidado, llegan diez con mano armada, y dandole de palos, pone mano á la eſpada, y hace ſu dever: pero la muchedumbre de los contrarios ſe le opone, y no le dexa ſalir con ſu intencion, que es de vengarſe: eſte tal queda agraviado: pero no afrentado, y lo miſmo confirmará otro exemplo. Eſtá uno buelto de eſpaldas, llega otro, y dale de palos, y en dandoſelos, huye, y no eſpera, y el otro le ſigue, y no alcanza: eſte que recibió los palos, recibió agravio mas no afrenta, porque la afrenta ha de ſer ſuſtentada. Si él que le dió los palos, aunque ſe los dió á hurta cordel, puſiera mano á ſu eſpada, y ſe eſtuviera quedo haciendo roſtro á ſu enemigo, quedara el apaleado agraviado, y afrentado juntamente: agraviado, porque le dieron á traicion: afrentado, porque él que le dió ſuſtentó lo que avia hecho, ſin bolver las eſpaldas, y á pie quedo, y así ſegun las leyes del maldito duelo, yo puedo eſtar agraviado, mas no afrentado, porque los niños no ſienten, ni las mugeres, ni pueden huir, ni tienen para que eſperar, y lo miſmo los conſtituidos en la ſacra Religion, porque eſtos tres generos de gente carecen de armas ofenſivas y defenſivas, y así aunque naturalmente eſtén obligados á defenderſe, no lo eſtan para ofender á nadie, y aunque poco ha dixe, que yo podia eſtar agraviado, agora digo, que no en ninguna manera, porque quien no puede recebir afrenta, menos la puede dar: por las quales razones yo no devo ſentir, ni ſiento las que aquel buen hombre me ha dicho: ſolo quiſiera, que eſperara algun poco para darle á entender en el error en que eſtá, en penſar y decir, que no ha avido,

ni

ni los ay Cavalleros Andantes en el mundo, que ſi lo tal oyera Amadis, ó uno de los infinitos de ſu linage, yo ſé, que no le fuera bien á ſu merced. Eſo juro yo bien, dixo Sancho, cuchillada le huvieran dado, que le abrieran de arriba abaxo como una granada, ó como á un melon muy maduro, bonitos eran ellos para ſufrir ſemejantes coſquillas, para mi ſantiguada que tengo por cierto, que ſi Reynaldos de Montalvan huviera oido eſtas razones al hombrecito, tapaboca le huviera dado, que no hablara mas en tres años, no ſino tomaraſe con ellos, y viera como eſcapava de ſus manos. Perecía de riſa la Duqueſa en oyendo hablar á Sancho, y en ſu opinion le tenía por mas gracioſo, y por mas loco que á ſu amo, y muchos huvo en aquel tiempo que fueron deſte miſmo parecer. Finalmente Don Quixote ſe ſoſegó, y la comida ſe acabó, y en levantando los manteles, llegaron quatro doncellas, la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil, así miſmo de plata, y la otra con dos blanquiſimas y riquiſimas toallas al ombro, y la quarta deſcubiertos los brazos haſta la mitad, y en ſus blancas manos (que ſin duda eran blancas) una redonda pella de javon Napolitano. Llegó la de la fuente, y con gentil donaire, y deſemboltura encaxó la fuente debaxo de la barba de Don Quixote, el qual ſin hablar palabra, admirado de ſemejante ceremonia, creyendo, que devia ſer uſanza de aquella tierra, en lugar de las manos lavar las barbas, y así tendió la ſuya todo quanto pudo, y al miſmo punto comenzó á llover el aguamanil, y la doncella del javon le manoſeó las barbas con mucha prieſa, levantando copos de nieve, que no eran menos blancas las javonaduras, no ſolo por las barbas, mas por todo el roſtro, y por los ojos del obediente Cavallero, tanto que ſe los hicieron cerrar por fuerza. El Duque y la Duqueſa, que de nada deſto eran ſabidores, eſtavan eſperando, en que avia de parar tan extraordinario lavatorio. La Doncella Barbera, quando le tuvo con un palmo de javonadura, fingió que

ſe le avia acabado el agua, y mandó á la del aguamanil ſueſe por ella, que el ſeñor Don Quixote eſperaría. Hizolo así, y quedó Don Quixote con la mas eſtraña figura, y mas para hacer reir, que ſe pudiera imaginar. Miravanle todos los que preſentes eſtavan, que eran muchos, y como le veyan con media vara de cuello, mas que medianamente moreno, los ojos cerrados, y las barbas llenas de javon, fue gran maravilla, y mucha diſcrecion poder diſimular la riſa, las doncellas de la burla tenían los ojos baxos, ſin oſar mirar á ſus ſeñores: á ellos les retozava la colera y la riſa en el cuerpo, y no ſabian á que acudir: ó á caſtigar el atrevimiento de las muchachas, ó darles premio por el guſto que recibian de ver á Don Quixote de aquella ſuerte. Finalmente la doncella del aguamanil vinó, y acabaron de lavar á Don Quixote, y luego la que traya las toallas le limpió, y le enjugó muy repoſadamente, y haciendole todas quatro á la par una grande y profunda inclinacion y reverencia, ſe querian ir: pero el Duque, porque Don Quixote no cayeſe en la burla, llamó á la Doncella de la fuente, diciendole, venid y lavadme á mí, y mirad que no ſe os acabe el agua: la muchacha aguda y diligente llegó, y puſo la fuente al Duque como á Don Quixote, y dandoſe prieſa le lavaron y javonaron muy bien, y dexandole enjuto y limpio, haciendo reverencias ſe fueron: deſpues ſe ſupo que avia jurado el Duque, que ſi á él no le lavaron como á Don Quixote, avia de caſtigar ſu deſemboltura, lo qual avian enmendado diſcretamente, con averle á él javonado.

Eſtava atento Sancho á las ceremonias de aquel lavatorio, y dixo entre sí: Valame Dios, ſi ſerá tambien uſanza en eſta tierra lavar las barbas a los eſcuderos como á los Cavalleros? Porque en Dios y en mi anima que lo he bien meneſter, y aunque ſi me las rapaſen á navaja lo tendría á mas beneficio. Que decis entre vos Sancho? preguntó la Duqueſa. Digo, Señora, reſpondió él, que

en

en las Cortes de los otros Principes ſiempre he oido decir, que en levantando los manteles dan agua á las manos: pero no lexia á las barbas, y que por eſo es bueno vivir mucho, por ver mucho, aunque tambien dicen, que él que larga vida vive mucho mal ha de paſar, pueſto que paſar por un lavatorio de eſtos, antes es guſto que trabajo. No tengais pena, amigo Sancho, dixo la Duqueſa, que yo haré que mis doncellas os laven, y aun os metan en colada, ſi fuere meneſter. Con las barbas me contento, reſpondió Sancho, por aora alomenos, que andando el tiempo Dios dixo lo que ſerá. Mirad, Maeſtreſala, dixo la Duqueſa, lo que el buen Sancho pide, y cumplidle ſu voluntad al pie de la letra. El maeſtreſala reſpondió, que en todo ſería ſervido el ſeñor Sancho, y con eſto ſe fue á comer, y llevó conſigo á Sancho, quedandoſe á la meſa los Duques, y Don Quixote hablando en muchas y diverſas coſas: pero todas tocantes al exercicio de las armas, y de la Andante Cavalleria.

La Duqueſa rogó á Don Quixote, que le delineaſe y deſcrivieſe, pues parecía tener felice memoria, la hermoſura, y facciones de la Señora Dulcinea del Toboſo, que ſegun lo que la fama pregonava de ſu belleza, tenía por entendido, que devia de ſer la mas bella criatura del orbe, y aun de toda la Mancha. Soſpiró Don Quixote oyendo lo que la Duqueſa le mandava, y dixo: Si yo pudiera ſacar mi corazon, y ponerle ante los ojos de vueſtra grandeza, aquí ſobre eſta meſa, y en un plato, quitara el trabajo á mí lengua de decirlo, que á penas ſe puede penſar, porque vueſtra Excelencia la viera en el toda retratada: pero para que es ponerme yo aora á delinear y deſcrivir punto por punto, y parte por parte la hermoſura de la ſin par Dulcinea, ſiendo carga digna de otros ombros que el de los mios? Empreſa, en quien ſe devian ocupar los pinceles de Parraſio, de Timantes, y de Apeles, y los buriles de Liſipo, para pintarla y gravarla en tablas, en marmoles, y en

bronces, y la Retorica Ciceroniana, y Demoſtina, para alabarla. Que quiere decir Demoſtina, Señor Don Quixote, preguntó la Duqueſa, que es vocablo que no le he oido en todos los dias de mi vida? Retorica Demoſtina, reſpondió Don Quixote, es lo miſmo que decir Retorica de Demoſtenes, como Ciceroniana de Ciceron, que fueron los dos mayores retoricos del mundo. Así es, dixo el Duque, y aveis andado deſlumbrada en la tal pregunta: pero con todo eſo nos daría gran guſto el Señor Don Quixote, ſi nos la pintaſe, que á buen ſeguro que aunque ſea en raſguño, y boſquexo, que ella ſalga tal que la tengan invidia las mas hermoſas. Si hiciera por cierto, reſpondió Don Quixote, ſino me la huviera borrado de la idea la deſgracia, que poco ha que le ſucedió, que es tal, que mas eſtoy para llorarla, que para deſcrivirla, porque avran de ſaber vueſtras grandezas, que yendo los dias paſados á beſarle las manos, y á recebir ſu bendicion, beneplacito, y licencia para eſta tercera ſalida, hallé otra de la que buſcava, hallela encantada, y convertida de Princeſa en labradora, de hermoſa en fea, de Angel en diablo, de oloroſa en peſtifera, de bien hablada en ruſtica, de repoſada en brincadora, de luz en tinieblas, y finalmente de Dulcinea del Toboſo en una villana de Sayago. Valame Dios! dando una gran voz, dixo á eſte inſtante el Duque: Quien ha ſido él que tanto mal ha hecho al mundo? Quien ha quitado del la belleza que le alegrava? el donaire que le entretenia? y la honeſtidad que le acreditava? Quien? reſpondió Don Quixote, quien puede ſer, ſino algun maligno encantador de los muchos invidioſos que me perſiguen. Eſta raza maldita, nacida en el mundo para eſcurecer, y aniquilar las hazañas de los buenos, y para dar luz, y levantar los fechos de los malos. Perſeguido me han encantadores: encantadores me perſiguen, y encantadores me perſiguirán, haſta dar conmigo, y con mis altas Cavallerias en el profundo abiſmo del olvido,

y en

y en aquella parte me dañan, y hieren, donde veen que mas lo ſiento, porque quitarle á un Cavallero Andante ſu dama, es quitarle los ojos con que mira, y el ſol con que ſe alumbra, y el ſuſtento con que ſe mantiene. Otras muchas veces lo he dicho, y aora lo buelvo á decir, que el Cavallero Andante ſin dama, es como el arbol ſin hojas, el edificio ſin cimiento, y la ſombra ſin cuerpo de quien ſe cauſe. No ay mas que decir, dixo la Duqueſa: pero ſi con todo eſo hemos de dar credito á la Hiſtoria que del Señor Don Quixote de pocos dias á eſta parte ha ſalido á la luz del mundo, con general aplauſo de las gentes della, ſe colige, ſi mal no me acuerdo, que nunca vueſa merced ha viſto á la Señora Dulcinea, y que eſta tal ſeñora no es en el mundo, ſino que es dama fantaſtica, que vueſa merced la engendró, y parió en ſu entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias, y perfeciones que quiſo. En eſo ay mucho que decir, reſpondió Don Quixote, Dios ſabe, ſi ay Dulcinea, ó no en el mundo, ó ſi es fantaſtica, ó no es fantaſtica: y eſtas no ſon de las coſas cuya averiguacion ſe ha de llevar haſta el cabo. Ni yo engendré, ni parí á mi Señora; pueſto que la contemplo como conviene, que ſea una dama que contenga en ſí las partes, que puedan hacerla famoſa en todas las del mundo, como ſon hermoſa ſin tacha, grave ſin ſobervia, amoroſa con honeſtidad, agradecida por cortes, cortes por bien criada, y finalmente alta por linage, á cauſa que ſobre la buena ſangre reſplandece, y campea la hermoſura con mas grados de perfecion que en las hermoſas humildemente nacidas. Así es, dixo el Duque: pero ha me de dar licencia el Señor Don Quixote, para que diga, lo que me fuerza á decir la Hiſtoría, que de ſus hazañas he leido, de donde ſe infiere, que pueſto que ſe conceda que ay Dulcinea en el Toboſo, ó fuera del, y que ſea hermoſa en el ſumo grado, que vueſa merced nos la pinta; en lo de la alteza del linage no corre parejas con las Orianas, con las Alaſtrajareas, con las Madaſimas,

ni

ni con otras deſte jaez, de quien eſtan llenas las hiſtorias, que vueſa merced bien ſabe. A eſo puedo decir, reſpondió Don Quixote, que Dulcinea es hija de ſus obras, y que las virtudes adoban la ſangre, y que en mas ſe ha de eſtimar y tener un humilde virtuoſo, que un vicioſo levantado: quanto mas que Dulcinea tiene un giron que la puede llevar á ſer Reina de corona, y ceptro, que el merecimiento de una muger hermoſa, y virtuoſa á hacer mayores milagros ſe eſtiende, y aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas. Digo, Señor Don Quixote, dixo la Duqueſa, que en todo quanto vueſa merced dice va con pie de plomo, y como ſuele decirſe con la ſonda en la mano, y que yo deſde aquí adelante creere, y haré creer á todos los de mi caſa, y aun al Duque mi Señor, ſi fuere meneſter, que ay Dulcinea en el Toboſo, y que vive oy dia, y es hermoſa y principalmente nacida y merecedora, que un tal Cavallero como es el Señor Don Quixote la ſirva, que es lo mas que puedo, ni ſé encarecer. Pero no puedo dexar de formar un eſcrupulo, y tener algun no ſé que de ojeriza contra Sancho Panza: el eſcrupulo es, que dice la Hiſtoria, referida, que el tal Sancho Panza halló á la tal Señora Dulcinea, quando de parte de vueſa merced le llevó una epiſtola, ahechando un coſtal de trigo, y por mas ſeñas dice que era rubion, coſa que me hace dudar en la alteza de ſu linage. A lo que reſpondió Don Quixote: Señora mia, ſabrá la vueſtra grandeza, que todas, ó las mas coſas que á mí me ſuceden van fuera de los terminos ordinarios de las que á los otros Cavalleros Andantes acontecen, ó ya ſean encaminadas por el querer ineſcrutable de los hados, ó ya vengan encaminadas por la malicia de algun encantador invidioſo; y como es coſa ya averiguada, que todos, ó los mas Cavalleros Andantes, y famoſos, uno tenga gracia de no poder ſer encantado, otro de ſer de tan impenetrables carnes, que no pueda ſer herido, como lo fue el famoſo Roldan, uno de los

Doce

Doce Pares de Francia, de quien ſe cuenta, que no podía ſer ferido, ſino por la planta del pie izquierdo, y que eſto avia de ſer con la punta de un alfiler gordo, y no con otra ſuerte de arma alguna; y así quando Bernardo del Carpio le mató en Ronceſvalles, viendo que no le podía llagar con fierro, le levantó del ſuelo entre los brazos, y le ahogo, acordandoſe entonces de la muerte que dió Hercules á Anteon, aquel feroz gigante, que decian ſer hijo de la tierra. Quiero inferir de lo dicho, que podría ſer que yo tuvieſe alguna gracia deſtas; no del no poder ſer ferido, porque muchas veces la experiencia me ha moſtrado que ſoy de carnes blandas, y no nada impenetrables, ni la de no poder ſer encantado, que ya me he viſto metido en una jaula donde todo el mundo no fuera poderoſo á encerrarme, ſino fuera a fuerzas de encantamentos: pero pues de aquel me libré, quiero creer que no ha de aver otro alguno que me empezca, y así viendo eſtos encantadores que con mi perſona no pueden uſar de ſus malas mañas, venganſe en las coſas que mas quiero, y quieron quitarme la vida, maltratando la de Dulcinea, por quien yo vivo, y así creo, que quando mi eſcudero le llevó mi embaxada ſe la convirtieron en villana, y ocupada en tan baxo exercicio como es el de ahechar trigo: pero ya tengo yo dicho, que aquel trigo, ni era rubion, ni trigo, ſino granos de perlas Orientales, y para prueva deſta verdad, quiero decir á vueſtras magnitudes, como viniendo poco ha por el Toboſo, jamas pude hallar los palacios de Dulcinea, y que otro dia aviendola viſto Sancho mi eſcudero en ſu miſma figura, que es la mas bella del orbe, á mí me pareció una labradora toſca, y fea, y no nada bien razonada, ſiendo la diſcrecion del mundo, y pues yo no eſtoy encantado, ni lo puedo eſtar, ſegun buen diſcurſo, ella es la encantada, la ofendida, y la mudada, trocada, y traſtrocada, y en ella ſe han vengado de mí mis enemigos, y por ella vivire yo en perpetuas lagrimas, haſta verla en ſu priſtino eſtado. Todo eſto he dicho

dicho, para que nadie repare en lo que Sancho dixo del cernido, ni del ahecho de Dulcinea, que pues á mí me la mudaron, no es maravilla, que á él ſe la cambiaſen. Dulcinea es principal, y bien nacida, y de los Hidalgos linages que ay en el Toboſo, que ſon muchos, antiguos, y muy buenos: á buen ſeguro que no le cabe poca parte á la ſin par Dulcinea, por quien ſu lugar ſerá famoſo, y nombrado en los venideros ſiglos, como lo ha ſido Troya por Elena, y Eſpaña por la Caba, aunque con mejor titulo y fama: por otra parte quiero que entiendan vueſtras ſeñorias, que Sancho Panza es uno de los mas gracioſos eſcuderos que jamas ſirvió á Cavallero Andante: tiene á veces unas ſimplicidades tan agudas, que el penſar, ſi es ſimple, ó agudo cauſa no pequeño contento: tiene malicias, que le condenan por vellaco, y deſcuidos que le confirman por bobo: duda de todo, y creelo todo: quando pienſo que ſe va á deſpeñar de tonto, ſale con unas diſcreciones que le levantan al cielo. Finalmente yo no le trocaría con otro eſcudero, aunque me dieſen de añadidura una ciudad, y así eſtoy en duda, ſi ſerá bien embiarle al govierno de quien vueſtra grandeza le ha hecho merced, aunque veo en él una cierta aptitud para eſto de governar, que, atuſandole tantico el entendimiento, ſe ſaldría con qualquiera govierno, como el Rey con ſus alcabalas, y mas que ya por muchas experiencias ſabemos, que no es meneſter ni mucha habilidad, ni muchas letras para ſer uno Governador, pues ay por ay ciento que á penas ſaben leer, y goviernan como unos girifaltes: el toque eſtá en que tengan buena intencion, y deſeen acertar en todo, que nunca les faltará quien les aconſeje y encamine en lo que han de hacer, como los Governadores Cavalleros, y no letrados, que ſentencian con Aſeſor. Aconſejariale yo que ni tome cohecho, ni pierda derecho, y otras coſillas, que me quedan en el eſtomago, que ſaldrán á ſu tiempo para utilidad de Sancho, y provecho de la Inſula que governare. A eſte punto

llegavan

llegavan de ſu coloquio el Duque, la Duqueſa, y Don Quixote, quando oyeron muchas voces, y gran rumor de gente en el palacio, y á deſhora entró Sancho en la ſala todo aſuſtado, con un cernadero por bavador, y tras él muchos mozos, ó por mejor decir picaros de cocina, y otra gente menuda, y uno venia con un arteſoncillo de agua, que en la color, y poca limpieza moſtrava ſer de fregar, ſeguiale, y perſeguiale él de la arteſa, y procurava con toda ſolicitud ponerſela y encaxarſela debaxo de las barbas, y otro picaro moſtrava quererſe las lavar. Que es eſto, hermanos? preguntó la Duqueſa, que es eſto? que quereis á eſe buen hombre? como, y no conſiderais que eſtá electo Governador? A lo que reſpondió el picaro barbero, no quiere eſte ſeñor dexarſe lavar como es uſanza, y como ſe la lavó el Duque mi ſeñor, y el ſeñor ſu amo. Si quiero, reſpondió Sancho, con mucha colera: pero querria, que fueſe con toallas mas limpias, con lexia mas clara, y con manos no tan ſucias, que no ay tanta diferencia de mí á mi Amo, que á él le laven con agua de Angeles, y á mí con lexia de diablos: las uſanzas de las tierras, y de los palacios de los Principes tanto ſon buenas quanto no dan peſadumbre: pero la coſtumbre del lavatorio que aquí ſe uſa peor es que de diciplinantes, yo eſtoy limpio de barbas, y no tengo neceſidad de ſemejantes refrigerios, y él que ſe llegare á lavarme, ni á tocarme á un pelo de la cabeca (digo de mi barba) hablando con el devido acatamiento, le daré tal puñada que le dexe el puño engaſtado en los caſcos, que eſtas tales ceremonias, y javonaduras mas parecen burlas que gaſajos de hueſpedes. Perecida de riſa eſtava la Duqueſa, viendo la colera, y oyendo las razones de Sancho: pero no dió mucho guſto á Don Quixote verle tan mal adeliñado con la jaſpeada toalla, y tan rodeado de tantos entretenidos de cocina, y así haciendo una profunda reverencia á los Duques, como que les pedia licencia para hablar, con voz repoſada dixo á la canalla: Ola, Señores Cavalle-

ros, vueſas mercedes dexen al mancebo, y buelvanſe por donde vinieron, ó por otra parte, ſi ſe les antojare, que mi eſcudero es limpio tanto como otro, y eſas arteſillas ſon para él eſtrechas, y penantes bucaros; tomen mi conſejo, y dexenle, porque ni él ni yo ſabemos de achaque de burlas. Cogióle la razon de la boca Sancho, y proſiguió diciendo: No ſino lleguenſe á hacer burla del moſtrenco, que así lo ſufrire, como aora es de noche, traigan aquí un peine, ó lo que quiſieren, y almoazenme eſtas barbas, y ſi ſacaren dellas coſa que ofenda á la limpieza, que me traſquilen á cruces. A eſta ſazon, ſin dexar la riſa, dixo la Duqueſa, Sancho Panza tiene razon en todo quanto ha dicho, y la tendrá en todo quanto dixere, él es limpio, y como él dice, no tiene neceſidad de lavarſe, y ſi nueſtra uſança no le contenta, ſu alma en ſu palma, quanto mas que voſotros miniſtros de la limpieza aveis andado demaſiadamente de remiſos, y deſcuidados, y no ſé ſi diga atrevidos, á traer á tal perſonage, y á tales barbas en lugar de fuentes y aguamaniles de oro puro, y de Alemanas toallas, arteſillas, y dornajos de palo, y rodillas de aparadores: pero en fin ſois malos y mal nacidos, y no podeis dexar como malandrines que ſois de moſtrar la ogeriza que teneis con los eſcuderos de los Andantes Cavalleros. Creyeron los apicarádos miniſtros, y aun el Maeſtreſala que venia con ellos, que la Duqueſa hablava de veras, y así quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confuſos, y caſi corridos ſe fueron, y le dexaron; el qual viendoſe fuera de aquel, á ſu parecer, ſumo peligro ſe fue á hincar de rodillas ante la Duqueſa, y dixo: de grandes ſeñoras grandes mercedes ſe eſperan, eſta que la vueſtra merced oy me ha fecho, no puede pagarſe con menos, ſino es con deſear verme armado Cavallero Andante, para ocuparme todos los dias de mi vida en ſervir á tan alta ſeñora. Labrador ſoy, Sancho Panza me llamo, caſado ſoy, hijos tengo, y de eſcudero ſirvo, ſi con alguna deſtas coſas puedo

ſervir

ſervir á vueſtra grandeza,, menos tardaré yo en obedecer, que vueſtra ſeñoria en mandar. Bien parece, Sancho, reſpondió la Duqueſa, que aveis aprendido á ſer cortés en la eſcuela de la miſma corteſia: bien parece quiero decir, que os aveis criado á los pechos del Señor Don Quixote, que deve de ſer la nata de los comedimientos, y la flor de las ceremonias, ó cirimonias como vos decis: bien aya tal ſeñor, y tal criado, el uno por norte de la Andante Cavalleria, y el otro por eſtrella de la eſcuderil fidelidad, levantaos, Sancho amigo, que yo ſatisfare vueſtras corteſias, con hacer que el Duque mi ſeñor lo mas preſto que pudiere os cumpla la merced prometida del Govierno. Con eſto ceſó la platica, y Don Quixote ſe fue á repoſar la ſieſta, y la Duqueſa pidió á Sancho, que ſi no tenía mucha gana de dormir vinieſe á paſar la tarde con ella, y con ſus doncellas en una muy freſca ſala. Sancho reſpondió, que aunque era verdad que tenía por coſtumbre dormir quatro, ó cinco horas las ſieſtas del verano, que por ſervir á ſu bondad él procuraría con todas ſus fuerzas no dormir aquel dia ninguna, y vendría obediente á ſu mandado, y fueſe: el Duque dió nuevas ordenes, como ſe trataſe á Don Quixote como á Cavallero Andante, ſin ſalir un punto del eſtilo, como cuentan que ſe tratavan los antiguos Cavalleros.

Cap. XXXIII. De la ſabroſa platica que la Duqueſa y ſus doncellas paſaron con Sancho Panza, digna de que ſe lea, y de que ſe note.

CUenta pues la Hiſtoria, que Sancho no durmió aquella ſieſta, ſino que por cumplir ſu palabra vinó en comiendo á ver á la Duqueſa, la qual con el guſto que tenía de oirle le hizo ſentar junto á sí en una ſilla baxa, aunque Sancho de puro bien criado no queria ſentarſe: pero la Duqueſa le dixo, que ſe ſentaſe como Governador, y hablaſe como eſcudero, pueſto que por entrambas coſas merecia el miſmo eſcaño del Cid Ruy Diaz Campeador. En-

cogió Sancho los ombros, obedeció, y ſentóſe, y todas las doncellas, y dueñas de la Duqueſa la rodearon, atentas con grandiſimo ſilencio á eſcuchar lo que diría: pero la Duqueſa fue la que habló primero, diciendo: aora que eſtamos ſolos, y que aquí no nos oye nadie, querria yo que el Señor Governador me aſolvieſe ciertas dudas que tengo, nacidas de la Hiſtoria que del gran Don Quixote anda ya impreſa, una de las quales dudas es, que pues el buen Sancho nunca vió á Dulcinea, digo á la Señora Dulcinea del Toboſo, ni le llevó la carta del Señor Don Quixote, porque ſe quedó en el libro de memoria en Sierra Morena, como ſe atrevió á fingir la reſpueſta, y aquello de que la halló aechando trigo, ſiendo todo burla y mentira, y tan en daño de la buena opinion de la ſin par Dulcinea, y todas que no vienen bien con la calidad, y fidelidad de los buenos eſcuderos. A eſtas razones, ſin reſponder con alguna, ſe levantó Sancho de la ſilla, y con paſos quedos, el cuerpo agoviado, y el dedo pueſto ſobre los labios anduvo por toda la ſala levantando los doſeles, y luego eſto hecho ſe bolvió aſentar, y dixo: Aora, Señora mia, que he viſto que no nos eſcucha nadie de ſolapa, fuera de los circunſtantes ſin temor ni ſobreſalto reſponderé á lo que ſe me ha preguntado, y á todo aquello que ſe me preguntare: y lo primero que digo es, que yo tengo á mi Señor Don Quixote por loco rematado, pueſto que algunas veces dice coſas, que á mi parecer, y aun de todos aquellos que le eſcuchan ſon tan diſcretas, y por tan buen carril encaminadas, que el miſmo Satanas no las podría decir mejores: pero con todo eſto verdaderamente, y ſin eſcrupulo, á mí ſe me ha aſentado que es un mentecato, pues como yo tengo eſto en el magin, me atrevo á hacerle creer lo que no lleva pies ni cabeza, como fue aquello de la reſpueſta de la carta, y lo de avra ſeis, ó ocho dias, que aun no eſtá en hiſtoria, conviene á ſaber lo del encanto de mi ſeñora Doña Dulcinea, que le he dado á entender que eſta encantada, no ſiendo

mas verdad que por los cerros de Ubeda. Rogóle la Duqueſa que le contaſe aquel encantamento, ó burla, y Sancho ſe lo contó todo del miſmo modo que avia paſado, de que no poco guſto recibieron los oyentes, y proſiguiendo en ſu platica, dixo la Duqueſa: de lo que el buen Sancho me ha contado me anda brincando un eſcrupulo en el alma, y un cierto ſuſurro llega á mis oidos, que me dice, pues Don Quixote de la Mancha es loco menguado y mentecato, y Sancho Panza ſu eſcudero lo conoce, y con todo eſo le ſirve y le ſigue, y va atenido á las vanas promeſas ſuyas, ſin duda alguna deve de ſer él mas loco, y tonto que ſu amo, y ſiendo eſto así, como lo es, mal contado te ſera, Señora Duqueſa, ſi al tal Sancho Panza le das inſula que govierne, porque él que no ſabe governarſe á sí, como ſabrá governar á otros? Par Dios, Señora dixo Sancho, que eſe eſcrupulo viene con parto derecho: pero digale vueſa merced, que hable claro, ó como quiſiere, que yo conozco que dice verdad; que ſi yo fuera diſcreto, dias ha que avia de aver dexado á mi Amo: pero eſta fue mi ſuerte, y eſta mi mal andanza, no puedo mas, ſeguirle tengo, ſomos de un miſmo lugar, he comido ſu pan, quierole bien, es agradecido, dióme ſus pollinos, y ſobre todo yo ſoy fiel, y así es impoſible, que nos pueda apartar otro ſuceſo que el de la pala y azadon: y ſi vueſtra altaneria no quiſiere que ſe me dé el prometido Govierno, de menos me hizo Dios, y podría ſer, que el no darmele redundaſe en pro de mi conciencia, que maguer á tonto ſe me entiende aquel refran, de por ſu mal le nacieron alas á la hormiga, y aun podría ſer, que ſe fueſe mas aina Sancho eſcudero al cielo que no Sancho Governador. Tan buen pan hacen aquí como en Francia, y de noche todos los gatos ſon pardos: y aſaz de deſdichada es la perſona que á las dos de la tarde no ſe ha deſayunado, y no ay eſtomago que ſea un palmo mayor que otro, el qual ſe puede llenar, como ſuele deciríe, de paja y de heno, y las avecitas del campo tienen á Dios por ſu proveedor,

veedor, y deſpenſero, y mas calientan quatro varas de paño de Cuenca, que otras quatro de limiſte de Segovia, y al dexar eſte mundo, y meternos la tierra adentro, por tan eſtrecha ſenda va el Principe como el jornalero, y no ocupa mas pies de tierra el cuerpo del Papa, que el del Sacriſtan, aunque ſea mas alto el uno que el otro, que al entrar en el hoyo todos nos ajuſtamos y encogemos, ó nos hacen ajuſtar, y encoger mal que nos peſe, y á buenas noches: y torno á decir que ſi vueſtra ſeñoria no me quiſiere dar la inſula por tonto, yo ſabré no darſeme nada por diſcreto: y yo he oido decir, que detras de la Cruz eſtá el diablo, y que no es oro todo lo que reluce, y que de entre los bueyes, arados, y coyundas ſacaron al labrador Bamba para ſer Rey de Eſpaña, y de entre los brocados, paſatiempos, y riquezas ſacaron á Rodrigo para ſer comido de culebras (ſi es que las trobas de los Romances antiguos no mienten.) Y como que no mienten, dixo á eſta ſazon Doña Rodriguez la Dueña, que era una de las eſcuchantes, que un romance ay que dice, que metieron al Rey Rodrigo vivo vivo en una tumba llena de ſapos, culebras, y lagartos, y que de alli á dos dias dixo el Rey deſde dentro de la tumba con voz doliente y baxa, ya me comen, ya me comen por do mas pecado avia, y ſegun eſto mucha razon tiene eſte ſeñor, en decir que quiere mas ſer labrador que Rey, ſi le han de comer ſabandijas. No pudo la Duqueſa tener la riſa, oyendo la ſimplicidad de ſu Dueña, ni dexó de admirarſe en oir las razones y refranes de Sancho, á quien dixo: Ya ſabe el buen Sancho, que lo que una vez promete un Cavallero, procura cumplir lo, aunque le cueſte la vida. El Duque mi ſeñor, y marido, aunque no es de los Andantes, no por eſo dexa de ſer Cavallero, y así cumplirá la palabra de la prometida Inſula, á peſar de la invidia, y de la malicia del mundo. Eſté, Sancho, de buen animo, que quando menos lo pienſe ſe verá ſentado en la ſilla de ſu Inſula, y en la de ſu eſtado, y empuñará ſu Govierno, que

con

con otro de brocado de tres altos lo deſeche. Lo que yo le encargo es, que mire como govierna ſus vaſallos, advirtiendo, que todos ſon leales y bien nacidos. Eſo de governarlos bien, reſpondió Sancho, no ay para que encargarmelo, porque yo ſoy caritativo de mio, y tengo compaſion de los pobres, y á quien cuece y amaſa no le hurtes hogaza: y para mi ſantiguada que no me han de echar dado falſo: ſoy perro viejo, y entiendo todo tus tus, y ſé deſpavilarme á ſus tiempos, y no conſiento, que me anden muſarañas ante los ojos, porque ſé, donde me aprieta el zapato, digolo, porque los buenos tendrán conmigo mano y concavidad, y los malos ni pie ni entrada. Y pareceme á mí que en eſto de los Govierños todo es comenzar, y podría ſer que á quince dias de Governador me comieſe las manos tras el oficio, y ſupieſe mas del que de la labor del campo en que me he criado. Vos teneis razon, Sancho, dixo la Duqueſa, que nadie nace enſeñado, y de los hombres ſe hacen los Obiſpos, que no de las piedras: pero bolviendo á la platica que poco ha tratavamos del encanto de la Señora Dulcinea, tengo por coſa cierta, y mas que averiguada, que aquella imaginacion que Sancho tuvo de burlar á ſu Señor, y darle á entender, que la labradora era Dulcinea, y que ſi ſu Señor no la conocia devia de ſer por eſtar encantada, toda ſue invencion de alguno de los encantadores, que al ſeñor Don Quixote perſiguen, porque real y verdaderamente, yo ſé de buena parte, que la villana que dió el brinco ſobre la pollina era, y es Dulcinea del Toboſo, y que el buen Sancho penſando ſer el enganador, es el engañado, y no ay poner mas duda en eſta verdad, que en las coſas que nunca vimos, y ſepa el Señor Sancho Panza, que tambien tenemos acá encantadores, que nos quieren bien, y nos dicen lo que paſa por el mundo pura y ſencillamente ſin enredos ni maquinas, y creame Sancho, que la villana brincadora era, y es Dulcinea del Toboſo, que eſtá encantada como la madre que la parió, y quando menos nos penſemos,

la

la avemos de ver en ſu propia figura, y entonces ſaldrá Sancho del engaño en que vive. Bien puede ſer todo eſo, dixo Sancho Panza, y agora quiero creer lo que mi Amo cuenta de lo que vió en la Cueva de Monteſinos, donde dice que vió á la Señora Dulcinea del Toboſo en el miſmo trage y habito que yo dixe, que la avia viſto, quando la encanté por ſolo mi guſto, y todo devió de ſer al reves, como vueſa merced, Señora mia, dice, porque de mi ruin ingenio no ſe puede ni deve preſumir, que fabricaſe en un inſtante tan agudo embuſte, ni creo yo, que mi Amo es tan loco, que con tan flaca y magra perſuaſion como la mia creyeſe una coſa tan fuera de todo termino: pero, Señora, no por eſto ſerá bien que vueſtra bondad me tenga por malevolo, pues no eſtá obligado un porro como yo á taladrar los penſamientos, y malicias de los peſimos encantadores: yo fingí aquello por eſcaparme de las riñas de mi Señor Don Quixote, y no con intencion de ofenderle, y ſi ha ſalida al reves, Dios eſtá en el cielo, que juzga los corazones. Así es la verdad, dixo la Duqueſa: pero digame agora, Sancho, que es eſto que dice de la Cueva de Monteſinos, que guſtaría ſaberlo? Entonces Sancho Panza le contó punto por punto lo que queda dicho acerca de la tal aventura. Oyendo lo qual la Duqueſa, dixo, deſte ſuceſo ſe puede inferir que pues el gran Don Quixote dice, que vió alli á la miſma labradora que Sancho vió á la ſalida del Toboſo, ſin duda es Dulcinea, y que andan por aquí los encantadores muy liſtos y demaſiadamente curioſos. Eſo digo yo, dixo Sancho Panza, que ſi mi Señora Dulcinea del Toboſo eſtá encantada, ſu daño, que yo no me tengo de tomar con los enemigos de mi Amo, que deven de ſer muchos, y malos: verdad ſea, que la que yo vi fue una labradora, y por labradora la tuve, y por tal labradora la juzgué, y ſi aquella era Dulcinea, no ha de eſtar á mi cuenta, ni ha de correr por mí, ó ſobre ello morena. No ſino andenſe á cada triquete conmigo, á dime y direte, Sancho lo dixo, Sancho lo hizo, Sancho

tornó,

tornó, y Sancho bolvió, como ſi Sancho fueſe algun quien quiera, y no fueſe el miſmo Sancho Panza, él que anda ya en libros por eſe mundo adelante, ſegun me dixo Sanſon Carraſco, que por lo menos es perſona Bachillerada por Salamanca, y los tales no pueden mentir, ſino es quando ſe les antoja, ó les viene muy á cuento, así que no ay para que nadie ſe tome conmigo, y pues que tengo buena fama, y ſegun oy decir á mi Señor, que mas vale el buen nombre que las muchas riquezas, encaxenme eſe govierno, y verán maravillas, que quien ha ſido buen eſcudero, ſerá buen Governador. Todo quanto aquí ha dicho el buen Sancho, dixo la Duqueſa, ſon ſentencias Catonianas, ó por lo menos ſacadas de las miſmas entrañas del miſmo Micael Verino, florentibus occidit annis. En fin, en fin, hablando á ſu modo, debaxo de mala capa ſuele aver buen bevedor. En verdad, Señora, reſpondió Sancho, que en mi vida he bevido de malicia, con ſed bien podría ſer, porque no tengo nada de hipocrita, bevo quando tengo gana, y quando no la tengo, y quando me lo dan por no parecer ó melindroſo, ó mal criado, que á un brindis de un amigo, que corazon ha de aver tan de marmol que no haga la razon? pero aunque las calzo, no las enſucio, quanto mas que los eſcuderos de los Cavalleros Andantes caſi de ordinario beven agua, porque ſiempre andan por floreſtas, ſelvas, y prados, montañas, y riſcos, ſin hallar una miſericordia de vino, ſi dan por ella un ojo. Yo lo creo así, reſpondió la Duqueſa, y por aora vayaſe Sancho á repoſar, que deſpues hablaremos mas largo, y daremos orden como vaya preſto á encaxarſe, como él dice, aquel govierno. De nuevo le beſó las manos Sancho á la Duqueſa, y ſe ſuplicó le hicieſe merced de que ſe tuvieſe buena cuenta con ſu Rucio, porque era la lumbre de ſus ojos. Que rucio es eſte? preguntó la Duqueſa. Mi aſno, reſpondió Sancho, que por no nombrarle con eſte nombre le ſuelo llamar

el Rucio: y á esta señora Dueña le rogué, quando entré en este castillo, tuviese cuenta con él, y azoróse de manera como si la huviera dicho que era fea, ó vieja, deviendo ser mas propio y natural de las dueñas pensar jumentos, que autorizar las salas. O valame Dios, y quan mal estava con estas señoras un Hidalgo de mi lugar! Sería algun villano, dixo Doña Rodriguez la Dueña, que si él fuera Hidalgo, y bien nacido, él las pusiera sobre el cuerno de la Luna. Agora bien, dixo la Duquesa, no aya mas, calle Doña Rodriguez, y sosieguese el señor Panza, y quedese á mi cargo el regalo del Rucio, que por ser alhaja de Sancho le pondre yo sobre las niñas de mis ojos. En la cavalleriza basta que esté, respondió Sancho, que sobre las niñas de los ojos de vuestra grandeza, ni él ni yo somos dignos de estar solo un momento, y así lo consintiría yo, como darme de puñaladas, que aunque dice mi Señor, que en las cortesías antes se ha de perder por carta de mas que de menos: en las jumentiles, y así niñas se ha de ir con el compas en la mano, y con medido termino. Llevele, dixo la Duquesa, Sancho al Govierno, y allá le podrá regalar como quisiere, y aun jubilarle del trabajo. No piense vuesa merced, Señora Duquesa que ha dicho mucho, dixo Sancho, que yo he visto ir mas de dos asnos á los Goviernos, y que llevase yo el mio, no sería cosa nueva. Las razones de Sancho renovaron en la Duquesa la risa, y el contento; y embiandole á reposar, ella fue á dar cuenta al Duque de lo que con él avia pasado, y entre los dos dieron traza y orden de hacer una burla á Don Quixote, que fuese famosa, y viniese bien con el estilo Cavallerésco, en el qual le hicieron muchas tan propias y discretas, que son las mejores aventuras que en esta grande Historia se contienen.

HISTORIA

DEL FAMOSO CAVALLERO,

DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

SEGUNDA PARTE. QUARTO TOMO.

EN SALISBURY:
En la Imprenta de EDVARDO EASTON. M.DCC.LXXXI.

Cap. XXXIV, Que cuenta de la noticia que ſe tuvo de como ſe avia de deſencantar la ſin par Dulcinea del Toboſo, que es una de las Aventuras mas famoſas deſte libro.

GRande era el guſto que recebian el Duque y la Duqueſa de la converſacion de Don Quixote, y de la de Sancho Panza; y confirmandoſe en la intencion que tenían de hacerles algunas burlas que llevaſen viſlumbres, y apariencias de aventuras, tomaron motivo de la que Don Quixote ya les avia contado de la Cueva de Monteſinos, para hacerle una que fueſe famoſa: pero de lo que mas la Duqueſa ſe admirava era, que la ſimplicidad de Sancho fueſe tanta, que huvieſe venido á creer ſer verdad infalible, que Dulcinea del Toboſo eſtuvieſe encantada, aviendo ſido él miſmo el encantador, y el embuſtero de aquel negocio: y así aviendo dado orden á ſus criados de todo lo que avian de hacer, de alli á ſeis dias le llevaron á caza de montería, con tanto aparato de monteros, y cazadores, como pudiera llevar un Rey coronado. Dieronle á Don Quixote un veſtido de monte, y á Sancho otro verde de finiſimo paño: pero Don Quixote no ſe le quiſo poner, diciendo, que otro dia avia de bolver al duro exercicio de las armas, y que no podia llevar conſigo guardaropas, ni repoſterías. Sancho sí tomó el que le dieron con intencion de venderle en la primera ocaſion que pudieſe.

Llegado pues el eſperado dia, armóſe Don Quixote, viſtióſe Sancho, y encima de ſu Rucio que no le quiſo dexar, aunque le davan un cavallo, ſe metió entre la tropa de los monteros, la Duqueſa ſalió bizarramente aderezada, y Don Quixote de puro cortés, y comedido, tomó la rienda de ſu palafren, aunque el Duque no queria

conſentirlo, y finalmente llegaron á un boſque que entre dos altiſimas montañas eſtava, donde tomados los pueſtos, paranzas, y veredas, y repartida la gente por diferentes pueſtos, ſe comenzó la Caza con grande eſtruendo, grita, y vozeria, de manera que unos á otros no podian oirſe, así por el ladrido de los perros, como por el ſon de las bocinas. Apeóſe la Duqueſa, y con un agudo venablo en las manos ſe puſo en un pueſto por donde ella ſabia, que ſolian venir algunos javalies. Apeóſe así miſmo el Duque, y Don Quixote, y puſieronſe á ſus lados, Sancho ſe puſo detras de todos ſin apearſe del Rucio, á quien no oſara deſamparar, porque no le ſucedieſe algun deſman, y á penas avian ſentado el pie, y pueſto en ala con otros muchos criados ſuyos, quando acoſado de los perros, y ſeguido de los cazadores, vieron que hácia ellos venia un deſmeſurado Javali, cruxiendo dientes y colmillos, y arrojando eſpuma por la boca; y en viendole, embrazando ſu eſcudo, y pueſta mano á ſu eſpada, ſe adelantó á recebirle Don Quixote, lo miſmo hizo el Duque con ſu venablo: pero á todos ſe adelantara la Duqueſa, ſi el Duque no ſe lo eſtorvara. Solo Sancho en viendo al valiente animal, deſamparó al Rucio, y dió á correr quanto pudo, y procurando ſubirſe ſobre una alta encina, no fue poſible, antes eſtando ya á la mitad del, aſido de una rama, pugnando ſubir á la cima, fue tan corto de ventura, y tan deſgraciado, que ſe deſgajó la rama, y al venir al ſuelo, ſe quedó en el aire aſido de un gancho de la encina, ſin poder llegar al ſuelo, y viendoſe así, y que el ſayo verde ſe le raſgava, y pareciendole, que ſi aquel fiero animal alli allegava le podia alcanzar, comenzó á dar tantos gritos, y á pedir ſocorro con tanto ahincó que todos los que le oyan, y no le veyan, creyeron que eſtava entre los dientes de alguna fiera. Finalmente el colmilludo javali quedó atraveſado de las cuchillas de muchos venablos, que ſe le puſieron delante, y bolviendo la cabeza Don Quixote á los gritos de Sancho, que ya por ellos le avia conocido, vióle

pendiente

pendiente de la encina, y la cabeza abaxo, y al Rucio junto á él, que no le deſamparó en ſu calamidad: y dice Cide Hamete, que pocas veces vió á Sancho Panza ſin ver al Rucio, ni al Rucio ſin ver á Sancho, tal era la amiſtad y buena fé, que entre los dos ſe guardavan. Llegó Don Quixote, y deſcolgó á Sancho, el qual viendoſe libre, y en el ſuelo, miró lo deſgarrado del ſayo de monte, y peſóle en el alma, que penſó que tenía en el veſtido un mayorazgo. En eſto atraveſaron al javali poderoſo ſobre una azemila, y cubriendole con matas de romero, y con ramas de mirto, le llevaron como en ſeñal de vitorioſos deſpojos á unas grandes tiendas de campaña, que en la mitad del boſque eſtavan pueſtas, donde hallaron las meſas en orden, y la comida aderezada tan ſumptuoſa, y grande, que ſe echava bien de ver en ella la grandeza y magnificencia de quien la dava. Sancho moſtrando las llagas á la Duqueſa de ſu roto veſtido, dixo: Si eſta caza fuera de liebres ó de paxarillos, ſeguro eſtuviera mi ſayo de verſe en eſte eſtremo: yo no ſé que guſto ſe recibe de eſperar á un animal, que ſi os alcanza con un colmillo, os puede quitar la vida: yo me acuerdo aver oido cantar un Romance antiguo, que dice: De los oſos ſeas comido, como Fabila el nombrado. Eſe fue un Rey Godo, dixo Don Quixote, que yendo á caza de montería, le comió un oſo. Eſo es lo que yo digo, reſpondió Sancho, que no querria yo que los Principes y los Reyes ſe puſieſen en ſemejantes peligros, á trueco de un guſto, que parece, que no le avia de ſer, pues conſiſte en matar á un animal, que no ha cometido delito alguno. Antes os engañais, Sancho, reſpondió el Duque, porque el exercicio de la caza de monte es el mas conveniente, y neceſario para los Reyes, y Principes que otro alguno. La caza es una imagen de la guerra, ay en ella eſtratagemas, aſtucias, inſidias, para vencer á ſu ſalvo al enemigo: padecenſe en ella frios grandiſimos, y calores intolerables,

menoſ-

menoſcabaſe el ocio, y el ſueño, corroboranſe las fuerzas, agilitanſe los miembros dél que la uſa, y en reſolucion es exercicio que ſe puede hacer ſin perjuicio de nadie, y con guſto de muchos, y lo mejor que el tiene es, que no es para todos, como lo es el de los otros generos de caza, excepto el de la bolatería, que tambien es ſolo para Reyes, y grandes ſeñores. Así que, ó Sancho, mudad de opinion, y quando ſeais Governador ocupaos en la caza, y vereis como os vale un pan por ciento. Eſo no, reſpondió Sancho, el buen Governador la pierna quebrada, y en caſa: bueno ſería que vinieſen los negociantes á buſcarle fatigados, y él eſtuvieſe en el monte holgandoſe; así en hora mala andaría el Govierno. Mia fe, Señor, la caza y los paſatiempos mas han de ſer para los holgazanes, que para los Governadores: en lo que yo pienſo entretenerme, es en jugar al triunfo embidado las Paſcuas, y á los bolos los Domingos, y fieſtas; que eſas cazas, ni cazos no dicen con mi condicion, ni hacen con mi conciencia. Plega á Dios Sancho que así ſea, porque del dicho al hecho ay gran trecho. Aya lo que huviere, replicó Sancho, que el buen pagador no le duelen prendas, y mas vale al que Dios ayuda, que al que mucho madruga, y tripas llevan pies, que no pies á tripas, quiero decir, que ſi Dios me ayuda, y yo hago lo que devo con buena intencion, ſin duda que governaré mejor que un gerifalte, no ſino ponganme el dedo en la boca, y verán ſi aprieto ó no. Maldito ſeas de Dios, y de todos ſus Santos, Sancho maldito, dixo Don Quixote, y quando ſerá el dia, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar ſin refranes una razon corriente y concertada? Vueſtras grandezas dexen á eſte tonto, Señores mios, que les molerá las almas, no ſolo pueſtas entre dos, ſino entre dos mil refranes traidos tan á ſazon, y tan á tiempo, quanto le dé Dios á él la ſalud, ó á mí ſi los querria eſcuchar. Los refranes de Sancho Panzo, dixo la Duqueſa,

pueſto

pueſto que ſon mas que los del Comendador Griego, no por eſo ſon en menos de eſtimar por la brevedad de las ſentencias. De mí ſé decir, que me dan mas guſto que otros, aunque ſean mejor traidos, y con mas ſazon acomodados.

Con eſtos y otros entretenidos razonamientos ſalieron de la tienda al boſque, y en requerir algunas paranzas: y preſto ſe les paſó el dia, y ſe les vinó la noche, y no tan clara ni tan ſeſga como la ſazon del tiempo pedia, que era en la mitad del verano: pero un cierto claro eſcuro, que truxo conſigo, ayudó mucho á la intencion de los Duques, y así como comenzó á anochecer, un poco mas adelante del crepuſculo, á deſhora pareció, que todo el boſque por todas quatro partes ſe ardia, y luego ſe oyeron por aquí y por alli, y por acá, y por acullá infinitas cornetas, y otros inſtrumentos de guerra, como de muchas tropas de Cavalleria, que por el boſque paſava: la luz del fuego, el ſon de los belicos inſtrumentos caſi cegaron y atronaron los ojos, y los oidos de los cirunſtantes, y aun de todos los que en el boſque eſtavan. Luego ſe oyeron infinitos lelilies al uſo de Moros, quando entran en las batallas, ſonaron trompetas y clarines, retumbaron tambores, reſonaron pifaros, caſi todos á un tiempo, tan contino, y tan aprieſa que no tuviera ſentido él, que no quedara ſin el al ſon confuſo de tantos inſtrumentos. Paſmóſe el Duque, ſuſpendióſe la Duqueſa, admiróſe Don Quixote, tembló Sancho Panza, y finalmente, aun haſta los miſmos ſabidores de la cauſa ſe eſpantaron: con el temor les cogió el ſilencio, y un poſtillon que en trage de demonio les paſó por delante, tocando en vez de corneta un hueco y deſmeſurado cuerno, que un ronco y eſpantoſo ſon deſpedia. Ola, hermano correo, dixo el Duque: quien ſoys? adonde vays? y que gente de guerra es la que por eſte boſque parece que atravieſa? A lo que reſpondió el correo, con voz horriſona y deſenfadada: Yo ſoy el Diablo,

voy

voy á buſcar á Don Quixote de la Mancha: la gente que por aquí viene ſon ſeis tropas de encantadores, que ſobre un carro triunfante traen á la ſin par Dulcinea del Toboſo; encantada viene con el gallardo Frances Monteſinos, á dar orden á Don Quixote de como ha de ſer deſencantada la tal Señora. Si vos fuerades Diablo, como decis, y como vueſtra figura mueſtra, ya huvierades conocido al tal Cavallero Don Quixote de la Mancha, pues le teneis delante. En Dios y en mi conciencia, reſpondió el diablo, que no mirava en ello, porque traigo en tantas coſas divertidos los penſamientos, que de la principal, á que venia, ſe me olvidava. Sin duda, dixo Sancho, que eſte demonio deve de ſer hombre de bien, y buen Chriſtiano, porque á no ſerlo, no jurara en Dios y en mi conciencia. Aora yo tengo para mí, que aun en el miſmo infierno deve de aver buena gente. Luego el demonio ſin apearſe, encaminando la viſta á Don Quixote, dixo: A tí, el Cavallero de los Leones (que entre las garras dellos te vea yo) me embia el deſgraciado, pero valiente Cavallero Monteſinos, mandandome que de ſu parte te diga, que le eſperes en el miſmo lugar que te topare, á cauſa que trae conſigo á la que llaman Dulcinea del Toboſo, con orden de darte la que es meneſter para deſencantarla, y por no ſer para mas mi venida, no ha de ſer mas mi eſtada, los demonios como yo queden contigo, y los Angeles buenos con eſtos Señores: y en diciendo eſto, tocó el deſaforado cuerno, y bolvió las eſpaldas, y fueſe ſin eſperar reſpueſta de ninguno. Renovóſe la admiracion en todos, eſpecialmente en Sancho, y Don Quixote: en Sancho, en ver que á deſpecho de la verdad, querian que eſtuvieſe encantada Dulcinea: en Don Quixote, por no poder aſegurarſe, ſi era verdad, ó no, lo que le avia paſado en la Cueva de Monteſinos: y eſtando elevado en eſtos penſamientos, el Duque le dixo: Pienſa vueſa merced eſperar, Señor Don Quixote? Pues no? reſpondió

reſpondió el, aquí eſperaré intrepido y fuerte, ſi me viniese á enveſtir todo el infierno. Pues ſi yo veo otro diablo, y oigo otro cuerno como el paſado, así eſperaré yo aquí como en Flandes, dixo Sancho. En eſto ſe cerró mas la noche, y comenzaron á diſcurrir muchas luces por el boſque, bien así como diſcurren por el cielo las exhalaciones ſecas de la tierra, que parecen á nueſtra viſta eſtrellas que corren: oyóſe así miſmo un eſpantoſo ruido, al modo de aquel que ſe cauſa de las ruedas macizas que ſuelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrio aſpero y continuado ſe dice que huyen los lobos, y los oſos, ſi los ay, por donde paſan. Añadióſe á toda eſta tempeſtad otra que las aumentó todas, que fue que parecia verdaderamente que á las quatro partes del boſque ſe eſtavan dando á un miſmo tiempo quatro rencuentros, ó batallas, porque allí ſonava el duro eſtruendo de eſpantoſa artilleria; acullá ſe diſparavan infinitas eſcopetas, cerca caſi ſonavan las voces de los combatientes, lexos ſe reiteravan los lililíes Agarenos. Finalmente las cornetas, los cuernos, las bocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artilleria, los arcabuces, y ſobre todo el temeroſo ruido de los carros formavan todos juntos un ſon tan confuſo, y tan horrendo, que fue meneſter que Don Quixote ſe valieſe de todo ſu corazon, para ſufrirle: pero el de Sancho vinó á tierra, y dió con él deſmayado en las faldas de la Duqueſa, la qual le recibió en ellas, y á gran prieſa mandó, que le echaſen agua en el roſtro. Hizoſe aſi, y él bolvió en ſu acuerdo, á tiempo que ya un carro de las rechinantes ruedas llegava á aquel pueſto: tiravanle quatro perezoſos bueyes, todos cubiertos de paramentos negros, en cada cuerno trayan atada y encendida una grande acha de cera, y encima del carro venia hecho un aſiento alto, ſobre el qual venia ſentado un venerable viejo con una barba mas blanca que la miſma nieve, y tan luenga que le paſava de la cintura, ſu veſtidura era una ropa

larga de negro bocaci, que por venir el carro lleno de infinitas luces ſe podia bien diviſar, y diſcernir todo lo que en el venia : guiavanle dos feos demonios veſtidos del miſmo bocaci con tan feos roſtros, que Sancho aviendolos viſto una vez cerró los ojos por no verlos otra. Llegando pues el carro á igualar al pueſto, ſe levantó de ſu alto aſiento el viejo venerable, y pueſto en pie, dando una gran voz dixo : Yo ſoy el Sabio Lirgandeo : y paſó el carro adelante, ſin hablar mas palabra. Tras eſte paſó otro carro de la miſma manera con otro viejo entronizado, el qual haciendo que el carro ſe detuvieſe, con voz no menos grave que el otro, dixo : Yo ſoy el Sabio Alquife, el grande amigo de Urganda la Deſconocida, y paſó adelante : luego por el miſmo continente llegó otro carro : pero él que venia ſentado en el trono, no era viejo como los demas, ſino hombron robuſto, y de mala catadura, el qual, al llegar levantandoſe en pie como los otros, dixo con voz mas ronca, y mas endiablada : Yo ſoy Arcalaus el encantador, enemigo mortal de Amadis de Gaula, y de toda ſu parentela ; y paſó adelante : poco deſviados de alli hicieron alto eſtos tres carros, y ceſó el enfadoſo ruido de ſus ruedas, y luego ſe oyó otro no ruido, ſino un ſon de una ſuave y concertada muſica formado, con que Sancho ſe alegró, y lo tuvo á buena ſeñal, y así dixo á la Duqueſa, de quien un punto ni un paſo ſe apartava : Señora, donde ay muſica no puede aver coſa mala. Tampoco donde ay luces y claridad, reſpondió la Duqueſa. A lo que replicó Sancho, Inz da el fuego, y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podría ſer que nos abraſaſen : pero la muſica ſiempre es indicio de regozijos y de fieſtas. Ello dira, dixo Don Quixote, que todo lo eſcuchava, y dixo bien, como ſe mueſtra en el capitulo ſiguiente.

Cap. XXXV. Donde ſe proſigue la noticia que tuvo Don Quixote del deſencanto de Dulcinea, con otros admirables ſuceſos.

AL compas de la agradable muſica vieron, que hácia ellos venia un carro de los que llaman triunfales, tirado de ſeis mulas pardas, encubertadas empero de lienzo blanco, y ſobre cada una venia un diciplinante de luz, así miſmo veſtido de blanco, con una acha de cera grande encendida en la mano, era el carro dos veces, y aun tres mayor que los paſados, a los lados, y encima del ocupavan doce otros diciplinantes albos como la nieve, todos con ſus achas encendidas, viſta que admirava, y eſpantava juntamente, y en un levantado trono venia ſentada una Ninfa veſtida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argenteria de oro, que la hacian, ſino rica, alomenos viſtoſamente veſtida, traya el roſtro cubierto con un tranſparente y delicado cendal, de modo que ſin impedirlo ſus lizos, por entre ellos ſe deſcubría un hermoſiſimo roſtro de doncella, y las muchas luces davan lugar para diſtinguir la belleza, y los años, que al parecer no llegavan á veinte, ni baxavan de diez y ſiete; junto á ella venia una figura veſtida de una ropa de las que llaman rozagantes haſta los pies, cubierta la cabeza con un velo negro: pero al punto que llegó el carro á eſtar frente á frente de los Duques, y de Don Quixote, ceſó la muſica de las chirimias, y luego la de las harpas, y laudes que en el carro ſonavan, y levantandoſe en pie la figura de la ropa, la apartó á entrambos lados, y quitandoſe el velo del roſtro deſcubrió patentemente ſer la miſma figura de la Muerte deſcarnada, y fea, de que Don Quixote recibió peſadumbre, y Sancho

miedo, y los Duques hicieron algun ſentimiento temeroſo. Alzada y pueſta en pie eſta Muerte viva con voz algo dormida, y con lengua no muy deſpierta, comenzó á decir deſta manera.

Yo ſoy Merlin, aquel que las hiſtorias
Dicen, que tuve por mi padre al diablo,
Mentira autorizada de los tiempos,
Principe de la magica y Monarca,
Y archivo de la ciencia Zoroaſtrica,
Emulo á las edades, y á los ſiglos,
Que ſolapar pretenden las hazañas
De los Andantes bravos Cavalleros,
A quien yo tuve, y tengo gran cariño.

Y pueſto que es de los encantadores,
De los Magos, ó Magicos contino
Dura la condicion, aſpera, y fuerte,
La mia es tierna, blanda, y amoroſa.
Y amiga de hacer bien á todas gentes.

En las cavernas lobregas de Dite,
Donde eſtava mi alma entretenida,
En formar ciertos rombos y caráteres,
Llegó la voz doliente de la bella
Y ſin par Dulcinea del Toboſo.

Supe ſu encantamento y ſu deſgracia,
Y ſu trasformacion de gentil dama
En ruſtica aldeana: condolime,
Y encerrando mi eſpiritu en el hueco
Deſta eſpantoſa y fiera notomia,
Deſpues de aver rebuelto cien mil libros
Deſta mi ciencia endemoniada, y torpe,

Vengo

Vengo á dar el remedio que conviene
A tamaño dolor, á mal tamaño.

O tú gloria y honor de quantos viſten
Las tunicas de acero, y de diamante,
Luz, y farol, ſendero, norte, y guia,
De aquellos que dexando el torpe ſueño,
Y las ocioſas plumas, ſe acomodan
A uſar el exercicio intolerable
De las ſangrientas y peſadas armas:
A tí digo, ó varon, como ſe deve,
Por jamas alabado, á tí, valiente

Juntamente y diſcreto Don Quixote,
De la Mancha eſplendor, de Eſpaña eſtrella,
Que para recobrar ſu eſtado primo
La ſin par Dulclnea del Toboſo,
Es meneſter que Sancho tu eſcudero
Se dé tres mil azotes, y trecientos
En ambas ſus valientes poſaderas,
Al aire deſcubiertas, y de modo,
Que le eſcuezan, le amarguen, y le enfaden,
Y en eſto ſe reſuelven todos quantos
De ſu deſgracia han ſido los autores,
Y á eſto es mi venida, mis Señores.

Voto á tal, dixo á eſta ſazon Sancho, no digo yo tres mil azotes, pero así me daré yo tres, como tres puñaladas: valate el diablo por modo de deſencantar, yo no ſe que tienen que ver mis poſas con los encantos? Par Dios, que ſi el ſeñor Merlin no ha hallado otra manera como deſencantar á la Señora Dulcinea del Toboſo, encantada ſe podrá ir á la ſepultura. Tomaros he yo, dixo Don Quixote,

ote, Don villano, harto de ajos, y amarraros he á un arbol deſnudo como vueſtra madre os parió, y no digo yo tres mil y trecientos, ſino ſeis mil, y ſeis cientos azotes os daré tan bien pegados, que no ſe os caigan á tres mil, y trecientos tirones, y no me repliqueis palabra, que os arrancaré el alma. Oyendo lo qual Merlin, dixo: no ha de ſer asi, porque los azotes que ha de recebir el buen Sancho, han de ſer por ſu voluntad, y no por fuerza, y en el tiempo que él quiſiere, que no ſe le pone termino ſeñalado: pero permiteſele, que ſi él quiſiere redemir ſu vexacion por la mitad de eſte vapulamiento, puede dexar, que ſe los dé agena mano, aunque ſea algo peſada. Ni agena, ni propia, ni peſada, ni por peſar, replicó Sancho, á mí no me ha de tocar alguna mano: parí yo por ventura á la Señora Dulcinea del Toboſo, para que paguen mis poſas lo que pecaron ſus ojos? El Señor mi Amo, sí que es parte ſuya, pues la llama á cada paſo mi vida, mi alma, ſuſtento, y arrimo ſuyo, ſe puede, y deve azotar por ella, y hacer todas las diligencias neceſarias para ſu deſencanto. Pero azotarme yo abernuncio. A penas acabó de decir eſto Sancho, quando levantandoſe en pie la argentada Ninfa, que junto al eſpiritu de Merlin venia, quitandoſe el ſutil velo del roſtro le deſcubrió tal, que á todos pareció mas que demaſiadamente hermoſo, y con un deſenfado varonil, y con una voz no muy adamada, hablando derechamente con Sancho Panza dixo: O mal aventurado eſcudero, alma de cantaro, corazon de alcornoque, de entrañas guigeñas, y apedernaladas, ſi te mandaran, ladron, deſvellacaras, que te arrojaras de una alta torre al ſuelo, ſi te pidieran, enemigo del genero humano, que te comieras una docena de ſapos, dos de lagartos, y tres de culebras, ſi te perſuadieran á que mataras á tu muger, y á tus hijos con algun truculento y agudo alfange, no fuera maravilla que te moſtraras melindroſo y eſquivo: pero hacer caſo de

tres

tres mil, y trecientos azotes, que no ay niño de la doctrina, por ruin que ſea que no ſe los lleve cada mes, admira, adarva, eſpanta á todas las entrañas piadoſas de los que lo eſcuchan, y aun las de todos aquellos que lo vinieren á ſaber con el diſcurſo del tiempo: pon, ó miſerable y endurecido animal: pon, digo, eſos tus ojos de machuelo eſpantadizo en las niñas deſtos mios, comparados á rutilantes eſtrellas, y veraſlos llorar hilo á hilo, y madexa á madexa, haciendo ſurcos, carreras, y ſendas por los hermoſos campos de mis mexillas. Muevate, ſocarron y mal intencionado monſtro, que la edad tan florida mia, que aun ſe eſtá todavia en el diez, y de los años, pues tengo diez y nueve, y no llego á veinte, ſe conſume y marchita debaxo de la corteza de una ruſtica labradora, y ſi aora no lo parezco es merced particular que me ha hecho el Señor Merlin que eſtá preſente, ſolo porque te enternezca mi belleza, que las lagrimas de una afligida hermoſura buelven en algodon los riſcos, y los tigres en ovejas. Date, date en eſas carnazas, beſtion indomito, y ſaca de haron eſe brio, que á ſolo comer, y mas comer te inclina, y pon en libertad la liſura de mis carnes, la manſedumbre de mi condicion, y la belleza de mi faz, y ſi por mí no quieres ablandarte, ni reducirte á algun razonable termino, hazlo por eſe pobre Cavallero, que á tu lado tienes, por tu amo digo, de quien eſtoy viendo el alma que la tiene atraveſada en la garganta, no diez dedos de los labios, que no eſpera ſino tu rigida, ó blanda reſpueſta, ó para ſalirſe por la boca, ó para bolverſe al eſtomago.

Tentóſe, oyendo eſto, la garganta Don Quixote, y dixo bolviendoſe al Duque: Por Dios, Señor, que Dulcinea ha dicho la verdad, que aquí tengo el alma atraveſada en la garganta, como una nuez de balleſta. Que decis vos á eſto, Sancho, pregunto la Duqueſa? Digo, Señora, reſpondió Sancho, lo que tengo dicho, que de los azotes abernuncio. Abrenuncio, aveis de decir Sancho, y

no

no como decis, dixo el Duque. Dexeme vueſtra grandeza, reſpondió Sancho, que no eſtoy agora para mirar en ſotilezas, ni en letras mas á menos, porque me tienen tan turbado eſtos azotes que me han de dar, ó me teñgo de dar, que no ſé lo que me digo, ni lo que me hago: pero querria yo ſaber de la Señora mi Señora Doña Dulcinea del Toboſo adonde aprendió el modo de rogar que tiene; viene á pedirme, que me abra las carnes á azotes, y llamame alma de cantaro, y beſtion indomito, con una tira mira de malos nombres, que el diablo los ſufra. Por ventura ſon mis carnes de bronce? ó vame á mi algo en que ſe deſencante, ó no? que canaſta de ropa blanca, de camiſas, de tocadores, y de eſcarpines (aunque no los gaſto) trae delante de sí para ablandarme, ſino un vituperio, y otro, ſabiendo aquel refran, que dicen por ay que un aſno cargado de oro ſube ligero por una montaña, y que dadivas quebranten peañs, y á Dios rogando, y con el mazo dando, y que mas vale un toma que dos te daré? Pues el Señor mi Amo, que avia de traerme la mano por el cerro, y halagarme, para que yo me hicieſe de lana y de algodon cardado, dice, que ſi me coge me amarrará deſnudo á un arbol, y me doblará la parada de los azotes: y avian de conſiderar eſtos laſtimados ſeñores, que no ſolamente piden que ſe azote un eſcudero, ſino un Governador, como quien dice, beve con guindas, aprendan, aprendan, mucho de en hora mala á ſaber rogar, y á ſaber pedir, y á tener crianza, que no ſon todos los tiempos unos, ni eſtan los hombres ſiempre de un buen humor: eſtoy yo aora rebentando de pena, por ver mi ſayo verde roto, y vienen á pedirme, que me azote de mi voluntad, eſtando ella tan agena dello, como de bolverme Cazique. Pues en verdad, amigo Sancho, dixo el Duque, que ſino os ablandais mas que una breva madura, que no aveis de empuñar el Govierno. Bueno ſería, que yo embiaſe á mis inſulanos un Governador cruel

de

de entrañas pedernalinas, que no ſe doblega á las lagrimas de las afligidas doncellas, ni á los ruegos de diſcretos imperioſos, y antiguos encantadores, y ſabios. En reſolucion Sancho, ó vos aveis de ſer azotado, ó os han de azotar, ó no aveis de ſer Governador. Señor, reſpondió Sancho, no ſe me darían dos dias de termino para penſar lo me eſtá mejor? No en ninguna manera, dixo Merlin, aquí en eſte inſtante, y en eſte lugar ha de quedar aſentado lo que ha de ſer deſte negocio, ó Dulcinea bolverá á la Cueva de Monteſinos, y á ſu priſtino eſtado de labradora, ó ya en el ſer que eſtá ſera llevado á los Eliſeos campos, donde eſtará eſperando ſe cumpla el numero del vapulo. Ea, buen Sancho, dixo la Duqueſa, buen animo y buena correſpondencia al pan que aveis comido del Senor Don Quixote, a quien todos devemos ſervir, y agradar por ſu buena condicion, y por ſus altas Cavallerias. Dad el sí, hijo, deſta azotaina, y vayaſe el diablo para diablo, y el temor para mezquino, que un buen corazon quebranta mala ventura, como vos bien ſabeis. A eſtas razones reſpondió con eſtas diſparatadas Sancho, que hablando con Merlin le preguntó: Digame vueſa merced, Señor Merlin, quando llegó aquí el diablo correo, y dió á mi Amo un recado del Señor Monteſinos, mandandole de ſu parte que le eſperaſe aquí, porque venia á dar orden de que la Señora Doña Dulcinea del Toboſo ſe deſencantaſe, y haſta agora no hemos viſto á Monteſinos, ni á ſus ſemejas. A lo qual reſpondió Merlin; el diablo, amigo Sancho, es un ignorante, y un grandiſimo vellaco, yo le embié en buſca de vueſtro amo: pero no con recado de Monteſinos, ſino mio, porque Monteſinos ſe eſtá en ſu Cueva entendiendo, ó por mejor decir, eſperando ſu deſencanto, que aun le falta la cola por deſollar: ſi os deve algo, ó teneis alguna coſa que negociar con él, yo os lo traeré, y pondre donde vos mas quiſieredes, y por agora acabad de dar el sí deſta diciplina, y creedme,

que os ſerá de mucho provecho, así para el alma, como para el cuerpo: para el alma, por la caridad con que la hareis: para el cuerpo, porque yo ſé que ſois de complexion ſanguinea, y no os podrá hacer daño ſacaros un poco de ſangre. Muchos medicos ay en el mundo, haſta los encantadores ſon medicos, replicó Sancho: pero pues todos me lo dicen, aunque yo no me lo veo, digo que ſoy contento de darme los tres mil y trecientos azotes, con condicion que me los tengo de dar cada y quando que yo quiſiere, ſin que ſe me ponga taſa en los dias, ni en el tiempo, y yo procuraré ſalir de la deuda lo mas preſto que ſea poſible, porque goze el mundo de la hermoſura de la Señora Doña Dulcinea del Toboſo, pues ſegun parece, al rebes de lo que yo penſava, en efecto es hermoſa. Ha de ſer tambien condicion, que no he de eſtar obligado á ſacarme ſangre con la diciplina, y que ſi algunos azotes fueren de mósqueo, ſe me han de tomar en cuenta: Iten, que ſi me errare en el numero, el Señor Merlin, pues lo ſabe todo, ha de tener cuidado de contarlos, y de aviſarme los que me faltan, ó los que me ſobran. De las ſobras no avrá que aviſar, reſpondió Merlin, porque llegando al cabal numero, luego quedará de improviſo deſencantada la Señora Dulcinea, y vendrá á buſcar, como agradecida, al buen Sancho, y á darle gracias, y aun premios por la buena obra. Así que no ay de que tener eſcrupulo de las ſobras, ni de las faltas, ni el cielo permita que yo engañe á nadie, aunque ſea en un pelo de la cabeza. Ea pues á la mano de Dios, dixo Sancho, yo conſiento en mi mala ventura, digo que yo acepto la penitencia con las condiciones apuntadas. A penas dixo eſtas ultimas palabras. Sancho, quando bolvió á ſonar la muſica de las chirimias, y ſe bolvieron á diſparar infinitos arcabuces, y Don Quixote ſe colgó del cuello de Sancho, dandole mil beſos en la frente, y en las mexillas. La Duqueſa, y el Duque, y todos los circunſtantes dieron

ron mueſtras de aver recebido grandiſimo contento, y el carro comenzó á caminar, y al paſar la hermoſa Dulcinea inclinó la cabezá á los Duques, y hizo una gran reverencia á Sancho: y ya en eſto ſe venia á mas andar el alva alegre y riſueña, las florecillas de los campos ſe deſcollavan y erguían, y los liquidos criſtales de los arroyuelos, murmurando por entre blancas y pardas guijas, ivan á dar tributo á los rios que los eſperavan, la tierra alegre, el cielo claro, el aire limpio, la luz ſerena, cada uno por sí, y todos juntos davan manifieſtas ſeñales, que el dia que al aurora venia piſando las faldas, avia de ſer ſereno y claro. Y ſatisfechos los Duques de la caza, y de aver conſeguido ſu intencion tan diſcreta, y felicemente, ſe bolvieron á ſu caſtillo, con propuueſto de ſegundar en ſus burlas, que para ellos no avia veras que mas guſto les dieſen.

Cap. XXXVI. Donde ſe cuenta la eſtraña y jamas imaginada Aventura de la Dueña Dolorida, aliás de la Condeſa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza eſcrivió á ſu muger Tereſa Panza.

TEnía un mayordomo el Duque de muy burleſco y deſenfadado ingenio, el qual hizo la figura de Merlin, y acomodó todo el aparato de la aventura paſada, compuſo los verſos y hizo que un page hicieſe á Dulcinea. Finalmente con intervencion de ſus Señores ordenó otra del mas gracioſo y eſtraño artificio, que puede imaginarſe. Preguntó la Duqueſa á Sancho otro dia, ſi avia comenzado la tarea de la penitencia que avia de hacer por el deſencanto de Dulcinea, dixo que sí, y que aquella noche ſe avia dado cinco azotes. Preguntóle la Duqueſa, que con que ſe los avia dado; reſpondió, que con la mano. Eſo, replicó la Duqueſa,

mas es darſe de palmadas que de azotes: yo tengo para mí, que el Sabio Merlin no eſtará contento con tanta blandura, meneſter ſerá, que el buen Sancho haga alguna diſciplina de abroxos, ó de las de canelones, que ſe dexen ſentir, porque la letra con ſangre entra, y no ſe ha de dar tan barata la libertad de una tan gran Señora, como lo es Dulcinea, por tan poco precio, y advierta Sancho, que las obras de caridad que ſe hacen tibia y floxamente, no tienen merito, ni valen nada. A lo que reſpondió Sancho, déme vueſtra ſeñoria alguna diciplina, ó ramal conveniente, que yo me daré con el, como no me duela demaſiado, porque hago ſaber á vueſa merced, que aunque ſoy ruſtico, mis carnes tienen mas de algodon que de eſparto, y no ſerá bien, que yo me deſcrie por el provecho ageno. Sea en buena hora, reſpondió la Duqueſa, yo os daré mañana una diciplina que os venga muy al juſto, y ſe acomode con la ternura de vueſtras carnes, como ſi fueran ſus hermanas propias. A lo que dixo Sancho, ſepa vueſtra Alteza, Señora mia de mi anima, que yo tengo eſcrita una carta á mi muger Tereſa Panza, dandole cuenta de todo lo que me ha ſucedido deſpues que me aparté della, aquí la tengo en el ſeno, que no le falta mas de ponerle el ſobre eſcrito, querria que vueſtra diſcrecion la leyeſe, porque me parece que va conforme á lo de Governador, digo al modo que deven de eſcrivir los Governadores. Y quien la notó? preguntó la Duqueſa. Quien la avia de notar ſino yo, pecador de mí? reſpondió Sancho. Y eſcriviſtes la vos? dixo la Duqueſa. Ni por pienſo, reſpondió Sancho, porque yo no ſé leer, ni eſcrivir, pueſto que ſé firmar. Veamoſla, dixo la Duqueſa, que á buen ſeguro, que vos moſtreis en ella la calidad y ſuficiencia de vueſtro ingenio. Sacó Sancho una carta abierta del ſeno, y tomandola la Duqueſa, vió que decia deſta manera.

Carta

Carta de Sancho Panza, á Tereſa Panza ſu muger.

SI buenos azotes me davan, bien Cavallero me iva, ſi buen Govierno me tengo, buenos azotes me cueſta. Eſto no lo entenderás tú, Tereſa mia, por aora, otra vez lo ſabrás. Has de ſaber, Tereſa, que tengo determinado que andes en coche, que es lo que hace al caſo, porque todo otro andar es andar á gatas. Muger de un Governador eres, mira ſi te roera nadie los zancajos, aí te embio un veſtido verde de cazador que me dió mi Señora la Duqueſa, acomodale en modo que ſirva de ſaya y cuerpos á nueſtra hija. Don Quixote mi Amo, ſegun he oido decir en eſta tierra, es un loco cuerdo, y un mentecato gracioſo, y que yo no le voy en zaga. Hemos eſtado en la Cueva de Monteſinos, y el Sabio Merlin ha echado mano de mí para el deſencanto de Dulcinea del Toboſo, que por allá ſe llama Aldonza Lorenzo, con tres mil y trecientos azotes menos cinco, que me he de dar, quedará deſencantada como la madre que la parió: no dirás deſto nada á nadie, porque pon lo tuyo en concejo, y unos dirán que es blanco, y otros que es negro. De aquí á pocos dias me partiré al Govierno, adonde voy con grandiſimo deſeo de hacer dineros, porque me han dicho que todos los Governadores nuevos van con eſte miſmo deſeo, tomarele el pulſo, y aviſarete, ſi has de venir á eſtar conmigo, ó no. El Rucio eſtá bueno, y ſe te encomienda mucho, y no le pienſo dexar aunque me llevaran á ſer gran Turco. La Duqueſa mi Señora te beſa mil veces las manos, buelvele el retorno con dos mil, que no ay coſa que menos cueſte, ni valga mas barata, ſegun dice mi Amo, que los buenos comedimientos: no ha ſido Dios ſervido de depararme otra maleta con otros cien eſcudos como la de marras: pero no te dé pena, Tereſa mia, que en ſalvo eſtá él que repica,

pica, y todo ſaldrá en la colada del Govierno, ſino que me ha dado gran pena, que me dicen que ſi una vez le pruevo, que me tengo de comer las manos tras el, y ſi así fueſe no me coſtaría muy barato, aunque los eſtropeados y mancos ya ſe tienen ſu Calongia en la limoſna que piden, así que por una via, ó por otra tu has de ſer rica y de buena ventura. Dios te la dé, como puede, y á mí me guarde para ſervirte. Deſte caſtillo á veinte de Julio 1614.

Tu marido el Governador Sancho Pánza.

En acabando la Duqueſa de leer la carta, dixo á Sancho en dos coſas anda un poco deſcaminado el buen Governador: la una en decir, ó dar á entender que eſte Govierno ſe le han dado por los azotes que ſe ha de dar, ſabiendo él, que no lo puede negar, que quando el Duque mi Señor ſe le prometió no ſe ſoñava aver azotes en el mundo: la otra es que ſe mueſtra en ella muy codicioſo, y no querria que oregano fueſe, porque la codicia rompe el ſaco, y el Governador codicioſo hace la juſticia deſgovernada. Yo no lo digo por tanto, Señora, reſpondió Sancho, y ſi á vueſa merced le parece, que la tal carta no va como ha de ir, no ay ſino raſgarla, y hacer otra nueva, y podría ſer, que fueſe peor, ſi me lo dexan á mi caletre. No, no, replicó la Duqueſa, buena eſtá eſta, y quiero, que el Duque la vea. Con eſto ſe fueron á un jardin donde avian de comer aquel dia; moſtró la Duqueſa la carta de Sancho al Duque, de que recibió grandiſimo contento. Comieron, y deſpues de alzado los manteles, y deſpues de averſe entretenido un buen eſpacio con la ſabroſa converſacion de Sancho, á deſhora ſe oyó el ſon triſtiſimo de un pifaro, y el de un ronco y deſtemplado tambor: todos moſtraron alborotarſe con la confuſa, marcial, y triſte armonia, eſpecialmente Don Quixote, que no cabia en ſu aſiento de puro alborotado: de Sancho no ay que decir, ſino que el

el miedo le llevó á ſu acoſtumbrado réfugio, que era el lado ó faldas de la Duqueſa, porque real y verdaderamente el ſon que ſe eſcuchava era triſtiſimo y melancolico. Y eſtando todos así ſuſpenſos, vieron entrar por el jardin adelante dos hombres veſtidos de luto, tan luengo y tendido que les arraſtrava por el ſuelo, eſtos venian tocando dos grandes tambores, así miſmo cubiertos de negro: á ſu lado venia el pifaro negro, y pizmiento como los demas: ſeguia á los tres un perſonage de cuerpo agigantado, amantado, nó que veſtido con una negriſima loba, cuya falda era así miſmo deſaforada de grande, por encima de la loba le ceñia y atraveſava un ancho tahali tambien negro, de quien pendia un deſmeſurado alfange de guarniciones, y vaina negra. Venia cubierto el roſtro con un traſparente velo negro, por quien ſe entreparecia una longiſima barba, blanca como la nieve. Movia el paſo al ſon de los tambores con mucha gravedad, y repoſo. En fin ſu grandeza, ſu contoneo, ſu negrura, y ſu acompañamiento pudiera, y pudo ſuſpender á todos aquellos que ſin conocerle, le miraron. Llegó pues con el eſpacio, y proſopopeya referida, á hincarſe de rodillas ante el Duque, que en pie con los demas que alli eſtavan, le atendia: Pero el Duque en ninguna manera le conſintió hablar, haſta que ſe levantaſe. Hizolo así el eſpantajo prodigioſo, y pueſto en pie, alzó el antifaz del roſtro, y hizo patente la mas horrenda, la mas larga, la mas blanca, y mas poblada barba que haſta entonces humanos ojos avian viſto, y luego deſencaxó, y arrancó del ancho y dilatado pecho una voz grave y ſonora, y poniendo los ojos en el Duque, dixo: Altiſimo y poderoſo Señor, a mí me llaman Trifaldin el de la barba blanca, ſoy eſcudero de la Condeſa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida, de parte de la qual traigo á vueſtra grandeza una embaxada, y es que la vueſtra magnificencia ſea ſervida, de darla facultad y licencia, para entrar á decirle ſu cuita, que

es

es una de las mas nuevas y mas admirables que el mas cuitado penſamiento del orbe pueda aver penſado, y primero quiere ſaber, ſi eſtá en eſte vueſtro caſtillo el valeroſo y jamas vencido Cavallero Don Quixote de la Mancha, en cuya buſca viene, á pie y ſin deſayunarſe deſde el Reino de Candaya, haſta eſte vueſtro eſtado, coſa que ſe puede y deve tener á milagro, ó á fuerza de encantamento: ella queda á la puerta deſta fortaleza, ó caſa de campo, y no aguarda para entrar, ſino vueſtro beneplacito; dixo, y toſió luego, y manoſeóſe la barba de arriba abaxo con entrambas manos, y con mucho ſoſiego eſtuvo atendiendo la reſpueſta del Duque, que fue: Ya, buen eſcudero Trifaldin de la blanca barba, ha muchos dias que tenemos noticia de la deſgracia de mi Señora la Condeſa Trifaldi, á quien los encantadores la hacen llamar la Dueña Dolorida: bien podeis, eſtupendo eſcudero, decirle que entre, y que aquí eſtá el valiente Cavallero Don Quixote de la Mancha, de cuya condicion generoſa puede prometerſe con ſeguridad todo amparo, y toda ayuda, y así miſmo le podreis decir de mi parte, que ſi mi favor le fuere neceſario, no le ha de faltar, pues ya me tiene obligado á darſele el ſer Cavallero, á quien es anexo, y concerniente favorecer á toda ſuerte de mugeres, en eſpecial á las dueñas viudas menoſcabadas, y doloridas, qual lo deve eſtar ſu ſeñoria. Oyendo lo qual Trifaldin inclinó la rodilla haſta el ſuelo, y haciendo al pifaro, y tambores ſeñal que tocaſen, al miſmo ſon, y al miſmo paſo, que avia entrado, ſe bolvió á ſalir del jatdin, dexando á todos admirados de ſu preſencia, y compoſtura. Y bolviendoſe el Duque á Don Quixote le dixo: En fin, famoſo Cavallero, no pueden las tinieblas de la malicia, ni de la ignorancia encubrir y eſcurecer la luz del valor, y de la virtud. Digo eſto, porque á penas ha ſeis dias que la vueſtra bondad eſtá en eſte caſtillo, quando ya os vienen á buſcar de lueñas y apartadas tierras, y no en carrozas, ni en

drome-

dromedarios, ſino á pie, y en ayunas, los triſtes, los afligidos, confiados que han de hallar en eſe fortiſimo brazo el remedio de ſus cuitas, y trabajos, merced á vueſtras grandes hazañas, que corren y rodean todo lo deſcubierto de la tierra. Quiſiera yo, Señor Duque, reſpondió Don Quixote, que eſtuviera áquí preſente aquel bendito Religioſo, que á la meſa el otro dia moſtró tener tan mal talante, y tan mala ogeriza contra los Cavalleros Andantes, para que viera por viſta de ojos, ſi los tales Cavalleros ſon neceſarios en el mundo: tocara por lo menos con la mano, que los extraordinariamente afligidos, y deſconſolados, en caſos grandes, y en deſdichas inormes no van á buſcar ſu remedio á las caſas de los letrados, ni á la de los ſacriſtanes de las aldeas, ni al Cavallero, que nunca ha acertado á ſalir de los terminos de ſu lugar, ni al perezoſo Corteſano, que antes buſca nuevas para referirlas, y contarlas, que procura hacer obras y hazañas, para que otros las cuenten, y las eſcrivan: el remedio de las cuitas, el ſocorro de las neceſidades, el amparo de las doncellas, el conſuelo de las viudas en ninguna ſuerte de perſonas ſe halla mejor que en los Cavalleros Andantes, y de ſerlo yo, doy infinitas gracias al Cielo; y doy por muy bien empleado qualquier deſman, y trabajo que en eſte tan honroſo exercicio pueda ſucederme. Venga eſta Dueña, y pida lo que quiſiere, que yo le libraré ſu remedio en la fuerza de mi brazo, y en la intrepida reſolucion de mi animoſo eſpiritu.

Cap. XXXVII. Donde ſe proſigue la famoſa aventura de la Dueña Dolorida.

EN eſtremo ſe holgaron el Duque, y la Duqueſa de ver, quan bien iva reſpondiendo á ſu intencion Don Quixote, y á eſta ſazon dixo Sancho: No querria yo, que eſta ſeñora dueña puſieſe algun tropiezo á la promeſa de mi Govierno: porque yo he oido decir á un Boticario Toledano, que hablava como un ſilguero, que donde intervinieſen dueñas, no podia ſuceder coſa buena. Valame Dios, y que mal eſtava con ellas el tal Boticario! de lo que yo ſaco, que pues todas las dueñas ſon enfadoſas, é impertinentes de qualquiera calidad, y condicion que ſean, que ſerán las que ſon doloridas, como han dicho que es eſta Condeſa Tres faldas, ó Tres colas? que en mi tierra faldas, y colas, colas, y faldas todo es uno. Calla, Sancho amigo (dixo Don Quixote) que pues eſta ſeñora dueña de tan lueñas tierras viene á buſcarme, no deve ſer de aquellas que el Boticario tenía en ſu numero, quanto mas, que eſta es Condeſa, y quando las Condeſas ſirven de dueñas, ſerá ſirviendo á Reinas, y á Emperatrices, que en ſus caſas ſon Señoriſimas que ſe ſirven de otras dueñas. A eſto reſpondió Doña Rodriguez, que ſe halló preſente, dueñas tiene mi Señora la Duqueſa en ſu ſervicio, que pudieran ſer Condeſas, ſi la fortuna quiſiera: pero allá van leyes do quieren Reyes, y nadie diga mal de las dueñas, y mas de las antiguas y doncellas, que aunque yo no lo ſoy, bien ſe me alcanza, y ſe me traſluce la ventaja que hace una dueña doncella, á una dueña viuda, y quien á noſotras traſquiló, las tixeras le quedaron en la mano. Con todo eſo, replicó Sancho,

Sancho, ay tanto que traſquilar en las dueñas, ſegun mi barbero, quanto ſerá mejor no menear el arroz, aunque ſe pegue. Siempre los eſcuderos, reſpondió Doña Rodriguez, ſon enemigos nueſtros, que como ſon duendes de las anteſalas, y nos veen á cada paſo, los ratos que no rezan (que ſon muchos) los gaſtan en murmurar de noſotras, deſenterrandonos los hueſos, y enterrandonos la fama. Pues mandoles yo á los leños movibles, que mal que les peſe hemos de vivir en el mundo, y en las caſas principales, aunque muramos de hambre, y cubramos con un negro mongil nueſtras delicadas, ó no delicadas carnes, como quien cubre, ó tapa un muladar con un tapiz en dia de proceſion. A fe que ſi me fuera dado, y el tiempo lo pidiera, que yo diera á entender, no ſolo á los preſentes, ſino á todo el mundo, como no ay virtud que no ſe encierre en una dueña. Yo creo, dixo la Duqueſa, que mi buena Doña Rodriguez tiene razon, y muy grande: pero conviene, que aguarde tiempo para bolver por sí, y por las demas dueñas, para confundir la mala opinion de aquel mal Boticario, y deſarraigar la que tiene en ſu pecho el gran Sancho Panza. A lo que Sancho reſpondió: deſpues que tengo humos de Governador ſe me han quitado los vaguidos de eſcudero, y no ſe me da por quantas dueñas ay un cabrahigo. Adelante paſaran con el coloquio dueñeſco, ſino oyeran que el pifaro, y los tambores bolvian á ſonar, por donde entendieron, que la Dueña Dolorida entrava: preguntó la Duqueſa al Duque, ſi ſería bien ir á recebirla, pues era Condeſa, y perſona principal. Por lo que tiene de Condeſa, reſpondió Sancho, antes que el Duque reſpondieſe, bien eſtoy, en que vueſtras grandezas ſalgan á recebirla: pero por lo de dueña, ſoy de parecer, que no ſe muevan un paſo. Quien te mete á tí en eſto, Sancho, dixo Don Quixote? Quien ſeñor? reſpondió Sancho, yo me meto, que puedo meterme, como eſcudero que ha aprendido los terminos de la cor-

teſia en la eſcuela de vueſa merced, que es el mas cortés, y bien criado Cavallero que ay en toda la corteſania, y en eſtas coſas, ſegun he oido decir á vueſa merced, tanto ſe pierde por carta de mas, como por carta de menos, y al buen entendedor pocas palabras. Así es, como Sancho dice, dixo el Duque, veremos el talle de la Condeſa, y por el tantearemos la corteſia que ſe le devé. En eſto entraron los tambores, y el pifaro como la vez primera. Y aquí con eſte breve capitulo dió fin el autor, y comenzó el otro ſiguiendo la miſma aventura, que es una de las mas notables de la hiſtoria.

Cap. XXXVIII. Donde ſe cuenta la que dio de ſu mala andanza la Dueña Dolorida.

DEtras de los triſtes muſicos comenzaron á entrar por el jardin adelante haſta cantidad de doce dueñas, repartidas en dos hileras, todas veſtidas de unos mongiles anchos, al parecer de anaſcote batanado, con unas tocas blancas de delgado canequi, tan luengas, que ſolo el ribete de mongil deſcubrian. Tras ellas venia la Condeſa Trifaldi, á quien traya de la mano el eſcudero Trifaldin de la blanca barba, veſtida de finiſima y negra vayeta por friſar, que á venir friſada, deſcubriera cada grano del grandor de un garvanzo de los buenos de Martos: la cola, ó falda (ó como llamarla quiſieren) era de tres puntas, las quales ſe ſuſtentavan en las manos de tres pages así miſmo veſtidos de luto, haciendo una viſtoſa y matematica figura con aquellos tres angulos acutos, que las tres puntas formavan, por lo qual cayeron todos los que la falda puntiaguda miraron, que por ella ſe devia llamar la Condeſa Trifaldi,

faldi, como ſi dixeſemos la Condeſa de las tres faldas; y así dice Benengeli, que fue verdad, y que de ſu propio apellido ſe llama la Condeſa Lobuna, á cauſa que ſe criavan en ſu Condado muchos lobos, y que ſi como eran lobos fueran zorras, la llamaran la Condeſa Zorruna, por ſer coſtumbre en aquellas partes tomar los ſeñores la denominacion de ſus nombres de la coſa, ó coſas en que mas ſus eſtados abundan: empero eſta Condeſa por favorecer la novedad de ſu falda dexó el Lobuna, y tomó el Trifaldi. Venian las doce dueñas, y la ſeñora á paſo de proceſion, cubiertos los roſtros con unos velos negros, y no traſparentes como el de Trifaldin, ſino tan apretados que ninguna coſa ſe traſlucian. Así como acabó de parecer el dueñeſco eſquadron, el Duque, la Duqueſa, y Don Quixote ſe puſieron en pie, y todos aquellos que la eſpacioſa proceſion miravan. Pararon las doce dueñas, y hicieron calle, por medio de la qual la Dolorida ſe adelantó, ſin dexarla de la mano Trifaldin: viendo lo qual el Duque, la Duqueſa, y Don Quixote, ſe adelantaron obra de doce paſos á recebirla. Ella, pueſtas las rodillas en el ſuelo con voz antes baſta y ronca que ſutil y delicada, dixo: Vueſtras grandezas ſean ſervidas de no hacer tanta corteſia á eſte ſu criado, digo á eſta ſu criada, porque ſegun ſoy de Dolorida no acertaré á reſponder á lo que devo, á cauſa que mi eſtraña y jamas viſta deſdicha me ha llevado el entendimiento, no ſé adonde, y deve de ſer muy lexos, pues quanto mas le buſco, menos le hallo. Sin el eſtaría, reſpondió el Duque, Señora Condeſa, él que no deſcubrieſe por vueſtra perſona vueſtro valor, el qual ſin mas ver, es merecedor de toda la nata de la corteſia, y de toda la flor de las bien criadas ceremonias: y levantandola de la mano la llevó á aſentar en una ſilla junto á la Duqueſa, la qual la recibió así miſmo con mucho comedimiento. Don Quixote callava, y Sancho andava muerto por ver el roſtro de la Trifaldi, y de alguna de

ſus

ſus muchas dueñas: pero no fue poſible, haſta que ellas de ſu grado y voluntad ſe deſcubrieron. Soſegados todos, y pueſtos en ſilencio, eſtavan eſperando quien le avia de romper, y fue la Dueña Dolorida con eſtas palabras. Confiada eſtoy, Señor poderoſiſſimo, hermoſiſſima ſeñora, y diſcretiſſimos circunſtantes, que ha de hallar mi cuitiſſima en vueſtros valeroſiſſimos pechos acogimiento, no menos placido, que generoſo, y doloroſo, porque ella es tal, que es baſtante á enternecer los marmoles, y á ablandar los diamantes, y á molificar los aceros de los mas endurecidos corazones del mundo: pero antes que ſalga á la plaza de vueſtros oidos (por no decir orejas) quiſiera, que me hicieran ſabidora ſi eſtá en eſte gremio, corro, y compañia, el acendradiſſimo Cavallero Don Quixote de la Manchiſſima, y ſu eſcuderiſſimo Panza. El Panza, antes que otro reſpondieſe, dixo: Sancho aquí eſtá, y el Don Quixotiſſimo aſsí miſmo; aſsí podreis doloroſiſſima dueñiſſima decir lo que quiſieridiſſimis, que todos eſtamos prontos y aparejadiſſimos á ſer vueſtros ſervidoriſſimos. En eſto ſe levantó Don Quixote, y encaminando ſus razones á la Dolorida dueña, dixo: Si vueſtras cuitas, anguſtiada ſeñora, ſe pueden prometer alguna eſperanza de remedio por algun valor, ó fuerzas de algun Andante Cavallero, aquí eſtan las mias, que aunque flacas y breves, todas ſe emplearán en vueſtro ſervicio. Yo ſoy Don Quixote de la Mancha, cuyo aſumpto es acudir á toda ſuerte de meneſteroſos, y ſiendo eſto así, como lo es, no aveis meneſter, ſeñora, captar benevolencias, ni buſcar preambulos, ſino á la llana, y ſin rodeos decir vueſtros males, que oidos os eſcuchan, que ſabrán, ſino remediarlos, dolerſe dellos. Oyendo lo qual la Dolorida Dueña hizo ſeñal de querer arrojarſe á los pies de Don Quixote, y aun ſe arrojó, y pugnando por abrazarſelos, decia: Antes eſtos pies, y piernas me arrojo, ó Cavallero invicto, por ſer los que ſon baſas y colunas de la Andante Cavalleria, eſtos pies

quiero

quiero beſar, de cuyos paſos pende, y cuelga todo el remedio de mi deſgracia. O valeroſo Andante, cuyas verdaderas fazañas dexan atras, y eſcurecen las fabuloſas de los Amadiſſes, Eſplandianes, y Belianiſſes. Y dexando á Don Quixote ſe bolvió á Sancho Panza, y aſiendole de las manos le dixo: O tú el mas leal eſcudero, que jamas ſirvió á Cavallero Andante en los preſentes, ni en los paſados ſiglos, mas luengo en bondad que la barba de Trifaldin mi acompañador, que eſtá preſente, bien puedes preciarte, que en ſervir al gran Don Quixote, ſirves en ciſra á toda la caterva de Cavalleros, que han tratado las armas en el mundo: conjurote, por lo que deves á tu bondad fideliſima, me ſeas buen interceſor con tu dueño, para que luego favorezca á eſta humiliſima y deſdichadiſima Condeſa. A lo que reſpondió Sancho, de que ſea mi bondad, ſeñoria mia, tan larga y grande, como la barba de vueſtro eſcudero, á mí me hace muy poco al caſo; barbada, y con vigotes tenga yo mi alma quando deſta vida vaya, que es lo que importa, que de las barbas de acá poco, ó nada me curo: pero ſin eſas ſocaliñas, ni plegarias yo rogaré á mi Amo (que ſé que me quiere bien, y mas agora que me ha meneſter para cierto negocio)que favorezca, y ayude á vueſa merced, en todo lo que pudiere; vueſa merced deſembaule ſu cuita, y cuentenoſla, y dexe hacer que todos nos entenderemos. Rebentavan de riſa con eſtas coſas los Duques, como aquellos que avian tomado el pulſo á la tal aventura, y alabavan entre sí la agudeza y diſimulacion de la Trifaldi, la qual bolviendoſe aſentar, dixo: Del famoſo Reino de Candaya, que cae entre la gran Trapobana y el mar del Sur, dos leguas mas allá del Cabo Comorin, fue ſeñora la Reina dona Maguncia, viuda del Rey Archipiela ſu ſeñor, y marido, de cuyo matrimonio tuvieron, y procrearon á la Infanta Antonomaſia, heredera del Reino, la qual dicha Infanta Antonomaſia ſe crió, y creció debaxo de mi tutela, y doctrina,

doctrina, por ser yo la mas antigua, y la mas principal dueña de su madre. Sucedió pues, que yendo dias, y viniendo dias la niña Antonomasia llegó á edad de catorce años con tan gran perfecion de hermosura, que no la pudo subir mas de punto la naturaleza. Pues digamos agora que la discrecion era mocosa, así era discreta como bella, y era la mas bella del mundo, y lo es, si ya los hados invidiosos y las parcas endurecidas no la han cortado la estambre de la vida: pero no avran, que no han de permitir los cielos, que se haga tanto mal á la tierra, como sería, llevarse en agraz el racimo del mas hermoso veduño del suelo. De esta hermosura (y no como se deve encarecida de mi torpe lengua) se enamoró un numero infinito de Principes, así naturales como estrangeros, entre los quales osó levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza un Cavallero particular, que en la Corte estava, confiado en su mocedad, y en su bizarria, y en sus muchas habilidades, y gracias, y facilidad, y felicidad de ingenio, porque hago saber á vuestras grandezas, sino lo tienen por enojo, que tocava una guitarra, qué la hacia hablar, y mas que era Poeta, y gran bailarin, y sabia hacer una jaula de paxaros, que solamente á hacerlas pudiera ganar la vida, quando se viera en estrema necesidad, que todas estas partes y gracias son bastantes á derribar una montaña, no que una delicada doncella: pero toda su gentileza, y buen donaire, y todas sus gracias y habilidades fueran poca, ó ninguna parte para rendir la fortaleza de mi niña, si el ladron desvellacaras no usara del remedio de rendirme á mí primero. Primero quiso el malandrin y desalmado vagamundo grangearme la voluntad, y coecharme el gusto, para que yo mal Alcayde le entregase las llaves de la fortaleza que guardava. En resolucion él me aduló el entendimiento, y me rindió la voluntad, con no sé que dixes, y brincos que me dió: pero lo que mas me hizo postrar, y dar conmigo por el suelo, fueron

unas

unas coplas que le oy cantar una noche deſde una reja, que caya á una callejuela donde él eſtava, que ſi mal no me acuerdo decian :

De la dulce mi enemiga
Nace un mal que al alma hiere,
Y por mas tormento quiere,
Que ſe ſienta, y no ſe diga.

Parecióme la troba de perlas, y ſu voz de almibar, y deſpues acá digo deſde entonces, viendo el mal en que caí, por eſtos, y otros ſemejantes verſos, he conſiderado, que de las buenas y concertadas Republicas ſe avian de deſterrar los Poetas como aconſejava Platon, alomenos los laſcivos, porque eſcriven unas coplas, no como las del Marques de Mantua, que entretienen y hacen llorar los niños, y á las mugeres, ſino unas agudezas que á modo de blandas eſpinas os atravieſan el alma, y como rayos os hieren en ella, dexando ſano el veſtido, y otra vez cantó.

Ven muerte tan eſcondida,
Que no te ſienta venir,
Porque el placer del morir
No me torne á dar la vida.

Y deſte jaez otras coplitas, y eſtrambotes, que cantados encantan, y eſcritos ſuſpenden : pues que quando ſe humillan á componer un genero de verſo que en Candaya ſe uſava entonces, á quien ellos llamavan ſeguidillas, alli era el brincar de las almas, el retozar de la riſa, el deſaſoſiego de los cuerpos, y finalmente el azogue de todos los ſentidos. Y así digo, ſeñores mios, que los tales trobadores con juſto titulo los devian deſterrar á las Iſlas de los Lagartos : pero no tienen ellos la culpa, ſino los ſimples que los alaban, y las bobas que los creen : y ſi yo fuera la buena Dueña, que

devia, no me avian de mover ſus traſnochados conceptos, ni avia de creer ſer verdad aquel decir: vivo muriendo, ardo en el yelo, tiemblo en el fuego, eſpero ſin eſperanza, partome, y quedome, con otros impoſibles deſta ralea, de que eſtan ſus eſcritos llenos: pues que, quando prometen el Fenix de Arabia, la corona de Aridiana, los cavallos del Sol, del Sur las perlas, de Tibar el oro, y de Pancaya el balſamo? Aquí es donde ellos alargan mas la pluma, como les cueſta poco prometer lo que jamas pienſan, ni pueden cumplir: pero donde me divierto, ay de mí deſdichada, que locura, ó que deſatino me lleva á contar las agenas faltas, teniendo tanto que decir de las mias? ay de mí otra vez ſin ventura, que no me rindieron los verſos; ſino mi ſimplicidad: no me ablandaron las muſicas, ſino mi liviandad, mi mucha ignorancia, y mi poco advertimiento, abrieron el camino, y deſembarazaron la ſenda á los paſos de Don Clavijo, que eſte es el nombre del referido Cavallero, y así ſiendo yo la medianera, él ſe halló una, y muy muchas veces en la eſtancia de la por mí, y no por él engañada Antonomaſia, debaxo del titulo de verdadero eſpoſo, que aunque pecadora, no conſintiera, que ſin ſer ſu marido la llegara á la vira de la ſuela de ſus zapatillas. No no, eſo no, el matrimonio ha de ir adelante en qualquier negocio deſtos, que por mí ſe tratare; ſolamente huvo un daño en eſte negocio, que fue el de la deſigualdad, por ſer don Clavijo un Cavallero particular, y la Infanta Antonomaſia heredera (como ya he dicho) del Reino. Algunos dias eſtuvo encubierta y ſolapada en la ſagacidad de mi recato eſta maraña, haſta que me pareció que la iva deſcubriendo á mas andar no ſé que hinchazon del vientre de Antonomaſia, cuyo temor nos hizo entrar en bureo á los tres, y ſalió del, que antes que ſe ſalieſe á luz el mal recado, don Clavijo pidieſe ante el Vicario por ſu muger á Antonomaſia, en fe de una cedula, que de

ſer

ſer ſu eſpoſa la Infanta le avia hecho, notada por mi ingenio con tanta fuerza, que las de Sanſon no pudieran romperla. Hicieronſe las diligencias, vió el Vicario la cedula, tomó el tal Vicario la confeſion á la ſeñora, confeſó de plano, mandóla depoſitar en caſa de un Alguazil de Corte muy honrado. A eſta ſazon dixo Sancho, tambien en Candaya ay Alguaziles de Corte, Poetas y ſeguidillas, por lo que puedo jurar, que imagino, que todo el mundo es uno: pero déſe vueſa merced prieſa, Señora Trifaldi, que es tarde, y ya me muero por ſaber el fin deſta tan larga hiſtoria. Si haré, reſpondió la Condeſa.

Cap. XXXIX. Donde la Trifaldi proſigue ſu eſtupenda y memorable hiſtoria.

DE qualquiera palabra que Sancho decia, la Duqueſa guſtava tanto, como ſe deſeſperava Don Quixote, y mandandole que callaſe, la Dolorida proſiguió, diciendo: En fin al cabo de muchas demandas, y reſpueſtas, como la Infanta ſe eſtava ſiempre en ſus trece, ſin ſalir ni variar de la primera declaracion, el Vicario ſentenció en favor de Don Clavijo, y ſe la entregó por ſu legitima eſpoſa, de lo que recibió tanto enojo la Reyna doña Maguncia madre de la Infanta Antonomaſia, que dentro de tres dias la enterramos. Devió de morir ſin duda, dixo Sancho. Claro eſtá, reſpondió Trifaldin, que en Candaya, no ſe entierran las perſonas vivas, ſino las muertas. Ya ſe ha viſto, Señor eſcudero, replicó Sancho, enterrar un deſmayado, creyendo ſer muerto, y pareciame á mí que eſtava la Reyna Maguncia obligada á deſmayarſe, antes que á morirſe, que con la vida muchas coſas ſe remedian, y no

fue tan grande el diſparate de la Infanta, que obligaſe á ſentirle tanto: quando ſe huviera caſado eſa ſeñora con algun page ſuyo, ó con otro criado de ſu caſa, como han hecho otras muchas, ſegun he oido decír, fuera el daño ſin remedio: pero el averſe caſado con un Cavallero tan gentil hombre, y tan entendido como aquí nos le han pintado, en verdad, en verdad, que aunque fue necedad, no fue tan grande como ſe pienſa, porque ſegun las reglas de mi ſeñor, que eſtá preſente, y no me dexará mentir, así como ſe hacen de los hombres letrados los Obiſpos, ſe pueden hacer de los Cavalleros (y mas ſi ſon Andantes) los Reyes, y los Emperadores. Razon tienes Sancho, dixo Don Quixote, porque un Cavallero Andante, como tenga dos dedos de ventura, eſtá en potencia propinqua de ſer el mayor ſeñor del mundo. Pero paſe adelante la ſeñora Dolorida, que á mí ſe me traſluce que le falta por contar lo amargo deſta, haſta aquí dulce, hiſtoria. Y como ſi queda lo amargo, reſpondió la Condeſa, y tan amargo, que en ſu comparacion ſon dulces las tueras, y ſabroſas las adelfas. Muerta pues la Reina, y no deſmayada, la enterramos, y á penas la cubrimos con la tierra, y á penas le dimos el ultimo vale, quando, Quis talia fando temperet á lacrymis? Pueſto ſobre un cavallo de madera pareció encima de la ſepultura de la Reina el gigante Malambruno, primo cormano de Maguncia, que junto con ſer cruel era encantador, el qual con ſus artes en venganza de la muerte de ſu cormana, y por caſtigo del atrevimiento de Don Clavijo, y por deſpecho de la demaſia de Antonomaſia los dexó encantados ſobre la miſma ſepultura: á ella convertida en una ximia de bronze, y á él en un eſpantoſo cocodrilo, de un metal no conocido, y entre los dos eſtá un padron así miſmo de metal, y en el eſcritas en lengua Siriaca unas letras, que aviendoſe declarado en la Candayeſca, y aora en la Caſtellana, encierran eſta ſentencia. No cobrarán ſu primera forma eſtos dos atrevidos amantes,

amantes, haſta que el valeroſo Manchego venga conmigo á las manos en ſingular batalla, que para ſolo ſu gran valor guardan los hados eſta nunca viſta aventura. Hecho eſto ſacó de la vaina un ancho y deſmeſurado alfange, y aſiendome á mí por los cabellos hizo finta de querer ſegarme la gola, y cortarme cercen la cabeza. Turbéme, pegóſeme la voz á la garganta, quedé mohina en todo eſtremo: pero con todo me esforcé lo mas que pude, y con voz tembladora y doliente le dixe tantas y tales coſas, que le hicieron ſuſpender la execucion de tan riguroſo caſtigo. Finalmente hizo traer ante sí todas las dueñas de palacio, que fueron eſtas que eſtan preſentes, y deſpues de aver exagerado nueſtra culpa, y vituperado las condiciones de las dueñas, ſus malas mañas, y peores trazas, y cargando á todas la culpa que yo ſola tenía, dixo que no queria con pena capital caſtigarnos, ſino con otras penas dilatadas, que nos dieſen una muerte civil, y continua, y en aquel miſmo momento y punto que acabó de decir eſto, ſentimos todas, que ſe nos abrian los poros de la cara, y que por toda ella nos punzavan como con puntas de agujas: acudimos luego con las manos á los roſtros, y hallamonos de la manera que aora vereis, y luego la Dolorida, y las demas dueñas alzaron los antifaces, con que cubiertas venian, y deſcubrieron los roſtros todos poblados de barbas quales rubias, quales negras, quales blancas, y quales albarrazadas; de cuya viſta moſtraron quedar admirados el Duque y la Duqueſa, paſmados Don Quixote, y Sancho, y atonitos todos los preſentes, y la Trifaldi proſiguió: Deſta manera nos caſtigó aquel follon y mal intencionado de Malambruno, cubriendo la blandura y morvidez de nueſtros roſtros con la aſpereza deſtas cerdas, que pluguiera al cielo, que antes con ſu deſmeſurado alfange nos huviera derribado las teſtas, que no que nos aſombrara la luz de nueſtras caras con eſta borra que nos cubre, porque ſi entramos en cuenta, ſeñores mios (y eſto

(y eſto que voy á decir agora lo quiſiera decir hechos mis ojos fuentes) pero la conſideracion de nueſtra deſgracia, y los mares que haſta aquí han llovido, los tienen ſin humor, y ſecos como ariſtas, y así lo dire ſin lagrimas. Digo pues que adonde podrá ir una dueña con barbas? que padre, ó que madre ſe dolerá della? quien la dará ayuda? pues aun quando tiene la tez liſa, y el roſtro martirizado con mil ſuertes de menjurges, y mudas, á penas halla quien bien la quiera, que hará quando deſcubra hecho un boſque ſu roſtro? O dueñas, y compañeras mias, en deſdichado punto nacimos, en hora menguada nueſtros padres nos engendraron, y diciendo eſto dió mueſtras de deſmayarſe.

Cap. XL. *De coſas que atañen y tocan á eſta aventura, y á eſta memorable hiſtoria.*

REAL y verdaderamente todos los que guſtan de ſemejantes hiſtorias como eſta, deven de moſtrarſe agradecidos á Cide Hamete ſu Autor primero, por la curioſidad que tuvo en contarnos las ſeminimas della, ſin dexar coſa por menuda que fueſe, que no la ſacaſe á luz diſtintamente: pinta los penſamientos, deſcubre las imaginaciones, reſponde á las tacitas, aclara las dudas, reſuelve los argumentos: finalmente los atomos del mas curioſo deſeo manifieſta. O Autor celeberrimo! O Don Quixote dichoſo! O Dulcinea famoſa! O Sancho Panza gracioſo! Todos juntos, y cada uno de por sí, vivais ſiglos infinitos, para guſto, y general paſatiempo de los vivientes.

Dice pues la Hiſtoria, que así como Sancho vió deſmayada a la Dolorida, dixo: Por la fe de hombre de bien juro, y por el ſiglo de-

de todos mis pasados los Panzas, que jamas he oido, ni visto, ni mi Amo me ha contado, ni en su pensamiento ha cabido semejante aventura como esta. Valgate mil Satanases, por no maldecirte por encantador, y gigante, Malambruno, y no hallaste otro genero de castigo que dar á estas pecadoras, sino el de barbarlas? como, y no fuera mejor, y á ellas les estuviera mas á cuento quitarles la mitad de las narices de medio arriba, aunque hablaran gangoso, que no ponerles barbas? apostaré yo que no tienen hacienda para pagar á quien las rape. Así es la verdad, señor, respondió una de las doce, que no tenemos hacienda para mondarnos, y así hemos tomado algunas de nosotras por remedio ahorrativo de usar de unos pegotes, ó parches pegajosos, y aplicandoles á los rostros y tirando de golpe, quedemos rasas y lisas como fondo de mortero de piedra, que puesto que ay en Candaya mugeres que andan de casa en casa á quitar el vello, y á pulir las cejas, y hacer otros menjurges tocantes á mugeres, nosotras las dueñas de mi señora por jamas quisimos admitirlas, porque las mas olisçan á terceras, aviendo dexado de ser primas, y si por el Señor Don Quixote no somos remediadas, con barbas nos llevaran á la sepultura. Yo me pelaría las mias, dixo Don Quixote, en tierra de Moros, sino remediase las vuestras. A este punto bolvió de su desmayo la Trifaldi, y dixo: El retintin desa promesa, valeroso Cavallero, en medio de mi desmayo, llegó á mis oidos, y ha sido parte para que yo del buelva, y cobre todos mis sentidos, y así de nuevo os suplico, Andante inclito, y Señor indomable, vuestra gracioſa promesa se convierta en obra. Por mí no quedará, respondió Don Quixote, ved, señora, que es lo que tengo de hacer? que el animo está muy pronto para serviros. Es el caso, respondió la Dolorida, que desde aquí al Reino de Candaya, si se va por tierra, ay cinco mil leguas, dos mas á menos: pero si se va por el aire, y por la linea recta, ay

tres

tres mil y docientas veinte y siete. Es tambien de saber que Malambruno me dixo, que quando la suerte me deparase al Cavallero nuestro libertador, que él le embiaría una cavalgadura harto mejor, y con menos malicias, que las que son de retorno, porque ha de ser aquel mismo cavallo de madera, sobre quien llevó el valeroso Pierres robada á la linda Magalona, el qual cavallo se rige por una clavija que tiene en la frente, que le sirve de freno, y buela por el aire con tanta ligereza, que parece que los mismos diablos le llevan. Este tal cavallo segun es tradicion antigua, fue compuesto por aquel sabio Merlin, prestósele á Pierres, que era su amigo, con el qual hizo grandes viages, y robó, como se ha dicho, á la linda Magalona, llevandola á las ancas por el aire, dexando embobados á quantos desde la tierra los miravan, y no le prestava, sino á quien él queria, ó mejor se lo pagava, y desde el gran Pierres hasta aora no sabemos que aya subido alguno en él: de alli le ha sacado Malambruno con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve dél en sus viages, que los hace por momentos por diversas partes del mundo, y oy está aquí, y mañana en Francia, y otro dia en Potosi, y es lo bueno, que el tal cavallo ni come, ni duerme, ni gasta herraduras, y lleva un portante por los aires, sin tener alas, que él que lleva encima pueda llevar una taza llena de agua en la mano, sin que se le derrame gota, segun camina llano, y reposado: por lo qual la linda Magalona se holgava mucho de andar cavallera en él. A esto dixo Sancho, para andar reposado y llano mi Rucio, puesto que no anda por los aires: pero por la tierra yo le cutire con quantos portantes ay en el mundo. Rieronse todos, y la Dolorida prosiguió: y este tal cavallo (si es que Malambruno quiere dar fin á nuestra desgracia) antes que sea media hora entrada la noche estará en nuestra presencia, porque él me significó, que la señal que me daría por donde yo entendiese, que avia hallado el Cavallero que buscava, sería embiarme el cavallo donde

donde fueſe con comodidad, y preſteza. Y quantos caben en eſe cavallo? preguntó Sancho. La Dolorida reſpondió, dos perſonas, la una en la ſilla, y la otra en las ancas, y por la mayor parte eſtas tales dos perſonas ſon Cavallero y eſcudero, quando falta alguna robada doncella. Querria yo ſaber, Señora Dolorida, dixo Sancho, que nombre tiene eſe cavallo. El nombre, reſpondió la Dolorida, no es como el cavallo de Belerofonte, que ſe llamava Pegaſo, ni como el del Magno Alexandro llamado Buzefalo, ni como el del Furioſo Orlando, cuyo nombre fue Brilladoro, ni menos Bayarte, que fue el de Reynaldos de Montalvan, ni Frontino como el de Rugero, ni Bootes, ni Peritoa como dicen que ſe llaman los del Sol, ni tampoco ſe llama Orelia, como el cavallo en que el deſdichado Rodrigo ultimo Rey de los Godos entró en la batalla, donde perdió la vida y el Reino. Yo apoſtaré, dixo Sancho, qne pues no le han dado ninguno deſos famoſos nombres de cavallos tan conocidos, que tampoco le avrán dado el de mi Amo Rozinante, que en ſer propio excede á todos los que ſe han nombrado. Así es, reſpondió la barbada Condeſa: pero toda via le quadra mucho, porque ſe llama Clavileño el Aligero, cuyo nombre conviene con el ſer de leño, y con la clavija que trae en la frente, y con la ligereza con que camina, y así en quanto al nombre, bien puede competir con el famoſo Rozinante. No me deſcontenta el nombre, replicó Sancho: pero con que freno, ó con que xaquima ſe govierna? Ya he dicho, reſpondió la Trifaldi, que con la clavija; que bolviendola á una parte, ó á otra el Cavallero que va encima, le hace caminar como quiere, ó ya por los aires, ó ya raſtreando, y caſi barriendo la tierra, ó por el medio que es el que ſe buſca, y ſe ha de tener en todas las acciones bien ordenadas. Ya lo querria ver, reſpondió Sancho: pero penſar que tengo de ſubir en él, ni en la ſilla, ni en las ancas, es pedir peras

ras al olmo. Bueno es, que á penas puedo tenerme en mi Rucio, y ſobre un albarda mas blanda que la miſma ſeda, y querrian aora que me tuvieſe en unas ancas de tabla ſin coxin ni almohada alguna: par diez yo no me pienſo moler por quitar las barbas á nadie, cada qual ſe rape como mas le viniere á cuento, que yo no pienſo acompañar á mi ſeñor en tan largo viage, quanto mas que yo no devo de hacer al caſo para el rapamiento deſtas barbas, como lo ſoy para el deſencanto de mi Señora Dulcinea. Sí ſois, amigo, reſpondió la Trifaldi, y tanto, que ſin vueſtra preſencia, entiendo que no haremos nada. Aqui del Rey, dixo Sancho, que tienen que ver los eſcuderos con las aventuras de ſus ſeñores? Hanſe de llevar ellos la fama de las que acaban, y hemos de llevar noſotros el trabajo? Cuerpo de mí, aun ſi dixeſen los hiſtoriadores, el tal Cavallero acabó la tal, y tal aventura: pero con ayuda de fulano ſu eſcudero, ſin el qual fuera impoſible el acabarla: pero que eſcrivan á ſecas, Don Paralipomenon de las tres Eſtrellas acabó la aventura de los ſeis Veſtiglos, ſin nombrar la perſona de ſu eſcudero que ſe halló preſente á todo, como ſi no fuera en el mundo. Aora, ſeñores, buelvo á decir, que mi ſeñor ſe puede ir ſolo, y buen provecho le haga, que yo me quedaré aquí en compañia de la Duqueſa mi Señora, y podría ſer, que quando bolvieſe hallaſe mejorada la cauſa de la Señora Dulcinea en tercio y quinto, porque pienſo en los ratos ocioſos y deſocupados darme una tanda de azotes, que no me la cubra pelo. Con todo eſo le aveis de acompañar ſi fuere neceſario, buen Sancho, porque os lo rogaran buenos, que no han de quedar por vueſtro inutil temor tan poblados los roſtros deſtas ſeñoras, que cierto ſería mal caſo. Aquí del Rey otra vez, replicó Sancho, quando eſta caridad ſe hiciera por algunas doncellas recogidas, ó por algunas niñas de la doctrina, pudiera el hombre aventurarſe á qualquier trabajo: pero que lo ſufra por quitar las

barbas

barbas á Dueñas mal año, mas que las vieſe yo á todas con barbas deſde la mayor haſta la menor, y de la mas melindroſa haſta la mas repulgada. Mal eſtais con las dueñas, Sancho amigo, dixo la Duqueſa, mucho os vais tras la opinion del Boticario Toledano, pues á fe que no teneis razon, que dueñas ay en mi caſa que pueden ſer exemplo de dueñas, que aquí eſtá mi doña Rodriguez que no me dexará decir otra coſa. Mas que la diga vueſtra Excelencia, dixo Rodriguez, que Dios ſabe la verdad de todo, y buenas, ó malas, barbadas, ó lampiñas que ſeamos las dueñas, tambien nos parieron nueſtras madres, como á las otras mugeres, y pues Dios nos echó en el mundo, él ſabe para que, y á ſu miſericordia me atengo, y no á las barbas de nadie. Aora bien, ſeñora Rodriguez, dixo Don Quixote, y ſeñora Trifaldi, y compañia, yo eſpero en el cielo que mirará con buenos ojos vueſtras cuitas, que Sancho hará lo que yo le mandare, ya vinieſe Clavileño, y ya me vieſe con Malambruno, que yo ſé, que no avría navaja que con mas facilidad rapaſe á vueſtras mercedes como mi eſpada raparía de los ombros la cabeza de Malambruno, que Dios ſufre á los malos: pero no para ſiempre. Ay, dixo á eſta ſazon la Dolorida, con benignos ojos miren á vueſtra grandeza, valeroſo Cavallero, todas las eſtrellas de las regiones celeſtes, é infundan en vueſtro animo toda proſperidad y valentia, para ſer eſcudo, y amparo del vituperoſo y abatido genero dueñeſco, abominado de Boticarios, murmurado de eſcuderos, y ſocaliañdo de pages, que mal aya la vellaca que en la flor de ſu edad no ſe metió primero á ſer monja, que a dueña: deſdichadas de noſotras las dueñas, que aunque vengamos por linea recta de varon en varon del miſmo Hector el Troyano, no dexaron de echaros un vos nueſtras ſeñoras, ſi penſaſen por ello ſer Reinas: O gigante Malambruno, que aunque eres encantador, eres certiſimo en tus promeſas, embianos ya al ſin par Clavileño, para que nueſtra

deſdicha ſe acabe, que ſi entra el calor, y eſtas nueſtras barbas duran, guay de nueſtra ventura. Dixo eſto cón tanto ſentimiento la Trifaldi, que ſacó làs lagrimas de los ojos de todos los circunſtantes, y aun arràſó los de Sancho, y propuſo en ſu corazon de acompañar á ſu ſeñor haſta las ultimas partes del mundo, ſi es que en ello conſiſtieſe quitar la lana de aquellos venerables roſtros.

Cap. XLI. De la venida de Clavileño, con el fin deſta dilatada Aventura.

LLegó en eſto la noche, y con ella el punto determinado en que el famoſo cavallo Clavileño vinieſe, cuya tardanza fatigava ya á Don Quixote, pareciendole, que pues Malambruno ſe detenia en embiarle, ó que él no era el Cavallero para quien eſtava guardada aquella aventura, ó que Malambruno no oſava venir con él á ſingular batalla: pero veis aquí, quando á deſhora entraron por el jardin quatro ſalvages veſtidos todos de verde yedra, que ſobre ſus ombros trayan un gran cavallo de madera: puſieronle de pies en el ſuelo, y uno de los ſalvages dixo: Suba ſobre eſta maquina él que tuviere animo para ello. Aquí, dixo Sancho, yo no ſubo, porque ni tengo animo, ni ſoy Cavallero, y él ſalvage proſiguió diciendo: Y ocupe las ancas el eſcudero, ſi es que lo tiene, y fieſe del valeroſo Malambruno, que ſino fuere de ſu eſpada, de ninguna otra, ni de otra malicia ſerá ofendido, y no ay mas que torcer eſta clavija, que ſobre el cuello trae pueſta, que él los llevará por los aires, adonde los atiende Malambruno: pero, porque la alteza y ſublimidad del camino no les cauſe vaguidos, ſe han de cubrir los ojos, haſta que el cavallo relinche, que ſerá

ſeñal

ſeñal de aver dado fin á ſu viage. Eſto dicho, dexándo á Clavileño con gentil continente, ſe bolvieron por donde avian venido. La Dolorida, así como vió al cavallo, caſi con lagrimas dixo á Don Quixote: Valeroſo Cavallero, las promeſas de Malambruno han ſido ciertas, el cavallo eſtá en caſa, nueſtras barbas crecen, y cada una de noſotras, y con cada pelo dellas te ſuplicamos, nos rapes y tundas, pues no eſtá en mas, ſino en que ſubas en él con tu eſcudero, y des felice principio á vueſtro nuevo viage. Eſo haré yo, Señora Condeſa Trifaldi, de muy buen grado, y de mejor talante, ſin ponerme á tomar coxin, ni calzarme eſpuelas, por no detenerme, tanta es la gana que tengo de veros á vos, ſeñora, y á todas eſtas dueñas raſas y mondas. Eſo no haré yo, dixo Sancho, ni de malo, ni de buen talante en ninguna manera, y ſi es, que eſte rapamiento no ſe puede hacer ſin que yo ſuba á las ancas, bien puede buſcar mi Señor otro eſcudero que le acompañe, y eſtas ſeñoras otro modo de aliſarſe los roſtros, que yo no ſoy bruxo, para guſtar de andar por los aires, y que dirán mis Inſulanos, quando ſepan que ſu Governador ſe anda paſeando por los vientos? y otra coſa mas, que aviendo tres mil y tantas leguas de aquí á Candaya, ſi el cavallo ſe canſa, ó el gigante ſe enoja, tardaremos en dar la buelta media docena de años, y ya ni avrá inſula, ni inſulos en el mundo que me conozcan, y pues ſe dice comunmente, que en la tardanza va el peligro, y que quando te dieren la vaquilla, acudas con la ſoguilla: perdonenme las barbas deſtas ſeñoras, que bien ſe eſtá San Pedro en Roma, quiero decir, que bien me eſtoy en eſta caſa, donde tanta merced ſe me hace, y de cuyo dueño tan gran bien eſpero, como es verme Governador. A lo que el Duque dixo, Sancho amigo, la Inſula que yo os he prometido, no es movible, ni fugitiva, raices tiene tan hondas echadas en los abiſmos de la tierra, que no la arrancaran ni mudaran de donde eſtá á tres tirones, y

pues

pues vos ſabeis, que ſé yo, que no ay ninguno genero de oficio deſtos de mayor cantia, que no ſe grangee con alguna ſuerte de cohecho, qual mas, qual menos, el que yo quiero llevar por eſte Govierno es, que vais con vueſtro Señor Don Quixote á dar cima y cabo á eſta memorable aventura, que aora bolvais ſobre Clavileño con la brevedad que ſu ligereza promete, ora la contraria fortuna os traiga, y buelva á pie hecho romero de meſon en meſon, y de venta en venta, ſiempre que bolvieredes hallareis vueſtra inſula donde la dexais, y á vueſtros inſulanos con el miſmo deſeo de recebiros por ſu Governador, que ſiempre han tenido, y mi voluntad ſerá la miſma, y no pongais duda en eſta verdad, ſeñor Sancho, que ſería hacer notorio agravio al deſeo que de ſerviros tengo. No mas, Señor, dixo Sancho, yo ſoy un pobre eſcudero, y no puedo llevar á cueſtas tantas corteſias, ſuba mi Amo, tapenme eſtos ojos, y encomiendenme á Dios, y aviſenme, si quando vamos por eſas altanerias podre encomendarme á Nueſtro Señor, ó invocar los Angeles, que me favorezcan. A lo que reſpondió Trifaldi, Sancho, bien podeis encomendaros á Dios, ó á quien quiſieredes, que Malambruno, aunque es encantador, es Chriſtiano, y hace ſus encantamentos con mucha ſagacidad, y con mucho tiento, ſin meterſe con nadie. Ea pues, dixo Sancho, Dios me ayude, y la Santiſima Trinidad de Gaeta. Deſde la memorable aventura de los Batanes, dixo Don Quixote, nunca he viſto á Sancho con tanto temor como aora, y ſi yo fuera tan agorero como otros, ſu puſilanimidad me hiciera algunas coſquillas en el animo: pero llegaos aquí, Sancho, y con licencia deſtos ſeñores os quiero hablar á parte dos palabras; y apartando á Sancho entre unos arboles del jardin, y aſiendole ambas las manos, le dixo: Ya vees, Sancho hermano, el largo viage que nos eſpera, y que ſabe Dios quando bolveremos del, ni la comodidad y eſpacio que

nos

nos daran los negocios, y así querria, que aora te retiraſes en tu apoſento, como que vas á buſcar alguna coſa neceſaria para el camino, y en un daca las pajas te dieſes á buena cuenta de los tres mil y trecientos azotes, á que eſtas obligado, ſi quiera quinientos, que dados te los tendrás, que el comenzar las coſas es tenerlas medio acabadas. Par Dios, dixo Sancho, que vueſtra merced deve de ſer menguado, eſto es como aquello que dicen, en prieſa me vees, y doncellez me demandas, aora, que tengo de ir ſentado en una tabla raſa, quiere vueſtra merced que me laſtime las poſas? En verdad, en verdad que no tiene vueſtra merced razon, vamos aora á rapar eſtas dueñas, que á la buelta yo le prometo á vueſtra merced como quien ſoy, de dárme tanta prieſa á ſalir de mi obligacion, que vueſtra merced ſe contente, y no le digo mas. Y Don Quixote reſpondió, pues con eſa promeſa, buen Sancho, voy conſolado, y creo, que la cumplirás, porque en efecto, aunque tonto, eres hombre veridico. No ſoy verde, ſino moreno, dixo Sancho: pero aunque fuera de mezcla cumpliera mi palabra, y con eſto ſe bolvieron á ſubir en Clavileño, y al ſubir dixo Don Quixote, tapaos, Sancho, y ſubid, Sancho, que quien de tan lueñas tierras embia por noſotros, no ſerá para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar á quien dél ſe fia, y pueſto que todo ſucedieſe al rebes de lo que imagino, la gloria de aver emprendido eſta hazaña no la podrá eſcurecer malicia alguna. Vamos, Señor, dixo Sancho, que las barbas y lagrimas deſtas ſeñoras las tengo clavadas en él corazon, y no comere bocado, que bien me ſepa, haſta verlas en ſu primerá liſura. Suba vueſa merced, y tapeſe primero, que ſi yo tengo de ir á las ancas, claro eſtá que primero ſube él de la ſilla. Así es la verdád, replicó Don Quixote, y ſacando un pañuelo de la faldriquera pidió á la Dolorida que le cubrieſe muy bien los ojos, y aviendoſelos cubierto, ſe bolvió á

deſ-

deſcubrir, y dixo: ſi mal no me acuerdo, yo he leido en Virgilio aquello del Paladion de Troya, que fue un cavallo de madera, que los Griegos preſentaron á la Dioſa Palas, el qual iva preñado de Cavalleros armados, que deſpues fueron la total ruina de Troya, y así ſerá bien ver primero lo que Clavileño trae en ſu eſtomago. No ay para que, dixo la Dolorida, que yo le fio, y ſé que Malambruno no tiene nada de malicioſo, ni de traidor: vueſa merced, Señor Don Quixote, ſuba ſin pavor alguno, y á mi daño ſi alguno le ſucediere. Parecióle á Don Quixote que qualquiera coſa que replicaſe acerca de ſu ſeguridad, ſería poner en detrimento ſu valentia, y así ſin mas altercar ſubió ſobre Clavileño, y le tentó la clavija, que facilmente ſe rodeava, y como no tenía eſtrivos, y le colgavan las piernas, no parecia ſino figura de tapiz Flamenco pintada, ó texida en algun Romano triunfo. De mal talante, y poco á poco llegó á ſubir Sancho, y acomodandoſe lo mejor que pudo en las ancas, las hallo algo duras, y no nada blandas, y pidió al Duque, que ſi fueſe poſible le acomodaſen de algun coxin, ó de alguna almohada, aunque fueſe del eſtrado de ſu Señora la Duqueſa, ó del lecho de algun page, porque las ancas de aquel cavallo mas parecian de marmol que de leño. A eſto dixo la Trifaldi, que ningun jaez, ni ningun genero de adorno ſufria ſobre si Clavileño, que lo que podia hacer, era ponerſe á mugeriegas, y que así no ſentiría tanto la dureza. Hizolo así Sancho, y diciendo á Dios, ſe dexó vendar los ojos, y ya deſpues de vendados ſe bolvió á deſcubrir, y mirando á todos los del jardin, tiernamente, y con lagrimas dixo, que le ayudaſen en aquel trance con ſendos Pater noſtres, y ſendas Ave Marias, porque Dios deparaſe, quien por ellos los dixeſe, quando en ſemejantes trances ſe vieſen. A lo que dixo Don Quixote: Ladron, eſtás pueſto en la horca por ventura, ó en el ultimo termino de la vida, para uſar de ſemejantes plegarias? No eſtás,

eſtâs, deſalmada y covarde criatura, en el miſmo lugar que ocupó la linda Magalona, del qual decendió, no á la ſepultura, ſino á ſer Reina de Francia, ſi no mienten las hiſtorias, y yo que voy á tu lado, no puedo ponerme al del valeroſo Pierres, que oprimió eſte miſmo lugar, que yo ahora oprimo? Cubrete, cubrete, animal deſcorazonado, y no te ſalga á la boca el temor que tienes, alomenos en preſencia mia. Tapenme, reſpondió Sancho, y pues no quieren, que me encomiende á Dios, ni que ſea encomendado, que mucho que tema, no ande por aquí alguna region de diablos, que den con noſotros en Peralvillo.

Cubrieronſe, y ſintiendo Don Quixote que eſtava como avia de eſtar, tentó la clavija, y á penas huvo pueſto los dedos en ella, quando todas las dueñas, y quantos eſtavan preſentes levantaron las voces, diciendo: Dios te guie, valeroſo Cavallero, Dios ſea contigo, eſcudero intrepido, ya, ya vais por eſos aires, rompiendolos con mas velocidad que una ſaeta; ya comenzays á ſuſpender y admirar á quantos deſde la tierra os eſtan mirando. Tente, valeroſo Sancho, que te bamboleas, mire no cayas, que ſera peor tu caida que la del atrevido mozo que quiſo regir el carro del Sol ſu padre. Oyó Sancho las voces, y apretandoſe con ſu Amo, y ciñiendole con los brazos, le dixo: Señor, como dicen eſtos que vamos tan altos, ſi alcanzan acá ſus voces, y no parecen ſino que eſtan aquí hablando junto á noſotros? No repares en eſo, Sancho, que como eſtas coſas, y eſtas volaterias van fuera de los curſos ordinarios, de mil leguas verás y oiras lo que quiſieres, y no me aprietes tanto, que me derribas, y en verdad que no ſé de que te turbas, ni te eſpantas, que oſaré jurar, que en todos los dias de mi vida he ſubido en cavalgadura de paſo mas llano, no parece ſino que no nos movemos de un lugar. Deſtierra, amigo, el miedo, que en efecto la coſa va como ha de ir, y el viento llevamos en popa. Así es la ver-

dad, reſpondió Sancho, que por eſte lado me da un viento tan recio, que parece que con mil fuelles me eſtán ſoplando: y así era ello, que unos grandes fuelles le eſtavan haciendo aire. Tan bien trazada eſtava la tal aventura por el Duque, y la Duqueſa, y ſu Mayordomo, que no le faltó requiſito que la dexaſe de hacer perfecta. Sintiendoſe pues ſoplar Don Quixote, dixo: ſin duda alguna, Sancho, que ya devemos de llegar á la ſegunda region del aire, adonde ſe engendra el granizo; las nieves, los truenos, los relampagos, y los rayos ſe engendran en la tercera region, y ſi es que deſta manera vamos ſubiendo, preſto daremos en la region del fuego, y no ſé yo como templar eſta Clavija, para que no ſubamos donde nos abraſemos. En eſto con unas eſtopas ligeras de encenderſe, y apagarſe, deſde lexos pendientes de una caña les calentavan los roſtros. Sancho, que ſintió el calor, dixo: Que me maten, ſino eſtamos ya en el lugar del fuego, ó bien cerca, porque una gran parte de mi barba ſe me ha chamuſcado, y eſtoy, Señor, por deſcubrirme, y ver en que parte eſtamos. No hagas tal, reſpondió Don Quixote, y acuerdate del verdadero cuento del Licenciado Torralva, á quien llevaron los diablos en bolandas por el aire, cavallero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó á Roma, y ſe apeó en Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vió todo el fracaſo y aſalto, y muerte de Borbon, y por la mañana ya eſtava de buelta en Madrid, donde dió cuenta de todo lo que avia viſto, el qual así miſmo dixo, que quando iva por el aire le mandó el diablo que abrieſe los ojos, y los abrió, y ſe vió tan cerca á ſu parecer del cuerpo de la Luna, que la pudiera aſir con la mano, y que no oſó mirar á la tierra por no deſvanecerſe: así que, Sancho, no ay para que deſcubrirnos, que él que nos lleva á cargo él dará cuenta de noſotros, y quiza vamos tomando puntas, y ſubiendo en alto para dexarnos caer de una ſobre el Reino

de

de Candaya, como hace el ſacre, ó nebli ſobre la garza, para cogerla por mas que ſe remonte, y aunque nos parece, que no ha media hora que nos partimos del jardin, creeme, que devemos de aver hecho gran camino. No ſé lo que es, reſpondió Sancho Panza, ſolo ſé decir, que ſi la ſeñora Magallanes, ó Magalona, ſe contentó deſtas anchas, que no devia de ſer muy tierna de carnes.

Todas eſtas platicas de los dos valientes oyan el Duque y la Duqueſa, y los del jardin, de que recibian eſtraordinario contento: y queriendo dar remate á la eſtraña y bien fabricada aventura, por la cola de Clavileño le pegaron fuego con unas eſtopas, y al punto, por eſtar el cavallo lleno de cohetes tronadores, voló por los aires con eſtraño ruido, y dió con Don Quixote, y con Sancho Panza en el ſuelo medio chamuſcados. En eſte tiempo ya ſe avian deſaparecido del jardin todo el barbado eſquadron de las dueñas, y la Trifaldi, y todo, y los del jardin quedaron como deſmayados, tendidos por el ſuelo: Don Quixote y Sancho ſe levantaron maltrechos, y mirando á todas partes, quedaron atonitos de verſe en el miſmo jardin de donde avian partido, y de ver tendido por tierra tanto numero de gente, y creció mas ſu admiracion, quando á un lado del jardin vieron hincada una gran lanza en el ſuelo, y pendiente della, y de dos cordones de ſeda verde, un pergamino liſo y blanco, en el qual con grandes letras de oro eſtava eſcrito lo ſiguiente.

El inclito Cavallero Don Quixote de la Mancha feneció y acabó la aventura de la Condeſa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida, y compañia, con ſolo intentarla.

Malambruno ſe da por contento y ſatisfecho á toda ſu voluntad, y las barbas de las dueñas ya quedan liſas, y mondas, y los Reyes Don Clavijo y Antonomaſia en ſu priſtino eſtado, y quando ſe cumpliere el eſcuderil vapulo, la blanca paloma ſe verá libre de los

peſtiferos girifaltes que la perſiguen, y en brazos de ſu querido arrullador, que así eſtá ordenado por el Sabio Merlin protoencantador de los encantadores.

Aviendo pues Don Quixote leido las letras del pergamino, claro entendió, que del deſencanto de Dulcinea hablavan, y dando muchas gracias al cielo, de que con tan poco peligro huvieſe acabado tan gran fecho, reduciendo á ſu paſada tez los roſtros de las venerables dueñas que ya no parecian: ſe fue adonde el Duque y la Duqueſa, aun no avian buelto en sí, y travando de la mano al Duque, le dixo: Ea buen Señor, buen animo, buen animo que todo es nada, la aventura es ya acabada ſin daño de barras, como lo mueſtra claro el eſcrito que en aquel padron eſtá pueſto. El Duque poco á poco, y como quien de un peſado ſueño recuerda, fue bolviendo en sí, y por el miſmo tenor la Duqueſa, y todos los que por el jardin eſtavan caidos, con tales mueſtras de maravilla, y eſpanto, que caſi ſe podian dar á entender averles acontecido de veras lo que tan bien ſabian fingir de burlas. Leyó el Duque el cartel con los ojos medio cerrados, y luego con los brazos abiertos fue á abrazar á Don Quixote, diciendole, ſer el mas buen Cavallero que en ningun ſiglo ſe huvieſe viſto. Sancho andava mirando por la Dolorida, por ver que roſtro tenía ſin las barbas, y ſi era tan hermoſa ſin ellas como ſu gallarda diſpoſicion prometia: pero dixeronle, que así como Clavileño baxó ardiendo por los aires y dió en el ſuelo, todo el eſquadron de las dueñas con la Trifaldi avia deſaparecido, y que ya ivan rapadas y ſin cañones. Preguntó la Duqueſa á Sancho, que como le avia ido en aquel largo viage. A lo qual Sancho reſpondió, yo, Señora, ſentí, que ivamos, ſegun mi Señor me dixo, volando por la region del fuego, y quiſe deſcubrirme un poco los ojos, pero mi Amo (á quien pedi licencia para deſcubrirme) no la conſintió: mas yo que tengo no ſé

que

que briznas de curioſo, y de deſear ſaber lo que ſe me eſtorva, y impide, bonitamente, y ſin que nadie lo vieſe, por junto á las narices aparté tanto quanto el pañizuelo que me tapava los ojos, y por alli miré hácia la tierra, y parecióme, que toda ella no era mayor que un grano de moſtaza, y los hombres que andavan ſobre ella poco mayores que avellanas, porque ſe vea quan altos deviamos de ir entonces. A eſto dixo la Duqueſa, Sancho amigo, mirad lo que decis, que á lo que parece, vos no viſtes la tierra, ſino los hombres que andavan ſobre ella: y eſtá claro que ſi la tierra os pareció como un grano de moſtaza, y cada hombre como una avellana un hombre ſolo avia de cubrir toda la tierra. Así es verdad, reſpondió Sancho, pero con todo eſo la deſcubrí por un ladito, y la vi toda. Mirad, Sancho, dixo la Duqueſa, que por un ladito no ſe vee el todo de lo que ſe mira. Yo no ſé eſas miradas, replicó Sancho, ſolo ſé, que ſerá bien, que vueſtra ſeñoria entienda, que pues volavamos por encantamento, por encantamento podia yo ver toda la tierra, y todos los hombres por do quiera que los mirara: y ſi eſto no ſe me cree, tampoco creera vueſa merced como deſcubriendome por jnnto á las cejas, me vi tan junto al cielo que no avia de mí á el palmo y medio, y por lo que puedo jurar, Señora mia, que es muy grande á demas, y ſucedió que ivamos por parte donde eſtan las Siete Cabrillas, y en Dios y en mi anima, que como yo en mi niñez fuy en mi tierra cabrerizo, que así como las vi, me dió una gana de entretenerme con ellas un rato, y ſino le cumpliera, me parece, que rebentara. Vengo pues, y tomo, y que hago, ſin decir nada á nadie, ni á mi Señor tampoco, bonita y paſitamente me apee de Clavileño, y me entretuve con las Cabrillas, que ſon como unos alhelies, y como unas flores, caſi tres quartos de hora, y Clavileño no ſe movió de un lugar, ni paſó adelante. Y en tanto que el buen Sancho ſe entretenia con las cabras,

preguntó

preguntó el Duque, en que ſe entretenía el Señor Don Quixote? A lo que Don Quixote reſpondió, como todas eſtas coſas, y eſtos tales ſuceſos van fuera del orden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice: de mí ſé decir, que ni me deſcubrí por alto, ni por baxo, ni vi el cielo, ni la tierra, ni la mar, ni las arenas. Bien es verdad, que ſentí que paſava por la region del aire, y aun que tocava á la del fuego: pero que paſaſemos de allí, no lo puedo creer, pues eſtando la region del fuego entre el cielo de la Luna, y la ultima region del aire, no podiamos llegar al cielo donde eſtan las ſiete cabrillas, que Sancho dice, ſin abraſarnos, y pues no nos aſuramos, ó Sancho miente, ó Sancho ſueña. Ni miento, ni ſueño, reſpondió Sancho, ſino preguntenme las ſeñas de las tales cabras, y por ellas verán, ſi digo verdad, ó no. Digalas pues Sancho, dixo la Duqueſa. Son, reſpondió Sancho, las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la una de mezcla. Nueva manera de cabras es eſa, dixo el Duque, y por eſta nueſtra region del ſuelo, no ſe uſan tales colores, digo cabras de tales colores. Bien claro eſtá eſo, dixo Sancho, ſi que diferencia ha de aver de las cabras del cielo á las del ſuelo. Decidme, Sancho, preguntó el Duque, viſtes allá entre eſas cabras algun cabron? No ſeñor, reſpondió Sancho: pero oy decir, que ninguno paſava de los cuernos de la Luna. No quiſieron preguntarle mas de ſu viage, porque les parcció que llevavaSancho hilo de paſearſe por todos los cielos, y dar nuevas dc quanto allá paſava, ſin averſe movido del jardin. En reſolucion eſte fue el fin de la aventura de la Dueña Dolorida, que dió que reir á los Duques, no ſolo aquel tiempo, ſino el de toda ſu vida, y que contar á Sancho ſiglos, ſi los viviera, y llegandoſe Don Quixote á Sancho al oido, le dixo: Sancho, pues vos quereis que ſe os crea lo que aveis viſto en el cielo, yo quiero que vos me creais á mí, lo que vi en la Cueva de Monteſinos, y no os digo mas.

Cap.

Cap. XLII. De los conſejos que dió Don Quixote á Sancho Panza antes que fueſe á governar la Inſula, con otras coſas bien conſideradas.

CON el felice y gracioſo ſuceſo de la aventura de la Dolorida quedaron tan contentos los Duques, que determinaron paſar con las burlas adelante, viendo el acomodado ſugeto que tenían, para que ſe tuvieſen por veras; y así aviendo dado la traza y ordenes que ſus criados, y ſus vaſallos avian de guardar con Sancho en el Govierno de la Inſula prometida, otro dia que fue el que ſucedió al vuelo de Clavileño, dixo el Duque á Sancho, que ſe adeliñaſe, y compuſieſe para ir á ſer Governador, que ya ſus Inſulanos le eſtavan eſperando como el agua de Mayo. Sancho ſe le humilló, y le dixo: Deſpues que baxé del cielo, y deſpues que deſde ſu alta cumbre miré la tierra, y la vi tan pequeña, ſe templó en parte en mí la gana que tenía tan grande de ſer Governador, porque que grandeza es mandar en un grano de moſtaza? ó que dignidad, ó Imperio el governar á media docena de hombres tamaños como avellanas, que á mi parecer no avia mas en toda la tierra? Si vueſtra ſeñoria fueſe ſervido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fueſe mas de media legua, la tomaría de mejor gana que la mayor inſula del mundo. Mirad, amigo Sancho, reſpondió el Duque, yo no puedo dar parte del cielo á nadie, aunque no ſea mayor que una uña, que á ſolo Dios eſtan reſervadas eſas mercedes y gracias. Lo que puedo dar, os doy, que es una inſula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y ſobre manera fertil, y abundoſa, donde, ſi vos os ſabeis dar maña, podeis con las riquezas de la tierra

erra grangear las del cielo. Aora bien, reſpondió Sancho, venga eſa inſula, que yo pugnare por ſer tal Governador, que á peſar de vellacos me vaya al cielo, y eſto no es por codicia que yó tenga de ſalir de mis caſillas, ni de levantarme á mayores, ſino por el deſeo que tengo de provar á que ſabe el ſer Governador. Si una vez lo provays, Sancho, dixo el Duque, comeros heis las manos tras el Govierno por ſer dulciſima coſa el mandar, y ſer obedecido. A buen ſeguro, que quando vueſtro dueño llegue á ſer Emperador, que lo ſerá ſin duda (ſegun van encaminadas ſus coſas) que no ſe lo arranquen como quiera, y que le duela, y le peſe en la mitad del alma del tiempo que huviere dexado de ſerlo. Señor, replicó Sancho, yo imagino, que es bueno mandar, aunque ſea á un hato de ganado. Con vos me entierren, Sancho, que ſabeis de todo, reſpondió el Duque, y yo eſpero que ſereis tal Governador, como vueſtro juicio promete, y quedeſe eſto aquí, y advertid, que mañana en eſe miſmo dia aveis de ir al Govierno de la inſula, y eſta tarde os acomodarán del trage conveniente que aveis de llevar, y de todas las coſas neceſarias á vueſtra partida. Viſtanme, dixo Sancho, como quisieren, que de qualquier manera que vaya veſtido, ſeré Sancho Panza. Asi es verdad, dixo el Duque: pero los trages ſe han de acomodar con el oficio, ó dignidad que ſe profeſa, que no ſería bien, que vn juriſperito ſe viſtieſe como ſoldado, ni un ſoldado como un Sacerdote. Vos, Sancho, ireis veſtido parte de letrado, y parte de Capitan: porque en la inſula que os doy, tanto ſon meneſter las armas como las letras, y las letras como las armas. Letras, reſpondió Sancho, pocas tengo, porque aun no ſé el A, B, C: pero baſtame tener el Chriſtus en la memoria, para ſer buen Governador. De las armas manejaré las que me dieren haſta caer, y Dios delante. Con tan buena memoria, dixo el Duque, no podrá Sancho errar en nada. En eſto llegó Don Quixote,

ote, y ſabiendo lo que paſava, y la celeridad con que Sancho ſe avia de partir á ſu Govierno, con licencia del Duque le tomó por la mano, y ſe fue con él á ſu eſtancia, con intencion de aconſejarle, como ſe avia de aver en ſu oficio. Entrados pues en ſu apoſento cerró tras sí la puerta, y hizo caſi por fuerza que Sancho ſe ſentaſe junto á él, y con repoſada voz le dixo.

Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que antes, y primero que yo aya encontrado con alguna buena dicha te aya ſalido á tí á recebir y á encontrar la buena ventura: yo que en mi buena ſuerte te tenía librada la paga de tus ſervicios, me veo en los principios de aventajarme, y tú antes de tiempo contra la ley del razonable diſcurſo te vees premiado de tus deſeos: otros cohechan, importunan, ſolicitan, madrugan, ruegan, porfian, y no alcanzan lo que pretenden, y llega otro, y ſin ſaber como, ni como no, ſe halla con el cargo y oficio, que otros muchos pretendieron, y aquí entra, y encaxa bien, el decir, que ay buena y mala fortuna en las pretenſiones. Tú, que para mí ſin duda alguna eres un porro, ſin madrugar, ni traſnochar, y ſin hacer diligencia alguna, con ſolo el aliento que te ha tocado de la Andante Cavalleria, ſin mas ni mas te vees Governador de una inſula, como quien no dice nada. Todo eſto digo, ó Sancho, para que no atribuyas á tus merecimientos la merced recebida, ſino que des gracias al cielo, que diſpone ſuavemente las coſas, y deſpues las darás á la grandeza que en sí encierra la profeſion de la Cavalleria Andante. Diſpueſto pues el corazon á creer lo que te he dicho, eſtá, ó hijo, atento á eſte tu Caton, que quiere aconſejarte, y ſer norte y guia, que te encamine, y ſaque á ſeguro puerto deſte mar proceloſo, donde vas á engolfarte, que los oficios y grandes cargos no ſon otra coſa ſino un golfo profundo de confuſiones.

Primeramente, ó hijo, has de temer á Dios, porque en el temerle eſtá la ſabiduria, y ſiendo ſabio no podras errar en nada.

Lo ſegundo has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte á tí miſmo, que es el mas dificil conocimiento que puede imaginarſe: del conocerte ſaldrá el no hincharte como la rana, que quiſo igualarſe con el buey, que ſi eſto haces vendras á ſer feos pies de la rueda de tu locura la conſideracion de aver guardado puercos en tu tierra: Así es la verdad, reſpondió Sancho: pero fue quando muchacho, pero deſpues algo hombrecillo, ganſos fueron los que guardé, que no puercos: pero eſtó pareceme á mí que no hace al caſo, que no todos los que goviernan vienen de caſta de Reyes. Así es verdad, replicó Don Quixote, por lo qual los no de principios nobles deven acompañar la gravedad del cargo que exercitan con una blanda ſuavidad, que guiada por la prudencia los libre de la murmuracion malicioſa, de quien no ay eſtado que ſe eſcape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linage, y no te deſprecies de decir, que vienes de labradores, porque viendo que no te corres, ninguno ſe pondrá á correrte, y preciate mas de ſer humilde virtuoſo, que pecador ſobervio: inumerables ſon aquellos que de baxa eſtirpe nacidos, han ſubido á la ſuma dignidad Pontificia, é Imperatoria, y deſta verdad te pudiera traer tantos exemplos que te canſaran.

Mira Sancho, ſi tomas por medio á la virtud, y te precias de hacer hechos virtuoſos, no ay para que tener embidia á los que los tienen Principes y ſeñores, porque la ſangre ſe heréda, y la virtud ſe aquiſta, y la virtud vale por sí ſola, lo que la ſangre no vale.

Siendo eſto así, como lo es, que ſi á caſo viniere á verte, quando eſtés en tu inſula alguno de tus parientes, no le deſeches, ni le afrentes, antes le has de acoger, agaſajar, y regalar, que con eſto

eſto fatisfarás al cielo, que guſta que nadie ſe deſprecie de lo que él hizo, y correſponderás á lo que deves á la naturaleza bien concertada.

Si truxeres á tu muger contigo (porque no es bien que los que aſiſten á Goviernos de mucho tiempo eſten ſin las propias) enſeñala, doctrinala, y deſbaſtala de ſu natural rudeza, porque todo lo que ſuele adquirir un Governador diſcreto, ſuele perder, y derramar una muger ruſtica y tonta.

Si á caſo enviudares (coſa que puede ſuceder) y con el cargo mejorares de conſorte, no la tomes tal, que te ſirva de anzuelo, y de caña de peſcar, y del no quiero de tu capilla: porque en verdad te digo, que de todo aquello que la muger del juez recibiere, ha de dar cuenta el marido en la reſidencia univerſal, donde pagará con el quatro tanto en la muerte las partidas, de que no ſe huviere hecho cargo en la vida.

Nunca te guies por la ley del encaxe, que ſuele tener mucha cabida con los ignorantes, que preſumen de agudos.

Hallen en tí mas compaſion las lagrimas del pobre; pero no mas juſticia que las informaciones del rico.

Procura deſcubrir la verdad por entre las promeſas, y dadivas del rico, como por entre los ſollozos é importunidades del pobre.

Quando pudiere y deviere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delinquente, que no es mejor la fama del juez riguroſo, que la del compaſivo.

Si á caſo doblares la vara de la juſticia, no ſea con el peſo de la dadiva, ſino con el de la miſericordia.

Quando te ſucediere juzgar algun pleito de algun tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlas en la verdad del caſo.

No te ciegue la pasion propia en la cauſa agena, que los yerros

que en ella hicieres, las mas veces ſerân ſin remedio, y si le tuvieren, ſerá á coſta de tu credito, y aun de tu hacienda.

Si alguna muger hermoſa viniere á pedirte juſticia, quita los ojos de ſus lagrimas, y tus oidos de ſus gemidos, y considera de eſpacio la ſuſtancia de lo que pide, ſino quieres que ſe anegue tu razon en ſu llanto y tu bondad en ſus ſuſpiros.

Al que has de caſtigar con obras no trates mal con palabras, pues le baſta al deſdichado la pena del ſuplicio, ſin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debaxo de tu juriſdicion, conſidere el hombre miſerable ſugeto á las condiciones de la depravada naturaleza nueſtra, y en todo quanto fuere de tu parte, ſin hacer agravio a la contraria, mueſtratele piadoſo, y clemente, porque aunque los atributos de Dios todos ſon iguales, mas reſplandece, y campea, á nueſtro ver, el de la miſericordia, que el de la juſticia.

Si eſtos preceptos, y eſtas reglas ſigues Sancho, ſerán luengos tus dias; tu fama ſerá eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, caſarás tus hijos como quiſieres, titulos tendrán ellos, y tus nietos; vivirás en paz, y beneplacito de las gentes, y en los ultimos paſos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez ſuave y madura, y cerraran tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Eſto que haſta aquí te he dicho ſon documentos que han de adornar tu alma, eſcucha aora los que han de ſervir para adorno del cuerpo.

Cap. XLIII. De los conſejos ſegundos que dió Don Quixote á Sancho Panza.

QUIEN oyera el paſado razonamiento de Don Quixote, que no le tuviera por perſona muy cuerda, y mejor intencionada? pero como muchas veces en el progreſo deſta grande Hiſtoria queda dicho, ſolamente diſparava en tocandole en la Cavalleria, y en los demas diſcurſos moſtrava tener claro y deſenfadado entendimiento, de manera, que á cada paſo deſacreditavan ſus obras ſu juicio, y ſu juicio ſus obras: pero en eſta deſtos ſegundos documentos que dió á Sancho, moſtró tener gran donaire, y puſo ſu diſcrecion y ſu locura en un levantado punto. Atentiſimamente le eſcuchava Sancho, y procurava conſervar en la memoria ſus conſejos, como quien penſava guardarlos, y ſalir por ellos á buen parto de la preñez de ſu Govierno. Proſiguió pues Don Quixote, y dixo:

En lo que toca á como has de governar tu perſona y caſa, Sancho: lo primero que te encargo es, que ſeas limpio, y que te cortes las uñas, ſin dexarlas crecer, como algunos hacen, á quien ſu ignorancia les ha dado á entender que las uñas largas les hermoſean las manos, como ſi aquel eſcremento y añadidura, que ſe dexan de cortar, fueſe uña, ſiendo antes garras de cernicalo lagartigero, puerco y extraordinario abuſo.

No andes, Sancho, deſceñido y floxo, que el veſtido deſcompueſto da indicios de animo deſmazalado, ſi ya la deſcompoſtura y floxedad no cae debaxo de ſocarroneria, como ſe juzgó en la de Julio Ceſar.

Toma con diſcrecion el pulſo á lo que pudiere valer tu oficio, y ſi ſufriere,

ſufriere, que des librea á tus criados, daſela honeſta y provechoſa, mas que viſtoſa, y bizarra, y repartela entre tus criados, y los pobres, quiero decir, que ſi has de veſtir ſeis pages, viſte tres, y otros tres pobres, y así tendrás pages para el cielo, y para el ſuelo, y eſte nuevo modo de dar librea no la alcanzan los vanaglorioſos.

No comas ajos, ni cebollas, porque no ſaquen por el olor tu villaneria: anda deſpacio, habla con repoſo, pero no de manera que parezca que te eſcúchas á tí miſmo, que toda afectacion es mala.

Come poco, y cena mas poco, que la ſalud de todo el cuerpo ſe fragua en la oficina del eſtomago.

Se templado en el bever, conſiderando que el vino demaſiado ni guarda ſecreto, ni cumple palabra.

Ten cuenta, Sancho, de no maſcar á dos carrillos, ni de erutar delante de nadie. Eſo de erutar no entiendo, dixo Sancho, y Don Quixote le dixo: erutar, Sancho, quiere decir regoldar, y eſte es uno de los mas torpes vocablos que tiene la lengua Caſtellana, aunque es muy ſignificativo, y así la gente curioſa ſe ha acogido al Latin, y al regoldar dice erutar, y á los regueldos erutaciones, y quando algunos no entienden eſtos terminos, importa poco, que el uſo los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad ſe entiendan, y eſto es enriquecer la lengua, ſobre quien tiene poder elv ulgo y el uſo. En verdad, Señor, dlxo Sancho, que uno de los conſejos, y aviſos, que pienſo llevar en la memoria, ha de ſer el de no regoldar, porque lo ſuelo hacer muy amenudo. Erutar, Sancho, que no regoldar, dixo Don Quixote. Erutar dire de aquí adelante, reſpondió Sancho, y á fee que no ſe me olvide.

Tambien, Sancho, no has de mezclar en tus platicas la muchedumbre de refranes que ſueles, que pueſto que los refranes ſon ſentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que mas parecen diſparates que ſentencias. Eſo Dios lo puede remediar,

diar, reſpondió Sancho, porque ſé mas refranes que un libro, y vienenſeme tantos juntos á la boca quando hablo, que riñen por ſalir unos con otros: pero la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan á pelo, mas yo tendré cuenta de aquí adelante de decir los que convengan á la gravedad de mi cargo, que en caſa llena preſto ſe guiſa la cena, y quien deſtaja no baraja, y á buen ſalvo eſtá él que repica, y el dar y el tener ſeſo ha meneſter. Eſo sí Sancho, dixo Don Quixote, encaxa, enſarta, enhila refranes, que nadie te va á la mano, caſtigame mi madre, y yo trompogelas. Eſtoy te diciendo, que eſcuſes refranes, y en un inſtante has echado aquí una letania dellos, que así quadran con lo que vamos tratando, como por los cerros de Ubeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refran traido á proposito: pero cargar y enſartar refranes á troche moche hacé la platica deſmayada y baxa.

Quando ſubieres á cavallo no vayas echando el cuerpo ſobre el arzon poſtrero, ni lleves las piernas tieſas, y tiradas, y deſviadas de la barriga del cavallo, ni tampoco vayas tan floxo, que parezca que vas ſobre el Rucio, que el andar á cavallo á unos hace Cavalleros, á otros cavallerizas.

Sea moderado tu ſueño, que él que no madruga con el Sol no goza del dia, y advierte, ó Sancho, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza ſu contraria jamas llegó al termino que pide un buen deſeo.

Eſte ultimo conſejo que aora dar te quiero (pueſto que no ſirva para adorno del cuerpo) quiero que le lleves muy en la memoria, que creo, que no te ſerá de menos provecho que los que haſta aquí te he dado, y es:

Que jamas te pongas á diſputar de linages, alomenos comparandolos entre sí, pues por fuerza en los que ſe comparan, uno ha de

ſer

ſer el mejor, y del que abatieres ſerás aborrecido, y del que levantares en ninguna manera premiado.

Tu veſtido ſerá calza entera, ropilla larga, herreruelo un poco mas largo, gregueſcos ni por pienſo, que no les eſtan bien, ni á los Cavalleros, ni á los Governadores.

Por aora eſto ſe me ha ofrecido, Sancho, que aconſejarte, andará el tiempo, y ſegun las ocaſiones, así ſerán mis documentos, como tú tengas cuidado de aviſarme el eſtado en que te hallares. Señor, reſpondió Sancho, bien veo, que todo quanto vueſtra merced me ha dicho, ſon coſas buenas, ſantas y provechoſas: pero de que han de ſervir, ſi de ninguna me acuerdo? verdad ſea, que aquello de no dexarme crecer las uñas, y de caſarme otra vez, ſi ſe ofreciere, no ſe me paſara del magin: pero eſotros badulaques, y enredos, y reboltillos, no' ſe me acuerda, ni acordará mas dellos que de las nubes de antaño, y así ſera meneſter, que ſe me den por eſcrito, que pueſto que no ſé leer ni eſcrivir, yo ſe los daré á mi confeſor para que me los encaxe, y recapacite quando fuere meneſter. Ha, pecador de mí, reſpondió Don Quixote, y que mal parece en los Governadores el no ſaber leer, ni eſcrivir, porque has de ſaber, ó Sancho, que no ſaber un hombre leer, ó ſer zurdo, arguye una de dos coſas, ó que fue hijo de padres demaſiado de humildes y baxos, ó él tan traviеſo, y malo, que no pudo entrar en él buen uſo, ni la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo, y así querria, que aprendieſes á firmar, ſi quiera. Bien ſé firmar mi nombre, reſpondió Sancho, que quando fuy Prioſte en mi lugar aprendi á hacer unas letras como de marca de fardo, que decian, que decia mi nombre, quanto mas que fingiré, que tengo tullida la mano derecha, y haré que firme otro por mí, que para todo ay remedio, ſino es para la muerte, y teniendo yo el mando, y el palo, haré lo que quiſiere, quanto mas que él que tiene el

padre

padre Alcalde, y ſiendo yo Governador, que es mas que ſer Alcalde: llegaos que la dexan ver, no ſino popen, y caloñenme, que vendrán por lana y bolverán traſquilados, y á quien Dios quiere bien, la caſa le ſabe, y las necedades del rico por ſentencias paſan en el mundo, y ſiendolo yo, ſiendo Governador, y juntamente liberal, como lo pienſo ſer, no avra falta que ſe me parezca. No ſino haceos miel, y paparos han moſcas, tanto vales, quanto tienes, decia una mi aguela, y del hombre arraigado no te verás vengado. O maldito ſeas de Dios, Sancho, dixo á eſta ſazon Don Quixote, ſeſenta mil Satanaſes te lleven á tí y á tus refranes, una hora á que los eſtás enſartando, y dandome con cada uno tragos de tormento, yo te aſeguro, que eſtos refranes te han de llevar un dia á la horca, por ellos te han de quitar el Govierno tus vaſallos, ó ha de aver entre ellos comunidades. Dime donde los hallas, ignorante? ó como los aplicas, mentecato? que para decir yo uno, y aplicarle bien, ſudo y trabajo, como ſi cavaſe. Por Dios, Señor nueſtro Amo, replicó Sancho, que vueſa merced ſe quexa de bien pocas coſas, á que diablos ſe pudre, de que yo me ſirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, ſino refranes, y mas refranes, y aora ſe me ofrecen quatro, que venian aquí pintiparados, ó como peras en tabaque: pero no los dire, porque al buen callar llaman Sancho. Eſe Sancho no eres tú, dixo Don Quixote, porque no ſolo no eres buen callar, ſino mal hablar, y mal porfiar, y con todo eſo querria ſaber, que quatro refranes te ocurrían aora á la memoria que venian aquí á propoſito, que yo ando recorriendo la mia, que la tengo buena, y ninguno ſe me ofrece. Que mejores? dixo Sancho: que entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares. Y á idos de mi caſa, y que quereis con mi muger, no ay reſponder, y ſi da el cantaro en la piedra, ó la piedra en el cantaro, mal para el cantaro, todos los quales

vienen á pelo. Que nadie ſe tome con ſu Governador, ni con él que le manda, porque ſaldrá laſtimado, como él que pone el dedo entre dos muelas cordales (y aunque no ſean cordales, como ſean muelas no importa) y á lo que dixere el Governador no ay que replicar, como al ſalios de mi caſa, y que quereis con mi muger, pues lo de la piedra en el cantaro, un ciego lo verá: así que es meneſter que él que vee la mota en el ojo ageno vea la viga en el ſuyo, porque no ſe diga por él, eſpantóſe la muerta de la degollada, y vueſa merced ſabe bien que mas ſabe el necio en ſu caſa, que el cuerdo en la agena. Eſo no, Sancho, reſpondió Don Quixote, que el necio en ſu caſa, ni en la agena ſabe nada, á cauſa que ſobre el cimento de la necedad no aſienta ningun diſcreto edificio, y dexemos eſto aquí Sancho, que ſi mal governares, tuya ſerá la culpa, y mia la verguenza: mas conſuelome, que he hecho lo que devia en aconſejarte con las veras, y con la diſcrecion á mi poſible, con eſto ſalgo de mi obligacion, y de mi promeſa; Dios te guie, Sancho, y te govierne en tu Govierno, y á mí me ſaque del eſcrupulo que me queda, que has de dar con toda la inſula patas arriba, coſa que pudiera yo eſcuſar con deſcubrir al Duque quien eres, diciendole, que toda eſa gordura, y eſa perſonilla que tienes, no es otra coſa que un coſtal lleno de refranes y de malicias. Señor, replicó Sancho, ſi á vueſa merced le parece, que no ſoy de pro para eſte govierno, deſde aquí lo ſuelto, que mas quiero un ſolo negro de la uña de mi alma, que á todo mi cuerpo, y así me ſuſtentaré Sancho á ſecas con pan y cebolla, como Governador con perdices y capones, y mas que mientras ſe duerme, todos ſon iguales, los grandes y los menores, los pobres, y los ricos, y ſi vueſa merced mira en ello, verá que ſolo vueſa merced me ha pueſto en eſto de governar, que yo no ſé mas de goviernos de inſulas, que un buitre, y ſi ſe imagina, que por ſer Governador me ha de llevar

el

el diablo, mas me quiero ir Sancho al cielo, que Governador al infierno. Por Dios, Sancho, dixo Don Quixote, que por ſolas eſtas ultimas razones que has dicho, juzgo que mereces ſer Governador de mil inſulas, buen natural tienes, ſin el qual no ay ciencia que valga, encomiendate á Dios, y procura no errar en la primera intencion, quiero decir que ſiempre tengas intento y firme propoſito de acertar en quantos negocios te ocurrieren, porque ſiempre favorece el cielo los buenos deſeos, y vamonos á comer, que creo que ya eſtos ſeñores nos aguardan.

Cap. XLIV. Como Sancho Panza fue llevado al govierno, y de la eſtraña Aventura que en el caſtillo ſucedió á Don Quixote.

DICEN que en el propio original deſta Hiſtoria ſe lee, que llegando Cide Hamete á eſcrivir eſte capitulo, no le traduxo ſu interprete como él le avia eſcrito, que fue un modo de quexa que tuvo el Moro de sí miſmo, por aver tomado entre manos una hiſtoria tan ſeca, y tan limitada, como eſta de Don Quixote, por parecerle que ſiempre avia de hablar dél y de Sancho, ſin oſar eſtenderſe á otras digreſiones, y epiſodios mas graves, y mas entretenidos, y decia, que el ir ſiempre atenido el entendimiento, la mano y la pluma á eſcrivir de un ſolo ſugeto, y hablar por las bocas de pocas perſonas, era un trabajo incomportable, cuyo fruto no redundava en el de ſu autor, y que por huir deſte inconveniente avia uſado en la primera parte del artificio de algunas Novelas, como fueron la del Curioſo Impertinente, y la del Capitan Cautivo, que eſtan como ſeparadas de la Hiſtoria, pueſto que las demas que alli ſe cuentan ſon caſos ſucedidos al miſmo Don Quixote, que no podian

dian dexar de eſcrivirſe: tambien penſó, como él dice, que muchos llevados de la atencion que piden las hazañas de Don Quixote no la darían á las Novelas, y paſarían por ellas, ó con prieſa, ó con enfado, ſin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el qual ſe moſtrará bien al deſcubierto, quando por sí ſolas ſin arrimarſe á las locuras de Don Quixote, ni á las ſandeces de Sancho ſalieran á luz, y así en eſta ſegunda parte no quiſo ingerir Novelas ſueltas, ni pegadizas, ſino algunos epiſodios que lo parecieſen, nacidos de los miſmos ſuceſos que la verdad ofrece, y aun eſtos limitadamente, y con ſolas las palabras que baſtan á declararlos, y pues ſe contiene, y cierra en los eſtrechos limites de la narracion, teniendo habilidad, ſuficiencia, y entendimiento para tratar del univerſo todo: pide, no ſe deſprecie ſu trabajo, y ſe le den alabanzas, no por lo que eſcrive, ſino por lo que ha dexado de eſcrivir, y luego proſigue la Hiſtoria, diciendo: que en acabando de comer Don Quixote el dia que dió los conſejos á Sancho, aquella tarde ſe los dió eſcritos, para que él buſcaſe quien ſe los leyeſe: pero á penas ſe los huvo dado, quando ſe le cayeron, y vinieron á manos del Duque, que los comunicó con la Duqueſa, y los dos ſe admiraron de nuevo de la locura, y del ingenio de Don Quixote: y así llevando adelante ſus burlas, aquella tarde embiaron á Sancho con mucho acompañamiento al lugar, que para él avia de ſer Inſula. Acaeció pues, que él que le llevava á cargo, era un Mayordomo del Duque muy diſcreto, y muy gracioſo, que no puede aver gracia, donde no ay diſcrecion, el qual avia hecho la perſona de la Condeſa Trifaldi, con el donaire que queda referido, y con eſto, y con ir induſtriado de ſus ſeñores, de como ſe avia de aver con Sancho, ſalió con ſu intento maravilloſamente. Digo pues, que acaeció, que así como Sancho vió al tal Mayordomo, ſe le figuró en ſu roſtro el miſmo de la Trifaldi, y bolviendoſe á ſu Señor, le dixo: Señor,

ó á mí me ha de llevar el diablo de aquí de donde eſtoy, en juſto, y en creyente, ó vueſa merced me ha de confeſar, que el roſtro deſte Mayordomo del Duque, que aquí eſtá, es el miſmo de la Dolorida. Miró Don Quixote atentamente al Mayordomo, y aviendole mirado, dixo á Sancho: No ay para que te lleve el diablo, Sancho, ni en juſto, ni en creyente (que no ſé lo que quieres decir) que el roſtro de la Dolorida es el del Mayordomo: pero no por eſo el Mayordomo es la Dolorida, que á ſerlo implicaría contradicion muy grande, y no es tiempo aora, de hacer eſtas averiguaciones, que ſería entrarnos en intricados laberintos: creeme, amigo, que es meneſter rogar á nueſtro Señor muy de veras, que nos libre á los dos de malos hechiceros, y de malos encantadores. No es burla, Señor, replicó Sancho, ſino que denantes le oy hablar, y no pareció ſino que la voz de la Trifaldi me ſonava en los oidos. Aora bien, yo callaré: pero no dexaré de andar advertido de aquí adelante, á ver ſi deſcubre otra ſeñal, que confirme, ó desfaga mi ſoſpecha. Así lo has de hacer Sancho, dixo Don Quixote, y daráſme aviſo de todo lo que en eſte caſo deſcubrieres, y de todo aquello que en el Govierno te ſucediere.

Salió en fin Sancho acompañado de mucha gente, veſtido á lo letrado, y encima un gavan muy ancho de chamelote de aguas leonado, con una montera de lo miſmo ſobre un macho á la gineta, y detras dél, por orden del Duque, iva el Rucio con jaeces y ornamentos jumentiles de ſeda, y flamantes; bolvia Sancho la cabeza de quando en quando á mirar á ſu aſno, con cuya compañia iva tan contento, que no ſe trocara con el Emperador de Alemaña. Al deſpedirſe de los Duques les beſó las manos, y tomó la bendicion de ſu Señor, que ſe la dió con lagrimas, y Sancho la recibió con pucheritos. Dexa, lector amable, ir en paz, y en hora buena al buen Sancho, y eſpera dos fanegas de riſa, que te ha de cauſar el ſaber, como ſe portó en ſu cargo, y en tanto atiende á ſaber lo

que

que le paſó á ſu Amo aquella noche, que ſi con ello no rieres, por lo menos deſplegarás los labios con riſa de ximia, porque los ſuceſos de Don Quixote, ó ſe han de celebrar con admiracion, ó con riſa. Cuentaſe pues, que á penas ſe huvo partido Sancho quando Don Quixote ſintió ſu ſoledad, y ſi le fuera poſible revocarle la comiſion, y quitarle el Govierno, lo hiciera. Conoció la Duqueſa ſu melancolia, y preguntóle, que de que eſtava triſte, que ſi era por la auſencia de Sancho, que eſcuderos, dueñas, y doncellas avia en ſu caſa, que le ſervirían muy á ſatisfacion de ſu deſeo. Verdad es, Señora mia, reſpondió Don Quixote, que ſiento la auſencia de Sancho: pero no es eſa la cauſa principal, que me hace parecer que eſtoy triſte, y de los muchos ofrecimientos que vueſtra Excelencia me hace ſolamente acepto y eſcojo el de la voluntad con que ſe me hacen, y en lo demas ſuplico á vueſtra Excelencia, que dentro de mi apoſento conſienta, y permita que yo ſolo ſea él que me ſirva. En verdad, dixo la Duqueſa, Señor Don Quixote, que no ha de ſer así, que le han de ſervir quatro doncellas de las mias, hermoſas como unas flores. Para mí, reſpondió Don Quixote no ſerán ellas como flores, ſino como eſpinas, que me puncen el alma. Así entrarán ellas en mi apoſento, ni coſa que lo parezca, como volar. Si es, que vueſtra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced, ſin yo merecerla, dexeme que yo me las aya conmigo, y que yo me ſirva de mis puertas adentro, que yo ponga una muralla en medio de mis deſeos, y de mi honeſtidad, y no quiero perder eſta coſtumbre por la liberalidad que vueſtra Alteza quiere moſtrar conmigo. Y en reſolucion antes dormire veſtido que conſentir, que nadie me deſnude. No mas, no mas, Señor Don Quixote, replicó la Duqueſa, por mí digo, que daré orden, que ni aun una moſca entre en ſu eſtancia, no que una doncella, no ſoy yo perſona, que por mí ſe ha de deſcavalar

cavalar la decencia del Señor Don Quixote, que ſegun ſe me ha traſlucido, la que mas campea entre ſus muchas virtudes es la de la honeſtidad. Deſnudeſe vueſa merced, y viſtaſe á ſus ſolas, y á ſu modo, como, y quando quiſiere, que no avra quien lo impida, pues dentro de ſu apoſento hallará los vaſos neceſarios al meneſter dél que duerme á puerta cerrada, porque ninguna natural neceſidad le obligue á que la abra. Viva mil ſiglos la gran Dulcinea del Toboſo, y ſea ſu nombre eſtendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ſer amada de tan valiente, y tan honeſto Cavallero, y los benignos cielos infundan en el corazon de Sancho Panza nueſtro Governador un deſeo de acabar preſto ſus diciplinas, para que buelva á gozar el mundo de la belleza de tan gran ſeñora. A lo qual dixo Don Quixote, vueſtra altitud ha hablado como quien es, que en la boca de las buenas ſeñoras no ha de aver ninguna que ſea mala; y mas venturoſa, y mas conocida ſerá en el mundo Dulcinea, por averla alabado vueſtra grandeza, que por todas las alabanzas que puedan darle los mas eloquentes de la tierra. Agora bien, Señor Don Quixote, replicó la Duqueſa, la hora de cenar ſe llega, y el Duque deve de eſperar, venga vueſa merced y cenemos, y acoſtaráſe temprano, que el viage que ayer hizo de Candaya no fue tan corto, que no aya cauſado algun molimiento. No ſiento ninguno, Señora, reſpondió Don Quixote, porque oſaré jurar á vueſtra Excelencia, que en mi vida he ſubido ſobre beſtia mas repoſada, ni de mejor paſo que Clavileño, y no ſé yo que le pudo mover á Malambruno para deſhacerſe de tan ligera y tan gentil cavalgadura, y abraſarla así, ſin mas ni mas. A eſo ſe puede imaginar, reſpondió la Duqueſa, que arrepentido del mal que avia hecho á la Trifaldi, y compañia, y á otras perſonas, y de las maldades, que como hechicero, y encantador devia de aver cometido, quiſo concluir con todos los inſtrumentos de ſu oficio, y como á principal,

principal, y que mas le traya desasosegado, vagando de tierra en tierra, abrasó á Clavileño que con sus abrasadas cenizas, y con el trofeo del cartel queda eterno el valor del gran Don Quixote de la Mancha. De nuevo nuevas gracias dió Don Quixote á la Duquesa, y en cenando Don Quixote, se retiró en su aposento solo, sin consentir, que nadie entrase con él á servirle, tanto se temia de encontrar ocasiones que le moviesen, ó forzasen á perder el honesto decoro que á su Señora Dulcinea guardava, siempre puesta en la imaginacion la bondad de Amadis, flor y espejo de los Andantes Caballeros. Cerró tras sí la puerta, y á la luz de dos velas de cera se desnudó, y al descalzarse (ó desgracia indigna de tal persona) se le soltaron, no suspiros, ni otra cosa, que desacreditasen la limpieza de su policia, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó, hecha zelosia: afligióse en estremo el buen señor, y diera él por tener alli un adarme de seda verde una onza de plata, digo seda verde, porque las medias eran verdes. Aquí exclamó Benengeli, y escriviendo, dixo: O pobreza, pobreza, no sé yo con que razon se movió aquel gran Poeta Cordoves, á llamarte dadiva santa desagradecida: yo, aunque Moro, bien sé por la comunicacion que he tenido con Christianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fee, obediencia, y pobreza: pero con todo eso digo, que ha de tener mucho de Dios él que se viniere á contentar con ser pobre, sino es de aquel modo de pobreza, de quien dice uno de sus mayores Santos: Tened todas las cosas como si no las tuviesedes, y á esto llaman pobreza de espiritu: pero tú, segunda pobreza (que eres de la que yo hablo) porque quieres estrellarte con los Hidalgos y bien nacidos, mas que con la otra gente? Porque los obligas á dar pantalia á los zapatos? y á que los botones de sus ropillas unos sean de seda, otros de cerdas, y otros de vidro? porque sus cuellos por la mayor parte han de

ser

ſer ſimpre eſcarolados, y no abiertos con molde? (y en eſto ſe echará de ver, que es antiguo el uſo del almidon, y de los cuellos abiertos) y proſiguió: miſerable del bien nacido, que va dando piſtos á ſu honra, comiendo mal, y á puerta cerrada, haciendo hipocrita al palillo de dientes, con que ſale á la calle deſpues de no aver comido, coſa que le obligue á limpiarſelos. Miſerable de aquel, digo, que tiene la honra eſpantadiza, y pienſa, que deſde una legua ſe le deſcubre el remiendo del zapato, el traſudor del ſombrero, la hilaza del herreruelo, y la hambre de ſu eſtomago: todo eſto ſe le renovó á Don Quixote en la ſoltura de ſus puntos: pero conſolóſe con ver, que Sancho le avia dexado unas botas de camino, que penſó ponerſe otro dia. Finalmente él ſe recoſtó penſativo, y peſaroſo, así de la falta que Sancho le hacia, como de la inreparable deſgracia de ſus medias, á quien tomara los puntos, aunque fuera con ſeda de otra color, que es una de las mayores ſeñales de miſeria, que un Hidalgo puede dar en el diſcurſo de ſu prolixa eſtrecheza. Mató las velas, hacía calor, y no podia dormir, levantóſe del lecho, y abrió un poco la ventana de una reja, que dava ſobre un hermoſo jardin, y al abrirla ſintió, y oyó, que andava y hablava gente en el jardin: puſoſe á eſcuchar atentamente, levantaron la voz los de abaxo, tanto que pudo oir eſtas razones.

No me porfies, ó Emerencia, que cante, pues ſabes que deſde el punto que eſte foraſtero entró en eſte caſtillo, y mis ojos le miraron, yo no ſé cantar ſino llorar, quanto mas que el ſueño de mi ſeñora tiene mas de ligero que de peſado, y no querria que nos hallaſe aquí por todo el teſoro del mundo: y pueſto caſo que durmieſe y no deſpertaſe, en vano ſería mi canto, ſi duerme, y no deſpierta para oirle eſte nuevo Eneas, que ha llegado á mis regiones para dexarme eſcarnecida. No des en eſo, Altiſidora amiga, reſpondieron, que ſin duda la Duqueſa, y quantos ay en eſa caſa, duermen, ſino

es el señor de tu corazon, y el despertador de tu alma, porque aora sentí que abria la ventana de la reja de su estancia, y sin duda deve de estar despierto: canta lástimada mia, en tono baxo, y suave, al son de tu harpa, y quando la Duquesa nos sienta, le echaremos la culpa al calor que hace. No está en eso el punto, ó Emerencia, respondió la Altisidora, sino en que no querria, que mi canto descubriese mi corazon, y fuese juzgada de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas de amor por doncella antojadiza, y liviana: pero venga lo que viniere, que mas vale verguenza en cara, que mancilla en corazon, y en esto sintió tocar una harpa suavisimamente. Oyendo lo qual quedó Don Quixote pasmado, porque en aquel instante se le vinieron á la memoria las infinitas aventuras, semejantes á aquella de ventanas, rejas, y jardines, musicas, requiebros, y desvanecimientos, que en los sus desvanecidos Libros de Cavallerias avia leido: luego imaginó que alguna doncella de la Duquesa estava dél enamorada, y que la honestidad la forzava á tener secreta su voluntad, temió no le rindiese, y propuso en su pensamiento el no dexarse vencer, y encomendandose de todo buen animo, y buen talante á su Señora Dulcinea del Toboso, determinó de escuchar la musica, y para dar á entender que alli estava dió un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las doncellas, que otra cosa no deseavan, sino que Don Quixote las oyese. Recorrida pues, y afinada la harpa Altisidora dió principio á este romance.

O tú que estas en tu lecho,
Entre sabanas de Olanda
Durmiendo á pierna tendida,
De la noche á la mañana:

Cavallero

Cavallero el mas valiente
Que ha producido la Mancha,
Mas honeſto y mas bendito,
Que el oro fino de Arabia:

Oye á una triſte doncella
Bien crecida, y mal lograda,
Que en la luz de tus dos ſoles
Se ſiente abraſar el alma.

Tú buſcas tus aventuras,
Y agenas deſdichas hallas,
Das las feridas, y niegas
El remedio de ſanarlas.

Dime, valeroſo joven,
Que Dios proſpere tus anſias,
Si te criaſte en la Libia.
O en las montañas de Jaca?

Si ſierpes te dieron leche?
Si á dicha fueron tus amas
La aſpereza de las ſelvas,
Y el horror de las montañas?

Muy bien puede Dulcinea,
Doncella rolliza y ſana,
Preciarſe de que ha rendido
A una tigre y fiera brava.

Por eſto ſerá famoſa,
Deſde Henares á Xaramá,
Deſde el Tajo á Manzanares,
Deſde Piſuerga haſta Arlanza.

Trocáreme yo por ella,
Y diera encima una ſaya,
De las mas gayadas mias,
Que de oro le adornan franjas.

O quien ſe viera en tus brazos,
O ſino junto á tu cama,
Raſcandote la cabeza,
Y matandote la caſpa.

Mucho pido, y no ſoy digna
De merced tan ſeñalada,
Los pies quiſiera traerte,
Que á una humilde eſto le baſta.

O que de coſias te diera,
Que de eſcarpines de plata,
Que de calzas de Damaſco,
Que de herreruelos de Olanda.

Que de finiſimas perlas,
Cada qual como una agalla,
Que á no tener compañeras,
Las ſolas fueran llamadas.

No mires de tu Tarpeya
Eſte incendio que me abraſa,
Neron Manchego del mundo,
Ni le avives con tu ſaña.

Niña ſoy, pulzela tierna,
Mi edad de quince no paſa,
Catorce tengo y tres meſes,
Te juro en Dios y en mi anima.

No ſoy renca, ni ſoy coxa,
Ni tengo nada de manca,
Los cabellos como lirios,
Que en pie por el ſuelo arraſtran.

Y aunque es mi boca aguileña,
Y la nariz algo chata,
Ser mis dientes de topacios
Mi belleza al cielo enſalza.

Mi voz, ya ves, ſi me eſcuchas,
Que á la que es mas dulce iguala,
Y ſoy de diſpoſicion
Algo menos que mediana,

Eſtas, y otras gracias miras,
Son deſpojos de tu aljava,
Deſta caſa ſoy doncella,
Y Altiſidora me llaman.

Aquí dió fin el canto de la malferida Altiſidora, y comenzó el aſombro del requirido Don Quixote, el qual dando un gran ſuſpiro dixo entresí.

Que tengo de ſer tan deſdichado andante, que no ha de aver doncella que me mire, que de mí no ſe enamore? que tenga de ſer tan corta de ventura la ſin par Dulcinea del Toboſo, que no la han de dexar á ſolas gozar de la incomparable firmeza mia? Que la quereis, Reinas? á que la perſeguis, Emperatrices? para que la acoſais, doncellas de á catorce á quince años? Dexad, dexad á la miſerable que triumfe, ſe goce, y ufane con la ſuerte que amor quiſo darle, en rendirle mi corazon, y entregarle mi alma. Mirad, caterva enamorada, que para ſola Dulcinea ſoy de maſa, y

de

de alfenique, y para todas las demas ſoy de pedernal: para ellas ſoy miel, y para voſotras azíbar: para mí ſola Dulcinea es, la hermoſa, la diſcreta, la honeſta, la gallarda, y la bien nacida, y las demas las feas, las necias, las livianas, y las de peor linage: para ſer yo ſuyo, y no de otra alguna me arrojó la naturaleza al mundo: llore, ó cante Altiſidora, deſeſpereſe Madama, por quien me aporrearon en el caſtillo del Moro Encantado, que yo tengo de ſer de Dulcinea, cocido, ó aſado, limpio, bien criado, y honeſto, á peſar de todas las poteſtades hechiceras de la tierra, y con eſto cerró de golpe la ventana, y deſpechado, y peſaroſo, como ſi le huviera acontecido alguna gran deſgracia ſe acoſtó en ſu lecho, donde le dexaremos por aora, porque nos eſtá llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio á ſu famoſo Govierno.

Cap. XLV. De como el gran Sancho Panza tomó la poſeſion de ſu Inſula, y del modo que comenzó á governar.

O Perpetuo deſcubridor de los Antipodas, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras, Timbrio aquí, Febo alli, tirador áca, medico acullá, padre de la poeſia, inventor de la muſica, tú que ſiempre ſales (y aunque lo parece) nunca te pones. A tí digo, ó Sol, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre: á tí digo, que me favorezcas, y alumbres la eſcuridad de mi ingenio, para que pueda diſcurrir por ſus puntos en la narracion del Govierno del gran Sancho Panza, que ſin tí yo me ſiento tibio, deſmazalado, y confuſo.

Digo pues, que con todo ſu acompañamiento llegó Sancho á un lugar de haſta mil vecinos, que era de los mejores que el Duque

Duque tenía, dieronle á entender que ſe llamava la Inſula Barataria, ó ya porque el lugar ſe llamava Baratario, ó ya por el barato con que ſe le avia dado el Govierno: al llegar á las puertas de la villa, que era cercada, ſalió el Regimiento del pueblo á recebirle, tocáron las campanas, y todos los vecinos dieron mueſtras de general alegria, y con mucha pompa le llevaron á la Igleſia mayor á dar gracias á Dios, y luego con algunas ridiculas ceremonias le entregaron las llaves del pueblo, y le admitieron por perpetuo Governador de la Inſula Barataria. El trage, las barbas, la gordura, y pequeñez del nuevo Governador tenía admirada á toda la gente, que el buſilis del cuento no ſabia, y aun á todos los que lo ſabian que eran muchos. Finalmente en ſacandole de la Igleſia, le llevaron á la ſilla del Juzgado, y le ſentaron en ella, y el Mayordomo del Duque le dixo: es coſtumbre antigua en eſta Inſula, ſeñor Governador, que él que viene á tomar poſeſion deſta famoſa Inſula, eſtá obligado á reſponder á una pregunta que ſe le hiciere, que ſea algo intricada, y dificultoſa, de cuya reſpueſta el pueblo toma, y toca el pulſo del ingenio de ſu nuevo Governador, y así, ó ſe alegra, ó ſe entriſtece con ſu venida.

En tanto que el Mayordomo decia eſto á Sancho, eſtava él mirando unas grandes, y muchas letras que en la pared frontera de ſu ſilla eſtavan eſcritas, y como él no ſabia leer, preguntó, que que eran aquellas pinturas, que en aquella pared eſtavan: fuele reſpondido: Señor, alli eſtá eſcrito y notado el dia en que vueſtra Señoria tomó poſeſion deſta inſula, y dice el Epitafio: Oy dia á tantos de tal mes, y de tal año tomó la poſeſion deſta inſula el Señor Don Sancho Panza, que muchos años la goce. Y á quien llaman Don Sancho Panza? pregunto Sancho. A vueſtra Señoria, reſpondió el Mayordomo, que en eſta inſula no ha entrado otro Panza, ſino él que eſtá ſentado en eſa ſilla. Pues advertid, hermano, dixo Sancho,

cho, que yo no tengo Don, ni en todo mi linage le ha avido, Sancho Panza me llaman á ſecas, y Sancho ſe llamó mi padre, y Sancho mi aguelo, y todos fueron Panzas ſin añadiduras de dones ni donas, y yo imagino que en eſta inſula deve de aver mas dones que piedras, pero baſta, Dios me entiende, y podrá ſer, que ſi el Govierno me dura quatro dias, yo eſcardaré eſtos dones, que por la muchedumbre deven de enfadar como los moſquitos. Paſe adelante con ſu pregunta el ſeñor Mayordomo, que yo reſponderé lo mejor que ſupiere, ora ſe entriſtezca, ó no ſe entriſtezca el pueblo. A eſte inſtante entraron en el juzgado dos hombres, el uno veſtido de labrador, y el otro de ſaſtre, porque traya una tixeras en la mano, y el ſaſtre dixo: Señor Governador, yo y eſte hombre labrador venimos ante vueſa merced en razon que eſte buen hombre llegó á mi tienda ayer, que yo con perdon de los preſentes ſoy ſaſtre examinado, que Dios ſea bendito, y poniendome un pedazo de paño en las manos, me preguntó: Señor, avría en eſte paño harto para hacerme una caperuza? Yo tanteando el paño, le reſpondi que sí, él devióſe de imaginar, á lo que yo imagino, é imagine bien, que ſin duda yo le queria hurtar alguna parte del paño, fundandoſe en ſu malicia, y en la mala opinion de los ſaſtres: y replicóme que miraſe ſi avria para dos: adivinele el penſamiento, y dixele, que sí, y él cavallero en ſu dañada y primera intencion, fue añadiendo caperuzas, y yo añadiendo ſies, haſta que llegamos á cinco caperuzas, y aora en eſte punto acaba de venir por ellas, yo ſe las doy, y no me quiere pagar la hechura: antes me pide que le pague, ó buelva ſu paño. Es todo eſto así, hermano? preguntó Sancho. Si ſeñor, reſpondió el hombre: pero hagale vueſa merced que mueſtre las cinco caperuzas que me ha hecho. De buena gana, reſpondió el ſaſtre, y ſacando encontinente la mano debaxo del herreruelo moſtró en ella cinco caperuzas

ruzas pueſtas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dixo: He aquí las cinco caperuzas, que eſte buen hombre me pide, y en Dios, y en mi conciencia, que no me ha quedado nada del paño, y yo daré la obra á viſta de veedores del oficio. Todos los preſentes ſe rieron de la multitud de las caperuzas, y del nuevo pleito. Sancho ſe puſo á conſiderar un poco, y dixo: Pareceme que en eſte pleito no ha de aver largas dilaciones, ſino juzgar luego á juicio de buen varon, y así yo doy por ſentencia, que el ſaſtre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuzas ſe lleven á los preſos de la carcel, y no aya mas. Si la ſentencia paſada de la bolſa del ganadero movió á admiracion á los circunſtantes, eſta les provocó á riſa: pero en fin ſe hizo lo que mandó el Governador, ante el qual ſe preſentaron dos hombres ancianos, el uno traya una cañaheja por baculo, y él ſin baculo dixo: Señor, á eſte buen hombre le preſte dias ha diez eſcudos de oro en oro por hacerle placer, y buena obra, con condicion que me los bolvieſe, quando ſe los pidieſe: paſaronſe muchos dias ſin pedirſelos, por no ponerle en mayor neceſidad de bolvermelos, que la que él tenía, quando yo ſe los preſte: pero por parecerme que ſe deſcuidava en la paga ſe los he pedido una y muchas veces, y no ſolamente no me los buelve, pero me los niega; y dice, que nunca tales diez eſcudos le preſte, y que ſi ſe los preſte, que ya me los ha buelto; yo no tengo teſtigos, ni del preſtado, ni de la buelta, porque no me los ha buelto, querria que vueſa merced le tomaſe juramento, y ſi jurare que me los ha buelto, yo ſe los perdono para aquí, y para delante de Dios. Que decis vos á eſto, buen viejo del baculo? dixo Sancho. A lo que dixo el viejo: Yo, ſeñor, confieſo, que me los preſtó, y baxe vueſa merced eſa vara, y pues él lo dexa en mi juramento, yo juraré como ſe los he buelto, y pagado real y verdaderamente. Baxó el Governador la vara, y en tanto el viejo

del baculo, dió el baculo al otro viejo, que ſe le tuvieſe en tanto que jurava, como ſi le embarazara mucho, y luego puſo la mano en la Cruz de la vara, diciendo, que era verdad, que ſe le avian preſtado aquellas diez eſcudos, que ſe le pedian: pero que él ſe los avia buelto de ſu mano á la ſuya, y que por no caer en ello ſe los bolvia á pedir por momentos. Viendo lo qual el gran Governador, preguntó al acreedor, que reſpondia á lo que decia ſu contrario, y dixo, que ſin duda alguna ſu deudor devia de decir verdad, porque le tenía por hombre de bien, y buen Chriſtiano, y que á él ſe le devia de aver olvidado el como, y quando ſe los avia buelto, y que deſde alli en adelante jamas le pidiría nada: tornó á tomar ſu baculo el deudor, y baxando la cabeza ſe ſalió del juzgado: viſto lo qual Sancho, y que ſin mas ni mas ſe iva, y viendo tambien la paciencia del demandante, inclinó la cabeza ſobre el pecho, y poniendoſe el indice de la mano derecha ſobre las cejas, y las narices, eſtuvo como penſativo un pequeño eſpacio, y luego alzó la cabeza, y mandó que le llamaſen al viejo del baculo, que ya ſe avia ido: truxeronſele, y en viendole Sancho, le dixo, dadme, buen hombre, eſe baculo que le he meneſter. De muy buena gana, reſpondió el viejo, hé le aquí ſeñor, y puſoſele en la mano: tomóle Sancho, y dandoſele al otro viejo, le dixo, andad con Dios que ya vais pagado. Yo, ſeñor? reſpondió elviejo; pues vale eſta cañaheja diez eſcudos de oro? Si, dixo el Governador, ó ſino yo ſoy el mayor porro del mundo, y aora ſe verá, ſi tengo yo caletre para governar todo un Reino, y mandó que alli delante de todos ſe rompieſe, y abrieſe la caña. Hizoſe así, y en el corazon della hallaron diez eſcudos en oro, quedaron todos admirados, y tuvieron á ſu Governador por un nuevo Salomon. Preguntaronle de donde avia colegido, que en aquella cañaheja eſtavan aquellos diez eſcudos, y reſpondió, que de averle viſto dar el viejo que jurava â ſu contrario aquel baculo, en tanto que hacia

cía el juramento, y jurar que ſe los avia dado real y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornó á pedir el baculo, le vinó á la imaginacion, que dentro del eſtava la paga de lo que pedian, de donde ſe podia colegir, que los que goviernan, aunque ſean unos tontos, tal vez los encamina Dios en ſus juicios, y mas que él avia oido contar otro caſo como aquel al Cura de ſu lugar, y que él tenía tan gran memoria, que á no olvidarſele todo aquello de que queria acordarſe, no huviera tal memoria en toda la inſula. Finalmente el un viejo corrido, y el otro pagado ſe fueron, y los preſentes quedaron admirados, y él que eſcrivia las palabras, hechos, y movimientos de Sancho no acabava de determinarſe, ſi le tendría, y pondría por tonto, ó por diſcreto.

Luego acabado eſte pleito entró en el juzgado una muger aſida fuertemente de un hombre veſtido de ganadero rico, la qual venia dando grandes voces, diciendo: Juſticia, Señor Governador, juſticia y ſino la hallo en la tierra, la ire á buſcar al cielo, Señor Governador de mi anima, eſte mal hombre me ha cogido en la mitad deſe campo, y ſe ha aprovechado de mi cuerpo, como ſi fuera trapo mal lavado, y deſdichada de mí, me ha llevado lo que yo tenía guardado mas de veinte y tres años ha, defendiendolo de Moros, y Chriſtianos, de naturales, y eſtrangeros, y yo ſiempre dura como un alcornoque, conſervandome entera como la ſalamanqueſa en el fuego, ó como la lana entre las zarzas: para que eſte buen hombre llegaſe aora con ſus manos limpias á manoſearme. Aun eſo eſtá por averiguar ſi tiene limpias, ó no las manos eſte galan, dixo Sancho, y bolviendoſe al hombre, le dixo, que decia, y reſpondia á la querella de aquella muger, el qual todo turbado reſpondió: Señores, yo ſoy un pobre ganadero de ganado de cerda, y eſta mañana ſalia deſte lugar de vender, con perdon ſea dicho, quatro puercos, que me llevaron de alcavalas, y ſocaliñas poco menos de lo que

ellos valian : bolviame á mi aldea, tope en el camino á eſta buena dueña, y el diablo que todo lo añaſca, y todo lo cuece, hizo que yogaſemos juntos : paguele lo ſuficiente, y ella mal contenta aſió de mí, y no me ha dexado, haſta traerme á eſte pueſto : dice que la forzé, y miente para el juramento que hago, ó pienſo hacer, y eſta es toda la verdad ſin faltar meaja. Entonces el Governador le preguntó, ſi traya conſigo algun dinero en plata, él dixo que haſta veinte ducados tenía en el ſeno en una bolſa de cuero, mandó que la ſacaſe, y ſe la entregaſe así como eſtava á la querellante, él lo hizo temblando : tomóla la muger, y haciendo mil zalemas á todos, y rogando á Dios por la vida, y ſalud del ſeñor Governador, que así mirava por las huerfanas meneſteroſas, y doncellas, y con eſto ſe ſalió del juzgado, llevando la bolſa aſida con entrambas manos, aunque primero miró ſi era de plata la moneda que llevava dentro. A penas ſalió, quando Sancho dixo al ganadero, que ya ſe le ſaltavan las lagrimas, y los ojos y el corazon ſe ivan tras ſu bolſa : Buen hombre, id tras aquella muger, y quitadle la bolſa aunque no quiera, y bolved aquí con ella : y no lo dixo á tonto, ni á ſordo, porque luego partió como un rayo, y fue á lo que ſe le mandava. Todos los preſentes eſtavan ſuſpenſos, eſperando el fin de aquel pleito, y de alli á poco bolvieron él hombre y la muger, mas aſidos y aferrados que la vez primera, ella la ſaya levantada, y en el regazo pueſta la bolſa, y el hombre pugnando por quitarſela, mas no era poſible, ſegun la muger la defendia, la qual dava voces diciendo : juſticia de Dios, y del mundo, mire vueſa merced, ſeñor Governador, la poca verguenza, y el poco temor deſte deſalmado, que en mitad de poblado, y en mitad de la calle me ha querido quitar la bolſa, que vueſa merced mandó darme. Y hayos la quitado, preguntó el Governador ? Como quitar ? reſpondió la muger : Antes me dexara yo quitar la vida que

me

me quiten la bolſa, bonita es la niña, otros gatos me han de echar á las barbas, que no eſte deſventurado y aſqueroſo, tenazas, y martillos, mazos, y eſcoplos, no ſerán baſtantes á ſacarmela de las uñas, ni aun garras de leones; antes el anima de en mitad en mitad de las carnes. Ella tiene razon, dixo el hombre, y yo me doy por rendido, y ſin fuerzas, y confieſo que las mias no ſon baſtantes para quitarſela, y dexola. Entonces el Governador dixo á la muger, moſtrad, honrada y valiente, eſa bolſa: ella ſe la dió luego, y el Governador ſe la bolvió al hombre, y dixo á la esforzada, y no forzada: Hermana mia, ſi el miſmo aliento y valor que aveis moſtrado para defender eſta bolſa le moſtrarades, y aun la mitad menos para defender vueſtro cuerpo, las fuerzas de Hercules no os hicieran fuerza; andad con Dios, y mucho de en hora mala, y no pareis en toda eſta inſula, ni en ſeis leguas á la redonda, ſo pena de docientos azotes: andad luego, digo, churrillera, deſvergonzada, y embaidora: eſpantóſe la muger, y fueſe cabizbaxa, y mal contenta, y el Governador dixo al hombre: Buen hombre, andad con Dios á vueſtro lugar con vueſtro dinero, y de aquí adelante, ſino le quereis perder, procurad que no os venga en voluntad de yogar con nadie: el hombre le dió las gracias lo peor que ſupo, y fueſe, y los circunſtantes quedaron admirados de nuevo de los juicios y ſentencias de ſu nuevo Governador. Todo lo qual notado de ſu coroniſta fue luego eſcrito al Duque que con gran deſeo lo eſtava eſperando, y quedeſe aquí el buen Sancho, que es mucha la prieſa que nos da ſu Amo, alborozado con la muſica de Altiſidora.

Cap. XLVI. Del temeroſo eſpanto cencerril, y gatuno que recibió Don Quixote en el diſcurſo de los amores de la enamorada Altiſidora.

DExamos al gran Don Quixote embuelto en los penſamientos que le avian cauſado la muſica de la enamorada doncella Altiſidora, acoſtóſe con ellos, y como ſi fueran pulgas, no le dexaron dormir, ni ſoſegar un punto, y juntavanſele los que le faltavan de ſus medias: pero como es ligero el tiempo, y no ay barranco que le detenga, corrió cavallero en las horas, y con mucha preſteza llegó la de la mañana, Lo qual viſto por Don Quixote, dexó las blandas plumas, y no nada perezoſo ſe viſtió ſu acamuzado veſtido, y ſe calzó ſus botas de camino, por encubrir la deſgracia de ſus medias, arrojóſe encima ſu manton de eſcarlata, y puſoſe en la cabeza una montera de terciopelo verde, guarnecida de paſamanos de plata, colgó el tahali de ſus ombros con ſu buena y tajadora eſpada, aſió un gran roſario que conſigo contino traya, y con gran proſopopeya, y contoneo ſalió á la anteſala donde el Duque y la Duqueſa eſtavan ya veſtidos, y como eſperandole; y al paſar por una galeria eſtavan apoſta eſperandole Altisidora, y la otra doncella ſu amiga: y así como Altisidora vió á Don Quixote, fingió deſmayarſe, y ſu amiga la recogió en ſus faldas, y con gran preſteza la iva á deſabrochar el pecho. Don Quixote que lo vió, llegandoſe á ellas, dixo: Ya ſé yo de que proceden eſtos accidentes. No ſé yo de que, reſpondió la amiga, porque Altisidora es la doncella mas ſana de toda eſta caſa, y yo nunca la he ſentido un ay, en quanto ha que la conozco, que mal ayan quantos Cavalleros Andantes ay en el mundo, si es que todos ſon deſagradecidos, vayaſe

vueſa

vueſa merced, Señor Don Quixote, que no bolverá en sí eſta pobre niña en tanto que vueſa merced aquí eſtuviere. A lo que reſpondió Don Quixote, haga vueſa merced, Señora, que ſe me ponga un laud eſta noche en mi apoſento, que yo conſolaré, lo mejor que pudiere, á eſta laſtimada doncella, que en los principios amoroſos los deſengaños preſtos, ſuelen ſer remedios calificados, y con eſto ſe fue, porque no fueſe notado de los que alli le vieſen: no ſe huvo bien apartado, quando bolviendo en sí la deſmayada Altisidora, dixo á ſu compañera, meneſter ſerá que ſe le ponga el laud, que ſin duda Don Quixote quiere darnos musica, y no ſerá mala, ſiendo ſuya. Fueron luego á dar cuenta á la Duqueſa de lo que paſava, y del laud que pedia Don Quixote, y ella alegre ſobre modo concertó con el Duque, y con ſus doncellas de hacerle una burla que fueſe mas riſueña que dañoſa, y con mucho contento eſperavan la noche, que ſe vinó tan á prieſa como ſe avia venido el dia, el qual paſaron los Duques en ſabroſas platicas con Don Quixote; y la Duqueſa aquel dia real y verdaderamente deſpachó á un page ſuyo, que avia hecho en la ſelva la figura encantada de Dulcinea, á Tereſa Panza con la carta de ſu marido Sancho Panza, y con el lio de ropa que avia dexado, para que ſe le embiaſe, encargandole le truxeſe buena relacion de todo lo que con ella paſaſe. Hecho eſto, y llegadas las once horas de la noche halló Don Quixote una vihuela en ſu apoſento, templóla, abrió la reja, y ſintió que andava gente en el jardin, y aviendo recorrido los traſtes de la vihuela, y afinandola lo mejor que ſupo, eſcupió, y remondóſe el pecho, y luego con una voz ronquilla, aunque entonada, cantó el ſiguiente romance, que él miſmo aquel dia avia compueſto.

Suelen las fuerzas de amor
Sacar de quicio á las almas,
Tomando por inſtrumento
La ocioſidad deſcuidada. Suele

Suele el coſer, y el labrar,
Y el eſtar ſiempre ocupada,
Ser antidoto al veneno
De las amoroſas anſias.

Las doncellas recogidas,
Que aſpiran á ſer caſadas,
La honeſtidad es la dote,
Y voz de ſus alabanzas.

Los Andantes Cavalleros,
Y los que en la Corte andan,
Requiebranſe con las libres,
Con las honeſtas ſe caſan.

Ay amores de levante,
Que entre hueſpedes ſe tratan,
Que llegan preſto al Poniente,
Porque en el partirſe acaban.

El amor recien venido,
Que oy llegó, y ſe va mañana,
Las imagines no dexa,
Bien impreſas en el alma.

Pintura ſobre pintura,
Ni ſe mueſtra ni ſeñala,
Y do ay primera belleza,
La ſegunda no hace baza.

Dulcinea del Toboſo
Del alma en la tabla raſa
Tengo pintada de modo,
Que es impoſible borrarla.

La firmeza en los amantes
Es la parte mas preciada,
Por quien hace amor milagros,
Y así miſmo los levanta.

Aquí llegava Don Quixote de ſu canto, á quien eſtavan eſcuchando el Duque, y la Duqueſa, Altiſidora, y caſi toda la gente del caſtillo, quando de improviſo deſde encima de un corredor, que ſobre la reja de Don Quixote á plomo caya, deſcolagron un cordel, donde venian mas de cien cencerros aſidos, y luego tras ellos derramaron un gran ſaco de gatos, que así miſmo trayan cencerros menores atados á las colas: fue tan grande el ruido de los cencerros, y el mayar de los gatos, que aunque los Duques avian ſido inventores de la burla, toda via les ſobreſaltó; y temeroſo Don Quixote quedó paſmado; y quiſo la ſuerte que dos, ó tres gatos ſe entraron por la reja de ſu eſtancia, y dando de una parte á otra, parecia que una region de diablos andavan en ella, apagaron las velas que en el apoſento ardian, y andavan buſcando por do eſcaparſe: el deſcolgar, y ſubir del cordel de los grandes cencerros no ceſava: la mayor parte de la gente del caſtillo, que no ſabia la verdad del caſo, eſtava ſuſpenſa y admirada. Levantóſe Don Quixote en pie, y poniendo mano á la eſpada, comenzó á tirar eſtocadas por la reja, y á decir á grandes voces: afuera, malignos encantadores, afuera, canalla hechicereſca, que yo ſoy Don Quixote de la Mancha, contra quien no valen, ni tienen fuerza vueſtras malas intenciones, y bolviendoſe á los gatos, que andavan por el apoſento, les tiró muchas cuchilladas, ellos acudieron á la reja, y por alli ſe ſalieron; aunque uno viendoſe tan acoſado de las cuchilladas de Don Quixote le ſaltó al roſtro, y le aſió de las narices con las uñas, y los dientes, por cuyo dolor Don Quixote comenzó á dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo qual el Duque y la

Duqueſa, y conſiderando lo que podia ſer, con mucha preſteza acudieron á ſu eſtancia, y abriendo con llave maeſtra, vieron al pobre Cavallero, pugnando con todas ſus fuerzas, por arrancar el gato de ſu roſtro; entraron con luces, y vieron la deſigual pelea, acudió el Duque á deſpartirla, y Don Quixote dixo á voces: no me le quite nadie, dexenme mano á mano con eſte demonio, con eſte hechicero, con eſte encantador, que yo le daré á entender de mí á él, quien es Don Quixote de la Mancha: pero el gato no curandoſe deſtas amenazas gruñia, y apretava. Mas en fin el Duque ſe le deſarraigó, y le echó por la reja: quedó Don Quixote acrivado el roſtro, y no muy ſanas las narices, aunque muy deſpechado, porque no le avian dexado fenecer la batalla, que tan trabada tenía con aquel malandrin encantador. Hicieron traer azeite de Aparicio, y la miſma Altiſidora con ſus blanquiſmas manos le puſo unas vendas por todo lo herido, y al ponerſelas con voz baxa le dixo: todas eſtas mal andanzas te ſuceden, empedernido Cavallero, por el pecado de tu dureza y pertinacia: y plega á Dios que ſe le olvide á Sancho tu eſcudero el azotarſe, porque nunca ſalga de ſu encanto eſta tan amada tuya Dulcinea, ni tú la goces, ni llegues á talamo con ella, alomenos viviendo yo, que te adoro. A todo eſto no reſpondió Don Quixote otra palabra, ſino fue dar un profundo ſuſpiro, y luego ſe tendió en ſu lecho, agradeciendo á los Duques la merced, no porque él tenía temor de aquella canalla gateſca, encantadora, y cencerruna, ſino porque avia conocido la buena intencion con que avian venido á ſocorrerle. Los Duques le dexaron ſoſegar, y ſe fueron peſaroſos del mal ſuceſo de la burla, que no creyeron que tan peſada y coſtoſa le ſaliera á Don Quixote aquella aventura, que le coſtó cinco dias de encerramiento, y de cama, donde le ſucedió otra aventura mas guſtoſa que la paſada, la qual no quiere ſu hiſtoriador contar aora, por acudir á Sancho Panza, que andava muy ſolicito, y muy gracioſo en ſu Govierno.

Cap.

Cap. XLVII. Donde ſe proſigue como ſe portava Sancho Panza en ſu Govierno.

CUenta la Hiſtoria, que deſde el juzgado llevaron á Sancho Panza á un ſuntuoſo palacio, adonde en una gran ſala eſtava pueſta una real y limpiſima meſa, y así como Sancho entró en la ſala ſonaron chirimias, y ſalieron quatro pages á darle aguamanos, que Sancho recibió con mucha gravedad: ceſó la muſica, ſentóſe Sancho á la cabecera de la meſa, porque no avia mas de aquel aſiento, y no otro ſervicio en toda ella. Puſoſe á ſu lado en pie un perſonage, que deſpues moſtró ſer Medico, con una varilla de vallena en la mano, levantaron una riquiſima y blanca toalla, con que eſtavan cubiertas las frutas, y mucha diverſidad de platos de diverſos manjares: uno que parecia eſtudiante echó la bendicion, y un page puſo un babador randado á Sancho: otro que hacía el oficio de Maeſtreſala llegó un plato de fruta delante, pero á penas huvo comido un bocado, quando él de la varilla tocando con ella en el plato ſe le quitaron de delante con grandiſima celeridad: pero el Maeſtreſala le llegó otro de otro manjar: iva á provarle Sancho, pero antes que llegaſe á el, ni le guſtaſe ya la varilla avia tocado en el, y un page alzandole con tanta preſteza como el de la fruta. Viſto lo qual por Sancho quedó ſuſpenſo, y mirando á todos, preguntó ſi ſe avia de comer aquella comida como juego de Maeſecoral. A lo qual reſpondió él de la vara, no ſe ha de comer, Señor Governador, ſino como es uſo y coſtumbre en las otras inſulas donde ay Governadores: yo, Señor, ſoy medico, y eſtoy aſalariado en eſta Inſula para ſerlo de los Governadores della, y miro

por ſu ſalud, mucho mas que por la mia, eſtudiando de noche y de dia, y tanteando la complexion del Governador, para acertar á curarle, quando cayere enfermo, y lo principal que hago, es aſiſtir á ſus comidas, y cenas, y á dexarle comer de lo que me parece que le conviene, y á quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño, y ſer nocivo al eſtomago, y así mandé quitar el plato de la fruta, por ſer demaſiadamente humeda, y el plato del otro manjar tambien le mandé quitar, por ſer demaſiadamente caliente, y tener muchas eſpecies, que acrecientan la ſed, y él que mucho beve mata y conſume el humedo radical, donde conſiſte la vida. Deſa manera aquel plato de perdices que eſtan alli aſadas, y á mi parecer bien ſazonadas, no me harán algun daño. A lo que el Medico reſpondió: eſàs no comerá el Señor Governador en tanto que yo tuviere vida. Pues porque? dixo Sancho. Y el Medico reſpondió, porque nueſtro maeſtro Hipocrates, norte y luz de la medicina en un Aforiſmo ſuyo dice: Omnis ſaturatio mala, perdicis autem peſſima: Quiere decir, toda hartazga es mala, pero la de las perdices maliſima. Si eſo es así, dixo Sancho, vea el ſeñor Doctor de quantos manjares ay en eſta meſa, qual me hará mas provecho, y qual menos daño, y dexeme comer del, ſin que me le apalee: porque por vida del Governador, y así Dios me le dexe gozar, que me muero de hambre, y el negarme la comida, aunque le peſe al Señor Doctor, y él mas me diga, antes ſera quitarme la vida que aumentarmela. Vueſa merced tiene razon, Señor Governador, reſpondió el Medico, y así es mi parecer, que vueſa merced no coma de aquellos conejos guiſados que alli eſtan, porque es manjar peliagudo: de aquella ternera, ſino fuera aſada, y en adobo, aun ſe pudiera provar: pero no ay para que. Y Sancho dixo: aquel platonazo que eſtá mas adelante vahando, me parece, que es Olla podrida, que por la diverſidad de coſas que en las tales ollas

ollas podridas ay, no podre dexar de topar con alguna que me ſea de guſto, y de provecho. Abſit, dixo el Medico: vaya lexos de noſotros tan mal penſamiento, no ay coſa en el mundo de peor mantenimiento que una Olla podrida; allá las ollas podridas para los Canonigos, ó para los Retores de Colegios, ó para las bodas labradoreſcas, y dexen nos libres las meſas de los Governadores, donde ha de aſiſtir todo primor, y toda atildadura: y la razon es, porque ſiempre, y á do quiera, y de quien quiera, ſon mas eſtimadas las medicinas ſimples, que las compueſtas, porque en las ſimples no ſe puede errar, y en las compueſtas sí, alterando la cantidad de las coſas de que ſon compueſtas, mas lo que yo ſé que ha de comer el Señor Governador aora, para conſervar ſu ſalud, y corroborarla, es un ciento de cañutillos de ſuplicaciones, y unas tajadicas ſubtiles de carne de membrillo, que le aſienten el eſtomago, y le ayuden á la digeſtion.

Oyendo eſto Sancho, ſe arrimó ſobre el eſpaldar de la ſilla, y miró de hito en hito al tal Medico, y con voz grave le preguntó, como ſe llamava, y donde avia eſtudiado: A lo que él reſpondió, yo, Señor Governador, me llamo el Doctor Pedro Recio de Aguero, y ſoy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que eſtá entre Caraquel, y Almodobar del Campo, á la mano derecha, y tengo el grado de Doctor por la Univerſidad de Oſuna. A lo que reſpondió Sancho, todo encendido en colera, pues Señor Doctor Pedro Recio de mal Aguero, natural de Tirteafuera, lugar que eſtá á la derecha mano, como vamos de Caraquel á Almodobar del Campo, graduado en Oſuna, quiteſeme luego delante, ſino voto al Sol, que tome un garrote, y que á garrotazos, comenzando por el, no me ha de quedar medico en toda la inſula, alomenos de aquellos que yo entienda que ſon ignorantes, que á los medicos ſabios, prudentes, y diſcretos los pondré ſobre mi cabeza, y los honraré como á perſonas

ſonas divinas, y buelvo á decir, que ſe me vaya Pedro Recio de aquí, ſino tomaré eſta ſilla, donde eſtoy ſentado, y ſe la eſtrellaré en la cabeza, y pidanmelo en reſidencia que yo me deſcargaré, con decir, que hice ſervicio á Dios en matar á un mal medico, verdugo de la Republica, y denme de comer, ó ſino tomenſe ſu Govierno, que oficio, que no da de comer á ſu dueño, no vale dos habas. Alborotóſe el Doctor viendo tan colerico al Governador, y quiſo hacer Tirteafuera de la ſala, ſino que en aquel inſtante ſonó una corneta de poſta en la calle, y aſomandoſe el Maeſtreſala á la ventana, bolvió diciendo, correo viene del Duque mi Señor, algun deſpacho deve de traer de importancia. Entró el Correo ſudando, y aſuſtado, y ſacando un pliego del ſeno, le puſo en las manos del Governador, y Sancho le puſo en las del Mayordomo, aquien mandó leyeſe el ſobre eſcrito que decia así: A Don Sancho Panza Governador de la Inſula Barataria en ſu propia mano, ó en las de ſu Secretario. Oyendo lo qual Sancho, dixo: quien es aquí mi Secretario? y uno de los que preſentes eſtavan reſpondió, yo Señor, porque ſé leer, y eſcrivir, y ſoy Vizcaino. Con eſa añadidura, dixo Sancho, bien podeis ſer Secretario del miſmo Emperador, abrid eſe pliego, y mirad lo que dice. Hizolo así el recien nacido Secretario, y aviendo leido lo que decia, dixo, que era negocio para tratarle á ſolas. Mandó Sancho deſpejar la ſala, y que no quedaſen en ella ſino el Mayordomo, y el Maeſtreſala; y los demas, y el Medico ſe fueron, y luego el Secretario leyó la carta, que así decia.

A mi noticia ha llegado, Señor Don Sancho Panza, que unos enemigos mios, y deſa inſula la han de dar un aſalto furioſo no ſé que noche, conviene velar y eſtar alerta, porque no le tomen deſapercebido: ſé tambien por eſpias verdaderas, que han entrado en eſe lugar quatro perſonas disfrazadas para quitaros la vida, porque ſe temen de vueſtro ingenio: abrid el ojo, y mirad quien llega á hablaros, y no comais de coſa que os preſentaren; yo tendre cuidado

dado de ſocorreros, ſi os vieredes en trabajo, y en todo hareis como ſe eſpera de vueſtro entendimiento. Deſte lugar á diez y ſeis de Agoſto á las quatro de la mañana. Vueſtro amigo el Duque.

Quedó atonito Sancho, y moſtraron quedarlo aſimiſmo los circunſtantes, y bolviendoſe al Mayordomo le dixo, lo que agora ſe ha de hacer, y ha de ſer luego, es meter en un calabozo al Doctor Recio, porque ſi alguno me ha de matar ha de ſer él, y de muerte adminicula, y peſima, como es la de la hambre. Tambien dixo el Maeſtreſala, me parece á mí, que vueſa merced no coma de todo lo que eſtá en eſta meſa, porque lo han preſentado unas monjas, y como ſuele decirſe, detras de la Cruz eſtá el diablo. No lo niego, reſpondió Sancho, y por aora denme un pedazo de pan, y obra de quatro libras de uvas, que en ellas no podra venir veneno, porque en efecto no puedo paſar ſin comer, y ſi es que hemos de eſtar prontos para eſtas batallas que nos amenazan, meneſter ſerá eſtar bien mantenidos, porque tripas llevan corazon, que no corazon tripas, y vos, Secretario, reſponded al Duque mi Señor, y decidle, que ſe cumplirá lo que manda, como lo manda, ſin faltar punto, y dareis de mi parte un beſa manos á mi Señora la Duqueſa, y que le ſuplico, no ſe le olvide de embiar con un propio mi carta, y mi lio á mi muger Tereſa Panza, que en ello recibiré mucha merced, y tendré cuidado de eſcrivirla con todo lo que mis fuerzas alcanzaren, y de camino podeis encaxar un beſa manos á mi Señor Don Quixote de la Mancha, porque vea, que ſoy pan agradecido, y vos, como buen Secretario, y como buen Vizcaino, podeis añadir todo lo que quiſieredes, y mas viniere á cuento, y alzenſe eſtos manteles, y denme a mí de comer, que yo me avendré con quantas eſpias y matadores, y encantadores vinieren ſobre mí, y ſobre mi inſula.

En

En eſto entró un page, y dixo, aquí eſtá un labrador negociante, que quiere hablar á vueſa Señora en un negocio, ſegun él dice, de mucha importancia. Eſtraño caſo es eſte, dixo Sancho, deſtos negociantes; es poſible, que ſean tan necios, que no echen de ver que ſemejantes horas como eſtas no ſon en las que han de venir á negociar? por ventura los que governamos, los que ſomos jueces, no ſomos hombres de carne y de hueſo, y que es meneſter que nos dexen deſcanſar el tiempo que la neceſidad pide, ſino que quieren que ſeamos hechos de piedra marmol? Por Dios, y en mi conciencia, que ſi me dura el Govierno (que no durará ſegun ſe me traſluce) que yo ponga en pretina á mas de un negociante. Agora decid á eſe buen hombre que entre: pero adviertaſe primero, no ſea alguno de los eſpias, ó matador mio. No ſeñor, reſpondió el Page, porque parece una alma de cantaro, y yo ſé poco, ó él es tan bueno como el buen pan: no ay que temer, dixo el Mayordomo, que aquí eſtamos todos. Sería poſible, dixo Sancho, Maeſtreſala, que agora que no eſtá aquí el Doctor Pedro Recio, que comieſe yo alguna coſa de peſo, y de ſuſtancia, aunque fueſe un pedazo de pan, y una cebolla? Eſta noche á la cena ſe ſatisfará la falta de la comida, y quedará vueſa Señora ſatisfecho, y pagado, dixo el Maeſtreſala. Dios lo haga, reſpondió Sancho, y en eſto entró el labrador, que era de muy buena preſencia, y de mil leguas ſe le echava de ver, que era bueno, y buena alma. Lo primero que dixo fue, quien es aquí el ſeñor Governador? Quien ha de ſer, reſpondió el Secretario, ſino él que eſtá ſentado en la ſilla? Humillome pues á ſu preſencia, dixo el labrador, y poniendoſe de rodillas, le pidió la mano, para beſarſela: negóſela Sancho, y mandó que ſe levantaſe, y dixeſe lo que quiſieſe. Hizolo así el labrador, y luego dixo: Yo, Señor, ſoy labrador, natural de Miguel Turra, un lugar que eſtá dos leguas de Ciudadreal. Otro Tirteafuera tenemos,

nemos, dixo Sancho: decid, hermano, que lo que yo os ſé decir es, que ſé muy bien á Miguel Turra, y que no eſtá muy lexos de mi pueblo. Es pues el caſo, Señor, proſiguió el labrador, que yo por la miſericordia de Dios ſoy caſado en paz y en haz de la ſanta Igleſia Catolica Romana, tengo dos hijos eſtudiantes, que el menor eſtudia para Bachiller, y el mayor para Licenciado: ſoy viudo, porque ſe murió mi muger, ó por mejor decir, me la mató un mal medico, que la purgó eſtando preñada, y ſi Dios fuera ſervido que ſaliera á luz el parto, y fuera hijo, yo le puſiere á eſtudiar para Doctor, porque no tuviera invidia á ſus hermanos el Bachiller, y el Licenciado. De modo, dixo Sancho, que ſi vueſtra muger no ſe huviera muerto, ó la huvieran muerto, vos no fuerades agora viudo? No, Señor, en ninguna manera, reſpondió el labrador. Medrados eſtamos, replicó Sancho, adelante hermano, que es hora de dormir, mas que de negociar. Digo pues, dixo el labrador, que eſte mi hijo, que ha de ſer Bachiller, ſe enamoró en el miſmo pueblo de una doncella llamada Clara Perlerina, hija de Andres Perlerino labrador riquiſimo, y eſte nombre de Perlerines no les viene de abolengo, ni otra alcurnia, ſino porque todos los deſte linage ſon perlaticos, y por mejorar el nombre, los llaman Perlerines; aunque ſi va á decir la verdad, la doncella es como una perla Oriental, y mirada por el lado derecho parece una flor del campo, por el izquierdo no tanto, porque le falta aquel ojo que ſe le ſaltó de viruelas, y aunque los hoyos del roſtro ſon muchos y grandes, dicen los que la quieren bien, que aquellos no ſon hoyos, ſino ſepulturas donde ſe ſepultan las almas de ſus amantes. Es tan limpia, que por no enſuciar la cara, trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece ſino que van huyendo de la boca, y con todo eſto parece bien por eſtremo, porque tiene la boca grande, y á no faltarle diez, ó doce dientes, y muelas, pudiera paſar, y echar

raya entre las mas bien formadas: de los labios no tengo que decir, porque ſon tan ſutiles, y delicados, que ſi ſe uſaran aſpar labios, pudieran hacer dellos una madexa: pero como tienen diferente color de la que en los labios ſe uſa comunmente, parecen milagroſos, porque ſon jaſpeados de azul y verde, y averengenado, y perdoneme el Señor Governador, ſi por tan menudo voy pintando las partes de la que al fin al fin ha de ſer mi hija, que la quiero bien, y no me parece mal. Pintad lo que quiſieredes, dixo Sancho, que yo me voy recreando en la pintura, y ſi huviera comido, no huviera mejor poſtre para mí, que vueſtro retrato. Eſo tengo yo por ſervir, reſpondió el labrador: pero tiempo vendrá en que ſeamos, ſi aora no ſomos, y digo, Señor, que ſi pudiera pintar ſu gentileza, y la altura de ſu cuerpo, fuera coſa de admiracion: pero no puede ſer, á cauſa de que ella eſtá agoviada y encogida, y tiene las rodillas con la boca, y con todo eſo ſe echa bien de ver, que ſi ſe pudiera levantar diera con la cabeza en el techo, y ya ella huviera dado la mano de eſpoſa á mi Bachiller, ſino que no la puede eſtender, que eſtá añudada, y con todo en las uñas largas y acanaladas ſe mueſtra ſu bondad y buena hechura. Eſtá bien, dixo Sancho, y haced cuenta, hermano, que ya la aveis pintado de los pies á la cabeza: que es lo que quereis aora, y venid al punto ſin rodeos, ni callejuelas, ni retazos, ni anadiduras? Querria, Señor, reſpondió el labrador, que vueſa merced me hicieſe merced de darme una carta de favor para mi conſuegro, ſuplicandole, ſea ſervido de que eſte caſamiento ſe haga, pues no ſomos deſiguales en los bienes de fortuna, ni en los de la naturaleza, porque para decir la verdad, Señor Governador, mi hijo es endemoniado, y no ay dia que tres, ó quatro veces no le atormenten los malignos eſpiritus, y de aver caido una vez en el fuego tiene el roſtro arrugado como pergamino, y los ojos algo lloroſos, y manantiales:

nantiales: pero tiene una condicion de un Angel, y ſino es que ſe aporrea, y ſe da de puñados el miſmo á ſí miſmo, fuera un bendito. Quereis otra coſa, buen hombre? replicó Sancho. Otra coſa querria, dixo el labrador, ſi no que no me atrevo á decirlo: pero vaya, que en fin no ſe me ha de podrir en el pecho, pegue, ó no pegue. Digo, Señor, que querria, que vueſa merced me dieſe trecientos, y ſeiſcientos ducados para ayuda de la dote de mi Bachiller, digo para ayuda de poner ſu caſa, porque en fin han de vivir por sí, ſin eſtar ſugetos á las impertinencias de los ſuegros. Mirad, ſi quereis otra coſa, dixo Sancho, y no la dexeis de decir por empacho, ni por verguenza. No por cierto, reſpondió el labrador, y á penas dixo eſto, quando levantandoſe en pie el Governador, aſió de la ſilla en que eſtava ſentado, y dixo: Votó á tal, Don patan ruſtico y mal mirado, que ſino os apartais, y aſcondeis luego de mi preſencia, que con eſta ſilla os rompa, y abra la cabeza, hideputa vellaco, pintor del miſmo demonio, y á eſtas horas te vienes á pedirme ſeiscientos ducados, y donde los tengo yo, hediondo? y porque te los avia de dar, aunque los tuviera, ſocarron y mentecato? Y que ſe me da á mí de Miguel Turra, ni de todo el linage de los Perlerines? Va de mí digo, ſino por vida del Duque mi Señor, que haga lo que tengo dicho: tú no deves de ſer de Miguel Turra, ſino algun ſocarron, que para tentarme te ha embiado aquí el infierno: dime, deſalmado, aun no ha dia y medio que tengo el Govierno, y ya quieres que tenga ſeiſcientos ducados? Hizo de ſeñas el Maeſtreſala al labrador que ſe ſalieſe de la ſala, (el qual lo hizo cabizbaxo, y al parecer temeroſo) de que el Governador no executaſe ſu colera, que el vellacon ſupo hacer muy bien ſu oficio: pero dexemos con ſu colera á Sancho, y andeſe la paz en el corro, y bolvamos á Don Quixote que le dexamos vendado el roſtro, y curado de las gateſcas heridas, de las quales no ſanó en

ocho dias, en uno de los quales le ſucedió lo que Cide Hamete promete de contar con la puntualidad, y verdad que ſuele contar las coſas deſta Hiſtoria por minimas que ſean.

Cap. XLVIII. De lo que le ſucedió á Don Quixote con Doña Rodriguez la Dueña de la Duqueſa, con otros acontecimientos dignos de eſcritura, y de memoria eterna.

ADemas eſtava mohino, y malencolico el mal ferido Don Quixote, vendado el roſtro, y ſeñalado no por la mano de Dios, ſino por las uñas de un gato; deſdichas anexas á la Andante Cavalleria: ſeis dias eſtuvo ſin ſalir en publico, en una noche de las quales, eſtando deſpierto y deſvelado, penſando en ſus deſgracias, y en el perſeguímiento de Altiſidora, ſintió, que con una llave abrían la puerta de ſu apoſento, y luego imaginó, que la enamorada doncella venia para ſobreſaltar ſu honeſtidad, y ponerle en condicion de faltar á la fee que guardar devia á ſu Señora Dulcinea del Toboſo, no (dixo creyendo á ſu imaginacion, y eſto con voz que pudiera ſer oida) no ha de ſer parte la mayor hermoſura de la tierra para que yo dexe de adorar la que tengo gravada y eſtampada en la mitad de mi corazon, y en lo mas eſcondido de mis entrañas, ora eſtés, Señora mia, transformada en cebolluda labradora, ora en Ninfa del dorado Tajo, texiendo telas de oro, y ſirgo compueſtas, ora te tenga Merlin, ó Monteſinos, donde ellos quiſieren, que adonde quiera eres mia, y á do quiera he ſido yo, y̆ he de ſer tuyo. El acabar eſtas razones, y el abrir de la puerta fue todo uno. Puſoſe en pie ſobre la cama, embuelto de arriba abaxo en una colcha de raſo amarillo, una galocha en la cabeza, y el roſtro

y los

y los vigotes vendados: el roſtro por los aruños, los vigotes, porque no ſe le deſmayaſen y cayeſen; en el qual trage parecia la mas extraordinaria fantaſma que ſe pudiera penſar. Clavó los ojos en la puerta, y quando eſperava ver entrar por ella á la rendida y laſtimada Altiſidora, vió entrar á una reverendiſima dueña con unas tocas blancas repulgadas, y luengas tanto, que la cubrían y enmantavan deſde los pies á la cabeza. Entre los dedos de la mano izquierda traya una media vela encendida, y con la derecha ſe hacía ſombra, porque no le dieſe la luz en los ojos, á quien cubrían unos muy grandes antojos, venia piſando quedito, y movia los pies blandamente. Miróla Don Quixote deſde ſu atalaya, y quando vió ſu adeliño, y notó ſu ſilencio, penſó que alguna bruja, ó maga venia en aquel trage, á hacer en él alguna mala fechuria, y comenzó á ſantiguarſe con mucha prieſa. Fueſe llegando la viſion, y quando llegó á la mitad del apoſento, alzó los ojos, y vió la prieſa con que ſe eſtava haciendo Cruces Don Quixote, y ſi él quedó medroſo en ver tal figura, ella quedó eſpantada en ver la ſuya, porque así como le vió tan alto, y tan amarillo con la colcha y con las vendas, que le desfiguravan, dió una gran voz, diciendo: Jeſus, que es lo que veo? y con el ſobreſalto ſe le cayó la vela de las manos, y viendoſe á eſcuras, bolvió las eſpaldas para irſe, y con el miedo tropezó en ſus faldas, y dió conſigo una gran caida. Don Quixote temeroſo comenzó á decir: conjurote, fantaſma, ó lo que eres, que me digas, quien eres, y que me digas, que es lo que de mí quieres; ſi eres alma en pena, dimelo, que yo haré por tí todo quanto mis fuerzas alcanzaren, porque ſoy Catolico Chriſtiano, y amigo de hacer bien á todo el mundo, que para eſto tomé la orden de la Cavalleria Andante que profeſo (cuyo exercicio aun haſta hacer bien á las animas de Purgatorió ſe eſtiende.) La brumada dueña, que oyó conjurarſe, por ſu temor coligió el de Don Quixote, y con voz afligida y baxa ſe reſpondió:

Señor

Señor Don Quixote (ſi es que á caſo vueſa merced es Don Quixote) yo no ſoy fantaſma, ni viſion, ni alma de Purgatorio, como vueſa merced deve de aver penſado, ſino Doña Rodriguez la dueña de honor de mi ſeñora la Duqueſa, que con una neceſidad de aquellas que vueſa merced ſuele remediar, á vueſa merced vengo. Digame, Señora Doña Rodriguez, dixo Don Quixote, por ventura viene vueſa merced á hacer alguna terceria? porque le hago ſaber que no ſoy de provecho para nadie, merced á la ſin par belleza de mi Señora Dulcinea del Toboſo. Digo en fin, Señora Doña Rodriguez, que como vueſa merced ſalve y dexe á una parte todo recado amoroſo, puede bolver á encender ſu vela, y buelva y departiremos de todo lo que mas mandare, y mas en guſto le viniere, ſalvando, como digo, todo incitativo melindre. Yo recado de nadie, Señor mio, reſpondió la dueña, mal me conoce vueſa merced, ſi que aun no eſtoy en edad tan prolongada, que me acoja á ſemejantes niñerias, pues Dios loado, mi alma me tengo en las carnes, y todos mis dientes, y muelas en la boca, amen de unos pocos que me han uſurpado unos catarros, que en eſta tierra de Aragon ſon tan ordinarios: pero eſpereme vueſa merced un poco, ſaldré á encender mi vela, y bolveré en un inſtante á contar mis cuitas, como á remediador de todas las del mundo, y ſin eſperar reſpueſta, ſe ſalió del apoſento, donde quedó Don Quixote ſoſegado, y penſativo, eſperandola: pero luego le ſobrevinieron mil penſamientos á cerca de aquella nueva aventura, y pareciale ſer mal hecho, y peor penſado, ponerſe en peligro de romper á ſu ſeñora la fee prometida, y deciaſe á ſi miſmo: quien ſabe, ſi el diablo, que es ſutil y mañoſo, querra engañarme agora con una dueña, lo que no ha podido con Emperatrices, Reinas, Duqueſas, Marqueſas, ni Condeſas, que yo he oido decir muchas veces, y á muchos diſcretos, que ſi él puede, antes os la dará roma que aguileña: y quien

ſabe,

ſabe, si eſta ſoledad, eſta ocasion, y eſte ſilencio deſpertaran mis deſeos que duermen, y harán, que al cabo de mis años venga á caer donde nunca he tropezado, y en caſos ſemejantes, mejor es huir, que eſperar la batalla: pero yo no devo de eſtar en mi juicio, pues tales diſparates digo, y pienſo; que no es posible que una dueña toquiblanca, larga, y antojuna pueda mover, ni levantar penſamiento laſcivo en el mas deſalmado pecho del mundo: por ventura ay dueña en la tierra que tenga buenas carnes? Por ventura ay dueña en el orbe que dexe de ſer impertinente, fruncida, y melindroſa? Afuera pues, caterva dueñeſca, inutil para ningun humano regalo. O quan bien hacia aquella ſeñora, de quien ſe dice, que tenía dos dueñas de bulto con ſus antojos, y almohadillas al cabo de ſu eſtrado, como que eſtavan labrando, y tanto le ſervian para la autoridad de la ſala aquellas eſtatuas, como las dueñas verdaderas: y diciendo eſto, ſe arrojó del lecho con intencion de cerrar la puerta, y no dexar entrar á la Señora Rodriguez; mas quando la llegó á cerrar, ya la Señora Rodriguez bolvia, encendida una vela de cera blanca, y quando ella vió á Don Quixote de mas cerca embuelto en la colcha con las vendas, galocha, ó becoquin, temió de nuevo, y retirandoſe atras como dos paſos, dixo: Eſtamos ſeguras, Señor Cavallero? porque no tengo á muy honeſta ſeñal averſe vueſa merced levantado de ſu lecho. Eſo miſmo es bien que yo pregunte, Señora, reſpondió Don Quixote, y así pregunto, sí eſtaré yo ſeguro de ſer acometido y forzado. De quien, ó á quien pedis, Señor Cavallero, eſa ſeguridad? reſpondió la dueña. A vos, y de vos la pido, replicó Don Quixote, porque, ni yo ſoy de marmol, ni vos de bronce, ni aora ſon las diez del dia, ſino media noche, y aun un poco mas, ſegun imagino, y en una eſtancia mas cerrada y ſecreta, que lo devió de ſer la Cueva, donde el traidor y atrevido Eneas gozó á la hermoſa y piadoſa Dido: pero dadme, ſeñora, la

mano,

mano, que yo no quiero otra ſeguridad mayor que la de mi continencia y recato, y la que ofrecen eſas reverendisimas tocas; y diciendo eſto, beſó ſu derecha mano, y le asió de la ſuya, que ella le dió con las miſmas ceremonias.

Aquí hace Cide Hamete un parentesis, y dice, que por Mahoma que diera por ver ir á los dos así asidos y travados deſde la puerta al lecho la mejor almalafa de dos que tenía.

Entróſe en fin Don Quixote en ſu lecho, y quedóſe Doña Rodriguez ſentada en una ſilla, algo deſviada de la cama, no quitandoſe los antojos, ni la vela. Don Quixote ſe acorrucó y ſe cubrió todo, no dexando mas de el roſtro deſcubierto, y aviendoſe los dos ſoſegado, el primero que rompió el ſilencio fue Don Quixote, diciendo: Puede vueſa merced aora, mi ſeñora Doña Rodriguez, deſcoſerſe y deſbuchar todo aquello que tiene dentro de ſu cuitado corazon, y laſtimadas entrañas, que ſerá de mi eſcuchada con caſtos oidos, y ſocorrida con piadoſas obras. Así lo creo yo, reſpondió la dueña, que de la gentil y agradable preſencia de vueſa merced no ſe podia eſperar, ſino tan Chriſtiana reſpueſta. Es pues el caſo, Señor Don Quixote, que aunque vueſa merced me vee ſentada en eſta ſilla, y en la mitad del Reino de Aragon, y en habito de dueña aniquilada y aſendereada, ſoy natural de las Aſturias de Oviedo, y de linage que atravieſan por el muchos de los mejores de aquella Provincia: pero mi corta ſuerte, y el deſcuido de mis padres que empobrecieron antes de tiempo, ſin ſaber como, ni como no, me truxeron á la Corte á Madrid donde por bien de paz, y por eſcuſar mayores deſventuras, mis padres me acomodaron á ſervir de doncella de labor á una principal ſeñora, y quiero hacer ſabidor á vueſa merced, que en hacer vainillas y labor blanca, ninguna me ha echado el pie adelante en toda la vida. Mis padres me dexaron ſirviendo, y ſe bolvieron á ſu tierra, y de alli á pocos

años

años ſe devieron de ir al cielo, porque eran ademas buenos, y Catolicos Chriſtianos: quedé huerfana, y atenida al miſerable ſalario, y á las anguſtiadas mercedes que á las tales criadas ſe ſuele dar en palacio, y en eſte tiempo, ſin que dieſe yo ocaſion á ello, ſe enamoró de mí un eſcudero de caſa, hombre ya en dias, barbudo, y aperſonado, y ſobre todo Hidalgo como el Rey: porque era Montañes: no tratamos tan ſecretamente nueſtros amores, que no vinieſen á noticia de mi ſeñora, la qual por eſcuſar dimes y diretes nos caſó en paz, y en haz de la ſanta madre Igleſia Catolica Romana de cuyo matrimonio nació una hija para rematar con mi ventura, ſi alguna tenía, no porque yo murieſe del parto, que le tuve derecho, y en ſazon, ſino porque deſde alli á poco murió mi eſpoſo de un cierto eſpanto que tuvo, que á tener aora lugar, para contarle, yo ſé que vueſa merced ſe admirara: y en eſto comenzó á llorar tiernamente, y dixo: perdoneme vueſa merced, Señor Don Quixote, que no va mas en mi mano; porque todas las veces que me acuerdo de mi mal logrado, ſe me arraſan los ojos de lagrimas. Valame Dios, y con que autoridad llevava á mi ſeñora á las ancas de una poderoſa mula, negra como el miſmo azavache, que entonces no ſe uſavan coches, ni ſillas, como agora dicen que ſe uſan, y las ſeñoras ivan á las ancas de ſus eſcuderos: eſto alomenos no puedo dexar de contarlo, porque ſe note la crianza, y puntualidad de mi buen marido. Al entrar de la calle de Santiago en Madrid, que es algo eſtrecha, venia á ſalir por ella un Alcalde de Corte con dos Alguaciles delante, y así como mi buen eſcudero le vió, bolvió las riendas á la mula, dando ſeñal de bolver á acompañarle: mi ſeñora, que iva á las ancas, con voz baxa le decia, que haceis, deſventurado, no veis que voy aquí? El Alcalde de comedido detuvo la rienda al cavallo, y dixole: ſeguid, Señor, vueſtro camino, que yo ſoy él que devo acompañar á mi ſeñora Doña Caſilda, que así

era el nombre de mi ama. Toda via porfiava mi marido con la gorra en la mano, á querer ir acompañando al Alcalde, viendo lo qual mi ſeñora llena de colera, y enojo, ſacó un alfiler gordo, ó creo que un punzon del eſtuche, y clavóſele por los lomos, de manera que mi marido dió una gran voz, y torció el cuerpo de ſuerte, que dió con ſu ſeñora en el ſuelo. Acudieron dos lacayos ſuyos á levantarla, y lo miſmo hizo el Alcalde, y los Alguaciles, alborotóſe la puerta de Guadalajara, digo la gente valdia que en ella eſtava. Vinoſe á pie mi ama; y mi marido acudió en caſa de un Barbero, diciendo, que llevava paſadas de parte á parte las entrañas. Divulgóſe la cortefia de mi eſpoſo, tanto que los muchachos le corrian por las calles, y por eſto, y porque él era algun tanto corto de viſta, mi ſeñora la Duqueſa le deſpidió, de cuyo peſar ſin duda alguna tengo para mí, que ſe le cauſó el mal de la muerte: quedé yo viuda, y deſamparada, y con hija acueſtas, que iva creciendo en hermoſura como la eſpuma de la mar. Finalmente como yo tuvieſe fama de gran labrandera, mi Señora la Duqueſa, que eſtava recien caſada con el Duque mi Señor, quiſo traerme conſigo á eſte Reino de Aragon, y á mi hija ni mas ni menos, adonde yendo dias, y viniendo dias, creció mi hija, y con ella todo el donaire del mundo: canta como una calandria, danza como el penſamiento, baila como una perdida, lee, y eſcrive como un maeſtro de eſcuela, y cuenta como un avariento, de ſu limpieza no digo nada, que el agua que corre no es mas limpia, y deve de tener agora, si mal no me acuerdo, diez y ſeis años, cinco meſes y tres dias, uno mas á menos. En reſolucion deſta mi muchacha ſe enamoró un hijo de un labrador riquiſimo, que eſtá en una aldea del Duque mi ſeñor, no muy lexos de aquí: en efecto no ſé como, ni como no, ellos ſe juntaron, y debaxo de la palabra de ſer ſu eſpoſo, burló á mi hija, y no ſe la quiere cumplir, y aunque el Duque

mi

mi ſeñor lo ſabe, porque yo me he quexado á él, no una, ſino muchas veces, y pedidole, mande que el tal labrador ſe caſe con mi hija, hace orejas de mercader, y á penas quiere oirme, y es la cauſa, que como el padre del burlador es tan rico, y le preſta dineros, y le ſale por fiador de ſus trampas por momentos, no le quiere deſcontentar, ni dar peſadumbre en ningun modo. Querria pues, Señor mio, que vueſa merced tomaſe á cargo el déſhacer eſte agravio, ó ya por ruegos, ó ya por armas, pues ſegun todo el mundo dice, vueſa merced nació en el para deſhacerlos, y para enderezar los tuertos, y amparar los miſerables, y pongaſele á vueſa merced por delante la horfandad de mi hija, ſu gentileza, ſu mocedad con todas las buenas partes que he dicho que tiene: que en Dios y en mi conciencia, que de quantas doncellas tiene mi ſeñora, que no ay ninguna que llegue á la ſuela de ſu zapato, y que una que llaman Altiſidora, que es la que tienen por mas deſembuelta, y gallarda, pueſta en comparacion de mi hija, no la llega con dos leguas, porque quiero, que ſepa vueſa merced, Señor mio, que no es todo oro lo que reluce, porque eſta Altisidorilla tiene mas de preſuncion que de hermoſura, y mas de deſembuelta que de recogida, á demas que no eſtá muy ſana, que tiene un cierto aliento canſado, que no ay ſufrir el eſtar junto á ella un momento, y aun mi Señora la Duqueſa, quiero callar, que ſe ſuele decir, que las paredes tienen oidos. Que tiene mi Señora la Duqueſa por vida mia, ſeñora Doña Rodriguez? preguntó Don Quixote. Con eſe conjuro, reſpondió la dueña, no puedo dexar de reſponder á lo que ſe me pregunta con toda verdad. Vee vueſa merced, Señor Don Quixote, la hermoſura de mi Señora la Duqueſa, aquella tez de roſtro, que no parece ſino de una eſpada acicalada y terſa, aquellas dos mexillas de leche, y de carmin, que en la una tiene el Sol, y en la otra la Luna, y aquella gallardia con que va piſando, y aun deſpreciando

el ſuelo, que no parece ſino que va derramando ſalud donde paſa. Pues ſepa vueſa merced, que lo puede agradecer primero á Dios, y luego á dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde ſe deſagua todo el mal humor, de quien dicen los medicos que eſtá llena. Santa Maria, dixo Don Quixote, y es poſible que mi Señora la Duqueſa tenga tales deſaguaderos? no lo creyera, ſi me lo dixeran frailes Deſcalzos: pero pues la ſeñora Doña Rodriguez lo dice, deve de ſer así: pero tales fuentes, y en tales lugares no deven de manar humor, ſino ambar liquido. Verdaderamente que aora acabo de creer que eſto de hacerſe fuentes deve de ſer coſa importante para la ſalud. A penas acabó Don Quixote de decir eſta razon, quando con un gran golpe abrieron las puertas del apoſento, y del ſobreſalto del golpe ſe le cayó á Doña Rodriguez la vela de la mano, y quedó la eſtancia como boca de lobo, como ſuele decirſe; luego ſintió la pobre dueña, que la aſian de la garganta con dos manos tan fuertemente que no la dexavan gañir, y que otra perſona con mucha preſteza ſin hablar palabra le alzava las faldas, y con una al parecer chinela le comenzó á dar tantos azotes, que era una compasion, y aunque Don Quixote ſe la tenía, no ſe meneava del lecho, y no ſabia, que podia ſer aquello, y eſtavaſe quedo y callando, y aun temiendo, no vinieſe por él la tanda, y tunda azoteſca, y no fue vano ſu temor, porque en dexando molida á la dueña los callados verdugos (la qual no oſava quexarſe) acudieron á Don Quixote, y deſembolviendole de la ſabana, y de la colcha, le pellizcaron tan amenudo, y tan reciamente, que no pudo dexar de defenderſe á puñadas, y todo eſto en ſilencio admirable: duró la batalla casi media hora, ſalieronſe las fantaſmas, recogió Doña Rodriguez ſus faldas, y gimiendo ſu deſgracia ſe ſalió por la puerta afuera, ſin decir palabra á Don Quixote, el qual doloroſo y pellizcado, confuſo, y penſativo ſe quedó ſolo; donde le dexaremos deſeoſo

deſeoſo de ſaber, quien avia ſido el perverſo encantador que tal le avia pueſto: pero ello ſe dirá á ſu tiempo, que Sancho Panza nos llama, y el buen concierto de la Hiſtoria lo pide.

Cap. XLIX. De lo que le ſucedió á Sancho Panza rondando ſu Inſula.

DEXAMOS al gran Governador enojado y mohino con el labrador pintor, y ſocarron, el qual induſtriado del Mayordomo, y el Mayordomo del Duque, ſe burlavan de Sancho: pero él ſe las tenía tieſas á todos, maguera tonto, bronco, y rollizo, y dixo á los que con él eſtavan, y al Doctor Pedro Recio, que como ſe acabó el ſecreto de la carta del Duque, avia buelto á entrar en la ſala: Aora verdaderamente que entiendo que los Jueces y Governadores deven de ſer, ó han de ſer de bronce, para no ſentir las importunidades de los negociantes, que á todas horas, y á todos tiempos quieren que los eſcuchen, y deſpachen, atendiendo ſolo á ſu negocio, venga lo que viniere, y si el pobre del Juez no los eſcucha, y deſpacha, ó porque no puede, ó porque no es aquel el tiempo diputado, para darles audiencia, luego les maldicen, y murmuran, y les roen los hueſos, y aun les deſlindan los linages. Negociante necio, negociante mentecato, no te apreſures, eſpera ſazon, y coyuntura para negociar, no vengas á la hora del comer, ni á la del dormir, que los jueces ſon de carne y de hueſo, y han de dar á la naturaleza lo que naturalmente les pide, ſino es yo, que no le doy de comer á la mia, merced al ſeñor Doctor Pedro Recio Tirteafuera, que eſtá delante, que quiere que muera de hambre, y afirma, que eſta muerte es vida, que así ſe la dé Dios á él, y á todos

todos los de ſu ralea, digo á la de los malos medicos, que la de los buenos palmas y lauros merecen. Todos los que conocian á Sancho Panza ſe admiravan, oyendole hablar tan elegantemente, y no ſabian á que atribuirlo, ſino á que los oficios y cargos graves, ó adoban, ó entorpecen los entendimientos. Finalmente el Doctor Pedro Recio Aguero de Tirteafuera prometió de darle de cenar aquella noche, aunque excedieſe de todos los Aforiſmos de Hipocrates. Con eſto quedó contento el Governador, y eſperava con grande anſia llegaſe la noche, y la hora de cenar, y aunque el tiempo, al parecer ſuyo, ſe eſtava quedo ſin moverſe de un lugar, toda via ſe llegó por él tanto deſeado, donde le dieron de cenar un ſalpicon de vaca con cebolla, y unas manos cocidas de ternera algo entrada en dias: entregóſe en todo con mas guſto, que ſi le huvieran dado francolines de Milan, faiſanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Moron, ó ganſos de Lavajos, y entre la cena bolviendoſe al Doctor, le dixo: Mirad, Señor Doctor, de aquí adelante no os cureis de darme á comer coſas regaladas, ni manjares eſquiſitos, porque ſerá ſacar á mi eſtomago de ſus quicios, el qual eſtá acoſtumbrado á cabra, á vaca, á tocino, á cecina, á nabos, y á cebollas, y ſi á caſo le dan otros manjares de palacio los recibe con melindre, y algunas veces con aſco: lo que el Maeſtreſala puede hacer es traerme eſtas, que llaman Ollas podridas, que mientras mas podridas ſon, mejor huelen, y en ellas puede embaular y encerrar todo lo que él quiſiere, como ſea de comer, que yo ſe lo agradecere, y ſe lo pagare algun dia, y no ſe burle nadie conmigo, porque ó ſomos, ó no ſomos: vivamos todos, y comamos en buena paz y compaña, pues quando Dios amanece para todos amanece, yo governaré eſta inſula ſin perdonar derecho, ni llevar cohecho, y todo el mundo traiga el ojo alerta, y mire por el virote, porque les hago ſaber, que el diablo eſtá en Cantillana, y

que

que ſi me dan ocaſion han de ver maravillas, no ſino haceos miel, y comeros han moſcas. Por cierto, Señor Governador, dixo el Maeſtreſala, que vueſa merced tiene mucha razon en quanto ha dicho, y que yo ofrezco en nombre de todos los inſulanos deſta inſula, que han de ſervir á vueſa merced con toda puntualidad, amor y benevolencia, porque el ſuave modo de governar, que en eſtos principios vueſa merced ha dado, no les da lugar de hacer, ni de penſar coſa que en deſervicio de vueſa merced redunde. Yo lo creo, reſpondió Sancho, y ſerían ellos unos necios, ſi otra coſa hicieſen, ó penſaſen, y buelvo á decir que ſe tenga cuenta con mi ſuſtento, y con el de mi Rucio, que es lo que en eſte negocio importa, y hace mas al caſo, y en ſiendo hora vamos á rondar, que es mi intencion limpiar eſta inſula de todo genero de inmundicia, y de gente vagamunda, holgazanes, y mal entretenida: porque quiero que ſepais, amigos, que la gente valdia y perezoſa es en la Republica lo miſmo que los zanganos en las colmenas, que ſe comen la miel que las trabajadoras abejas hacen; pienſo favorecer á los labradores, guardar ſus preeminencias á los Hidalgos, premiar los virtuoſos, y ſobre todo tener reſpeto á la Religion, y á la honra de los Religioſos. Que os parece deſto, amigos? digo algo, ó quiebrome la cabeza? Dice tanto vueſa merced, Señor Governador, dixo el Mayordomo, que eſtoy admirado de ver, que un hombre tan ſin letras como vueſa merced, que á lo que creo no tiene ninguna, diga tales, y tantas coſas llenas de ſentencias, y de aviſos tan fuera de todo aquello que del ingenio de vueſa merced eſperavan os que nos embiaron, y los que aquí venimos, cada dia ſe veen coſas nuevas en el mundo, las burlas ſe buelven en veras, y los burladores ſe hallan burlados.

Llegó la noche, y cenó el Governador con licencia del Señor Doctor Recio. Aderezaronſe de ronda, ſalió con el Mayordomo, Secre-

Secretario, y Maeſtreſala, y el Coroniſta que tenía cuidado de poner en memoria ſus hechos, y Alguaciles, y eſcrivanos; tantos que podian formar un mediano eſquadron. Iva Sancho en medio con ſu vara, que no avia mas que ver, y pocas calles andadas del lugar, ſintieron ruido de cuchilladas, acudieron allá, y hallaron que eran dos ſolos hombres los que reñian, los quales viendo venir á la juſticia ſe eſtuvieron quedos, y el uno dellos dixo: Aquí de Dios y del Rey, como, y que ſe ha de ſufrir, que roben en poblado en eſte pueblo, y que ſalga á ſaltear en el en la mitad de las calles! Soſegaos, hombre de bien, dixo Sancho, y contadme, que es la cauſa deſta pendencia, que yo ſoy el Governador. El otro contrario dixo: Señor Governador, yo la dire con toda brevedad. Vueſa merced ſabrá, que eſte gentilhombre acaba de ganar aora en eſta caſa de juego que eſtá aquí frontero mas de mil reales, y ſabe Dios como, y hallandome yo preſente juzgué mas de una ſuerte dudoſa en ſu favor, contra todo aquello que me dictava la conciencia: alzóſe con la ganancia, y quando eſperava, que me avia de dar algun eſcudo, por lo menos de barato, como es uſo y coſtumbre darle á los hombres principales como yo, que eſtamos aſiſtentes para bien y mal paſar, y para apoyar ſinrazones, y evitar pendencias; él embolſó ſu dinero, y ſe ſalió de la caſa: yo vine deſpechado tras él, y con buenas y corteſes palabras le he pedido, que me dieſe, si quiera ocho reales, pues ſabe, que yo ſoy hombre honrado, y que no tengo oficio, ni beneficio, porque mis padres no me le enſeñaron, ni me le dexaron, y el ſocarron que no es mas ladron que Caco, ni mas fullero que Andradilla, no queria darme mas de quatro reales: porque vea vueſa merced, Señor Governador, que poca verguenza, y que poca conciencia: pero á fee que si vueſa merced no llegara, que yo le hiciera vomitar la ganancia, y que avia de ſaber con quantas entrava la romana. Que decis vos á eſto,

preguntó

preguntó Sancho? Y el otro reſpondió, que era verdad, quanto ſu contrario decia, y no avia querido darle mas de quatro reales, porque ſe los dava muchas veces, y los que eſperan barato, han de ſer comedidos, y tomar con roſtro alegre lo que les dieren, ſin ponerſe en cuentas con los ganancioſos, ſi ya no ſupieſen de cierto que ſon fulleros, y que lo que ganan es mal ganado, y que para ſeñal, que él era hombre de bien, y no ladron, como decia, ninguna avia mayor, que el no averle querido dar nada, que ſiempre los fulleros ſon tributarios de los mirones, que los conocen. Así es, dixo el Mayordomo, vea vueſa merced, Señor Governador, que es lo que ſe ha de hacer deſtos hombres. Lo que ſe ha de hacer es eſto, reſpondió Sancho, vos, ganancioſo, bueno, ó malo, ó indiferente, dad luego á eſte vueſtro acuchillador cien reales, y mas aveis de deſembolſar treinta para los pobres de la carcel, y vos que no teneis oficio ni beneficio, y andais de nones en eſta inſula, tomad luego eſos cien reales, y mañana en todo el dia ſalid deſta inſula, deſterrado por diez años, ſo pena ſi lo quebrantaredes los cumplais en la otra vida, colgandoos yo de una picota, ó alomenos el verdugo por mi mandado, y ninguno me replique, que le aſentare la mano. Deſembolſó el uno, recibió el otro, eſte ſe ſalió de la inſula, y aquel ſe fue á ſu caſa, y el Governador quedó diciendo: Aora yo podré poco, ó quitaré eſtas caſas de juego, que á mí ſe me trafluce que ſon muy perjudiciales. Eſta alomenos, dixo un eſcrivano, no la podrá vueſa merced quitar, porque la tiene un gran perſonage, y mas es ſin comparacion lo que el pierde al año, que lo que ſaca de los naipes: contra otros garitos de menor cantia podrá vueſa merced moſtrar ſu poder, que ſon los que mas daño hacen, y mas inſolencias encubren, que en las caſas de los Cavalleros principales, y de los ſeñores, no ſe atreven los famoſos fulleros á uſar de ſus tretas, y pues el vicio del juego ſe ha buelto en exercicio

comun, mejor es, que ſe juegue en caſas principales, que no en la de algun oficial, donde cogen á un deſdichado de media noche abaxo, y le deſuellan vivo. Agora, eſcrivano, dixo Sancho, yo ſé, que ay mucho que decir en eſo.

Y en eſto llegó un corchete que traya aſido á un mozo, y dixo: Señor Governador, eſte mancebo venia hácia noſotros, y así como columbró la juſticia, bolvió las eſpaldas, y comenzó á correr como un gamo, ſeñal que deve de ſer algun delinquente. Yo partí tras él, y ſino fuera porque tropezó, y cayó, no le alcanzara jamas. Porque huyas hombre? preguntó Sancho. A lo que el mozo reſpondió: Señor, por eſcuſar de reſponder á las muchas preguntas, que las juſticias hacen. Que oficio tienes? Texedor. Y que texes? Hierros de lanzas, con licencia buena de vueſa merced. Graciofico me ſoys, de chocarrero os picais, eſtá bien. Y adonde ivades aora? Señor, á tomar el aire. Y adonde ſe toma el aire en eſta inſula? Adonde ſopla. Bueno, reſpondeis muy á propoſito: diſcreto ſoys mancebo: pero haced cuenta que yo ſoy el aire, y que os ſoplo en popa, y os encamino á la carcel; aſidle ola, y llevadle, que yo haré que duerma alli ſin aire eſta noche. Par Dios, dixo el mozo, así me haga vueſa merced dormir en la carcel, como hacerme Rey. Pues porque no te haré yo dormir en la carcel? reſpondió Sancho: no tengo yo poder para prenderte, y ſoltarte cada y quando que quiſiere? Por mas poder que vueſa merced tenga, dixo el mozo, no ſera baſtante para hacerme dormir en la carcel. Como que no? replicó Sancho, llevadle luego donde verá por ſus ojos el deſengaño, aunque mas el Alcaide quiera uſar con el de ſu intereſal liberalidad, que yo le pondre pena de dos mil ducados, si te dexa ſalir un paſo de la carcel. Todo eſo es coſa de riſa, reſpondió el mozo: el caſo es, que no me harán dormir en la carcel quantos oy viven. Dime, demonio, dixo Sancho, tienes algun

gun Angel que te ſaque, y que te quite los grillos que te pienſo mandar echar? Aora, Señor Governador, reſpondió el mozo con muy buen donaire, eſtemos á razon, y vengamos al punto. Proſuponga vueſa merced que me manda llevar á la carcel, y que en ella me echan grillos y cadenas, y que me meten en un calabozo, y ſe le ponen al Alcaide graves penas, ſi me dexa ſalir, y que él lo cumple como ſe le manda, con todo eſto ſi yo no quiero dormir, y eſtarme deſpierto toda la noche ſin pegar peſtaña, ſerá vueſa merced baſtante con todo ſu poder para hacerme dormir ſi yo no quiero? No por cierto, dixo el Secretario, y el hombre ha ſalido con ſu intencion. De modo, dixo Sancho, que no dexareis de dormir por otra coſa, que por vueſtra voluntad, y no por contravenir á la mia. No ſeñor, dixo el mozo, ni por pienſo. Pues andad con Dios, dixo Sancho: idos á dormir á vueſtra caſa, y Dios os dé buen ſueño, que yo no quiero quitaroſle: pero aconſejoos, que de aquí adelante no os burleis con la juſticia, porque topareis con alguna, que os dé con la burla en los caſcos.

Fueſe el mozo, y el Governador proſiguió con ſu Ronda, y de alli á poco vinieron dos corchetes, que trayan á un hombre aſido, y dixeron: Señor Governador, eſte que parece hombre, no lo es, ſino muger, y no fea, que viene veſtida en habito de hombre, llegaronle á los ojos dos ó tres lanternas, á cuyas luces deſcubrieron un roſtro de una muger al parecer de diez y ſeis, ó pocos mas años, recogidos los cabellos con una redecilla de oro, y ſeda verde, hermoſa como mil perlas: miraronla de arriba abaxo, y vieron, que venia con unas medias de ſeda encarnada, con ligas de tafetan blanco, y rapacejos de oro, y aljofar, los greguescos eran verdes de tela de oro, y una ſaltaembarca, ó ropilla de lo miſmo ſuelta, debaxo de la qual traya un jubon de tela finiſima de oro, y blanco, y los zapatos eran blancos, y de hombre, no traya eſpada ceñida, ſino

una riquiſima daga, y en los dedos muchos y muy buenos anillos. Finalmente la moza parecia bien á todos, y ninguno la conoció de quantos la vieron, y los naturales del lugar dixeron, que no podian penſar quien fueſe, y los conſabidores de las burlas que ſe avian de hacer á Sancho fueron los que mas ſe admiraron, porque aquel ſuceſo y hallazgo no venia ordenado por ellos, y así eſtavan dudoſos, eſperando en que pararía el caſo. Sancho quedó paſmado de la hermoſura de la moza, y preguntóle quien era, adonde iva, y que ocaſion le avia movido para veſtirſe en aquel habito. Ella pueſtos los ojos en tierra con honeſtiſima verguenza reſpondió: No puedo, Señor, decir tan en publico lo que tanto me importava fuera ſecreto: una coſa quiero que ſe entienda, que no ſoy ladron, ni perſona facinoroſa, ſino una doncella deſdichada, aquien la fuerza de unos zelos ha hecho romper el decoro que á la honeſtidad ſe deve. Oyendo eſto el Mayordomo dixo á Sancho, haga, Señor Governador, apartar la gente, porque eſta ſeñora con menos empacho pueda decir lo que quiſiere: mandólo así el Governador, apartaronſe todos ſino fueron el Mayordomo, Maeſtreſala, y el Secretario. Viendoſe pues ſolos, la doncella proſiguió diciendo: Yo, Señores, ſoy hija de Pedro Perez Mazorca, arrendador de las lanas deſte lugar, el qual ſuele muchas veces ir en caſa de mi padre. Eſo no lleva camino, dixo el Mayordomo, Señora, porque yo conozco muy bien á Pedro Perez, y ſé que no tiene hijo ninguno, ni varon, ni hembra, y mas que decis, que es vueſtro padre, y luego añadis que ſuele ir muchas veces en caſa de vueſtro padre. Ya yo avia dado en ello, dixo Sancho. Aora, Señores, yo eſtoy turbada, y no ſé lo que me digo, reſpondió la doncella: pero la verdad es, que yo ſoy hija de Diego de la Llana, que todos vueſas mercedes deven de conocer. Aun eſo lleva camino, reſpondió el Mayordomo, que yo conozco á Diego de la Llana, y ſé que es un Hidalgo principal, y rico,

y rico, y que tiene un hijo, y una hija, y que deſpues que enviudó no ha avido nadie en todo eſto lugar, que pueda decir que ha viſto el roſtro de ſu hija, que la tiene tan encerrada, que no da lugar al Sol que la vea, y con todo eſto la fama dice, que es en eſtremo hermoſa. Así es la verdad, reſpondió la doncella, y eſa hija ſoy yo; si la fama miente, ó no en mi hermoſura ya os avreis, Señores, deſengañado, pues me aveis viſto, y en eſto comenzó á llorar tiernamente. Viendo lo qual el Secretario ſe llegó al oido del Maeſtreſala, y le dixo muy paſo: ſin duda alguna, que á eſta pobre doncella le deve de aver ſucedido algo de importancia, pues en tal trage, y á tales horas, y ſiendo tan principal anda fuera de ſu caſa. No ay dudar en eſo, reſpondió el Maeſtreſala, y mas que eſa ſoſpecha la confirman ſus lagrimas. Sancho la conſoló con las mejores razones que él ſupo, y le pidió, que ſin temor alguno les dixeſe lo que le avia ſucedido, que todos procurarían remediarlo con muchas veras, y por todas las vias poſibles. Es el caſo, Señores, reſpondió ella, que mi padre me ha tenido encerrada diez años ha, que ſon los miſmos que á mi madre come la tierra: en caſa dicen Miſa en un rico Oratorio, y yo en todo eſte tiempo no he viſto que el Sol del cielo de dia, y la Luna, y las eſtrellas de noche, ni ſé que ſon calles, plazas, ni templos, ni aun hombres fuera de mi padre, y de un hermano mio, y de Pedro Perez el arrendador, que por entrar de ordinario en mi caſa, ſe me antojó decir que era mi padre, por no declarar el mio: eſte encerramiento, y eſte negarme el ſalir de caſa, si quiera á la Igleſia, ha muchos dias y meſes que me trae muy deſconſolada, quisiera yo ver el mundo, ó alomenos el pueblo donde nací, pareciendome que eſte deſeo no iva contra el buen decoro que las doncellas principales deven guardar á sí miſmas: quando oya decir que corrian toros, y jugavan cañas, y ſe repreſentavan comedias, preguntava á mi hermano, que es un año

menor

menor que yo, que me dixeſe que coſas eran aquellas, y otras muchas que yo no he viſto; él me lo declarava por los mejores modos que ſabia: pero todo era encenderme mas el deſeo de verlo. Finalmente por abreviar el cuento de mi perdicion, digo, que yo rogué, y pedí á mi hermano, que nunca tal pidiera, ni tal rogara, y tornó á renovar el llanto. El Mayordomo le dixo: proſiga vueſa merced, Señora, y acabe de decirnos lo que le ha ſucedido, que nos tienen á todos ſuſpenſos ſus palabras, y ſus lagrimas. Pocas me quedan por decir, reſpondió la doncella, aunque muchas lagrimas si que llorar, porque los mal colocados deſeos no pueden traer conſigo otros deſcuentos, que los ſemejantes. Aviaſe ſentado en el alma del Maeſtreſala la belleza de la doncella, y llegó otra vez ſu lanterna para verla de nuevo, y parecióle que no eran lagrimas las que llorava, ſino aljofar, ó rocio de los prados, y aun las ſubia de punto, y las llegava á perlas Orientales, y eſtava deſeando, que ſu deſgracia no fueſe tanta como davan á entender los indicios de ſu llanto, y de ſus ſuſpiros. Deſeſperavaſe el Governador de la tardanza que tenía la moza en dilatar ſu hiſtoria, y dixole, que acabaſe de tenerlos mas ſuſpenſos, que era tarde, y faltava mucho que andar del pueblo: ella entre interrotos ſollozos, y mal formados ſuſpiros dixo: No es otra mi deſgracia, ni mi infortunio es otro, ſino que yo rogué á mi hermano que me viſtieſe en habitos de hombre con uno de ſus veſtidos, y que me ſacaſe una noche á ver todo el pueblo, quando nueſtro padre durmieſe; él importunado de mis ruegos condecendió con mi deſeo, y poniendome eſte veſtido, y él veſtiendoſe de otro mio, que le eſtá como nacido, porque él no tiene pelo de barba, y no parece ſino una doncella hermoſisima, eſta noche deve de aver una hora, poco mas ó menos, nos ſalimos de caſa, y guiados de nueſtro mozo, y deſbaratado diſcurſo, hemos rodeado todo el pueblo, y

quando

quando queriamos bolver á caſa, vimos venir un gran tropel de gente, y mi hermano me dixo: Hermana, eſta deve de ſer la Ronda, aligera los pies, y pon alas en ellas, y vente tras mí corriendo, porque no nos conozcan, que nos ſerá mal contado, y diciendo eſto, bolvió las eſpaldas, y comenzó, no digo á correr, ſino á volar, yo á menos de ſeis paſos caí con el ſobreſalto, y entonces llegó el miniſtro de la juſticia, que me truxo ante vueſas mercedes, adonde por mala y antojadiza me veo avergonzada ante tanta gente. En efecto, Señora, dixo Sancho, nó os ha ſucedido otro deſman alguno, ni zelos, como vos al principio de vueſtro cuento dixiſtes, no os ſacaron de vueſtra caſa. No me ha ſucedido nada, ni me ſacaron zelos, ſino ſolo el deſeo de ver mundo, que no ſe eſtendia á mas, que á ver las calles de eſte lugar: y acabó de confirmar ſer verdad lo que la doncella decia, llegar los corchetes con ſu hermano preſo, á quien alcanzó uno dellos, quando ſe huyó de ſu hermana, no traya ſino un faldellin rico, y una mantellina de damaſco azul con paſamanos de oro fino, la cabeza ſin toca, ni con otra coſa adornada, que con ſus miſmos cabellos, que eran ſortijas de oro, ſegun eran rubios, y enrizados: apartaronſe con el Governador, Mayordomo, y Maeſtreſala, y ſin que lo oyeſé ſu hermana, le preguntaron, como venia en aquel trage, y él con no menos verguenza, y empacho contó lo miſmo que ſu hermana avrá contado, de que recibió gran guſto el enamorado Maeſtreſala: pero el Governador les dixo, por cierto, Señores, que eſta ha ſido una gran rapaceria, y para contar eſta necedad, y atrevimiento, no eran meneſter tantas largas, ni tantas lagrimas, y ſuſpiros, que con decir ſomos fulano, y fulana, que nos ſalimos á eſpaciar de caſa de nueſtros padres con eſta invencion, ſolo por curioſidad, ſin otro deſignio alguno ſe acabara el cuento, y no gemidicos, y lloramicos, y darle. Así es la verdad, reſpondió la doncella: pero ſepan vueſas mercedes, que la turbacion

cion que he tenido ha ſido tanta, que no me ha dexado guardar el termino que devia. No ſe ha perdido nada, reſpondió Sancho, vamos, y dexaremos á vueſas mercedes en caſa de ſu padre, quiza no los avra echado menos, y de aquí adelante no ſe mueſtren tan niños, ni tan deſeoſos de ver mundo, que la doncella honrada la pierna quebrada, y en caſa, y la muger, y la gallina por andar ſe pierden aina, y la que es deſeoſa de ver, tambien tiene deſeo de ſer viſta, no digo mas. El mancebo agradeció al Governador la merced que queria hacerles, de bolverlos á ſu caſa, y así ſe encaminaron hácia ella, que no eſtava muy lexos de alli. Llegaron pues, y tirando el hermano una china á una reja, al momento baxó una criada, que los eſtava eſperando, y les abrió la puerta, y ellos ſe entraron, dexando á todos admirados, así de ſu gentileza y hermoſura, como del deſeo que tenían de ver mundo de noche, y ſin ſalir del lugar: pero todo lo atribuyeron á ſu poca edad. Quedó el Maeſtreſala traſpaſado ſu corazon, y propuſo de luego otro dia pedirſela por muger á ſu padre, teniendo por cierto, que no ſe la negaría por ſer el criado del Duque, y aun á Sancho le vinieron deſeos y barruntos de caſar al mozo con Sanchica ſu hija, y determinó de ponerlo en platica á ſu tiempo, dandoſe á entender, que á una hija de un Governador ningun marido ſe le podia negar: con eſto ſe acabó la Ronda de aquella noche, y de alli á dos dias el Govierno, con que ſe deſtroncaron, y borraron todos ſus deſignios, como ſe verá adelante.

Cap. L. Donde ſe declara, quien fueron los encantadores, y verdugos que azotaron á la Dueña, y pellizcaron, y arañaron á Don Quixote: con el ſuceſo que tuvo el Page que llevó la carta á Tereſa Sancha muger de Sancho Panza.

DICE Cide Hamete, puntualiſimo eſcudriñador de los atomos deſta verdadera Hiſtoria, que al tiempo que Doña Rodriguez ſalió de ſu apoſento para ir á la eſtancia de Don Quixote, otra dueña que con ella dormia lo ſintió, y que, como todas las dueñas ſon amigas de ſaber, entender, y oler, ſe fue tras ella con tanto ſilencio, que la buena Rodriguez no lo echó de ver: y así como la dueña la vió entrar en la eſtancia de Don Quixote, porque no faltaſe en ella la general coſtumbre que todas las dueñas tienen de ſer chiſmoſas, al momento lo fue á poner en pico á ſu Señora la Duqueſa, de como Doña Rodriguez quedava en el apoſento de Don Quixote: la Duqueſa ſe lo dixo al Duque, y le pidió licencia, para que ella y Altiſidora vinieſen á ver lo que aquella dueña queria con Don Quixote: el Duque ſe la dió, y las dos con gran tiento y ſoſiego, paſo ante paſo llegaron á ponerſe junto á la puerta del apoſento, y tan cerca, que oyan todo lo que dentro hablavan, y quando oyó la Duqueſa que Rodriguez avia echado en la calle el aranjuez de ſus fuentes, no lo pudo ſufrir, ni menos Altiſidora, y así llenas de colera, y deſeoſas de venganza entraron de golpe en el apoſento, y acrevillaron á Don Quixote, y vapularon á la dueña del modo que queda contado, porque las afrentas, que van derechas contra la hermoſura y preſuncion de las mugeres, deſpiertan en ellas en gran manera la ira, y encienden el deſeo de vengarſe.

Contó la Duqueſa al Duque lo que le avia paſado de lo que ſe holgó mucho, y la Duqueſa, proſiguiendo con ſu intencion de burlarſe, y recibir paſatiempo con Don Quixote, deſpachó al Page, que avia hecho la figura de Dulcinea en el concierto de ſu deſencanto, que tenía bien olvidado Sancho Panza con la ocupacion de ſu Govierno, á Tereſa Panza ſu muger, con la carta de ſu marido, y con otra ſuya, y con una gran ſarta de corales ricos preſentados. Dice pues la Hiſtoria, que el Page era muy diſcreto, y agudo; y con deſeo de ſervir á ſus ſeñores partió de muy buena gana al lugar de Sancho, y antes de entrar en el, vió en un arroyo eſtar lavando cantidad de mugeres, á quien preguntó, si le ſabrían decir, si en aquel lugar vivia una muger llamada Tereſa Panza, muger de un cierto Sancho Panza, eſcudero de un Cavallero llamado Don Quixote de la Mancha; á cuya pregunta ſe levantó en pie una mozuela que eſtava lavando, y dixo: Eſa Tereſa Panza es mi madre, y eſe tal Sancho mi ſeñor padre, y el tal Cavallero nueſtro Amo. Pues venid, doncella, dixo el Page, y moſtradme á vueſtra madre, porque le traigo una carta, y un preſente del tal vueſtro padre. Eſo haré yo de muy buena gana, ſeñor mio, reſpondió la moza, que moſtrava ſer de edad de catorce años, poco mas á menos, y dexando la ropa que lavava á otra compañera, ſin tocarſe, ni calzarſe, que eſtava en piernas, y deſgreñada, ſaltó delante de la cavalgadura del Page, y dixo: Venga vueſa merced, que á la entrada del pueblo eſtá nueſtra caſa, y mi madre en ella, con harta pena por no aver ſabido muchos dias ha de mi ſeñor padre. Pues yo ſe las llevo tan buenas, dixo el Page, que tiene que dar bien gracias á Dios por ellas. Finalmente ſaltando, corriendo, y brincando llegó al pueblo la muchacha, y antes de entrar en ſu caſa, dixo á voces deſde la puerta: Salga madre Tereſa, ſalga, ſalga, que viene aquí un ſeñor que trae cartas, y otras coſas de mi buen padre,

padre: á cuyas voces ſalió Tereſa Panza ſu madre, hilando un copo de eſtopa, con una ſaya parda; parecia ſegun era de corta, que ſe la avian cortado por vergonzoſo lugar, con un corpezuelo así miſmo pardo, y una camiſa de pechos: no era muy vieja, aunque moſtrava paſar de los quarenta: pero fuerte, tieſa, nerbuda, y avellanada, la qual viendo á ſu hija, y al Page á cavallo, le dixo: Que es eſto, niña? que ſeñor es eſte? Es un ſervidor de mi ſeñora Doña Tereſa Panza, reſpondió el Page, y diciendo, y haciendo, ſe arrojó del cavallo, y ſe fue con mucha humildad á poner de hinojos ante la ſeñora Tereſa, diciendo: Deme vueſa merced ſus manos, mi ſeñora Doña Tereſa, bien así como muger legitima y particular del ſeñor Don Sancho Panza, Governador propio de la, Inſula Barataria. Ay, ſeñor mio, quiteſe de aí, no haga eſo, reſpondió Tereſa, que yo no ſoy nada palaciega, ſino una pobre labradora hija de un eſtripa terrones, y muger de un eſcudero andante, y no de Governador alguno. Vueſa merced, reſpondió el Page, es muger digniſima de un Governador archidigniſimo, y para prueva deſta verdad reciba vueſa merced eſta carta, y eſte preſente, y ſacó al inſtante de la faldriquera una ſarta de corales con eſtremos de oro, y ſe la echó al cuello, y dixo: eſta carta es del Señor Governador, y otra que traigo, y eſtos corales ſon de mi Señora la Duqueſa que á vueſa merced me embia. Quedó paſmada Tereſa, y ſu hija ni mas ni menos, y la muchacha dixo: que me maten, ſino anda por aquí nueſtro ſeñor Amo Don Quixote, que deve de aver dado á padre el Govierno, ó Condado que tantas veces le avia prometido. Así es la verdad, reſpondió el Page, que por reſpeto del Señor Don Quixote es aora el Señor Sancho Governador de la Inſula Barataria, como ſe verá por eſta carta. Leamela vueſa merced, ſeñor gentilhombre, dixo Tereſa, porque aunque yo ſé hilar, no ſé leer migaja: ni yo tampoco, añadió Sanchica: pero eſperenme aquí, que yo ire á

llamar quien la lea, ora ſea el Cura miſmo, ó el Báchiller Sanſon Carraſco, que vendrán de muy buena gana, por ſaber nuevas de mi padre. No ay para que ſe llame á nadie, que yo no ſé hilar: pero ſé leer, y la leere, y así ſe la leyó toda, que por quedar ya referida no ſe pone aquí, y luego ſacó otra de la Duqueſa, que decia deſta manera.

Amiga Tereſa, las buenas partes de la bondad, y del ingenio de vueſtro marido Sancho me movieron, y obligaron á pedir á mi marido el Duque le dieſe un Govierno de una inſula, de muchas que tiene: tengo noticia, que govierna como un girifalte, de lo que yo eſtoy muy contenta, y el Duque mi ſeñor por el conſiguiente, por lo que doy muchas gracias al cielo de no averme engañado en averle eſcogido para el tal Govierno, porque quiero, que ſepa la Señora Tereſa, que con dificultad ſe halla un buen Govervnador en el mundo, y tal me haga á mi Dios como Sancho govierna: aí le embio, querida mia, una ſarta de corales con eſtremos de oro, yo me holgara, que fuera de perlas Orientales, pero quien te da el hueſo, no te querria ver muerta, tiempo vendrá en que nos conozcamos, y nos comuniquemos, y Dios ſabe lo que ſerá. Encomiendeme á Sanchica ſu hija, y digale de mi parte, que ſe apareje, que la tengo de caſar altamente quando menos lo pienſe. Dicenme, que en eſe lugar ay bellotas gordas, embieme haſta dos docenas, que las eſtimaré en mucho por ſer de ſu mano, y eſcrivame largo, aviſandome de ſu ſalud, y de ſu bien eſtar, y si huviere meneſter alguna coſa, no tiene que hacer mas que boquear, que ſu boca ſerá medida, y Dios me la guarde. Deſte lugar, ſu amiga que bien la quiere.

La Duqueſa.

Ay

Ay dixo Tereſa, en oyendo la carta, y que buena, y que llana, y que humilde ſeñora, con eſtas tales ſeñoras me entierren á mí, y no las Hidalgas, que en eſte pueblo ſe uſan, que pienſan que por ſer Hidalgas no las ha de tocar el viento, y van á la Igleſia con tanta fantaſia, como si fueſen las miſmas Reinas, que no parece, ſino que tienen á deſhonra el mirar á una labradora, y veis aquí donde eſta buena ſeñora, con ſer Duqueſa, me llama amiga, y me trata, como ſi fuera ſu igual, que igual la vea yo con el mas alto campanario que ay en la Mancha, y en lo que toca á las bellotas, ſeñor mio, yo le embiare á ſu ſeñoria un celemin, que por gordas las pueden venir á ver á la mira, y á la maravilla, y por aora, Sanchica, atiende á que ſe regale eſte ſeñor, pon en orden eſte cavallo, y ſaca de la cavalleriza guevos, y corta tocino adunia, y demoſle de comer como á un Principe, que las buenas nuevas que nos ha traido, y la buena cara que él tiene lo merece todo, y en tanto ſaldré yo á dar á mis vecinas las nuevas de nueſtro contento, y al padre Cura, y á maeſe Nicolas el Barbero, que tan amigos ſon, y han ſido de tu padre. Si haré, madre, reſpondió Sanchica: pero mire, que me ha de dar la mitad deſa ſarta, que no tengo yo por tan boba á mi ſeñora la Duqueſa, que ſe la avia de embiar á ella toda. Todo es para tí, hija, reſpondió Tereſa: pero dexamela traer algunos dias al cuello, que verdaderamente parece, que me alegra el corazon. Tambien ſe alegrarán, dixo el Page, quando vean el lio que viene en eſte portamanteo, que es un veſtido de paño finiſimo que el Governador ſolo un dia llevó á caza, el qual todo le embia para la ſeñora Sanchica. Que me viva él mil años, reſpondió Sanchica, y él que lo trae ni mas ni menos, y aun dos mil ſi fuere neceſidad.

Salióſe en eſto Tereſa fuera de caſa con las cartas, y con la ſarta al cuello, y iva tañendo en las cartas, como si fuera en un pandero,

dero, y encontrandoſe á caſo con el Cura, y Sanſon Carraſco, comenzó á bailar, y á decir: á fee, que agora que no ay pariente pobre, Goviernito tenemos, no ſino tomeſe conmigo la mas pintada Hidalga, que yo la pondré como nueva. Que es eſto, Tereſa Panza? que locuras ſon eſtas? y que papeles ſon eſos? No es otra la locura, ſino que eſtas ſon cartas de Duqueſas, y de Governadores, y eſtos que traigo al cuello ſon corales finos, las Ave Marias y los Padres Nueſtros ſon de oro de martillo, y yo ſoy Governadora. De Dios en ayuſo, no os entendemos, Tereſa, ni ſabemos lo que os decis. Aí lo podrán ver ellos, reſpondió Tereſa, y dióles las cartas. Leyólas el Cura de modo que las oyó Sanſon Carraſco, y Sanſon y el Cura ſe miraron el uno al otro como admirados de lo que avian leido. Y preguntó el Bachiller, quien avia traido aquellas cartas: reſpondió Tereſa, que ſe vinieſen con ella á ſu caſa, y verían el menſagero, que era un mancebo como un pino de oro, y que le traya otro preſente que valia mas de tanto. Quitóle el Cura los corales del cuello, y mirólos, y remirólos, y certificandoſe, que eran finos, tornó á admirarſe de nuevo, y dixo: Por el habito que tengo, que no ſé que me diga, ni que me pienſe de eſtas cartas, y deſtos preſentes: por una parte veo, y toco la fineza de eſtos corales, y por otra leo, que una Duqueſa embia á pedir dos docenas de bellotas. Aderezame eſas medidas, dixo entonces Carraſco: Agora bien, vamos á ver al portador deſte pliego, que dél nos informaremos de las dificultades que ſe nos ofrecen. Hicieronlo así, y bolvióſe Tereſa con ellos: hallaron al Page crivando un poco de cevada para ſu cavalgadura, y á Sanchica cortando un torrezno para empedrarle con guevos, y dar de comer al Page, cuya preſencia, y buen adorno contentó mucho á los dos, y deſpues de averle ſaludado corteſmente, y él á ellos, le preguntó Sanſon, les dixeſe nuevas así de Don Quixote, como de Sancho

Panza,

Panza, que puesto que avian leido las cartas de Sancho, y de la Señora Duquesa, toda via estavan confusos, y no acabavan de atinar, que sería aquello del Govierno de Sancho, y mas de una insula, siendo todas, ó las mas que ay, en el mar Mediterraneo de su Magestad. A lo que el Page respondió: De que el señor Sancho Panza sea Governador, no ay que dudar en ello, de que sea insula, ó no, la que govierna, en eso no me entremeto: pero basta que sea un lugar de mas de mil vecinos, y en quanto á lo de las bellotas, digo, que mi señora la Duquesa es tan llana, y tan humilde, que no decia el embiar á pedir bellotas á una labradora: pero que le acontecia embiar á pedir un peine prestado á una vecina suya; porque quiero que sepan vuesas mercedes que las señoras de Aragon, aunque son tan principales, no son tan puntuosas, y levantadas como las señoras Castellanas, con mas llaneza, tratan con las gentes.

Estando en la mitad destas platicas saltó Sanchica con una halda de guevos, y preguntó al Page Dígame, Señor, mi señor padre trae por ventura calzas atacadas despues que es Governador? No he mirado en ello, respondió el Page: pero si deve de traer. Ay Dios mio, replicó Sanchica, y que será de ver á mi padre con pedorreras, no es bueno, sino que desde que nací tengo deseo de ver á mi padre con calzas atacadas. Como con esas cosas le verá vuesa merced si vive, respondió el Page. Par Dios terminos lleva de caminar con papahigo, con solos dos meses que le dure el Govierno. Bien echaron de ver el Cura, y el Bachiller, que el Page hablava socarronamente: pero la fineza de los corales, y el vestido de caza que Sancho embiava, lo deshacia todo, que ya Teresa les avia mostrado el vestido, y no dexaron de reirse del deseo de Sanchica, y mas quando Teresa dixo; Señor Cura, eche cata por aí, si ay alguien que vaya á Madrid, ó á Toledo, para que me compre un verdugado redondo

dondo, hecho y derecho, y ſea al uſo, y de los mejores que huviere, que en verdad en verdad, que tengo de honrar el Govierno de mi marido en quanto yo pudiere, y aunque si me enojo me tengo de ir á eſa Corte, y echar un coche como todas, que la que tiene marido Governador muy bien le puede traer, y ſuſtentar. Y como madre, dixo Sanchica, pluguieſe á Dios, que fueſe antes oy que mañana, aunque dixeſen los que me vieſen ir ſentada con mi ſeñora madre en aquel coche, mirad la tal por qual, hija del harto de ajos, y como va ſentada, y tendida en el coche, como si fuera una Papeſa: pero piſen ellos los lodos, y ande me yo en mi coche, levantados los pies del ſuelo, mal año y mal mes para quantos murmuradores ay en el mundo, y andeme yo caliente, y riaſe la gente: Digo bien, madre mia? Y como que dices bien, hija, reſpondió Tereſa, y todas eſtas venturas, y aun mayores me las tiene profetizadas mi buen Sancho; y verás tu, hija, como no para haſta hacerme Condeſa, que todo es comenzar á ſer venturoſas (y como yo he oido decir muchas veces á tu buen padre, que así como lo es tuyo, lo es de los refranes) quando te dieren la vaquilla, corre con la ſoguilla, quando te dieren un Govierno cogele, quando te dieren un Condado, agarrale, y quando te hicieren tus tus con alguna buena dadiva, embaſala: no ſino dormios, y no reſpondais á las venturas, y buenas dichas, que eſtan llamando á la puerta de vueſtra caſa. Y que ſe me da á mi, añadió Sanchica, que diga el que quiſiere, quando me vea entonada y fantaſioſa, vióſe el perro en bragas de cerro, y lo demas. Oyendo lo qual el Cura, dixo: yo no puedo creer, ſino que todos los deſte linage de los Panzas nacieron cada uno con un coſtal de refranes en el cuerpo, ninguno dellos he viſto, que no los derrame á todas horas, y en todas las platicas que tienen. Así es la verdad, dixo el Page, que el Señor Governador Sancho, á cada paſo los dice; y aunque muchos no

vienen

vienen á propoſito, todavia dan guſto, y mi ſeñora la Duqueſa, y el Duque los celebran mucho. Que todavia ſe afirma vueſa merced, Señor mio, dixo el Bachiller, ſer verdad eſto del Govierno de Sancho, y de que ay Duqueſa en el mundo, que le embie preſentes, y le eſcriva: porque noſotros, aunque tocamos los preſentes, y hemos leido las cartas, no lo creemos, y penſamos, que eſta es una de las coſas de Don Quixote nueſtro compatrioto, que todas pienſa que ſon hechas por encantamento; y así eſtoy por decir, que quiero tocar, y palpar á vueſa merced por ver si es embaxador fantaſtico, ó hombre de carne, y hueſo. Señores, yo no ſé mas de mí, reſpondió el Page, ſino que ſoy embaxador verdadero, y que el ſeñor Sancho Panza es Governador efectivo; y que mis ſeñores, Duque, y Duqueſa pueden dar, y han dado el tal Govierno; y que he oido decir, que en el ſe porta valentiſimamente el tal Sancho Panza: si en eſto ay encantamento, ó no, vueſas mercedes lo diſputen allá entre ellos, que yo no ſé otra coſa para el juramento que hago, que es, por vida de mis padres, que los tengo vivos, y los amo, y los quiero mucho. Bien podra ello ſer así, replicó el Bachiller: pero dubitat Auguſtinus. Dude quien dudare, reſpondió el Page, la verdad es la que he dicho, y eſta que ha de andar ſiempre ſobre la mentira, como el azeite ſobre el agua, y ſino operibus credite, & non verbis: vengaſe alguno de vueſas mercedes conmigo, y verán con los ojos, lo que no creen por los oidos. Eſa ida á mí toca, dixo Sanchica, lleveme vueſa merced, ſeñor, á las ancas de ſu rozin, que yo iré de muy buena gana á ver á mi ſeñor padre. Las hijas de los Governadores no han de ir ſolas por los caminos, ſino acompañadas de carrozas, y literas, y de gran numero de ſirvientes. Pardios, reſpondió Sanchica, tambien me vaya yo ſobre una pollina, como ſobre un coche, hallado la aveis la melindroſa. Calla mochacha, dixo Tereſa, que no ſabes lo

que te dices; y eſte ſeñor eſtá en lo cierto, que tal el tiempo, tal el tiento: quando Sancho, Sancha: y quando Governador, Señora, y no ſé si diga algo. Mas dice la ſeñora Tereſa de lo que pienſa, dixo el Page, y denme de comer, y deſpachenme luego: porque pienſo bolverme eſta tarde: á lo que dixo el Cura: vueſa merced ſe vendrá á hacer penitencia conmigo, que la ſeñora Tereſa mas tiene voluntad que alhajas para ſervir á tan buen hueſped. Rehuſólo el Page: pero en efecto lo huvo de conceder por ſu mejora; y el Cura le llevó conſigo de buena gana, por tener lugar de preguntarle de eſpacio por Don Quixote, y ſus hazañas. El Bachiller ſe ofreció de eſcrivir las cartas á Tereſa de la reſpueſta: pero ella no quiſo que el Bachiller ſe metieſe en ſus coſas, que le tenía por algo burlon: y así dió un bollo, y dos huevos á un Monacillo, que ſabia eſcrivir, el qual le eſcrivió dos cartas, una para ſu marido, y otra para la Duqueſa, notadas de ſu miſmo caletre, que no ſon las peores que en eſta grande Hiſtoria ſe ponen, como ſe verá adelante.

Cap. LI. Del progreſo del Govierno de Sancho Panza, con otros ſuceſos tales como buenos.

AManeció el dia que ſe ſiguió á la noche de la Ronda del Governador, la qual el Maeſtreſala paſó ſin dormir, ocupado el penſamiento en el roſtro, brio, y belleza de la disfrazada doncella; y el Mayordomo ocupó lo que della faltava en eſcrivir á ſus ſeñores lo que Sancho Panza hacía, y decia, tan admirado de ſu hechos, como de ſus dichos: porque andavan mezcladas ſus palabras, y ſus acciones con aſomos diſcretos, y tontos. Levantóſe en fin el ſeñor Governador, y por orden del Doctor Pedro Recio le hicieron

cieron deſayunar con un poco de conſerva, y quatro tragos de agua fria, coſa que la trocara Sancho con un pedazo de pan, y un racimo de uvas: pero viendo, que aquello era mas fuerza que voluntad, paſó por ello con harto dolor de ſu alma, y fatiga de ſu eſtomago, haciendole creer Pedro Recio, que los manjares pocos y delicados avivavan el ingenio, que era lo que mas convenia á las perſonas conſtituidas en mandos, y en oficios graves, donde ſe han de aprovechar, no tanto de las fuerzas corporales, como de las del entendimiento. Con eſta ſofiſteria padecia hambre Sancho, y tal, que en ſu ſecreto maldecia el Govierno, y aun á quien ſe le avia dado: pero con ſu hambre, y con ſu conſerva, ſe puſo á juzgar aquel dia, y lo primero que ſe le ofreció fue una pregunta, que un foraſtero le hizo, eſtando preſentes á todo el Mayordomo, y los demas acolitos, que fue; Señor, un caudaloſo rio dividia dos terminos de un miſmo ſeñorio (y eſté vueſa merced atento, porque el caſo es de importancia, y algo dificultoſo:) digo pues, que ſobre eſte rio eſtava una puente, y al cabo della una horca, y una como caſa de Audiencia, en la qual de ordinario avia quatro Jueces, que juzgavan la ley que puſo el dueño del rio, de la puente, y del ſeñorio, que era en eſta forma: Si alguno paſare por eſta puente de una parte á otra, ha de jurar primero adonde, y á que va, y si jurare verdad, dexenle paſar, y si dixere mentira, muera por ello ahorcado en la horca que alli ſe mueſtra, ſin remiſion alguna. Sabida eſta ley, y la riguroſa condicion della, paſavan muchos, y luego en lo que juravan ſe echava de ver, que decian verdad, y los Jueces lo dexavan paſar libremente. Sucedió pues, que tomando juramento á un hombre, juró, y dixo, que para el juramento que hacía, que iva á morir en aquella horca que alli eſtava, y no á otra coſa. Repararon los Jueces en el juramento, y dixeron: Si á eſte hombre le dexamos paſar libremente, mintió en ſu jura-

mento, y conforme á la ley deve morir, y si le ahorcamos, el juró que iva á morir en aquella horca, y aviendo jurado verdad, por la miſma ley deve ſer libre. Pideſe á vueſa merced, Señor Governador, que harán los Jueces del tal hombre, que aun haſta agora eſtán dudoſos, y ſuſpenſos, y aviendo tenido noticia del agudo, y elevado entendimiento de vueſa merced me embiaron á mí, á que ſuplicaſe á vueſa merced de ſu parte, dieſe ſu parecer en tan intricado, y dudoſo caſo. A lo que reſpondió Sancho: Por cierto que eſos ſeñores Jueces, que á mí os embian, lo pudieran aver eſcuſado: porque yo ſoy un hombre, que tengo mas de moſtrenco, que de agudo: pero con todo eſo, repetidme otra vez el negocio de modo que yo le entienda, quiza podría ſer, que dieſe en el hito. Bolvió otra, y otra vez el preguntante á referir lo que primero avia dicho; y Sancho dixo: A mi parecer eſte negocio en dos paletas le declararé yo, y es así, el tal hombre jura, que va á morir en la horca, y si muere en ella, juró verdad, y por la ley pueſta merece ſer libre, y que paſe la puente; y ſino le ahorcan juró mentira, y por la miſma ley merece que le ahorquen. Así es, como el ſeñor Governadór dice, dixo el menſagero; y quanto á la entereza, y entendimiento del caſo, no ay mas que pedir, ni que dudar. Digo yo pues agora, replicó Sancho, que deſte hombre aquella parte que juró verdad la dexen paſar, y la que dixo mentira la ahorquen, y deſta manera ſe cumplirán al pie de la letra la condicion del paſage. Pues, Señor Governador, replicó el preguntador, ſerá neceſario, que el tal hombre ſe divida en partes, en mentiroſa, y verdadera, y si ſe divide, por fuerza ha de morir; y así, no ſe conſigue coſa alguna de lo que la ley pide, y es de neceſidad eſpreſa que ſe cumpla con ella. Venid acá, ſeñor buen hombre, reſpondió Sancho, eſte paſagero que decis, ó yo ſoy un porro, ó él tiene la miſma razon

para

para morir, que para vivir, y paſar la puente: porque si la verdad le ſalva, la mentira le condena igualmente; y ſiendo eſto así, como lo es, ſoy de parecer, que digais á eſos ſeñores, que á mí os embiaron, que pues eſtan en un fil las razones de condenarle, ó aſolverle, que le dexen paſar libremente, pues ſiempre es alabado mas el hacer bien, que mal, y eſto lo diera firmado de mi nombre, si ſupiera firmar, y yo en eſte caſo no he hablado de mio, ſino que ſe me vinó á la memoria un precepto, entre otros muchos, que me dió mi Amo Don Quixote la noche antes que vinieſe á ſer Governador deſta Inſula, que fue que quando la juſticia eſtuvieſe en duda me decantaſe, y acogieſe á la miſericordia, y ha querido Dios, que agora ſe me acordaſe, por venir en eſte caſo como de molde. Así es, reſpondió el Mayordomo, y tengo para mí, que el miſmo Licurgo, que dió leyes á los Lacedemonios, no pudiera dar mejor ſentencia, que la que el gran Panza ha dado, y acabeſe con eſto la audiencia deſta mañana, y yo daré orden como el ſeñor Governador coma muy á ſu guſto. Eſo pido, y barras derechas, dixo Sancho: denme de comer, y lluevan caſos, y dudas ſobre mí, que yo las deſpavilaré en el aire. Cumplió ſu palabra el Mayordomo, pareciendole ſer cargo de conciencia matar de hambre á tan diſcreto Governador, y mas que penſava concluir con él aquella miſma noche, haciendole la burla ultima, que traya en comiſion de hacerle. Sucedió pues, que aviendo comido aquel dia contra las reglas, y aforiſmos del Doctor Tirteafuera, al levantar de los manteles entró un correo con una carta de Don Quixote para el Governador; mandó Sancho al Secretario, que la leyeſe para sí, y que ſino vinieſe en ella alguna coſa digna de ſecreto, la leyeſe en voz alta: hizolo así el Secretario, y repaſandola primero, dixo: Bien ſe puede leer en voz alta, que lo que el Señor Don Quixote eſcrive á vueſa merced merece eſtar eſtampado, y eſcrito con letras de oro, y dice así.

Carta

Carta de Don Quixote de la Mancha á Sancho Panza, Governador de la Insula Barataria.

QUando esperava oir nuevas de tus descuidos, é impertinencias, Sancho amigo, las oy de tus discreciones, de que dí por ello gracias particulares al cielo, el qual del estiercol sabe levantar los pobres, y de los tontos hacer discretos. Dicenme, que goviernas, como si fueses hombre, y que eres hombre, como si fueses bestia, segun es la humildad con que te tratas, y quiero que adviertas, Sancho, que muchas veces conviene, y es necesario, por la autoridad del oficio, ir contra la humildad del corazon: porque el buen adorno de la persona, que está puesta en graves cargos, ha de ser conforme á lo qne ellos piden, y no á la medida de lo que su humilde condicion le inclina. Vistete bien, que un palo compuesto no parece palo: no digo, que traigas dixes, ni galas, ni que siendo Juez te vistas como soldado, sino que te adornes con el habito que tu oficio requiere, con tal, que sea limpio, y bien compuesto. Para ganar la voluntad del pueblo que goviernas, entre otras has de hacer dos cosas, la una, ser bien criado con todos, aunque esto ya otra vez te lo he dicho: y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos, que no ay cosa que mas fatigue el corazon de los pobres que la hambre, y la carestia.

No hagas muchas Pragmaticas, y si las hicieres, procura que sean buenas, y sobre todo que se guarden, y cumplan, que las Pragmaticas que no se guardan, lo mismo es, que sino lo fuesen, antes dan á entender, que el Principe, que tuvo discrecion, y autoridad para hacerlas, no tuvo valor para hacer que se guardasen, y las leyes que atemorizan, y no se executan, vienen á ser como la viga, Rey de las ranas, que al principio las espantó, y con el tiempo

empo la menoſpreciaron, y ſe ſubieron ſobre ella. Sé padre de las virtudes, y padraſtro de los vicios. No ſeas ſiempre riguroſo, ni ſiempre blando, y eſcoge el medio entre eſtos dos eſtremos, que en eſto eſtá el punto de la diſcrecion. Viſita las carceles, las carnicerias, y las plazas, que la preſencia del Governador, en lugares tales, es de mucha importancia. Conſuela á los preſos, que eſperan la brevedad de ſu deſpacho. Es coco á los carniceros, que por entonces igualan los peſos, y es eſpantajo á las placeras por la miſma razon. No te mueſtres (aunque por ventura lo ſeas, lo qual yo no creo) codicioſo, mugeriego, ni gloton: porque en ſabiendo el pueblo, y los que te tratan tu inclinacion determinada, por alli te daran batería, haſta derribarte en el profundo de la perdicion. Mira, y remira, paſa, y repaſa los conſejos, y documentos que te dí por eſcrito, antes que de aquí partieſes á tu Govierno, y verás como hallas en ellos, si los guardas, una ayuda de coſta que te ſobrelleve los trabajos, y dificultades, que á cada paſo á los Governadores ſe les ofrecen. Eſcrive á tus ſeñores, y mueſtrateles agradecido, que la ingratitud es hija de la ſobervia, y uno de los mayores pecados que ſe ſabe, y la perſona, que es agradecida á los que bien le han hecho, dá indicio, que tambien lo ſerá á Dios, que tantos bienes le hizo, y de contino le hace. La Señora Duqueſa deſpachó un propio con tu veſtido, y otro preſente á tu muger Tereſa Panza, por momentos eſperamos reſpueſta.

Yo he eſtado un poco mal diſpueſto de un cierto gateamiento que me ſucedió no muy á cuento de mis narices: pero no fue nada, que si ay encantadores que me maltraten, tambien los ay que me defiendan. Aviſame, si el Mayordomo, que eſtá contigo, tuvo que ver en las acciones de la Trifaldi, como tú ſoſpechaſte: y de todo lo que te ſucediere, me irás dando aviſo, pues es tan corto el camino, quanto mas, que yo pienſo dexar preſto eſta vida ocioſa en

que

que eſtoy, pues no nací para ella. Un negocio ſe me ha ofrecido, que creo, que me ha de poner en deſgracia deſtos ſeñores. Pero aunque ſe me dá mucho, no ſe me dá nada, pues en fin, en fin, tengo de cumplir antes con mi profeſion, que con ſu guſto, conforme á lo que ſuele decirſe: Amicus Plato, ſed magis amica veritas: digote eſte Latin, porque me doy á entender, que deſpues que eres Governador lo avrás aprendido. Y a Dios, el qual te guarde de que ninguno te tenga laſtima.

Tu amigo, Don Quixote de la Mancha.

Oyó Sancho la carta con mucha atencion, y fue celebrada, y tenida por diſcreta de los que la oyeron, y luego Sancho ſe levantó de la meſa, y llamando al Secretario, ſe encerró con él en ſu eſtancia, y ſin dilatarlo mas, quiſo reſponder luego á ſu Señor Don Quixote, y dixo al Secretario, que ſin añadir, ni quitar coſa alguna fueſe eſcriviendo lo que él le dixeſe, y así lo hizo, y la carta de la reſpueſta fue del tenor ſiguiente:

Carta de Sancho Panza á Don Quixote de la Mancha.

LA ocupacion de mis negocios es tan grande, que no tengo lugar para raſcarme la cabeza, ni aun para cortarme las uñas, y así las traigo tan crecidas, qual Dios lo remedie. Digo eſto, Señor mio de mi alma, porque vueſa merced no ſe eſpante, si haſta agora no he dado aviſo de mi bien, ó mal eſtar en eſte Govierno, en el qual tengo mas hambre, que quando andavamos los dos por las ſelvas, y por los deſpoblados.

Eſcrivióme el Duque mi Señor el otro dia, dandome aviſo, que avian entrado en eſta Inſula ciertas eſpias, para matarme, y haſta agora, yo no he deſcubierto otra, que un cierto Doctor, que eſtá en eſte

eſte lugar aſalariado, para matar á quantos Governadores aquí vinieren, llamaſe el Doctor Pedro Rezio, y es natural de Tirteafuera: porque vea vueſa merced que nombre, para no temer que he de morir á ſus manos. Eſte tal Doctor dice él miſmo de si miſmo, que él no cura las enfermedades quando las ay, ſino que las previene, para que no vengan, y las medecinas que uſa ſon dieta, y mas dieta, haſta poner la perſona en los hueſos mondos, como ſino fueſe mayor mal la flaqueza, que la calentura. Finalmente, él me va matando de hambre, y yo me voy muriendo de deſpecho, pues quando penſé venir á eſte Govierno á comer caliente, y á bever frio, y á recrear el cuerpo entre ſabanas de Olanda, ſobre colchones de pluma, he venido á hacer penitencia, como si fuera hermitaño; y como no la hago de mi voluntad, pienſo, que al cabo, al cabo, me ha de llevar el diablo.

Haſta agora no he tocado derecho, ni llevado cohecho, y no puedo penſar en que va eſto: porque aquí me han dicho que los Governadores, que á eſta Inſula ſuelen venir, antes de entrar en ella, ó les han dado, ó les han preſtado los del pueblo muchos dineros, y que eſta es ordinaria uſanza en los demas que van a Goviernos, no ſolamente en eſte.

A noche andando de ronda, topé una muy hermoſa doncella en trage de varon, y un hermano ſuyo en habito de muger: de la moza ſe enamoró mi Maeſtreſala, y la eſcogió en ſu imaginacion para ſu muger, ſegun él ha dicho, y yo eſcogí al mozo para mi yerno; oy los dos pondremos en platica nueſtros penſamientos con el padre de entrambos, que es un tal Diego de la Llana, Hidalgo, y Chriſtiano viejo quanto ſe quiere.

Yo viſito las plazas, como vueſa merced me lo aconſeja, y ayer hallé una Tendera, que vendia avellanas nuevas, y averiguéle, que avia mezclado con una hanega de avellanas nuevas otra de viejas,

vanas, y podridas, apliquelas todas para los niños de la Doctrina, que las ſabrían bien diſtinguir, y ſentenciéla, que por quince dias no entraſe en la plaza: han me dicho, que lo hice valeroſamente, lo que ſé decir á vueſa merced es, que es fama en eſte pueblo, que no ay gente mas mala que las placeras: porque todas ſon deſvergonzadas, deſalmadas, y atrevidas, y yo así lo creo, por las que he viſto en otros pueblos.

De que mi Señora la Duqueſa aya eſcrito á mi muger Tereſa Panza, y embiadole el preſente, que vueſa merced dice, eſtoy muy ſatisfecho, y procuraré de moſtrarme agradecido á ſu tiempo: beſele vueſa merced las manos de mi parte, diciendo, que digo yo, que no lo ha echado en ſaco roto, como lo verá por la obra. No querria que vueſa merced tuvieſe travacuentas de diſguſto con eſos mis ſeñores, porque si vueſa merced ſe enoja con ellos claro eſtá, que ha de redundar en mi daño, y no ſerá bien, que pues ſe me dá á mi por conſejo, que ſea agradecido, que vueſa merced no lo ſea con quien tantas mercedes le tiene hechas, y con tanto regalo ha ſido tratado en ſu caſtillo.

Aquello del gateado, no entiendo: pero imagino, que deve de ſer alguna de las malas fechorias, que con vueſa merced ſuelen uſar los malos encantadores, yo lo ſabré, quando nos veamos. Quiſiera embiarle á vueſa merced alguna coſa, pero no ſé que embie, ſino es algunos cañutos de geringas, que para con begigas los hacen en eſta Inſula muy curioſos, aunque si me dura el oficio, yo buſcaré que embiar, de haldas, ó de mangas. Si me eſcriviere mi muger Tereſa Panza, pague vueſa merced el porte, y embieme la carta, que tengo grandiſimo deſeo de ſaber del eſtado de mi caſa, de mi muger, y de mis hijos: y con eſto Dios libre á vueſa merced de mal intencionados encantadores, y á mí me ſaque con bien, y

en

en paz deſte Govierno, que lo dudo, porque le pienſo dexár con la vida ſegun me trata el Doctor Pedro Rezio.

Criado de vueſa merced

Sancho Panza el Governador.

Cerró la carta el Secretario, y deſpachó luego al correo, y juntandoſe los burladores de Sancho, dieron orden entre sí como deſpacharle del Govierno, y aquella tarde la paſó Sancho en hacer algunas ordenanzas tocantes al buen govierno de la, que él imaginava ſer Inſula; y ordenó, que no huvieſe regatones de los baſtimentos en la Republica; y que pudieſen meter en ella vino de las partes que quiſieſen, con aditamento, que declaraſen el lugar de donde era, para ponerle el precio ſegun ſu eſtimacion, bondad, y fama, y él que lo aguaſe, ó le mudaſe el nombre, perdieſe la vida por ello: moderó el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corria con exorbitancia. Puſo taſa en los ſalarios de los criados que caminavan á rienda ſuelta por el camino del intereſe. Puſo graviſimas penas á los que cantaſen cantares laſcivos, y deſcompueſtos, ni de noche, ni de dia. Ordenó, que ningun ciego cantaſe milagro en coplas, ſino truxeſe teſtimonio autentico de ſer verdadero, por parecerle, que los mas que los ciegos cantan ſon fingidos en perjuicio de los verdaderos.

Hizo, y creó un Alguacil de pobres, no para que los perſiguieſe, ſino para que los examinaſe si lo eran, porque á la ſombra de la manquedad fingida, y de la llaga falſa, andan los brazos ladrones, y la ſalud borracha. En reſolucion él ordenó coſas tan buenas, que haſta oy ſe guardan en aquel lugar, y ſe nombran: Las Conſtituciones del gran Governador Sancho Panza.

Cap. LII. Donde ſe cuenta la Aventura de la ſegunda dueña Dolorida, ó Anguſtiada, llamada por otro nombre Doña Rodriguez.

CUENTA Cide Hamete, que eſtando ya Don Quixote ſano de ſus aruños, le pareció, que la vida, que en aquel Caſtillo tenía, era contra toda la orden de Cavalleria, que profeſava, y así determinó de pedir licencia á los Duques para partirſe á Zaragoza, cuyas fieſtas llegavan cerca, adonde penſava ganar el arnes, que en las tales fieſtas ſe conquiſta. Y eſtando un dia á la meſa con los Duques, y comenzando á poner en obra ſu intencion, y pedir la licencia: veis aquí á deſhora entrar por la puerta de la gran ſala dos mugeres (como deſpues pareció) cubiertas de luto de los pies á la cabeza, y la una dellas, llegandoſe á Don Quixote, ſe le echó á los pies tendida de largo á largo, la boca coſida con los pies de Don Quixote, y dava unos gemidos tan triſtes, tan profundos, y tan doloroſos, que puſo en confuſion á todos los que la oyan, y miravan; y aunque los Duques penſaron que ſería alguna burla que ſus criados querian hacer á Don Quixote, todavia viendo con el ahinco, que la muger ſuſpirava, gemía, y llorava, los tuvo dudoſos, y ſuſpenſos, haſta que Don Quixote compaſivo la levantó del ſuelo, y hizo, que ſe deſcubrieſe, y quitaſe el manto de ſobre la faz lloroſa: ella lo hizo así, y moſtró ſer (lo que jamas ſe pudiera penſar) porque deſcubrió el roſtro de Doña Rodriguez, la dueña de caſa, y la otra enlutada era ſu hija, la burlada del hijo del labrador rico, admiraronſe todos aquellos que la conocian, y mas los Duques que ninguno, que pueſto que la tenían por boba, y de buena paſta, no por tanto, que vinieſe á hacer locuras: finalmente

Doña

Doña Rodriguez, bolviendoſe á los ſeñores, les dixo: Vueſas Excelencias ſean ſervidos de darme licencia, que yo departa un poco con eſte Cavallero: porque así conviene, para ſalir con bien del negocio en que me ha pueſto él atrevimiento de un mal intencionado villano. El Duque dixo, que él ſe la dava, y que departieſe con el ſeñor Don Quixote, quanto le vinieſe en deſeo. Ella enderezando la voz, y el roſtro á Don Quixote, dixo: Dias ha, valeroſo Cavallero, que os tengo dada cuenta de la ſinrazon, y alevoſia, que un mal labrador tiene fecha á mi muy querida, y amada fija, que es eſta deſdichada que aquí eſtá preſente, y vos me avedes prometido, de bolver por ella, enderezandole el tuerto, que le tienen fecho, y agora ha llegado á mi noticia, que os queredes partir deſte Caſtillo, en buſca de las buenas venturas que Dios os depare, y así querria, que antes que os eſcurrieſedes por eſos caminos, deſafiaſedes á eſte ruſtico indomito, y le hicieſedes, que ſe caſaſe con mi hija, en cumplimiento de la palabra que le dió de ſer ſu eſpoſo, antes, y primero que yogaſe con ella: porque penſar que el Duque mi ſeñor me ha de hacer juſticia es pedir peras al olmo, por la ocaſion, que ya á vueſa merced en puridad tengo declarada, y con eſto nueſtro Señor dé á vueſta merced mucha ſalud, y á noſotras no os deſampare. A cuyas razones reſpondió Don Quixote, con mucha gravedad, y proſopopeya: Buena dueña, templad vueſtras lagrimas, ó por mejor decir, enjugadlas, y ahorrad de vueſtros ſuſpiros, que yo tomo á mi cargo el remedio de vueſtra hija, á la qual le huviera eſtado mejor, no aver ſido tan facil en creer promeſas de enamorados, las quales por la mayor parte ſon ligeras de prometer, y muy peſadas de cumplir: y así, con licencia del Duque mi ſeñor, yo me partiré luego en buſca deſe deſalmado mancebo, y le hallaré, y le deſafiaré, y le mataré cada y quando, que ſe eſcuſare de cumplir la prometida palabra, que el

principal

principal aſumpto de mi profeſion, es perdonar á los humildes, y caſtigar á los ſobervios, quiero decir, acorrer á los miſerables, y deſtruir á los riguroſos. No es meneſter, reſpondió el Duque, que vueſa merced ſe ponga en trabajo de buſcar al ruſtico, de quien eſta buena dueña ſe quexa, ni es meneſter tampoco, que vueſa merced me pida á mí licencia para deſafiarle, que yo le doy por deſafiado, y tomo á mi cargo de hacerle ſaber eſte deſafio, y que le acete, y venga á reſponder por sí á eſte mi caſtillo, donde á entrambos daré campo ſeguro, guardando todas las condiciones, que en tales actos ſuelen, y deven guardarſe, guardando igualmente ſu juſticia á cada uno, como eſtan obligados á guardarla todos aquellos Principes, que dan campo franco á los que ſe combaten en los terminos de ſus ſeñorios. Pues con eſe ſeguro, y con buena licencia de vueſtra Grandeza, replicó Don Quixote, deſde aquí digo, que por eſta vez renuncio mi hidalguia, y me allano, y ajuſto con la llaneza del dañador, y me hago igual con él, habilitandole para poder combatir conmigo: y así, aunque auſente, le deſafio, y repto, en razon de que hizo mal en defraudar á eſta pobre, que fue doncella, y ya por ſu culpa no lo es; y que le ha de cumplir la palabra que le dió de ſer ſu legitimo eſpoſo, ó morir en la demanda. Y luego deſcalzandoſe un guante, le arrojó en mitad de la ſala, y el Duque le alzó, diciendo, que como ya avia dicho, el acetava el tal deſafio en nombre de ſu vaſallo, y ſeñalava el plazo de alli á ſeis dias, y el campo en la plaza de aquel Caſtillo, y las armas las acoſtumbradas de los Cavalleros, lanza, y eſcudo, y arnes tranzado, con todas las demas piezas, ſin engaño, ſuperchería, ó ſuperſticion alguna, examinadas, y viſtas por los jueces del campo: pero ante todas coſas es meneſter, que eſta buena dueña, y eſta mala doncella pongan el derecho de ſu juſticia en manos del Señor Don Quixote, que de otra manera no ſe hará nada, ni llegará

gará á devida execucion el tal deſafio. Yo sí pongo, reſpondió la dueña: y yo tambien, añadió la hija, toda lloroſa, y toda vergonzoſa, y de mal talante. Tomado pues eſte apuntamiento, y aviendo imaginado el Duque lo que avia de hacer en el caſo, las enlutadas ſe fueron, y ordenó la Duqueſa, que de alli adelante no las trataſen como á ſus criadas, ſino como á Señoras aventureras, que venian á pedir juſticia á ſu caſa, y así les dieron quarto á parte, y las ſirvieron como á foraſteras, no ſin eſpanto de las demas criadas, que no ſabian en que avia de parar la ſandez, y deſemboltura de Doña Rodriguez, y de ſu mal andante hija. Eſtando en eſto, para acabar de regocijar la fieſta, y dar buen fin á la comida, veis aquí donde entró por la ſala el Page, que llevó las cartas, y preſentes á Tereſa Panza, muger del Governador Sancho Panza, de cuya llegada recibieron gran contento los Duques, deſeoſos de ſaber lo que le avia ſucedido en ſu viage, y preguntandoſelo, reſpondió el Page, que no lo podia decir tan en publico, ni con breves palabras; que ſus Exelencias fueſen ſervidos de dexarlo para á ſolas, y que entretanto ſe entretuvieſen con aquellas cartas, y ſacando dos cartas, las puſo en manos de la Duqueſa: la una decia en el ſobreeſcrito: Carta para mi ſeñora la Duqueſa tal, de no ſé donde: y la otra: A mi marido Sancho Panza, Governador de la Inſula Barataria, que Dios proſpere mas años que á mí.

No ſe le cocia el pan, como ſuele decirſe, á la Duqueſa, haſta leer ſu carta, y abriendola, y leido para sí, y viendo que la podia leer en voz alta, para que el Duque, y los circunſtantes la oyeſen leyó deſta manera:

Carta

Carta de Tereſa Panza á la Duqueſa.

MUCHO contento me dió, Señora mia, la carta que vueſa Grandeza me eſcrivió, que en verdad que la tenía bien deſeada: la ſarta de corales es muy buena, y el veſtido de caza de mi marido no le va en zaga: de que vueſa Señora aya hecho Governador á Sancho mi conſorte ha recebido mucho guſto todo eſte lugar, pueſto que no ay quien lo crea, principalmente el Cura, y Maeſe Nicolas el Barbero, y Sanſon Carraſco el Bachiller: pero á mí no ſe me dá nada, que como ello ſea así, como lo es, diga cada uno lo que quiſiere, aunque ſi va á decir verdad, á no venir los corales, y el veſtido, tampoco yo lo creyera: porque en eſte pueblo todos tienen á mi marido por un porro, y que ſacado de governar un hato de cabras, no pueden imaginar, para que govierno pueda ſer bueno: Dios lo haga, y lo encamine como vee que lo han meneſter ſus hijos. Yo, ſeñora de mi alma, eſtoy determinada, con licencia de vueſa merced, de meter eſte buen dia en mi caſa, yendome á la Corte á tenderme en un coche, para quebrar los ojos á mil embidioſos, que ya tengo. Y así, ſuplico á vueſa excelencia mande á mi marido, me embie algun dinerillo, y que ſea algo, que porque en la Corte ſon los gaſtos grandes, que el pan vale á real, y la carne la libra á treinta maravedis, que es un juicio; y si quiſiere que no vaya, que me lo aviſe con tiempo, porque me eſtan bullendo los pies por ponerme en camino, que me dicen mis amigas, y mis vecinas, que si yo, y mi hija andamos orondas y pompoſas en la Corte, vendrá á ſer conocido mi marido por mí, mas que yo por él, ſiendo forzoſo, que pregunten muchos: Quien ſon eſtas ſeñoras deſte coche? y un criado mio reſponder: La muger, y la hija de Sancho Panza, Governador de la Inſula

Inſula Barataria, y deſta manera ſerá conocido Sancho, y yo ſeré eſtimada, y á Roma por todo.

Peſame, quanto peſarme puede, que eſte año no ſe han cogido bellotas en eſte pueblo, con todo eſo, embio á vueſa Alteza, haſta medio celemin, que una á una las fuy yo á coger, y á eſcoger al monte, y no las hallé mas mayores; yo quiſiera, que fueran como huevos de Abeſtruz.

No ſe le olvide á vueſtra pompoſidad de eſcrivirme, que yo tendre cuidado de la reſpueſta, aviſando de mi ſalud, y de todo lo que huviere que aviſar deſte lugar, donde quedo rogando á nueſtro Señor guarde á vueſtra Grandeza, y á mí no olvide. Sancha mi hija, y mi hijo beſan á vueſa merced las manos.

La que tiene mas deſeo de ver á vueſa Señoria que de eſcrivirla. Su criada Tereſa Panza.

¶ Grande fue el guſto que todos recibieron de oir la carta de Tereſa Panza, principalmente los Duques: y la Duqueſa pidió parecer á Don Quixote, si ſería bien abrir la carta que venia para el Governador, que imaginava, devia de ſer boniſima. Don Quixote dixo, que él la abriría por darles guſto, y así lo hizo, y vió, que decia deſta manera:

Carta de Tereſa Panza á Sancho Panza ſu marido.

TU carta recibí, Sancho mio de mi alma, y yo te prometo, y juro como Catolica Chriſtiana, que no faltaron dos dedos para bolverme loca de contento; mira, hermano, quando yo llegué á oir, que eres Governador, me penſé alli caer muerta de puro gozo, que ya ſabes tú, que dicen, que así mata la alegria ſubita, como el dolor grande: á Sanchica tu hija ſe le fueron las aguas ſin

ſentirlo de puro contento; el veſtido que me embiaſte tenía delante, y los corales que me embió mi ſeñora la Duqueſa al cuello, y las cartas en las manos, y el portador dellas alli preſente, y con todo eſo creya, y penſava, que era todo ſueño lo que veya, y lo que tocava, porque quien podia penſar que un paſtor de cabras avia de venir á ſer Governador de inſulas? Ya ſabes tú, amigo, que decia mi madre, que era meneſter vivir mucho, para ver mucho, digolo, porque pienſo ver mas, si vivo mas, porque no pienſo parar haſta verte arrendador, ó alcavalero, que ſon oficios, que aunque lleva el diablo á quien mal los uſa, en fin en fin ſiempre tienen, y manejan dineros: mi ſeñora la Duqueſa te dirá el deſeo que tengo de ir á la Corte, mirate en ello, y aviſame de tu guſto, que yo procuraré honrarte en ella, andando en coche.

El Cura, el Barbero, el Bachiller, y aun el Sacriſtan no pueden creer que eres Governador, y dicen, que todo es embeleco, ó coſas de encantamento, como ſon todas las de Don Quixote tu Amo, y dice Sanſon, que ha de ir á buſcarte, y á ſacarte el Govierno de la cabeza, y á Don Quixote la locura de los caſcos, yo no hago ſino reirme, y mirar mi ſarta, y dar traza del veſtido que tengo de hacer del tuyo á nueſtra hija: unas bellotas embié á mi ſeñora la Duqueſa, yo quiſiera que fueran de oro: embiame tú algunas ſartas de perlas, ſi ſe uſan en eſa inſula.

Las nuevas deſte lugar ſon que la Berrueca caſó á ſu hija con un pintor de mala mano, que llegó á eſte pueblo á pintar lo que ſalieſe, mandóle el concejo pintar las armas de ſu Mageſtad ſobre las puertas del Ayuntamiento, pidió dos ducados, dieronſelos adelantados, trabajó ocho dias, al cabo de los quales no pintó nada, y dixo, que no acertaua á pintar tantas baratijas, bolvió el dinero, y con todo eſo ſe caſó á titulo de buen oficial, verdad es, que ya ha dexado

dexado el pinzel, y tomado el azada, y va al campo como gentilhombre: el hijo de Pedro de Lobo ſe ha ordenado de grados y corona, con intencion de hacerſe Clerigo, ſupolo Minguilla la nieta de Mingo Silvato, y ha le pueſto demanda, de que la tiene dada palabra de caſamiento, malas lenguas quieren decir, que ha eſtado en cinta dél, pero él lo niega á pies juntillas. Ogaño no ay aceitunas, ni ſe halla una gota de vinagre en todo eſte pueblo: por aquí paſó una compañia de ſoldados, llevaronſe de camino tres mozas deſte pueblo, no te quiero decir quien ſon, quiza bolverán, y no faltará quien las tome por mugeres con ſus tachas buenas ó malas. Sanchica hace puntas de randas, gana cada dia ocho maravedis horros, que los va echando en una alcancia para ayuda á ſu axuar: pero aora que es hija de un Governador, tú le darás la dote, ſin que ella lo trabaje: la fuente de la plaza ſe ſecó, un rayo cayó en la picota, y alli me las den todas, eſpero reſpueſta deſta, y la reſolucion de mi ida á la Corte, y con eſto Dios te me guarde mas años que á mí, ó tantos, porque no querria dexarte ſin mí en eſte mundo. *Tu muger Tereſa Panza.*

Las cartas fueron ſolenizadas, reidas, eſtimadas, y admiradas, y para acabar de echar el ſello llegó el Correo, él que traya la que Sancho embiava á Don Quixote, que así miſmo ſe leyó publicamente, la qual puſo en duda la ſandez del Governador. Retiróſe la Duqueſa para ſaber del Page lo que le avia ſucedido en el lugar de Sancho, el qual ſe lo contó muy por eſtenſo ſin dexar circunſtancia que no refirieſe: dióle las bellotas, y mas un queſo, queTereſa le dió por ſer muy bueno, que ſe aventajava á los deTronchon: recibiólo la Duqueſa con grandiſimo guſto, con el qual la dexaremos, por contar el fin que tuvo el Govierno del gran Sancho Panza, flor y eſpejo de todos los Inſulanos Governadores.

Cap. LIII. Del fatigado fin, y remate, que tuvo el Govierno de Sancho Panza.

PEnſar, que en eſta vida las coſas della han de durar ſiempre en un eſtado, es penſar en lo eſcuſado; antes parece, que ella anda todo en redondo, digo á la redonda; la primavera ſigue al verano, el verano al eſtio, el eſtio al otoño, y el otoño al invierno, y el invierno á la primavera, y así torna á andarſe el tiempo con eſta rueda continua: ſola la vida humana corre á ſu fin ligera, mas que el tiempo, ſin eſperar renovarſe, ſino es en la otra, que no tiene terminos que la limiten; eſto dice Cide Hamete Filoſofo Mahometico: porque eſto de entender la ligereza, é inſtabilidad de la vida preſente, y de la duracion de la eterna, que ſe eſpera, muchos ſin lumbre de Fé, ſino con la luz natural lo han entendido: pero aquí nueſtro Autor lo dice por la preſteza con que ſe acabó, ſe conſumió, ſe deſhizo, ſe fue como en ſombra, y humo, el Govierno de Sancho, el qual eſtando la ſeptima noche de los dias de ſu Govierno en ſu cama, no harto de pan, ni de vino, ſino de juzgar, y dar pareceres, y de hacer eſtatutos y pragmaticas, quando el ſueño á deſpecho y peſar de la hambre le comenzava á cerrar los parpados, oyó tan gran ruido de campanas, y de voces, que no parecía, ſino que toda la inſula ſe hundia: ſentóſe en la cama, y eſtuvo atento, y eſcuchando por ver, ſi dava en la cuenta de lo que podia ſer la cauſa de tan grande alboroto: pero no ſolo no lo ſupo: pero añadiendoſe al ruido de voces y campanas el de infinitas trompetas, y atambores, quedó mas confuſo y lleno de temor y eſpanto, y levantandoſe en pie, ſe puſo unas chinelas por la humedad del ſuelo,

y ſin

y ſin ponerſe ſobreropa de levantar, ni coſa que ſe pareciese, ſalió á la puerta de ſu apoſento á tiempo, quando vió venir por unos corredores mas de veinte perſonas con hachas encendidas en las manos, y con las eſpadas deſenvainadas, gritando todos á grandes voces: Arma, arma, Señor Governador, arma, que han entrado infinitos enemigos en la inſula, y ſomos perdidos, si vueſtra induſtria, y valor no nos ſocorre: con eſte ruido, furia, y alboroto llegaron donde Sancho eſtava, atonito y embeleſado de lo que oya, y veya, y quando llegaron á él, uno le dixo, armeſe luego vueſa Señoria ſino quiere perderſe, y que toda eſta inſula ſe pierda. Que me tengo de armar? reſpondió Sancho, ni que ſé yo de armas, ni de ſocorros? eſtas coſas mejor ſerá dexarlas para mi Amo Don Quixote, que en dos paletas las deſpachará, y pondrá en cobro, que yo, pecador ſuy á Dios, no ſe me entiende nada deſtas prieſas. Ha, Señor Governador, dixo otro, que relente es eſe? armeſe vueſa merced, que aquí le traemos armas ofenſivas y defenſivas, y ſalga á eſa plaza, y ſea nueſtra guia, y nueſtró Capitan, pues de derecho le toca el ſerlo, ſiendo nueſtro Governador. Armenme nora buena, replicó Sancho; y al momento le truxeron dos paveſes, que venian proveidos dellos, y le puſieron encima de la camiſa, ſin dexarle tomar otro veſtido, un paves delante, y otro detras, y por unas concavidades, que trayan hechas, le ſacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo que quedó emparedado, y entablado, derecho como un huſo, ſin poder doblar las rodillas, ni menearſe un ſolo paſo. Puſieronle en las manos una lanza, á la qual ſe arrimó para poder tenerſe en pie. Quando así le tuvieron, le dixeron que caminaſe, y los guiaſe, y animaſe á todos, que ſiendo él ſu norte, ſu lanterna, y ſu lucero tendrían buen fin ſus negocios. Como tengo de caminar deſventurado yo? reſpondió Sancho; que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas,

dillas, porque me lo impiden eſtas tablas que tan coſidas tengo con mis carnes; lo que han de hacer, es llevarme en brazos, y ponerme atraveſado, ó en pie en algun poſtigo, que yo le guardaré, ó con eſta lanza, ó con mi cuerpo. Ande, Señor Governador, dixo otro, que mas el miedo que las tablas le impiden el paſo; acabe, y meneeſe, que es tarde, y los enemigos crecen, y las voces ſe aumentan, y el peligro carga, por cuyas perſuaſiones y vituperios provó el pobre Governador á moverſe, y ſue dar conſigo en el ſuelo tan gran golpe que penſó que ſe avia hecho pedazos: quedó como galapago, encerrado, y cubierto con ſus conchas, ó como medio tocino metido entre dos arteſas, ó bien así como barca, que da al traves en la arena, y no por verle caido aquella gente burladora le tuvieron compaſion alguna: antes apagando las antorchas tornaron á reforzar las voces, y á reiterar el arma, con tan gran prieſa, paſando por encima del pobre Sancho, dandole infinitas cuchilladas ſobre los paveſes, que si él no ſe recogiera, y encogiera, metiendo la cabeza entre los paveſes, lo paſara muy mal el pobre Governador, el qual en aquella eſtrecheza recogido, ſudava, y traſudava, y de todo corazon ſe encomendava á Dios que de aquel peligro le ſacaſe: unos tropezavan en él, otros cayan, y tal huvo que ſe puſo encima un buen eſpacio, y deſde alli, como deſde atalaya, governava los exercitos, y á grandes voces decia: Aquí de los nueſtros, que por eſta parte cargan mas los enemigos, aquel portillo ſe guarde, aquella puerta ſe cierre, aquellas eſcalas ſe tranquen, vengan alcancias, pez, y reſina en calderas de azeite ardiendo, trincheenſe las calles con colchones; en fin él nombrava con todo ahinco todas las baratijas, é inſtrumentos, y pertrechos de guerra, con que ſuele defenderſe el aſalto de una ciudad: y el molido Sancho, que lo eſcuchava, y ſufria todo, decia entre si: ó si mí ſeñor fueſe ſervido, que ſe acabaſe ya de perder eſta inſula, y

me

me vieſe yo, ó muerto, ó fuera deſta grande anguſtia! Oyó el cielo ſu peticion, y quando menos lo eſperava, oyó voces que decian: Vitoria, vitoria, los enemigos van de vencida, ea, ſeñor Governador, levanteſe vueſa merced, y venga á gozar del vencimiento, y á repartir los deſpojos que ſe han tomado á los enemigos, por el valor deſe invencible brazo. Levantenme, dixo con voz doliente el dolorido Sancho. Ayudaronle á levantar, y pueſto en pie dixo: El enemigo que yo huviere vencido, quiero que me le claven en la frente, yo no quiero repartir deſpojos de enemigos, ſino pedir y ſuplicar á algun amigo, si es que le tengo, que me dé un trago de vino, que me ſeco, y me enxugue eſte ſudor, que me hago agua. Limpiaronle, truxeronle el vino, deſliaronle los paveſes, ſentóſe ſobre ſu lecho, y deſmayóſe del temor del ſobreſalto, y del trabajo.

Ya les peſava á los de la burla, de averſela hecho tan peſada: pero el aver buelto en sí Sancho les templó la pena, que les avia dado ſu deſmayo. Preguntó que hora era, reſpondieronle que ya amanecia. Calló, y ſin decir otra coſa comenzó á veſtirſe, todo ſepultado en ſilencio, y todos le miravan, y eſperavan, en que avia de parar la prieſa con que ſe veſtia. Viſtióſe en fin, y poco á poco, porque eſtava molido, y no podia ir mucho á mucho, ſe fue á la cavalleriza, ſiguiendole todos los que alli ſe hallavan, y llegandoſe al Rucio le abrazó, y le dió un beſo de paz en la frente, y no ſin lagrimas en los ojos le dixo: Venid vos acá, compañero mio, y amigo mio, y conllevador de mis trabajos, y miſerias, quando yo me avenía con vos, y no tenía otros penſamientos, que los que me davan los cuidados de remendar vueſtros aparejos, y de ſuſtentar vueſtro corpezuelo, dichoſas eran mis horas, mis dias, y mis años: pero deſpues que os dexé, y me ſubi ſobre las torres de la ambicion, y de la ſobervia, ſe me han entrado por el alma adentro

mil.

mil miſerias, mil trabajos, y quatro mil deſaſoſiegos. Y en tanto que eſtas razones iva diciendo, iva aſimiſmo enalbardando el aſno, ſin que nadie nada le dixeſe. Enalbardado pues el Rucio, con gran pena y peſar ſubió ſobre él, y encaminando ſus palabras y razones al Mayordomo, al Secretario, al Maeſtreſala, y á Pedro Rezio el Doctor, y á otros muchos que alli preſentes eſtavan, dixo: Abrid camino, ſeñores mios, y dexadme bolver á mi antigua libertad: dexadme que vaya á buſcar la vida paſada, para que me reſucite de eſta muerte preſente; yo no nací para ſer Governador, ni para defender inſulas, ni ciudades de los enemigos, que quiſieren acometerlas, mejor ſe me entiende á mí de arar, y cabar, podar, y enſarmentar las viñas, que de dar leyes, ni de defender Provincias, ni Reinos, bien ſe eſtá San Pedro en Roma, quiero decir, que bien ſe eſtá cada uno uſando el oficio para que fue nacido, mejor me eſtá á mí una hoz en la mano, que un cetro de Governador, mas quiero hartarme de gazpachos, que eſtar ſugeto á la miſeria de un Medico impertinente, que me mate de hambre, y mas quiero recoſtarme á la ſombra de una encina en el verano, y arroparme con un zamarro de dos pelos en el Invierno en mi libertad, que acoſtarme con la ſugecion del Govierno entre ſabanas de Olanda, y veſtirme de martas cebollinas: vueſas mercedes ſe queden con Dios, y digan al Duque mi ſeñor, que deſnudo nací, deſnudo me hallo, ni pierdo ni gano, quiéro decir, que ſin blanca entré en eſte govierno, y ſin ella ſalgo, bien al reves de como ſuelen ſalir los Governadores de otras inſulas: y apartenſe, dexenme ir, que me voy á bizmar, que creo, que tengo brumadas todas las coſtillas, merced á los enemigos que eſta noche ſe han paſeado ſobre mí. No ha de ſer así, Señor Governador, dixo el Doctor Rezio, que yo le daré á vueſa merced una bevida contra caidas, y molimientos que luego le buelva en ſu priſtina entereza y vigor, y en lo de la comida

yo

yo prometo á vueſa merced de enmendarme, dexandole comer abundantemente de todo aquello que quiſiere. Tarde piache, reſpondió Sancho, así dexaré de irme, como bolverme Turco: no ſon eſtas burlas para dos veces, por Dios que así me quede en eſte, ni admita otro Govierno, aunque me le dieſen entre dos platos, como volar al cielo ſin alas; yo ſoy del linage de los Panzas, que todos ſon teſtarudos, y si una vez dicen nones, nones han de ſer, aunque ſean pares, á peſar de todo el mundo; quedenſe en eſta cavalleriza las alas de la hormiga, que me levantaron en el aire, para que me comieſen vencejos, y otros paxaros, y bolvamonos á andar por el ſuelo con pie llano, que ſino le adornaren zapatos picados de cordovan, no le faltarán alpargatas toſcas de cuerda, cada oveja con ſu pareja, y nadie tienda mas la pierna de quanto fuere larga la ſabana, y dexenme paſar que ſe me hace tarde. A lo que el Mayordomo dixo: Señor Governador, de muy buena gana dexaramos ir á vueſa merced, pueſto que nos peſará mucho de perderle, que ſu ingenio, y ſu Chriſtiano proceder obligan á deſearle: pero ya ſe ſabe, que todo Governador eſtá obligado, antes que ſe auſente de la parte donde ha governado dar primero reſidencia, dé la vueſa merced de los diez dias que ha que tiene el Govierno, y vayaſe á la paz de Dios. Nadie me la puede pedir, reſpondió Sancho, ſino es quien ordenare el Duque mi ſeñor, yo voy á verme con él, y á él ſe la daré de molde, quanto mas, que ſaliendo yo deſnudo como ſalgo, no es meneſter otra ſeñal, para dar á entender, que he governado como un Angel. Par Dios que tiene razon el gran Sancho, dixo el Doctor Recio, y que ſoy de parecer que le dexemos ir, porque el Duque ha de guſtar infinito de verle. Todos vinieron en ello, y le dexaron ir, ofreciendole primero compañia, y todo aquello que quiſieſe para el regalo de ſu perſona, y para la comodidad de ſu viage. Sancho dixo, que no queria mas de un

poco de cevada para el Rucio, y medio queſo, y medio pan para él, que pues el camino era tan corto, no avia meneſter mayor ni mejor repoſtería. Abrazaronle todos, y él llorando abrazó á todos, y los dexó admirados, así de ſus razones como de ſu determinacion tan reſoluta, y tan diſcreta.

Cap. LIV. Que trata de coſas tocantes á eſta Hiſtoria, y no á otra alguna.

REſolvieronſe el Duque, y la Duqueſa, de que el deſafio que Don Quixote hizo á ſu vaſallo por la cauſa ya referida, paſaſe adelante, y pueſto que el mozo eſtava en Flandes, adonde ſe avia ido huyendo, por no tener por ſuegra á Doña Rodriguez, ordenaron de poner en ſu lugar á un lacayo Gaſcon, que ſe llamava Toſilos, induſtriandole primero muy bien de todo lo que avia de hacer. De allí á dos dias dixo el Duque á Don Quixote, como deſde alli á quatro vendría ſu contrario, y ſe preſentaría en el campo, armado como Cavallero, y ſuſtentaría como la doncella mentia por mitad de la barba, y aun por toda la barba entera, ſí ſe afirmava, que él le huvieſe dado palabra de caſamiento. Don Quixote recibió mucho guſto con las tales nuevas, y ſe prometió á ſí miſmo de hacer maravillas en el caſo, y tuvo á gran ventura averſele ofrecido ocaſion donde aquellos ſeñores pudieſen ver haſta donde ſe eſtendia el valor de ſu poderoſo brazo, y así con alborozo y contento eſperava los quatro dias, que ſe le ivan haciendo, á la cuenta de ſu deſeo, quatrocientos ſiglos. Dexemos los paſar noſotros (como dexamos paſar otras coſas) y vamos á acompañar á Sancho, que entre alegre y triſte venia caminando ſobre el Rucio á buſcar

buſcar á ſu Amo, cuya compañia le agradava mas que ſer Governador de todas las inſulas del mundo. Sucedió pues, que no aviendoſe alongado mucho de la Inſula del ſu Govierno (que el nunca ſe puſo á averiguar, si era inſula, ciudad, villa, ó lugar, la que governava) vió, que por el camino por donde él iva, venian ſeis peregrinos con ſus bordones, de eſtos eſtrangeros que piden la limoſna cantando, los quales en llegando á él ſe puſieron en ala, y levantando las voces todos juntos comenzaron á cantar en ſu lengua lo que Sancho no pudo entender, ſino fue una palabra, que claramente pronunciava limoſna, por donde entendió, que era limoſna la que en ſu canto pedian, y como él (ſegun dice Cide Hamete) era caritativo ademas, ſacó de ſus alforjas medio pan, y medio queſo, de que venia proveido, y dióſelo, diciendoles por ſeñas, que no tenía otra coſa que darles: ellos lo recibieron de muy buena gana, y dixeron: guelte, guelte. No entiendo, reſpondió Sancho, que es lo que me pedis, buena gente. Entonces uno de ellos ſacó una bolſa del ſeno, y moſtróſela á Sancho, por donde entendió, que le pedian dineros, y él poniendoſe el dedo pulgar en la garganta, y eſtendiendo la mano arriba les dió á entender, que no tenía oſtugo de moneda, y picando al Rucio rompió por ellos, y al paſar, aviendole eſtado mirando uno dellos con mucha atencion, arremetió á él, echandole los brazos por la cintura; y en voz alta, y muy Caſtellana, dixo: Valame Dios, que es lo que veo? es poſible que tengo en mis brazos al mi caro amigo, al mi buen vecino Sancho Panza? Sí tengo ſin duda, porque yo ni duermo, ni eſtoy aora borracho. Admiróſe Sancho de verſe nombrar por ſu nombre, y de verſe abrazar del eſtrangero peregrino, y deſpues de averle eſtado mirando, ſin hablar palabra, con mucha atencion, nunca pudo conocerle: pero viendo ſu ſuſpenſion el peregrino le dixo: Como, y es poſible, Sancho Panza hermano, que no cono-

ces á tu vecino Ricote el Moriſco, tendero de tu lugar? Entonces Sancho le miró con mas atencion, y comenzó á rafigurarle, y finalmente le vinó á conocer de todo punto, y ſin apearſe del jumento le echó los brazos al cuello, y le dixo: Quien diablos te avia de conocer, Ricote, en eſe trage de moharracho, que traes? dime, quien te ha hecho Franchote, y como tienes atrevimiento de bolver á Eſpaña, donde si te cogen, y conocen, tendrás harta mala ventura? Si tú no me deſcubres, Sancho, reſpondió el peregrino, ſeguro eſtoy, que en eſte trage no avra nadie que me conozca, y apartemonos del camino á aquella alameda, que alli parece, donde quieren comer, y repoſar mis compañeros, y alli comerás con ellos, que ſon muy apacible gente, yo tendré lugar de contarte lo que me ha ſucedido, deſpues que me partí de nueſtro lugar, por obedecer el vando de ſu Mageſtad, que con tanto rigor á los deſdichados de mi nacion amenazava, ſegun oiſte. Hizolo así Sancho, y hablando Ricote á los demas peregrinos, ſe apartaron á la alameda, que ſe parecia, bien deſviados del camino Real: arrojaron los bordones, quitaronſe las mucetas, ó eſclavinas, y quedaron en pelota, y todos ellos eran mozos, y muy gentiles hombres, excepto Ricote, que ya era hombre entrado en años, todos trayan alforjas, y todas, ſegun pareció, venian bien proveidas, a-lomenos de coſas incitativas, y que llaman á la fed de dos leguas. Tendieronſe en el ſuelo, y haciendo manteles de las yervas, puſieron ſobre ellas pan, ſal, cuchillos, nueces, rajas de queſo, hueſos mondos de xamon que ſino ſe dexavan maſcar, no defendian el ſer chupados. Puſieron así miſmo un manjar negro que dicen, que ſe llama cabial, y es hecho de huevos de peſcados, gran deſpertador de la colambre, no faltaron aceitunas, aunque ſecas, y ſin adobo alguno, pero ſabroſas, y entretenidas: pero lo que mas campeó en el campo de aquel banquete fueron ſeys botas de vino, que cadá

uno

uno ſacó la ſuya de ſu alforja; haſta el buen Ricote, que ſe avia transformado de Moriſco en Aleman, ó en Tudeſco, ſacó la ſuya, que en grandeza podia competir con las cinco. Comenzaron á comer con grandiſimo guſto, y muy de eſpacio, ſaboreandoſe con cada bocado, que le tomavan con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada coſa, y luego al punto todos á una levantaron los brazos, y las botas en el aire, pueſtas las bocas en ſu boca, clavados los ojos en el cielo, no parecia, ſino que ponian en el la punteria, y deſta manera meneando las cabezas á un lado y á otro, ſeñales que acreditavan el guſto que recebian, ſe eſtuvieron un buen eſpacio, traſegando en ſus eſtomagos las entrañas de las vaſijas. Todo lo mirava Sancho, y de ninguna coſa ſe dolia, antes por cumplir con el refran que él muy bien ſabia, de quando á Roma fueres haz como vieres, pidió á Ricote la bota, y tomó ſu puntería como los demas, y no con menos guſto que ellos: quatro veces dieron lugar las botas para ſer empinadas: pero la quinta no fue poſible, porque ya eſtavan mas enxutas y ſecas que un eſparto, coſa que puſo muſtia la alegria que haſta alli avian moſtrado: de quando en quando juntava alguno ſu mano derecha con la de Sancho, y decia: Eſpañol, y Tudeſqui tuto uno bon compaño, y Sancho reſpondiá: Bon compaño jura Di, y diſparava con una riſa que le durava un hora, ſin acordarſe entonces de nada de lo que le avia ſucedido en ſu Govierno: porque ſobre el rato y tiempo quando ſe come, y beve, poca juriſdicion ſuelen tener los cuidados. Finalmente el acabarſele el vino, fue principio de un ſueño que dió á todos, quedandoſe dormidos ſobre las miſmas meſas, y manteles, ſolos Ricote, y Sancho quedaron alerta, porque avian comido mas, y bevido menos, y apartando Ricote á Sancho, ſe ſentaron al pie de una haya, dexando á los peregrinos ſepultados en dulce ſueño, y

Ricote

Ricote, ſin tropezar nada en ſu lengua Moriſca, en la pura Caſtellana le dixo las ſiguientes razones.

Bien ſabes, ó Sancho Panza, vecino y amigo mio, como el pregon y vando que ſu Mageſtad mandó publicar contra los de mi nacion, puſo terror y eſpanto en todos noſotros, alomenos en mí le puſo de ſuerte, que me parece, que antes del tiempo que ſe nos concedia, para que hicieſemos auſencia de Eſpaña, ya tenía el rigor de la pena executado en mi perſona, y en la de mis hijos. Ordené pues, á mi parecer como prudente (bien así como el que ſabe que para tal tiempo le han de quitar la caſa donde vive, y ſe provee de otra donde mudarſe) ordené, digo de ſalir yo ſolo ſin mi familia de mi pueblo, y ir á buſcar donde llevarla con comodidad, y ſin la prieſa con que los demas ſalieron: porque bien vi, y vieron todos nueſtros ancianos, que aquellos pregones, no eran ſolo amenazas, como algunos decian, ſino verdaderas leyes, que ſe avian de poner en execucion á ſu determinado tiempo, y forzavame á creer eſta verdad, ſaber yo los ruines, y diſparatados intentos, que los nueſtros tenían, y tales que me parece, que fue inſpiracion divina la que movió á ſu Mageſtad, á poner en efecto tan gallarda reſolucion, no porque todos fueſemos culpados, que algunos avia Chriſtianos firmes y verdaderos: pero eran tan pocos, que no ſe podian oponer á los que no lo eran, y no era bien criar la ſierpe en el ſeno, teniendo los enemigos dentro de caſa. Finalmente con juſta razon fuimos caſtigados con la pena del deſtierro, blanda y ſuave al parecer de algunos: pero al nueſtro la mas terrible que ſe nos podia dar: do quiera que eſtamos lloramos por Eſpaña, que en fin nacimos en ella, y es nueſtra patria natural, en ninguna parte hallamos el acogimiento que nueſtra deſventura deſea, y en Berberia, y en todas las partes de Africa, donde eſperavamos ſer recebidos, acogidos, y regalados, alli es donde mas nos ofenden,

ofenden, y maltratan, no hemos conocido el bien haſta que le hemos perdido, y es el deſeo tan grande, que caſi todos tenemos, de bolver á Eſpaña, que los mas de aquellos (y ſon muchos) que ſaben la lengua como yo, ſe buelven á ella, y dexan allá ſus mugeres y ſus hijos deſamparados, tanto es el amor que la tienen, y agora conozco, y experimento lo que ſuele decirſe, que es dulce el amor de la patria. Salí, como digo, de nueſtro pueblo, entré en Francia, y aunque alli nos hacían buen acogimiento, quiſe verlo todo, paſé á Italia, y llegué á Alemania, y allí me pareció, que ſe podia vivir con mas libertad, porque ſus habitadores no miran en muchas delicadezas, cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della ſe vive con libertad de conciencia. Dexé tomada caſa en un pueblo junto á Auguſta, juntéme con eſtos peregrinos, que tienen por coſtumbre de venir á Eſpaña, muchos dellos cada año á viſitar los Santuarios della, que los tienen por ſus Indias, y por certiſima grangeria, y conocida ganancia; andan la caſi toda, y no ay pueblo ninguno de donde no ſalgan comidos, y bevidos, como ſuele decirſe, y con un real por lo menos en dineros, y al cabo de ſu viage ſalen con mas de cien eſcudos de ſobra, que trocados en oro, ó ya en el hueco de los bordones, ó entre los remiendos de las eſclavinas, ó con la induſtria que ellos pueden, los ſacan del Reino, y los paſan á ſus tierras, á peſar de las guardas de los pueſtos, y puertos, donde ſe regiſtran. Aora es mi intencion, Sancho, ſacar el teſoro que dexé enterrado, que por eſtar fuera del pueblo lo podre hacer ſin peligro, y eſcrivir, ó paſar deſde Valencia á mi hija, y á mi muger, que ſé que eſtá en Argel, y dar traza como traerlas á algun puerto de Francia, y deſde alli llevarlas á Alemania, donde eſperaremos lo que Dios quiſiere hacer de noſotros. Que en reſolucion, Sancho, yo ſé cierto, que la Ricota mi hija, y Franciſca Ricota mi muger ſon Catolicas Chriſtianas, y aunque yo

no

no lo ſoy tanto, toda via tengo mas de Chriſtiano que de Moro, y ruego ſiempre á Dios me abra los ojos del entendimiento, y me dé á conocer, como le tengo de ſervir. Y lo que me tiene admirado es no ſaber porque ſe fue mi muger, y mi hija, antes á Berberia, que á Francia, adonde podia vivir como Chriſtiana. A lo que reſpondió Sancho: Mira, Ricote, eſo no devió eſtar en ſu mano, porque las llevó Juan Tiopieyo el hermano de tu muger, y como deve de ſer fino Moro, fueſe á lo mas bien parado, y ſé te decir otra coſa, que creo, que vas en valde á buſcar lo que dexaſte encerrado, porque tuvimos nuevas que avian quitado á tu cuñado, y tu muger muchas perlas, y mucho dinero en oro que llevavan por regiſtrar. Bien puede ſer eſo, replicó Ricote: pero yo ſé, Sancho, que no tocaron á mi encierro, porque yo no les deſcubri donde eſtava, temeroſo de algun deſman, y así si tu, Sancho, quieres venir conmigo, y ayudarme á ſacarlo, y á encubrirlo, yo te daré docientos eſcudos, con que podrás remediar tus neceſidades, que ya ſabes que ſé yo que las tienes muchas. Yo lo hiciera, reſpondió Sancho: pero no ſoy nada codicioſo, que á ſerlo, un oficio dexé yo eſta mañana de las manos, donde pudiera hacer las paredes de mi caſa de oro, y comer antes de ſeis meſes en platos de plata, y así por eſto, como por parecerme haría traicion á mi Rey, en dar favor á ſus enemigos, no fuera contigo, si como me prometes docientos eſcudos, me dieras aquí de contado quatrocientos. Y que oficio es el que has dexado, Sancho? preguntó Ricote. He dexado de ſer Governador de una inſula, reſpondió Sancho, y tal que á buena fee que no hallen otra como ella á tres tirones. Y donde eſtá eſa inſula? preguntó Ricote. Adonde? reſpondió Sancho, dos leguas de aquí, y ſe llama la Inſula Barataria. Calla, Sancho, dixo Ricote, que las inſulas eſtan allá dentro de la mar, que no ay inſulas en la tierra firme. Como no? replicó Sancho, digote,

Ricote

Ricote amigo, que eſta mañana me partí della, y ayer eſtuve en ella governando á mi placer como un ſagitario: pero con todo eſo la he dexado, por parecerme oficio peligroſo el de los Governadores. Y que has ganado en el Govierno? preguntó Ricote. He ganado, reſpondió Sancho, el aver conocido, que no ſoy bueno para governar, ſino es un hato de ganado, y que las riquezas que ſe ganan en los tales Goviernos ſon á coſta de perder el deſcanſo, y el ſueño, y aun el ſuſtento, porque en las inſulas deven de comer poco los Governadores, eſpecialmente, si tienen medicos que miren por ſu ſalud. Yo no te entiendo Sancho, dixo Ricote: pero pareceme, que todo lo que dices, es diſparate, que quien te avia de dar á tí inſulas que governaſes? faltavan hombres en el mundo mas habiles para Governadores que tu eres? Calla, Sancho, y buelve en tí, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, á ayudarme á ſacar el teſoro que dexé eſcondido, que en verdad que es tanto, que ſe puede llamar teſoro, y te daré con que vivas como te he dicho. Ya te he dicho, Ricote, replicó Sancho, que no quiero; contentate, que por mí no ſerás deſcubierto, y proſigue en buena hora tu camino, y dexame ſeguir el mio, que yo ſé que lo bien ganado ſe pierde, y lo malo, ello y ſu dueño. No quiero porfiar, Sancho, dixo Ricote: pero dime, hallaſtete en nueſtro lugar, quando ſe partió del mi muger, mi hija, y mi cuñado? Si hallé, reſpondió Sancho, y ſé te decir, que ſalió tu hija tan hermoſa, que ſalieron á verla quantos avia en el pueblo, y todos decian que era la mas bella criatura del mundo, iva llorando, y abrazava á todas ſus amigas, y conocidas, y á quantos llegavan á verla, y á todos pedia la encomendaſen á Dios, y á nueſtra Señora ſu Madre, y eſto con tanto ſentimiento, que á mí me hizo llorar, que no ſuelo ſer muy lloron: y á fee que muchos tuvieron deſeo de eſconderla, y ſalir á quitarſela en el camino: pero el miedo de

ir contra el mandado del Rey los detuvo: principalmente ſe moſtró mas apaſionado Don Pedro Gregorio, aquel mancebo mayor azgo rico, que tú conoces, que dicen, que la queria mucho, y deſpues que ella ſe partió, nunca mas él ha parecido en nueſtro lugar, y todos penſamos, que iva tras ella para robarla: pero haſta aora no ſe ha ſabido nada. Siempre tuve yo mala ſoſpecha, dixo Ricote, de que eſe Cavallero adamava á mi hija: pero fiado en el valor de mi Ricota nunca me dió peſadumbre el ſaber que la queria bien, que ya que avras oido decir, Sancho, que las Moriſcas pocas, ó ninguna vez ſe mezclaron por amores con Chriſtianos viejos, y mi hija, que á lo que yo creo, atendia á ſer mas Chriſtiana, que enamorada, no ſe curaría de las ſolicitudes de eſe ſeñor mayorazgo. Dios lo haga, replicó Sancho, que á entrambos les eſtaría mal, y dexame partir de aquí, Ricote amigo, que quiero llegar eſta noche adonde eſtá mi Señor Don Quixote. Dios vaya contigo, Sancho hermano, que ya mis compañeros ſe rebullen, y tambien es hora, que proſigamos nueſtro camino, y luego ſe abrazaron los dos, y Sancho ſubió en ſu Rucio, y Ricote ſe arrimó á ſu bordon, y ſe apartaron.

Cap. LV. De coſas ſucedidas á Sancho en el camino, y otras, que no ay mas que ver.

EL averſe detenido Sancho con Ricote no le dió lugar á que aquel dia llegaſe al caſtillo del Duque, pueſto que llegó media legua del, donde le tomó la noche algo eſcura, y cerrada: pero como era Verano, no le dió mucha peſadumbre, y así ſe apartó del camino, con intencion de eſperar la mañana, y quiſo ſu corta

corta y desventurada suerte, que buscando lugar donde mejor acomodarse, cayeron él, y el Rucio en una honda, y escurisima sima, que entre unos edificios muy antiguos estava, y al tiempo del caer, se encomendó á Dios de todo corazon, pensando que no avia de parar hasta el profundo de los abismos, y no fue así, porque á poco mas de tres estados dió fondo el Rucio, y él se halló encima dél, sin aver recebido lision, ni daño alguno. Tentóse todo el cuerpo, y recogió el aliento, por ver si estava sano, ó agujereado por alguna parte, y viendose bueno, entero, y catolico de salud, no se hartava de dar gracias á Dios nuestro Señor de la merced, que le avia hecho, porque sin duda pensó, que estava hecho mil pedazos, tentó así mismo con las manos por las paredes de la sima, por ver si sería posible salir della sin ayuda de nadie: pero todas las halló rasas, y sin asidero alguno, de lo que Sancho se congojó mucho, especialmente quando oyó, que el Rucio se quexava tierna y dolorosamente, y no era mucho, ni se lamentava de vicio, que á la verdad no estava muy bien parado. Ay, dixo entonces Sancho Panza, y quan no pensados sucesos suelen suceder á cada paso á los que viven en este miserable mundo! quien dixera, que él que ayer se vió entronizado Governador de una insula, mandando á sus sirvientes, y á sus vasallos, oy se avia de ver sepultado en una sima, sin aver persona alguna que le remedie, ni criado, ni vasallo que acuda á su socorro? Aquí avremos de perecer de hambre yo y mi jumento, si ya no nos morimos antes, él de molido, y quebrantado, y yo de pesaroso: alomenos no seré yo tan venturoso como lo fue mi señor Don Quixote de la Mancha, quando decendió y baxó á la Cuevá de aquel encantado Montesinos, donde halló quien le regalase mejor que en su casa, que no parece, sino que se fue á mesa puesta, y á cama hecha; alli vió él visiones hermosas, y apacibles, y yo veré aquí, á lo que creo, sapos, y culebras: desdichado de mí, y en que

han parado mis locuras, y fantaſias! de aquí ſacarán mis hueſos (quando el cielo ſea ſervido que me deſcubran) mondos, blancos, y raidos, y los de mi buen Rucio con ellos, por donde quiza ſe echará de ver quien ſomos, alomenos, de los que tuvieren noticia, que nunca Sancho Panza ſe apartó de ſu aſno, ni ſu aſno de Sancho Panza: otra vez digo miſerables de noſotros, que no ha querido nueſtra corta ſuerte, que murieſemos en nueſtra patria, y entre los nueſtros, donde ya que no hallara remedio nueſtra deſgracia, no faltara quien dello ſe doliera, y en la hora ultima de nueſtro paſamiento nos cerrara los ojos.

O compañero, y amigo mio, que mal pago te he dado de tus buenos ſervicios, perdoname, y pide á la fortuna en el mejor modo que ſupieres, que nos ſaque deſte miſerable trabajo, en que eſtamos pueſtos los dos, que yo prometo de ponerte una corona de laurel en la cabeza, que no parezcas ſino un laureado Poeta, y de darte los pienſos doblados. Deſta manera ſe lamentava Sancho Panza, y ſu jumento le eſcuchava ſin reſponderle palabra alguna, tal era el aprieto, y anguſtia en que el pobre ſe hallava. Finalmente, aviendo paſado toda aquella noche en miſerables quexas y lamentaciones, vinó el dia, con cuya claridad y reſplandor vió Sancho, que era impoſible de toda impoſibilidad ſalir de aquel pozo, ſin ſer ayudado, y comènzo á lamentarſe, y dar voces, por ver si alguno le oya: pero todas ſus voces eran dadas en deſierto, pues por todos aquellos contornos no avia perſona, que pudieſe eſcucharle, y entonces ſe acabó de dar por muerto: eſtava el Rucio boca arriba, y Sancho Panza le acomodó, de modo que le puſo en pie, que á penas ſe podia tener, y ſacando de las alforjas, que tambien avian corrido la miſma fortuna de la caida, un pedazo de pan lo dió á ſu jumento, que no le ſupo mal, y dixole Sancho, como ſi lo entendiera, todos los duelos con pan ſon buenos. En

eſto

eſto deſcubrió á un lado de la ſima un agujero, capaz de caber por el una perſona, si ſe agoviava, y encogia; acudió á el Sancho Panza, y agazapandoſe ſe entró por el, y vió que por de dentro era eſpacioſo, y largo, y pudo lo ver, porque por lo que ſe podia llamar techo, entrava un rayo de Sol que lo deſcubria todo: vió tambien que ſe dilatava, y alargava por otra concavidad eſpacioſa; viendo lo qual bolvió á ſalir adonde eſtava el jumento, y con una piedra comenzo á deſmoronar la tierra del agujero, de modo que en poco eſpacio hizo lugar, donde con facilidad pudieſe entrar el aſno, como lo hizo, y cogiendole del cabeſtro comenzó á caminar por aquella gruta adelante, por ver si hallava alguna ſalida por otra parte: á veces iva á eſcuras, y á veces ſin luz: pero ninguna vez ſin miedo: Valame Dios todo poderoſo, decia entre sí, eſta, que para mí es deſventura, mejor fuera para aventura de mi Amo Don Quixote, él sí que tuviera eſtas profundidades, y mazmorras por jardines floridos, y por palacios de Galiana, y eſperara ſalir de eſta eſcuridad y eſtrecheza á algun florido prado: pero yo ſin ventura, falto de conſejo, y menoſcabado de animo á cada paſo pienſo, que debaxo de los pies de improviſo ſe ha de abrir otra ſima mas profunda que la otra, que acabe de tragarme: bien vengas mal, si vienes ſolo. Deſta manera, y con eſtos penſamientos le pareció, que avría caminado poco mas de media legua, al cabo de la qual deſcubrió una confuſa claridad, que pareció ſer ya de dia, y que por alguna parte entrava, que dava indicio de tener fin abierto aquel para el camino de la otra vida.

Aquí le dexa Cide Hamete Benengeli, y buelve á tratar de Don Quixote, que alborozado, y contento eſperava el plazo de la batalla, que avia de hacer con el robador de la honra de la hija de Doña Rodriguez, á quien penſava enderezar el tuerto y deſaguiſado, que malamente le tenían fecho. Sucedió pues, que ſaliendoſe

doſe una mañana á imponerſe, y enſayarſe en lo que avia de hacer en el trance en que otro dia penſava verſe, dando un repelon, ó arremetida á Rozinante, llegó á poner los pies tan junto á una cueva, que á no tirarle ſuertemente las riendas, fuera impoſible no caer en ella. En fin le detuvo, y no cayó, y llegandoſe algo mas cerca, ſin apearſe miró aquella hondura, y eſtandola mirando, oyó grandes voces dentro, y eſcuchando atentamente pudo percebir, y entender, que él que las dava, decia: Ha de arriba, ay algun Chriſtiano que me eſcuche? ó algun Cavallero caritativo que ſe duela de un pecador enterrado en vida, á un deſdichado deſgovernado Governador? Parecióle á Don Quixote que oya la voz de Sancho Panza, de que quedó ſuſpenſo y aſombrado, y levantando la voz todo lo que pudo, dixo: Quien eſtá alla baxo, quien ſe quexa? Quien puede eſtar aquí, ó quien ſe ha de quexar, reſpondieron, ſino el aſendereado de Sancho Panza Governador por ſus pecados, y por ſu mala andanza de la Inſula Barataria, eſcudero que fue del famoſo Cavallero Don Quixote de la Mancha? Oyendo lo qual Don Quixote ſe le dobló la admiracion, y ſe le acrecentó el paſmo, viniendoſele al penſamiento, que Sancho Panza devia de ſer muerto, y que eſtava alli penando ſu alma, y llevado deſta imaginacion, dixo: Conjurote por todo aquello que puedo conjurarte, como Catolico Chriſtiano, que me digas, quien eres, y ſi eres alma en pena, dime que quieres que ha por tí, que pues es mi profeſion favorecer, y acorrer á los neceſitados deſte mundo, tambien lo ſeré para acorrer y ayudar á los meneſteroſos del otro mundo, que no pueden ayudarſe por sí propios. Deſa manera reſpondieron, vueſa merced que me habla, deve de ſer mi ſeñor Don Quixote de la Mancha, y aun en el organo de la voz no es otro ſin duda. Don Quixote ſoy, replicó Don Quixote, él que profeſo ſocorrer, y ayudar en ſus neceſidades á los vivos, y á los muertos. Por eſo dime,

quien

quien eres, que me tienes atonito, porque si eres mi eſcudero Sancho Panza, y te has muerto, como no te ayan llevado los diablos, y por la miſericordia de Dios eſtes en el Purgatorio, ſufragios tiene nueſtra ſanta madre la Igleſia Catolica Romana, baſtantes á ſacarte de las penas en que eſtás, y yo que lo ſolicitaré con ella por mi parte con quanto mi hacienda alcanzare, por eſo acaba de declararte, y dime, quien eres. Voto á tal, reſpondieron, y por el nacimiento de quien vueſa merced quiſiere, juro, Señor Don Quixote de la Mancha, que yo ſoy ſu eſcudero Sancho Panza, y que nunca me he muerto en todos los dias de mi vida, ſino que aviendo dexado mi govierno por coſas y cauſas, que es meneſter mas eſpacio para decirlas, á noche caí en eſta ſima, donde yago, el Rucio conmigo, que no me dexará mentir, pues por mas ſeñas eſtá aquí conmigo: y ay mas, que no parece ſino que el jumento entendió lo que Sancho dixo, porque al momento comenzó á rebuznar tan recio que toda la cueva retumbava. Famoſo teſtigo, dixo Don Quixote, el rebuzno conozco, como si le pariera, y tu voz oigo, Sancho mio, eſperame, ire al caſtillo del Duque que eſtá aquí cerca, y traeré quien te ſaque deſta ſima, donde tus pecados te deven de aver pueſto. Vaya vueſa merced, dixo Sancho, y buelva preſto; por un ſolo Dios que ya no lo puedo llevar el eſtar aquí ſepultado en vida, y me eſtoy muriendo de miedo.

Dexóle Don Quixote, y fue al caſtillo á contar á los Duques el ſuceſo de Sancho Panza, de que no poco ſe maravillaron, aunque bien entendieron que devia de aver caido, por la correſpondencia de aquella gruta, que de tiempos inmemoriales eſtava alli hecha: pero no podian penſar como avia dexado el Govierno, ſin tener ellos aviſo de ſu venida. Finalmente, como dicen, llevaron ſogas, y maromas, y á coſta de mucha gente, y de mucho trabajo ſacaron al Rucio, y á Sancho Panza de aquellas tinieblas á la luz del

Sol;

Sel; vióle un eſtudiante y dixo: Deſta manera avian de ſalir de ſus Goviernos todos los malos Governadores como ſale eſte pecador del profundo del abiſmo, muerto de hambre, deſcolorido, y ſin blanca á lo que yo creo. Oyólo Sancho, y dixo: Ocho dias, ó diez ha, hermano murmurador, que entré á governar la inſula que me dieron, en los quales no me vi harto de pan ſiquiera un hora, en ellos me han perſeguido medicos, y enemigos me han brumado los hueſos, ni he tenido lugar de hacer cohechos, ni de cobrar derechos, y ſiendo eſto asi, como lo es, no merecia yo, á mi parecer, ſalir de eſta manera: pero el hombre pone, y Dios diſpone, y Dios ſabe lo mejor, y lo que le eſtá bien á cada uno, y qual el tiempo, tal el tiento, y nadie diga, deſta agua no beveré, que adonde ſe pienſa que ay tocinos, no ay eſtacas, y Dios me entiende, y baſta, y no digo mas, aunque pudiera. No te enojes Sancho, ni recibas peſadumbre de lo que oyeres, que ſerá nunca acabar, ven tú con ſegura conciencia, y digan lo que dixeren, y es querer atar las lenguas de los maldicientes, lo miſmo que querer poner puertas al campo. Si el Governador ſale rico de ſu Govierno dicen dél, que ha ſido un ladron, y ſi ſale pobre, que ha ſido un para poco, y un mentecato. A buen ſeguro, reſpondió Sancho, que por eſta vez antes me han de tener por tonto que por ladron. En eſtas platicas llegaron rodeados de muchachos, y de otra mucha gente al caſtillo, adonde en unos corredores eſtavan ya el Duque y la Duqueſa, eſperando á Don Quixote, y á Sancho, el qual no quiſo ſubir á ver al Duque, ſin que primero no huvieſe acomodado al Rucio en la cavalleriza, porque decia, que avia paſado muy mala noche en la poſada, y luego ſubió á ver á ſus ſeñores, ante los quales pueſto de rodillas, dixo, yo, ſeñores, porque lo quiſo asi vueſtra grandeza ſin ningun merecimiento mio, ſuy á governar vueſtra Inſula Barataria, en la qual entre deſnudo, y deſ-

y deſnudo me hallo, ni pierdo, ni gano, ſi he governado bien, ó mal, teſtigos he tenido delante, que dirán lo que quiſieren: he declarado dudas, ſentenciado pleitos, y ſiempre muerto de hambre por averlo querido así el Doctor Pedro Rec ionatural de Tirteafuera, medico inſulano, y Governadoreſco, acometieronnos enemigos de noche, y aviendonos pueſto en grande aprieto, dicen los de la inſula que ſalieron libres, y con vitoria, por el valor de mi brazo, que tal ſalud les dé Dios como ellos dicen verdad. En reſolucion en eſte tiempo yo he tanteado las cargas que trae conſigo, y las obligaciones, el governar, y he hallado por mi cuenta, que no las podrán llevar mis ombros, ni ſon peſo de mis coſtillas, ni flechas de mi aljava, y así antes que dieſe conmigo al traves el Govierno, he querido yo dar con el Govierno al traves, y ayer de mañana dexé la inſula, como la hallé, con las miſmas calles, caſas, y texados, que tenía, quando entré en ella. No he pedido preſtado á nadie, ni metidome en grangerias, y aunque penſava hacer algunas ordenanzas provechoſas, no hice ninguna, temeroſo que no ſe avian de guardar, que es lo miſmo hacerlas, que no hacerlas. Salí como digo de la inſula, ſin otro acompañamiento que el de mi Rucio, caí en una ſima, vineme por ella adelante, haſta que eſta mañana con la luz del Sol vi la ſalida: pero no tan facil, que á no depararme el cielo á mi Señor Don Quixote, alli me quedara haſta la fin del mundo. Así que, mis ſeñores Duque, y Duqueſa, aquí eſtá vueſtro Governador Sancho Panza, que ha grangeado en ſolos diez dias que ha tenido el Govierno, á conocer que no ſe le ha de dar nada por ſer Governador, no que de una inſula, ſino de todo el mundo: y con eſte preſupueſto beſando á vueſas mercedes los pies, imitando al juego de los muchachos, que dicen ſalta tú, y damela tú, doy un ſalto del Govierno, y me paſo al ſervicio de mi ſeñor Don Quixote, que en fin en el, aunque como el pan con ſobreſalto,

hartome alomenos, y para mí como yo eſté harto, eſo me hace que ſea de zanahorias, que de perdices. Con eſto dió fin á ſu larga platica Sancho, temiendo ſiempre Don Quixote, que avia de decir en ella millares de diſparates, y quando le vió acabar con tan pocos, dió en ſu corazon gracias al cielo, y el Duque abrazó á Sancho, y le dixo, que le peſava en el alma de que huvieſe dexado tan preſto el Govierno: pero que él haría de ſuerte que ſe le dieſe en ſu Eſtado otro oficio de menos carga, y de mas provecho; abrazóle la Duqueſa aſimiſmo, y mandó que le regalaſen, porque dava ſeñales de venir mal molido, y peor parado.

Cap. LVI. De la deſcomunal, y nunca viſta batalla que pasó entre Don Quixote de la Mancha, y el lacayo Toſilos, en la defenſa de la hija de la dueña Doña Rodriguez.

NO quedaron arrepentidos los Duques de la burla hecha á Sancho Panza del Govierno que le dieron, y mas que aquel miſmo dia vinó ſu Mayordomo, y les contó punto por punto todas caſi las palabras, y acciones que Sancho avia dicho, y hecho en aquellos dias, y finalmente les encareció el aſalto de la inſula, y el miedo de Sancho, y ſu ſalida, de que no pequeño guſto recibieron.

Deſpues deſto cuenta la Hiſtoria, que ſe llegó el dia de la batalla aplazada, y aviendo el Duque una, y muy muchas veces advertído á ſu lacayo Toſilos como ſe avia de avenir con Don Quixote, para vencerle, ſin matarle, ni herirle, ordenó, que ſe quitaſen los hierros á las lanzas, diciendo á Don Quixote que no permitia la Chriſtiandad de que él ſe preciava, que aquella batalla fueſe con

con tanto rieſgo y peligro de las vidas, y que ſe contentaſe, con que le dava campo franco en ſu tierra, pueſto que iva contra el decreto del ſanto Concilio, que prohibe los tales deſafios, y no quiſieſe llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte. Don Quixote dixo, que ſu Excelencia diſpuſieſe las coſas de aquel negocio como mas fueſe ſervido, que él le obedecería en todo. Llegado pues el temeroſo dia, y aviendo mandado el Duque, que delante de la plaza del caſtillo ſe hicieſe un eſpacioſo cadahalſo, donde eſtuvieſen los jueces del Campo, y las dueñas madre y hija demandantes: Avia acudido de todos los lugares y aldeas circunvecinas infinita gente, á ver la novedad de aquella batalla, que nunca otra tal no avian viſto, ni oido decir en aquella tierra los que vivian, ni los que avian muerto: el primero que entró en el Campo, y eſtacada fue el Maeſtro de las ceremonias, que tanteó el Campo, y le paſeó todo, porque en el no huvieſe algun engaño, ni coſa encubierta, donde ſe tropezaſe, y cayeſe: luego entraron las dueñas, y ſe ſentaron en ſus aſientos, cubiertas con los mantos haſta los ojos, y aun haſta los pechos, con mueſtras de no pequeño ſentimiento, preſente Don Quixote en la eſtacada. De alli á poco acompañado de muchas trompetas aſomó por una parte de la plaza ſobre un poderoſo cavallo hundiendola toda el grande lacayo Toſilos, calada la viſera, y todo encambronado con unas fuertes, y lucientes armas, el cavallo moſtrava ſer Friſon, ancho, y de color tordillo, de cada mano y pie le pendia una arroba de lana. Venia el valeroſo combatiente bien informado del Duque ſu ſeñor, de como ſe avia de portar con el valeroſo Don Quixote de la Mancha, advertido, que en ninguna manera le mataſe, ſino que procuraſe huir el primer encuentro, por eſcuſar el peligro de ſu muerte que eſtava cierto, si de lleno en lleno le encontraſe. Paſeó la plaza, y llegando donde las dueñas eſtavan ſe puſo algun tanto á mirar á la que por eſpoſo le pedía:

llamó el Maeſe de Campo á Don Quixote, que ya ſe avia preſentado en la plaza, y junto con Toſilos habló á las dueñas, preguntandoles, si conſentian, que bolvieſe por ſu derecho Don Quixote de la Mancha. Ellas dixeron que sí, y que todo lo que en aquel caſo hicieſe, lo davan por bien hecho, por firme y por valedero. Ya en eſte tiempo eſtavan el Duque, y la Duqueſa pueſtos en una galeria, que caya ſobre la eſtacada, toda la qual eſtava coronada de infinita gente, que eſperava ver el riguroſo trance, nunca viſto. Fue condicion de los combatientes, que si Don Quixote vencia ſu contrario, ſe avia de caſar con la hija de doña Rodriguez: y si él fueſe vencido quedava libre ſu contendor de la palabra, que ſe le pediá ſin dar otra ſatisfacion alguna. Partióles el Maeſtro de las ceremonias el Sol, y puſo á los dos cada uno en el pueſto donde avian de eſtar. Sonaron los atambores, llenó el aire el ſon de las trompetas, temblava debaxo de los pies la tierra, eſtavan ſuſpenſos los corazones de la mirante turba, temiendo unos, y eſperando otros el bueno, ó el mal ſuceſo de aquel caſo. Finalmente Don Quixote, encomendandoſe de todo ſu corazon á Dios nueſtro Señor, y á la ſeñora Dulcinea del Toboſo, eſtava aguardando, que ſe le dieſe ſeñal preciſa de la arremetida: empero nueſtro lacayo tenía diferentes penſamientos, no penſava él, ſino en lo que agora diré. Parece ſer, que quando eſtuvo mirando á ſu enemiga le pareció la mas hermoſa muger, que avia viſto en toda ſu vida, y el niño cegezuelo, á quien ſuelen llamar de ordinario Amor por eſas calles, no quiſo perder la ocaſion, que ſe le ofreció de triunfar de una alma lacayuna, y ponerla en la liſta de ſus trofeos, y así llegandoſe á él bonitamente, ſin que nadie le vieſe, le embaſó al pobre lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo, y le paſó el corazon de parte á parte, y pudo lo hacer bien al ſeguro, porque el amor

es

es inviſible, y entra, y ſale por do quiere, ſin que nadie le pida cuenta de ſus hechos. Digo pues, que quando dieron la ſeñal de la arremetida eſtava nueſtro lacayo tranſportado, penſando en la hermoſura de la, que ya avia hecho ſeñora de ſu libertad, y así no atendió al ſon de la trompeta, como hizo Don Quixote, que á penas la huvo oido quando arremetió, y á todo el correr que permitia Rozinante, partió contra ſu enemigo, y viendole partir ſu buen eſcudero Sancho, dixo á grandes voces: Dios te guie nata, y flor de los Andantes Cavalleros, Dios te dé la vitoria, pues llevas la razon de tu parte, y aunque Toſilos vió venir contra sí á Don Quixote no ſe movió un paſo de ſu pueſto, antes con grandes voces llamó al Maeſe de Campo, el qual venido á ver lo que queria, le dixó: Señor, eſta batalla no ſe hace, porque yo me caſe, ó no me caſe con aquella ſeñora? Así es, le fue reſpondido. Pues yo, dixo el lacayo, ſoy temeroſo de mi conciencia, y pondriala en gran cargo si paſaſe adelante en eſta batalla, y así digo, que yo me doy por vencido, y que quiero caſarme luego con aquella ſeñora. Quedo admirado el Maeſe de Campo de las razones de Toſilos, y como era uno de los ſabidores de la maquina de aquel caſo, no le ſupo reſponder palabra. Detuvoſe Don Quixote en la mitad de ſu carrera, viendo que ſu enemigo no le acometia. El Duque no ſabia la ocaſion, porque no ſe paſava adelante en la batalla: pero el Maeſe de Campo le fue á declarar lo que Toſilos decia, de lo que quedó ſuſpenſo, y colerico en eſtremo. En tanto que eſto paſava, Toſilos ſe llegó á donde doña Rodriguez eſtava, y dixo á grandes voces: Yo, ſeñora, quiero caſarme con vueſtra hija, y no quiero alcanzar por pleitos, ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz, y ſin peligro de la muerte. Oyó eſto el valeroſo Don Quixote, y dixo; pues eſto así es, yo quedo libre, y ſuelto de mi promeſa, caſenſe en hora buena, y pues Dios nueſtro Señor

ſe

ſe la dió, San Pedro ſe la bendiga. El Duque avia baxado á la plaza del caſtillo, y llegandoſe á Toſilos le dixo: Es verdad, Cavallero, que os dais por vencido, y que inſtigado de vueſtra temeroſa conciencia, os quereis caſar con eſta doncella? Sí Señor, reſpondió Toſilos. El hace muy bien, dixo á eſta ſazon Sancho Panza, porque lo que has de dar al mur, dalo al gato, y ſacarte ha de cuidado. Ivaſe Toſilos deſenlazando la celada, y rogava, que á prieſa le ayudaſen, porque le ivan faltando los eſpiritus del aliento, y no podia verſe encerrado tanto tiempo en la eſtrecheza de aquel apoſento. Quitaronſela á prieſa, y quedó deſcubierto, y patente ſu roſtro de lacayo. Viendo lo qual doña Rodriguez, y ſu hija, dando grandes voces dixeron: Eſte es engaño, engaño es eſte; á Toſilos el lacayo del Duque mi ſeñor nos han pueſto en lugar de mi verdadero eſpoſo: Juſticia de Dios, y del Rey, de tanta malicia, por no decir vellaqueria. No vos acuiteis, ſeñoras, dixo Don Quixote, que ni eſta es malicia, ni es vellaqueria; y si la es y no ha ſido la cauſa el Duque, ſino los malos encantadores que me perſiguen, los quales invidioſos de que yo alcanzaſe la gloria deſte vencimiento han convertido el roſtro de vueſtro eſpoſo en el de eſte, que decis que es lacayo del Duque, tomad mi conſejo, y á peſar de la malicia de mis enemigos, caſaos con el, que ſin duda es el miſmo que vos deſeais alcanzar por eſpoſo. El Duque que eſto oyó, eſtuvo por romper en riſa toda ſu colera, y dixo: Son tan extraordinarias las coſas que ſuceden al Señor Don Quixote, que eſtoy por creer, que eſte mi lacayo no lo es: pero uſemos deſte ardid y maña, dilatemos el caſamiento quince dias, si quieren, y tengamos encerrado á eſte perſonage, que nos tiene dudoſos, en los quales podría ſer, que bolvieſe á ſu priſtina figura, que no ha de durar tanto el rancor que los encantadores tienen al ſeñor Don Quixote, y mas yendoles tan poco en uſar eſtos embelecos, y transformaciones.

formaciones. O ſeñor, dixo Sancho, que ya tienen eſtos malandrines por uſo, y coſtumbre de mudar las coſas de unas en otras, que tocan á mi Amo; un Cavallero que venció los dias paſados, llamado él de los eſpejos, le bolvieron en la figura del Bachiller Sanſon Carraſco, natural de nueſtro pueblo, y grande amigo nueſtro, y á mi ſeñora Dulcinea del Toboſo la han buelto en una ruſtica labradora, y así imagino, que eſte lacayo ha de morir, y vivir lacayo todos los dias de ſu vida. A lo que dixo la hija de Rodriguez, ſeaſe quien fuere eſte, que me pide por eſpoſa (que yo ſe lo agradezco) que mas quiero ſer muger legitima de un lacayo, que no amiga, y burlada de un Cavallero, pueſto, que él que á mí me burló, no lo es. En reſolucion todos eſtos cuentos y ſuceſos pararon en que Toſilos ſe recogieſe, haſta ver en que parava ſu transformacion: aclamaron todos la vitoria por Don Quixote, y los mas quedaron triſtes y melancolicos de ver que no ſe avian hecho pedazos los tan eſperados combatientes: bien así como los mochachos quedan triſtes, quando no ſale el ahorcado que eſperan, porque le ha perdonado, ó la parte, ó la juſticia. Fueſe la gente, bolvieronſe el Duque, y Don Quixote al caſtillo, encerraron á Toſilos, quedaron doña Rodriguez, y ſu hija contentiſimas de ver, que por una via, ó por otra aquel caſo avia de parar en caſamiento, y Toſilos no eſperava menos.

Cap.

Cap. LVII. Que trata de como Don Quixote ſe deſpidió del Duque, y de lo que le ſucedió con la diſcreta y deſembuelta Altiſidora doncella de la Duqueſa.

YA le pareció á Don Quixote, que era bien ſalir de tanta ociosidad, como la que en aquel caſtillo tenía, que ſe imaginava ſer grande la falta, que ſu perſona hacía en dexarſe eſtar encerrado, y perezoſo entre los infinitos regalos y deleites, que como á Cavallero Andante, aquellos ſeñores le hacían, y pareciale, que avia de dar cuenta eſtrecha al cielo de aquella ocioſidad, y encerramiento, y así pidió un dia licencia á los Duques para partirſe; dieronſela con mueſtras de que en gran manera les peſava de que los dexaſe; dió la Duqueſa las cartas de ſu muger á Sancho Panza, el qual lloró con ellas, y dixo: Quien penſara, que eſperanzas tan grandes como las que en el pecho de mi muger Tereſa Panza engendraron las nuevas de mi Govierno, avian de parar en bolverme yo agora á las arraſtradas aventuras de mi Amo Don Quixote de la Mancha? Con todo eſto me contento de ver, que mi Tereſa correſpondió á ſer quien es, embiando las bellotas á la Duqueſa, que á no averſelas embiado, quedando yo peſaroſo, ſe moſtrara ella deſagradecida: lo que me conſuela es, que eſta dadiva no ſe le puede dar nombre de cohecho, porque ya tenía yo el Govierno, quando ella las embió, y eſtá pueſto en razon, que los que reciben algun beneficio, aunque ſea con niñerias ſe mueſtren agradecidos. En efecto yo entré deſnudo en el Govierno y ſalgo deſnudo del, y así podre decir con ſegura conciencia, que no es poco, deſnudo nací, deſnudo me hallo, ni pierdo ni gano.

la

Eſto paſava entre sí Sancho el dia de la partida, y ſaliendo Don Quixote, aviendoſe deſpedido la noche antes de Duques, una mañana ſe preſentó armado en la plaza del caſtillo, miravanle de los corredores toda la gente del caſtillo, y así miſmo los Duques ſalieron á verle. Eſtava Sancho ſobre ſu Rucio con ſus alforjas, maleta, y repueſto, contentiſimo, porque el Mayordomo del Duque, él que fue de la Trifaldi, le avia dado un bolſico con docientos eſcudos de oro, para ſuplir los meneſteres del camino, y eſto aun no lo ſabia Don Quixote. Eſtando como queda dicho, mirandole todos, á deſhora entre las otras dueñas y doncellas de la Duqueſa, que le miravan, alzó la voz la deſembuelta y diſcreta Altiſidora, y en ſon laſtimero dixo.

EScucha, mal Cavallero,
Deten un poco las riendas,
No fatigues las hijadas
De tu mal regida beſtia,
Mira, falſo, que no huyas
De alguna ſerpiente fiera,
Sino de una corderilla,
Que eſtá muy lexos de oveja.
Tu has burlado, monſtruo horrendo,
La mas hermoſa doncella,
Que Diana vió en ſus montes,
Que Venus miró en ſus ſelvas:
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.

Lu llevas (llevar impio)
En las garras de tus cerras,

Las entrañas de una humilde,
Como enamorada tierna.
Llevaſte tres tocadores,
Y unas ligas de unas piernas,
Que el marmol puro ſe igualan
En liſas, blancas, y negras.
Llevaſte dos mil ſuſpiros,
Que, á ſer de fuego, pudieran,
Abraſar á dos mil Troyas,
Si dos mil Troyas huviera.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.

De eſe Sancho tu Eſcudero
Las entrañas ſean tan tercas,
Y tan duras, que no ſalga
De ſu encanto Dulcinea.
De la culpa que tú tienes,
Lleve la triſte la pena,
Que juſtos por pecadores,
Tal vez pagan en mi tierra.
Tus mas finas aventuras,
En deſventuras ſe buelvan,
En ſueños tus paſatiempos,
En olvidos tus firmezas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.

Seas tenido por falſo,
Deſde Sevilla á Marchena,

Deſde Granada haſta Loja,
De Londres á Inglaterra.
Si jugares al Reinado,
Los cientos, ó la primera,
Los Reyes huyan de tí,
Aſes, ni ſietes no veas.
Si te cortares los callos,
Sangre las heridas viertan,
Y quedente los raigones
Si te ſacares las muelas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabas te acompañe, alla te avengas.

EN tanto, que de la ſuerte que ſe ha dicho, ſe quexava la laſtimada Altiſidora, la eſtuvo mirando Don Quixote, y ſin reſponderla palabra, bolviendo el roſtro á Sancho, le dixo: Por el ſiglo de tus paſados, Sancho mio, te conjuro que me digas una verdad: dime, llevas por ventura los tres tocadores, y las ligas, que eſta enamorada doncella dice? A lo que Sancho reſpondió: Los tres tocadores sí llevo: pero las ligas, como por los cerros de Ubeda. Quedó la Duqueſa admirada de la deſembolтura de Altiſidora, que aunque la tenía por atrevida, gracioſa, y deſembuelta, no en grado que ſe atreviera á ſemejantes deſembolturas; y como no eſtava advertida deſta burla, creció mas ſu admiracion. El Duque quiſo reforzar el donaire, y dixo: No me parece bien, Señor Cavallero, que aviendo recebido en eſte mi caſtillo el buen acogimiento que en el ſe os ha hecho, os avais atrevido á llevaros tres tocadores por lo menos, si por lo mas las ligas de mi doncella, indicios ſon de mal pecho, y mueſtras, que no correſponden á vueſtra fama; bolvedle las ligas, ſino yo os de-

ſafio á mortal batalla, ſin tener temor, que malandrines encantadores me buelvan, ni muden el roſtro, como han hecho en el de Toſilos mi lacayo, el que entró con vos en batalla. No quiera Dios, reſpondió Don Quixote, que yo deſenvaine mi eſpada contra vueſtra iluſtriſima perſona, de quien tantas mercedes he recebido: los tocadores bolveré, porque dice Sancho, que los tiene, las ligas es impoſible, porque ni yo las he recebido, ni él tampoco, y si eſta vueſtra doncella quiſiere mirar ſus eſcondrijos, á buen ſeguro que las halle: yo, Señor Duque, jamas he ſido ladron, ni lo pienſo ſer en toda mi vida, como Dios no me dexe de ſu mano: eſta doncella habla (como ella dice) como enamorada, de lo que yo no le tengo culpa, y así no tengo de que pedirle perdon, ni á ella, ni á vueſtra Excelencia, á quien ſuplico me tenga en mejor opinion, y me dé de nuevo licencia para ſeguir mi camino. Déoſle Dios tan bueno, dixo la Duqueſa, Señor Don Quixote, que ſiempre oigamos buenas nuevas de vueſtras fechorias, y andad con Dios, que mientras mas os deteneis, mas aumentais el fuego en los pechos de las doncellas, que os miran, y á la mia yo la caſtigaré de modo, que de aquí adelante no ſe deſmande con la viſta, ni con las palabras. Una, no mas, quiero que me eſcuches, ó valeroſo Don Quixote, dixo entonces Altiſidora, y es, que te pido perdon del latrocinio de las ligas, porque en Dios, y en mi anima, que las tengo pueſtas, y he caido en el deſcuido dél que yendo ſobre el aſno le buſcava. No lo dixe yo? dixo Sancho: bonico ſoy yo para encubrir hurtos, pues á quererlos hacer, de paleta me avia venido la ocaſion en mi Govierno. Abaxó la cabeza Don Quixote, y hizo reverencia á los Duques y á todos los circunſtantes, y bolviendo las riendas á Rozinante, ſiguiendole Sancho ſobre el Rucio, ſe ſalió del Caſtillo, enderezando ſu camino á Zaragoza.

Cap.

Cap. LVIII. Que trata de como menudearon ſobre Don Quixote Aventuras tantas, que no ſe davan vagar unas á otras.

QUando Don Quixote ſe vió en la campaña raſa, libre, y deſembarazado de los requiebros de Altiſidora, le pareció, que eſtava en ſu centro, y que los eſpiritus ſe le renovavan para proſeguir de nuevo el aſumpto de ſus Cavallerias, y bolviendoſe á Sancho, le dixo: La libertad, Sancho, es uno de los mas precioſos dones que á los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarſe los teſoros que encierra la tierra, ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, ſe puede, y deve aventurar la vida: y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres: digo eſto, Sancho, porque bien has viſto el regalo, la abundancia, que en eſte Caſtillo que dexamos, hemos tenido, pues en mitad de aquellos banquetes ſazonados, y de aquellas bevidas de nieve, me parecia á mí, que eſtava metido entre las eſtrechezas de la hambre: porque no lo gozava con la libertad que lo gozara, si fueran mios, que las obligaciones de las recompenſas de los beneficios, y mercedes recebidas ſon ataduras, que no dexan campear al animo libre. Venturoſo aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, ſin que le quede obligacion de agradecerlo á otro que al miſmo cielo. Con todo eſo, dixo Sancho, que vueſa merced me ha dicho, no es bien que ſe quede ſin agradecimiento de nueſtra parte docientos eſcudos de oro, que en una bolſilla me dió el Mayordomo del Duque, que como pictima, y confortativo la llevo pueſta ſobre el corazon, para lo que ſe ofreciere, que no ſiempre hemos de hallar Caſtillos, donde nos regalen, que tal vez toparemos con algunas ventas donde nos apaleen.

En

En eſtos, y otros razonamientos ivan los Andantes, Cavallero, y Eſcudero, quando vieron, aviendo andado poco mas de una legua, que encima de la yerva de un pradillo verde encima de ſus capas eſtavan comiendo haſta una docena de hombres, veſtidos de labradores: junto á sí tenían unas como ſabanas blancas, con que cubrian alguna coſa que debaxo eſtava; eſtavan empinadas, y tendidas, y de trecho á trecho pueſtas. Llegó Don Quixote á los que comian, y ſaludandolos primero corteſmente, les preguntó, que que era lo que aquellos lienzos cubrian: uno dellos le reſpondió: Señor, debaxo deſtos lienzos eſtan unas imagines de relieve, y entabladura, que han de ſervir en un retablo que hacemos en nueſtra aldea; llevamos las cubiertas, porque no ſe desfloren, y en ombros, porque no ſe quiebren. Si ſois ſervidos, reſpondió Don Quixote, holgaría de verlas, pues imagines que con tanto recato ſe llevan, ſin duda deven de ſer buenas: Y como sí lo ſon, dixo otro, ſino digalo lo que cueſta, que en verdad, que no ay ninguna, que no eſté en mas de cincuenta ducados, y porque vea vueſa merced eſta verdad, eſpere vueſa merced y verlaha por viſta de ojos, y levantandoſe dexó de comer, y fue á quitar la cubierta de la primera imagen, que moſtró ſer la de ſan Jorge pueſto á cavallo con una ſerpiente enroſcada á los pies, y la lanza atraveſada por la boca, con la fiereza que ſuele pintarſe: toda la imagen parecia una aſqua de oro, como ſuele decirſe; viendola Don Quixote dixo: Eſte Cavallero fue uno de los mejores Andantes, que tuvo la milicia divina, llamóſe Don San Jorge, y fue ademas defendedor de doncellas. Veamos eſta otra: deſcubriola el hombre, y pareció ſer la de San Martin, pueſto á cavallo, que partia la capa con el pobre, y apenas la huvo viſto Don Quixote, quando dixo: Eſte Cavallero tambien fue de los Aventureros Chriſtianos, y creo que fue mas liberal que valiente, como lo puedes echar de ver, San-

cho,

cho, en que eſtá partiendo la capa con el pobre, y le dá la mitad, y ſin duda devia de ſer entonces Invierno, que ſino él ſe la diera toda, ſegun era de caritativo. No devió de ſer eſo, dixo Sancho, ſino que ſe devió de atener al refran, que dicen: Que para dar, y tener, ſeſo es meneſter. Rióſe Don Quixote, y pidió, que quitaſen otro lienzo, debaxo del qual ſe deſcubrió la imagen del Patron de las Eſpañas á cavallo, la eſpada enſangrentada, atropellando Moros, y piſando cabezas: y en viendola, dixo Don Quixote: Eſte sí que es Cavallero, y de las eſquadras de Chriſto, eſte ſe llama Don San Diego mata Moros, uno de los mas valientes Santos, y Cavalleros que tuvo el mundo, y tiene agora el cielo. Luego deſcubrieron otro lienzo, y pareció, que encubria la caida de San Pablo del cavallo abaxo con todas las circunſtancias que en el retablo de ſu Converſion ſuelen pintarſe: quando le vido tan al vivo, que dixeran, que Chriſto le hablava, y Pablo reſpondia: Eſte (dixo Don Quixote) fue el mayor enemigo que tuvo la Igleſia de Dios nueſtro Señor en ſu tiempo, y el mayor defenſor ſuyo que tendrá jamas, Cavallero Andante por la vida, y Santo á pie quedo por la muerte, trabajador incanſable en la viña del Señor, Doctor de las gentes, á quien ſirvieron de Eſcuelas los cielos, y de Cathedratico, y Maeſtro que le enſeñaſe, el miſmo Jeſu Chriſto. No avia mas imagines, y así mandó Don Quixote, que las bolvieſen á cubrir, y dixo á los que las llevavan: Por buen aguero he tenido, hermanos, aver viſto lo que he viſto: porque eſtos Santos, y Cavalleros profeſaron lo que yo profeſo, que es el exercicio de las armas, ſino que la diferencia que ay entre mí, y ellos, es, que ellos fueron Santos, y pelearon á lo divino, y yo ſoy pecador, y peleo á lo humano. Ellos conquiſtaron el cielo á fuerza de brazos (porque el cielo padece fuerza) y yo haſta agora no ſé lo que conquiſto á fuerza de mis trabajos: pero si mi Dulcinea del Toboſo ſalieſe de

los

los que padece, mejorandoſe mi ventura, y adobandoſeme el juicio, podría ſer que encaminaſe mis paſos por mejor camino del que llevo. Dios lo oiga, y el pecado ſea ſordo, dixo Sancho á eſta ocaſion. Admiraronſe los hombres, así de la figura como de las razones de Don Quixote, ſin entender la mitad de lo que en ellas decir queria. Acabaron de comer, cargaron con ſus imagines, y deſpidiendoſe de Don Quixote ſiguieron ſu viage. Quedó Sancho de nuevo, como si jamas huviera conocido á ſu ſeñor, admirado de lo que ſabia, pareciendole, que no devia de aver Hiſtoria en el mundo, ni ſuceſo, que no lo tuvieſe cifrado en la uña, y clavado en la memoria, y dixole: En verdad, Señor nueſtramo, que si eſto que nos ha ſucedido oy ſe puede llamar Aventura, ella ha ſido de las mas ſuaves, y dulces, que en todo el diſcurſo de nueſtra peregrinacion nos ha ſucedido: della avemos ſalido ſin palos, y ſobreſalto alguno, ni hemos echado mano á las eſpadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos hambrientos, bendito ſea Dios, que tal me ha dexado ver con mis propios ojos. Tu dices bien, Sancho, dixo Don Quixote: pero has de advertir, que no todos los tiempos ſon unos, ni corren de una miſma ſuerte, y eſtos, que el vulgo ſuele llamar comunmente Agueros, que no ſe fundan ſobre natural razon alguna, del que es diſcreto han de ſer tenidos, y juzgar por buenos acontecimientos. Levantaſe uno deſtos agoreros por la mañana, ſale de ſu caſa, encuentraſe con un Fraile de la Orden del bienaventurado San Franciſco, y como si huviera encontrado con un Griſo, buelve las eſpaldas, y buelveſe á ſu caſa. Derramaſele al otro Mendoza la ſal encima de la meſa, y derramaſele á él la melancolia por el corazon, como si eſtuvieſe obligada la naturaleza á dar ſeñales de las venideras deſgracias con coſas tan de poco momento como las referidas: el diſcreto, y Chriſtiano no ha de andar en puntillos con lo que

quiere

quiere hacer el cielo. Llega Cipion á Africa, tropieza en ſaltando en tierra, tienenlo por mal aguero ſus ſoldados, pero él abrazandoſe con el ſuelo dixo: No tú me podrás huir, Africa, porque te tengo aſida, y entre mis brazos. Así que, Sancho, el aver encontrado con eſtas imagines ha ſido para mí feliciſimo acontecimiento. Yo así lo creo, reſpondió Sancho, y querria que vueſa merced me dixeſe, que es la cauſa porque dicen los Eſpañoles, quando quieren dar alguna batalla, invocando aquel San Diego mata Moros, Santiago, y cierra Eſpaña; eſtá por ventura Eſpaña abierta, y de modo, que es meneſter cerrarla, ó que ceremonia es eſta? Simpliciſimo eres, Sancho, reſpondió Don Quixote, y mira, que eſte gran Cavallero de la Cruz bermeja, haſelo dado Dios á Eſpaña por Patron, y amparo ſuyo, eſpecialmente en los riguroſos trances que con los Moros los Eſpañoles han tenido, y así le invocan, y llaman, como á defenſor ſuyo en todas las batallas que acometen, y muchas veces le han viſto viſiblemente en ellas, derribando, atropellando, deſtruyendo, y matando los Agarenos eſquadrones, y deſta verdad te pudiera traer muchos exemplos, que en las verdaderas Hiſtorias Eſpañolas ſe cuentan.

Mudó Sancho platica, y dixo á ſu Amo: Maravillado eſtoy, ſeñor de la deſemboltura de Altiſidora la doncella de la Duqueſa, bravamente la deve de tener herida, y traſpaſada aquel que llaman Amor, que dicen, que es un rapaz ceguezuelo, que con eſtar lagañoſo, ó por mejor decir, ſin viſta, si toma por blanco un corazon, por pequeño que ſea, le acierta, y traſpaſa de parte á parte con ſus flechas: he oido decir tambien, que en la verguenza, y recato de las doncellas, ſe deſpuntan y embotan las amoroſas ſaetas: pero en eſta Altiſidora, mas parece que ſe aguzan, que deſpuntan. Advierte, Sancho, dixo Don Quixote, que el amor ni mira reſpetos, ni guarda terminos de razon en ſus diſcurſos, y

tiene la miſma condicion que la muerte, que así acomete los altos Alcazares de los Reyes, como las humildes chozas de los paſtores, y quando toma entera poſeſion de una alma, lo primero que hace es quitarle el temor, y la verguenza, y así ſin ella declaró Altifidora ſus deſeos, que engendraron en mí pecho antes confuſion, que laſtima. Crueldad notoria, dixo Sancho, deſagradecimiento inaudito: yo de mí ſé decir, que me rindiera, y avaſallara la mas minima razon amoroſa ſuya; hideputa, y que corazon de marmol, que entrañas de bronce, y que alma de argamaſa! pero no puedo penſar que es lo que vió eſta doncella en vueſa merced que así la rindieſe, y avaſallaſe; que gala, que brio, que donaire, que roſtro, que cada coſa por sí deſtas, ó todas juntas la enamoraron? que en verdad, en verdad, que muchas veces me paro á mirar á vueſa merced deſde la punta del pie haſta el ultimo cabello de la cabeza, y que veo mas coſas para eſpantar, que para enamorar; y aviendo yo tambien oido decir, que la hermoſura es la primera, y principal parte que enamora, no teniendo vueſa merced ninguna, no ſé yo de que ſe enamoró la pobre? Advierte, Sancho, reſpondió Don Quixote, que ay dos maneras de hermoſura, una del alma, y otra del cuerpo, la del alma campea, y ſe mueſtra en el entendimiento, en la honeſtidad, en el buen proceder, en la liberalidad, y en la buena crianza, y todas eſtas partes caben y pueden eſtar en un hombre feo, y quando ſe pone la mira en eſta hermoſura, y no en la del cuerpo, ſuelen hacer el amor con impetu, y con ventajas: yo, Sancho, bien veo, que no ſoy hermoſo: pero tambien conozco, que no ſoy disforme, y baſtale á un hombre de bien, no ſer monſtruo para ſer bien querido, como tengo los dotes del alma que te he dicho. En eſtas razones, y platicas, ſe ivan entrando por una ſelva, que fuera del camino eſtava, y á deſhora, ſin penſar en ello, ſe halló Don Quixote enredado

dado entre unas redes de hilo verde, que deſde unos arboles á otros eſtavan tendidas; y ſin poder imaginar, que pudieſe ſer aquello, dixo á Sancho: Pareceme, Sancho, que eſto deſtas redes deve de ſer una de las mas nuevas aventuras, que pueda imaginar; que me maten, si los encantadores, que me perſiguen, no quieren enredarme en ellas, y detener mi camino, como en venganza de la riguridad que con Altiſidora he tenido: pues mandoles yo, que aunque eſtas redes, ſi como ſon hechas de hilo verde, fueran de duriſimos diamantes, ó mas fuertes que aquella con que el zeloſo dios de los herreros enredó á Venus, y á Marte, así la rompiera como ſi fuera de juncos marinos, ó de hilachas de algodon: y queriendo paſar adelante, y romperlo todo, al improviſo ſe le ofrecieron delante, ſaliendo de entre unos arboles, dos hermoſisimas paſtoras, alomenos veſtidas como paſtoras, ſino que los pellicos, y ſayas eran de fino brocado, digo, que las ſayas eran riquiſimos faldellines de tabi de oro; trayan los cabellos ſueltos por las eſpaldas, que en rubios podian competir con los rayos del miſmo Sol, los quales ſe coronavan con dos guirnaldas de verde laurel, y de rojo amaranto texidas: la edad, al parecer, ni baxava de los quince, ni paſava de los diez y ocho: viſta fue eſta, que admiró á Sancho, ſuſpendió á Don Quixote, hizo parar al Sol en ſu carrera para verlas, y tuvo en maravilloſo ſilencio á todos quatro: en fin, quien primero habló fue una de las dos zagalas, que dixo á Don Quixote: Detened, Señor Cavallero, el paſo, y no rompais las redes, que no para daño vueſtro, ſino para nueſtro paſatiempo ay eſtan tendidas; y porque ſé, que nos aveis de preguntar, para que ſe han pueſto, y quien ſomos, os lo quiero decir en breves palabras: En una aldea, que eſtá haſta dos leguas de aquí, donde ay mucha gente principal, y muchos Hidalgos, y ricos; entre muchos amigos, y parientes ſe concertó, con que ſus hijos, mugeres,

y hijas, vecinos, amigos, y parientes nos vinieſemos á holgar á eſte ſitio, que es uno de los mas agradables de todos eſtos contornos, formando entre todos una nueva, y paſtoril Arcadia, viſtiendonos las doncellas de zagalas, y los mancebos de paſtores: traemos eſtudiadas dos Eglogas, una del famoſo Poeta Garcilaſſo, y otra de excelentiſimo Camoes en ſu miſma lengua Portugueſa, las quales haſta agora no hemos repreſentado: ayer fue el primero dia, que aquí llegamos, tenemos entre eſtos ramos plantadas algunas tiendas, que dicen, ſe llaman de campaña en el margen de un abundoſo arroyo que todos eſtos prados fertiliza; tendimos la noche paſada eſtas redes de eſtos arboles, para engañar los ſimples paxarillos, que, oxeados con nueſtro ruido, vinieren á dar en ellas: si guſtais, ſeñor, de ſer nueſtro hueſped, ſereis agaſajado liberal, y corteſmente: porque por agora en eſte ſitio no ha de entrar la peſadumbre, ni la melancolia; calló, y no dixo mas. A lo que reſpondió Don Quixote: Por cierto, hermoſisima ſeñora, que no devió de quedar mas ſuſpenſo, ni admirado Acteon, quandó vió al improviſo bañarſe en las aguas á Diana, como yo he quedado atonito, en ver vueſtra belleza: alabo el aſumpto de vueſtros entretenimientos, y el de vueſtros ofrecimientos agradezco, y si os puedo ſervir con ſeguridad de ſer obedecidas, me los podeis mandar: porque no es eſta la profeſion mia, ſino de moſtrarme agradecido, y bienhechor con todo genero de gente: en eſpecial con la principal que vueſtras perſonas repreſenta, y si como eſtas redes, que deven de ocupar algun pequeño eſpacio, ocuparan toda la redondez de la tierra, buſcara yo nuevos mundos por do paſar, ſin romperlas, y porque deis algun credito á eſta mi exageracion, ved, que os lo promete por lo menos Don Quixote de la Mancha, si es que ha llegado á vueſtros oidos eſte nombre. Ay, amiga de mi alma, dixo entonces la otra zagala: y que ventura tan grande

nos

nos ha ſucedido, ves eſte ſeñor, que tenemos delante? pues hagote ſaber, que es el mas valiente, y el mas enamorado, y el mas comedido que tiene el mundo, ſino es que nos miente, y nos engaña una Hiſtoria, que de ſus hazañas anda impreſa, y yo he leido; yo apoſtaré, que eſte buen hombre que viene conſigo es un tal Sancho Panza ſu Eſcudero, á cuyas gracias no ay ningunas que ſe le igualen. Así es la verdad, dixo Sancho, que yo ſoy eſe gracioſo, y eſe Eſcudero, que vueſa merced dice, y eſte ſeñor es mi Amo, el miſmo Don Quixote de la Mancha, hiſtoriado, y referido. Aí, dixo la otra, ſupliquemoſle, amiga, que ſe quede, que nueſtros padres, y nueſtros hermanos guſtarán infinito dello, que tambien he oído yo decir de ſu valor, y de ſus gracias lo miſmo que tu me has dicho, y ſobre todo dicen dél, que es el mas firme, y mas leal enamorado, que ſe ſabe, y que ſu dama es una tal Dulcinea del Toboſo, á quien en toda Eſpaña la dan la palma de la hermoſura. Con razon ſe la dan, dixo Don Quixote, si ya no lo pone en duda vueſtra ſin igual belleza: no os canſeis, ſeñoras, en detenerme, porque las preciſas obligaciones de mi profeſion no me dexan repoſar en ningun cabo. Llegó en eſto adonde los quatro eſtavan un hermano de una de las dos paſtoras, veſtido así miſmo de paſtor, con la riqueza, y galas que á las de las zagalas correſpondia: contaronle ellas, que él, que con ellas eſtava, era el valeroſo Don Quixote de la Mancha, y el otro ſu Eſcudero Sancho, de quien tenía él ya noticia por aver leido ſu Hiſtoria. Ofrecióſele el gallardo paſtor, pidióle, que ſe viniese con él á ſus tiendas: huvolo de conceder Don Quixote, y así lo hizo. Llego en eſto el oxeo, llenaronſe las redes de paxarillos diferentes, que engañados de la color de las redes cayan en el peligro de que ivan huyendo: juntaronſe en aquel ſitio mas de treinta perſonas, todas bizarramente de paſtores, y paſtoras veſtidas, y en un inſtante quedaron enteradas

de

de quienes eran Don Quixote, y ſu Eſcudero, de que no poco contento recibieron, porque ya tenían dél noticia por ſu Hiſtoria: acudieron á las tiendas, hallaron las meſas pueſtas, ricas, abundantes, y limpias; honraron á Don Quixote, dandole el primer lugar en ellas: miravanle todos, y admiravanſe de verle. Finalmente, alzados los manteles, con gran repoſo alzó Don Quixote la voz, y dixo: Entre los pecados mayores que los hombres cometen (aunque algunos dicen, que es la Sobervia) yo digo, que es el deſagradecimiento, ateniendome á lo que ſuele decirſe: Que de los deſagradecidos eſta lleno el infierno; eſte pecado, en quanto me ha ſido poſible, he procurado yo huir deſde el inſtante que tuve uſo de razon, y ſino puedo pagar las buenas obras que me hacen, con otras obras, pongo en ſu lugar los deſeos de hacerlas, y quando eſtos no baſtan las publico, porque quien dice, y publica las buenas obras que recibe, tambien las recompenſara con otras, ſi pudiera, porque por la mayor parte los que reciben ſon inferiores á los que dan, y así es Dios ſobre todos, porque es dador ſobre todos, y no pueden correſponder las dadivas del hombre á las de Dios con igualdad por infinita diſtancia; y eſta eſtrecheza, y cortedad en cierto modo la ſuple el agradecimiento; yo pues agradecido á la merced que aquí ſe me ha hecho, no pudiendo correſponder á la miſma medida, conteniendome en los eſtrechos limites de mi poderio, ofrezco lo que puedo, y lo que tengo de mi coſecha, y así digo, que ſuſtentaré dos dias naturales en mitad de eſe camino Real, que va á Zaragoza, que eſtas ſeñoras zagalas contrahechas, que aquí eſtan, ſon las mas hermoſas doncellas, y mas corteſes que ay en el mundo, excetada ſolo á la ſin par Dulcinea del Toboſo, unica ſeñora de mis penſamientos, con paz ſea dicho de quantos, y quantas me eſcuchan. Oyendo lo qual, Sancho que con grande atencion le avia eſtado eſcuchando, dando una

gran

gran voz, dixo: Es poſible, que aya en el mundo perſonas, que ſe atrevan á decir, y á jurar, que eſte mi ſeñor es loco? Digan vueſas mercedes, ſeñores paſtores, ay Cura de Aldea por diſcreto, y por eſtudiante que ſea, que pueda decir lo que mi Amo ha dicho? ni ay Cavallero Andante, por mas fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi Amo aquí ha ofrecido? Bolvióſe Don Quixote á Sancho, y encendido el roſtro, y colerico, le dixo: Es poſible, ó Sancho, que aya en todo el orbe alguna perſona, que diga, que no eres tonto, aforrado de lo miſmo con no ſé que ribetes de malicioſo, y de vellaco, quien te mete á tí en mis coſas, y en averiguar, ſi ſoy diſcreto, ó majadero? calla, y no me repliques, ſino enfilla, ſi eſtá deſenfillado Rozinante, vamos á poner en efecto mi ofrecimiento, que con la razon que va de mi parte, puedes dar por vencidos á todos quantos quiſieren contradecirla: y con gran furia, y mueſtras de enojo, ſe levantó de la ſilla, dexando admirados á los circunſtantes, haciendoles dudar, ſi le podian tener por loco, ó por cuerdo: finalmente, aviendole perſuadido, que no ſe puſieſe en tal demanda, que ellos davan por bien conocida ſu agradecida voluntad, y que no eran meneſter nuevas demoſtraciones para conocer ſu animo valeroſo, pues baſtavan las que en la Hiſtoria de ſus hechos ſe referian: con todo eſto ſalió Don Quixote con ſu intencion, y pueſto ſobre Rozinante, embrazando ſu eſcudo, y tomando ſu lanza ſe puſo en la mitad de un Real camino, que no lexos del verde prado eſtava; ſiguióle Sancho ſobre ſu Rucio con toda la gente del paſtoral rebaño, deſeoſos de ver, en que parava ſu arrogante, y nunca viſto ofrecimiento.

Pueſto pues Don Quixote en mitad del camino (como os he dicho) hirió el aire con ſemejantes palabras: O voſotros paſageros, y viandantes Cavalleros, Eſcuderos, gente de á pie, y de á cavallo, que

que por eſte camino paſais, ó aveis de paſar en eſtos dos dias ſiguientes, ſabed, que Don Quixote de la Mancha, Cavallero Andante eſtá aquí pueſto, para defender, que á todas las hermoſuras, y corteſias del mundo exceden las que ſe encierran en las ninfas habitadoras deſtos prados, y boſques, dexando á un lado á la ſeñora de mi alma Dulcinea del Toboſo; por eſo él que fuere de parecer contrario acuda, que aquí le eſpero. Dos veces repitió eſtas miſmas razones, y dos veces no fueron oidas de ningun Aventurero: pero la ſuerte, que ſus coſas iva encaminando de mejor en mejor, ordenó que de alli á poco ſe deſcubrieſe por el camino muchedumbre de hombres de á cavallo, y muchos dellos con lanzas en las manos, caminando todos apiñados de tropel, y á gran prieſa: no los huvieron bien viſto los que con Don Quixote eſtavan, quando bolviendo las eſpaldas ſe apartaron bien lexos del camino: porque conocieron, que ſi eſperavan, les podia ſuceder algun peligro, ſolo Don Quixote con intrepido corazon ſe eſtuvo quedo, y Sancho Panza ſe eſcudó con las ancas de Rozinante. Llegó el tropel de los lanceros, y uno dellos, que venia mas delante, á grandes voces comenzó á decir á Don Quixote: Apartate, hombre del diablo, del camino, que te harán pedazos eſtos toros: Ea canalla, reſpondió Don Quixote, para mí no ay toros que valgan, aunque ſean de los mas bravos que cria Xarama en ſus riberas, confeſad, malandrines, así á carga cerrada, que es verdad lo que yo aquí he publicado, ſino conmigo ſois en batalla. No tuvo lugar de reſponder el vaquero, ni Don Quixote le tuvo de deſviarſe, aunque quiſiera: y así el tropel de los toros bravos, y el de los manſos cabeſtros con la multitud de los vaqueros, y otras gentes, que á encerrar los llevavan á un lugar, donde otro dia avian de correrſe, paſaron ſobre Don Quixote, y ſobre Sancho, Rozinante, y el Rucio, dando con todos ellos en tierra, echandole á rodar por el ſuelo.

Quedo

Quedó molido Sancho, eſpantado Don Quixote, aporreado el Rucio, y no muy catolico Rozinante: pero, en fin ſe levantaron todos, y Don Quixote á gran prieſa, tropezando aquí, y cayendo alli, comenzó á correr tras la vacada, diciendo á voces: Deteneos, y eſperad, canalla malandrina, que un ſolo Cavallero os eſpera, el qual no tiene condicion ni es de parecer de los que dicen: Que al enemigo que huye hacerle la puente de plata: pero no por eſo ſe detuvieron los apreſurados corredores, ni hicieron mas caſo de ſus amenazas, que de las nubes de antaño. Detuvole el canſancio á Don Quixote, y mas enojado, que vengado, ſe ſentó en el camino, eſperando á que Sancho, Rozinante, y el Rucio llegaſen: llegaron, bolvieron á ſubir Amo, y mozo, y ſin bolver á deſpedirſe de la Arcadia fingida, ó contrahecha, y con mas verguenza que guſto, ſiguieron ſu camino.

Cap. LIX. Donde ſe cuenta del extraordinario ſuceſo, que ſe puede tener por Aventura, que le ſucedió á Don Quixote.

AL polvo, y al canſancio, que Don Quixote, y Sancho ſacaron del deſcomedimiento de los toros, ſocorrió una fuente clara y limpia, que entre una freſca arboleda hallaron, en el margen de la qual, dexando libres ſin xaquima, y freno al Rucio, y á Rozinante, los dos aſendereados Amo, y mozo ſe ſentaron; acudió Sancho á la repoſteria de ſus alforjas, y dellas ſacó de lo que el ſolia llamar condumio, enxuagóſe la boca, lavóſe Don Quixote el roſtro, con cuyo refrigerio cobraron aliento los eſpiritus deſalentados: no comia Don Quixote de puro peſaroſo, ni Sancho no oſava tocar á los manjares que delante tenía de puro comedido,

medido, y eſperava, á que ſu ſeñor hicieſe la ſalva, pero viendo, que llevado de ſus imaginaciones no ſe acordava de llevar el pan á la boca, no abrió la ſuya, y atropellando por todo genero de crianza, comenzó á embaular en el eſtomago el pan y queſo que ſe le ofrecia. Come, Sancho amigo, dixo Don Quixote, ſuſtenta la vida, que mas que á mí te importa, y dexame morir á mí á manos de mis penſamientos, y á fuerzas de mis deſgracias: yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tu para morir comiendo, y porque veas que te digo verdad en eſto, conſiderame impreſo en hiſtorias, famoſo en las armas, comedido en mis acciones, reſpetado de Principes, ſolicitado de doncellas; al cabo al cabo quando eſperava palmas, triunfos, y coronas, grangeadas y merecidas por mis valeroſas hazañas me he viſto eſta mañana piſado, y acoceado, y molido de los pies de animales inmundos, y ſoeces; eſta conſideracion me embota los dientes, entorpece la muelas, y entomece las manos, y quita de todo en todo la gana del comer, de manera que pienſo dexarme morir de hambre, muerte la mas cruel de las muertes. Deſa manera, dixo Sancho (ſin dexar de maſcar á prieſa) no aprovará vueſa merced aquel refran que dicen, muera Marta, y muera harta, yo alomenos no pienſo matarme á mí miſmo: antes pienſo hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes, haſta que le hace llegar donde él quiere; yo triaré mi vida comiendo, haſta que llegue al fin que le tiene determinado el cielo; y ſepa, ſeñor, que no ay mayor locura que la que toca en querer deſeſperarſe, como vueſa merced: y creame, y deſpues de comido echeſe á dormir un poco ſobre los colchones verdes deſtas yervas, y verá, como quando deſpierte ſe halla algo mas aliviado. Hizolo así Don Quixote, pareciendole que las razones de Sancho mas eran de Filoſofo que de mentecato, y dixole: ſi tú, ó Sancho, quiſieſes hacer por mí lo que yo aora te dire, ſerían mis alivios mas ciertos, y mis peſadumbres

bres no tan grandes, y es, que mientras yo duermo, obedeciendo tus conſejos, tú te deſviaſes un poco lexos de aquí, y con las riendas de Rozinante, echando al aire tus carnes, te dieſes trecientos, ó quatrocientos azotes á buena cuenta de los tres mil y tantos, que te has de dar por el deſencanto de Dulcinea, que es laſtima no pequeña, que aquella pobre ſeñora eſté encantada por tu deſcuido, y negligencia. Ay mucho que decir en eſo, dixo Sancho, durmamos por aora entrambos, y deſpues Dios dixo lo que ſerá; ſepa vueſa merced, que eſto de azotarſe un hombre á ſangre fria, es coſa recia, y mas ſi caen los azotes ſobre un cuerpo mal ſuſtentado, y peor comido, tenga paciencia mi ſeñora Dulcinea, que quando menos ſe cate, me verá hecho una criva de azotes, y haſta la muerte todo es vida; quiero decir, que aun yo la tengo junto con el deſeo de cumplir con lo que he prometido. Agradeciendoſelo Don Quixote, comió algo, y Sancho mucho, y echaronſe á dormir entrambos, dexando á ſu alvedrio y ſin orden alguna pacer del abundoſa yerva, de que aquel prado eſtava lleno, á los dos continuos compañeros y amigos Rozinante, y el Rucio.

Deſpertaron algo tarde, bolvieron á ſubir, y á ſeguir ſu camino, dandoſe prieſa, para llegar á una venta, que al parecer una legua de alli ſe deſcubria: digo, que era venta, porque Don Quixote la llamó aſi, fuera del uſo que tenía de llamar á todas las ventas caſtillos. Llegaron pues á ella, preguntaron al hueſped, ſi avia poſada. Fueles reſpondido que sí, con toda la comodidad, y regalo que pudiera hallar en Zaragoza. Apearonſe, y recogió Sancho ſu repoſteria en un apoſento, de quien el hueſped le dió la llave: llevó las beſtias á la cavalleriza, echóles ſus pienſos, ſalió á ver lo que Don Quixote (que eſtava ſentado ſobre un poyo) le mandava, dando particulares gracias al cielo, de que á ſu Amo no le huvieſe parecido caſtillo aquella venta. Llegóſe la hora del ce-

nar, recogieronſe á ſu eſtancia. Preguntó Sancho al hueſped, que que tenía para darles de cenar. A lo que el hueſped reſpondió, que ſu boca ſería medida, y así que pidieſe lo que quiſieſe, que de las paxaricas del aire, de las aves de la tierra, y de los peſcados del mar eſtava proveida aquella venta. No es meneſter tanto, reſpondió Sancho, que con un par de pollos que nos aſen, tendremos lo ſuficiente, porque mi ſeñor es delicado, y come poco, y yo no ſoy traganton en demaſia. Reſpondióle el hueſped, que no tenía pollos, porque los milanos los tenian aſolados. Pues mande el ſeñor hueſped, dixo Sancho, aſar una polla, que ſea tierna. Polla, mi padre, reſpondió el hueſped, en verdad en verdad, que embie ayera la ciudad á vender mas de cincuenta: pero fuera de pollas pida vueſa merced lo que quiſiere. Deſa manera, díxo Sancho, no faltará ternera, ó cabrito. En caſa por aora, reſpondió el hueſped, no lo ay, porque ſe ha acabado: pero la ſemana que viene lo avrá de ſobra. Medrados eſtamos con eſo, reſpondió Sancho, yo pondré, que ſe vienen á reſumirſe todas eſtas faltas en las ſobras que deve de aver de tocino, y huevos. Por Dios, reſpondió el hueſped, que es gentil relente, el que mi hueſped tiene, pues hele dicho, que ni tengo pollas, ni gallinas, y quiere que tenga huevos, diſcurra ſi quiſiere por otras delicadezas, y dexeſe de pedir gallinas. Reſolvamonos, cuerpo de mí, dixo Sancho, y digame finalmente lo que tiene, y dexeſe de diſcurrimientos, ſeñor hueſped. Dixo el Ventero, lo que real y verdaderamente tengo ſon dos unas de vaca que parecen manos de ternera, ó dos manos de ternera que parecen uñas de vaca, eſtan cocidas con ſus garvanzos, cebollas, y tocino, y la hora de aora eſtan diciendo, comeme, comeme. Por mias las marco deſde aquí, dixo Sancho, y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mí ninguna otra coſa pudiera eſperar de mas guſto, y no ſe me daría nada, que

fueſen

fueſen manos, como fueſen uñas. Nadie las tocará, dixo el Ventero, porque otros hueſpedes que tengo, de puro principales, traen conſigo cocinero, deſpenſero, y repoſteria. Si por principales va, dixo Sancho, ninguno mas que mi Amo: pero el oficio que él trae, no permite deſpenſas, ni botillerias, aí nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas, ó de niſperos. Eſta fue la platica que Sancho tuvo con el Ventero, ſin querer Sancho paſar adelante en reſponderle, que ya le avia preguntado que oficio, ó que exercicio era el de ſu amo. Llegóſe pues la hora del cenar, recogióſe á ſu eſtancia Don Quixote, truxo el hueſped la olla, así como eſtava, y ſentóſe á cenar muy de propoſito: parece ſer que en otro apoſento que junto al de Don Quixote eſtava, que no le dividia mas que un ſutil tabique, oyó decir Don Quixote, por vida de vueſa merced, Señor Don Geronimo, que en tanto que trae la cena leamos otro capitulo de la ſegunda parte de Don Quixote de la Mancha. A penas oyó ſu nombre Don Quixote, quando ſe puſo en pie, y con oido alerto eſcuchó lo que dél tratavan, y oyó que el tal Don Geronimo referido reſpondió: Para que quiere vueſa merced, Señor Don Juan, que leamos eſtos diſparates, y él que huviere leido la primera parte de la Hiſtoria de Don Quixote de la Mancha, no es poſible, que pueda tener guſto en leer eſta ſegunda. Con todo eſo, dixo el Don Juan, ſerá bien leerla, pues no ay libro tan malo, que notenga alguna coſa buena. Lo que á mí en eſte mas me deſplace es, que pinta á Don Quixote ya deſenamorado de Dulcinea del Toboſo. Oyendo lo qual Don Quixote, lleno de ira y de deſpecho, alzó la voz, y dixo: Quien quiera que dixere, que Don Quixote de la Mancha ha olvidado, ni puede olvidar á Dulcinea del Toboſo, yo le haré entender con armas iguales, que va muy lexos de la verdad, porque la ſin par Dulcinea del Toboſo ni puede ſer olvidada, ni en Don Quixote puede caber olvido, ſu blaſon es

la

la firmeza, y ſu profeſion el guardarla con ſuavidad, y ſin hacerſe fuerza alguna. Quien es él que nos reſponde? reſpondieron del otro apoſento. Quien ha de ſer, reſpondió Sancho, ſino el miſmo Don Quixote de la Mancha, que hará bueno quanto ha dicho, y aun quanto dixere? que al buen pagador no le duelen prendas. Apenas huvo dicho eſto Sancho, quando entraron por la puerta de ſu apoſento dos Cavalleros, que tales lo parecían, y uno dellos echando los brazos al cuello de Don Quixote, le dixo: ni vueſtra preſencia puede deſmentir vueſtro nombre, ni vueſtro nombre puede no acreditar vueſtra preſencia, ſin duda vos ſeñor ſoys el verdadero Don Quixote de la Mancha, norte y lucero de la Andante Cavalleria, á deſpecho y peſar dél, que ha querido uſurpar vueſtro nombre, y aniquilar vueſtras hazañas, como lo ha hecho el autor deſte libro, que aquí os entrego; y poniendole un libro en las manos que traya ſu compañero, le tomó Don Quixote, y ſin reſponder palabra comenzó á hojearle, y de alli á un poco ſe le bolvió, diciendo: en eſto poco que he viſto he hallado tres coſas en eſte autor dignas de reprehenſion. La primera es, algunas palabras que he leido en el prologo. La otra, que el lenguage es Aragonés, porque tal vez eſcrive ſin articulos, y la tercera, que mas le confirma por ignorante es que yerra, y ſe deſvia de la verdad en lo mas principal de la hiſtoria, porque aquí dice, que la muger de Sancho Panza mi eſcudero ſe llama Mari Gutierrez, y no ſe llama tal, ſino Tereſa Panza, y quien en eſta parte tan principal yerra bien ſe podrá temer que yerra en todas las demas de la hiſtoria. A eſto dixo Sancho, donoſa coſa de hiſtoriador, por cierto bien deve de eſtar en el cuento de nueſtros ſuceſos, pues llama á Tereſa Panza mi muger Mari Gutierrez, torne á tomar el libro, Señor, y mire ſi ando yo por ay, y ſi me ha mudado el nombre. Por lo que he oido hablar, amigo, dixo Don Geronimo, ſin duda deveis de ſer Sancho Panza el eſcu-

dero

dero del Señor Don Quixote. Si ſoy, reſpondió Sancho, y me precio dello. Pues á fe, dixo el Cavallero, que no os trata eſte autor moderno con la limpieza, que en vueſtra perſona ſe mueſtra, pintaos comedor, y ſimple, y no nada gracioſo, y muy otro del Sancho, que en la primera parte de la hiſtoria de vueſtro Amo ſe deſcrive. Dios ſe lo perdone, dixo Sancho, dexarame en mi rincon, ſin acordarſe de mí, porque quien las ſabe las tañe, y bien ſe eſtá San Pedro en Roma. Los dos Cavalleros pidieron á Don Quixote, ſe paſaſe á ſu eſtancia á cenar con ellos, que bien ſabian, que en aquella venta no avia coſas pertenecientes para ſu perſona. Don Quixote, que ſiempre fue comedido, condecendió con ſu demanda, y cenó con ellos, quedóſe Sancho con la olla con mero mixto imperio, ſentóſe en cabecera de meſa, y con él el Ventero, que no menos que Sancho eſtava de ſus manos, y de ſus unas aficionado. En el diſcurſo de la cena preguntó Don Juan á Don Quixote, que nuevas tenía de la Señora Dulcinea del Toboſo, ſi ſe avia caſado, ſi eſtava parida, ó preñada, ó ſi eſtando en ſu entereza, ſe acordava (guardando ſu honeſtidad, y buen decoro) de los amoroſos penſamientos del Señor Don Quixote. A lo que él reſpondió: Dulcinea ſe eſtá entera, y mis penſamientos mas firmes que nunca, las correſpondencias en ſu ſequedad antigua, ſu hermoſura en la de una ſoez labradora transformada, y luego les fue contando punto por punto el encanto de la Señora Dulcinea, y lo que le avia ſucedido en la Cueva de Monteſinos, con la orden que el Sabio Merlin le avia dado para deſencantarla, que fue la de los azotes de Sancho. Sumo fue el contento que los dos Cavalleros recibieron de oir contar á Don Quixote los eſtraños ſuceſos de ſu Hiſtoria, y así quedaron admirados de ſus diſparates, como del elegante modo con que los contava, aquí le tenían por diſcreto, y alli ſe les deſlizava por

mentecato,

mentecato, ſin ſaber determinarſe, que grado le darían entre la diſcrecion y la locura.

Acabó de cenar Sancho, y dexando hecho equis al Ventero ſe paſó á la eſtancia de ſu Amo, y en entrando dixo: Que me maten, ſeñores, ſi el autor deſte libro, que vueſas mercedes tienen, quiere que no comamos buenas migas juntos, yo querria, que ya que me llama comilon, como vueſas mercedes dicen, no me llamaſe tambien borracho. Si llama, dixo Don Geronimo: pero no me acuerdo en que manera, aunque ſé, que ſon malſonantes las razones, y ademas mentiroſas, ſegun yo echo de ver en la fiſonomia del buen Sancho que eſtá preſente. Creanme vueſas mercedes, dixo Sancho, que el Sancho, y el Don Quixote deſa hiſtoria deven de ſer otros, que los que andan en aquella que compuſo Cide Hamete Benengeli, que ſomos noſotros: mi Amo valiente, diſcreto, y enamorado, y yo ſimple, gracioſo, y no comedor, ni borracho. Yo así lo creo, dixo Don Juan, y ſi fuera poſible, ſe avia de mandar, que ninguno fuera oſado á tratar de las coſas del gran Don Quixote, ſino ſueſe Cide Hamete ſu primer autor: bien así como mandó Alexandro, que ninguno fueſe oſado á retratarle ſino Apeles. Retrateme él que quiſiere, dixo Don Quixote: pero no me maltrate, que muchas veces ſuele caerſe la paciencia, quando la cargan de injurias. Ninguna, dixo Don Juan, ſe le puede hacer al Señor Don Quixote, de quien él no ſe pueda vengar, ſino la repara en el eſcudo de ſu paciencia, que á mi parecer es fuerte, y grande: en eſtas y otras platicas ſe paſó gran parte de la noche, y aunque Don Juan quiſiera que Don Quixote leyera mas del libro, por ver lo que diſcantava: no lo pudieron acabar con el, diciendo, que él lo dava por leido, y lo confirmava por todo necio, y que no queria, ſi á caſo llegaſe á noticia de ſu autor, que le avia tenido en ſus manos, ſe alegráſe con penſar, que le avia leido, pues de las

coſas

coſas obſcenas y torpes los penſamientos ſe han de apartar, quanto mas los ojos. Preguntaronle, que adonde llevava determinado ſu viage. Reſpondió, que á Zaragoza, á hallarſe en las juſtas del arnes que en aquella ciudad ſuelen hacerſe todos los años. Dixole Don Juan que aquella nueva hiſtoria contava como Don Quixote ſea quien ſe quiſiere, ſe avia hallado en ella en una ſortija, falta de invencion, pobre de letras, pobriſima de libreas, aunque rica de ſimplicidades. Por el miſmo caſo, reſpondió Don Quixote, no pondré los pies en Zaragoza, y así ſacaré á la plaza del mundo la mentira deſe hiſtoriador moderno, y echarán de ver las gentes como yo no ſoy el Don Quixote que él dice. Hará muy bien, dixo Don Geronimo, y otras juſtas ay en Barcelona, donde podrá el Señor Don Quixote moſtrar ſu valor. Así lo pienſo hacer, dixo Don Quixote, y vueſas mercedes me den licencia (pues ya es hora) para irme al lecho, y me tengan, y pongan en el numero de ſus mayores amigos, y ſervidores. Y á mí tambien, dixo Sancho, quiza ſeré bueno para algo. Con eſto ſe deſpidieron, y Don Quixote y Sancho ſe retiraron á ſu apoſento, dexando á Don Juan, y á Don Geronimo admirados de ver la mezcla que avia hecho de ſu diſcrecion, y de ſu locura, y verdaderamente creyeron, que eſtos eran los verdaderos Don Quixote, y Sancho, y no los que deſcrivia ſu autor Aragonés. Madrugó Don Quixote, y dando golpes al tabique del otro apoſento, ſe deſpidió de ſus hueſpedes, pagó Sancho al Ventero magnificamente, y aconſejóle, que alabaſe menos la proviſion de ſu venta, ó la tuvieſe mas proveida.

Cap. LX. De lo que ſucedió á Don Quixote yendo á Barcelona.

ERA freſca la mañana, y dava mueſtras de ſerlo así miſmo el dia en que Don Quixote ſalió de la venta, informandoſe primero, qual era el mas derecho camino para ir á Barcelona, ſin tocar en Zaragoza, tal era el deſeo, que tenía de ſacar mentiroſo aquel nuevo hiſtoriador, que tanto decian que le vituperava. Sucedió pues, que en mas de ſeis dias no le ſucedió coſa digna de ponerſe en eſcritura, al cabo de los quales yendo fuera de camino le tomó la noche entre unas eſpeſas encinas, ó alcornoques, que en eſto no guarda la puntualidad Cide Hamete, que en otras coſas ſuele. Apearonſe de ſus beſtias Amo y mozo, y acomodandoſe á los troncos de los arboles, Sancho, que avia merendado aquel dia, ſe dexó entrar de rondon por las puertas del ſueño, pero Don Quixote, á quien deſvelavan ſus imaginaciones, mucho mas que la hambre, no podia pegar ſus ojos, antes iva y venia con el penſamiento por mil generos de lugares: ya le parecia hallarſe en la Cueva de Monteſinos, ya ver brincar, y ſubir ſobre ſu pollina la convertida en labradora Dulcinea: ya que le ſonavan en los oidos las palabras del Sabio Merlin, que le referian las condiciones, y diligencias, que ſe avian de hacer, y tener en el deſencanto de Dulcinea: deſeſperavaſe de ver la floxedad, y caridad poca de Sancho ſu eſcudero, pues á lo que creya ſolos cinco azotes ſe avia dado, numero deſigual y pequeño para los infinitos que le faltavan, y deſto recibió tanta peſadumbre, y enojo, que hizo eſte diſcurſo: Si nudo Gordiano cortó el Magno Alexandro, diciendo: tanto monta cortar como deſatar, y no por eſo dexó de ſer univerſal ſeñor de toda la Aſia, ni mas ni menos podría ſuceder aora en el deſencanto

de

de Dulcinea, ſi yo azotaſe á Sancho á peſar ſuyo, que ſi la condicion deſte remedio eſtá en que Sancho reciba los tres mil y tantos azotes, que ſe me da á mí, que ſe los dé él, ó que ſe los dé otro, pues la ſuſtancia eſtá en que él los reciba, lleguen por do llegaren: con eſta imaginacion ſe llegó á Sancho, aviendo primero tomado las riendas de Rozinante, y acomodadolas en modo que pudieſe azotarle con ellas: comenzóle á quitar las cintas, que es opinion que no tenía mas que la delantera, en que ſe ſuſtentavan los greguescos, pero á penas huvo llegado, quando Sancho deſpertó en todo ſu acuerdo, y dixo: Que es eſto, quien me toca, y deſencinta? Yo ſoy, reſpondió Don Quixote, que vengo á ſuplir tus faltas, y á remediar mis trabajos, vengote á azotar, Sancho, y á deſcargar en parte la deuda á que te obligaſte: Dulcinea perece, tu vives en deſcuido, yo muero deſeando, y así deſatacate por tu voluntad, que la mia es de darte en eſta ſoledad por lo menos dos mil azotes. Eſo no, dixo Sancho, vueſa merced ſe eſté quedo, ſino por Dios verdadero, que nos han de oir los ſordos: los azotes, á que yo me obligué han de ſer voluntarios, y no por fuerza, y aora no tengo gana de azotarme, baſta que doy á vueſa merced mi palabra de vapularme, y moſquearme, quando en voluntad me viniere. No ay dexarlo á tu corteſia, Sancho, dixo Don Quixote, porque eres duro de corazon, y aunque villano, blando de carnes, y así procurava, y pugnava por deſenlazarle. Viendo lo qual Sancho Panza, ſe puſo en pie, y arremetiendo á ſu Amo, ſe abrazó con él á brazo partido, y echan dole una zancadilla, dió con él en el ſuelo boca arriba, puſole la rodilla derecha ſobre el pecho, y con las manos le tenía las manos, de modo que ni le dexava rodear, ni alentar. Don Quixote le decia: como traidor, contra tu Amo, y Señor natural te deſmandas, con quien te da ſu pan, te atreves? Ni quito Rey, ni pongo Rey, reſpondió Sancho, ſino ayudome á mí,

que ſoy mi ſeñor, vueſa merced me prometa, que ſe eſtará quedo, y no tratará de azotarme por agora, que yo le dexaré libre, y deſembarazado, donde no, aquí morirás, traidor, enemigo de Doña Sancha. Prometióſelo Don Quixote, y juró por vida de ſus penſamientos, no tocarle en el pelo de la ropa, y que dexaría en toda ſu voluntad y alvedrio el azotarſe, quando quiſieſe. Levantóſe Sancho, y deſvióſe de aquel lugar un buen eſpacio, y yendo á arrimarſe á otro arbol, ſintió que le tocavan en la cabeza, y alzando las manos topó con dos pies de perſona, con zapatos, y calzas; tembló de miedo, acudió á otro arbol, y ſucedióle lo miſmo, dió voces, llamando á Don Quixote, que le favoreciese. Hizole así Don Quixote, y preguntandole, que le avia ſucedido, y de que tenía miedo, le reſpondió Sancho, que todos aquellos arboles eſtavan llenos de pies, y de piernas humanas. Tentólos Don Quixote, y cayó luego en la cuenta de lo que podia ſer; y dixole á Sancho: No tienes de que tener miedo, porque eſtos pies y piernas que tientas, y no vees, ſin duda ſon de algunos foragidos, y vandoleros, que en eſtos arboles eſtan ahorcados, que por aquí los ſuele ahorcar la juſticia, quando los coge, de veinte en veinte, y de treinta en treinta, por donde me doy á entender, que devo de eſtar cerca de Barcelona, y así era la verdad como él lo avia imaginado. Al parecer alzaron los ojos, y vieron los racimos de aquellos arboles, que eran cuerpos de vandoleros.

Ya en eſto amanecía, y ſi los muertos los avian eſpantado, no menos los atribularon mas de quarenta Vandoleros vivos, que de improviſo les rodearon, diciendoles en lengua Catalana que eſtuvieſen quedos, y ſe detuvieſen, haſta que llegaſe ſu Capitan. Hallóſe Don Quixote á pie, ſu cavallo ſin freno, ſu lanza arrimada á un arbol, y finalmente ſin defenſa alguna, y así tuvo por bien de cruzar las manos, é inclinar la cabeza, guardandoſe para mejor ſazon,

zon, y coyuntura. Acudieron los vandoleros á eſpulgar al Rucio, y á no dexarle ninguna coſa de quantas en las alforjas, y la maleta traya, y avinole bien á Sancho, que en una ventiera que tenía ceñida venian los eſcudos del Duque, y los que avia ſacado de ſu tierra, y con todo eſo aquella buena gente le eſcardara, y le mirara, haſta lo que entre el cuero y la carne tuviera eſcondido, ſino llegara en aquella ſazon ſu Capitan, el qual moſtró ſer de haſta edad de treinta y quatro años, robuſto, mas que de mediana proporcion, de mirar grave, y color morena, venia ſobre un poderoſo cavallo, veſtida la acerada cota, y con quatro piſtoletes (que en aquella tierra ſe llaman pedreñales) á los lados: vió, que ſus eſcuderos, que así llaman á los que an dan en aquel exercicio, ivan á deſpojar á Sancho Panza: mandóles que no lo hicieſen, y fue luego obedecido, y así ſe eſcapó la ventiera, admiróle ver lanza arrimada al arbol, eſcudo en el ſuelo, y á Don Quixote armado, y penſativo, con la mas triſte y melancolica figura, que pudiera formar la miſma triſteza. Llegóſe á él, diciendole: no eſteis tan tan triſte, buen hombre, porque no aveis caido en las manos de algun cruel Oſiris, ſino en las de Roque Guinart, que tienen mas de compaſivas, que de riguroſas. No es mi triſteza, reſpondió Don Quixote, aver caido en tu poder, ó valeroſo Roque (cuya fama no ay limites en la tierra que la encierren) ſino por aver ſido tal mi deſcuido, que me ayan cogido tus ſoldados ſin el freno, eſtando yo obligado, ſegun la orden de la Andante Cavalleria, que profeſo, á vivir contino alerta, ſiendo á todas horas centinela de mí miſmo, porque te hago ſaber (ó gran Roque) que ſi me hallaran ſobre mi cavallo con mi lanza, y con mi eſcudo, no les fuera muy facil rendirme, porque yo ſoy Don Quixote de la Mancha, aquel que de ſus hazañas tiene lleno todo el orbe. Luego Roque Guinart conoció, que la enfermedad de Don Quixote tocava mas en locura,

que

que en valentia, y aunque algunas veces le avia oido nombrar, nunca tuvo por verdad ſus hechos, ni ſe pudo perſuadir, á que ſemejante humor reinaſe en corazon de hombre; y holgóſe en eſtremo de averle encontrado, para tocar de cerca lo que de lexos dél avia oido, y así le dixo: Valeroſo Cavallero, no os deſpecheis, ni tengais á ſinieſtra fortuna eſta en que os hallais, que podia ſer, que en eſtos tropiezos vueſtra torzida ſuerte ſe enderezaſe, que el cielo por eſtraños, y nunca viſtos rodeos (de los hombres no imaginados) ſuele levantar los caidos, y enriquecer los pobres. Ya le iva á dar las gracias Don Quixote, quando ſintieron á ſus eſpaldas un ruido como de tropel de cavallos, y no era ſino uno ſolo, ſobre el qual venia á toda furia un mancebo, al parecer de haſta veinte años, veſtido de damaſco verde, con paſamanos de oro, gregueſcos, y ſaltaembarca, con ſombrero terciado á la balona, botas enceradas, y juſtas, eſpuelas, daga y eſpada doradas, una eſcopeta pequeña en las manos, y dos piſtolas á los lados: al ruido bolvió Roque la cabeza, y vió eſta hermoſa figura, la qual en llegando á él dixo: En tu buſca venia, ó valeroſo Roque, para hallar en tí, ſino remedio, alomenos alivio en mi deſdicha, y por no tenerte ſuſpenſo, porque ſé, que no me has conocido, quiero decirte quien ſoy, y ſoy Claudia Geronima, hija de Simon Forte tu ſingular amigo, y enemigo particular de Clauquel Torrellas, que así miſmo lo es tuyo, por ſer uno de los de tu contrario vando, y ya ſabes que eſte Torrellas tiene un hijo que Don Vicente Torrellas ſe llama, ó alomenos ſe llamava no ha dos horas. Eſte pues, por abreviar el cuento de mi deſventura, te diré en breves palabras la que me ha cauſado. Vióme, requebróme, eſcuchéle, enamoréme, á hurto de mi padre, porque no ay muger por retirada que eſté, y recatada que ſea, á quien no le ſobre tiempo, para poner en execucion y efecto ſus atropellados deſeos. Finalmente el me prometió

de

de ſer mi eſpoſo, y yo le dí la palabra de ſer ſuya, ſin que en obras paſaſemos adelante. Supe ayer, que olvidado de lo que me devia, ſe caſava con otra, y que eſta mañana iva á deſpoſarſe, nueva que me turbó el ſentido, y acabó la paciencia, y por no eſtár mi padre en el lugar, le tuve yo de ponerme en el trage que vees, y apreſurando el paſo á eſte cavallo alcanzé á Don Vicente obra de una legua de aquí, y ſin ponerme á dar quexas, ni á oir diſculpas, le diſparé eſta eſcopeta, y por añadidura eſtas dos piſtolas, y á lo que creo le deví de encerrar mas de dos balas en el cuerpo, abriendole puertas, por donde embuelta en ſu ſangre ſalieſe mi honra, alli le dexo entre ſus criados, que no oſaron, ni pudieron ponerſe en ſu defenſa: vengo á buſcarte, para que me paſes á Francia, donde tengo parientes con quien viva, y así miſmo á rogarte, defiendas á mi padre, porque los muchos de Don Vicente no ſe atrevan á tomar en él deſaforada venganza. Roque admirado de la gallardia, bizarria, buen talle, y ſuceſo de la hermoſa Claudia, le dixo: Ven, ſeñora, y vamos á ver ſi es muerto tu enemigo, que deſpues veremos lo que mas te importare. Don Quixote, que eſtava eſcuchando atentamente lo que Claudia avia dicho, y lo que Roque Guinart reſpondió, dixo: No tiene nadie para que tomar trabajo en defender á eſta ſeñora, que lo tomo yo á mi cargo, denme mi cavallo, y mis armas, y eſperenme aquí, que yo ire á buſcar á eſe Cavallero, y muerto, ó vivo le hare cumplir la palabra prometida á tanta belleza. Nadie dude de eſto, dixo Sancho, porque mi ſeñor tiene muy buena mano para caſamentero, pues no ha muchos dias que hizo caſar á otro, que tambien negava á otra doncella ſu palabra, y ſino fuera, porque los encantadores, que le perſiguen, le mudaron ſu verdadera figura en la de un lacayo, eſta fuera la hora que ya la tal doncella no lo fuera. Roque que atendia mas á penſar en el ſuceſo de la hermoſa Claudia, que en las razones de

Amo

Amo y mozo no las entendió; y mandando á ſus eſcuderos, que bolvieſen á Sancho todo quanto le avian quitado del Rucio, mandóles asimiſmo, que ſe retiraſen á la parte donde aquella noche avian eſtado aloxados, y luego ſe partió con Claudia á toda prieſa á buſcar al herido, ó muerto Don Vicente. Llegaron al lugar donde le encontró Claudia, y no hallaron en el ſino recien derramada ſangre: pero tendiendo la viſta por todas partes deſcubrieron por un recueſto arriba alguna gente, y dieronſe á entender, como era la verdad, que devia de ſer Don Vicente, á quien ſus criados, ó muerto, ó vivo llevavan, ó para curarle, ó para enterrarle, dieronſe prieſa á alcanzarlos, que como ivan de eſpacio, con facilidad lo hicieron. Hallaron á Don Vicente en los brazos de ſus criados, á quien con canſada y debilitada voz rogava, que le dexaſen alli morir, porque el dolor de las heridas no conſentia que mas adelante paſaſe. Arrojaronſe de los cavallos Claudia y Roque, llegaronſe á él, temieron los criados la preſencia de Roque, y Claudia ſe turbó en ver la de Don Vicente, y así entre enternecida y riguroſa ſe llegó á él, y aſiendole de las manos le dixo: Si tú me dieras eſtas conforme á nueſtro concierto, nunca tú te vieras en eſte paſo; abrió los caſi cerrados ojos el herido Cavallero, y conociendo á Claudia, le dixo: Bien veo, hermoſa y engañada ſeñora, que tu has ſido la que me has muerto, pena no merecida, ni devida á mis deſeos, con los quales, ni con mis obras jamas quiſe, ni ſupe, ofenderte. Luego no es verdad, dixo Claudia, que ivas eſta mañana á deſpoſarte con Leonora, la hija del rico Balvaſtro. No por cierto, reſpondió Don Vicente, mi mala fortuna te devió de llevar eſtas nuevas, para que zeloſa me quitaſes la vida, la qual pues la dexo en tus manos, y en tus brazos, tengo mi ſuerte por venturoſa, y para aſegurarte deſta verdad, aprieta la mano, y recibeme por eſpoſo, ſi quiſieres, que no tengo otra mayor ſatisfacion, que darte

del

del agravio que pienſas que de mí has recebido. Apretóle la mano Claudia, y apretóſele á ella el corazon, de manera que ſobre la ſangre y pecho de Don Vicente ſe quedó deſmayada, y á él le tomó un mortal paraſiſmo; confuſo eſtava Roque, y no ſabia que hacerſe. Acudieron los criados á buſcar agua que echarles en los roſtros, y truxeronla, con que ſe los bañaron. Bolvió de ſu deſmayo Claudia: pero no de ſu paraſiſmo Don Vicente, porque ſe le acabó la vida. Viſto lo qual de Claudia, aviendoſe enterado, que ya ſu dulce eſpoſo no vivia, rompió los aires con ſuſpiros, hirió los cielos con quexas, maltrató ſus cabellos entregandolos al viento, afeó ſu roſtro con ſus propias manos, con todas las mueſtras de dolor, y ſentimiento, que de un laſtimado pecho pudieran imaginarſe. O cruel, é inconſiderada muger, decia, con que facilidad te moviſte á poner en execucion tan mal penſamiento: ó fuerza rabioſa de los zelos, á que deſeſperado fin conducis á quien os da acogida en ſu pecho: O eſpoſo mio, cuya deſdichada ſuerte, por ſer prenda mia, te ha llevado del talamo á la ſepultura. Tales, y tan triſtes eran las quexas de Claudia, que ſacaron las lagrimas de los ojos de Roque, no acoſtumbrados á verterlas en ninguna ocaſion, lloravan los criados, deſmayavaſe á cada paſo Claudia, y todo aquel circuito parecia campo de triſteza, y lugar de deſgracia. Finalmente Roque Guinart ordenó á los criados de Don Vicente, que llevaſen ſu cuerpo al lugar de ſu padre, que eſtava alli cerca, para que le dieſen ſepultura. Claudia dixo á Roque, que querria irſe á un Monaſterio donde era Abadeſa una tia ſuya, en el qual penſava acabar la vida, de otro mejor eſpoſo, y mas eterno acompañada. Alabóle Roque ſu buen propoſito, ofrecióſele de acompañarla, haſta donde quiſieſe, y de defender á ſu padre de los parientes, y de todo el mundo, ſi ofenderle quiſieſe. No quiſo ſu compañia Claudia en ninguna manera, y agradeciendo ſus ofrecimientos

cimientos con las mejores razones que ſupo, ſe deſpidió dél llorando: los criados de Don Vicente llevaron ſu cuerpo, y Roque ſe bolvió á los ſuyos, y eſte fin tuvieron los amores de Claudia Geronima: pero que mucho ſi texieron la trama de ſu lamentable hiſtoria las fuerzas invencibles, y riguroſas de los zelos? Halló Roque Guinart á ſus eſcuderos en la parte donde les avia ordenado, y á Don Quixote entre ellos ſobre Rozinante, haciendoles una platica, en que les perſuadia dexaſen aquel modo de vivir tan peligroſo, así para el alma, como para el cuerpo: pero como los mas eran Gaſcones, gente ruſtica, y deſbaratada no les entrava bien la platica de Don Quixote. Llegado que fue Roque, preguntó á Sancho Panza ſi le avian buelto, y reſtituido las alhajas, y preſeas, que los ſuyos del Rucio le avian quitado: Sancho reſpondió, que sí, ſino que le faltavan tres tocadores, que valian tres ciudades. Que es lo que dices, hombre, dixo uno de los preſentes, que yo los tengo, y no valen tres reales. Así es, dixo Don Quixote: pero eſtimalos mi Eſcudaro en lo que ha dicho, por avermelos dado, quien me los dió. Mándóſelos bolver al punto Roque Guinart, y mandando poner los ſuyos en ala, mandó traer allí delante todos los veſtidos, joyas, y dineros, y todo aquello, que deſde la ultima reparticion avian robado, y haciendo brevemente el tanteo, bolviendo lo no repartible, y reduciendolo á dineros, lo repartió por toda ſu compañia, con tanta legalidad, y prudencia, que no paſó un punto, ni defraudó nada de la juſticia diſtributiva. Hecho eſto, con lo qual todos quedaron contentos, ſatisfechos, y pagados, dixo Roque á Don Quixote: Sino ſe guardaſe eſta puntualidad con eſtos, no ſe podría vivir con ellos: á lo que dixo Sancho: Segun lo que aquí he viſto, es tan buena la juſticia, que es neceſaria que ſe uſe aun entre los miſmos ladrones. Oyólo un eſcudero, y enarboló el mocho de un arcabuz, con el qual,

fin

ſin duda le abriera la cabeza á Sancho, ſi Roque Guinart no le diera voces, que ſe detuvieſe. Paſmóſe Sancho, y propuſo de no deſcoſer los labios en tanto que entre aquella gente eſtuvieſe. Llegó en eſto uno, ó algunos de aquellos Eſcuderos, que eſtavan pueſtos por centinelas por los caminos, para ver la gente que por ellos venia, y dar aviſo á ſu mayor de lo que paſava, y eſte dixo: Señor, no lexos de aquí, por el camino que va á Barcelona, viene un gran tropel de gente: á lo que reſpondió Roque: Has echado de ver, ſi ſon de los que nos buſcan, ó de los que noſotros buſcamos? No ſino de los que buſcamos, reſpondió el Eſcudero. Pues ſalid todos, replicó Roque, y trahedmelos aquí luego, ſin que ſe os eſcape ninguno: hicieronlo ası́, y quedandoſe ſolos Don Quixote, Sancho, y Roque, aguardaron á ver lo que los Eſcuderos trayan; y en eſte entretanto, dixo Roque á Don Quixote: Nueva manera de vida le deve de parecer al ſeñor Don Quixote la nueſtra, nuevas Aventuras, nuevos ſuceſos, y todos peligroſos, y no me maravillo, que ası́ le parezca: porque realmente le confieſo, que no ay modo de vivir mas inquieto, ni mas ſobreſaltado que el nueſtro: á mí me han pueſto en el no ſé que deſeos de venganza, que tienen fuerza de turbar los mas ſoſegados corazones: yo de mi natural ſoy compaſivo, y bien intencionado: pero (como tengo dicho) el querer vengarme de un agravio, que ſe me hizo, ası́ dá con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que perſevero en eſte eſtado á deſpecho, y peſar de lo que entiendo; y como un abiſmo llama á otro, y un pecado á otro pecado, hanſe eſlabonado las venganzas, de manera que no ſolo las mias, pero las agenas tomo á mi cargo: pero Dios es ſervido, de que aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confuſiones, no pierdo la eſperanza de ſalir del á puerto ſeguro. Admirado quedó Don Quixote de oir hablar á Roque tan buenas, y concertadas razones, porque él ſe penſava,

que entre los de oficios ſemejantes de robar, matar, y ſaltear, no podia aver alguno que tuvieſe buen diſcurſo, y reſpondióle: Señor Roque, el principió de la ſalud eſtá en conocer la enfermedad, y en querer tomar el enfermo las medicinas que el Medico le ordena, vueſa merced eſtá enfermo, conoce ſu dolencia, y el cielo, ó Dios (por mejor decir) que es nueſtro Medico, le aplicará medicinas que le ſanen, las quales ſuelen ſanar poco á poco, y no de repente, y por milagro, y mas, que los pecadores diſcretos eſtan mas cerca de enmendarſe, que los ſimples, y pues vueſa merced ha moſtrado en ſus razones ſu prudencia, no ay ſino tener buen animo, y eſperar mejoría de la enfermedad de ſu conciencia; y ſi vueſa merced, quiere ahorrar camino, y ponerſe con facilidad en el de ſu ſalvacion, vengaſe conmigo, que yo le enſeñaré á ſer Cavallero Andante, donde ſe paſan tantos trabajos, y deſventuras, que tomandolas por penitencia en dos paletas le pondrán en el cielo. Rióſe Roque del conſejo de Don Quixote, á quien (mudando platica) contó el tragico ſuceſo de Claudia Geronyma, de que le peſó en eſtremo á Sancho, que no le avia parecido mal la belleza, deſemboltura, y brio de la moza. Llegaron en eſto los Eſcuderos de la preſa, trayendo conſigo dos Cavalleros á cavallo, y dos peregrinos á pie, y un coche de mugeres con haſta ſeis criados, que á pie, y á cavallo las acompañavan, con otros dos mozos de mulas que los Cavalleros trayan: cogieronlos los Eſcuderos en medio, guardando vencidos, y vencedores gran ſilencio, eſperando á que el gran Roque Guinart hablaſe: el qual preguntó á los Cavalleros, que quien eran, y adonde ivan, y que dinero llevavan: unó dellos le reſpondió: Señor, noſotros ſomos dos Capitanes de Infanteria Eſpañola, tenemos nueſtras compañias en Napoles, y vamos á embarcarnos en quatro galeras, que dicen, eſtan en Barcelona, con orden de paſar á Sicilia: llevamos haſta

docientos,

docientos, ó trecientos eſcudos, con que á nueſtro parecer vamos ricos, y contentos, pues la eſtrecheza ordinaria de los ſoldados no permite mayores teſoros. Preguntó Roque á los peregrinos lo miſmo que á los Capitanes, fuele reſpondido, que ivan á embarcarſe para paſar á Roma, y que entre entrambos podian llevar haſta ſeſenta reales: quiſo ſaber tambien, quien iva en el coche y adonde, y el dinero que llevavan, y uno de los de á cavallo dixo: Mi ſeñora Doña Guiomar de Quiñones, muger del Regente de la Vicaria de Napoles con una hija pequeña, una doncella, y una dueña ſon las que van en el coche, acompañamos la ſeis criados, y los dineros ſon ſeiſcientos eſcudos. De modo, dixo Roque Guinart, que ya tenemos aquí novecientos eſcudos, y ſeſenta reales: mis ſoldados deven de ſer haſta ſeſenta, mireſe á como le cabe á cada uno: porque yo ſoy mal contador. Oyendo decir eſto los ſalteadores, levantaron la voz, diciendo: Viva Roque Guinart muchos años, á peſar de los lladres, que ſu perdicion procuran. Moſtraron afligirſe los Capitanes, entriſtecióſe la Señora Regenta, y no ſe holgaron nada los peregrinos, viendo la confiſcacion de ſus bienes: tuvolos así un rato ſuſpenſos Roque: pero no quiſo que paſaſe adelante ſu triſteza, que ya ſe podia conocer á tiro de arcabuz, y bolviendoſe á los Capitanes, dixo: Vueſas mercedes, ſeñores Capitanes, por corteſia ſean ſervidos de preſtarme ſeſenta eſcudos, y la Señora Regenta ochenta, para contentar eſta eſquadra que me acompaña: porque el Abad de lo que canta yanta: y luego puedenſe ir ſu camino libre, y deſembarazadamente con un Salvo-conduto, que yo les daré, para que ſi toparen otras de algunas eſquadras mias, que tengo divididas por eſtos contornos, no les hagan daño, que no es mi intencion de agraviar á ſoldados, ni á muger alguna, eſpecialmente á las que ſon principales. Infinitas, y bien dichas fueron las razones con que los Capitanes agradecie-

ron

ron á Roque ſu corteſia, y liberalidad, que por tal la tuvieron en dexarles ſu miſmo dinero. La Señora Doña Guiomar de Quiñones ſe quiſo arrojar del coche para beſar los pies, y las manos del gran Roque: pero él no lo conſintió en ninguna manera, antes le pidió perdon del agravio, que le avia forzado de cumplir con las obligaciones preciſas de ſu mal oficio. Mandó la Señora Regenta á un criado ſuyo dieſe luego los ochenta eſcudos que le avian repartido: y ya los Capitanes avian deſembolſado los ſeſenta, ivan los peregrinos á dar toda ſu miſeria: pero Roque les dixo, que ſe eſtuvieſen quedos, y bolviendoſe á los ſuyos les dixo: Deſtos eſcudos dos tocan á cada uno, y ſobran veinte, los diez ſe den á eſtos peregrinos, y los otros diez á eſte buen Eſcudero, porque pueda decir bien de eſta aventura; y trayendole aderezo de eſcrivir, de que ſiempre andava proveido, Roque les dió por eſcrito un Salvoconduto, para los Mayorales de ſus eſquadras, y deſpidiendoſe dellos, los dexó ir libres y admirados de ſu nobleza, de ſu gallarda diſpoſicion, y eſtraño proceder, teniendole mas por un Alexandro Magno, que por ladron conocido: uno de los Eſcuderos dixo en ſu lengua Gaſcona, y Catalana: Eſte nueſtro Capitan mas es para Frade, que para bandolero: ſi de aquí adelante quiſiere moſtrarſe liberal, ſealo con ſu hacienda, y no con la nueſtra. No lo dixo tan paſo el deſventurado, que dexaſe de oirlo Roque, el qual echando mano á la eſpada le abrió la cabeza caſi en dos partes, diciendole: Deſta manera caſtigo yo á los deſlenguados, y atrevidos: paſmaronſe todos, y ninguno le oſó decir palabra, tanta era la obediencia que le tenían. Apartóſe Roque á una parte, y eſcrivió una carta á un ſu amigo á Barcelona, dandole aviſo como eſtava conſigo el famoſo Don Quixote de la Mancha, aquel Cavallero Andante, de quien tantas coſas ſe decian, y que le hacía ſaber, que era el mas gracioſo, y el mas entendido hombre del mundo, y

que

que de alli á quatro dias, que era el de San Juan Bautiſta, ſe le pondría en mitad de la playa de la ciudad, armado de todas ſus armas, ſobre Rozinante ſu cavallo, y á ſu Eſcudero Sancho, ſobre un aſno, y que dieſe noticia deſto á ſus amigos los Niarros, para que con él ſe ſolazaſen, que él quiſiera que carecieran deſte guſto los Cadells ſus contrarios, pero que eſto era impoſible, á cauſa que las locuras, y diſcreciones de Don Quixote, y los donaires de ſu Eſcudero Sancho Panza, no podian dexar de dar guſto general á todo el mundo. Deſpachó eſtas cartas con uno de ſus eſcuderos que mudando el trage de vandolero en el de un labrador, entró en Barcelona, y la dió á quien iva.

Cap. LXI. De lo que le ſucedió á Don Quixote en la entrada de Barcelona con otras, que tienen mas de lo verdadero, que de lo diſcreto.

TRES dias, y tres noches eſtuvo Don Quixote con Roque, y ſi eſtuviera trecientos años no le faltara, que mirar, y admirar en el modo de ſu vida: aquí amanecian, acullá comian, unas veces huyan ſin ſaber de quien, y otras eſperavan ſin ſaber á quien. Dormian en pie, interrompiendo el ſueño, mudandoſe de un lugar á otro: todo era poner eſpias, eſcuchar centinelas, ſoplar las cuerdas de los arcabuces, aunque trayan pocos, porque todos ſe ſervian de pedreñales: Roque paſava las noches apartado de los ſuyos, en partes, y lugares donde ellos no pudieſen ſaber donde eſtava: porque los muchos bandos, que el Viſorrey de Barcelona avia echado ſobre ſu vida, le trayan inquieto, y temeroſo, y no ſe oſava fiar de ninguno, temiendo, que los miſmos ſuyos, ó le avian de matar, ó entregar á la juſticia: vida por cierto miſerable, y enfadoſa;

enfadoſa; en fin por caminos deſuſados, por atajos, y ſendas encubiertas partieron Roque, Don Quixote, y Sancho con otros ſeis eſcuderos á Barcelona: llegaron á ſu playa la viſpera de San Juan en la noche, y abrazando Roque á Don Quixote, y á Sancho, á quien dió los diez eſcudos prometidos, que haſta entonces no ſe los avia dado, los dexó con mil ofrecimientos que de la una á la otra parte ſe hicieron. Bolvióſe Roque, quedóſe Don Quixote eſperando el dia así á cavallo como eſtava, y no tardó mucho, quando comenzó á deſcubrirſe por los balcones del Oriente la faz de la blanca Aurora, alegrando las yervas, y las flores, en lugar de alegrar el oido; aunque al miſmo inſtante alegraron tambien el oido el ſon de muchas chirimias, y atabales, ruido de caſcabeles, trapa, trapa, aparta, aparta, de corredores, que al parecer de la ciudad ſalian: dió lugar la Aurora al Sol, que un roſtro mayor que el de una rodela por el mas baxo Orizonte poco á poco ſe iva levantando. Tendieron Don Quixote, y Sancho la viſta por todas partes, vieron el mar, haſta entonces dellos no viſto, parecióles eſpacioſiſimo, y largo, harto mas que las Lagunas de Ruidera, que en la Mancha avian viſto; vieron las galeras que eſtavan en la playa, las quales, abatiendo las tiendas, ſe deſcubrieron llenas de flamulas, y gallardetes, que tremolavan al viento, y beſavan, y barrian el agua: dentro ſonavan clarines, trompetas, y chirimias, que cerca, y lexos llenavan el aire de ſuaves, y belicoſos acentos: comenzaron á moverſe, y á hacer modo de eſcaramuza por las ſoſegadas aguas, correſpondiendoles caſi al miſmo modo infinitos Cavalleros, que de la ciudad ſobre hermoſos cavallos, y con viſtoſas libreas ſalian. Los ſoldados de las galeras diſparavan infinita artilleria, á quien reſpondian los que eſtavan en las murallas, y fuertes de la ciudad; y la artilleria grueſa con eſpantoſo eſtruendo rompia los vientos, á quien reſpondian los cañones de

cruxia

cruxia de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, ſolo tal vez turbio del humo de la artilleria, parece que iva infundiendo, y engendrando guſto ſubito en todas las gentes. No podia imaginar Sancho, como pudieſen tener tantos pies aquellos bultos, que por el mar ſe movian: en eſto llegaron corriendo con grita, lililies, y algazara los de las libreas, adonde Don Quixote ſuſpenſo, y atonito eſtava, y uno dellos, que era el aviſado de Roque, dixo en alta voz á Don Quixote: Bien ſea venido á nueſtra ciudad el eſpejo, el farol, la eſtrella, y el Norte de toda la Cavalleria Andante, donde mas largamente ſe contiene: Bien ſea venido (digo) el valeroſo Don Quixote de la Mancha: no el falſo, no el ficticio, no el apocrifo, que en falſas Hiſtorias eſtos dias nos han moſtrado, ſino el verdadero, el legal, y el fiel, que nos deſcrivió Cide Hamete Benengeli, flor de los Hiſtoriadores. No reſpondió Don Quixote palabra, ni los Cavalleros eſperaron á que la reſpondieſe, ſino bolviendoſe, y rebolviendoſe con los demas que los ſeguian comenzaron á hacer un rebuelto caracol al derredor de Don Quixote, el qual, bolviendoſe á Sancho, dixo: Eſtos bien nos han conocido, yo apoſtaré que han leido nueſtra Hiſtoria, y aun la del Aragones recien impreſa. Bolvió otra vez el Cavallero que habló á Don Quixote, y dixole: Vueſa merced, ſeñor Don Quixote, ſe venga con noſotros, que todos ſomos ſus ſervidores, y grandes amigos de Roque Guinart. A lo que Don Quixote reſpondió: Si cortesías engendran cortesías, la vueſtra, ſeñor Cavallero, es hija, ó parienta muy cercana de las del gran Roque: llevadme do quieredes, que yo no tendré otra voluntad que la vueſtra, y mas ſi la quereis ocupar en vueſtro ſervicio. Con palabras no menos comedidas que eſtas le reſpondió el Cavallero, y encerrandole todos en medio al ſon de las chirimias, y de los atabales, ſe encaminaron con él á la ciudad; al entrar de la qual, el Malo, que todo lo malo

ordena, y los muchachos, que ſon mas malos que el malo, dos dellos travieſos, y atrevidos, ſe entraron por toda la gente, y alzando el uno la cola del Rucio, y el otro la de Rozinante, les puſieron, y encaxaron ſendos manojos de aliagas: ſintieron los pobres animales las nuevas eſpuelas, y apretando las colas aumentaron ſu diſguſto; de manera, que dando mil corcobos, dieron con ſus dueños en tierra. Don Quixote, corrido y afrentado, acudió á quitar el plumage de la cola de ſu matalote, y Sancho el de ſu Rucio. Quiſieran los que guiavan á Don Quixote caſtigar el atrevimiento de los muchachos, y no fue poſible, porque ſe encerraron entre mas de otros mil que los ſeguian: bolvieron á ſubir Don Quixote, y Sancho: con el miſmo aplauſo, y muſica llegaron á la caſa de ſu guia, que era grande, y principal, en fin como de Cavallero rico, donde le dexaremos por agora, porque *así* lo quiere Cide Hamete.

Cap. LXII. Que trata de la Aventura de la Cabeza Encantada, con otras niñerias que no pueden dexar de contarſe.

DON Atonio Moreno, ſe llamava el hueſped de Don Quixote, Cavallero rico, y diſcreto, y amigo de holgarſe á lo honeſto, y afable: el qual viendo en ſu caſa á Don Quixote, andava buſcando modos, como ſin ſu perjuicio, ſacaſe á plaza ſus locuras: porque no ſon burlas las que duelen, ni ay paſatiempos que valgan, ſi ſon con daño de tercero: lo primero que hizo, fue, hacer deſarmar á Don Quixote, y ſacarle á viſtas con aquel ſu eſtrecho, y acamuzado veſtido (como ya otras veces le hemos deſcrito, y pintado) á un balcon, que ſalia á una calle de las mas principales de

la

la ciudad á viſta de las gentes, y de los muchachos, que como á mona le miravan: corrieron de nuevo delante dél los de las libreas, como ſi para él ſolo (no para alegrar aquel feſtivo dia) ſe las huvieran pueſto, y Sancho eſtava contentiſſimo, por parecerle, que ſe avia hallado, ſin ſaber como, ni como no, otras bodas de Camacho; otra caſa como la de Don Diego de Miranda; y otro Caſtillo como el del Duque. Comieron aquel dia con Don Antonio algunos de ſus amigos, honrando todos, y tratando á Don Quixote como á Cavallero Andante, de lo qual hueco, y pompoſo, no cabia en sí de contento: los donaires de Sancho fueron tantos, que de ſu boca andavan como colgados todos los criados de caſa, y todos quantos le oyan. Eſtando á la meſa, dixo Don Antonio á Sancho: Acá tenemos noticia, buen Sancho, que ſois tan amigo de manjar blanco, y de albondiguillas, que ſi os ſobran, las guardais en el ſeno para el otro dia. No ſeñor, no es así, reſpondió Sancho: porque tengo mas de limpio, que de goloſo, y mi ſeñor Don Quixote, que eſta delante, ſabe bien, que con un puño de bellotas, ó de nueces nos ſolemos paſar entrambos ocho dias: verdad es, que ſi tal vez me ſucede, que me den la vaquilla, corro con la ſoguilla (quiero decir) que como lo que me dan, y uſo de los tiempos como los hallo: y quienquiera que huviere dicho, que yo ſoy comedor aventajado, y no limpio, tengaſe por dicho, que no acierta, y de otra manera dixera eſto, ſino mirara á las barbas honradas, que eſtán á la meſa. Por cierto, dixo Don Quixote, que la parſimonia, y limpieza con que Sancho come, ſe puede eſcrivir, y gravar en laminas de bronce, para que quede en memoria eterna en los ſiglos venideros: verdad es, que quando él tiene hambre, parece algo tragon, porque come á prieſa, y maſca á dos carrillos: pero la limpieza ſiempre la tiene en ſu punto, y en el tiempo que fue Governador aprendió á comer á lo melindroſo, tanto, que comia con

tenedor las uvas, y aun los granos de la granada. Como, dixo Don Antonio, Governador ha ſido Sancho? Sí, reſpondió Sancho, y de una Inſula llamada la Barataria, diez dias la governé á pedir de boca, en ellos perdí el ſoſiego, y aprendí á deſpreciar todos los Goviernos del mundo; ſalí huyendo della, caí en una cueva, donde me tuve por muerto, de la qual ſalí vivo por milagro. Contó Don Quixote por menudo todo el ſuceſo del Govierno de Sancho, con que dió gran guſto á los oyentes.

Levantados los manteles, y tomando Don Antonio por la mano á Don Quixote, ſe entró con él en un apartado apoſento, en el qual no avia otra coſa de adorno que una meſa al parecer de jaſpe, que ſobre un pie de lo miſmo ſe ſoſtenia, ſobre la qual eſtava pueſta al modo de las cabezas de los Emperadores Romanos, de los pechos arriba una, que ſemejava ſer de bronce. Paſeóſe Don Antonio con Don Quixote por todo el apoſento, rodeando muchas veces la meſa, deſpues de lo qual dixo: Agora, Señor Don Quixote, que eſtoy enterado, que no nos oye, y eſcucha alguno, y eſtá cerrada la puerta, quiero contar á vueſa merced una de las mas taras aventuras, ó por mejor decir, novedades, que imaginarſe pueden, con condicion, que lo que á vueſa merced dixere lo ha de depoſitar en los ultimos retretes del ſecreto. Así lo juro, reſpondió Don Quixote, y aun le echaré una loſa encima para mas ſeguridad: porque quiero que ſepa vueſa merced Señor Don Antonio (que ya ſabia ſu nombre) que eſtá hablando con quien, aunque tiene oidos, para oir, no tiene lengua para hablar, así que con ſeguridad puede vueſa merced traſladar lo que tiene en ſu pecho en el mio, y hacer cuenta que lo ha arrojado en los abiſmos del ſilencio. En fee de eſa promeſa, reſpondió Don Antonio, quiero poner á vueſa merced en admiracion con lo que viere, y oyere, y darme á mí algun alivio de la pena que me cauſa, no tener con quien comunicar mis

ſecretos.

ſecretos, que no ſon para fiarſe de todos. Suſpenſo eſtava Don Quixote, eſperando, en que avian de parar tantas prevenciones: en eſto, tomandole la mano Don Antonio ſe la paſeó por la cabeza de bronce, y por toda la meſa, y por el pie de jaſpe, ſobre que ſe ſoſtenia, y luego dixo: Eſta cabeza, Señor Don Quixote, ha ſido hecha, y fabricada por uno de los mayores encantadores, y hechiceros, que ha tenido el mundo, que creo era Polaco de nacion, y dicipulo del famoſo Eſcotillo, de quien tantas maravillas ſe cuentan, el qual eſtuvo aquí en mi caſa, y por precio de mil eſcudos, que le dí, labró eſta cabeza, que tiene propiedad, y virtud de reſponder á quantas coſas al oido le preguntaren: guardó rumbos, pintó caracteres, obſervó Aſtros, miró puntos, y finalmente la ſaçó con la perfecion, que veremos mañana, porque los Viernes eſtá muda, y oy que lo es, nos ha de hacer eſperar haſta mañana: en eſte tiempo podrá vueſa merced prevenirſe de lo que querra preguntar, que por eſperiencia ſé, que dice verdad en quanto reſponde. Admirado quedó Don Quixote de la virtud, y propiedad de la cabeza, y eſtuvo por no creer á Don Antonio: pero por ver quan poco tiempo avia para hacer la experiencia no quiſo decirle otra coſa, ſino que le agradecia el averle deſcubierto tan gran ſecreto: ſalieron del apoſento, cerró la puerta Don Antonio con llave, y fueronſe á la ſala, donde los demas Cavalleros eſtavan: en eſte tiempo les avia contado Sancho muchas de las aventuras, y ſuceſos que a ſu Amo avian acontecido.

Aquella tarde ſacaron a paſear á Don Quixote, no armado, ſino de rua, veſtido un balandran de paño leonado, que pudiera hacer ſudar en aquel tiempo al miſmo yelo; ordenaron con ſus criados que entretuvieſen á Sancho, de modo, que no le dexaſen ſalir de caſa: iva Don Quizote no ſobre Rozinante, ſino ſobre un gran macho de paſo llano, y muy bien aderezado, puſieronle el balandran, y en

las

las eſpaldas, ſin que lo vieſe, le coſieron un pergamino donde le eſcrivieron con letras grandes: Eſte es Don Quixote de la Mancha: en comenzando el paſeo llevava el retulo los ojos de quantos venian á verle, y como leyan: eſte es Don Quixote de la Mancha, admiravaſe Don Quixote de ver, que quantos le miravan le nombravan, y conocian: y bolviendoſe á Don Antonio, que iva á ſu lado, le dixo: Grande es la prerogativa que encierra en sí la Andante Cavalleria, pues hace conocido y famoſo al que la profeſa por todos los terminos de la tierra, ſino mire vueſa merced, Señor Don Antonio, que haſta los muchachos deſta ciudad ſin nunca averme viſto me conocen. Así es, Señor Don Quixote, reſpondió Don Antonio, que así como el fuego no puede eſtar eſcondido y encerrado, la virtud no puede dexar de ſer conocida, y la que ſe alcanza por la profeſion de las armas reſplandece, y campea ſobre todas las otras. Acaeció pues, que yendo Don Quixote con el aplauſo que ſe ha dicho, un Caſtellano, que leyó el retulo de las eſpaldas, alzó la voz, diciendo: Valgate el diablo por Don Quixote de la Mancha: como, que haſta aquí has llegado ſin aver te muerto los infinitos palos que tienes acueſtas? Tú eres loco, y ſi lo fueras á ſolas, y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal: pero tienes propiedad de bolver locos, y mentecatos á quantos te tratan, y comunican, ſino mirenlo por eſtos ſeñores, que te acompañan: buelvete, mentecato, á tu caſa, y mira por tu hacienda, por tu muger, y tus hijos, y dexate deſtas vaciedades, que te carcomen el ſeſo, y te deſnatan el entendimiento. Hermano, dixo Don Antonio, ſeguid vueſtro camino, y no deis conſejos, á quien no os los pide: el Señor Don Quixore de la Mancha es muy cuerdo, y noſotros, que le acompañamos, no ſomos necios, la virtud ſe ha de honrar, donde quiera que ſe hallare, y andad en hora mala, y no os metais donde no os llaman. Par

diez,

diez, vueſa merced tiene razon, reſpondió el Caſtellano, que aconſejar á eſte buen hombre es dar coces contra el aguijon: pero con todo eſo me dá muy gran laſtima, que el buen ingenio, que dicen, que tiene en todas las coſas eſte mentecato, ſe le deſague por la canal de ſu Andante Cavalleria: y la en hora mala, que vueſa merced dixo, ſea para mí, y para todos mis deſcendientes, ſi de oy mas, aunque vivieſe mas años que Matuſalen, diere conſejo á nadie, aunque me lo pida. Apartóſe el conſejero, ſiguió adelante el paſeo: pero fue tanta la prieſa, que los muchachos, y toda la gente tenía, leyendo el retulo, que ſe le huvo de quitar Don Antonio, como que le quitava otra coſa. Llegó la noche, bolvieronſe á caſa, huvo ſarao de damas: porque la muger de Don Antonio, que era una ſeñora principal, y alegre, hermoſa, y diſcreta, combidó á otras ſus amigas á que vinieſen á honrar á ſu hueſped, y á guſtar de ſus nunca viſtas locuras. Vinieron algunas, cenóſe eſplendidamente, y comenzóſe el ſarao caſi á las diez de la noche, entre las damas avia dos de guſto picaro, y burlonas; y con ſer muy honeſtas, eran algo deſcompueſtas, por dar lugar que las burlas alegraſen ſin enfado: eſtas dieron tanta prieſa en ſacar á danzar á Don Quixote, que le molieron, no ſolo el cuerpo, pero el anima: era coſa de ver la figura de Don Quixote, largo, tendido, flaco, amarillo, eſtrecho en el veſtido, deſairado, y ſobre todo no nada ligero: requebravanle como á hurto las damiſelas, y él tambien como á hurto las deſdeñava: pero viendoſe apretar de requiebros, alzó la voz, y dixo: Fugite partes adverſæ, dexadme en mi ſoſiego penſamientos mal venidos, allá os avenid, Señoras, con vueſtros deſeos, que la que es Reina de los mios la ſin par Dulcinea del Toboſo no conſiente, que ningunos otros que los ſuyos me avaſallen, y rindan, y diciendo eſto, ſe ſentó en mitad de la ſala en el ſuelo, molido, y quebrantado de tan baylador exercicio. Hizo Don Antonio,

tonio, que le llevaſen en peſo á ſu lecho, y el primero que aſió dél, fue Sancho, diciendole: Nora en tal, ſeñor nueſtro Amo, lo aveis bailado, penſais, que todos los valientes ſon danzadores, y todos los Andantes Cavalleros bailarines? digo, que ſi lo penſais, que eſtais engañado: hombre ay, que ſe atreverá á matar á un Gigante, antes que hacer una cabriola, ſi huvierades de zapatear, yo ſupliera vueſtra falta, que zapateo como un girifalte: pero en lo del danzar no doy puntada. Con eſtas, y otras razones dió que reir Sancho á los del ſarao, y dió con ſu Amo en la cama, arropandole, para que ſudaſe la frialdad de ſu baile.

Otro dia le pareció á Don Antonio ſer bien hacer la experiencia de la Cabeza Encantada, y con Don Quixote, Sancho, y otros dos amigos, con las dos ſeñoras que avian molido á Don Quixote en el baile, que aquella propia noche ſe avian quedado con la muger de Don Antonio, ſe encerró en la eſtancia, donde eſtava la cabeza: contóles la propiedad que tenía, encargóles el ſecreto, y dixoles, que aquel era el primero dia, donde ſe avia de provar la virtud de la tal Cabeza Encantada, y ſino eran los dos amigos de Don Antonio, ninguna otra perſona ſabia el buſilis del encanto, y aun ſi Don Antonio no ſe le huviera deſcubierto primero á ſus amigos, tambien ellos cayeran en la admiracion en que los demas cayeron, ſin ſer poſible otra coſa, con tal traza, y tal orden eſtava fabricada: el primero que ſe llegó al oido de la cabeza fue el miſmo Don Antonio, y dixole en voz ſumiſa: pero no tanto, que de todos no fueſe entendida: Dime, Cabeza, por la virtud que en tí ſe encierra, que penſamientos tengo yo agora? Y la cabeza le reſpondió, ſin mover los labios con voz clara, y diſtinta, de modo, que fue de todos entendida, eſta razon: Yo no juzgo de penſamientos; oyendo lo qual, todos quedaron atonitos, y mas viendo, que en todo el apoſento, ni al derredor de la meſa no avia perſona humana,

que

que reſponder pudieſe. Quantos eſtamos aquí (tornó á preguntar Don Antonio) y fuele reſpondido por el propio tenor paſo: Eſtais tú, y tu muger, con dos amigos tuyos, y dos amigas della, y un Cavallero famoſo, llamado Don Quixote de la Mancha, y un ſu Eſcudero, que Sancho Panza tiene por nombre. Aquí sí, que fue el admirarſe de nuevo: aquí sí, que fue el erizarſe los cabellos á todos de puro eſpanto! Y apartandoſe Don Antonio de la cabeza, dixo: Eſto me baſta para darme á entender, que no fuy engañado dél, que te me vendió, Cabeza ſabia, Cabeza habladora, Cabeza reſpondona, y admirable Cabeza! Llegue otro, y preguntele lo que quiſiere: y como las mugeres de ordinario ſon preſuroſas, y amigas de ſaber, la primera que ſe llegó, fue una de las dos amigas de la muger de Don Antonio, y lo que le preguntó fue: Dime, cabeza, que haré yo para ſer muy hermoſa, y fuele reſpondido: ſé muy honeſta. No te pregunto mas, dixo la preguntanta. Llegó luego la compañera, y dixo: Querria ſaber, cabeza, ſi mi marido me quiere bien, ó no. Y reſpondieronle: Mira las obras que te hace, y echarlo has de ver. Apartóſe la caſada, diciendo: Eſta reſpueſta no tenía neceſidad de pregunta: porque en efecto las obras que ſe hacen declaran la voluntad que tiene él que las hace. Luego llegó uno de los dos amigos de Don Antonio, y preguntóle: Quien ſoy yo? Y fuele reſpondido: Tu lo ſabes. No te preguntó eſo, reſpondió el Cavallero, ſino que me digas, ſi me conoces tú? Sí conozco, le reſpondieron, que eres Don Pedro Noriz. No quiero ſaber mas, pues eſto baſta para entender, ó Cabeza, que lo ſabes todo. Y apartandoſe llegó el otro amigo, y preguntóle: Dime, Cabeza, que deſeos tiene mi hijo el Mayorazgo. Ya yo he dicho, le reſpondieron, que yo no juzgo de deſeos: pero con todo eſo te ſé decir, que los que tu hijo tiene ſon de enterrarte. Eſo es, dixo el Cavallero, lo que veo por los ojos, con el dedo lo ſeñalo, y no

preguntó mas. Llegóſe la muger de Don Antonio, y dixo: Yo no ſé, Cabeza, que preguntarte, ſolo querria ſaber de tí, ſi gozaré muchos años de buen marido. Y reſpondieronle: Si gozarás: porque ſu ſalud, y ſu templanza en el vivir, prometen muchos años de vida, la qual muchos ſuelen acortar por ſu deſtemplanza. Llegóſe luego Don Quixote, y dixo: Dime tú el que reſpondes: Fue verdad, ó fue ſueño lo que yo cuento que me paſó en la Cueva de Monteſinos? Serán ciertos los azotes de Sancho mi Eſcudero, tendrá efeto el deſencanto de Dulcinea? á lo de la Cueva, reſpondieron: Ay mucho que decir; de todo tiene: los azotes de Sancho irán de eſpacio: el deſencanto de Dulcinea llegará á devida execucion. No quiero ſaber mas, dixo Don Quixote, que como yo vea á Dulcinea deſencantada, haré cuenta, que vienen de golpe todas las venturas que acertare á deſear. El ultimo preguntante fue Sancho, y lo que preguntó fue: Por ventura, Cabeza, tendré otro Govierno? ſaldré de la eſtrecheza de eſcudero? bolveré á ver á mi muger, y á mis hijos? A lo que le reſpondieron: Governarás en tu caſa, y ſi buelves á ella, verás á tu muger, y á tus hijos, y dexando de ſervir, dexarás de ſer eſcudero. Bueno par Dios, dixo Sancho Panza, eſto yo me lo dixera: no dixera mas el Profeta Perogrullo. Beſtia, dixo Don Quixote, que quieres que te reſpondan? No baſta, que las reſpueſtas que eſta cabeza ha dado, correſpondan á lo que ſe le pregunta? Sí baſta, reſpondió Sancho: pero quiſiera yo, que ſe declarara mas, y me dixera mas. Con eſto ſe acabaron las preguntas, y las reſpueſtas: pero no ſe acabó la admiracion, en que todos quedaron, excepto los dos amigos de Don Antonio, que el caſo ſabian. El qual quiſo Cide Hamete Benengeli declarar luego, por no tener ſuſpenſo al mundo, creyendo, que algun hechicero, y extraordinario miſterio en la tal cabeza ſe encerrava, y así dice, que Don Antonio Moreno á imitacion de otra

cabeza

cabeza que vió en Madrid, fabricada por un eſtampero, hizo eſta en ſu caſa para entretenerſe, y ſuſpender á los ignorantes, y la fabrica era de eſta ſuerte. La tabla de la meſa era de palo, pintada, y barnizada como jaſpe, y el pie, ſobre que ſe ſoſtenia, era de lo miſmo, con quatro garras de aguila, que del ſalian para mayor firmeza del peſo. La cabeza, que parecia medalla, y figura de Emperador Romano, y de color de bronce, eſtava toda hueca, y ni mas ni menos la tabla de la meſa, en que ſe encaxava tan juſtamente, que ninguna ſeñal de juntura ſe parecia: el pie de la tabla era anſi miſmo hueco, que reſpondia á la garganta, y pechos de la cabeza, y todo eſto venia á reſponder á otro apoſento, que debaxo de la eſtancia de la cabeza eſtava: por todo eſte hueco de pie, meſa, garganta, y pechos de la medalla, y figura referida, ſe encaminava un cañon de hoja de lata muy juſto, que de nadie podia ſer viſto: en el apoſento de abaxo, correſpondiente al de arriba, le ponia él que avia de reſponder, pegada la boca con el miſmo cañon, de modo, que á modo de cervatana iva la voz de arriba abaxo, y de abaxo arriba en palabras articuladas, y claras, y de eſta manera no era poſible conocer el embuſte. Un ſobrino de Don Antonio, eſtudiante, agudo y diſcreto, fue el reſpondiente, el qual eſtando aviſado de ſu ſeñor tio de los que avian de entrar con él en aquel dia en el apoſento de la cabeza, le fue facil reſponder con preſteza y puntualidad á la primera pregunta, á las demas reſpondió por congeturas, y como diſcreto, diſcretamente: y dice mas Cide Hamete, que haſta diez, ó doce dias duró eſta maravilloſa maquina: pero que divulgandoſe por la ciudad que Don Antonio tenía en ſu caſa una cabeza encantada, que á quantos le preguntavan reſpondia, temiendo no llegaſe á los oidos de las deſpiertas centinelas de nueſtra fe: aviendo declarado el caſo á los ſeñores Inquiſidores, le mandaron, que lo deſhicieſe, y no paſaſe mas adelante, porque el vulgo

ignorante no ſe eſcandalizaſe: pero en la opinion de Don Quixote, y de Sancho Panza, la cabeza quedó por encantada, y por reſpondona, mas á ſatisfacion de Don Quixote, que de Sancho.

Los Cavalleros de la ciudad por complacer á Don Antonio, y por agaſajar á Don Quixote, y dar lugar á que deſcubrieſe ſus ſandeces ordenaron de correr ſortija de alli á ſeis dias, que no tuvo efecto por la ocaſion que ſe dirá adelante. Diole gana á Don Quixote de paſear la ciudad á la llana, y á pie, temiendo, que ſi iva á cavallo le avian de perſeguir los mochachos, y así él, y Sancho con otros dos criados que Don Antonio le dió, ſalieron á paſearſe. Sucedió pues, que yendo por una calle alzó los ojos Don Quixote, y vió eſcrito ſobre una puerta, con letras muy grandes: Aquí ſe imprimen libros, de lo que ſe contentó mucho, porque haſta entonces no avia viſto Emprenta alguna, y deſeava ſaber, como fueſe. Entró dentro con todo ſu acompañamiento, y vió tirar en una parte, corregir en otra, componer en eſta, enmendar en aquella, y finalmente toda aquella maquina, que en las emprentas grandes ſe mueſtra. Llegavaſe Don Quixote á un caxon, y preguntava que era aquello, que alli ſe hacía, davanle cuenta los oficiales, admiravaſe, y paſava adelante: llegó en otras á uno, y preguntóle, que era lo que hacía. El oficial le reſpondió, ſeñor, eſte Cavallero que aquí eſtá, y enſeñóle á un hombre de muy buen talle y parecer, y de alguna gravedad, ha traducido un libro Toſcano en nueſtra lengua Caſtellana, y eſtoyle yo componiendo, para darle á la eſtampa. Que titulo tiene el libro? preguntó Don Quixote. A lo que el autor reſpondió: Señor, el libro en Toſcano ſe llama, le Bagatele. Y que reſponde le Bagatele en nueſtro Caſtellano? preguntó Don Quixote. Le Bagatele, dixo el autor, es como ſi en Caſtellano dixeſemos los juguetes, y aunque eſte libro es en el nombre humilde, contiene y encierra en sí coſas muy buenas, y ſuſtanciales.

ſuſtanciales. Yo, dixo Don Quixote, ſé algun tanto de el Toſcano, y me precio de cantar algunas eſtancias del Arioſto: pero digame vueſa merced, ſeñor mio (y no digo eſto, porque quiero examinar el ingenio de vueſa merced) ſino por curioſidad, no mas, ha hallado en ſu eſcritura alguna vez nombrar Piñata? Sí, muchas veces, reſpondió el autor, y como la traduce vueſa merced en Caſtellano? preguntó Don Quixote. Como la avia de traducir, replicó el autor, ſino diciendo Olla? Cuerpo de tal, dixo Don Quixote, y que adelante eſtá vueſa merced en el Toſcano idioma! yo apoſtaré una buena apueſta, que á donde diga en el Toſcano Piache, dice vueſa merced en el Caſtellano Place, y adonde diga Piu, dice Mas, y el Su declara con Arriba, y el Giu con Abaxo: sí declaro por cierto, dixo el autor, porque eſas ſon ſus propias correſpondencias. Oſaré yo jurar, dixo Don Quixote, que no es vueſa merced conocido en el mundo, enemigo ſiempre de premiar los floridos ingenios, ni los loables trabajos: que de habilidades ay perdidas por ay! que de ingenios arrinconados! que de virtudes menoſpreciadas! pero con todo eſto me parece, que el traducir de una lengua en otra, como no ſea de las Reinas de las lenguas, Griega, y Latina, es como quien mira los tapices Flamencos por el rebes, que aunque ſe veen las figuras, ſon llenas de hilos, que las eſcurecen, y no ſe veen con la liſura, y tez de la haz; y el traducir de lenguas faciles, ni arguye ingenio, ni elocucion, como no le arguye él que traſlada, ni él que copia un papel de otro papel, y no por eſto quiero inferir que no ſea loable eſte exercicio del traducir, porque en otras coſas peores ſe podría ocupar el hombre, y que menos provecho le truxeſen. Fuera deſta cuenta van los dos famoſos traductores, el uno el Doctor Chriſtoval de Figueroa en ſu Paſtor Fido, y el otro Don Juan de Xaurigui en ſu Aminta, donde felizmente ponen en duda, qual es la traducion, ó qual el original: Pero digame vueſa merced, eſte libro imprimeſe por ſu cuenta, ó tiene ya vendido el

privilegio

privilegio à algun librero? Por mi cuenta lo imprimo, reſpondió el autor, y pienſo ganar mil ducados por lo menos con eſta primera impreſion, que ha de ſer de dos mil cuerpos, y ſe han de deſpachar á ſeis reales cada uno, en daca las pajas. Bien eſtá vueſa merced en la cuenta, reſpondió Don Quixote: bien parece, que no ſabe las entradas, y ſalidas de los Impreſores, y las correſpondencias que ay de unos á otros: yo le prometo, que quando ſe vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido ſu cuerpo, que ſe eſpante, y mas ſi el libro es un poco avieſo, y no nada picante. Pues que, dixo el autor, quiere vueſa merced, que ſe lo dé á un Librero, que me dé por el privilegio tres maravedis, y aun pienſa que me hace merced en darmelos? yo no imprimo mis libros, para alcanzar fama en el mundo, que ya en el ſoy conocido por mis obras, provecho quiero, que ſin el no vale un quatrin la buena fama. Dios le dé á vueſa merced buena manderecha, reſpondió Don Quixote, y paſó adelante á otro caxon, donde vió que eſtavan corrigiendo un pliego de un libro, que ſe intitulava Luz del Alma, y en viendole, dixo: eſtos tales libros, aunque ay muchos deſte genero, ſon los que ſe deven imprimir, porque ſon muchos los pecadores que ſe uſan, y ſon meneſter infinitas luces para tantos deſalumbrados. Paſó adelante, y vió que aſimiſmo eſtavan corrigiendo otro libro, y preguntando ſu titulo, le reſpondieron que ſe llamava la ſegunda parte del Ingenioſo Hidalgo Don Quixote de la Mancha, compueſta por un tal vecino de Tordeſillas. Ya yo tengo noticia deſte libro, dixo Don Quixote, y en verdad, y en mi conciencia que penſé que ya eſtava quemado, y hecho polvos por impertinente: pero ſu San Martin ſe le llegará como á cada puerco, que las hiſtorias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables, quanto ſe llegan á la verdad, ó la ſemejanza della; y las verdaderas tanto ſon mejores, quanto ſon mas verdaderas, y diciendo

endo eſto, con mueſtras de algun deſpecho ſe ſalió de la Emprenta, y aquel miſmo dia ordenó Don Antonio de llevarle á ver las galeras, que en la playa eſtavan de que Sancho ſe regocijó mucho, á cauſa, que en ſu vida las avia viſto. Aviſó Don Antonio al Quatralvo de las galeras, como aquella tarde avia de llevar á verlas á ſu hueſped el famoſo Don Quixote de la Mancha, de quien ya el Quatralvo, y todos los vecinos de la ciudad tenían noticia, y lo que le ſucedió en ellas ſe dirá en el ſiguiente capitulo.

Cap. LXIII. De lo mal que le avino á Sancho Panza con la viſita de las galeras, y la nueva Aventura de la hermoſa Moriſca.

GRandes eran los diſcurſos que Don Quixote hacía ſobre la reſpueſta de la encantada cabeza, ſin que ninguno dellos dieſe en el embuſte, y todos paravan con la promeſa, que él tuvo por cierto, del deſencanto de Dulcinea, alli iva y venia, y ſe alegrava entre sí miſmo, creyendo, que avia de ver preſto ſu cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecia el ſer Governador, como queda dicho, toda via deſeava bolver á mandar, y á ſer obedecido, que eſta mala ventura trae conſigo el mando, aunque ſea de burlas. En reſolucion aquella tarde Don Antonio Moreno ſu hueſped, y ſus dos amigos, con Don Quixote, y Sancho fueron á las galeras, el Quatralvo, que eſtava aviſado de ſu buena venida, por ver á los dos tan famoſos Quixote y Sancho: á penas llegaron á la marina, quando todas las galeras abatieron tienda, y ſonaron las chirimias, arrojaron luego el eſquife al agua, cubierto de ricos tapetes, y de almohadas de terciopelo carmeſi, y en poniendo, que puſo los pies en el Don Quixote, diſparó la Capitana el cañon de cruxia,

y las

y las otras galeras hicieron lo miſmo, y al ſubir Don Quixote por la eſcala derecha, toda la chuſma le ſaludó como es uſanza, quando una perſona principal entra en la galera, diciendo: Hu, hu, hu, tres veces, dióle la mano el General, que con eſte nombre le llamaremos, que era un principal Cavallero Valenciano, abrazó á Don Quixote, diciendole: eſte dia ſeñalare yo con piedra blanca, por ſer uno de los mejores que pienſo llevar en mi vida, aviendo viſto al ſeñor Don Quixote de la Mancha, tiempo, y ſeñal que nos mueſtra que en el ſe encierra, y cifra todo el valor del Andante Cavalleria. Con otras no menos corteſes razones le reſpondió Don Quixote, alegre ſobre manera, de verſe tratar tan á lo Señor.

Entraron todos en la popa, que eſtava muy bien aderezada, y ſentaronſe por los bandines, paſóſe él Comitre en cruxia, y dió ſeñal con el pito, que la chuſma hicieſe fuera ropa, que ſe hizo en un inſtante. Sancho, que vió tanta gente en cueros, quedó paſmado, y mas quando vió hacer tienda con tanta prieſa, que á él le pareció, que todos los diablos andavan alli trabajando: pero eſto todo fueron tortas, y pan pintado, para lo que aora diré. Eſtava Sancho ſentado ſobre el eſtanterol junto al eſpaldar de la mano derecha, el qual ya aviſado de lo que avia de hacer, aſió de Sancho, y levantandole en los brazos toda la chuſma, pueſta en pie, y alerta, comenzando de la derecha vanda, le fue dando, y bolteando ſobre los brazos de la chuſma, de banco en banco, con tanta prieſa, que el pobre Sancho perdió la viſta de los ojos, y ſin duda penſó, que los miſmos demonios le llevavan, y no pararon con él, haſta bolverle por la ſinieſtra vanda, y ponerle en la popa: quedó el pobre molido, y jadeando, y traſudando, ſin poder imaginar que fue lo que ſucedido le avia. Don Quixote que vió el buelo ſin alas de Sancho, preguntó al General, ſi eran ceremonias aquellas, que ſe uſavan con los primeros que entravan en las galeras, porque ſi á caſo

caſo lo fueſe, él, que no tenía intencion de profeſar en ellas, no queria hacer ſemejantes exercicios, y que votava á Dios, que ſi alguno llegava á aſirle, para boltearle, que le avia de ſacar el alma á puntillazos, y diciendo eſto ſe levantó en pie, y empuñó la eſpada. A eſte inſtante abatieron tienda, y con grandiſimo ruido dexaron caer la entena de alto abaxo: penſó Sancho que el cielo ſe deſencaxava de ſus quicios, y venia á dar ſobre ſu cabeza, y agoviandola, lleno de miedo la puſo entre las piernas; no las tuvo todas conſigo Don Quixote, que tambien ſe eſtremeció, y encogió de ombros, y perdió la color de roſtro: la chuſma hizó la entena con la miſma prieſa, y ruido, que la avian amainado, y todo eſto callando, como ſino tuvieran voz, ni aliento; hizo ſeñal el Comitre, que zarpaſen el ferro, y ſaltando en mitad de la cruxia con el corbacho, ó rebenque, comenzó á moſquear las eſpaldas de la chuſma, y alargarſe poco á poco á la mar. Quando Sancho vió á una moverſe tantos pies colorados, que tales penſó él que eran los remos, dixo entre sí: Eſtas sí ſon verdaderamente coſas encantadas, y no las que mi Amo dice: que han hecho eſtos deſdichados, que anſi los azotan, y como eſte hombre ſolo, que anda por aquí ſilvando, tiene atrevimiento para azotar á tanta gente? Aora yo digo, que eſte es infierno, ó per lo menos el purgatorio. Don Quixote que vió la atencion con que Sancho mirava lo que paſava, le dixo: A Sancho amigo! y con que brevedad, y quan á poca coſta os podiades vos, ſi quiſieſedes, deſnudar de medio cuerpo arriba, y poneros entre eſtos ſeñores, y acabar con el deſencanto de Dulcinea, pues con la miſeria, y pena de tantos, no ſentiriades vos mucho la vueſtra: y mas que podría ſer, que el ſabio Merlin tomaſe en cuenta cada azote deſtos, por ſer dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os aveis de dar.

Preguntar queria el General, que azotes eran aquellos, ó que deſencanto de Dulcinea: quando dixo el marinero, ſeñal hace Monjui, de que ay baxel de remos en la coſta por la vanda del Poniente. Eſto oido ſaltó el General en la cruxia, y dixo: Ea, hijos, no ſe nos vaya, algun vergantin de coſarios de Argel deve de ſer eſte, que la atalaya nos ſeñala. Llegaronſe luego las otras tres galeras á la Capitana, á ſaber lo que ſe les ordenava: mandó el General, que las dos ſalieſen á la mar, y él con la otra iría tierra á tierra, porque anſi el baxel no ſe les eſcaparía. Apretó la chuſma los remos, impeliendo las galeras con tanta furia, que parecia que volavan: las que ſalieron á la mar á obra de dos millas deſcubrieron un baxel, que con la viſta le marcaron por de haſta catorce, ó quince bancos, y así era la verdad; el qual baxel, quando deſcubrió las galeras, ſe puſo en caza, con intencion, y eſperanza de eſcaparſe por ſu ligereza: pero avinole mal, porque la galera Capitana era de los mas ligeros baxeles que en la mar navegavan, y así le fue entrando, que claramente los del vergantin conocieron, que no podían eſcaparſe, y así el Arraez quiſiera, que dexaran los remos, y ſe entregaron, por no irritar á enojo al Capitan, que nueſtras galeras regia: pero la ſuerte, que de otra manera lo guiava, ordenó, que ya que la Capitana llegava tan cerca, que podían los del baxel oir las voces que deſde ella les decian, que ſe rindieſen; dos Toraquis, que es como decir dos Turcos borrachos, que en el vergantin venian con eſtos doce diſpararon dos eſcopetas, con que dieron muerte á dos ſoldados, que ſobre nueſtras arrumbadas venian. Viendo lo qual juró el General de no dexar con vida á todos quantos en el baxel tomaſe, y llegando á enveſtir con toda furia ſe le eſcapó por debaxo de la palamenta; paſó la galera adelante un buen trecho, los del baxel ſe vieron perdidos, hicieron vela en tanto que la galera bolvia, y de nuevo á vela, y á remo ſe puſieron

en

en caza: pero no les aprovechó ſu diligencia tanto, como les dañó ſu atrevimiento, porque alcanzandoles la Capitana á poco mas de media milla, les echó la palamenta encima, y los cogió vivos á todos. Llegaron en eſto las otras dos galeras, y todas quatro con la preſa bolvieron á la playa, donde infinita gente los eſtava eſperando, deſeoſos de ver lo que traya: dió fondo el General cerca de tierra, y conoció, que eſtava en la marina el Virrey de la ciudad: mandó echar el eſquife para traerle, y mandó amainar la entena, para ahorcar luego luego al Arraez, y á los demas Turcos que en el baxel avia cogido, que ſerían haſta treinta y ſeis perſonas; todos gallardos, y los mas eſcopeteros Turcos. Preguntó el General, quien era el Arraez del vergantin, y fuele reſpondido por uno de los cautivos en lengua Caſtellana (que deſpues pareció ſer renegado Eſpañol) eſte mancebo, ſeñor, que aquí vees, es nueſtro Arraez; y moſtróle uno de los mas bellos, y gallardos mozos, que pudiera pintar la humana imaginacion. La edad (al parecer) no llegava á veinte años, preguntóle el General: Dime, mal aconſejado perro, quien te movió á matarme mis ſoldados, pues veyas ſer impoſible el eſcaparte, eſe reſpeto ſe guarda á las Capitanas? no ſabes tú que no es valentia la temeridad? las eſperanzas dudoſas han de hacer á los hombres atrevidos: pero no temerarios. Reſponder queria el Arraez, pero no pudo el General por entonces oír la reſpueſta, por acudir á recebir al Virrey, que ya entrava en la galera, con el qual entraron algunos de ſus criados, y algunas perſonas del pueblo. Buena ha eſtado la caza, Señor General, dixo el Virrey. Y tan buena, reſpondió el General, qual la verá vueſtra Excelencia agora colgada de eſta entena. Como anſi? replicó el Virrey. Porque me han muerto, reſpondió el General, contra toda ley, y contra toda razon, y uſanza de guerra, dos ſoldados de los mejores que en eſtas galeras venian, y yo he jurado de ahorcar á quantos he cautivado,

tivado, principalmente á eſte mozo, que es el Arraez del vergantin, y enſeñóle al que ya tenía atadas las manos, y echado el cordel á la garganta, eſperando la muerte. Miróle el Virrey, y viendole tan hermoſo, y tan gallardo, y tan humilde, dandole en aquel inſtante una carta de recomendacion ſu hermoſura, le vinó deſeo de eſcuſar ſu muerte, y así le preguntó: Dime, Arraez, eres Turco de nacion, ó Moro, ó renegado? A lo qual el mozo reſpondió en lengua así miſmo Caſtellana: Ni ſoy Turco de nacion, ni Moro, ni renegado. Pues que eres? replicó el Virrey. Muger Chriſtiana, reſpondió el mancebo. Muger, y Chriſtiana, y en tal trage, y en tales paſos! mas es coſa para admirarla, que para creerla. Suſpended, dixo el mozo, ó ſeñores, la execucion de mi muerte, que no ſe perderá mucho en que ſe dilate vueſtra venganza, en tanto que yo os cuente mi vida. Quien fuera él de corazon tan duro, que con eſtas razones no ſe ablandara, ó alomenos haſta oir las que el triſte y laſtimado mancebo decir queria? El General le dixo, que dixeſe lo que quiſieſe: pero que no eſperaſe alcanzar perdon de ſu conocida culpa. Con eſta licencia el mozo comenzó á decir deſta manera: De aquella nacion mas deſdichada, que prudente, ſobre quien ha llovido eſtos dias un mar de deſgracias, nací yo, de Moriſcos padres engendrada, en la corriente de ſu deſventura fuy yo por dos tios mios llevada á Berberia, ſin que me aprovechaſe decir que era Chriſtiana, como en efecto lo ſoy, y no de las fingidas, ni aparentes, ſino de las verdaderas, y Catolicas: no me valió con los que tenían á cargo nueſtro miſerable deſtierro, decir eſta verdad, ni mis tios quiſieron creerla, antes la tuvieron por mentira, y por invencion, para quedarme en la tierra, donde avia nacido, y así por fuerza, mas que por grado me truxeron configo: tuve una madre Chriſtiana, y un padre diſcreto, y Chriſtiano ni mas ni menos: mamé la fé Catolica en la leche,

leche, criéme con buenas coſtumbres, ni en la lengua, ni en ellas jamas á mi parecer dí ſeñales de ſer Moriſca, al par y al paſo deſtas virtudes (que yo creo, que lo ſon) creció mi hermoſura, ſi es que tengo alguna, y aunque mi recato, y mi encerramiento fue mucho, no devió de ſer tanto, que no tuvieſe lugar de verme un mancebo Cavallero, llamado Don Gaſpar Gregorio, hijo mayorazgo de un Cavallero que junto á nueſtro lugar otro ſuyo tiene; como me vió, como nos hablamos, como ſe vió perdido por mí, y como yo no muy ganada por él, ſería largo de contar, y mas en tiempo que eſtoy temiendo que entre la lengua, y la garganta, ſe ha de atraveſar el riguroſo cordel que me amenaza, y así ſolo diré, como en nueſtro deſtierro quiſo acompañarme Don Gregorio: mezclóſe con los Moriſcos que de otros lugares ſalieron, porque ſabia muy bien la lengua, y en el viage ſe hizo amigo de dos tios mios, que conſigo me trayan, porque mi padre prudente y prevenido, así como oyó el primer vando de nueſtro deſtierro, ſe ſalió del lugar, y ſe fue á buſcar alguno en los Reinos eſtraños, que nos acogieſe; dexó encerradas, y enterradas en una parte, de quien yo ſola tengo noticia, muchas perlas, y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados, y doblones de oro; mandóme que no tocaſe al teſoro que dexava en ninguna manera, ſi á caſo antes que él bolvieſe nos deſterravan. Hicelo así, y con mis tios (como tengo dicho) y otros parientes, y allegados paſamos á Berberia, y el lugar, donde hicimos aſiento, fue en Argel, como ſi le hicieramos en el miſmo infierno. Tuvo noticia el Rey de mi hermoſura, y la fáma ſe la dió de mis riquezas, que en parte fue ventura mia. Llamóme ante sí, preguntóme de que parte de Eſpaña era, y que dineros, y que joyas traya: dixele el lugar, y que las joyas, y dineros quedavan en el enterrados: pero que con facilidad ſe podrían cobrar ſi yo miſma bolvieſe por ellos. Todos eſto le dixe, temeroſa de que no le

cegaſe

cegaſe mi hermoſura, ſino ſu codicia. Eſtando conmigo en eſtas platicas, le llegaron á decir, como venia conmigo uno de los mas gallardos, y hermoſos mancebos que ſe podia imaginar; luego entendí, que lo decian por Don Gaſpar Gregorio, cuya belleza ſe dexa atras las mayores que encarecerſe pueden. Turbéme, conſiderando el peligro que Don Gregorio corria, porque entre aquellos Barbaros Turcos en mas ſe tiene, y eſtima un mochacho, ó mancebo hermoſo, que una muger por belliſima que ſea. Mandó luego el Rey, que ſe le truxeſen alli delante para verle, y preguntóme, ſi era verdad lo que de aquel mozo le decian, entonces yo, caſi como prevenida del cielo, le dixe, que sí era: pero que le hacía ſaber que no era varon, ſino muger como yo, y que le ſuplicava me la dexaſe ir á veſtir en ſu natural trage, para que de todo en todo moſtraſe ſu belleza, y con menos empacho pareciеſe ante ſu preſencia. Dixome, que fueſe en buena hora, y que otro dia hablariamos en el modo que ſe podia tener, para que yo bolvieſe á Eſpaña á ſacar el eſcondido teſoro: hablé con Don Gaſpar, contéle el peligro que corria el moſtrar ſer hombre, veſtíle de Mora, y aquella meſma tarde le truxe á la preſencia del Rey, el qual, en viendole, quedó admirado y hizo deſignio de guardarla para hacer preſente della al Gran Señor, y por huir del peligro que en el Serrallo de ſus mugeres podia tener, y temer de sí miſmo, la mandó poner en caſa de unas principales Moras que la guardaſén, y la ſirvieſen, adonde le llevaron luego: lo que los dos ſentimos (que no puedo negar que no le quiero) ſe dexe á la conſideracion de los que ſe apartan, ſi bien ſe quieren: dió luego traza el Rey de que yo bolvieſe a Eſpaña en eſte vergantin, y que me acompañaſen dos Turcos de nacion, que fueron los que mataron vueſtros ſoldados; vinó tambien conmigo eſte renegado Eſpañol, ſeñalando al que avia hablado primero, del qual ſé yo bien que es Chriſtiano encubierto, y

que

que viene con mas deſeo de quedarſe en Eſpaña, que de bolver á Berberia; la demas chuſma del vergantin ſon Moros, y Turcos, que no ſirven de mas que de vogar al remo: los dos Turcos codicioſos, é inſolentes, ſin guardar el orden que trayamos, de que á mí, y á eſte renegado en la primera parte de Eſpaña en habito de Chriſtianos (de que venimos proveidos) nos echaſen en tierra, primero quiſieron barrer eſta coſta, y hacer alguna preſa ſi pudieſen, temiendo, que ſi primero nos echavan en tierra, por algun acidente que á los dos nos ſucedieſe, podriamos deſcubrir, que quedava el vergantin en la mar, y ſi á caſo huvieſe galeras por eſta coſta los tomaſen, á noche deſcubrimos eſta playa, y ſin tener noticia deſtas quatro galeras, fuimos deſcubiertos, y nos ha ſucedido lo que aveis viſto. En reſolucion Don Gregorio queda en habito de muger entre mugeres, con manifieſto peligro de perderſe, y yo me veo atadas las manos eſperando, ó por mejor decir, temiendo perder la vida, que ya me canſa. Eſte es, ſeñores, el fin de mi lamentable hiſtoria, tan verdadera como deſdichada, lo que os ruego es, que me dexeis morir como Chriſtiana (pues como ya he dicho) en ninguna coſa he ſido culpante de la culpa en que los de mi nacion han caido: y luego calló, preñados los ojos de tiernas lagrimas, á quien acompanaron muchas de los que preſentes eſtavan. El Virrey tierno y compaſivo ſin hablarle palabra ſe llegó á ella, y le quitó con ſus manos el cordel, que las hermoſas de la Mora ligava. En tanto pues que la Moriſca Chriſtiana ſu peregrina hiſtoria tratava, tuvo clavados los ojos en ella un anciano peregrino, que entró en la galera, quando entró el Virrey, y á penas dió fin á ſu platica la Moriſca, quando él ſe arrojó á ſus pies, y abrazado dellos, con interrumpidas palabras de mil ſollozos, y ſuſpiros, le dixo: O Ana Felix, deſdichada hija mia, yo ſoy tu padre Ricote, que bolvia á buſcarte, por no poder vivir ſin tí, que eres mi alma; á cuyas palabras

bras abrió los ojos Sanchó, y alzó la cabeza (que inclinada tenía, penſando en la deſgracia de ſu paſeo) y mirando al peregrino, conoció ſer el miſmo Ricote, que topó el dia que ſalió de ſu Govierno, y confirmóſe, que aquella era ſu hija, la qual ya deſatada abrazó á ſu padre, mezclando ſus lagrimas con las ſuyas, el qual dixo al General, y al Virrey: eſta, ſeñores, es mi hija, mas deſdichada en ſus ſuceſos, que en ſu nombre, Ana Felix ſe llama, con el ſobre nombre de Ricote, famoſa tanto por ſu hermoſura, como por mi riqueza, yo ſalí de mi patria á buſcar en Reinos eſtraños, quien nos albergaſe, y recogieſe, y aviendole hallado en Alemania, bolví en eſte habito de peregrino, en compañia de otros Alemanes á buſcar mi hija, y á deſenterrar muchas riquezas que dexé eſcondidas, no hallé á mi hija, hallé el teſoro que conmigo traigo, y agora por el eſtraño rodeo que aveis viſto, he hallado el teſoro, que mas me enriquece, que es á mi querida hija: ſi nueſtra poca culpa, y ſus lagrimas, y las mias, por la integridad de vueſtra juſticia, pueden abrir puertas á la miſericordia, uſadla con noſotros, que jamas tuvimos penſamiento de ofenderos, ni convenimos en ningun modo con la intencion de los nueſtros, que juſtamente han ſido deſterrados. Entonces dixo Sancho, bien conozco á Ricote, y ſé que es verdad lo que dice, en quanto á ſer Ana Felix ſu hija, que en eſotras zarandajas de ir y venir, tener buena, ó mala intencion, no me entremeto. Admirados del eſtraño caſo todos los preſentes, el General dixo: una por una vueſtras lagrimas no me dexarán cumplir mi juramento, vivid, hermoſa Ana Felix, los años de vida que os tiene determinados el cielo, y lleven la pena de ſu culpa los inſolentes, y atrevidos, que la cometieron, y mandó luego ahorcar de la entena á los dos Turcos, que á ſus dos ſoldados avian muerto: pero el Virrey le pidió encarecidamente no los ahorcaſe, pues mas locura que valentia avia ſido la ſuya. Hizo el General lo

que

que el Virrey le pedia, porque no ſe executan bien las venganzas á ſangre elada: procuraron luego dar traza de ſacar á Don Gaſpar Gregorio del peligro en que quedava. Ofreció Ricote para ello mas de dos mil ducados, que en perlas y en joyas tenía, dieronſe muchos medios: pero ninguno fue tal, como el que dió el Renegado Eſpañol, que ſe ha dicho, el qual ſe ofreció de bolver á Argel en algun barco pequeño, de haſta ſeis bancos, armado de remeros Chriſtianos, porque él ſabia donde, como, y quando podia, y devia deſembarcar, y así miſmo no ignorava la caſa donde Don Gaſpar quedava. Dudaron el General, y el Virrey, el fiarſe del Renegado, ni confiar de los Chriſtianos que avian de vogar el remo. Fióle Ana Felix, y Ricote ſu padre dixo que ſalia á dar el reſcate de los Chriſtianos, ſi á caſo ſe perdieſen. Firmados pues en eſte parecer, ſe deſembarcó el Virrey, y Don Antonio Moreno ſe llevó conſigo á la Moriſca, y á ſu padre, encargandole el Virrey, que los regalaſe, y acariciaſe, quanto le fueſe poſible, que de ſu parte le ofrecia, lo que en ſu caſa huvieſe para ſu regalo. Tanta fue la benevolencia, y caridad, que la hermoſura de Ana Felix infundió en ſu pecho.

Cap. LXIV. Que trata de la Aventura que mas peſadumbre dió á Don Quixote de quantas haſta entonces le avian ſucedido.

LA muger de Don Antonio Moreno, cuenta la Hiſtoria, que recibió grandiſimo contento de ver á Ana Felix en ſu caſa, recibióla con mucho agrado, así enamorada de ſu belleza, como de ſu diſcrecion, porque en lo uno, y en lo otro era eſtremada la Moriſca: y toda la gente de la ciudad, como á campana tañida, venian á verla: dixo Don Quixote á Don Antonio, que el parecer que avian tomado en la libertad de Don Gregorio, no era bueno, porque tenía mas de peligroſo, que de conveniente, y que ſería mejor, que le puſieſen á él en Berberia con ſus armas y cavallo, que él le ſacaría á peſar de toda la Moriſma, como avia hecho Don Gaiferos á ſu eſpoſa Meliſendra. Advierta vueſa merced, dixo Sancho, oyendo eſto, que el ſeñor Don Gaiferos ſacó á ſu eſpoſa de tierra firme, y la llevó á Francia por tierra firme: pero aquí, ſi á caſo ſacamos á Don Gregorio, no tenemos por donde traerle á Eſpaña, pues eſtá la mar en medio. Para todo ay remedio, ſino es para la muerte, reſpondió Don Quixote, pues llegando el barco á la marina, nos podremos embarcar en el; aunque todo el mundo lo impida. Muy bien lo pinta, y facilita vueſa merced, dixo Sancho, pero del dicho al hecho ay gran trecho: y yo me atengo al Renegado, que me parece muy hombre de bien, y de muy buenas entrañas. Don Antonio dixo, que ſi el Renegado no ſalieſe bien del caſo, ſe tomaría el eſpediente, de que el gran Don Quixote paſaſe en Berberia: de alli á dos dias partió el Renegado en un ligero barco de ſeis remos por vanda, armado de valentiſima chuſma,

ma, y de alli á otros dos ſe partieron las galeras á Levante, aviendo pedido el General al Viſorrey fueſe ſervido de aviſarle de lo que ſucedieſe en la libertad de Don Gregorio, y en el caſo de Ana Felix: quedó el Viſorrey de hacerlo así, como ſe lo pedia.

Y una mañana ſaliendo Don Quixote á paſearſe por la playa armado de todas ſus armas, porque como muchas veces decia, ellas eran ſus arreos, y ſu deſcanſo el pelear, y no ſe hallava ſin ellas un punto, vió venir hácia él un Cavallero, armado asimiſmo de punta en blanco, que en el eſcudo traya pintada una Luna reſplandeciente, el qual llegandoſe á trecho, que podia ſer oido, en altas voces, encaminando ſus razones á Don Quixote, dixo: Inſigne Cavallero, y jamas, como ſe deve, alabado Don Quixote de la Mancha, yo ſoy el Cavallero de la Blanca Luna, cuyas inauditas hazañas quiza te le avrán traido á la memoria: vengo á contender contigo, y á provar la fuerza de tus brazos, en razon de hacerte conocer, y confeſar, que mi dama, ſea quien fuere, es ſin comparacion mas hermoſa que tu Dulcinea del Toboſo: la qual verdad, ſi tu la confieſas de llano en llano, eſcuſarás tu muerte, y el trabajo que yo he de tomar en dartela, y ſi tú peleares, y yo te venciere, no quiero otra ſatisfacion, ſino que dexando las armas, y abſteniendote de buſcar aventuras, te recojas, y retires á tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir, ſin echar mano á la eſpada, en paz tranquila, y en provechoſo ſoſiego: porque así conviene al aumento de tu hacienda, y á la ſalvacion de tu alma: y ſi tú me vencieres, quedará á tu diſcrecion mi cabeza, y ſerán tuyos los deſpojos de mis armas, y cavallo, y paſará a la tuya la fama de mis hazañas: mira lo que te eſtá mejor, y reſpondeme luego: porque oy todo el dia traigo de termino para deſpachar eſte negocio. Don Quixote quedó ſuſpenſo, y atonito, así de la arrogancia del Cavallero de la blanca Luna, como de la cauſa, porque

le desafiava: y con reposo, y ademan severo le respondió: Cavallero de la Blanca Luna, cuyas hazañas hasta agora no han llegado á mi noticia, yo osaré jurar, que jamas aveis visto á la illustre Dulcinea, que si visto la huvierades, yo sé, que procurarades no poneros en esta demanda, porque su vista os desengañará, de que no ha avido ni puede aver belleza, que con la suya compararse pueda: y así, no diciendoos, que mentis, sino que no acertais en lo propuesto, con las condiciones, que aveis referido, aceto vuestro desafio, y luego, porque no se pase el dia que traeis determinado, y solo exceto de las condiciones la de que se pase á mí la fama de vuestras hazañas, porque no sé quales, ni que tales sean, con las mias me contento, tales quales ellas son: tomad pues la parte del Campo, que quisieredes, que yo haré lo mismo, y á quien Dios se la diere, San Pedro se la bendiga. Avian descubierto de la ciudad al Cavallero de la blanca Luna, y dichoselo al Visorrey, que estava hablando con Don Quixote de la Mancha. El Visorrey, creyendo sería alguna nueva aventura fabricada por Don Antonio Moreno, ó por otro algun Cavallero de la ciudad, salió luego á la playa con Don Antonio, y con otros muchos Cavalleros, que le acompañavan, á tiempo, quando Don Quixote bolvia las riendas á Rozinante, para tomar del campo lo necesario: viendo pues el Visorrey que davan los dos señales de bolverse á encontrar, se puso en medio, preguntandoles, que era la causa, que les movia á hacer tan de improviso batalla. El Cavallero de la Blanca Luna, respondió, que era precedencia de hermosura, y en breves razones le dixo las mismas, que avia dicho á Don Quixote con la aceptacion de las condiciones del desafio hechas por entrambas partes. Llegóse el Visorrey á Don Antonio, y preguntóle paso: Si sabia quien era el tal Cavallero de la blanca Luna, ó si era alguna burla, que querian hacer á Don Quixote. Don Antonio le respondió: Que,

Que, ni ſabia quien era, ni ſi era de burlas, ni de veras el tal deſafio. Eſta reſpueſta tuvo perplexo al Viſorrey en ſi les dexaría, ó no paſar adelante en la batalla: pero no pudiendoſe perſuadir á que fueſe ſino burla, ſe apartó, diciendo: Señores Cavalleros, ſi aquí no ay otro remedio, ſino confeſar, ó morir, y el Señor Don Quixote eſtá en ſus trece, y vueſa merced él de la Blanca Luna en ſus catorce, á la mano de Dios, y denſe. Agradeció él de la Blanca Luna con corteſes, y diſcretas razones al Viſorrey la licencia que ſe les dava, y Don Quixote hizo lo miſmo, el qual, encomendandoſe al cielo de todo corazon, y á ſu Dulcinea (como tenía de coſtumbre al comenzar de las batallas, que ſe le ofrecian) tornó á tomar otro poco mas del campo, porque vió, que ſu contrario hacía lo miſmo, y ſin tocar trompeta, ni otro inſtrumento belico que les dieſe ſeñal de arremeter, bolvieron entrambos á un miſmo punto las riendas á ſus cavallos, y como era mas ligero él de la Blanca Luna, llegó á Don Quixote á dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan poderoſa fuerza, ſin tocarle con la lanza, que la levantó, al parecer, de propoſito, que dió con Rozinante, y con Don Quixote por el ſuelo una peligroſa caida; fue luego ſobre él, y poniendole la lanza ſobre la viſera, le dixo: Vencido ſois, Cavallero, y aun muerto, ſino confeſais las condiciones de nueſtro deſafio. Don Quixote molido, y aturdido, ſin alzarſe la viſera, como ſi hablara dentro de una tumba, con voz debilitada, y enferma, dixo: Dulcinea del Toboſo es la mas hermoſa muger del mundo, y yo el mas deſdichado Cavallero de la tierra, y no es bien, que mi flaqueza defraude eſta verdad: aprieta Cavallero la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra: Eſo no haré yo por cierto, dixo él de la Blanca Luna: viva, viva en ſu entereza la fama de la hermoſura de la Señora Dulcinea del Toboſo, que ſolo me contento con que el gran Don Quixote ſe retire á ſu lugar un año, ó

haſta

haſta el tiempo, que por mí le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en eſta batalla. Todo eſto oyeron el Viſorrey, y Don Antonio con otros muchos que alli eſtavan, y oyeron asimiſmo, que Don Quixote reſpondió, que como no le pidieſe coſa que fueſe en perjuicio de Dulcinea, todo lo demas cumpliría como Cavallero puntual, y verdadero.

Hecha eſta confeſion bolvió las riendas él de la Blanca Luna, y haciendo meſura con la cabeza al Viſorrey, á medio galope ſe entró en la ciudad: mandó el Viſorrey á Don Antonio, que fueſe tras él, y que en todas maneras ſupieſe quien era. Levantaron á Don Quixote, deſcubrieronle el roſtro, y hallaronle ſin color, y traſudando. Rozinante, de puro mal parado, no ſe pudo mover por entonces. Sancho todo triſte, todo apeſarado no ſabia, que decirſe, ni que hacerſe, pareciale, que todo aquel ſuceſo paſava en ſueños, y que toda aquella maquina era coſa de encantamento: veya á ſu ſeñor rendido, y obligado á no tomar armas en un año: imaginava la luz de la gloria de ſus hazañas eſcurecida, las eſperanzas de ſus nuevas promeſas deſhechas, como ſe deſhace el humo con el viento: temia, ſi quedaría, ó no contrecho Rozinante, ó deſlocado ſu Amo, que no fuera poca ventura, ſi deſlocado quedara: finalmente con una ſilla de manos, que mandó traer el Viſorrey, le llevaron á la ciudad, y el Viſorrey ſe bolvió tambien á ella con deſeo de ſaber, quien fueſe el Cavallero de la Blanca Luna, que de tan mal talante avia dexado á Don Quixote.

Cap. LXV. Donde ſe da noticia, quien era él de la Blanca Luna, con la libertad de Don Gregorio, y de otros ſuceſos.

SIguió Don Antonio Moreno al Cavallero de la Blanca Luna; y ſiguieronle tambien, y aun perſiguieronle muchos muchachos, haſta que le cerraron en un meſon dentro de la ciudad: entró el Don Antonio con deſeo de conocerle: ſalió un Eſcudero á recebirle, y á deſarmarle: encerróſe en una ſala baxa, y con él Don Antonio, que no ſe le cocia el pan, haſta ſaber quien fueſe. Viendo pues él de la Blanca Luna, que aquel Cavallero no le dexava, le dixo: Bien ſé, ſeñor, á lo que venis, que es á ſaber, quien Soy, y porque no ay para que negaroſlo, en tanto que eſte mi criado me deſarme, os lo diré, ſin faltar un punto á la verdad del caſo: Sabed, Señor, que á mí me llaman el Bachiller Sanſon Carraſco, ſoy del miſmo lugar de Don Quixote de la Mancha, cuya locura, y ſandez mueve, á que le tengamos laſtima todos quantos le conocemos, y entre los, que mas ſe la han tenido, he ſido yo, y creyendo, que eſtá ſu ſalud en ſu repoſo, y en que ſe eſté en ſu tierra, y en ſu caſa, dí traza para hacerle eſtar en ella, y así avra tres meſes que le ſalí al camino como Cavallero Andante, llamandome el Cavallero de los eſpejos, con intencion de pelear con él, y vencerle, ſin hacerle daño, poniendo por condicion de nueſtra pelea, que el vencido, quedaſe á diſcrecion del vencedor, y lo que yo penſava pedirle (porque ya le juzgava por vencido) era que ſe bolvieſe á ſu lugar, y que no ſalieſe del en todo un año, en el qual tiempo podria ſer curado: pero la ſuerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció á mí, y me derribó del cavallo, y así no tuvo

efecto

efecto mi penſamiento; él proſiguió ſu camino, y yo me bolví vencido, corrido, y molido de la caida, que fue ademas peligroſa: pero no por eſto ſe me quitó el deſeo de bolver á buſcarle, y á vencerle, como oy ſe ha viſto. Y como él es tan puntual en guardar las ordenes de la Andante Cavalleria, ſin duda alguna guardará la que le he dado en cumplimiento de ſu palabra. Eſto es, ſeñor, lo que paſa, ſin que tenga que deciros otra coſa alguna, ſuplicoos no me deſcubrais, ni le digais á Don Quixote quien ſoy, porque tengan efecto los buenos penſamientos mios, y buelva á cobrar ſu juicio un hombre que le tiene boniſimo, como le dexen las ſandeces de la Cavalleria. O Señor, dixo Don Antonio, Dios os perdone el agravio que aveis hecho á todo el mundo, en querer bolver cuerdo al mas gracioſo loco que ay en el. No veis, Señor, que no podrá llegar el provecho, que cauſe la cordura de Don Quixote, á lo que llega el guſto que da con ſus deſvarios: pero yo imagino, que toda la induſtria del Señor Bachiller no ha de ſer parte, para bolver cuerdo á un hombre tan rematadamente loco, y ſi no fueſe contra caridad diría, que nunca ſane Don Quixote: porque con ſu ſalud, no ſolamente perdemos ſus gracias, ſino las de Sancho Panza ſu Eſcudero, que qualquiera dellas puede bolver á alegrar á la miſma melancolia: con todo eſto callaré, y no le diré nada, por ver, ſi ſalgo verdadero en ſoſpechar, que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el Señor Carraſco. El qual reſpondió, que ya, una por una eſtava en buen punto aquel negocio, de quien eſperava feliz ſuceſo: y aviendoſe ofrecido Don Antonio de hacer lo que mas le mandaſe, ſe deſpidió del. Y hecho liar ſus armas ſobre un macho, luego al miſmo punto ſobre el cavallo con que entró en la batalla, ſe ſalió de la ciudad aquel miſmo dia, y ſe bolvió á ſu patria, ſin ſucederle coſa, que obligue á contarla en eſta verdadera Hiſtoria. Contó Don Antonio al Viſorrey todo lo que Carraſco

le

le avia contado, de lo que el Viſorrey no recibió mucho guſto, porque en el recogimiento de Don Quixote ſe perdia el que podian tener todos aquellos, que de ſus locuras tuvieſen noticia.

Seis dias eſtuvo Don Quixote en el lecho, marrido, triſte, penſativo, y mal acondicionado, yendo, y viniendo con la imaginacion en el deſdichado ſuceſo de ſu vencimiento: conſolavale Sancho, y entre otras razones le dixo: Señor mio, alce vueſa merced la cabeza, y alegreſe, ſi puede, y dé gracias al cielo, que ya que le derribó en la tierra, no ſalió con alguna coſtilla quebrada, y pues ſabe, que donde las dan, las toman, y que no ſiempre ay tocinos, donde ay eſtacas, dé una higa al Medico, pues no le ha meneſter, para que le cure en eſta enfermedad: bolvamonos á nueſtra caſa, y dexemonos de andar buſcando aventuras por tierras, y lugares, que no ſabemos, y ſi bien ſe conſidera, yo ſoy aquí el mas perdidoſo, aunque es vueſa merced el mas mal parado. Yo, que dexé con el Govierno los deſeos de ſer mas Governador, no dexé la gana de ſer Conde, que jamas tendrá efecto, ſi vueſa merced dexa de ſer Rey, dexando el exercicio de ſu Cavalleria, y así vienen á bolverſe en humo mis eſperanzas. Calla, Sancho, pues ves, que mi recluſion, y retirada no ha de paſar de un año, que luego bolveré á mis honrados exercicios, y no me ha de faltar Reino que gane, y algun Condado que darte. Dios lo oiga, dixo Sancho, y el pecado ſea ſordo, que ſiempre he oido decir que mas vale buena eſperanza, que ruin poſeſion. En eſto eſtavan, quando entró Don Antonio, diciendo con mueſtras de grandiſimo contento: Albricias, Señor Don Quixote, que Don Gregorio, y el Renegado, que fue por él, eſtá en la playa, que digo en la playa, ya eſtá en caſa del Viſorrey, y ſerá aquí al momento. Alegróſe algun tanto Don Quixote, y dixo: En verdad, que eſtoy por decir, que me holgara, que huviera ſucedido todo al reves, porque me obligara á paſar en Ber-

bèria, donde con la fuerza de mi brazo diera libertad, no ſolo á Don Gregorio, ſino á quantos Chriſtianos cautivos ay en Berberia: pero que digo, miſerable, no ſoy yo el vencido? No ſoy yo el derribado? No ſoy yo él que no puede tomar arma en un año? Pues que prometo? De que me alabo, ſi antes me conviene uſar de la rueca, que de la eſpada? Dexeſe deſo, Señor, dixo Sancho, viva la gallina, aunque con ſu pepita: que oy por tí, y mañana por mí: y en eſtas coſas de encuentros, y porrazos, no ay tomarles tiento alguno, pues él que oy cae, puede levantarſe mañana, ſino es, que ſe quiere eſtar en la cama (quiero decir) que ſe dexe deſmayar, ſin cobrar nuevos brios para nuevas pendencias: y levanteſe vueſa merced agora, para recebir á Don Gregorio, que me parece, que anda la gente alborotada, y ya deve de eſtar en caſa: y así era la verdad, porque aviendo ya dado cuenta Don Gregorio, y el Renegado al Viſorrey de ſu ida, y buelta, deſeoſo Don Gregorio de ver á Ana Felix, vinó con el Renegado á caſa de Don Antonio, y aunque Don Gregorio, quando le ſacaron de Argel, fue con habitos de muger, en el barco los trocó por los de un cautivo, que ſalió conſigo: pero en qualquiera que viniera moſtrara ſer perſona para ſer codiciada, ſervida, y eſtimada: porque era hermoſo ſobre manera; y la edad, al parecer, de diez, y ſiete, ó diez, y ocho años. Ricote, y ſu hija ſalieron á recebirle, el padre con lagrimas, y la hija con honeſtidad. No ſe abrazaron unos á otros, porque donde ay mucho amor, no ſuele aver demaſiada deſemboltura. Las dos bellezas juntas de Don Gregorio, y Ana Felix admiraron en particular á todos juntos los que preſentes eſtavan. El ſilencio fue alli él que habló por los dos amantes, y los ojos fueron las lenguas que deſcubrieron ſus alegres, y honeſtos penſamientos: contó el Renegado la induſtria, y medio que tuvo para ſacar á Don Gregorio: contó Don Gregorio los peligros,

y aprietos

y aprietos en que ſe avia viſto con las mugeres con quien avia quedado, no con largo razonamiento, ſino con breves palabras, donde moſtró, que ſu diſcrecion ſe adelantava á ſus años. Finalmente Ricote pagó, y ſatisfizo liberalmente, así al Renegado, como á los que avian vogado al remo. Reincorporóſe, y reduxoſe el Renegado con la Igleſia, y de miembro podrido bolvió limpio, y ſano con la penitencia, y el arrepentimiento. De alli á dos dias trató el Viſorrey con Don Antonio, que modo tendrían, para que Ana Felix, y ſu padre quedaſen en Eſpaña, pareciendoles, no ſer de inconveniente alguno, que quedaſen en ella hija tan Chriſtiana, y padre, al parecer, tan bien intencionado. Don Antonio ſe ofreció venir á la Corte á negociarlo, donde avia de venir forzoſamente á otros negocios: dando á entender, que en ella, por medio del favor, y de las dadivas, muchas coſas dificultoſas ſe acaban. No, dixo Ricote, que ſe halló preſente á eſta platica, ay que eſperar en favores, ni en dadivas: porque con el gran Don Bernardino de Velaſco, Conde de Salazar, á quien dió ſu Mageſtad cargo de nueſtra expulſion, no valen ruegos, no promeſas, no dadivas, no laſtimas: porque aunque es verdad, que él mezcla la miſericordia con la juſticia, como él vee, que todo el cuerpo de nueſtra nacion eſtá contaminado, y podrido, uſa con el antes del cauterio que abraſa, que del unguento que molifica: y así con prudencia, con ſagacidad, con diligencia, y con miedos que pone, ha llevado ſobre ſus fuertes ombros á devida execucion el peſo deſta gran maquina, ſin que nueſtras induſtrias, eſtratagemas, ſolicitudes, y fraudes, ayan podido deſlumbrar ſus ojos de Argos, que contino tiene alerta: porque no ſe le quede, ni encubra ninguno de los nueſtros, que como raiz eſcondida, que con el tiempo venga deſpues á brotar, y á echar frutos venenoſos en Eſpaña, ya limpia, ya deſembarazada de los temores

mores en que nueſtra muchedumbre la tenía, heroica reſolucion del gran Filipo Tercero, y inaudita prudencia en averla encargado al tal Don Bernardino de Velaſco. Una por una, yo haré, pueſto allá, las diligencias poſibles, y haga el cielo lo que mas fuere ſervido, dixo Don Antonio: Don Gregorio ſe irá conmigo á conſolar la pena que ſus padres deven tener por ſu auſencia. Ana Felix ſe quedará con mi muger en mi caſa, ó en un Monaſterio, y yo ſé, que el Señor Viſorrey guſtará, ſe quede en la ſuya el buen Ricote, haſta ver como yo negocio. El Viſorrey conſintió en todo lo propueſto: pero Don Gregorio, ſabiendo lo que paſava, dixo: Que en ninguna manera podia, ni queria dexar á Doña Ana Felix: pero teniendo intencion de ver á ſus padres, y de dar traza de bolver por ella, vinó en el decretado concierto. Quedóſe Ana Felix con la muger de Don Antonio, y Ricote en caſa del Viſorrey. Llegóſe el dia de la partida de Don Antonio, y el de Don Quixote, y Sancho, que fue de alli á otros dos, que la caida no le concedió, que mas preſto ſe puſieſe en camino: huvo lagrimas, huvo ſuſpiros, deſmayos, y ſollozos al deſpedirſe Don Gregorio de Ana Felix, ofrecióle Ricote á Don Gregorio mil eſcudos ſi los quèria: pero él no tomó ninguno, ſino ſolos cinco, que le preſtó Don Antonio, prometiendo la paga dellos en la Corte: con eſto ſe partieron los dos, y Don Quixote, y Sancho deſpues (como ſe ha dicho) Don Quixote deſarmado, y de camino, Sancho á pie por ir el Rucio cargado con las armas.

Cap.

Cap. LXVI. Que trata de lo que verá él que lo leyere, ó lo oirá él que lo eſcuchare leer.

AL ſalir de Barcelona, bolvió Don Quixote á mirar el ſitio donde avia caido, y dixo: Aquí fue Troya, aquí mi deſdicha, y no mi cobardia ſe llevó mis alcanzadas glorias, aquí uſó la fortuna conmigo de ſus bueltas, y rebueltas, aquí ſe eſcurecieron mis hazañas, aquí finalmente cayó mi ventura, para jamas levantarſe. Oyendo lo qual, Sancho, dixo: Tan de valientes corazones es, Señor mió, tener ſufrimiento en las deſgracias, como alegria en las proſperidades, y eſto lo juzgo por mí miſmo, que ſi quando era Governador, eſtava alegre, agora que ſoy Eſcudero de á pie, no eſtoy triſte: porque he oido decir, que eſta, que llaman por ay fortuna, es una muger borracha, y antojadiza, y ſobre todo ciega, y así no vee lo que hace, ni ſabe á quien derriba, ni á quien enſalza. Muy Filoſofo eſtas, Sancho, reſpondió Don Quixote, muy á lo diſcreto hablas, no ſé quien te lo enſeña. Lo que te ſé decir, es, que no ay fortuna en el mundo, ni las coſas que en el ſuceden, buenas, ó malas que ſean, vienen á caſo, ſino por particular providencia de los cielos, y de aquí viene lo que ſuele decirſe, que cada uno es artifice de ſu ventura, yo lo he ſido de la mia, pero no con la prudencia neceſaria, y así me han ſalido al gallarin mis preſunciones, pues deviera penſar, que al poderoſo grandor del cavallo dél de la Blanca Luna, no podia reſiſtir la flaqueza de Rozinante, atreviſme en fin, hice lo que pude, derribaronme, y aunque perdí la honra, no perdí, ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra: quando era Cavallero Andante, atrevido, y valiente; con mis obras,

y con

y con mis manos acreditava mis hechos, y agora, quando ſoy Eſcudero pedeſtre, acreditaré mis palabras, cumpliendo la que dí de mi promeſa: camina pues, amigo Sancho, y vamos á tener en nueſtra tierra el año del noviciado, con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva, para bolver al, nunca de mi olvidado, exercicio de las armas. Señor, reſpondió Sancho, no es coſa tan guſtoſa el caminar á pie, que me mueva, é incite á hacer grandes jornadas: dexemos eſtas Armas cólgadas de algun arbol, en lugar de un ahorcado, y ocupando yo las eſpaldas del Rucio, levantados los pies del ſuelo, haremos las jornadas como vueſa merced las pidiere, y midiere; que penſar, que tengo de caminar á pie, y hacerlas grandes, es penſar en lo eſcuſado. Bien has dicho, Sancho, reſpondió Don Quixote; cuelguenſe mis Armas por Trofeo, y al pie dellas, ó al rededor dellas gravaremos en los arboles lo que en el Trofeo de las armas de Roldan eſtava eſcrito:

Nadie las mueva,
Que eſtar no pueda
Con Roldan á prueva.

¶ Todo eſo me parece de perlas, reſpondió Sancho, y ſino fuera por la falta, que para el camino nos avia de hacer Rozinante, tambien fuera bien dexarle colgado. Pues ni él, ni las armas, replicó Don Quixote, quiero que ſe ahorquen: porque no ſe diga, que á buen ſervicio mal galardon. Muy bien dice vueſa merced, reſpondió Sancho, porque (ſegun opinion de diſcretos) la culpa del aſno no ſe ha de echar á la albarda: y pues deſte ſuceſo vueſa merced tiene la culpa, caſtigueſe á sí miſmo, y no rebienten ſus iras por las ya rotas y ſangrientas armas: ni por las manſedumbres de Rozinante, ni por la blandura de mis pies, queriendo, que caminen mas de lo juſto. En eſtas razones, y platicas, ſe les paſó todo

todo aquel dia, y aun otros quatro, ſin ſucederles coſa, que eſtorvaſe ſu camino: y al quinto dia, á la entrada de un lugar, hallaron á la puerta de un meſon mucha gente, que por ſer fieſta ſe eſtava alli ſolazando. Quando llegava á ellos Don Quixote, un labrador alzó la voz, diciendo: Alguno deſtos dos ſeñores, que aquí vienen, que no conocen las partes, dirá, lo que ſe ha de hacer en nueſtra apueſta. Si diré por cierto, reſpondió Don Quixote, con toda rectitud, ſi es que alcanzo á entenderla. Es pues el caſo, dixo el labrador, ſeñor bueno, que un vecino deſte lugar, tan gordo, que peſa once arrobas, deſafió á correr á otro ſu vecino, que no peſa mas que cinco: fue la condicion, que avian de correr una carrera de cien paſos con peſos iguales, y aviendole preguntado al deſafiador, como ſe avia de igualar el peſo, dixo, que el deſafiado, que peſa cinco arrobas, ſe puſieſe ſeis de hierro acueſtas, y así ſe igualarían las once arrobas del flaco con las once del gordo. Eſo no, dixo á eſta ſazon Sancho, antes que Don Quixote reſpondieſe, y á mí, que ha pocos dias que ſalí de ſer Governador, y juez, como todo el mundo ſabe, toca averiguar eſtas dudas, y dar parecer en todo pleito. Reſponde, en buen hora, dixo Don Quixote, Sancho amigo, que yo no eſtoy para dar migas á un gato, ſegun traigo alborotado, y traſtornado el juicio. Con eſta licencia, dixo Sancho á los labradores, que eſtavan muchos al rededor dél la boca abierta, eſperando la ſentencia de la ſuya: Hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino, ni tiene ſombra de juſticia alguna, porque ſi es verdad lo que ſe dice, que al deſafiado puede eſcoger las armas, no es bien que eſte las eſcoja tales, que le impidan, ni eſtorven el ſalir vencedor, y aſi es mi parecer, que el gordo deſafiador ſe eſcamonde, monde, entreſaque, pula, y atilde, y ſaque ſeis arrobas de ſus carnes de aquí, ó de alli de ſu cuerpo, como mejor le pareciere, y eſtuviere, y deſta manera, quedando en cinco arrobas de peſo, ſe igualará, y ajuſtará con las cinco de ſu contra-

rio,

rio, y asi podrán correr igualmente. Voto á tal, dixo un labrador, que escuchó la sentencia de Sancho, que este señor ha hablado como un Bendito, y sentenciado como un Canonigo: pero á buen seguro, que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes, quanto mas seis arrobas. Lo mejor es, que no corran, respondió otro, porque el flaco no se muela con el peso, ni el gordo se descarne, y echese la mitad de la apuesta en vino, y llevemos estos señores á la taberna de lo caro, y sobre mí la capa quando llueva. Yo, señores, respondió Don Quixote, os lo agradezco: pero no puedo detenerme un punto: porque pensamientos, y sucesos tristes me hacen parecer discortes, y caminar mas que de paso, y así dando de las espuelas á Rozinante, pasó adelante, dexandolos admirados de aver visto, y notado, así su estraña figura, como la discrecion de su criado, que por tal juzgaron á Sancho; y otro de los labradores, dixo: Si el criado es tan discreto, qual deve de ser el amo? Yo apostaré, que si van á estudiar á Salamanca, que á un tris han de venir á ser Alcaldes de Corte, que todo es burla, sino estudiar, y mas estudiar, y tener favor, y ventura, y quando menos se piensa el hombre se halla con una vara en la mano, ó con una mitra en la cabeza.

Aquella noche la pasaron Amo, y mozo, en mitad del campo al cielo raso, y descubierto, y otro dia, siguiendo su camino, vieron, que hácia ellos venia un hombre de á pie con unas alforjas al cuello, y una azcona, ó chuzo, en la mano, propio talle de correo de á pie, el qual, como llegó junto á Don Quixote, adelantó el paso, y medio corriendo llegó á él, y abrazandole por el muslo derecho, que no alcanzava á mas, le dixo con muestras de mucha alegria: O mi señor Don Quixote de la Mancha, y que gran contento ha de llegar al corazon de mi señor el Duque, quando sepa, que vuesa merced buelve á su Castillo, que todavia se está en el con

mi

mi ſeñora la Duqueſa. No os conozco, amigo, reſpondió Don Quixote, ni ſé quien ſois, ſi vos no me lo decis. Yo, Señor Don Quixote, reſpondió el correo, ſoy Toſilos, el lacayo del Duque mi ſeñor, que no quiſe pelear con vueſa merced ſobre el caſamiento de la hija de Doña Rodriguez. Valame Dios, dixo Don Quixote, es poſible, que ſois vos él que los encantadores, mis enemigos, transformaron en eſe lacayo que decis, por defraudarme de la honra de aquella batalla. Calle, ſeñor bueno, replicó el cartero, que no huvo encanto alguno, ni mudanza de roſtro ningun, tan lacayo Toſilos entré en la eſtacada, como Toſilos lacayo ſalí della, yo penſé caſarme ſin pelear, por averme parecido bien la moza: pero ſucedióme al reves mi penſamiento, pues así como vueſa merced ſe partió de nueſtro Caſtillo, el Duque mi ſeñor me hizo dar cien palos, por aver contravenido á las ordenanzas, que me tenía dadas, antes de entrar en la batalla, y todo ha parado en que la muchacha es ya monja, y Doña Rodriguez ſe ha buelto á Caſtilla, y yo voy aora á Barcelona á llevar un pliego de cartas al Virrey, que le embia mi amo: ſi vueſa merced quiere un traguito, aunque caliente, puro, aquí llevo una calabaza llena de lo caro, con no ſé quantas raxitas de queſo de Tronchon, que ſervirán de llamativo, y deſpertador de la ſed, ſi á caſo eſtá durmiendo. Quiero el embite, dixo Sancho, y echeſe el reſto de la corteſia, y eſcancie el buen Toſilos á deſpecho, y peſar de quantos encantadores ay en las Indias. En fin, dixo Don Quixote, tú eres, Sancho, el mayor gloton del mundo, y el mayor ignorante de la tierra, pues no te perſuades, que eſte correo es encantado, y eſte Toſilos contrahecho; quedate con él, y hartate, que yo me iré adelante poco á poco, eſperandote á que vengas. Rióſe el lacayo, deſenvainó ſu calabaza, deſalforjó ſu raxas, y ſacando un panecillo, él, y Sancho ſe ſentaron ſobre la yerva verde, y en buena paz y compaña deſpavilaron, y

dieron fondo con todo el repueſto de las alforjas con tan buenos alientos que lamieron el pliego de las cartas, ſolo porque olia á queſo. Dixo Tofilos á Sancho: Sin duda eſte tu Amo, Sancho amigo, deve de ſer un loco. Como deve? reſpondió Sancho, no deve nada á nadie, que todo lo paga, y mas quando la moneda es locura; bien lo veo yo, y bien ſe lo digo á él, pero que aprovecha? y mas agora que vá rematado, porque vá vencido del Cavallero de la Blanca Luna. Rogóle Tofilos le contaſe lo que le avia ſucedido: pero Sancho le reſpondió: Que era deſcorteſia dexar que ſu Amo le eſperaſe, que otro dia, ſi ſe encontraſen, avría lugar para ello: y levantandoſe, deſpues de averſe ſacudido el ſayo, y las migajas de las barbas, antecogió al Rucio, y diciendo, á Dios, dexó á Tofilos, y alcanzó á ſu Amo, que á la ſombra de un arbol le eſtava eſperando.

Cap. LXVII. De la reſolucion que tomó Don Quixote de hacerſe paſtor, y ſeguir la vida del campo, en tanto que ſe paſava el año de ſu promeſa, con otros ſuceſos, en verdad guſtoſos, y buenos.

SI muchos penſamientos fatigavan á Don Quixote, antes de ſer derribado, muchos mas le fatigaron deſpues de caido. A la ſombra del arbol eſtava (como ſe ha dicho) y alli, como moſcas á la miel, le acudían, y picavan penſamientos; unos ivan al deſencanto de Dulcinea, y otros á la vida que avia de hacer en ſu forzoſa retirada. Llegó Sancho, y alabóle la liberal condicion del lacayo Tofilos. Es poſible, le dixo Don Quixote, que todavia, ó Sancho, pienſes, que aquel ſea verdadero lacayo? parece, que ſe te ha ido de las mientes, aver viſto á Dulcinea convertida, y transformada

formada en labradora, y al Cavallero de los eſpejos en el Bachiller Carraſco, obras todas de los encantadores, que me perſiguen: pero dime agora, preguntaſte á eſe Toſilos, que dices, que ha hecho Dios de Altiſidora, ſi ha llorado mi auſencia, ó ſi ha dexado ya en las manos del olvido los enamorados penſamientos, que en mi preſencia la fatigavan? No eran, reſpondió Sancho, los que yo tenía tales, que me dieſen lugar á preguntar boberias: cuerpo de mí, ſeñor, eſtá vueſa merced aora en terminos de inquirir penſamientos agenos, eſpecialmente amoroſos. Mira Sancho, dixo Don Quixote, mucha diferencia ay de las obras que ſe hacen por amor, á las que ſe hacen por agradecimiento, bien puede ſer, que un Cavallero ſea deſamorado: pero no puede ſer, hablando en todo rigor, que ſea deſagradecido, quiſome bien (al parecer) Altiſidora, dióme los tres tocadores, que ſabes, lloró en mi partida, maldixome, vituperóme, quexóſe á deſpecho de la verguenza publicamente, ſeñales todas de que me adorava, que las iras de los amantes ſuelen parar en maldiciones; yo no tuve eſperanzas que darle, ni teſoros que ofrecerle, porque las mias las tengo entregadas á Dulcinea, y los teſoros de los Cavalleros Andantes ſon como los de los duendes, aparentes y falſos, y ſolo puedo darle eſtos acuerdos, que della tengo, ſin perjuicio pero de los que tengo de Dulcinea, á quien tú agravias con la remiſion que tienes en azotarte, y en caſtigar eſas carnes, que vea yo comidas de lobos, que quieren guardarſe antes para los guſanos, que para el remedio de aquella pobre ſeñora. Señor, reſpondió Sancho, ſi va á decir la verdad, yo no me puedo perſuadir que los azotes de mis poſaderas tengan que ver con los deſencantos de los encantados, que es como ſi dixeſemos: ſi os duele la cabeza, untaos las rodillas, alomenos yo oſaré jurar, que en quantas hiſtorias vueſa merced ha leido, que tratan de la Andante Cavalleria, no ha viſto algun deſencantado

por azotes: pero por sí, ó por no, yo me los daré, quando tenga gana, y el tiempo me dé comodidad para castigarme. Dios lo haga, respondió Don Quixote, y los cielos te den gracia, para que caigas en la cuenta, y en la obligacion que te corre de ayudar á mi señora, que lo es tuya, pues tu eres mio. En estas platicas ivan siguiendo su camino, quando llegaron al mismo sitio, y lugar donde fueron atropellados de los toros; reconocióle Don Quixote, y dixo á Sancho: Este es el prado dondé topamos á las bizarras pastoras, y gallardos pastores, que en el querian renovar, é imitar á la pastoral Arcadia, pensamiento tan nuevo como discreto, á cuya imitacion, si es que á tí te parece bien, querria, ó Sancho, que nos cónvirtiesemos en pastores, si quiera el tiempo que tengo de estar recogido; yo compraré algunas ovejas, y todas las demas cosas, que al pastoral exercicio son necesarias, y llamando me yo el pastor Quixotiz, y tú el pastor Panzino, nos andaremos por los montes, por las selvas, y por los prados, cantando aquí, endechando alli, beviendo de los liquidos cristales de las fuentes, ó ya de los limpios arroyuelos, ó de los caudalosos rios: darán nos con abundantisima mano de su dulcisimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durisimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los estendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la Luna, y las estrellas, á pesar de la escuridad de la noche, gusto el canto, alegria el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no solo en los presentes, sino en los venideros siglos. Par diez, dixo Sancho, que me ha quadrado, y aun esquinado tal genero de vida, y mas que no la ha de aver aun bien visto el Bachiller Sanson Carrasco, y Maese Nicolas el Barbero, quando la han de querer seguir, y hacerse pastores con nosotros, y aun quiera Dios no le venga en voluntad al Cura de entrar tambien en el a-

prisco,

priſco, ſegun es de alegre, y amigo de holgarſe. Tu has dicho muy bien, dixo Don Quixote, y podrá llamarſe el Bachiller Sanſon Carraſco, ſi entra en el paſtoral gremio (como entrará ſin duda) el paſtor Sanſonino, ó ya el paſtor Carraſcon; el Barbero Nicolas ſe podrá llamar Niculoſo, como ya el antiguo Boſcan ſe llamó Nemoroſo: al Cura no ſé que nombre le pongamos, ſino es algun derivativo de ſu nombre, llamandole el paſtor Curiambro, las paſtoras de quien hemos de ſer amantes, como entre peras podremos eſcoger ſus nombres, y pues el de mi ſeñora quadra así al de paſtora, como al de Princeſa, no ay para que canſarme en buſcar otro que mejor le venga: tú, Sancho, pondrás á la tuya el que quiſieres. No pienſo, reſpondió Sancho, ponerle otro alguno, ſino el de Tereſona, que le vendrá bien con ſu gordura, y con el propio que tiene, pues ſe llama Tereſa, y mas que celebrandola yo en mis verſos, vengo á deſcubrir mis caſtos deſeos, pues no ando á buſcar pan de traſtrigo por las caſas agenas: el Cura no ſerá bien que tenga paſtora, por dar buen exemplo, y ſi quiſiere el Bachiller tenerla, ſu alma en ſu palma. Valame Dios, dixo Don Quixote, y que vida nos hemos de dar, Sancho amigo, que de churumbelas han de llegar á nueſtros oidos, que de gaitas Zamoranas, que de tamborines, y que de ſonajas, y que de rabeles, pues que ſi deſtas diferencias de muſicas reſuena la de los albogues alli ſe verán caſi todos los inſtrumentos paſtorales. Que ſon albogues, preguntó Sancho, que ni los he oido nombrar, ni los he viſto en toda mi vida? Albogues ſon, reſpondió Don Quixote, unas chapas á modo de candeleros de azofar, que dando una con otra por lo vacio, y hueco, hace un ſon, ſino muy agradable, ni armonico, no deſcontenta, y viene bien con la ruſticidad de la gaita, y del tamborin: y eſte nombre albogues es Moriſco, como lo ſon todos aquellos que en nueſtra lengua Caſtellana comienzan en Al, conviene á ſaber, Almoaza, Almorzar,

Almorzar, Alhombra, Alguazil, Alucema, Almacen, Alcancia, y otros ſemejantes, que deven ſer pocos mas, y ſolos tres tiene nueſtra lengua, que ſon Moriſcos, y acaban en I, y ſon Borcegui, Zaquizami, y Maravedi: Alheli, y Alfaqui, tanto por el Al primero, como por el I, en que acaban, ſon conocidos por Arabigos: eſto te he dicho de paſo, por avermelo reducido á la memoria la ocaſion de aver nombrado Albogues, y hanos de ayudar mucho al parecer en perfecion eſte exercicio, el ſer yo algun tanto Poeta como tú ſabes, y el ſerlo tambien en eſtremo el Bachiller Sanſon Carraſco, del Cura no digo nada: pero yo apoſtaré, que deve de tener ſus puntas y collares de Poeta, y que las tenga tambien Maeſe Nicolas, no dudo en ello, porque todos, ó los mas ſon guitarriſtas, y copleros: yo me quexaré de auſencia: tú te alabarás de firme enamorado: el paſtor Carraſcon de deſdeñado, y el Cura Curiambro, de lo que él mas puede ſervirſe, y aſí andará la coſa que no aya mas que deſear. A lo que reſpondió Sancho: yo ſoy, ſeñor, tan deſgraciado, que temo no ha de llegar el dia en que en tal exercicio me vea: ó que polidas cuchares tengo de hacer, quando paſtor me vea, que de migas, que de natas, que de guirnaldas, y que de zarandajas paſtoriles, que pueſto que no me grangeen fama de diſcreto, no dexarán de grangearme la de ingenioſo. Sanchica mi hija nos llevará la comida al hato: pero guarda, que es de buen parecer, y ay paſtores mas malicioſos que ſimples, y no querria, que fueſe por lana, y bolvieſe traſquilada, y tambien ſuelen andar los amores, y los no buenos deſeos por los campos, como por las ciudades, y por las paſtorales chozas, como por los Reales palacios, y quitada la cauſa, ſe quita el pecado, y ojos que no veen, corazon que no quiebra, y mas vale ſalto de mata, que ruego de hombres buenos. No mas refranes, Sancho, dixo Don Quixote, pues qualquiera de los que has dicho baſta

para

para dar á entender tu penſamiento, y muchas veces te he aconſejado, que no ſeas tan prodigo de refranes, y que te vayas á la mano en decirlos: pero pareceme, que es predicar en deſierto, y caſtigame mi madre, y yo trompogelas. Pareceme, reſpondió Sancho, que vueſa merced es, como lo que dicen, dixo la ſarten á la caldera, quitate allá ojinegra: eſtáme reprehendiendo, que no diga yo refranes, y enſartalos vueſa merced de dos en dos. Mira Sancho, reſpondió Don Quixote, yo traigo los refranes á propoſito, y vienen, quando los digo, como anillo en el dedo: pero traeslos tan por los cabellos, que los arraſtras, y no los guias, y ſino me acuerdo mal, otra vez te he dicho, que los refranes ſon ſentencias breves, ſacadas de la experiencia, y eſpeculacion de nueſtros antiguos ſabios, y el refran que no viene á propoſito, antes es diſparate que ſentencia: pero dexemonos deſto, y pues ya viene la noche retiremonos del camino Real algun trecho, donde paſaremos eſta noche, y Dios ſabe lo que ſerá mañana. Retiraronſe, cenaron tarde y mal, bien contra la voluntad de Sancho, á quien ſe le repreſentavan las eſtrechezas de la Andante Cavalleria uſadas en las ſelvas, y en los montes, ſi bien tal vez la abundancia ſe moſtrava en los caſtillos, y caſas, así de Don Diego de Miranda, como en las bodas del rico Camacho, y de Don Antonio Moreno: pero conſiderava no ſer poſible ſer ſiempre de dia, ni ſiempre de noche, y así paſó aquella durmiendo, y ſu Amo velando.

Cap. LXVIII. De la Cerdoſa Aventura que le aconteció á Don Quixote.

ERA la noche algo eſcura, pueſto que la Luna eſtava en el cielo, pero no en parte que pudieſe ſer viſta, que tal vez la ſeñora Diana ſe va á paſear á los Antipodas, y dexa los montes negros, y los valles eſcuros. Cumplió Don Quixote con la naturaleza, durmiendo el primer ſueño, ſin dar lugar al ſegundo, bien al reves de Sancho, que nunca tuvo ſegundo, porque le durava el ſueño deſde la noche haſta la mañana, en que ſe moſtrava ſu buena complexion, y pocos cuidados: los de Don Quixote le deſvelaron, de manera que deſpertó á Sancho, y le dixo: Maravillado eſtoy Sancho de la libertad de tu condicion, yo imagino, que eres hecho de marmol, ó de duro bronce, en quien no cabe movimiento, ni ſentimiento alguno: yo velo, quando tu duermes, yo lloro, quando cantas, yo me deſmayo de ayuno, quando tu eſtas perezoſo, y deſalentado de puro harto: de buenos criados es conllevar las penas de ſus ſeñores, y ſentir ſus ſentimientos, por el bien parecer ſi quiera: mira la ſerenidad deſta noche, la ſoledad en que eſtamos, que nos combida á entremeter alguna vigilia entre nueſtro ſueño, levantate por tu vida, y deſviate algun trecho de aquí, y con buen animo, y denuedo agradecido, date trecientos, ó quatrocientos azotes á buena cuenta de los del deſencanto de Dulcinea, y eſto rogandote lo ſuplico, que no quiero venir contigo á los brazos, como la otra vez, porque ſé que los tienes peſados: deſpues que te ayas dado, paſaremos lo que reſta de la noche, cantando yo mi auſencia, y tú tu firmeza: dando deſde agora principio al exercicio paſtoral, que hemos

hemos dé tener en nueſtra aldea. Señor, reſpondió Sancho, no ſoy yo Religioſo, para que deſde la mitad de mi ſueño me levante, y me dicipline, ni menos me parece, que del eſtremo del dolor de los azotes, ſe pueda paſar al de la muſica, vueſa merced me dexe dormir, y no me apriete en lo del azotarme, que me hará hacer juramento de no tocarme jamas al pelo del ſayo, no que al de mis carnes. O alma endurecida, ó eſcudero ſin piedad, ó pan mal empleado, y mercedes mal conſideradas, las que te he hechó, y pienſo de hacerte, por mí te has viſto Governador, y por mí te vees con eſperanzas propinquas de ſer Conde, ó tener otro titulo equivalente, y no tardará el cumplimiento de ellas mas de quanto tarde en paſar eſte año, que yo, poſt tenebras ſpero lucem. No entiendo eſo, replicó Sancho, ſolo entiendo que en tanto que duermo, ni tengo temor, ni eſperanza, ni trabajo, ni gloria, y bien aya él que inventó el Sueño, capa que cubre todos los humanos penſamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la ſed, fuego que calienta el frio, frio que templa el ardor, y finalmente moneda general, con que todas las coſas ſe compran, balanza, y peſo que igua-la al paſtor con el Rey, y al ſimple con el diſcreto: ſola una coſa tiene mala el ſueño, ſegun he oido decir, y es que ſe parece á la muerte, pues de un dormido á un muerto ay muy poca diferencia. Nunca te he oido hablar, Sancho, dixo Don Quixote, tan elegantemente como aora, por donde vengo á conocer ſer verdad el refran, que tú algunas veces ſueles decir: no con quien naces, ſino con quien paces. A peſia tal, replicó Sancho (ſeñor nueſtro Amo) no ſoy yo aora él que enſarta refranes, que tambien á vueſa merced ſe le caen de la boca de dos en dos mejor que á mí, ſino que deve de aver entre los mios, y los ſuyos eſta diferencia, que los de vueſa merced vendrán á tiempo, y los mios á deſora: pero en efecto todos ſon refranes.

En eſto eſtavan, quando ſintieron un ſordo eſtruendo, y un aſpero ruido, que por todos aquellos valles ſe eſtendia, levantóſe en pie Don Quixote, y puſo mano á la eſpada, y Sancho ſe agazapó debaxo del Rucio, poniendoſe á los lados el lio de las armas, y la albarda de ſu jumento, tan temblando de miedo, como alborotado Don Quixote: de punto en punto iva creciendo el ruido, y llegandoſe cerca á los dos temeroſos (alomenos al uno) que al otro ya ſe ſabe ſu valentia. Es pues el caſo, que llevavan unos hombres á vender á una feria mas de ſeiſcientos puercos, con los quales caminavan á aquellas horas, y era tanto el ruido que llevavan, y el gruñir, y el bufar, que enſordecieron los oidos de Don Quixote, y de Sancho, que no advirtieron lo que ſer podia. Llegó de tropel la eſtendida, y gruñidora piara, y ſin tener reſpeto á la autoridad de Don Quixote, ni á la de Sancho, paſaron por cima de los dos, deſhaciendo las trincheas de Sancho, y derribando no ſolo á Don Quixote, ſino llevando por añadidura á Rozinante. El tropel, el gruñir, la preſteza con que llegaron los animales inmundos, puſo en confuſion, y por el ſuelo á la albarda, á las armas, al Rucio, á Rozinante, á Sancho, y á Don Quixote: levantóſe Sancho como mejor pudo, y pidió á ſu Amo la eſpada, diciendole, que queria matar media docena de aquellos ſeñores, y deſcomedidos puercos, que ya avia conocido que lo eran. Don Quixote le dixo: dexalos eſtar, amigo, que eſta afrenta es pena de mi pecado, y juſto caſtigo del cielo es, que á un Cavallero Andante vencido le coman adivas, y le piquen abiſpas, y le hollen puercos. Tambien deve de ſer caſtigo del cielo, reſpondió Sancho, que á los eſcuderos de los Cavalleros vencidos los punzen moſcas, los coman piojos, y les enviſta la hambre: ſi los eſcuderos fueramos hijos de los Cavalleros, á quien ſervimos, ó parientes ſuyos muy cercanos, no fuera mucho, que nos alcanzara la pena de ſus culpas haſta la quarta generacion:

generacion: pero que tienen que ver los Panzas con los Quixotes? Aora bien, tornemonos á acomodar, y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerá Dios, y medraremos. Duerme tú, Sancho (reſpondió Don Quixote) que naciſte para dormir, que yo que nací para velar, en el tiempo que falta de aquí al dia, daré rienda á mis penſamientos, y los desfogaré en un madrigalete, que ſin que tú lo ſepas, á noche compuſe en la memoria. A mí me parece (reſpondió Sancho) que los penſamientos que dan lugar á hacer coplas, no deven de ſer muchos, vueſa merced coplee, quanto quiſiere, que yo dormiré quanto pudiere, y luego tomando en el ſuelo quanto quiſo, ſe acurrucó, y durmió á ſueño ſuelto, ſin que fianzas, ni deudas, ni dolor alguno ſe lo eſtorvaſe. Don Quixote arrimado á un tronco de una haya, ó de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no diſtingue el arbol que era) al ſon de ſus miſmos ſuſpiros cantó de eſta ſuerte.

Amor quando yo pienſo
En el mal que me das terrible, y fuerte,
Voy corriendo á la muerte,
Penſando así acabar mi mal inmenſo:
Mas en llegando al paſo,
Que es puerto en eſte mar de mi tormento,
Tanta alegria ſiento,
Que la vida ſe esfuerza, y no le paſo;
Así el vivir me mata,
Que la muerte me torna á dar la vida,
O condicion no oida,
La que conmigo muerte, y vida trata.

¶ Cada verſo deſtos acompañava con muchos ſuſpiros, y no pocas lagrimas, bien como aquel, cuyo corazon tenía traſpaſado con

dolor del vencimiento, y con la ausencia de Dulcinea: llegóse en esto el dia, dió el Sol con sus rayos en los ojos á Sancho, despertó, y esperezóse, sacudiendose, y estirandose los perezosos miembros, miró el destrozo que avian hecho los puercos en su repostería, y maldixo la piara, y aun mas adelante.

Finalmente bolvieron los dos á su comenzado camino, y al declinar de la tarde vieron que hácia ellos venian hasta diez hombres de á cavallo, y quatro, ó cinco de á pie: sobresaltóse el corazon de Don Quixote, y azoróse el de Sancho, porque la gente que se les llegava traya lanzas y adargas, y venia muy á punto de guerra, bolvióse Don Quixote á Sancho, y dixole: Si yo pudiera, Sancho, exercitar mis armas, y mi promesa no me huviera atado los brazos, esta maquina, que sobre nosotros viene, la tuviera yo por tortas, y pan pintado: pero podría ser fuese otra cosa de la que tememos. Llegaron en esto los de á cavallo, y arbolando las lanzas, sin hablar palabra alguna rodearon á Don Quixote, y se las pusieron á las espaldas, y pechos, amenazandole de muerte: uno de los de á pie, puesto un dedo en la boca en señal de que callase, asió del freno de Rozinante, y le sacó del camino, y los demas de á pie, antecogiendo á Sancho, y al Rucio, guardando todos maravilloso silencio, siguieron los pasos dél que llevava á Don Quixote, el qual dos, ó tres veces quiso preguntar adonde le llevavan, ó que querian: pero á penas comenzava á mover los labios, quando se los ivan á cerrar con los hierros de las lanzas, y á Sancho le acontecia lo mismo, porque á penas dava muestras de hablar, quando uno de los de á pie con un aguijon le punzava, y al Rucio ni mas, ni menos, como si hablar quisiera: cerró la noche, apresuraron el paso, creció en los dos presos el miedo, y mas quando oyeron, que de quando en quando les decian: Caminad Trogloditas, callad Barbaros, pagad Antropofagos, no os quexeis Scitas, ni abrais

brais los ojos, Polifemos matadores, Leones carniceros, y otros nombres ſemejantes á eſtos, con que atormentavan los oidos de los miſerables Amo, y mozo. Sancho iva diciendo entre sí: noſotras tortolitas, noſotros barberos, ni eſtropajos, noſotros perritas á quien dicen cita, cita, no me contentan nada eſtos nombres, á mal viento va eſta parva, todo el mal nos viene junto, como al perro los palos, y oxala paraſe en ellos lo que amenaza eſta aventura tan deſventurada. Iva Don Quixote embeleſado, ſin poder atinar con quantos diſcurſos hacía, que ſerían aquellos nombres llenos de vituperios, que les ponían, de los quales ſacava en limpio, no eſperar ningun bien, y temer mucho mal. Llegaron en eſto una hora caſi de la noche á un caſtillo, que bien conoció Don Quixote que era el del Duque, donde avia poco, que avian eſtado. Valame Dios, (dixo así como conoció la eſtancia) y que ſerá eſto? ſi que en eſta caſa todo es corteſia, y buen comedimiento: pero para los vencidos el bien ſe buelve en mal, y el mal en peor. Entraron al patio principal del caſtillo, y vieronle aderezado, y pueſto de manera, que les acrecentó la admiracion, y les dobló el miedo, como ſe verá en el ſiguiente capitulo.

Cap.

Cap. LXIX. Del mas raro, y mas nuevo ſuceſo que en todo el diſcurſo deſta grande Hiſtoria avino á Don Quixote.

APearonſe los de á cavallo, y junto con los de á pie tomando en peſo, y arrebatadamente á Sancho, y á Don Quixote, los entraron en el patio, al rededor del qual ardían caſi cien hachas pueſtas en ſus blandones, y por los corredores del patio mas de quinientas luminarias, de modo que á peſar de la noche (que ſe moſtrava algo eſcura) no ſe echava de ver la falta del dia. En medio del patio ſe levantava un tumulo, como dos varas del ſuelo, cubierto todo con un grandiſimo doſel de terciopelo negro, al rededor del qual por ſus gradas ardían velas de cera blanca ſobre mas de cien candeleros de plata, encima del qual tumulo ſe moſtrava un cuerpo muerto de una tan hermoſa doncella, que hacía parecer con ſu hermoſura hermoſa á la miſma muerte, tenía la cabeza ſobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diverſas, y odoriferas flores texida, las manos cruzadas ſobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla, y vencedora palma. A un lado del patio eſtava pueſto un teatro, y dos ſillas, ſentados dos perſonages, que por tener coronas en la cabeza, y ceptros en las manos, davan ſeñales de ſer algunos Reyes, ya verdaderos, ó ya fingidos: al lado deſte teatro, adonde ſe ſubia por algunas gradas, eſtavan otras dos ſillas, ſobre las quales los que truxeron los preſos, ſentaron á Don Quixote, y á Sancho, todo eſto callando, y dandoles á entender con ſeñales á los dos que asimiſmo callaſen: pero ſin que ſe lo ſeñalaran, callaron ellos, porque la admiracion de lo que eſtavan mirando, les tenía atadas las lenguas. Subieron en eſto

eſto al teatro con mucho acompañamiento dos principales perſonages, que luego fueron conocidos de Don Quixote ſer el Duque, y la Duqueſa ſus hueſpedes, los quales ſe ſentaron en dos riquiſimas ſillas junto á los dos que parecían Reyes: quien no ſe avia de admirar con eſto, añadiendoſe á ello, aver conocido Don Quixote, que el cuerpo muerto, que eſtava ſobre el tumulo, era el de la hermoſa Altiſidora? Al ſubir el Duque, y la Duqueſa en el teatro, ſe levantaron Don Quixote, y Sancho, y les hicieron una profunda humillacion, y los Duques hicieron lo miſmo, inclinando algun tanto las cabezas: ſalió en eſto de traves un miniſtro, y llegandoſe á Sancho le echó una ropa de bocací negro encima, toda pintada con llamas de fuego, y quitandole la caperuza le puſo en la cabeza una coroza al modo de las que ſacan los penitenciados por el Santo Oficio, y dixole al oido, que no deſcoſieſe los labios, porque le echarían una mordaza, ó le quitarían la vida. Miravaſe Sancho de arriba abaxo, veyaſe ardiendo en llamas: pero como no le quemavan, no las eſtimava en dos ardites, quitóſe la coroza, vióla pintada de diablos, bolvióſe la poner, diciendo entre sí: Aun bien, que ni ellas me abraſan, ni ellos me llevan. Miravale tambien Don Quixote, y aunque el temor le tenía ſuſpenſos los ſentidos, no dexó de reirſe de ver la figura de Sancho. Comenzó en eſto á ſalir al parecer debaxo del tumulo un ſon ſumiſo y agradable de flautas, que por no ſer impedido de alguna humana voz, porque en aquel ſitio el miſmo ſilencio guardava ſilencio á sí miſmo, ſe moſtrava blando y amoroſo. Luego hizo de sí improviſa mueſtra, junto á la almohada del, al parecer, cadaver, un hermoſo mancebo, veſtido á lo Romano, que al ſon de una arpa, que el miſmo tocava, cantó con ſuaviſima, y clara voz eſtas dos eſtancias.

EN

EN tanto que en sí buelve Altisidora,
Muerta por la crueldad de Don Quixote,
Y en tanto que en la corte encantadora
Se vistieren las damas de picote,
Y en tanto que á sus dueñas mi señora
Vistiere de vayeta, y de anascote,
Cantaré su belleza, y su desgracia,
Con mejor plectro, que el cantor de Tracia.
Y aun no se me figura que me toca
Aqueste oficio solamente en vida,
Mas con la lengua muerta, y fria en la boca
Pienso mover la voz á tí devida,
Libre mi alma de su estrecha roca,
Por el Estigio Lago conducida,
Celebrandote irá, y aquel sonido
Hará parar las aguas del olvido.

No mas, dixo á esta sazon uno de los dos, que parecían Reyes, no mas, cantor divino, que sería proceder en infinito, representarnos aora la muerte, y las gracias de la sin par Altisidora, no muerta, como el mundo ignorante piensa, sino viva en las lenguas de la fama, y en la pena, que para bolverla á la perdida luz, ha de pasar Sancho Panza que está presente, y así, ó tú, Radamanto, que conmigo juzgas en las cabernas lobregas de Dite, pues sabes todo aquello que en los inescrutables hados esta determinado, acerca de bolver en sí esta doncella, dilo, y declaralo luego, porque no se nos dilate el bien que con su nueva buelta esperamos. A penas huvo dicho esto Minos juez, y compañero de Radamanto, quando levantandose en pie Radamanto, dixo: Ea, ministros de esta casa, altos y baxos, grandes, y chicos, acudid unos tras otros, y sellad

y ſellad el roſtro de Sancho con veinte y quatro mamonas, y doce pellizcos, y ſeis alfilerazos, brazos, y lomos, que en eſta ceremonia conſiſte la ſalud de Altiſidora. Oyendo lo qual Sancho Panza, rompió el ſilencio, y dixo: Voto á tal, así me dexe yo ſellar el roſtro, ni manoſearme la cara, como bolverme Moro: cuerpo de mí, que tiene que ver manoſearme el roſtro con la reſurrecion deſta doncella? regoſtóſe la vieja á los bledos, encantan á Dulcinea, y azotanme, para que ſe deſencante: muereſe Altiſidora de males que Dios quiſo darle, y hanla de reſucitar hacerme á mí veinte y quatro mamonas, y acrivarme el cuerpo á alfilerazos, y á acardenalarme los brazos á pellizcos, eſas burlas á un cuñado, que yo ſoy perro viejo, y no ay conmigo tus tus. Morirás, dixo en alta voz Radamanto: ablandate, tigre, humillate, Nembrot ſobervio, y ſufre y calla, pues no te piden impoſibles, y no te metas en averiguar las dificultades deſte negocio, mamonado has de ſer, acrebillado te has de ver, pellizcado has de gemir: ea digo, miniſtros, cumplid mi mandamiento, ſino por la ſe de hombre de bien, que aveis de ver para lo que naciſtes: parecieron en eſto, que por el patio venian haſta ſeis dueñas en proceſion una tras otra, las quatro con antojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con quatro dedos de muñecas de fuera, para hacer las manos mas largas (como aora ſe uſa.) No las huvo viſto Sancho, quando bramando como un toro, dixo: Bien podré yo dexarme manoſear de todo el mundo, pero conſentir que me toquen dueñas, eſo no: gateenme el roſtro, como hicieron á mi Amo en eſte miſmo caſtillo: traſpaſenme el cuerpo con puntas de dagas buidas: atenacenme los brazos con tenazas de fuego, que yo lo llevaré en paciencia, ó ſerviré á eſtos ſeñores: pero que me toquen dueñas, no lo conſentiré, ſi me llevaſe el diablo: rompió tambien el ſilencio Don Quixote, diciendo á Sancho: Ten paciencia, hijo, y da guſto á eſtos ſeñores,

y muchas gracias al cielo por aver pueſto tal virtud en tu perſona, que con el martirio della deſencantes los encantados, y reſucites los muertos. Ya eſtavan las dueñas cerca de Sancho, quando él mas blando, y mas perſuadido, poniendoſe bien en la ſilla, dió roſtro, y barba á la primera, la qual la hizo una mamona muy bien ſellada, y luego una gran reverencia. Menos corteſia, menos mudas, ſeñora dueña, dixo Sancho, que por Dios que traeis las manos oliendo á vinagrillo. Finalmente todas las dueñas le ſellaron, y otra mucha gente de caſa le pellizcaron: pero lo que él no pudo ſufrir, fue el punzamiento de los alfileres, y así ſe le levantó de la ſilla, al parecer mohino, y aſiendo de una hacha encendida, que junto á él eſtava, dió tras las dueñas, y tras todos ſus verdugos, diciendo: A fuera, miniſtros infernales, que no ſoy yo de bronce, para no ſentir tan extraordinaros martirios.

En eſto Altiſidora, que devia de eſtar canſada, por aver eſtado tanto tiempo ſupina, ſe bolvió de un lado: viſto lo qual por los circunſtantes, caſi todos á una voz dixeron: Viva es Altiſidora, Altiſidora vive: mandó Radamanto á Sancho, que depuſieſe la ira, pues ya ſe avia alcanzado el intento que ſe procurava. Así como Don Quixote vió rebullir á Altiſidora, ſe fue á poner de rodillas delante de Sancho, diciendole: Agora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que eſcudero mio, que te des algunos de los azotes que eſtás obligado á dar por el deſencanto de Dulcinea. Aora digo, que es el tiempo donde tienes ſazonada la virtud, y con eficacia de obrar el bien que de tí ſe eſpera. A lo que reſpondió Sancho, eſto me parece argado ſobre argado, y no miel ſobre hojuelas, bueno ſería que tras pellizcos, mamonas, y alfilerazos vinieſen aora los azotes, no tienen mas que hacer, ſino tomar una gran piedra, y atarmela al cuello, y dar conmigo en un pozo, de lo que á mí no peſaría mucho, ſi es que para curar los males agenos, tengo yo de

ſer

ſer la vaca de la boda: Dexenme, ſino por Dios que lo arrojé, y lo eche todo á trece, aunque no ſe venda. Ya en eſto ſe avia ſentado en el tumulo Altiſidora, y al miſmo inſtante ſonaron las chirimias, á quien acompañaron las flautas, y las voces de todos que aclamavan, viva Altiſidora, Altiſidora viva. Levantaronſe los Duques, y los Reyes Minos, y Radamanto, y todos juntos con Don Quixote, y Sancho fueron á recebir á Altiſidora, y abaxarla del tumulo, la qual haciendo de la deſmayada ſe inclinó á los Duques, y á los Reyes, y mirando de traves á Don Quixote, le dixo: Dios te lo perdone, deſamorado Cavallero, pues por tu crueldad he eſtado en el otro mundo, á mi parecer, mas de mil años, y á tí, ó el mas compaſivo eſcudero, que contiene el orbe, te agradezco la vida que poſeo: diſpon deſde oy mas, amigo Sancho, de ſeis camiſas mias, que te mando, para que hagas otras ſeis para tí, y ſi no ſon todas ſanas, alomenos ſon todas limpias. Beſóle por ello las manos Sancho con la coroza en la mano, y las rodillas en el ſuelo: mandó el Duque que ſe la quitaſen, y le bolvieſen ſu caperuza, y le puſieſen el ſayo, y le quitaſen la ropa de las llamas. Suplicó Sancho al Duque que le dexaſen la ropa, y mitra, que las queria llevar á ſu tierra, por ſeñal y memoria de aquel nunca viſto ſuceſo. La Duqueſa reſpondió, que sí dexarían, que ya ſabia él quan grande amiga ſuya era. Mandó el Duque deſpejar el patio, y que todos ſe recogieſen á ſus eſtancias, y que á Don Quixote, y á Sancho los llevaſen á las que ellos ya ſe ſabian.

Cap. LXX. Que ſigue al de ſeſenta, y nueve, y trata de coſas no eſcuſadas para la claridad deſta Hiſtoria.

DUrmió Sancho aquella noche en una carriola en el miſmo apoſento de Don Quixote, coſa que él quiſiera eſcuſarla, ſi pudiera, porque bien ſabia, que ſu Amo no le avia de dexar dormir á preguntas, y a reſpueſtas, y no ſe hallava en diſpoſicion de hablar mucho, porque los dolores de los martirios paſados, los tenía preſentes, y no le dexavan libre la lengua, y vinierale mas á cuento dormir en una choza ſolo, que no en aquella rica eſtancia acompañado. Salióle ſu temor tan verdadero, y ſu ſoſpecha tan cierta, que á penas huvo entrado ſu ſeñor en el lecho, quando dixo: Que te parece, Sancho, del ſuceſo deſta noche? grande, y poderoſa es la fuerza del deſden deſamorado, como por tus miſmos ojos has viſto muerta á Altiſidora, no con otras ſaetas, ni con otra eſpada, ni con otro inſtrumento belico, ni con venenos mortiferos, ſino con la conſideracion del rigor, y el deſden con que yo ſiempre la he tratado. Murieraſe ella en hora buena, quanto quiſiera, y como quiſiera, reſpondió Sancho, y dexarame á mí en mi caſa, pues ni yo la enamoré, ni la deſdeñé en mi vida: yo no ſé, ni puedo penſar, como ſea, que la ſalud de Altiſidora, doncella mas antojadiza que diſcreta, tenga que ver (como otra vez he dicho) con los martirios de Sancho Panza? Agora ſí que vengo á conocer clara, y diſtintamente, que ay encantadores, y encantos en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me ſé librar: con todo eſto ſuplico á vueſa merced me dexe dormir, y no me pregunte mas, ſino quiere que me arroje por una ventana

ventana abaxo. Duerme, Sancho amigo, reſpondió Don Quixote, ſi es que te dan lugar los alfilerazos, y pellizcos recebidos, y las mamonas hechas. Ningun dolor, replicó Sancho, llegó á la afrenta de las mamonas, no por otra coſa, que por avermelas hecho dueñas, que confundidas ſean: y torno á ſuplicar á vueſa merced me dexe dormir, porque el ſueño es alivio de las miſerias de los que las tienen deſpiertas. Sea así, dixo Don Quixote, y Dios te acompañe.

Durmieronſe los dos, y en eſte tiempo quiſo eſcrivir, y dar cuenta Cide Hamete, Autor deſta grande Hiſtoria, que les movió á los Duques á levantar el edificio de la maquina referida, y dice, que no aviendoſele olvidado al Bachiller Sanſon Carraſco, quando el Cavallero de los Eſpejos fue vencido, y derribado por Don Quixote, cuyo vencimiento, y caida borró, y deshizo todos ſus deſignios; quiſo bolver á provar la mano, eſperando mejor ſuceſo, que el paſado: y así, informandoſe del Pago, que llevó la carta, y preſente á Tereſa Panza, muger de Sancho, adonde Don Quixote quedava: buſcó nuevas armas, y cavallo, y puſo en el eſcudo la Blanca Luna, llevandolo todo ſobre un macho, á quien guiava un labrador, y no Tome Cecial ſu antiguo Eſcudero; porque no fueſe conocido de Sancho, ni de Don Quixote. Llegó pues al Caſtillo del Duque, que le informó el camino, y derrota que Don Quixote llevava con intento de hallarſe en las Juſtas de Zaragoza: dixole así miſmo las burlas que le avia hecho, con la traza del deſencanto de Dulcinea, que avia de ſer á coſta de las poſaderas de Sancho: en fin dió cuenta de la burla que Sancho avia hecho á ſu Amo, dandole á entender, que Dulcinea eſtava encantada, y transformada en labradora: y como la Duqueſa ſu muger avia dado á entender á Sancho, que él era él que ſe engañava: porque verdaderamente

ramente eſtava encantada Dulcinea, de que no poco ſe rió, y admiró el Bachiller, conſiderando la agudeza, y ſimplicidad de Sancho, como del eſtremo de la locura de Don Quixote. Pidióle el Duque, que ſi le hallaſe, y le vencieſe, ó no, ſe bolvieſe por allí á darle cuenta del ſuceſo: hizolo así el Bachiller: partióſe en ſu buſca, no le halló en Zaragoza, paſó adelante, y ſucedióle lo que queda referido: bolvióſe por el Caſtillo del Duque, y contóſelo todo con las condiciones de la batalla, y que ya Don Quixote bolvia á cumplir, como buen Cavallero Andante, la palabra de retirarſe un año en ſu aldea, en el qual tiempo podía ſer (dixo el Bachiller) que ſanaſe de ſu locura, que eſta era la intencion que le avia movido á hacer aquellas transformaciones, por ſer coſa de laſtima, que un Hidalgo tan bien entendido, como Don Quixote, fueſe loco. Con eſto ſe deſpidió del Duque, y ſe bolvió á ſu lugar, eſperando en el á Don Quixote, que tras él venia. De aquí tomo ocaſion el Duque de hacerle aquella burla, tanto era lo que guſtava de las coſas de Sancho, y de Don Quixote, y haciendo tomar los caminos cerca, y lexos del Caſtillo, por todas las partes que imaginó que podría bolver Don Quixote, con muchos criados ſuyos de á pie, y de á cavallo, para que por fuerza, ó de grado le truxeſen al Caſtillo, ſi le hallaſen. Hallaronle, dieron aviſo al Duque, el qual ya prevenido de todo lo que avia de hacer, así como tuvo noticia de ſu llegada, mandó encender las hachas, y las luminarias del patio, y poner á Altiſidora ſobre el tumulo con todos los aparatos que ſe han contado, tan al vivo, y tambien hechos, que de la verdad á ellos avia bien poca diferencia: y dice mas Cide Hamete, que tiene para sí, ſer tan locos los burladores, como los burlados, y que no eſtavan los Duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahinco ponían en burlarſe de dos

tontos,

tontos, los quales, el uno durmiendo á ſueño ſuelto, y el otro velando á penſamientos deſatados, les tomó el dia, y la gana de levantarſe, que las ocioſas plumas, ni vencido, ni vencedor, jamas dieron guſto á Don Quixote.

Altiſidora (en la opinion de Don Quixote, buelta de muerte á vida) ſiguiendo el humor de ſus ſeñores, coronada con la miſma guirnalda que en el tumulo tenía, y veſtida una tunicela de tafetan blanco, ſembrada de flores de oro, y ſueltos los cabellos por las eſpaldas, arrimada á un baculo de negro, y finiſimo ebano, entró en el apoſento de Don Quixote, con cuya preſencia turbado, y confuſo ſe encogió, y cubrió caſi todo con las ſabanas, y colchas de la cama, muda la lengua, ſin que acertaſe á hacerle corteſia ninguna. Sentóſe Altiſidora en una ſilla junto á ſu cabecera, y deſpues de aver dado un gran ſuſpiro, con voz tierna, y debilitada le dixo: Quando las mugeres principales, y las recatadas doncellas atropellan por la honra, y dan licencia á la lengua, que rompa por todo inconveniente, dando noticia en publico de los ſecretos que ſu corazon encierra, en eſtrecho termino ſe hallan: yo (ſeñor Don Quixote de la Mancha) ſoy una deſtas, apretada, vencida, y enamorada: pero con todo eſto ſufrida, y honeſta, tanto que por ſerlo tanto rebentó mi alma por mi ſilencio, y perdí la vida: dos dias ha que la conſideracion del rigor con que me has tratado, ó mas duro que marmol á mis quexas, empedernido Cavallero, he eſtado muerta, ó alomenos juzgada por tal de los que me han viſto: y ſino fuera porque el amor, condoliendoſe de mí, depoſitó mi remedio en los martirios deſte buen Eſcudero, allá me quedara en el otro mundo. Bien pudiera el Amor, dixo Sancho, depoſitarlos en los de mi aſno, que yo ſe lo agradeciera: pero digame, ſeñora, así el cielo la acomode con otro mas blando amante que mi Amo, que es lo que vió en el otro mundo? que ay en el infierno, porque

que quien muere deſeſperado por fuerza ha de tener aquel paradero? La verdad que os diga, reſpondió Altiſidora, yo no deví de morir del todo, pues no entré en el infierno, que ſi allá entrara, una por una no pudiera ſalir del, aunque quiſiera: la verdad es, que llegué á la puerta, adonde eſtavan jugando haſta una docena de diablos á la pelota, todos en calzas, y en jubon, con balonas guarnecidas con puntas de randas Flamencas, y con unas bueltas de lo miſmo, que les ſervían de puños, con quatro dedos de brazo de fuera, porque pareciesen las manos mas largas, en las quales tenían unas palas de fuego, y lo que mas me admiró fue, que les ſervían en lugar de pelotas libros, al parecer llenos de viento, y de borra, coſa maravilloſa, y nueva: pero eſto no me admiró tanto, como el ver, que ſiendo natural de los jugadores el alegrarſe los ganancioſos, y entriſtecirſe los que pierden, alli en aquel juego todos gruñian, todos regañavan, y todos ſe maldecian. Eſo no es maravilla, reſpondió Sancho: porque los diablos, jueguen, ó no jueguen, nunca pueden eſtar contentos, ganen, ó no ganen. Así deve de ſer, reſpondió Altiſidora, mas ay otra coſa, que tambien me admira (quiero decir me admiró entonces) y fue, que al primer voleo no quedava pelota en pie, ni de provecho, para ſervir otra vez, y así menudeavan libros nuevos, y viejos, que era una maravilla: á uno dellos, nuevo, flamante, y bien enquadernado, le dieron un papirotazo, que le ſacaron las tripas, y le eſparcieron las hojas: dixo un diablo á otro: Mirad que libro es eſe, y el diablo le reſpondió: Eſta es la ſegunda parte de la Hiſtoria de Don Quixote de la Mancha, no compueſta por Cide Hamete, ſu primer autor, ſino por un Aragones, que él dice ſer natural de Tordeſillas. Quitadmele de ay, reſpondió el otro diablo, y metedle en los abiſmos del infierno, no le vean mas mis ojos. Tan malo es? reſpondió el otro. Tan malo, replicó el primero, que

que ſi de propoſito yo miſmo me puſiera á hacerle peor, no acertara. Proſiguieron ſu juego peloteando otros libros, y yo por aver oido nombrar á Don Quixote, á quien tanto adamo, y quiero, procuré, que ſe me quedaſe en la memoria eſta viſion. Viſion devió de ſer ſin duda, dixo Don Quixote: porque no ay otro yo en el mundo, y ya eſa Hiſtoria anda por acá de mano en mano, pero no para en ninguna: porque todos la dan del pie: yo no me he alterado en oir que ando como cuerpo fantaſtico por las tinieblas del abiſmo, ni por la claridad de la tierra, porque no ſoy aquel de quien eſa Hiſtoria trata: ſi ella fuere buena, fiel, y verdadera, tendrá ſiglos de vida: pero ſi fuere mala, de ſu parto á la ſepultura no ſerá muy largo el camino. Iva Altiſidora á proſeguir en quexarſe de Don Quixote, quando le dixo Don Quixote: Muchas veces os he dicho, Señora, que á mí me peſa de que ayais colocado en mí vueſtros penſamientos, pues de los mios antes pueden ſer agradecidos, que remediados: yo nací para ſer de Dulcinea del Toboſo, y los hados (ſi los huviera) me dedicaron para ella, y penſar, que otra alguna hermoſura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene, es penſar lo impoſible, ſuficiente deſengaño es eſte, para que os retireis en los limites de vueſtra honeſtidad, pues nadie ſe puede obligar á lo impoſible. Oyendo lo qual Altiſidora, moſtrando enojarſe, y alterarſe, le dixo: Vive el ſeñor Don Vacallao, alma de almirez, cueſco de datil, mas terco, y duro, que villano rogado, quando tiene la ſuya ſobre el hito, que ſi arremeto á vos, que os tengo de ſacar los ojos; penſais, por ventura, Don vencido, y Don molido á palos, que yo me he muerto por vos: todo lo que aveis viſto eſta noche ha ſido fingido, que no ſoy yo muger, que por ſemejantes camellos avia de dexar, que me dolieſe un negro de la uña, quanto mas morirme. Eſo creo yo muy bien, dixo Sancho,

que eſto del morirſe los enamorados es coſa de riſa, bien lo pueden ellos decir, pero hacer, crealo Judas.

Eſtando en eſtas platicas, entró el muſico, cantor, y Poeta, que avia cantado las dos ya referidas eſtancias: el qual, haciendo una gran reverencia á Don Quixote, dixo: Vueſa merced, ſeñor Cavallero, me cuente, y tenga en el numero de ſus mayores ſervidores, porque ha muchos dias que le ſoy muy aficionado, así por ſu fama, como por ſus hazañas. Don Quixote le reſpondió: Vueſa merced me diga quien es: porque mi corteſia reſponda á ſus merecimientos. El mozo reſpondió, que era el muſico, y panegirico de la noche antes. Por cierto, replicó Don Quixote, que vueſa merced tiene eſtremada voz: pero lo que cantó no me parece que fue muy á propoſito: porque que tienen que ver las eſtancias de Garcilaſo con la muerte deſta ſeñora? No ſe maraville vueſa merced deſo, reſpondió el muſico, que ya entre los intonſos Poetas de nueſtra edad, ſe uſa, que cada uno eſcriva como quiſiere, y hurte de quien quiſiere, venga, ó no venga á pelo de ſu intento, y ya no ay necedad, que canten, ó eſcrivan, que no ſe atribuya á licencia poetica. Reſponder quiſiera Don Quixote: pero eſtorvaronlo el Duque, y la Duqueſa, que entraron á verle: entre los quales paſaron una larga, y dulce platica, en la qual dixo Sancho tantos donaires, y tantas malicias, que dexaron de nuevo admirados á los Duques, así con ſu ſimplicidad, como con ſu agudeza. Don Quixote les ſuplicó le dieſen licencia, para partirſe aquel miſmo dia, pues á los vencidos Cavalleros, como él, mas les convenia abitar una zaurda, que no Reales palacios: dieronſela de muy buena gana, y la Duqueſa le preguntó, ſi quedava en ſu gracia Altiſidora. El le reſpondió, Señora mia, ſepa vueſa Señoria, que todo el mal deſta doncella nace de ocioſidad, cuyo remedio es la ocupacion honeſta, y continua: ella me ha dicho aquí, que ſe uſan randas en el infierno,

infierno, y pues ella las deve de ſaber hacer, no las dexe de la mano, que ocupada en menear los palillos, no ſe menearán en ſu imaginacion la imagen, ó imagines de lo que bien quiere, y eſta es la verdad, eſte mi parecer, y eſte es mi conſejo. Yel mio, añadió Sancho, pues no he viſto en toda mi vida randera, que por amor ſe aya muerto, que las doncellas ocupadas mas ponen ſus penſamientos en acabar ſus tareas, que en penſar en ſus amores: por mí lo digo, pues mientras eſtoy cavando, no me acuerdo de mi oiſlo, digo de mi Tereſa Panza, á quien quiero mas que á las peſtañas de mis ojos. Vos decis muy bien, Sancho, dixo la Duqueſa, y yo haré, que mi Altiſidora ſe ocupe de aquí adelante en hacer alguna labor blanca, que la ſabe hacer por eſtremo. No ay para que, Señora, reſpondió Altiſidora, uſar deſe remedio, pues la conſideracion de las crueldades, que conmigo ha uſado eſte malandrin moſtrenco, me le borrarán de la memoria ſin otro artificio alguno: y con licencia de vueſtra grandeza me quiero quitar de aquí, por no ver delante de mis ojos ya no ſu triſte figura, ſino ſu fea, y abominable catadura. Eſo me parece, dixo el Duque, á lo que ſuele decirſe: porque aquel que dice injurias cerca eſtá de perdonar. Hizo Altiſidora mueſtra de limpiarſe las lagrimas coñ un pañuelo, y haciendo reverencia á ſus ſeñores, ſe ſalió del apoſento. Mandote yo, dixo Sancho, pobre doncella, mandote (digo) mala ventura, pues las has avido con una alma de eſparto, y con un corazon de encina: á fee, que ſi las huvieras conmigo, que otro gallo te cantara. Acabóſe la platica, viſtióſe Don Quixote, comió con los Duques, y partióſe aquella tarde.

Cap. LXXI. De lo que á Don Quixote le ſucedió con ſu Eſcudero Sancho, yendo á ſu Aldea.

IVA el vencido, y aſendereado Don Quixote penſativo ademas por una parte, y muy alegre por otra: cauſava ſu triſteza el vencimiento, y la alegria el conſiderar en la virtud de Sancho, como lo avia moſtrado en la reſurecion de Altiſidora, aunque con algun eſcrupulo ſe perſuadia á que la enamorada doncella fueſe muerta de veras. No iva nada Sancho alegre: porque le entriſtecia ver, que Altiſidora no le avia cumplido la palabra de darle las camiſas, y yendo, y viniendo en eſto, dixo á ſu Amo: En verdad, ſeñor, que ſoy el mas deſgraciado Medico, que ſe deve de hallar en el mundo, en el qual ay Fiſicos, que con matar al enfermo que curan, quieren ſer pagados de ſu trabajo, que no es otro, ſino firmar una cedulilla de algunas medecinas, que no las hace él, ſino el Boticario, y catalo cantuſado, y á mí, que la ſalud agena me cueſta gotas de ſangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos, y azotes, no me dan un ardite, pues yo les voto á tal, que ſi me traen á las manos otro algun enfermo, que antes que le cure me han de untar las mias, que el Abad de donde canta yanta, y no quiero creer, que me aya dado el cielo la virtud que tengo, para que yo la comunique con otros de bobilis, bobilis. Tú tienes razon, Sancho amigo, reſpondió Don Quixote, y halo hecho muy mal Altiſidora, en no averte dado las prometidas camiſas, y pueſto que tu virtud es gratis data, que no te ha coſtado eſtudio alguno, mas que eſtudio es recebir martirios en tu perſona: de mí te ſé decir, que ſi quiſieras paga por los azotes del deſencanto de Dulcinea

Dulcinea, ya te la huviera dado tal como buena: pero no ſé, ſi vendrá bien con la cura la paga, y no querria que impidieſe el premio á la medicina: con todo eſo me parece, que no ſe perderá nada en provarlo, mira Sancho el que quieres, y azotate luego, y pagate de contado, y de tu propia mano, pues tienes dineros mios: á cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos, y las orejas de un palmo, y dió conſentimiento en ſu corazon á azotarſe de buena gana, y dixo á ſu Amo: Agora bien, Señor, yo quiero diſponerme á dar guſto á vueſa merced en lo que deſea con provecho mio, que el amor de mis hijos, y de mi muger me hace, que me mueſtre intereſado: digame vueſa merced quanto me dará por cada azote que me diere? Si yo te huviera de pagar, Sancho, reſpondió Don Quixote, conforme lo que merece la grandeza y calidad deſte remedio, el teſoro de Venecia, las minas del Potoſi fueran poco para pagarte: toma tú el tiento á lo que llevas mio, y pon el precio á cada azote: Ellos, reſpondió Sancho, ſon tres mil y trecientos y tantos, de ellos me he dado haſta cinco, quedan los demas, entren entre los tantos eſtos cinco, y vengamos á los tres mil y trecientos, que á quartillo cada uno (que no llevaré menos ſi todo el mundo me lo mandaſe) montan tres mil y trecientos quartillos, que ſon los tres mil mil y quinientos medios reales, que hacen ſetecientos y cincuenta reales, y los trecientos hacen ciento y cinquenta medios reales, que vienen á hacer ſetenta y cinco reales, que juntandoſe á los ſetecientos y cinquenta ſon por todos ochocientos y veinte y cinco reales. Eſtos desfalcaré yo de los que tengo de vueſa merced y entraré en mi caſa, rico, y contento, aunque bien azotado, porque no ſe toman truchas, y no digo mas. O Sancho bendito, ó Sancho amable, reſpondió Don Quixote, y quan obligados hemos de quedar Dulcinea, y yo á ſervirte, todos los dias que el cielo nos diere de vida, ſi ella buelve al ſer perdido

(que

(que no es posible, sino que buelva) su desdicha avrá sido dicha, y mi vencimiento felicisimo triunfo, y mira, Sancho, quando quieres comenzar la disciplina, que porque la abrevies te añado cien reales. Quando? replicó Sancho, esta noche sin falta, procure vuesa merced que la tengamos en el campo al cielo abierto, que yo me abriré mis carnes.

Llego la noche, esperada de Don Quixote con la mayor ansia del mundo, pareciendole, que las ruedas del carro de Apolo se avian quebrado, y que el dia se alargava mas de lo acostumbrado, bien así como acontece á los enamorados, que jamas ajustan la cuenta de sus deseos. Finalmente se entraron entre unos amenos arboles, que poco desviados del camino estavan, donde dexando vacias la silla, y albarda de Rozinante, y el Rucio, se tendieron sobre la verde yerva, y cenaron del repuesto de Sancho; el qual, haciendo del cabestro, y de la xaquima del Rucio un poderoso, y flexible azote, se retiró hasta veinte pasos de su Amo entre unas hayas. Don Quixote, que le vió ir con denuedo, y con brio, le dixo: Mira, amigo, que no te hagas pedazos, dá lugar, que unos azotes aguarden á otros, no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad della te falte el aliento, quiero decir, que no te des tan recio, que te falte la vida, antes de llegar al numero deseado; y porque no pierdas por carta de mas, ni de menos, yo estaré desde á parte, contando por este mi rosario los azotes que te dieres; favorezcate el cielo conforme tu buena intencion merece. Al buen pagador no le duelen prendas, respondió Sancho, yo pienso darme de manera, que sin matarme, me duela, que en esto deve de consistir la sustancia deste milagro. Desnudóse luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel, comenzó á darse, y comenzó Don Quixote á contar los azotes. Hasta seis, ó ocho se avría dado Sancho, quando le pareció ser pesada la burla, y muy barato

el

el precio della, y deteniendoſe un poco, dixo á ſu Amo, que ſe llamava á engaño: porque merecia cada azote de aquellos ſer pagado á medio real, no que á quartillo. Proſigue, Sancho amigo, y no deſmayes, le dixo Don Quixote, que yo doblo la parada del precio. Deſe modo, dixo Sancho, á la mano de Dios, y lluevan azotes: pero el ſocarron dexo de darſelos en las eſpaldas, y dava en los arboles, con unos ſuſpiros de quando en quando, que parecia, que con cada uno dellos ſe le arrancava el alma. Tierna la de Don Quixote, temeroſo de que no ſe le acabaſe la vida, y no conſiguieſe ſu deſeo por la imprudencia de Sancho, le dixo: Por tu vida, amigo, que ſe quede en eſte punto eſte negocio, que me parece muy aſpera eſta medicina, y ſerá bien dar tiempo al tiempo, que no ſe ganó Zamora en una hora: mas de mil azotes, ſi yo no he contado mal, te has dado, baſtan por agora, que el aſno (hablando á lo groſero) ſufre la carga, mas no la ſobrecarga. No, no, Señor, reſpondió Sancho, no ſe ha de decir por mí, á dineros pagados, brazos quebrados, aparteſe vueſa merced otro poco, y dexeme dar otros mil azotes ſiquiera, que á dos levadas deſtas avremos cumplido con eſta partida, y aun nos ſobrará ropa. Pues tú te hallas con tan buena diſpoſicion, dixo Don Quixote, el cielo te ayude, y pegate, que yo me aparto. Bolvió Sancho á ſu tarea con tanto denuedo, que ya avia quitado las cortezas á muchos arboles, tal era la riguridad con que ſe azotava, y alzando una vez la voz, y dando un deſaforado azote en una haya, dixo: Aquí morirás Sanſon, y quantos con el ſon. Acudió Don Quixote luego al ſon de la laſtimada voz, y del golpe del riguroſo azote, y aſiendo del torcido cabeſtro, que le ſervia de corbacho á Sancho, le dixo: No permita la ſuerte, Sancho amigo, que por el guſto mio pierdas tú la vida, que ha de ſervir para ſuſtentar á tu muger, y á tus hijos: eſpere Dulcinea mejor coyuntura, que yo me contendré en los limites

mites de la eſperanza propinqua, y eſperaré, que cobres fuerzas nuevas, para que ſe concluya eſte negocio á guſto de todos. Pues vueſa merced, Señor mio, lo quiere así, reſpondió Sancho, ſea en buena hora, y echeme ſu ferreruelo ſobre eſtas eſpaldas, que eſtoy ſudando, y no querria resfriarme, que los nuevos diciplinantes corren eſte peligro. Hizolo así Don Quixote, y quedandoſe en pelota abrigó á Sancho, el qual ſe durmió haſta que le deſpertó el Sol, y luego bolvieron á proſeguir ſu camino, á quien dieron fin por entonces en un lugar, que tres leguas de alli eſtava.

Apearonſe en un meſon, que por tal le reconoció Don Quixote, y no por Caſtillo de cava honda, torres, raſtrillos, y puente levadiza, que deſpues que le vencieron con mas juicio en todas las coſas diſcurria (como agora ſe dirá) alojaronle en una ſala baxa, á quien ſervían de guadameciles unas ſargas viejas pintadas, como ſe uſan en las aldeas, en una dellas eſtava pintada de maliſima mano el robo de Elena, quando el atrevido hueſped ſe la llevó á Menalao, y en otra eſtava la Hiſtoria de Dido, y de Eneas, ella ſobre una alta torre, como que hacía de ſeñas con una media ſabana al fugitivo hueſped, que por el mar ſobre una fragata, ó vergantin ſe iva huyendo. Notó en las dos Hiſtorias, que Elena no iva de muy mala gana, porque ſe reya á ſocapa, y á lo ſocarron: pero la hermoſa Dido moſtrava verter lagrimas del tamaño de nueces por los ojos. Viendo lo qual Don Quixote, dixo: Eſtas dos ſeñoras fueron deſdichadiſimas por no aver nacido en eſta edad, y yo ſobre todos deſdichado, en no aver nacido en la ſuya: encontrara á aqueſtos ſeñores, ni fuera abraſada Troya, ni Cartago deſtruida, pues con ſolo que yo matara á Paris, ſe eſcuſaran tantas deſgracias. Yo apoſtaré, dixo Sancho, que antes de mucho tiempo no ha de aver bodegon, venta, ni meſon, ó tienda de Barbero donde no ande pintada la Hiſtoria de nueſtras hazañas: pero querria yo, que la pintaſen

pintaſen manos de otro mejor pintor, que él que ha pintado á eſtas. Tienes razon, Sancho, dixo Don Quixote, porque eſte pintor es como Orbaneja, un pintor que eſtava en Ubeda, que quando le preguntavan, que pintava, reſpondia: Lo que ſaliere; y ſi por ventura pintava un gallo, eſcrivia debaxo: Eſte es gallo, porque no penſaſen que era zorra. Deſta manera me parece á mí, Sancho, que deve de ſer el pintor, ó eſcritor, que todo es uno, que ſacó á luz la Hiſtoria deſte nuevo Don Quixote que ha ſalido, que pintó, ó eſcrivió lo que ſaliere: ó avrá ſido como un Poeta que andava los años paſados en la Corte, llamado Mauleon, el qual reſpondia de repente á quanto le preguntavan, y preguntandole uno, que que queria decir, Deum de Deo, reſpondió, dé donde diere. Pero dexando eſto á parte, dime ſi pienſas Sancho, darte otra tanda eſta noche, y ſi quieres que ſea debaxo de techado, ó al cielo abierto? Par diez, Señor, reſpondió Sancho, que para lo que yo pienſo darme, eſo ſe me da en caſa, que en el campo: pero con todo eſo querria que fueſe entre arboles, que parece que me acompañan, y me ayudan á llevar mi trabajo maravilloſamente. Pues no ha de ſer aſí, Sancho amigo, reſpondió Don Quixote, ſino que para que tomes fuerzas lo hemos de guardar para nueſtra aldea, que á lo mas tarde llegaremos allá deſpues de mañana. Sancho reſpondió, que hicieſe ſu guſto: pero que él quiſiera concluir con brevedad aquel negocio á ſangre caliente, y quando eſtava picado el molino, porque en la tardanza ſuele eſtar muchas veces el peligro, y á Dios rogando, y con el mazo dando, y que mas valia un toma que dos te daré, y el paxaro en la mano, que el buitre volando. No mas refranes, Sancho, por un ſolo Dios, dixo Don Quixote, que parece que te buelves al ſicut erat, habla á lo llano, á lo liſo, á lo no intricado, como muchas veces te he dicho, y verás como te vale un pan por ciento. No ſé que mala ventura es eſta mia, reſ-

pondió Sancho, que no ſé decir razon ſin refran, ni refran, que no me parezca razon: pero yo me emendare, ſi pudiere, y con eſto ceſó por entonces ſu platica.

Cap. LXXII. De como Don Quixote, y Sancho llegaron á ſu Aldea.

TODO aquel dia, eſperando la noche, eſtuvieron en aquel lugar, y meſon Don Quixote, y Sancho, el uno para acabar en la campaña raſa la tanda de ſu diciplina, y el otro para ver el fin della, en el qual conſiſtia el de ſu deſeo. Llegó en eſto al meſon un caminante á cavallo con tres, ó quatro criados, uno de los quales dixo al que el ſeñor dellos parecía: Aquí puede vueſa merced, Señor Don Alvaro Tarfe, paſar oy la ſieſta, la poſada parece limpia, y freſca: oyendo eſto Don Quixote, dixo á Sancho: Mira, Sancho, quando yo hojeé aquel libro de la ſegunda parte de mi Hiſtoria, me parece, que de paſada topé alli eſte nombre de Don Alvaro Tarfe. Bien podrá ſer, reſpondió Sancho, dexemoſſe apear, que deſpues ſelo preguntaremos. El Cavallero ſe apeó, y frontero del apoſento de Don Quixote la hueſpeda le dió una ſala baxa, enjaezada con otras pintadas ſargas, como las que tenía la eſtancia de Don Quixote. Puſoſe el recien venido Cavallero á lo de verano, y ſaliendoſe al portal del meſon, que era eſpacioſo, y freſco, por el qual ſe paſeava Don Quixote, le preguntó: Adonde bueno camina vueſa merced, ſeñor gentil hombre? y Don Quixote le reſpondió: A una aldea que eſtá aquí cerca, de donde ſoy natural: y vueſa merced donde camina? yo ſeñor, reſpondió el Cavallero, voy á Granada, que es mi patria. Y buena

ena patria replicó Don Quixote: pero digame vueſa merced por cortesía, ſu nombre, porque me parece, que me ha de importar ſaberlo, mas de lo que buenamente podré decir. Mi nombre es Don Alvaro Tarfe, reſpondió el hueſped. A lo que replicó Don Quixote: Sin duda alguna pienſo, que vueſa merced deve de ſer aquel Don Alvaro Tarfe, que anda impreſo en la ſegunda parte de la Hiſtoria de Don Quixote de la Mancha, recien impreſa, y dada á la luz del mundo, por un autor moderno? El miſmo ſoy, reſpondió el Cavallero, y el tal Don Quixote, ſugeto principal de la tal Hiſtoria, fue grandiſimo amigo mio, y yo fuí él que le ſacó de ſu tierra, ó alomenos le moví á que vinieſe á unas juſtas que ſe hacían en Zaragoza, adonde yo iva, y en verdad, en verdad, que le hice muchas amiſtades, y que le quité de que no le palmeaſe las eſpaldas el verdugo, por ſer demaſiadamente atrevido. Y digame vueſa merced, Señor Don Alvaro, pareſco yo en algo á eſe tal Don Quixote, que vueſa merced dice? No por cierto, reſpondió el hueſped, en ninguna manera. Y eſe Don Quixote, dixo el nueſtro, traya conſigo á un Eſcudero, llamado Sancho Panza? Si traya, reſpondió Don Alvaro, y aunque tenía fama de muy gracioſo, nunca le ohí decir gracia que la tuvieſe. Eſo creo yo muy bien, dixo á eſtá fazon Sancho: porque el decir gracias, no es para todos, y eſe Sancho que vueſa merced dice (ſeñor gentil hombre) deve de ſer algun grandiſimo bellaco, frion, y ladron juntamente, que el verdadero Sancho Panza ſoy yo, que tengo mas gracias que llovidas, y ſino haga vueſa merced la experiencia, y andeſe tras de mí, por los menos un año, y verá, que ſe me caen á cada paſo y tales, y tantas, que ſin ſaber yo las mas veces lo que me digo, hago reir á quantos me eſcuchan: y el verdadero Don Quixote de la Mancha, el famoſo, el valiente, y el diſcreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos, y huerfanos,

fanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas, él que tiene por unica ſeñora á la fin par Dulcinea del Toboſo, es eſte ſeñor, que eſtá preſente, que es mi Amo: todo qualquier otro Don Quixote, y qualquier otro Sancho Panza es burlería, y coſa de ſueño. Por Dios que lo creo, reſpondió Don Alvaro: porque mas gracias aveis dicho vos, amigo, en quatro razones que aveis hablado, que el otro Sancho Panza en quantas yo le ohí hablar, que fueron muchas: mas tenía de comilon, que de bien hablado, y mas de tonto, que de gracioſo, y tengo por fin duda, que los encantadores que perſiguen á Don Quixote el bueno, han querido perſeguirme á mí con Don Quixote el malo: pero no ſé que me diga, que oſaré yo jurar, que le dexo metido en la caſa del Nuncio en Toledo, para que le curen, y agora remanece aquí otro Don Quixote, aunque bien diferente del mio. Yo, dixo Don Quixote, no ſé ſi ſoy bueno: pero ſé decir, que no ſoy el malo, para prueva de lo qual quiero, que ſepa vueſa merced, mi ſeñor Don Alvaro Tarfe, que en todos los dias de mi vida no he eſtado en Zaragoza, antes por averme dicho, que eſe Don Quixote fantaſtico ſe avia hallado en las juſtas deſa ciudad, no quiſe yo entrar en ella, por ſacar á las barbas del mundo ſu mentira, y así me paſé de claro á Barcelona, archivo de la corteſia, albergue de los eſtrangeros, hoſpital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correſpondencia grata de firmes amiſtades, y en ſitio, y en belleza unica: y aunque los ſuceſos que en la me han ſucedido no ſon de mucho guſto, ſino de mucha peſadumbre, los llevo ſin ella, ſolo por averla viſto: finalmente, Señor Don Alvaro Tarfe, yo ſoy Don Quixote de la Mancha, el miſmo que dice la fama, y no eſe deſventurado, que ha querido uſurpar mi nombre, y honrarſe con mis penſamientos: á vueſa merced ſuplico, por lo que deve á ſer Cavallero, ſea ſervido, de hacer una declaracion ante el Alcalde deſte lugar, de que vueſa merced no me ha viſto en todos los dias

de

de ſu vida haſta agora, y de que yo no ſoy el Don Quixote impreſo en la ſegunda parte, ni eſte Sancho Panza mi Eſcudero es aquel que vueſa merced conoció. Eſo haré yo de muy buena gana, reſpondió Don Alvaro, pueſto que cauſe admiracion ver dos Don Quixotes, y dos Sanchos á un miſmo tiempo, tan conformes en los nombres, como diferentes en las acciones, y buelvo á decir, y me afirmo, que no he viſto lo que he viſto, ni ha paſado por mí, lo que ha paſado. Sin duda, dixo Sancho, que vueſa merced deve de eſtar encantado, como mi Señora Dulcinea del Toboſo, y pluguiera al cielo, que eſtuviera ſu deſencanto de vueſa merced en darme otros tres mil y tantos azotes como me doy por ella, que yo me los diera ſin interes alguno. No entiendo eſo de azotes, dixo Don Alvaro, y Sancho le reſpondió, que era largo de contar: pero que él ſe lo contaría, ſi á caſo ivan un miſmo camino.

Llegóſe en eſto la hora de comer, comieron juntos Don Quixote, y Don Alvaro; entró á caſo el Alcalde del pueblo en el meſon con un eſcrivano, ante el qual Alcalde pidió Don Quixote por una peticion, de que á ſu derecho convenia, de que Don Alvaro Tarfe, aquel Cavallero que alli eſtava preſente, declaraſe ante ſu merced, como no conocía á Don Quixote de la Mancha, que así miſmo eſtava alli preſente, y que no era aquel que andava impreſo en una hiſtoria intitulada, Segunda parte de Don Quixote de la Mancha, compueſta por un tal de Abellaneda, natural de Tordeſillas. Finalmente el Alcalde proveyó juridicamente: la declaracion ſe hizo con todas las fuerzas que en tales caſos devian hacerſe, con lo que quedaron Don Quixote, y Sancho muy alegres, como ſi les importara mucho ſemejante declaracion, y no moſtrara claro la diferencia de los dos Don Quixotes, y la de los dos Sanchos, ſus obras, y ſus palabras: muchas de corteſias y ofrecimientos paſaron entre Don Alvaro, y Don Quixote, en las quales moſtró el gran

Man-

Manchego ſu diſcrecion, de modo que deſengañó á Don Alvaro Tarfe del error en que eſtava, el qual ſe dió á entender, que devia de eſtar encantado, pues tocava con la mano dos tan contrarios Don Quixotes. Llegó la tarde, partieronſe de aquel lugar, y á obra de media legua ſe apartavan dos caminos diferentes, el uno que guiava á la Aldea de Don Quixote, y el otro el que avia de llevar Don Alvaro: en eſte poco eſpacio le contó Don Quixote la deſgracia de ſu vencimiento, y el encanto, y el remedio de Dulcinea, que todo puſo en nueva admiracion á Don Alvaro, el qual abrazando á Don Quixote, y á Sancho, ſiguió ſu camino, y Don Quixote el ſuyo, que aquella noche la paſó entre otros arboles, por dar lugar á Sancho, de cumplir ſu penitencia, que la cumplió del miſmo modo que la paſada noche, á coſta de las cortezas de las hayas, harto mas que de ſus eſpaldas, que las guardó tanto, que no pudieran quitar los azotes una moſca, aunque la tuviera encima. No perdió el engañado Don Quixote un ſolo golpe de la cuenta, y halló, que con los de la noche paſada eran tres mil, y veinte y nueve: parece, que avia madrugado el Sol á ver el ſacrificio, con cuya luz bolvieron á proſiguir ſu camino, tratando entre los dos del engaño de Don Alvaro, y de quan bien acordado avia ſido tomar ſu declaracion ante la juſticia, y tan autenticamente. Aquel dia, y aquella noche caminaron ſin ſucederles coſa digna de contarſe, fino fue, que en ella acabó Sancho ſu tarea, de que quedó Don Quixote contento ſobre modo, y eſperava el dia por ver ſi en el camino topava ya deſencantada á Dulcinea ſu ſeñora, y ſiguiendo ſu camino, no topava muger ninguna, que no iva á reconocer ſi era Dulcinea del Toboſo, teniendo por infalible, no poder mentir las promeſas de Merlin: con eſtos pen ſamientos, y deſeos ſubieron una cueſta arriba, deſde la qual deſcubrieron ſu aldea, la qual viſta de Sancho ſe hincó de rodillas, y dixo: Abre los ojos, deſeada

ada patria, y mira, que buelve á tí Sancho Panza tu hijo, ſino muy rico, muy bien azotado, abre los brazos, y recibe tambien tu hijo Don Quixote, que ſi viene vencido de los brazos agenos, viene vencedor de sí miſmo, que ſegun él me ha dicho es el mayor vencimiento, que deſearſe puede: dineros llevo, porque ſi buenos azotes me davan, bien Cavallero me iva. Dexate deſas ſandeces, dixo Don Quixote, y vamos con pie derecho á entrar en nueſtro lugar, donde daremos vado á nueſtras imaginaciones, y la traza que en la paſtoral vida penſamos exercitar. Con eſto baxaron de la cueſta, y ſe fueron á ſu pueblo.

Cap. LXXIII. De los Agueros que tuvo Don Quixote al entrar de ſu Aldea, con otros ſuceſos que adornan, y acreditan eſta grande Hiſtoria.

A La entrada del qual, ſegun dice Cide Hamete, vió Don Quixote, que en las heras del lugar eſtavan riñendo dos mochachos, y el uno dixo al otro, no te canſes, Periquillo, que no la has de ver en todos los dias de tu vida. Oyólo Don Quixote, y dixo á Sancho: No adviertes, amigo, lo que aquel mochacho ha dicho, no la has de ver en todos los dias de tu vida. Pues bien, que importa, reſpondió Sancho, que aya dicho eſo el mochacho? Que? replicó Don Quixote, no vees tú que aplicando aquella palabra á mi intencion, quiere ſignificar que no tengo de ver mas á Dulcinea? Queriale reſponder Sancho, quando ſe lo eſtorvó ver, que por aquella campaña venia huyendo una liebre ſeguida de muchos galgos, y cazadores, la qual temeroſa ſe vinó á recoger, y á agazapar debaxo de los pies del Rucio, cogióla Sancho á mano

ſalva,

ſalva, y preſentóſela á Don Quixote, el qual eſtava diciendo: Malum ſignum, malum ſignum: liebre huye, galgos la ſiguen, Dulcinea no parece. Eſtraño es vueſa merced (dixo Sancho) preſupongamos, que eſta liebre es Dulcinea del Toboſo, y eſtos galgos que la perſiguen ſon los malandrines encantadores, que la transformaron en labradora, ella huye, yo la cojo, y la pongo en poder de vueſa merced que la tiene en ſus brazos, y la regala, que mala ſeñal es eſta? ni que mal aguero ſe puede tomar de aquí? Los dos mochachos de la pendencia ſe llegaron á ver la liebre, y al uno dellos preguntó Sancho, que porque reñian. Y fuele reſpondido por él que avia dicho, no la verás mas en toda tu vida, que él avia tomado al otro mochacho una jaula de grillos, la qual no penſava bolverſela en toda ſu vida. Sacó Sancho quatro quartos de la faltriquera, y dióſelos al mochacho por la jaula, y puſoſela en las manos á Don Quixote, diciendo: He aquí, Señor, rompidos y deſbaratados eſtos agueros, que no tienen que ver mas con nueſtros ſuceſos, ſegun que yo imagino, aunque tonto, que con las nubes de antaño, y ſino me acuerdo mal, he oido decír al Cura de nueſtro pueblo, que no es de perſonas Chriſtianas, ni diſcretas mirar en eſtas niñerias, y aun vueſa merced miſmo me lo dixo los dias paſados, dandome á entender que eran tontos todos aquellos Chriſtianos, que miravan en agueros, y no es meneſter hacer hincapie en eſto, ſino paſemos adelante, y entremos en nueſtra aldea. Llegaron los cazadores, pidieron ſu liebre, y dióſela Don Quixote: paſaron adelante, y á la entrada del pueblo toparon en un pradecillo rezando al Cura, y al Bachiller Carraſco, y es de ſaber que Sancho Panza avia echado ſobre el Rucio, y ſobre el lio de las armas, para que ſirvieſe de repoſtero, la tunica de bocazi pintada de llamas de fuego, que le viſtieron en el caſtillo del Duque, la noche que bolvió en sí Altiſidora, acomodóle tambien

bien la coroza en la cabeza, que fue la mas nueva transformacion, y adorno, con que ſe vió jamas jumento en el mundo, fueron luego conocidos los dos del Cura y del Bachiller, que ſe vinieron á ellos con los brazos abiertos. Apeóſe Don Quixote, y abrazólos eſtrechamente, y los mochachos, que ſon linces no eſcuſados, diviſaron la coroza del jumento, y acudieron á verle, y decian unos á otros: Venid, mochachos, y vereis el aſno de Sancho Panza mas galan que Mingo, y la beſtia de Don Quixote mas flaca oy que el primer dia. Finalmente rodeados de mochachos, y acompañados del Cura, y del Bachiller, entraron en el pueblo, y ſe fueron á caſa de Don Quixote, y hallaron á la puerta della al Ama y á ſu Sobrina, á quien ya avian llegado las nuevas de ſu venida, ni mas ni menos ſe las avian dado á Tereſa Panza, muger de Sancho, la qual deſgreñada, y medio deſnuda, trayendo de la mano á Sanchica ſu hija, acudió á ver á ſu marido, y viendole no tan bien adeliñado, como ella ſe penſava, que avia de eſtar un Governador, le dixo: Como venis así, marido mio, que me parece, que venis á pie, y deſpeado, y mas traeis ſemejanza de deſgovernado, que de Governador? Calla, Tereſa, reſpondió Sancho, que muchas veces donde ay eſtacas, no ay tocinos, y vamonos á nueſtra caſa, que allá oiras maravillas, dineros traigo, que es lo que importa, ganados por mi induſtria, y ſin daño de nadie. Traed vos dinero, mi buen marido, dixo Tereſa, y ſean ganados por aquí, ó por alli, que como quiera que los ayais ganado, no avreis hecho uſanza nueva en el mundo. Abrazó Sanchica á ſu padre, y preguntóle ſi traya algo, que le eſtava eſperando como el agua de Mayo, y aſiendole de un lado del cinto, y ſu muger de la mano, tirando ſu hija al Rucio, ſe fueron á ſu caſa, dexando á Don Quixote en la ſuya en poder de ſu Sobrina, y de ſu Ama, y en compañia del Cura, y del Bachiller.

Don Quixote ſin guardar terminos, ni horas, en aquel miſmo punto ſe apartó á ſolas con el Bachiller, y el Cura, y en breves razones les contó ſu vencimiento, y la obligacion en que avia quedado de no ſalir de ſu aldea en un año, la qual penſava guardar al pie de la letra, ſin traſpaſarla en un atomo, bien así como Cavallero Andante obligado por la puntualidad, y orden de la Andante Cavalleria, y que tenía penſado de hacerſe aquel año Paſtor, y entretenerſe en la ſoledad de los campos, donde á rienda ſuelta podía dar vado á ſus amoroſos penſamientos, exercitandoſe en el paſtoral, y virtuoſo exercicio, y que les ſuplicava, ſino tenían mucho que hacer, y no eſtavan impedidos en negocios mas importantes, quiſieſen ſer ſus compañeros, que él compraría ovéjas, y ganado ſuficiente que les dieſe nombre de paſtores, y que les hacía ſaber, que lo mas principal de aquel negocio eſtava hecho, porque les tenía pueſtos los nombres que les vendrían como de molde. Dixole el Cura, que los dixeſe. Reſpondió Don Quixote, que él ſe avia de llamar el paſtor Quixotiz, y el Bachiller el paſtor Carraſcon, y el Cura el paſtor Curambro, y Sancho Panza el paſtor Pancino. Paſmaronſe todos de ver la nueva locura de Don Quixote: pero porque no ſe les fueſe otra vez del pueblo á ſus Cavallerias, eſperando, que en aquel año podría ſer curado, concedieron con ſu nueva intencion, y aprovaron por diſcreta ſu locura, ofreciendoſele por compañeros en ſu exercicio; y mas, dixo Sanſon Carraſco, que como ya todo el mundo ſabe, yo ſoy celeberrimo Poeta, y á cada paſo compondré verſos paſtoriles, ó corteſanos, ó como mas me viniere á cuento, para que nos entretengamos por eſos andurriales, donde avemos de andar, y lo que mas es meneſter, ſeñores mios, es que cada uno eſcoja el nombre de la paſtora, que pienſa celebrar en ſus verſos, y que no dexemos arbol, por duro que ſea, donde no la retule, y grave ſu nombre como es uſo, y coſtumbre

tumbre de los enamorados paſtores. Eſo eſtá de molde, reſpondió Don Quixote, pueſto que yo eſtoy libre de buſcar nombre de paſtora fingida, pues eſtá ay la ſin par Dulcinea del Toboſo, gloria de eſtas riberas, adorno de eſtos prados, ſuſtento de la hermoſura, nata de los donaires, y finalmente ſugeto ſobre quien puede aſentar bien toda alabanza, por hyperbole que ſea. Así es verdad, dixo el Cura: pero noſotros buſcaremos por ay paſtoras mañeruelas, que ſino nos quadraren, nos eſquinen. A lo que añadió Sanſon Carraſco, y quando faltare, daremoſles los nombres de las eſtampadas, é impreſas, de quien eſtá lleno el mundo. Filidas, Amarilis, Dianas, Fleridas, Galateas, y Beliſardas, que pues las venden en las plazas, bien las podemos comprar noſotros, y tenerlas por nueſtras: ſi mi dama (ó por mejor decir mi paſtora) por ventura ſe llamareAna, la celebraré debaxo del nombre deAnarda, y ſi Franciſca, la llamare yo Francenia, y ſi Lucia, Lucinda, que todo ſe ſale allá, y Sancho Panza, ſi es que ha de entrar en eſta cofadria podrá celebrar á ſu muger Tereſa Panza con nombre de Tereſaina. Rióſe Don Quixote de la aplicacion del nombre, y el Cura le alabó infinito ſu honeſta, y honrada reſolucion, y ſe ofreció de nuevo, á hacerle compañia todo el tiempo que le vacaſe de atender á ſus forzoſas obligaciones: con eſto ſe deſpidieron dél, y le rogaron, y aconſejaron tuvieſe cuenta con ſu ſalud, con regalarſe lo que fueſe bueno: quiſo la ſuerte que ſu Sobrina, y el Ama oyeron la platica de los tres, y así como ſe fueron, ſe entraron entrambas con Don Quixote, y la Sobrina le dixo, que es eſto, Señor Tio? Aora que penſavamos noſotras que vueſa merced bolvia á reducirſe en ſu caſa, y paſar en ella una vida quieta, y honrada, ſe quiere meter en nuevos laberintos, haciendoſe paſtorcillo tú que vienes, paſtorcico tú que vas, pues en verdad que eſtá ya duro el alcacel para zampoñas. A lo que añadió el Ama: y podrá vueſa merced paſar en el campo

las fieſtas del Verano, los ſerenos del Invierno, el aullido de los lobos? no por cierto, que eſte es exercicio, y oficio de hombres robuſtos, curtidos, y criados para tal miniſterio, caſi deſde las fajas, y mantillas, aun mal por mal, mejor es ſer Cavallero Andante que paſtor: mire, Señor, tome mi conſejo, que no ſe le doy ſobre eſtar harta de pan, y vino, ſino en ayunas, y ſobre cincuenta años que tengo de edad: eſtéſe en ſu caſa, atienda á ſu hacienda, confieſe á menudo, favorezca á los pobres, y ſobre mi anima, ſi mal le fuere. Callad, hijas, les reſpondió Don Quixote, que yo ſé bien lo que me cumple, llevadme al lecho, que me parece, que no eſtoy muy bueno, y tened por cierto, que aora ſea Cavallero Andante, ó Paſtor por andar, no dexaré ſiempre de acudir á lo que huvieredes meneſter, como lo vereis por la obra, y las buenas hijas (que lo eran ſin duda) Ama y Sobrina, le llevaron á la cama, donde le dieron de comer, y regalaron lo poſible.

Cap. LXXIV. De como Don Quixote cayó malo, y del Teſtamento que hizo, y ſu Muerte.

COMO las coſas humanas no ſean eternas, yendo ſiempre en declinacion de ſus principios, haſta llegar á ſu ultimo fin, eſpecialmente las vidas de los hombres, y como la de Don Quixote no tuvieſe privilegio del cielo, para detener el curſo de la ſuya; llegó ſu fin, y acabamiento, quando él menos lo penſava, porque, ó ya fueſe de la melancolia que le cauſava el verſe vencido, ó ya por la diſpoſicion del cielo, que así lo ordenava, ſe le arraigó una calentura, que le tuvo ſeis dias en la cama, en los quales fue viſitado muchas veces del Cura, del Bachiller, y del Barbero ſus amigos,

gos, ſin quitarſele de la cabecera Sancho Panza ſu buen eſcudero. Eſtos (creyendo que la peſadumbre de verſe vencido, y de no ver cumplido ſu deſeo en la libertad, y deſencanto de Dulcinea, le tenía de aquella ſuerte) por todas las vias poſibles procuravan alegrarle, diciendole el Bachiller que ſe animaſe, y levantaſe para comenzar ſu paſtoral exercicio, para el qual tenía ya compueſta una Ecloga, que mal año para quantas Sanazaro avia compueſto; y que ya tenía comprados de ſu propio dinero dos famoſos perros, para guardar el ganado, el uno llamado Barcino, y el otro Butron, que ſe los avia vendido un ganadero del Quintanar: pero no por eſto dexava Don Quixote ſus triſtezas: llamaron ſus amigos al Medico, tomóle el pulſo, y no le contentó mucho, y dixo, que por sí, ó por no, atendieſe á la ſalud de ſu alma, porque la del cuerpo corria peligro. Oyólo Don Quixote con animo ſoſegado, pero no lo oyeron aſí ſu Ama, ſu Sobrina, y ſu Eſcudero, los quales comenzaron á llorar tiernamente, como ſi ya le tuvieran muerto delante. Fue el parecer del Medico, que melancolias, y deſabrimientos le acabavan. Rogó Don Quixote, que le dexaſen ſolo, porque quería dormir un poco. Hicieronlo aſí, y durmió de un tiron (como dicen) mas de ſeis horas, tanto que penſaron el Ama, y la Sobrina, que ſe avia de quedar en el ſueño. Deſpertó al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz, dixo: Bendito ſea el poderoſo Dios, que tanto bien me ha hecho; en fin ſus miſericordias no tienen limite, ni las abrevian, ni impiden los pecados de los hombres. Eſtuvo atenta la Sobrina á las razones del Tio, y parecieronle mas concertadas, que él ſolia decirlas, alomenos en aquella enfermedad, y preguntóle, que es lo que vueſa merced dice, Señor, tenemos algo de nuevo? que miſericordias ſon eſtas? ó que pecados de los hombres? Las miſericordias, reſpondió Don Quixote, Sobrina, ſon las que en eſte inſtante ha uſado Dios conmigo, á quien, como dixe, no las impiden

impiden mis pecados: yo tengo juicio ya libre, y claro, ſin las ſombras caliginoſas de la ignorancia, que ſobre el me puſieron mi amarga y continua leyenda de los deteſtables libros de las Cavallerias, ya conozco ſus diſparates, y ſus embelecos, y no me peſa, ſino que eſte deſengaño ha llegado tan tarde, que no me dexa tiempo para hacer alguna recompenſa, leyendo otros, que ſean luz del alma: yo me ſiento, Sobrina, á punto de muerte, querria hacerla de tal modo, que dieſe á entender, que no avia ſido mi vida tan mala, que dexaſe renombre de loco, que pueſto que lo he ſido, no querria confirmar eſta verdad en mi muerte: llamame, amiga, á mis buenos amigos el Cura, al Bachiller Sanſon Carraſco, y á Maeſe Nicolas el Barbero, que quiero confeſarme, y hacer mi teſtamento: pero de eſte trabajo ſe eſcuſó la Sobrina con la entrada de los tres.

A penas los vió Don Quixote, quando dixo: Dadme albricias, buenos ſeñores, de que ya yo no ſoy Don Quixote de la Mancha, ſino Alonſo Quixano, á quien mis coſtumbres me dieron renombre de Bueno. Ya ſoy enemigo de Amadis de Gaula, y de toda la infinita caterva de ſu linage, ya me ſon odioſas todas las hiſtorias profanas del Andante Cavalleria: Ya conozco mi necedad, y el peligro en que me puſieron, averlas leido: ya por miſericordia de Dios eſcarmentando en cabeza propia las abomino. Quando eſto le oyeron decir los tres, creyeron ſin duda, que alguna nueva locura le avia tomado. Y Sanſon le dixo: aora, Señor Don Quixote, que tenemos nueva, que eſtá deſencantada la Señora Dulcinea, ſale vueſa merced con eſo? y agora que eſtamos tan á pique de ſer paſtores, para paſar cantando la vida como unos Principes, quiere vueſa merced hacerſe Ermitaño? calle por ſu vida, buelva en ſí, y dexeſe de cuentos. Los de haſta aquí, replicó Don Quixote, que han ſido verdaderos en mi daño, los ha de bolver mi muerte con ayuda del cielo

cielo en mi provecho: Yo, Señores, ſiento, que me voy muriendo á toda prieſa, dexenſe burlas á parte, y traiganme un Confeſor, que me confieſe, y un Eſcrivano que haga mi teſtamento, que en tales trances como eſte, no ſe ha de burlar el hombre con el alma: y así ſuplico, que en tanto que el Señor Cura me confieſa, vayan por el Eſcrivano. Miraronſe unos á otros, admirados de las razones de Don Quixote, y aunque en duda, le quiſieron creer; y una de las ſeñales, por donde conjeturaron ſe moría, fue, el aver buelto con tanta facilidad de loco á cuerdo; porque á las ya dichas razones añadió otras muchas tan bien dichas, tan Chriſtianas, y con tanto concierto, que del todo les vinó á quitar la duda, y á creer, que eſtava cuerdo: hizo ſalir la gente el Cura, y quedóſe ſolo con él, y confeſóle. El Bachiller fue por el Eſcrivano, y de alli á poco bolvió con él, y con Sancho Panza, el qual Sancho (que ya ſabia por nuevas del Bachiller, en que eſtado eſtava ſu ſeñor, hallando á la Ama, y á la Sobrina lloroſas) comenzó á hacer pucheros, y á derramar lagrimas: Acabóſe la Confeſion, y ſalió el Cura, diciendo, verdaderamente ſe muere, y verdaderamente eſtá cuerdo Alonſo Quixano el Bueno, bien podemos entrar, para que haga ſu Teſtamento. Eſtas nuevas dieron un terrible empujon á los ojos preñados de Ama, Sobrina, y de Sancho Panza ſu buen eſcudero, de tal manera, que los hizo rebentar las lagrimas de los ojos, y mil profundos ſuſpiros del pecho, porque verdaderamente (como alguna vez ſe ha dicho) en tanto que Don Quixote fue Alonſo Quixano el Bueno á ſecas, y en tanto que fue Don Quixote de la Mancha, fue ſiempre de apacible condicion, y de agradable trato, y por eſto no ſolo era bien querido de los de ſu caſa, ſino de todos quantos le conocían.

Entró el Eſcrivano con los demas, y deſpues de aver hecho la cabeza del teſtamento, y ordenado ſu alma Don Quixote, con todas aquellas

aquellas circunſtancias Chriſtianas, que ſe requieren, llegando á las mandas, dixo: Iten, es mi voluntad, que de ciertos dineros que Sancho Panza (á quien en mi locura hice mi eſcudero) tiene, que porque ha avido entre él, y mí ciertas cuentas, y dares y tomares, quiero, que no ſe le haga cargo dellos, ni ſe le pida cuenta alguna, ſino que ſi ſobrare alguno, deſpues de averſe pagado de lo que le devo, el reſtante ſea ſuyo, que ſerá bien poco, y buen provecho le haga, y ſi como eſtando yo loco, fuy parte para darle el Govierno de la Inſula, pudiera agora, eſtando cuerdo, darle el de un Reino, ſe le diera, porque la ſencillez de ſu condicion, y fidelidad de ſu trato lo merece: y bolviendoſe á Sancho, le dixo: Perdoname, amigo, de la ocaſion que te he dado, de parecer loco como yo, haciendote caer en el error en que yo he caido, de que huvo, y ay Cavalleros Andantes en el mundo. Ay, reſpondió Sancho, llorando, no ſe muera vueſa merced, Señor mio, ſino tome mi conſejo, y viva muchos años: porque la mayor locura, que puede hacer un hombre en eſta vida es, dexarſe morir ſin mas, ni mas, ſin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolia: mire, no ſea perezoſo, ſino levanteſe deſa cama, y vamonos al campo veſtidos de paſtores (como tenemos concertado) quiza tras de alguna mata hallaremos á la Señora Doña Dulcinea deſencantada, que no aya mas que ver. Si es, que ſe muere de peſar de verſe vencido, echeme á mí la culpa, diciendo, que por aver yo cinchado mal á Rozinante le derribaron: quanto mas, que vueſa merced avrá viſto en ſus libros de Cavallerias, ſer coſa ordinaria derribarſe unos Cavalleros á otros, y él que es vencido oy, ſer vencedor mañana. Así es, dixo Sanſon, y el buen Sancho Panza eſtá muy en la verdad deſtos caſos. Señores, dixo Don Quixote, vamonos poco á poco, pues ya en los nidos de antaño no ay paxaros ogaño, yo fuy loco, y ya ſoy cuerdo, fuy Don Quixote

ote de la Mancha, y ſoy agora (como he dicho) Alonſo Quixano el bueno, pueda con vueſas mercedes mi arrepentimiento, y mi verdad, bolverme á la eſtimacion, que de mí ſe tenía, y proſiga adelante el ſeñor Eſcrivano. Iten, mando toda mi hacienda á puerta cerrada á Antonia Quixana mi Sobrina, que eſtá preſente, aviendo ſacado primero de lo mas bien parado della lo que fuere meneſter, para cumplir las mandas que dexo hechas, y la primera ſatisfacion que ſe haga, quiero que ſea pagar el ſalario que devo del tiempo que mi Ama me ha ſervido, y mas veinte ducados para un veſtido. Dexo por mis Albaceas al Señor Cura, y al Señor Bachiller Sanſon Carraſco, que eſtan preſentes. Iten, es mi voluntad que ſi Antonia Quixana mi Sobrina quiſiere caſarſe, ſe caſe con hombre, de quien primero ſe aya hecho informacion, que no ſabe que coſas ſean Libros de Cavallerias, y en caſo que ſe averiguare que lo ſabe, y con todo eſo mi Sobrina quiſiere caſarſe con él, y ſe caſare, pierda todo lo que le he mandado, lo qual puedan mis albaceas diſtribuir en obras pias á ſu voluntad. Iten, ſuplico á los dichos ſeñores mis Albaceas, que ſi la buena ſuerte les truxere á conocer al autor, que dicen que compuſo una hiſtoria que anda por ay con el titulo de ſegunda parte de las hazañas de Don Quixote de la Mancha, de mi parte le pidan, quan encarecidamente ſer pueda, perdone la ocaſion, que ſin yo penſarlo le dí, de aver eſcrito tantos, y tan grandes diſparates, como en ella eſcrive, porque parto deſta vida con eſcrupulo de averle dado motivo para eſcrivirlos. Cerró con eſto el teſtamento, y tomandole un deſmayo, ſe tendió de largo á largo en la cama. Alborotaronſe todos, y acudieron á ſu remedio, y en tres dias que vivió deſpues deſte, donde hizo el teſtamento, ſe deſmayava muy amenudo, andava la caſa alborotada: pero con todo comia la Sobrina, brindava el Ama, y ſe regocijava Sancho Panza, que eſto del heredar algo, borra, ó templa

templa en el heredero la memoria de la pena, que es razon que dexe el muerto. En fin llegó el ultimo de Don Quixote, deſpues de recebidos todos los Sacramentos, y deſpues de aver abominado con muchas, y eficaces razones de los libros de Cavallerias, hallóſe el eſcrivano preſente, y dixo, que nunca avia leido en ningun libro de Cavallerias, que algun Cavallero Andante huvieſe muerto en ſu lecho tan ſoſegadamente, y tan Chriſtiano como Don Quixote, el qual entre compaſiones, y lagrimas de los que alli ſe hallaron, dió ſu eſpiritu (quiero decir, que ſe murió) viendo lo qual el Cura pidió al eſcrivano le dieſe por teſtimonio como Alonſo Quixano el Bueno, llamado comunmente Don Quixote de la Mancha avia paſado deſta preſente vida, y muerto naturalmente, y que el tal teſtimonio pedía, para quitar la ocaſion de algun otro autor que Cide Hamete Benengeli le reſucitaſe falſamente, y hicieſe inacabables hiſtorias de ſus hazañas. Eſte fin tuvo el Ingenioſo Hidalgo de la Mancha, cuyo lugar no quiſo poner Cide Hamete puntualmente, por dexar que todas las villas y lugares de la Mancha contendieſen entre sí, por ahijarſele y tenerſele por ſuyo: como contendieron las ſiete ciudades de Grecia por Homero. Dexanſe de poner aquí los llantos de Sancho, Sobrina, y Ama de Don Quixote, los nuevos epitafios de ſu ſepultura, aunque Sanſon Carraſco le puſo eſte.

Yace aquí el Hidalgo fuerte,
Que á tanto eſtremo llegó
De valiente, que ſe advierte,
Que la muerte no triunfó
De ſu vida con ſu muerte.

Tuvo

Tuvo á todo el mundo en poco,
Fue el eſpantajo y el coco
Del mundo en tal coyuntura,
Que acreditó ſu ventura,
Morir cuerdo, y vivir loco.

¶ Y el prudentiſimo Cide Hamete dixo á ſu pluma: Aquí quedarás colgada deſta eſpetera, y deſte hilo de alambre, ni ſé ſi bien cortada, ó mal tajada, peñola mia, adonde vivirás luengos ſiglos, ſi preſuntuoſos, y malandrines hiſtoriadores no te deſcuelgan para profanarte: pero antes que á tí lleguen les puedes advertir, y decirles en el mejor modo que pudieres: Tate tate, follonzícos, de ninguno ſea tocada, porque eſtá impreſa, buen Rey, para mí eſtava guardada.

Para mí ſola nació Don Quixote, y yo para él, él ſupo obrar, y yo eſcrivir, ſolos los dos ſomos para en uno, á deſpecho, y peſar del eſcritor fingido, y Tordeſilleſco, que ſe atrevió, ó ſe ha de atrever á eſcrivir con pluma de aveſtruz groſera, y mal deliñada las hazañas de mi valeroſo Cavallero, porque no es carga de ſus ombros, ni aſunto de ſu resfriado ingenio, á quien advertirás (ſi á caſo llegas á conocerle) que dexe repoſar en la ſepultura los canſados y ya podridos hueſos de Don Quixote, y no le quiera llevar contra todos los fueros de la muerte á Caſtilla la Vieja, haciendole ſalir de la fueſa, donde real y verdaderamente yace, tendido de largo á largo, impoſibilitado de hacer tercera jornada, y ſalida nueva, que para hacer burla de tantas como hicieron tantos Andantes Cavalleros, baſtan las dos que él hizo, tan á guſto y beneplacito de las gentes, á cuya noticia llegaron, así en eſtos, como en los eſtraños Reinos: y con eſto cumplirás con tu Chriſtiana profeſion, aconſejando bien á quien mal te quiere, y yo quedaré ſatisfecho, y

ufano de aver ſido el primero que gozó el fruto de ſus eſcritos enteramente, como deſeava, pues no ha ſido otro mi deſeo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas, y diſparatadas hiſtorias de los libros de Cavallerias, que por las de mi verdadero Don Quixote van ya tropezando, y han de caer del todo ſin duda alguna. Vale.

F I N.

TABLA

De los Capitulos deſta SEGUNDA PARTE de Don QUIXOTE de LA MANCHA.

CAPITULO Primero. De lo que el Cura, y el Barbero paſaron con Don Quixote cerca de ſu enfermedad. — — 1

Cap. 2. *Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la Sobrina, y Ama de Don Quixote, con otros ſugetos graciosos.* 13

Cap. 3. *Del ridiculo razonamiento que paſó entre Don Quixote, Sancho Panza, y el Bachiller Sanſon Carraſco.* — — 18

Cap. 4. *Donde Sancho Panza ſatisface al Bachiller Sanſon Carraſco de ſus dudas, y preguntas, con otros ſuceſos dignos de ſaberſe, y contarſe.* — — — 27

Cap. 5. *De la diſcreta y gracioſa platica que paſó entre Sancho Panza, y ſu muger Tereſa Panza, y otros ſuceſos dignos de felice recordacion.* — — — 32

Cap. 6. *De lo que le paſó á Don Quixote con ſu Sobrina, y con ſu Ama, y es uno de los importantes capitulos de toda la Hiſtoria.* — 39

Cap. 7. *De lo que paſó Don Quixote con ſu eſcudero, con otros ſuceſos famoſisimos.* — — — 45

Cap. 8. *Donde ſe cuenta lo que le ſucedió á Don Quixote yendo á ver á ſu Señora Dulcinea del Toboſo.* — — — 53

Cap. 9. *Donde ſe cuenta lo que en el ſe verá.* — — 61

Cap. 10. *Donde ſe cuenta la induſtria, que Sancho tuvo para encantar á la Señora Dulcinea, y de otros ſuceſos tan ridiculos como verdaderos.* — — — — 65

Cap.

TABLA.

Cap. 11. *De la eſtrañа aventura que le ſucedio al valeroſo Don Quixote con el Carro, ó Carreta de las Cortes de la muerte.* — — 75

Cap. 12. *De la eſtrañа aventura que le ſucedió al valeroſo Don Quixote con el bravo Cavallero de los Eſpejos.* — — 82

Cap. 13. *Donde ſe proſigue la aventura del Cavallero del Boſque con el diſcreto, nuevo, y ſuave coloquio que paſó entre los dos eſcuderos.* 89

Cap. 14. *Donde ſe proſigue la aventura del Cavallero del boſque.* 95

Cap. 15. *Donde ſe cuenta, y da noticia de quien era el Cavallero de los Eſpejos y ſu eſcudero.* — — — — 107

Cap. 16. *De lo que ſucedió á Don Quixote con un diſcreto Cavallero de la Mancha.* — — — — 110

Cap. 17. *De donde ſe declaró el ultimo punto y eſtremo adonde llegó, y pudo llegar el inaudito animo de Don Quixote con la felicemente acabada aventura de los Leones.* — — — — 120

Cap. 18. *De lo que ſucedió á Don Quixote en el caſtillo, ó caſa del Cavallero del Verde Gavan, con otras coſas extravagantes.* — 131

Cap. 19. *Donde ſe cuenta la aventura del Paſtor Enamorado con otros, en verdad, gracioſos ſuceſos.* — — — 141

Cap. 20. *Donde ſe cuentan las Bodas de Camacho el rico, con el ſuceſo de Baſilio el pobre.* — — — — — 149

Cap. 21. *Donde ſe proſiguen las Bodas de Camacho con otros guſtoſos ſuceſos.* — — — — 158

Cap. 22. *Donde ſe cuenta la grande aventura de la Cueva de Monteſinos, que eſtá en el corazon de la Mancha, á quien dió felice cima el valeroſo Don Quixote de la Mancha.* — — 165

Cap. 23. *De las admirables coſas que el eſtremado Don Quixote contó, que avia viſto en la profunda Cueva de Monteſinos, cuya impoſibilidad, y grandeza hace que ſe tenga eſta aventura por apocrifa.* — 174

Cap. 24. *Donde ſe cuentan mil zarandajas tan impertinentes como neceſarias al verdadero entendimiento deſta grande Hiſtoria.* — 185

Cap.

Cap. 25. *Donde ſe apunta la aventura del Rebuzno, y la gracioſa del Titerero, con las memorables adivinanzas del Mono adivino.* 192

Cap. 26. *Donde ſe proſigue la gracioſa aventura del Titerero, con otras coſas en verdad harto buenas.* — — — 202

Cap. 27. *Donde ſe da cuenta, quienes eran Maeſe Pedro y ſu mono, con el mal ſuceſo que Don Quixote tuvo en la aventura del Rebuzno, que no la acabó como él quiſiera, y como lo tenía penſado.* — 211

Cap. 28. *De coſas que dice Benengeli que las ſabrá quien le leyere, ſi las lee con atencion.* — — — — 218

Cap. 29. *De la famoſa Aventura del Barco Encantado.* — 224

Cap. 30. *De lo que le avino á Don Quixote con una bella Cazadora.* 231

Cap. 31. *Que trata de muchas y grandes coſas.* — — 236

Cap. 32. *De la reſpueſta que dió Don Quixote á ſu Reprehenſor con otros graves y gracioſos ſuceſos.* — — — 245

Cap. 33. *De la ſobroſa platica que la Duqueſa y ſus doncellas paſaron con Sancho Panza, digna de que ſe lea, y de que ſe note.* — 259

Cap. 34. *Que cuenta de la noticia que ſe tuvo de como ſe avia de deſencantar la ſin par Dulcinea del Toboſo, que es una de las aventuras mas famoſas deſte libro.* — — — 267

Cap. 35. *Donde ſe proſigue la noticia que tuvo Don Quixote del deſencanto de Dulcinea, con otros admirables ſuceſos.* — — 275

Cap. 36. *Donde ſe cuenta la eſtraña y jamas imaginada aventura de la Dueña Dolorida, aliás de la Condeſa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza eſcrivió á ſu muger Tereſa Panza.* — 283

Cap. 37. *Donde ſe proſigue la famoſa aventura de la Dueña Dolorida.* — — — — — — 290

Cap. 38. *Donde ſe cuenta la que dió de ſu mala andanza la Dueña Dolorida.* — — — 292

Cap. 39. *Donde la Trifaldi proſigue ſu eſtupenda y memorable Hiſtoria.* — — — 299

Cap.

Cap. 40. *De cosas que atañen y tocan á esta aventura, y á esta memorable Historia.* — — — 302
Cap. 41. *De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada Aventura.* — — — 308
Cap. 42. *De los consejos que dió Don Quixote á Sancho Panza antes que fuese á governar la Insula, con otras cosas bien consideradas.* 319
Cap. 43. *De los consejos segundos que dió Don Quixote á Sancho Panza.* — — — 325
Cap. 44. *Como Sancho Panza fue llevado al govierno, y de la estraña aventura que en el castillo sucedió á Don Quixote.* — 331
Cap. 45. *De como el gran Sancho Panza tomó la posesion de su Insula, y del modo que comenzó á governar.* — — 342
Cap. 46. *Del temeroso espanto cencerril, y gatuno, que recibió Don Quixote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora.* — 350
Cap. 47. *Donde se prosigue como se portava Sancho Panza en su Govierno.* — — — 355
Cap. 48. *De lo que le sucedió á Don Quixote con Doña Rodriguez la Dueña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura, y de memoria eterna.* — — — 364
Cap. 49. *De lo que le sucedió á Sancho Panza rondando su Insula.* 373
Cap. 50. *Donde se declara, quien fueron los Encantadores y verdugos que azotaron á la dueña, y pellizcaron y arañaron á Don Quixote, con el suceso que tuvo el Page que llevó la carta á Teresa Sancho muger de Sancho Panza.* — — 385
Cap. 51. *Del progreso del Govierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos.* — — 394
Cap. 52. *Donde se cuenta la aventura de la segunda Dueña Dolorida, ó Angustiada, por otro nombre Doña Rodriguez.* — 404
Cap. 53. *Del fatigado fin y remate que tuvo el Govierno de Sancho Panza.* — — — 412

Cap.

Cap. 54. *Que trata de cosas tocantes á esta Historia, y no á otra alguna.* — — — 418

Cap. 55. *De cosas sucedidas á Sancho en el camino, y otras que no ay mas que ver.* — — — 426

Cap. 56. *De la descomunal, y nunca vista batalla, que pasó entre Don Quixote de la Mancha, y el lacayo Tosilos, en la defensa de la hija de la dueña Doña Rodriguez.* — — 434

Cap. 57. *Que trata de como Don Quixote se despidió del Duque, y de lo que le sucedió con la discreta y desembuelta Altisidora doncella de la Duquesa.* — — — 440

Cap. 58. *Que trata de como menudearon sobre Don Quixote aventuras tantas, que no se davan vagar unas á otras.* — — 445

Cap. 59. *Donde se cuenta del extraordinario suceso, que se puede tener por Aventura, que le sucedió á Don Quixote.* — — 457

Cap. 60. *De lo que sucedió á Don Quixote yendo á Barcelona.* — 466

Cap. 61. *De lo que le sucedió á Don Quixote en la entrada en Barcelona, con otras, que tienen mas de lo verdadero, que de lo discreto.* 479

Cap. 62. *Que trata de la aventura de la Cabeza Encantada, con otras niñerias que no pueden dexar de contarse.* — — 482

Cap. 63. *De lo mal que le avino á Sancho Panza con la visita de las Galeras, y la nueva Aventura de la hermosa Morisca.* — 495

Cap. 64. *Que trata de la Aventura que mas pesadumbre dió á Don Quixote de quantas hasta entonces le avian sucedido.* — — 506

Cap. 65. *Donde se da noticia, quien era él de la Blanca Luna, con la libertad de Don Gregorio, y de otros sucesos.* — — 518

Cap. 66. *Que trata de lo que verá él que lo leyere, ó lo oyeré él que lo escuchare leer.* — — — — 517

Cap. 67. *De la resolucion que tomó Don Quixote de hacerse pastor, y seguir la vida del campo, en tanto que se pasava el año de su promesa, con otros sucesos, en verdad gustosos, y buenos.* — — 522

Cap. 68. *De la Cerdoſa Aventura que le aconteció á Don Quixote.* 528
Cap. 69. *Del mas raro, y mas nuevo ſuceſo que en todo el diſcurſo deſta grande Hiſtoria avino á Don Quixote.* — — 534
Cap. 70. *Que ſigue al de ſeſenta y nueve, y trata de coſas no eſcuſadas para la claridad deſta Hiſtoria.* — — — 540
Cap. 71. *De lo que á Don Quixote le ſucedió con ſu Eſcudero Sancho, yendo á ſu Aldea.* — — — 548
Cap. 72. *De como Don Quixote, y Sancho llegaron á ſu Aldea.* 554
Cap. 73. *De los Agueros que tuvo Don Quixote al entrar de ſu Aldea, con otros ſuceſos que adornan, y acreditan eſta grande Hiſtoria.* 559
Cap. 74. *De como Don Quixote cayó malo, y del Teſtamento que hizo, y ſu Muerte.* — — — 564

Fin de la Tabla.

ERRATA.

P. 1. vii 6 ſermoncico

16 18 ſobre 29 2 brantado 43 2 una coſa 46 2 aſpas 82 17 llama 83 4 Reyna 101 17 condeſcender 128 23 truxeſe 131 25 es quaxada 147 10 del 162 28 con vos, ha 215 8 mas facil 238 11 disfraz 278 15 no ſé 283 11 de mandar 410 6 Agimorato 412 3 parecido 515 20 artificioſa 539 8 de oirte 541 18 *los Amadiſes*

P. 2. vi 11 mi modeſtia vii 2 hinchar

4 1 robado 7 19 comete 63 23 Romance 64 5 en eſa caſa 96 25 Cavalleros, 30 de lo que 97 30 incrudelidad aſi or. cor incredulidad 98 6 veo con 100 25 que un 101 11 que davan 101 16 aljofar 118 6 ſolamente 119 12 Jurisconſultos 123 14 fieros 152 15 gallina 153 25 bayladoras 159 15 de Flandes 207 18 cavalleria 222 15 conſuman aſi or. cor conſuma 226 3 levar 233 25 ſe gallardeó 246 17 vencido 247 14 la meſa 261 24 maguera 280 15 quebrantan peñas 304 5 valeroſo 307 24 ſocaliñado 318 22 preguntarle 339 15 Libia, 346 4 aquellos 363 2 puñadas 375 26 los que nos 376 20 y evitar 383 3 en ellos 441 27 Tu llevas 458 22 tirare 460 12 er á 24 uñas 463 14 ſus uñas 474 17 Eſcudero

247 bres la entienden, y los viejos la celebran, y finalmente, es tan trillada, y tan leida, y tan ſabida de todo genero de gentes, que apenas han